

Diseño interior y cubierta: RAG

DONATELLA DELLA PORTA
Y MICHAEL KEATING (EDS.)

Raquel Vázquez Ramil
- Bogotá 2013 -

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ENFOQUES Y METODOLOGÍAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Una perspectiva pluralista

Traducción:
Raquel Vázquez Ramil

Título original

Approaches and Methodologies in the Social Sciences. A Pluralist Perspective

Publicado originalmente por Cambridge University Press, 2008

© Ediciones Akal, S. A., 2013
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3062-1
Depósito legal: M-7.757-2013

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)



Yo he vivido con gentes de letras que han escrito la historia sin mezclarse en los asuntos prácticos y con políticos que nunca se han preocupado más que de producir hechos, sin pensar en describirlos. Siempre he observado que los primeros veían por todas partes causas generales, mientras que los otros, al vivir en medio del entramado de los hechos cotidianos, tendían a imaginar que todo debía atribuirse a incidentes particulares, y que los pequeños resortes que ellos hacían jugar constantemente en sus manos eran los mismos que mueven el mundo. Es de creer que se equivocan los unos y los otros.

Alexis de Tocqueville, *Recuerdos*

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro surgió de un curso del Instituto Universitario Europeo (IUE), cuyo fin era analizar diferentes métodos y perspectivas y abrir nuevas vías que ampliaran las rígidas posturas adoptadas por ciertos investigadores. Desde entonces se ha generado un intenso debate internacional cuando presentamos nuestras ideas a ambos lados del Atlántico y en otros lugares. Hemos recibido un gran apoyo de colegas de todas las generaciones, pero también hemos tropezado con recelos. En un congreso internacional un colega veterano preguntó si todo lo que había estudiado sobre metodología resultaba inútil. Naturalmente, no pretendíamos afirmar semejante cosa, sino recalcar la necesidad de aglutinar los diversos enfoques que existen en la actualidad. Un grupo de estudiantes universitarios, aunque reconocían los méritos de la perspectiva plural, pensaban que la mejor forma de conseguir trabajo era acogerse a una de las perspectivas existentes y no asumir riesgos. Observamos una tendencia similar en los artículos que hemos tenido que evaluar para su publicación en revistas: se enmarcan en un enfoque establecido, realizan la investigación empírica dentro de dicho marco, y concluyen confirmando la ortodoxia o añadiendo detalles menores, en vez de construir un enfoque para la cuestión que se investiga. De todo ello se deduce que aún nos queda un largo camino por recorrer en las ciencias sociales. Mientras tanto, nuestro mensaje para los licenciados universitarios es que, si bien a corto plazo tal vez tengan más oportunidades laborales adoptando la ortodoxia habitual, a largo plazo los líderes de la profesión serán quienes amplíen horizontes cada vez mayores, y que en las ciencias sociales las modas cambian con el tiempo; por tanto, el precio de encajar en lo que hoy funciona es quedar desfasado más adelante.

Y, sobre todo, se nos ha pedido una explicación sobre el verdadero significado del pluralismo en las ciencias sociales, tanto a nivel filosófico como práctico. Esa es la esencia de nuestro nuevo proyecto sobre el plu-

ralismo metodológico. Pretendemos demostrar que hay formas de combinar enfoques y métodos, y que para abordar determinados temas es necesario interconectar metodologías. Los debates sobre métodos y enfoques en ciencias sociales nunca se acaban, puesto que cada enfoque aborda una pregunta concreta, y difícilmente llegaremos a una descripción consensuada de la realidad social. Los descubrimientos más recientes de las ciencias naturales apuntan en la misma dirección que la elegida por nosotros; no se trata de un enfoque «no científico», sino de la máxima expresión del ideal científico.

Donatella della Porta y Michael Keating

PRÓLOGO

La génesis de este libro se remonta a los primeros años de la década del 2000 en el Instituto Universitario Europeo (IUE), cuando una serie de investigadores denunciaron el abandono de los «métodos cualitativos». Puesto que solo una minoría del profesorado trabajaba con métodos cuantitativos, dimos por sentado que el resto se decantaba por los cualitativos al estilo de Monsieur Jourdain de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo. Varias discusiones y debates pusieron de manifiesto que, en la mayoría de los casos, los investigadores se referían a algo más, a una epistemología concreta y no tanto a un método, cuyo significado se extendía por toda la disciplina. Aunque resultaba difícil determinar con exactitud qué se entendía por «cualitativo», se aceptaba su definición como lo opuesto a «positivista», otra calificación que la mayoría de los profesores se resistían a asumir y que proliferaba por todas partes.

El IUE no era un caso único a este respecto; se trataba tan solo de la última expresión de un maniqueísmo en el que tendían a caer los especialistas en ciencias sociales, impelidos a definirse en campos opuestos. La imposibilidad de encontrar un término o vocablo compartido para los dos enfoques indicaba que la cuestión era mucho más compleja. Asimismo, quedó claro que la mayoría de los temas discutidos no eran nuevos, sino ecos de debates en el terreno de la filosofía, la sociología y la ciencia política que se remontaban a la época clásica. En vez de sucumbir a las guerras culturales que han arruinado tantas facultades de ciencias sociales, sobre todo en Estados Unidos, decidimos iniciar un debate entre diferentes escuelas y enfoques y analizar a fondo los temas en cuestión. Entendemos que un requisito imprescindible de todos los doctorandos de ciencias sociales es la familiaridad con los debates del momento y la capacidad para leer con espíritu crítico un trabajo y valorar su perspectiva, venga de donde venga. Además, deben ser conscientes y, por tanto, capa-

ces de defender la perspectiva elegida en su investigación. Si critican otras perspectivas, habrá de ser desde el conocimiento. Por último, tienen que saber combinar, hasta donde sea posible, diferentes perspectivas en un plan de investigación coherente.

Con estas premisas se planteó un seminario común de un año para estudiantes de doctorado de ciencia política, sociología, relaciones internacionales, y teoría política y social. Los estudiantes han sido nuestros críticos más exigentes al insistir en la claridad y la coherencia y animar a los profesores a debatir entre sí. Tal vez el efecto inmediato del seminario haya confundido y complicado sus ideas sobre la investigación, pero esperamos que al final tengan una noción más clara del lugar que ocupan y comprendan que los temas de discusión no son tantos como parecía al principio. La tendencia de los profesores a inventar nuevos conceptos, ampliar los antiguos, recalificar otros y a dividirse en facciones enfrentadas ha aumentado con el tiempo, y la víctima quizá sea la actual generación de estudiantes universitarios.

Por sugerencia de Helen Wallace, entonces directora del Centro de Estudios Avanzados Robert Schuman del IUE, convertimos un curso en libro. Nos vimos así obligados a meditar en detalle el contenido y la coherencia, pero creemos que la experiencia de los autores que han trabajado juntos durante dos años nos ha permitido aclarar los temas. No ofrecemos un único enfoque de las ciencias sociales, ni siquiera pretendemos sintetizar los existentes en un todo. Se trata de un proyecto pluralista, inspirado por la idea de que no existe una única «vía óptima» y por el compromiso y la tolerancia ante los diferentes enfoques. Sin embargo, no vemos factible el debate entre esos enfoques utilizando los medios habituales de argumentación; por ellos, hemos procurado presentar dicho debate en estas páginas.

Ciertas características del IUE no convirtieron dicho debate en algo único, pero lo dotaron de interés. El Departamento de Ciencias Políticas y Sociales es profundamente interdisciplinar, con componentes de ciencia política, sociología, relaciones internacionales, y teoría política y social; pero además estamos hablando de una institución europea, con estudiantes de doctorado procedentes de todos los países de la Unión Europea y otros lugares. Los estudiantes aportan una educación rica y variada, y el conocimiento no solo de sus países, sino también sus contribuciones concretas a las diferentes disciplinas. Y, en consecuencia, nos estimulan y desafían constantemente para superar nuestra formación particular y, sobre todo, para trascender los libros de ciencias sociales, mayoritariamente anglófonos. Los estudiantes nos obligan a aprender otros idiomas, a leer en otras lenguas y a asociar ideas derivadas de tradiciones nacionales distintas; y contribuyen a construir, en las relaciones cotidianas, un enfoque realmente transnacional de las ciencias sociales.

Todo ello hace que nuestra empresa sea la quintaesencia de lo europeo. No queremos decir con eso que exista una única forma europea de

hacer ciencias sociales, susceptible de ser comparada con la estadounidense. Los ejemplos de elección racional, de constructivismo o de institucionalismo histórico son idénticos en ambos lados del Atlántico. Sin embargo, en Europa hay una mayor pluralidad de enfoques. Las tradiciones intelectuales nacionales son múltiples, y es menor la tendencia a que un solo enfoque se imponga en un momento concreto o en una institución dada. Igual que en el propio proyecto europeo, diferentes puntos de vista y expectativas han de convivir con mayor o menor armonía.

Abundando en la analogía, identificamos a grandes rasgos tres posturas diferentes. Están los que se han comprometido con un enfoque concreto y piensan que todo el mundo debe aceptarlo.

Otros se decantan por un enfoque y les gustaría que prevaleciese, pero comprenden que no es realista y que, si hubiese un enfoque único, seguramente no sería el suyo; son los pluralistas pragmáticos. Por último, están los que consideran el pluralismo como algo positivo en sí, puesto que el pluralismo intelectual enriquece la experiencia de la investigación al animarnos a aprender y a asimilar cosas los unos de los otros. Esta última perspectiva es la que nos ha impulsado a elaborar nuestra recopilación. Creemos que la ciencia social no debe caer prisionera de ninguna ortodoxia y que ha de renovarse aprendiendo de otras disciplinas y de nuevos descubrimientos, y revisando su propio pasado. No significa esto que creamos que «vale todo» o que los investigadores pueden mezclar a su antojo ideas, enfoques, teorías o métodos. La metodología es importante, el rigor intelectual esencial en todos los enfoques, y la claridad y la coherencia, vitales.

Agradecemos a Yves Mény, presidente del IUE, su apoyo a este proyecto y a nuestros alumnos de doctorado, la inspiración y las críticas.

INTRODUCCIÓN

Donatella della Porta y Michael Keating

Este libro es una introducción a los enfoques y metodologías de las ciencias sociales. «Enfoques» es un término general, más amplio que teoría o metodología. Incluye la epistemología o aspectos de la teoría del conocimiento; los objetivos de la investigación, como la comprensión, la explicación o la evaluación normativa; y las «metateorías» en las que se localizan teorías concretas. Abarca premisas básicas sobre el comportamiento humano, bien sea el objeto de análisis el individuo o el grupo social; y el papel de las ideas e intereses. La primera parte del libro destaca algunos de estos enfoques, su desarrollo y los elementos clave que tratan. El espíritu del proyecto como totalidad es pluralista y, por tanto, los lectores verán que los capítulos no forman una representación única, sino que presentan diferentes tradiciones y orientaciones investigadoras, algunas de las cuales se superponen, mientras que otras se oponen radicalmente.

La segunda parte del libro se centra en cuestiones de metodología, de la conversión de un problema de investigación en un proyecto factible, y en las opciones básicas entre diferentes métodos. No se analizan en detalle los métodos; para ello, los estudiantes habrán de recurrir a los numerosos manuales que existen. Los capítulos aspiran a ayudarlos a estudiar y a entender investigaciones basadas en diferentes metodologías y, al mismo tiempo, inspirarlos en sus propias opciones. Los lectores no encontrarán un plano que los guíe paso a paso al destino final. Presentamos, en cambio, un mapa del territorio que deben recorrer, destacando los hitos principales y los puntos decisivos de su camino. Las diferentes aportaciones siguen estilos distintos, que reflejan preferencias individuales y nacionales, así como el desarrollo de los diversos enfoques, a veces interrelacionados. Los autores ofrecen combinaciones de reglas y ejemplos, revisiones de sofisticados debates metodológicos e indicaciones concretas con «instrucciones» sobre los diferentes pasos de un proyecto de investigación y su realización.

En el libro se plantean una serie de grandes preguntas. Una es la cuestión fundamental de la epistemología, de lo que sabemos y cómo lo sabemos. Se trata de uno de los temas filosóficos más antiguos que nunca se resuelve a gusto de todos. Por suerte, podemos avanzar sin volver siempre a los planteamientos iniciales; no obstante, conviene aclarar las premisas epistemológicas de las que partimos en nuestra investigación. Los sociólogos trabajan casi todo el tiempo con conceptos, que son representaciones más o menos abstractas del mundo social que estudian. Sin nociones básicas como las de clase, estado y sociedad no iríamos a ningún lado; pero si utilizamos dichos conceptos en sentidos opuestos, no es posible alcanzar un conocimiento común, ni siquiera una discrepancia fundamentada.

Otro tema importante es el de las unidades de análisis. Una tradición de las ciencias sociales, la del individualismo, sostiene que solo existen los individuos (individualismo ontológico) o que solo estos pueden actuar y, por tanto, la ciencia social es el estudio de lo que hacen los individuos (individualismo metodológico). Casi todas las versiones de la teoría de la elección racional parten del individuo y explican los procesos más amplios como la suma de actos individuales. Sin embargo, otros enfoques utilizan unidades de análisis mayores, entre ellas las colectividades e instituciones como las clases, los grupos étnicos o los estados. Con esto se relaciona el tema del nivel de análisis: si nos interesa solo la conducta a micronivel e inferir procesos sociales y cambios más amplios (macronivel) a partir de ella, o si preferimos razonar al nivel de los conjuntos sociales. Por ejemplo, a los investigadores de las relaciones internacionales tal vez les interese la conducta de los estados individuales o entiendan el modelo de las relaciones internacionales como un sistema con su propia lógica; los críticos con el enfoque «realista», por su parte, insisten en que los estados no son actores unitarios. Mientras la unidad de análisis es una opción de los elementos empíricos de estudio, el nivel de análisis se ocupa de la teoría y del punto en el que deben formularse las explicaciones para que sean válidas. Los autores de este libro adoptan diferentes perspectivas en esta cuestión y la alternancia micro-macro, detalle que el lector habrá de tener en cuenta.

Un debate recurrente en ciencia social es el que atañe a las teorías de la acción: ¿por qué la gente hace las cosas que hace? Algunos sociólogos se decantan por una perspectiva individualista, partiendo del principio de que los individuos se mueven por el propio interés y hacen siempre lo que más les beneficia, la lógica del consecuencialismo. Esta noción alimenta la teoría de la elección más racional, aunque ciertos defensores de esta metodología amplían la idea del interés propio e incluyen la conducta altruista. Los críticos consideran dicha postura insostenible y, si se extiende para abarcar todo tipo de conductas, la tachan de tautológica. Una expli-

cación alternativa de la conducta es que se trata del producto de las normas aprendidas y la socialización. Las instituciones tienen mucho que decir en este punto, tanto a la hora de incentivar la elección racional como a la de ofrecer mecanismos de socialización. Tampoco hay que olvidar que las personas actúan muchas veces según lo que consideran correcto en la línea de una ideología o de criterios éticos. En los últimos años ha renacido el interés por el papel de las ideas frente al interés por la vida política y social, y en los condicionamientos que las ideas imponen a la percepción de los intereses.

Los objetivos de la investigación en ciencias sociales son muchas veces polémicos. Algunos defienden que su fin es explicar la conducta social, partiendo de la premisa de que esta obedece a causas cognoscibles y medibles. Son pocos los que aún creen que la ciencia social funciona como la mecánica newtoniana, con mecanismos fijos y predecibles. Sin embargo, hay sociólogos que aspiran a algo así; y si no siempre triunfan es porque les falta la información que, en principio, esperaban conseguir. Otros especialistas prefieren la analogía con la biología, según la cual la conducta social evolucionó con el tiempo, como respuesta al aprendizaje y la adaptación. Parte de las obras del institucionalismo histórico se basan en esa idea. Otros sociólogos defienden la noción de explicación y causalidad simultáneas, con el fin de entender los motivos y expectativas de actores cuya conducta no está predeterminada. Esta postura se aparta de la analogía con las ciencias naturales para acercarse al enfoque y a la metodología de los historiadores. El dilema, expresado en la moderna ciencia social como elección entre la explicación agente y la estructural, coincide en muchos aspectos con el antiguo debate filosófico sobre el libre albedrío de los seres humanos.

En las ciencias sociales existe una persistente división entre quienes optan por descomponer su material en variables y los que prefieren enfrentarse a casos completos. Nuestra experiencia nos indica que pocos asuntos resultan más polémicos entre los sociólogos, muchos de los cuales insisten en utilizar el lenguaje de las variables cuando trabajan con casos completos, o viceversa. La diferencia quedará clara en los siguientes capítulos: algunos autores parten de un enfoque basado en variables, mientras que otros se decantan por los métodos holísticos. Donatella della Porta profundiza en dicho debate. Creemos que no hay una forma «correcta» de efectuar el análisis. Tanto la investigación basada en variables como la que parte de casos son producto de conceptualizaciones y de teorías previas, puesto que ni los casos ni las variables existen como objetos. Si nos interesan las explicaciones detalladas y las generalizaciones sobre qué es causa de qué, conviene aislar variables y examinar sus efectos en diferentes casos. Si nos interesa el contexto y la complejidad de los resultados, los casos completos permiten una mejor comprensión. Y así, un enfoque permite explicar parcialmente el resultado en gran número de casos, mientras que otro explica casi todo el resultado en un pequeño número de casos.

Los métodos también dividen a los sociólogos. En términos muy generales podemos distinguir entre métodos rígidos (basados generalmente en la epistemología positivista y en la creencia en la realidad de los conceptos sociales) y métodos flexibles (que se apoyan en más de una interpretación). Aunque en la práctica las cuestiones son mucho más complicadas, pues hay distintos tipos de información para diferentes formas de análisis. Existe campo para combinar métodos por medio de la triangulación, pero para ello hemos de aclarar los presupuestos de cada uno y asegurarnos de que no son incompatibles.

La mayoría de las ciencias poseen un conjunto de conceptos aceptado y un vocabulario compartido de forma que, aunque no exista un acuerdo sustancial, al menos sabemos dónde radica la discrepancia. En las ciencias sociales, los conceptos suelen ser difusos o polémicos: piénsese en los diferentes significados de términos como globalización, capitalismo o europeización. Los conceptos resultan polémicos cuando se utilizan de diferentes modos. Son «esencialmente polémicos» cuando no existe posibilidad de un significado común porque se basan en diferentes premisas epistemológicas o respaldan visiones del mundo radicalmente opuestas. Aunque los conceptos no se rebatan de forma consciente, casi nunca hay un vocabulario compartido, y la misma palabra se usa de modo distinto en diferentes disciplinas e incluso dentro de la misma. Este hecho desconcierta incluso cuando las palabras tienen significados muy claros. Y desconcierta mucho más cuando los significados solo coinciden en parte y se superponen. Los lectores han de tener en cuenta este problema y, por ello, proporcionamos un glosario con el significado de ciertos términos fundamentales, al final del libro.

Por último, está el tema de las normas y los valores en las ciencias sociales. Una escuela de pensamiento defiende la ciencia social rigurosamente desprovista de valoraciones, basándose en el modelo de las ciencias naturales. Las normas pueden ser objeto de estudio siempre y cuando sean susceptibles de operacionalización y medición; pero el sociólogo deberá para ello prescindir de sus propias valoraciones. Otros discrepan y sostienen que muchos conceptos y gran parte de nuestro lenguaje poseen contenido normativo (piénsese en términos como paz, democracia o legitimidad), sin el cual no se pueden comprender. Algunos van más lejos y afirman que, hasta el siglo xx, las ciencias sociales se ocupaban de las condiciones para mejorar el género humano, y no tanto en explicar o en predecir, y que deberían regresar a lo que tan bien sabían hacer.

TRADICIONES NACIONALES E INFLUENCIAS INTERNACIONALES

Las ciencias sociales (como algo opuesto a la filosofía) surgieron en los siglos xix y xx con el estado-nación. Casi siempre estuvieron ligadas a supuestos y experiencias nacionales, e incluso los datos políticos y so-

ciales se identifican con entidades nacionales. El resultado es una especie de «nacionalismo metodológico» que adopta dos formas. Una es la tendencia a generalizar desde el propio país, presentado como precursor de la modernidad y modelo de futuro. La otra es el mito del excepcionalismo, según el cual el propio país es la excepción a las reglas generales de desarrollo y, por tanto, merece especial interés. Por ejemplo, en la mayoría de los países existe una escuela de pensamiento que defiende que el país en cuestión es excepcional por no haber tenido una verdadera «revolución burguesa». Paradójicamente, si algo tienen en común todos los países es la idea de que son excepcionales.

Al hablar de tradiciones nacionales se corre el riesgo de cosificarlas y de presentar una uniformidad que no existe, aunque en ciertos países se siguen subrayando determinadas ideas y enfoques concretos. Por ejemplo, el concepto de Estado tiene un significado en Francia y Alemania difícil de trasladar a Estados Unidos o a Gran Bretaña. Por el contrario, los investigadores estadounidenses minusvaloran el concepto de Estado en la política interior, pero le dan gran importancia en las relaciones internacionales. La ciencia social francesa tiende tradicionalmente a una abstracción que contrasta con el empirismo del mundo angloparlante. En cuanto disciplinas emergentes en los siglos xix y principios del xx, la ciencia política y la sociología se vincularon en algunos países a disciplinas más antiguas, como la Historia o el Derecho, y dicho vínculo sigue notándose. En muchos países, las relaciones internacionales surgieron como disciplina separada de la política comparada. La división entre ciencia política y sociología es más radical en Gran Bretaña y Estados Unidos que en Francia o Italia. En ocasiones, ese contraste refleja diferencias en las realidades políticas y sociales de los países aludidos. Francia tuvo siempre un Estado fuerte. La política estadounidense giró en torno al pluralismo de los grupos de intereses dentro de un sistema de valores poco definido (al menos hasta el renacer de la escisión religiosa). Sin embargo, el diferente énfasis intelectual no refleja por sistema una realidad social subyacente, en contraposición a diversas formas de pensar sobre la política y la sociedad. Por tanto, es muy importante recoger los conceptos e ideas de un país y aplicarlos comparativamente y, de un modo más general, reunir aquellos que se puedan trasladar, bien para contribuir a la investigación comparativa o como antídoto contra el nacionalismo metodológico.

Siempre hubo un mercado internacional de ideas, con puntos álgidos como el Renacimiento o la Ilustración del siglo xviii, pero en el siglo xx el fenómeno se intensificó. La existencia de una lengua común (sucesivamente, el latín, el francés y el inglés) lo potencia, pero a la vez conforma las ideas y su recepción. Nos interesan especialmente dos frentes: el mercado de ideas dentro de Europa y el comercio trasatlántico cuando Estados Unidos comenzó a ocupar una posición dominante dentro de la inves-

tigación en ciencias sociales. Por ejemplo, la «revolución conductista» de los años sesenta nació en Estados Unidos, pero afectó poderosamente al pensamiento europeo desde los años setenta, subrayando el universalismo, la cuantificación y el rigor. La teoría de la elección racional, tan influyente a partir de los años ochenta, no fue monopolio estadounidense, pero en Estados Unidos tuvo más fuerza y se propagó debido a la influencia de su ciencia social en el mercado global. Otras ideas tienen historias más complicadas. En los años cincuenta, Michel Crozier y sus colaboradores importaron de Estados Unidos el análisis de las organizaciones y lo transformaron en una manifestación científica específicamente francesa, la «sociología de las organizaciones». A su vez, esta fue asumida por los investigadores británicos, que la devolvieron al mundo angloparlante. Coincidió allí con el «nuevo institucionalismo», que ha funcionado con ideas similares, pero partiendo de una base distinta, como reacción al conductismo y a la elección racional. Los enfoques estadounidenses influyeron en la sociología europea, que también desarrolló y difundió ideas propias. Entre otros, el sociólogo francés Alain Touraine reflejó la influencia del funcionalismo parsoniano en su teoría de la sociedad, y Erving Goffman influyó en los etno-metodólogos europeos. En todos estos campos, las ideas desarrolladas por los investigadores europeos llegaron al otro lado del Atlántico, con impactos especialmente fuertes en la teorización e investigación de aspectos como el poder (Foucault), la comunicación (Habermas) y la cultura (Bourdieu).

A lo largo del tiempo, se ha producido un reciclaje similar con el ir y venir de ideas. El estudio de las instituciones floreció, se apagó y regresó con nueva forma. Lo mismo ocurrió con el estudio de la Historia y con los enfoques culturales, tanto en política como en sociología. La teoría normativa, marginada durante la revolución conductista, ha renacido con fuerza. La costumbre de reinventar viejas ideas, adjudicándoles etiquetas nuevas, ha generado gran confusión. De igual modo, los defensores de nuevas ideas (o tan solo de términos nuevos) tienden a presentar una caricatura simplificada de sus predecesores, privándonos así del apoyo de conocimientos pasados y de progresar teórica y metodológicamente.

Como editores de este libro, no creemos factible una ciencia social global y unificada y, dado el carácter de las materias tratadas, tampoco nos parece deseable. No obstante, hay más oportunidades de fertilización mutua y de síntesis ahora que en otros tiempos porque los investigadores se han cansado de los debates en los que los protagonistas solo hablaban de sus respectivos pasados. Pretendemos mostrar la intersección de los distintos enfoques, los puntos en común y los de divergencia. Los capítulos que siguen no se leen como una unidad o un todo continuo. Hemos animado a los autores a subrayar los rasgos característicos del enfoque que describen, y los lectores, sin duda, agradecerán que cada uno aporte su propia interpretación y perspectiva.

El capítulo siguiente, de Della Porta y Keating, se pregunta cuántos enfoques existen en ciencias sociales y su compatibilidad. Distinguimos entre ontologías y epistemologías, o cómo conocemos el mundo social; metodologías, en forma de proyectos de investigación coherentes; y métodos, los instrumentos del intercambio. Si bien estos aspectos están conectados, no existe relación entre las opciones de un nivel y las de los otros. Los debates epistemológicos enfrentan a positivistas o realistas —que creen en la realidad concreta de los fenómenos sociales— con los constructivistas o interpretativistas, que subrayan la percepción y la interpretación humana. Para nosotros estas cuestiones son más complejas, y existe un espectro de posturas entre los extremos. Los debates metodológicos se presentan casi siempre como una confrontación entre los métodos cuantitativos utilizados por los positivistas y los cualitativos de los constructivistas e interpretativistas. Incluso hay una escuela de investigadores positivistas comprometidos con los datos puros y duros y la cuantificación, y otra que utiliza datos más flexibles para la interpretación; pero muchos sociólogos combinan enfoques. En cuanto a los métodos, solo hay modos de adquirir información. Herramientas como las encuestas, las entrevistas y el análisis de textos se utilizan para distintos fines y con diferentes bases epistemológicas. Concluimos el capítulo mostrando los enfoques y metodologías que se pueden combinar y los que no, cuestión que abordaremos de nuevo en el último capítulo.

Durante gran parte del siglo xx, la ciencia social buscó teorías sobre la política y la sociedad que explicasen los hechos de forma desapasionada y rigurosa, eliminando todo tipo de juicios de valor. Las cuestiones de valores y de «buena sociedad» se relegaron a la filosofía, donde se abordaban de modo abstracto. Esto contrasta con una tradición anterior en la que algunos sociólogos y analistas políticos clásicos buscaban conscientemente vías para mejorar las instituciones sociales. Rainer Bauböck demuestra en el tercer capítulo la vuelta de la ciencia social a las consideraciones normativas en las últimas décadas, empezando por las teorías de la justicia social y siguiendo por otros aspectos, como la autodeterminación y concepciones encontradas de liberalismo y democracia. Según Bauböck las consideraciones normativas son inevitables en ciencia social, puesto que en los conceptos suele haber una fuerte carga normativa, sobre todo cuando se refieren al poder y a su legitimación. Bauböck explica cómo se puede combinar la teoría normativa con la investigación empírica en el estudio empírico de actitudes y creencias, en normas de arraigo institucional, en estudios de caso cualitativos que incluyen juicios legales, y en casos de comparación cualitativa. Concluye con una serie de observaciones sobre la ética de la teorización normativa y la postura de los teóricos políticos en los debates políticos actuales.

Los dos capítulos siguientes se ocupan de dos enfoques que habitualmente se consideran opuestos. Adrienne Héritier parte de premisas positivistas para presentar un estudio del análisis causal en la ciencia social, que pretende crear un conocimiento generalizable sobre el mundo postulando que el mundo es real, ordenado, estructurado y cognoscible. Los antecedentes se consideran causa de los hechos subsiguientes y, a través del conocimiento acumulado, acabamos por descubrir que a una serie de causas concretas siguen unas consecuencias determinadas. Este conocimiento es un tanto probabilístico, pues existen otros factores en juego, aunque en principio son conocidos y se cuenta con toda la información necesaria sobre ellos. A veces, las teorías se construyen sobre la acumulación de conocimientos de casos particulares, pero gran parte de la ciencia social se inicia con una teoría expresada como hipótesis, a la que seguirá una causa particular, que luego se contrasta con la realidad. Dichas hipótesis han de tener coherencia interna, ser lógicamente completas y refutables. Tras establecer una relación entre una causa y un efecto, hay formas de desarrollar el mecanismo causal. Otro tipo de análisis causal funciona retrospectivamente, desde un resultado conocido, y busca explicaciones complejas por medio de módulos, cada uno de los cual explica parte del resultado.

En su análisis crítico de ciertos principios del análisis causal, Friedrich Kratochwil aborda una de las cuestiones esenciales tratadas en el capítulo I sobre lo que sabemos y cómo lo sabemos. Para la perspectiva constructivista la ciencia social no estudia un mundo real dado, objetivo e indiscutible, sino conceptos. Los conceptos y las teorías no se pueden refutar aludiendo a una realidad ajena, sino que han de ser comparados con otros conceptos y teorías. Esto *no* afecta a otras dos proposiciones que a veces se atribuyen a los constructivistas: que el mundo físico es mero producto de nuestra imaginación, y que cualquier proposición es tan válida como otra sin necesidad de prueba o demostración. Por el contrario, atañe a los sociólogos concretar los límites dentro de los cuales enmarcan sus definiciones. Al explicar la conducta social hay que fijarse en las percepciones y motivaciones de los agentes. Existen explicaciones múltiples para la conducta social, que funcionan a diferentes niveles y formulan preguntas distintas: sobre las causas próximas, las motivaciones del agente, las estructuras extensas o las cadenas causales, por ejemplo.

Para nosotros la historia de la ciencia social no es la de un progreso hacia teorías y métodos mejores, sino un relato de sucesivos esfuerzos por captar el mundo social y por responder preguntas que admiten diferentes contestaciones. No se trata de la búsqueda de un conjunto de conceptos que serían inclusivos en su afán por abarcar el mundo entero, y exclusivos en el sentido de que no se superponen. Los conceptos se superponen, y la misma cosa se puede explicar con diferentes instrumentos. En un determinado momento el concepto de cultura se utilizó de forma descuidada para explicar diferencias entre sociedades nacionales. Durante la revolución conductista

este enfoque perdió fuerza, puesto que los investigadores buscaban modelos universales y conocimientos ajenos a todo contexto, y relegaron las explicaciones culturales a lo marginal, con idea de eliminarlas del todo. En los últimos años ha habido una especie de vuelta atrás para resolver algunas de las grandes cuestiones que planteamos antes. Para Michael Keating se trata de la relación del individuo con el nivel colectivo, de las ideas con los intereses, y del pasado con el presente y el futuro. No ofrece explicación para todo y se confunde con otros conceptos. La cultura no se ubica en el nivel del individuo ni en el de una sociedad cosificada, sino en el nivel intersubjetivo, donde sirve como medio para identificar fronteras de grupo, interpretar sucesos y otorgar valoraciones. No se somete al lenguaje positivista de variables dependientes e independientes. No es primordial e inalterable, sino que se adapta a los hechos incluso cuando los delimita. La cultura es muy difícil de medir. Las encuestas recogen diferencias entre los individuos, pero no siempre son fiables cuando se trasladan al nivel colectivo. Los estereotipos sirven para entender cómo funcionan las sociedades. Los mejores enfoques consisten en la triangulación de métodos de sondeo, estudios etnográficos y de casos.

Los capítulos siguientes tratan algunos de los principales descubrimientos teóricos en ciencias sociales. Sven Steinmo presenta el progreso del nuevo institucionalismo como corrección a las descripciones de carácter universal y conductista de los años sesenta. Mientras el «antiguo» institucionalismo (en el que se incluyen muchos sociólogos europeos) abordaba las instituciones como conjuntos de reglas obligatorias, el nuevo tiene una perspectiva más sociológica. En el nuevo institucionalismo se distinguen tres variedades. Los institucionalistas de la elección racional consideran que las instituciones configuran los incentivos y las sanciones que permiten a los individuos tomar decisiones. Los institucionalistas sociológicos entienden que las personas son socializadas por las instituciones y, por tanto, su conducta viene determinada por lo que han aprendido a considerar adecuado. Los institucionalistas históricos aceptan ambas visiones, pero subrayan la importancia del contexto y del orden histórico de los acontecimientos. La historia no es una cadena de sucesos independientes, sino una secuencia en la cual un hecho influye en el siguiente. De ese modo, estos investigadores pretenden justificar tanto la continuidad como el cambio a lo largo del tiempo. Aunque utilizan diferentes metodologías, los institucionalistas históricos comparten el desafío metodológico de incardinar la historia en las ciencias sociales. Se muestran escépticos ante la idea de variables independientes y susceptibles de ser aisladas para medir el efecto de cada una, puesto que los factores se interrelacionan continuamente. Si estableciésemos una analogía científica, sería con la biología, más que con la física. A los institucionalistas históricos les interesan los casos concretos y la comparación de un pequeño número de casos más que la generalización a partir de gran número de casos.

Dos capítulos examinan las teorías de la acción. No hemos incluido un capítulo independiente dedicado a la teoría de la elección racional. Los debates más antiguos sobre la teoría de la elección racional están agotados, y la propia teoría ha adquirido matices más sofisticados y variopintos con el tiempo. La objeción clásica sostiene que el principio de elección racional, según el cual las personas obedecen racionalmente al criterio de la máxima utilidad, es falso (puesto que hay personas altruistas) o tautológico (cuando la utilidad se amplía para dar cabida en ella a la conducta altruista). Discutir el tema no serviría de mucho. Por tanto, en su lugar Christine Chwaszcza nos introduce en la teoría de los juegos. Parte de las premisas clásicas de la teoría de la elección racional: el consecuencialismo, la teoría de la utilidad y el individualismo metodológico. Los enfoques de la elección racional individualista han sido criticados, en cuanto explicaciones, por su rotundidad a la hora de describir el proceso de toma de decisiones del individuo y porque no tienen en cuenta el contexto ni las acciones de los demás. La teoría de los juegos soslaya estos problemas al tomar en consideración otros agentes y flexibilizar la idea de que todo el mundo intenta maximizar sus objetivos. En cambio, el criterio de elección racional en la teoría de los juegos es el principio del equilibrio, que tiene en cuenta las acciones de los demás. Sin embargo, siguen imperando las nociones estrictamente consecuencialistas, y así los agentes se encuentran inmersos en paradojas como el «dilema del prisionero», en el que cada cual elegirá la opción que más perjudique al otro. A veces hay dos equilibrios, y cada uno de ellos contribuye al bienestar general (por ejemplo, la elección de conducir por la izquierda o por la derecha); pero las teorías de la elección racional y de los juegos no dicen qué debe elegir el individuo. Existen casos más complejos, con equilibrios múltiples en los que los beneficios de las diversas partes son desiguales. Una forma de solucionar este problema son los juegos iterados, en los que los individuos aprenden a reaccionar, y la teoría del juego evolutivo, en la que los individuos reciben señales y aprenden a adaptarse a su ambiente. Esto nos conduce a formas de actuar con mayor carga social, en las cuales las instituciones y las normas contribuyen a conformar las acciones de los individuos. Al llevar el argumento en esta dirección, Chwaszcza nos muestra cómo se asocian los enfoques de la elección racional y de la teoría de los juegos en otras teorías estudiadas en este libro, como el institucionalismo histórico (Steinmo) y los enfoques culturales (Keating). Si bien la teoría de los juegos no explica por completo la conducta social, es útil como herramienta de análisis en contextos específicos, como forma de razonar y medio de generar hipótesis y temas de investigación.

Alessandro Pizzorno sitúa el problema de la motivación y la acción en otro contexto. Identifica una tendencia de las ciencias sociales a no empeñarse en buscar las *causas* de la acción, sino a buscar *razones*, para lo cual hay que tener en cuenta al individuo que toma la decisión de actuar. No

obstante, aborda el tema partiendo de la base de que la razón se puede reducir a motivos individualistas y egoístas y subraya el carácter del ser humano como actor esencialmente relacional, junto con la necesidad de considerar las preferencias, los intereses y las identidades elementos endógenos del análisis en ciencias sociales. Estos no se deben dar por sentados, como algo preexistente, sino que son puntos clave del análisis sociológico. En vez de presuponer que los seres humanos están aislados y que solo les interesa su propia utilidad, Pizzorno los sitúa en un contexto social, en el cual la opinión de los demás forma parte esencial de los cálculos sobre el bienestar de cada cual. Y así, la racionalidad es una función no solo de la intención que precede a la acción, sino también del modo en que una acción es recibida e interpretada en la cultura en la que se produce. Este capítulo se dedica más concretamente a reconstruir los antecedentes intelectuales de una teoría del reconocimiento, situándolos en el papel que Adam Smith concedió a la previsión de un juicio favorable por parte de un «otro» neutral, en la atención rousseauiana al *regard des autres*, en el énfasis de Hegel sobre las relaciones interpersonales como base de la estructura de la subjetividad, en la teoría de Weber sobre la acción social, y en el interés de Durkheim por las «fuerzas sociales» que constriñen la acción individual. Como otras aportaciones del libro, Pizzorno establece un vínculo entre el microanálisis de la conducta individual y el macronivel del cambio social.

La segunda parte del libro trasciende las cuestiones generales sobre modos de entender y se centra en el diseño de investigación.

Peter Mair aborda un tema estudiado anteriormente por Friedrich Kratochwil, el de los conceptos y la conceptualización. Kratochwil complica la noción de concepto al demostrar que surge de la interpretación del observador y existe a efectos analíticos: los conceptos no se corresponden con «cosas» del mundo real. Mair toma otra dirección, la de la operacionalización y clasificación de los conceptos. Kratochwil plantea una cuestión epistemológica desde una perspectiva constructivista, mientras que Mair se basa en presupuestos más positivistas. No obstante, ambos coinciden en el nivel intermedio o «meso» del análisis al sostener que la ciencia social se construye sobre conceptos y que la claridad conceptual es esencial en la investigación y la argumentación. Para Mair los conceptos son categorías, de modo que cada variable o elemento es un ejemplo de algo más general. Las categorías se pueden organizar según la «escala de abstracción de Sartori», y así dos elementos que en un nivel son ejemplos de diferentes cosas, en otro entran en la misma categoría; por ejemplo, las manzanas y las peras son distintas, pero las dos son frutas. Las categorías son exclusivas, y por ello ningún elemento puede pertenecer a dos clases en el mismo nivel de abstracción; también son exhaustivas, de ahí que todos los elementos se localicen en algún lugar. Los investigadores pueden elegir el nivel de abstracción según la cuestión a investigar. Según Mair, las abstracciones más

fructíferas suelen efectuarse en el nivel medio. Sin embargo, no todos los conceptos se pueden organizar de forma tan clara. En ciertos casos propiedades diferentes constituyen una categoría, y no todas son necesarias o suficientes. En dicha circunstancia, en vez de taxonomías, los sociólogos pueden utilizar tipos ideales, categorías abstractas que contienen todos los atributos necesarios. Los casos reales se identifican comprobando si poseen alguna de las propiedades, lo cual genera categorías radiales. Una alternativa son las semejanzas familiares de Wittgenstein, en las que cada miembro comparte al menos un rasgo con otro miembro, pero no existe necesariamente un único rasgo común a todos ellos.

Donatella della Porta estudia la elección entre enfoques que analizan variables o casos en la investigación comparativa. Tras recordar el desarrollo del debate metodológico en la política comparativa, Della Porta presenta la diferente lógica que orienta las investigaciones de Durkheim y Weber, centrándose en los presupuestos metodológicos que sostienen las estrategias de variables y las de casos. Della Porta previene contra la consideración de la investigación de variables como el estándar al que ha de adaptarse toda investigación en ciencias sociales. Aceptar modelos compartidos no significa adoptar las mismas reglas. El capítulo analiza algunas de las principales opciones metodológicas: la unidad de análisis relevante, el número de casos, la alternancia entre los proyectos más similares o los más diferentes, y el tratamiento de la dimensión temporal. También estudia intentos recientes de salvar el hueco entre los dos enfoques, en especial con el análisis comparativo cualitativo (*QCA*) y las últimas reflexiones sobre la estrategia de estudio de casos. Entre las condiciones que dictan la elección de una lógica u otra se encuentran las ambientales (como las etapas de un ciclo de investigación o los tipos de datos disponibles), las preferencias epistemológicas de los investigadores y sus habilidades metodológicas.

El estudio de casos se ha menospreciado muchas veces en ciencias sociales, tachándolo de descriptivo y de no contribuir en nada a la teoría ni a una mejor comprensión. Según esta postura, los estudios de caso solo sirven como suplementos del análisis comparativo o estadístico. Pascal Vennesson afirma que es un error y que, si se hacen bien, los estudios de caso suponen una significativa contribución al conocimiento. Hay cinco formas de estudiar casos: la descriptiva/configurativa; la interpretativa, que utiliza la teoría para explicar un caso y refinar luego una teoría; la generadora de hipótesis, que proporciona la base para trabajos posteriores; las excepciones, que sugieren nuevas hipótesis y teorías; y la evaluación de teorías. Los casos no nacen por sí solos, sino que son producto de la teoría y la conceptualización; y así, nos preguntamos en qué consiste un caso, las condiciones que lo delimitan o las herramientas conceptuales para entenderlo. El estudio de casos se realiza en ocasiones tras delinear un proceso, lo que se conoce también como «narrativa analítica», que aso-

cia los hechos para explicar el resultado. Un detalle importante que resalta Vennesson es que esto se puede hacer desde una perspectiva positivista o interpretativa. Los positivistas identifican las variables como mecanismos causales que llenan el vacío (la «caja negra») generado cuando los efectos generales se imputan a causas generales. Los interpretativistas examinan las interpretaciones y motivaciones de los agentes; en este punto se someten al escrutinio crítico premisas como la racionalidad del máximo beneficio. A veces se combinan los enfoques positivistas y los interpretativos. Vennesson analiza cuestiones prácticas sobre la realización de estudios de caso, entre ellas la utilización de teorías, fuentes empíricas, y los sesgos cognitivos del investigador.

Los tres capítulos siguientes nos introducen en los aspectos prácticos de la investigación, aunque ninguno pretende ser una descripción completa de los mismos. Mark Franklin se ocupa del análisis cuantitativo. Su enfoque es positivista, basado en la lógica causal. Busca establecer, con ayuda de un gran número de casos, vínculos entre causas (variables independientes) y efectos (variables dependientes). Franklin nos lleva paso a paso a través de la lógica, el vocabulario y la práctica del análisis cuantitativo. En primer lugar, están las fuentes y la calidad de los datos. A continuación, los datos se organizan y clasifican en un conjunto. Se definen luego variables de intervalo, ordinales, nominales y ficticias. Franklin prosigue exponiendo las unidades y niveles de análisis, los problemas habituales que plantean, el significado de los resultados y cómo interpretarlos. Continúa con el análisis multivariante y de regresión. Y por último, advierte de ciertas dificultades comunes de la investigación cuantitativa.

El capítulo de Philippe Schmitter nos introduce en el proceso de investigación desde una perspectiva esencialmente positivista, siguiendo la lógica del análisis causal, aunque sin presentarla como el único objetivo de la investigación. En un estilo más didáctico que los otros capítulos, Schmitter señala los pasos principales de un «ciclo de investigación», desde una idea a su transformación en un tema que se considera de suficiente relevancia como para centrar nuestras energías en él y susceptible de ser transformado en un proyecto viable. Schmitter subraya una serie de opciones estratégicas que se han de seguir para que el tema deje de ser un problema (o rompecabezas) y se convierta en un proyecto. Valiéndose de la metáfora del reloj, Schmitter describe todo el proceso de un proyecto de investigación, desde la elección de un problema científico (u objeto de estudio) a la conceptualización de las principales dimensiones (o variables) que se van a analizar, su definición y operacionalización, la elección de casos y métodos, y la recopilación de datos y su interpretación. En medio, Schmitter incluye las opciones sobre el objetivo de la investigación, a saber: la exploración de cuestiones normativas, la interpretación, la explicación o el análisis causal. Como destaca el propio Schmitter, es raro que un solo investigador siga todos esos pasos en una tesis doctoral individual o que recorra toda la esfe-

ra del reloj. Es más, en el marco de un trabajo doctoral resulta imposible; por tanto, los interesados en el análisis causal seguramente tendrán que prescindir de los pasos iniciales y utilizar teorías y conceptos existentes. Otros, en cambio, pondrán todo su afán en la nueva formulación de conceptos, las cuestiones normativas o la interpretación frente a la explicación (como se explica en el cap. II). Y por ello, los lectores no deben quedarse con la impresión de que en este capítulo se expone «la mejor forma» para realizar todos los diseños de investigación; observarán que la insistencia de Schmitter en utilizar variables en vez de casos no cuenta con el apoyo de todos, entre otros de Della Porta, Vennesson y Bray en sus respectivos capítulos. Sin embargo, la mayoría de los lectores aprovecharán las listas elaboradas por Schmitter con los detalles que los investigadores han de considerar y las falacias que deben evitar.

Zoe Bray presenta un enfoque distinto para recoger y analizar datos, el método etnológico o etnográfico, vinculado a la interpretación y a la búsqueda de significado. La etnografía se asocia habitualmente con la antropología, pero según Bray el enfoque subyacente y los métodos tienen una aplicación más extensa en las ciencias sociales. El enfoque etnográfico observa los fenómenos sociales desde la microperspectiva, aunque esta se puede ver también como complemento y no tanto como sustituta de la macroperspectiva. Le interesa el significado que los agentes dan a sus acciones y no establecer supuestos apriorísticos sobre sus motivos. Se trata de un enfoque contextual, que examina situaciones sociales completas en vez de descomponerlas en variables discretas, cuyos efectos son independientes. La teoría es importante para investigar, pero no se impone a la situación, sino que se desarrolla en el curso de la propia investigación. El investigador ha de estar abierto a nuevas interpretaciones y modos de pensar. La investigación consta de tres fases. En la primera, el investigador selecciona casos según su relevancia teórica o práctica. En la segunda, el caso se estudia en detalle durante un largo periodo de inmersión, teniendo siempre presente el riesgo de que el propio investigador se convierta en parte de la situación estudiada. En la tercera, la descripción etnográfica exige tomar notas y la redacción analítica del informe final. Los métodos incluyen la observación de participantes, las entrevistas y la grabación en forma de registros orales o apuntes. Este enfoque se aleja de la ciencia social positivista que estudia variables. Estudia casos completos y prioriza la profundidad (saber mucho sobre un caso) en vez de la extensión (saber un poco de muchos casos). Se trata de un enfoque científico, con sus propios criterios de evidencia, sujeto a la confirmación o al desacuerdo, con sus procedimientos y su ética de la investigación. Aunque no adoptemos el enfoque etnográfico en su conjunto, sirve de valioso contrapeso frente a enfoques más positivistas. Por ejemplo, las encuestas proporcionan, en un principio, datos objetivos, pero dependen de las preguntas formuladas, las cuales nacen de los presupuestos y los sesgos teó-

ricos de quienes redactan las preguntas. La investigación etnográfica resulta útil para interpretar las respuestas de la gente a las preguntas y para diseñar preguntas mejores. Los enfoques etnográficos también se han empleado en el estudio de procesos e instituciones políticas, para complementar el análisis institucional y de la elección racional.

En el último capítulo, volvemos a preguntarnos cuántas lógicas existen y cómo se combinan. Identificamos asimismo puntos de convergencia y complementariedad entre los enfoques analizados, resaltando las diferencias esenciales.

PRIMERA PARTE

**EPISTEMOLOGÍA Y FILOSOFÍA
DE LAS CIENCIAS SOCIALES**

¿CUÁNTOS ENFOQUES HAY EN CIENCIAS SOCIALES?

Introducción epistemológica

Donatella della Porta y Michael Keating

LOS PARADIGMAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Los partidarios de las diferentes posturas marcan sus posiciones con pasión e intensidad, aunque el carácter de lo que los divide no es fácil de entender. A veces, hay un enfrentamiento entre investigadores «cualitativos», que recurren a los archivos, la etnología, la crítica textual y el análisis del discurso; e investigadores «cuantitativos», que se decantan por las matemáticas, la teoría de los juegos y la estadística. A los primeros se los acusa de considerar opacos y abstractos los nuevos enfoques hipernuméricos de la ciencia política, mientras que los segundos desprecian las «antiguas» formas de estudiar la política y las tildan de subjetivas y carentes de rigor. Otras veces, el cisma nace de las aspiraciones de la disciplina: a un lado se sitúan los que creen posible una explicación científica de la vida política y que se puede deducir algo similar a las leyes físicas de la conducta humana; y, a otro, lo que creen que no... En ocasiones los rivales se escinden entre los «teóricos de la elección racional», cuyo trabajo parte de la hipótesis de que los individuos buscan racionalmente el máximo beneficio (a menudo económico, aunque no siempre), y los que dan cabida a un mayor espectro de motivaciones humanas (Shapiro, Smith y Masoud 2004, p. 1).

Esta cita de la introducción a un libro reciente, *Problemas y métodos en el estudio de la política*, incide en una cuestión metodológica fundamental para las ciencias sociales en general: ¿cuántos enfoques/métodos se presentan a los estudiosos de la disciplina? ¿Y cuáles son las líneas principales que los dividen?

En *La estructura de las revoluciones científicas*, Thomas Kuhn (1962) sostenía que las disciplinas científicas maduras se apoyan en un paradigma que define lo que se estudia (relevancia de los fenómenos sociales),

por qué se estudia (formulación de hipótesis explicativas) y cómo se estudia (con qué métodos). En momentos de normalidad la presencia de un paradigma, basado en los avances previos de una disciplina, deja margen a la acumulación de conocimientos.

En épocas de turbulencia, las revoluciones científicas provocan cambios del paradigma. Un elemento esencial del paradigma es que sea aceptado por toda la comunidad de científicos de una determinada disciplina. Según Khun, en los años sesenta la existencia de un paradigma en las ciencias sociales era cuestión discutible; en la década del 2000 lo sigue siendo.

Algunos sociólogos afirman que solo hay un enfoque (y, por tanto, un paradigma) en las ciencias sociales. King, Keohane y Verba (1994, p. 6) sintetizaron el «ideal al que cualquier investigación cuantitativa y cualitativa» debía aspirar en la siguiente definición de «investigación científica»:

- 1) La meta es la inferencia. La investigación científica está destinada a extraer inferencias descriptivas o explicativas sobre la base de la información empírica acerca del mundo...
- 2) Los procedimientos son públicos. La investigación científica utiliza métodos explícitos, codificados y públicos para generar y analizar datos cuya fiabilidad puede así ser valorada...
- 3) Las conclusiones son inciertas...
- 4) El contexto es el método... El investigador científico se adhiere a un conjunto de normas de inferencias de las que depende la validez de dicho método.

Sin embargo, no todos los sociólogos comparten estas premisas o creen en una definición común de la investigación científica. Algunos piensan que la ciencia social es preparadigmática y que aún está en proceso de buscar un conjunto de principios y normas unificadoras; para otros, en cambio, es posparadigmática, pues alberga una serie de premisas científicas vinculadas a una concepción particular de la modernidad (enfoque posmoderno). Y hay otros para los cuales no es paradigmática, ya que no puede haber un enfoque y un conjunto de normas hegemónicas, sino que el mundo social debe entenderse de múltiples maneras, cada una de las cuales sirve para un propósito concreto; incluso hay quien dice que la ciencia social es mutiparadigmática, con diferentes paradigmas que luchan entre sí o se ignoran.

A algunos sociólogos les interesa este tema en concreto y se especializan en la filosofía de la ciencia social y la teoría del conocimiento. Otros dan las cuestiones básicas por sentadas y se concentran en la investigación empírica. Coincidimos en que no todos los sociólogos tienen que ser filósofos y, ciertamente, gran parte de la investigación en ciencias sociales jamás se habría efectuado si tuviésemos que comenzar resolviendo las cuestiones fundamentales sobre el ser y el conocimiento. No obstante, es

necesaria cierta reflexión sobre la esencia del conocimiento como premisa preliminar antes de abordar cualquier investigación.

Entendemos que se puede abarcar casi todo el campo, no imponiendo una verdad única, sino estableciendo una serie de criterios de argumentación y debate al tiempo que se reconoce que existen diferentes enfoques y tipos de pruebas. Aunque no constituyan forzosamente visiones distintas del mundo, no siempre son compatibles. Los investigadores deben tener en cuenta los diversos enfoques, las diferencias entre ellos, y calcular hasta qué punto se pueden combinar.

Las discusiones sobre enfoques se presentan muchas veces en forma retórica, partiendo de una oposición dual entre los dos enfoques principales (generalmente los positivistas contra los humanistas, o los cuantitativos contra los cualitativos) (Creswell 1994). Otros adoptan una postura más matizada de «dos más uno», con dos posiciones extremas y la versión más moderada de una de ellas (como Corbetta 2003). En las siguientes páginas hemos elaborado tipos ideales y simplificados de enfoques rivales para explorar su lógica inherente. Estos instrumentos son ineludibles si queremos comprender bien los principales temas de debate, aunque en la práctica la investigación sociológica es más compleja, y se mezclan diferentes enfoques de diversas maneras. No pretendemos que ningún sociólogo siga al pie de la letra estas fórmulas, pero muchos de los temas analizados a continuación proporcionan pautas relevantes para las opciones metodológicas que hacemos con frecuencia en nuestra tarea investigadora.

¿QUÉ PODEMOS SABER Y CÓMO?

ONTOLOGÍAS Y EPISTEMOLOGÍAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Por lo general, los enfoques divergentes en ciencias sociales se comparan por a) su base *ontológica*, relacionada con la existencia de un mundo real y objetivo; b) su base *epistemológica*, relacionada con la posibilidad de conocer dicho mundo y las formas que adoptaría ese conocimiento; c) su base *metodológica*, que se refiere a los instrumentos técnicos utilizados para adquirir el conocimiento (Corbetta 2003, pp. 12-13).

La cuestión ontológica trata de *qué* estudiamos, es decir, del objeto de investigación. Los debates sobre la existencia de un mundo físico se remontan a la Antigüedad. No es este el punto que nos interesa, puesto que pocos son los que hoy se molestan en discutir la existencia de los objetos físicos¹. Lo que nos interesa es cómo se ensambla ese mundo y cómo lo interpretamos. En las ciencias naturales sigue discutiéndose la identificación de los fenómenos naturales, por ejemplo si las taxonomías de las especies existen

¹ Esto se debe a que o bien aceptan el mundo material o porque se trata de una pregunta que no se puede responder y, por tanto, el debate es inútil.

en la naturaleza o son meros productos de la clasificación científica. Para los *nominalistas*, las categorías existen solo porque las hemos creado arbitrariamente. Los *realistas*² afirman que las categorías existen antes de que las descubramos. Tampoco debemos obsesionarnos con este punto. Ciertas categorías son indiscutibles y otras son aceptadas por todos como producto de la convención. Casi todo el mundo acepta la distinción entre los seres vivos y los objetos inertes, y la mayoría distingue entre seres humanos y otros animales. Por otro lado, en el año 2006 se produjo un debate en torno a la definición de un planeta tras el descubrimiento en el sistema solar de objetos más pequeños que Plutón, que durante años se había incluido entre los planetas. No era un debate sobre hechos (la existencia o el tamaño de la nueva entidad), sino una discusión meramente nominalista sobre definiciones (Kratochwil, cap. V, utiliza el mismo ejemplo).

La mayoría de las discusiones entre nominalistas y realistas en ciencias naturales se sitúa en los márgenes, donde las categorías y etiquetas convencionales se pueden rebatir so pretexto de que son confusas o de que cosifican lo que deberían considerarse conceptos, más que objetos. En ciencias sociales hay una diferencia mucho mayor sobre el grado de realidad y objetividad del mundo de los fenómenos sociales, con existencia autónoma fuera de la mente humana e independiente de la interpretación que le da el sujeto (Corbetta 2003). Según algunos, el único objeto «real» es la persona individual, y las restantes entidades son meros artefactos. Esta es la base del «individualismo metodológico» y de la mayoría, aunque no de todos, los enfoques de la elección racional³. Sin embargo, son más los sociólogos que utilizan categorías más extensas como la clase, el género o la etnia, provocando disputas a la hora de dilucidar si se trata de distinciones reales y objetivas, de productos de nuestra propia categorización o de meros conceptos⁴.

La epistemología aborda *cómo* conocemos las cosas. Es una rama de la filosofía que se ocupa del «carácter, fuentes y límites del conocimiento» (Klein 2005). En este caso se trata de un conocimiento *proposicional*, que se distingue de la «creencia» en que exige que demos razones para decir que algo es así y poder convencer a otros. De nuevo, surge la cues-

² Este es uno de los términos con múltiples significados en ciencias sociales. En las relaciones internacionales tiene un significado muy distinto al que ofrecemos aquí (véase Kratochwil, cap. 5).

³ De hecho, ni siquiera la solución individualista, que reduce la ontología al ser humano individual, responde a esta pregunta de forma definitiva, y por tanto se podría decir que el individuo racional y consciente de sí mismo es un artefacto de la metodología de las ciencias sociales y no algo que se produce espontáneamente, puesto que la condición original de los seres humanos es el grupo. Este punto se analiza en la obra clásica de la Ilustración de Adam Ferguson, *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* (1767).

⁴ Un ejemplo clásico es el caso del género. Nadie niega la existencia de las diferencias sexuales, pero se discute la categoría de género, que incluye gran número de atributos y papeles presentados como diferencias de sexo.

ción en las ciencias naturales, pero estas poseen criterios de prueba, argumentación y lógica compartidos. No ocurre así en las ciencias sociales, en las que algunos sociólogos reclaman pruebas objetivas similares a las de las ciencias naturales, mientras que otros insisten en que hay otras formas de conocimiento. Por ejemplo, un recurso habitual en la ciencia social positiva consiste en contrastar el «mito», como creencia ampliamente compartida, con la «realidad» revelada por la investigación empírica; la tarea de los sociólogos es denunciar esta falsedad y descartar lo que es comprobable o refutable empíricamente. Sin embargo, muchos antropólogos rechazan este procedimiento, alegando que los mitos y las creencias son datos tan válidos como cualquier otro y que no tenemos derechos a decir a otras personas (sobre todo, de diferentes culturas) que su construcción del mundo es errónea, cuando en realidad solo es distinta. De forma menos radical, muchos sociólogos admiten que los mitos son factores importantes en sí y que su papel en la conducta social no depende de si son verdaderos o falsos. Naturalmente, a la propia ciencia social se le puede acusar de fundamentarse en mitos, por ejemplo el mito de las instituciones racionalizadas que, según el análisis neoinstitucional de las organizaciones, domina en las sociedades modernas (Meyer y Rowan 1983, p. 27). Como en otros terrenos, este mito moderno es rebatido por teorías que subrayan el carácter posmoderno de las sociedades contemporáneas. Uniendo estas dos dimensiones, identificamos cuatro grandes enfoques (tabla 2.1). No deben tomarse como categorías rígidas (o etiquetas inalterables), sino como posturas en un espectro que va desde el máximo positivismo al humanismo extremo.

El enfoque tradicional del *positivismo* (representado por las obras de Comte, Spencer y, según algunos, Durkheim)⁵ es considerar las ciencias sociales similares en muchos aspectos a otras ciencias (físicas). El mundo existe como entidad objetiva, al margen de la mente del observador, y en principio se puede conocer en su totalidad. La tarea del investigador consiste en describir y analizar esa realidad. Los enfoques positivistas comparten la premisa de que, tanto en las ciencias naturales como en las sociales, el investigador se puede separar del objeto de su investigación y, por tanto, es capaz de observarlo con neutralidad y sin afectar a dicho objeto. Al igual que en las ciencias naturales, hay *normas sistemáticas y regulaciones* que gobiernan el objeto de estudio y que también son susceptibles de someterse a la investigación empírica. En palabras de Émile Durkheim (1982, p. 159): «Puesto que la ley de la causalidad se ha comprobado en otros dominios de la naturaleza, extendiendo progresivamente su autoridad del mundo físico y químico al biológico, y de este mundo al psicológico, se puede admitir en justicia que lo mismo sirve para el mundo social».

⁵ Según Van Langenhove (2007) los investigadores de finales del siglo XX han presentado para simplificar a los sociólogos clásicos como más positivistas de lo que eran en realidad.

Tabla 2.1. ¿Cuántas ontologías y epistemologías hay en las ciencias sociales?

	Positivista	Pospositivista	Interpretativa	Humanística
<i>Cuestiones ontológicas</i>				
¿Existe la realidad social?	Objetiva; realismo	Objetiva, realismo crítico	Objetiva y subjetiva intrínsecamente asociadas	Subjetiva; ciencia del espíritu
¿Se puede conocer la realidad?	Sí, y es fácil de captar	Sí, pero no es fácil de captar	En cierto modo, pero depende de la subjetividad humana	No; impera la subjetividad humana
<i>Cuestiones epistemológicas</i>				
Relación entre el investigador y el objeto de investigación	Dualismo: investigador y objeto son cosas separadas; procedimientos inductivos	El investigador influye en el conocimiento; procedimientos deductivos	Aspira a entender el conocimiento subjetivo	No es posible el conocimiento objetivo
Formas de conocimiento	Leyes naturales (causal)	Ley de probabilidades	Conocimiento contextual	Conocimiento empático

En el *neopositivismo* y el *pospositivismo* estos principios se relajan. La realidad se considera algo objetivo (externo a la mente humana), pero solo se puede conocer de modo imperfecto. La confianza positivista en el conocimiento causal se ve alterada por la idea de que algunos fenómenos no se rigen por leyes causales, sino como mucho por leyes de probabilidades. Esto no supone un corte drástico con las ciencias naturales, sino que se hace eco de modernos descubrimientos científicos (Delanty 1999). Si el positivismo se parece mucho al método científico tradicional (o a la física newtoniana) en su búsqueda de regularidades, el pospositivismo se aproxima a enfoques científicos modernos, que aceptan cierto grado de incertidumbre. La *epistemología realista y crítica* sostiene que hay un mundo material real, pero que nuestro conocimiento del mismo se ve muchas veces condicionado y sometido a desafíos y

reinterpretaciones⁶. Existen mecanismos que gobiernan los asuntos humanos que no se pueden observar y, de hecho, no se observan, pero no por ello hay que ignorarlos. Esto también sirve para las ciencias naturales, donde las teorías se han formulado y aplicado a menudo antes de que se explicasen los mecanismos causales subyacentes.

Hay ideas similares en el *construccionismo (social)* (llamado también *constructivismo*⁷). Este enfoque no afirma, como se cree a veces, que el mundo físico es producto de la imaginación de los investigadores sociales, sino que son estos quienes lo ordenan. Como explica Hacking (1999, p. 33): «Los construccionistas sociales tienden a decir que las clasificaciones no reflejan cómo es el mundo, sino que son formas convenientes de representarlo». Las teorías no son descripciones que se evalúan según su correspondencia literal con una realidad susceptible de ser descubierta, sino modos parciales de entender el mundo, que deben ser comparados entre sí para ponderar su capacidad explicativa (Kratochwil, cap. V). El mundo no solo se descubre mediante la investigación empírica, sino que el conocimiento se filtra a través de la teoría que adopta el investigador.

Estas ontologías y epistemologías se funden en el enfoque *interpretativo*. En él los significados objetivos y subjetivos se conectan estrechamente. Asimismo, este enfoque subraya los límites de las leyes mecánicas y da mayor importancia a la volición humana. Puesto que los seres humanos son agentes «significativos», el fin de los investigadores debe ser descubrir los significados que motivan sus acciones, en vez de conformarse con leyes universales ajenas a los agentes. En la esencia de este conocimiento se halla el significado subjetivo. Por tanto, es imposible entender los hechos históricos o los fenómenos sociales sin considerar las percepciones que los individuos tienen del mundo exterior. La interpretación, en diferentes formas, caracterizó durante mucho tiempo el estudio de la historia como un mundo de actores con conocimientos y motivos imperfectos, asentados en complejas influencias sociales y culturales, pero conservando cierto grado de libre albedrío y capacidad de juicio⁸.

⁶ El realismo crítico se ha definido como «un punto de vista filosófico de la ciencia y/o la teología según el cual nuestro conocimiento del mundo ve la forma-real-de-ser-de-las-cosas, pero de un modo parcial que ha de revisarse a medida que dicho conocimiento evoluciona». Christopher Southgate, www.meta-library.net/.

⁷ Véase un debate sobre la diferencia en Hacking (1999, pp. 47-49), que recomienda dejar el término «constructivismo» a los matemáticos.

⁸ Esto conecta con una profunda división dentro de la filosofía entre los deterministas y los defensores del libre albedrío. Para san Agustín y Juan Calvino el determinismo era cuestión de selección divina, pero para los sociólogos modernos se debe a la programación genética, a los condicionamientos sociales o a una reacción predecible ante los estímulos institucionales. Los defensores del libre albedrío no pueden saber, por definición, cómo se comportará una persona, al margen de los límites que se impongan.

Los historiadores reconocen que la interpretación depende muchas veces de los valores e intereses del propio historiador, y en la reinterpretación del pasado (revisiónismo) influye la agenda política del presente. A estas interpretaciones tradicionales se ha unido una nueva escuela derivada de las premisas posmodernas (Bevir y Rhodes 2003). Dicha escuela pone en duda las constantes epistemológicas de gran parte de las ciencias sociales, en las que ve una nociva influencia de presupuestos modernistas sobre el orden, la causalidad y el progreso (derivados a su vez de la ciencia natural del siglo XIX). La interpretación funciona en dos niveles. El mundo se puede entender, no como una realidad objetiva, sino como una serie de interpretaciones que las personas dan a su posición dentro de la sociedad; los investigadores sociales, por su parte, interpretan dichas interpretaciones. Forzando más la reflexión, las interpretaciones de los investigadores sociales llegan a la gente a través de la literatura y los medios de comunicación, influyendo de nuevo en lo que Giddens (1976) denomina la «doble hermenéutica». Por ese motivo, las relaciones que se mantuvieron en el pasado tal vez no se sostengan en el futuro (Hay 2002).

Los enfoques *humanísticos* dan mayor importancia a lo subjetivo. Para ellos, lo que distingue a las ciencias humanas de las ciencias naturales es que en la conducta humana siempre influyen las visiones subjetivas de la realidad externa por parte de las personas estudiadas y del propio investigador. Por tanto, la ciencia social es según la conocida definición de Clifford Geertz (1973, p. 5): «No una ciencia experimental que busca leyes, sino una ciencia interpretativa que busca significados». Para las versiones más radicales de este enfoque la realidad no existe más allá de las imágenes (relativas y parciales) que los distintos agentes tienen de ella. Puesto que la realidad es imposible, los investigadores deben centrarse en el significado a través del conocimiento empírico.

¿CUÁNTAS METODOLOGÍAS HAY EN LAS CIENCIAS SOCIALES?

La cuestión metodológica se refiere a los instrumentos y técnicas que utilizamos para adquirir conocimiento. En un sentido, se trata de un tema independiente de las cuestiones ontológicas y epistemológicas que hemos tratado, puesto que hay múltiples formas de hacerse con cada tipo de conocimiento. En la práctica, suelen estar relacionadas, ya que la ciencia social positiva se presta a los métodos «sólidos» y busca datos rotundos, pruebas concretas, normas y regularidades, mientras que los enfoques más interpretativos recurren a métodos «más suaves», en los que tienen cabida la ambigüedad y la contingencia, y reconocen la interacción entre el investigador y el objeto investigado (véase más adelante). Todas estas diferencias tienen que ver con la diversidad del alcance final de la investigación.

Para la tradición positivista el fin de la investigación es señalar explicaciones causales, partiendo del principio de una relación causa-efecto entre variables (véase Héritier, cap. IV). Los investigadores buscan una explicación estructural y ajena al contexto, que permita generalizaciones y el descubrimiento de leyes universales de conducta. Dichas leyes se pueden descubrir de dos maneras. El enfoque *inductivo*, vinculado al pragmatismo o conductismo (Hay 2002), extrae generalizaciones de observaciones específicas en gran número de casos. Sin embargo, los positivistas de la tradición más científica insisten en comenzar por una teoría que genera hipótesis (un estado de cosas esperado) las cuales, a su vez, se someten a la prueba de los hechos fríos y solo se aceptan si la superan (véase Héritier, cap. IV)⁹. Este es el método *hipotético-deductivo* (deductivo-empírico)¹⁰, en el que el estudio de la realidad social utiliza el marco conceptual, las técnicas de observación y medida, los instrumentos de análisis matemático y los procedimientos de inferencia de las ciencias naturales (Corbetta 2003, p. 13). Como en las ciencias sociales casi nunca se pueden realizar experimentos, se utilizan amplias series de datos y análisis estadísticos para identificar y aislar causas y efectos de forma rigurosa y llegar a una explicación única. No quiere esto decir que solo los positivistas utilicen los métodos cuantitativos, sino que cuando emplean otros métodos (cualitativos), siguen la misma lógica de inferencia. El objetivo esencial es «identificar, valorar y eliminar las explicaciones rivales» (Collier, Brady y Seawright 2004a, p. 229).

En cambio, la investigación interpretativa/cualitativa pretende comprender los hechos desvelando los significados que los seres humanos atribuyen a su conducta y al mundo exterior.

Lo fundamental no es descubrir leyes sobre las relaciones causales entre variables, sino comprender el carácter humano, incluyendo la diversidad de sociedades y culturas. En concreto, y siguiendo a Weber, este tipo de ciencia social busca comprender (*verstehen*) las motivaciones que están detrás de la conducta humana, cuestión que no se puede reducir a un elemento predefinido, sino que debe situarse dentro de una perspectiva cultural, en la que la cultura supone una red de significados y valores compartidos (véase Della Porta, cap. XI y Keating, cap. VI). La teoría es importante, pero no siempre se establece antes de la investigación como en el enfoque deductivo-empírico. En forma de «teoría fundamentada» se puede elaborar en el curso de la investigación, y entonces se podrá utilizar en posteriores investigaciones y el estudio de otros casos. Estos no se

⁹ En la práctica, los sociólogos oscilan entre enfoques inductivos y los basados en teorías durante el encuadre de sus proyectos.

¹⁰ Esto no debe confundirse con el método deductivo puro, en el que las conclusiones derivan de premisas por puro razonamiento, sin necesidad de investigación empírica. Héritier (cap. IV) explica el vínculo entre inducción y deducción en la tradición positivista.

descomponen en variables, sino que se consideran totalidades interdependientes; la generalización se alcanza asimilando los casos a clases y acercándolos a tipos ideales. El contexto tiene mucha importancia, pues la investigación de la actividad humana se considera una interpretación de la propia situación del individuo (Flyvbjerg 2001, p. 47). La predictibilidad es imposible, ya que los seres humanos cambian en el tiempo y en el espacio; según Bourdieu (1977, p. 109), «la práctica tiene una lógica que no es la de la lógica». El resultado de la investigación adopta la forma de explicaciones concretas de casos y también de conceptos refinados para el análisis de casos futuros.

Este tipo de investigación, como el enfoque positivista, busca explicaciones a las consecuencias sociales, pero no espera encontrarlas en las reglas universales. La explicación surge más bien de la interpretación de los motivos que las personas dan a sus acciones. Ferejohn (2004, p. 146) aclara esta distinción, comparando las explicaciones «externalista» e «internalista»:

Los externalistas explican la acción según sus causas; los internalistas la explican presentándola como justificada o mejor desde el punto de vista del agente. Las explicaciones externalistas son positivas y predictivas; las internalistas son normativas o hermenéuticas. Los externalistas tienden a denominarse especialistas en ciencia política; los internalistas, teóricos de la política. Tanto externalistas como internalistas coinciden al menos en una cosa: trabajan en campos distintos.

A veces esta diferencia se presenta como oposición entre los métodos cuantitativos (positivistas) y cualitativos (interpretativos) (Creswell 1994; Corbetta 2003). Se producen así muchas confusiones, pues se combinan ontología y epistemología, por un lado, con los métodos y la metodología, por otro. El método cuantitativo remite a sofisticados análisis de datos basándose en grandes cantidades; en las ciencias sociales hay una corriente cuyo enfoque es a la vez positivista y cuantitativo. Brady, Collier y Seawright (2004) describen un «método cuantitativo dominante» como enfoque basado en el empleo de análisis de regresión y técnicas relacionadas, cuyo fin es medir la inferencia causal; pero en la tradición positivista también se utiliza material no cuantitativo, como estudios de caso, comparaciones de pares, grabaciones de entrevistas e incluso enfoques etnográficos de campo en investigación e interpretación. King, Keohane y Verba (1994), principales exponentes del enfoque positivista, aceptan que los métodos cualitativos se utilicen como complemento de los cuantitativos siempre que sigan la misma lógica. Los capítulos de Brady y Collier (2004) sostienen que los métodos cualitativos pueden abordar cuestiones inasequibles para los métodos cuantitativos, pero se mantienen dentro del mismo marco epistemológico positivista. La observación de los encuesta-

dos también se utiliza en los diseños de investigación «de orientación teórica» (Lichterman 2002). Laitin (2003) admite la validez de los enfoques narrativos, pero solo como parte de un enfoque tripartito en conjunción con modelos estadísticos y formales. Para Laitin, las narraciones proporcionan pruebas de fiabilidad de los modelos formales, mecanismos que asocian las variables dependientes con las independientes e ideas para buscar nuevos requisitos de variables aún sin definir.

Por tanto, existe otro significado distinto, más específico, que el que habitualmente se da al término «método cualitativo»; se relaciona con el enfoque interpretativo derivado de la etnografía y la antropología y ha calado en otras áreas de las ciencias sociales. Según Denzin y Lincoln (2000, p. 3):

La investigación cualitativa es una actividad localizada que sitúa al observador en el mundo. Consiste en un conjunto de prácticas interpretativas que hacen que el mundo sea visible. Estas prácticas transforman el mundo. Convierten el mundo en una serie de representaciones, que incluyen apuntes de campo, entrevistas, conversaciones, fotografías, grabaciones y notas propias. En este nivel, la investigación cualitativa contiene un enfoque interpretativo y naturalista del mundo. Significa esto que los investigadores cualitativos estudian las cosas en su ambiente natural, tratando de encontrar sentido o de interpretar los fenómenos de acuerdo con el significado que la gente les otorga.

Métodos apropiados para todo ello son las entrevistas no estructuradas, los grupos focales, los análisis textuales y los análisis de contenido (véase Bray, cap. XV). Igual que los positivistas utilizan entrevistas, estudios de caso e incluso la observación de los entrevistados; los interpretativistas emplean a veces técnicas cuantitativas. Existe un sofisticado *software* informático para analizar el contenido del discurso y el texto en busca de palabras clave, pautas de símbolos, códigos y referencias. Vemos así que no se deben confundir las cuestiones de epistemología con las de metodología o técnicas de investigación.

DE LA METODOLOGÍA AL MÉTODO

Simplificaríamos excesivamente las cosas si dijésemos que existe una diferencia entre los métodos cuantitativos y los cualitativos, que se corresponde con la que existe entre la epistemología positivista y la interpretativa. Los métodos solo son formas de reunir datos. Sin embargo, las cuestiones de método van unidas a la epistemología y la teoría en los debates sobre metodología, que trata del modo en que se utilizan los métodos. En este punto nos enfrentamos a opciones que señalan en la dirección de enfoques más o menos estructurados formalmente y métodos «más obje-

tivos» o «más flexibles»¹¹. Para estudiarlos, presentamos primero un conjunto simplificado de opciones que se han de hacer en el diseño de la investigación y la selección de métodos (véase también Della Porta, cap. XI).

La primera opción consiste en encuadrar la cuestión a investigar. Los positivistas suelen comenzar con una hipótesis derivada por deducción de la teoría y el conocimiento previo. Este sistema da por supuesto un estado de hechos o relación causal esperada y empíricamente refutable. No queremos decir con ello que sea falso, sino que se especifican las condiciones para su rechazo. Si no es refutable, se puede aceptar como cierto, no solo para los casos en cuestión, sino para todos aquellos con las mismas características. Los interpretativistas (o investigadores cualitativos en sentido estricto) trabajan de forma más inductiva, elaboran la cuestión a investigar en el curso de la propia investigación y están dispuestos a modificar el diseño durante la misma. Por tanto, no hay una distinción temporal clara entre el diseño de investigación y su ejecución, puesto que se interrelacionan en asociaciones continuas. Los positivistas procuran hacer funcionar sus conceptos e hipótesis en términos científicos y generales, mientras que los interpretativistas dejan que los conceptos surjan del propio mundo.

Otra diferencia alude al número de casos analizados y a los criterios para elegirlos. Los positivistas eligen un gran número de casos para alcanzar una mayor generalización y recoger más fuentes de variación. En ocasiones eligen un pequeño número de casos, pero los seleccionan rigurosamente de tal forma que sus diferencias queden bien claras. En la formulación clásica de J. S. Mill (1974), se deben elegir dos casos que solo compartan un atributo o que difieran en un único atributo. En este enfoque no siempre se utilizan números y a veces hay pocos casos; no obstante, la lógica es el acercamiento a un tipo de análisis estadístico interesado en la representatividad (estadística), la validez y la fiabilidad. Las técnicas no cuantitativas han de seguir la misma estructura lógica y las mismas normas de inferencia científica (King, Keohane y Verba 1994)¹². Por su parte, los interpretativistas seleccionan los casos según su interés inherente (por ejemplo, casos paradigmáticos), no porque sean típicos de una categoría, sino por lo que nos dicen sobre los procesos sociales complejos.

Los positivistas utilizan el lenguaje de las variables. Es decir, no les interesan los casos como tales, sino las propiedades que los diferencian. Están muy pendientes de las leyes generales o universales y, por tanto, quieren conocer los factores que producen determinadas consecuencias

¹¹ Estos términos no se utilizan valorativamente para sugerir que uno es mejor que otro. Los métodos verificados se corresponden con la perspectiva según la cual las ciencias sociales se asemejan a las ciencias físicas; los métodos no verificados con la idea de que la realidad social es más escurridiza.

¹² Por ejemplo, los estudios de caso se utilizan para rebatir una hipótesis (ya que solo se necesita un caso para desmontar una regla) o como base para formular hipótesis de comprobación general. No tienen valor en sí mismos.

en la vida social; por ejemplo, cuál es la relación causal entre el crecimiento económico y la democratización. Esto exige que desarrollen una definición operativa del crecimiento económico y la democratización, y formas de medir ambas cosas. Y así, estas se convierten en las variables de análisis, con el crecimiento económico como variable «independiente» o causal y la democratización como variable «dependiente» o causada. No suele darse la circunstancia de que una variable independiente produzca siempre y en todas partes los mismos efectos en la variable dependiente, lo cual significa que hay que añadir más variables para abarcar todas las variaciones. Según Przeworski y Teune (1970) el fin último es «eliminar los nombres propios», es decir, explicar los procesos sociales por referencia a reglas generales, sin hablar de casos individuales, puesto que todos están incluidos en las reglas generales (Corbetta 2003). Para estos sociólogos, el contexto se compone de variables que deben especificarse adecuadamente (Laitin 2003).

Los enfoques neopositivistas han flexibilizado la premisa de que el conocimiento está al margen del contexto y de que la misma relación entre variables se mantiene siempre y en todas partes. En lugar de ello, dan más importancia a lo particular y lo local y a la forma en que se combinan los factores en distintas circunstancias. Para captar este efecto contextual, los investigadores han recurrido cada vez más a la idea de las instituciones como sustentadoras de distintos modelos de incentivos y sanciones, y al modo en que las decisiones que se toman en un momento concreto condicionan lo que se hará después. Estos factores institucionales se pueden expresar en forma de variables, pero es importante el papel que juega el estudio comparativo de un pequeño número de casos, en los cuales la variación es la estructura institucional y su evolución histórica (véase Steinmo, cap. VII). Los neopositivistas aspiran a expresar el efecto del contexto en forma de estructuras institucionales y evitan el concepto de cultura por la imposibilidad de hacerlo operativo y porque es enemigo de las teorías generales. Otros, en cambio, prefieren la cultura a las instituciones y sirven de puente entre el enfoque interpretativo y el positivista (véase Keating, cap. VI).

Los enfoques interpretativos se basan en un planteamiento holístico, resaltan los casos (que pueden ser un individuo, una comunidad u otra colectividad social) como entidades complejas (véase Della Porta, cap. XI) y subrayan la importancia del contexto. Los conceptos son orientativos y susceptibles de mejorar durante la investigación. Generalmente, los datos se presentan en forma de narraciones abundantes, con extractos de textos (entrevistas, documentos y notas etnográficas) que sirven de ejemplo. La aceptación de la influencia mutua entre los múltiples factores en juego descarta cualquier empeño de razonar acerca de causas y efectos o de generalizar. Comprender la realidad nos obliga a «empaparnos de información sobre los agentes en cuestión y, por medio de la empatía y la

imaginación, a construir relatos creíbles de sus sentimientos de identidad» (Smith 2004, p. 43). En esta actividad son fundamentales los métodos habitualmente calificados como cuantitativos, como los análisis textuales, el trabajo etnográfico de campo, los estudios biográficos o la observación de los entrevistados (véase Bray, cap. XV).

Encontramos otra diferencia en la relación del investigador con el objeto investigado: ¿hasta qué punto se puede participar en la situación estudiada? ¿Debe el investigador ser totalmente ajeno? ¿Ha de adoptar un punto de vista afín ante el objeto de su investigación? Los positivistas establecen una separación radical entre el observador y lo observado, procurando no «contaminar» la investigación al formar parte de ella. Prefieren cuestionarios preestablecidos y entrevistas programadas, encuestas anónimas, códigos de respuesta rigurosos y, muchas veces, técnicas cuantitativas. Los interpretativistas tienden, por el contrario, a sumergirse en la situación que estudian, a empatizar con la población y a ver las cosas desde su propia perspectiva. Los antropólogos pasan largos periodos en los lugares estudiados para obtener un conocimiento interno de los mismos. La sociología de la intervención (preconizada por Alain Touraine) empuja a los investigadores a trabajar con los movimientos sociales y los activistas que estudian en un escenario común, a fin de interpretar mejor la situación, y de que todos se enriquezcan con el aprendizaje mutuo. En las posturas más radicales todos los postulados sobre el mundo exterior tienen elementos tan subjetivos que no existe la observación compartida. El reconocimiento del papel de las interacciones entre los investigadores y el objeto de la investigación plantea numerosas cuestiones éticas; entre ellas, a quién aceptar como patrocinador, cuánto se debe contar sobre la investigación a los entrevistados, cómo proteger su intimidad, cómo compensar su colaboración, cómo mantenerlos informados de los resultados de la investigación y cómo evitar la manipulación.

Otro aspecto importantísimo que diferencia los enfoques atañe al valor-neutralidad. Para los positivistas, el investigador no aporta perspectivas normativas, ideológicas o políticas a la investigación. Se limita a buscar la verdad desnuda. Los críticos afirman que tras ello casi siempre se oculta un conjunto de normas, puesto que las propias premisas en que se basa el positivismo reflejan la elección de un valor¹³. Los positivistas se defienden diciendo que, llegado el caso, dichas tendencias normativas deben declararse de antemano. Según esta perspectiva, el trabajo normativo como tal es una actividad independiente que pertenece al campo de la filosofía ética. Los interpretativistas no suelen hacer una distinción tan clara entre el trabajo empírico y el normativo; este enfoque llevado al extremo

¹³ Eso se ve de forma más clara en el análisis de la elección racional, que presume de una base estrictamente positivista, pero incluye numerosas suposiciones y tiende a desembocar en conclusiones con fuerte carga normativa.

Tabla 2.2. ¿Cuántas metodologías hay en las ciencias sociales?

	Positivista	Pospositivista	Interpretativa	Humanística
¿Qué metodología?	Empírica, aspira a conocer la realidad	Esencialmente empírica, reconociendo el contexto	Interés relativo en los significados, contexto	Interés en valores, significados y objetivos
¿Qué método/s?	Imitación del método natural (experimentos, modelos matemáticos, análisis estadísticos)	Basado en aproximaciones al método natural (experimentos, análisis estadísticos, entrevistas cuantitativas)	En busca del significado (análisis textual, análisis del discurso)	Interacciones empáticas entre investigadores y objeto de la investigación

niega incluso la distinción entre hechos y valores. Versiones más moderadas afirman que la mayoría de los actos del lenguaje y el discurso contienen elementos descriptivos y normativos, que los propios conceptos tienen contenido normativo, y que el investigador ha de tomarlo en consideración. Recientemente se han hecho grandes esfuerzos por coordinar el trabajo normativo derivado de la filosofía con la investigación empírica (véase Bauböck, cap. III). En cierto sentido es algo nuevo, pero representa también el regreso a la época clásica del pensamiento social. Flyvbjerg (2001) indica que, puesto que las ciencias sociales no tienen la capacidad explicativa de las ciencias naturales debido al carácter del mundo, deben volver a una etapa anterior y proporcionar análisis reflexivos y debates sobre valores e intereses orientados a la praxis, es decir, contribuir a la construcción de una sociedad mejor. Esta postura ha generado respuestas críticas (Laitin 2003).

Volviendo a nuestra clasificación en cuatro partes y hechas las oportunas advertencias, resumimos los principales presupuestos metodológicos (tabla 2.2).

¿CUÁNTAS FORMAS DE CONOCIMIENTO HAY?

¿Qué deben excluir nuestras opciones metodológicas? ¿Hemos de dar cabida al anarquismo epistemológico y confiar en los intercambios con investigadores que trabajan en el otro «paradigma»? ¿Tal vez alternar am-

bos? ¿O el conocimiento solo se puede alcanzar dentro de un paradigma?
¿La combinación de enfoques/métodos sirve para superar los límites de cada metodología? ¿O corremos el riesgo de socavar la solidez de los resultados empíricos?

En las ciencias sociales se pueden distinguir tres enfoques de estos temas:

- a) *Enfoque paradigmático y exclusivo*. Siguiendo la concepción de Kuhn sobre el papel del paradigma, algunos sociólogos aspiran a una ciencia paradigmática, en la que solo haya un paradigma correcto, que combine teoría, métodos y pautas, por lo general en una mezcla indisoluble (Kuhn 1962, p. 109). Quienes consideran paradigmáticas las ciencias sociales subrayan la importancia de aceptar (imponer) una sola forma de conocimiento.
- b) *Enfoque anarquista e hiperpluralista*. En el otro extremo hay una postura «incluyente» que combina el escepticismo ante el «verdadero» conocimiento con el entusiasmo por la experimentación en diferentes ámbitos del saber. Los que suscriben esta postura en mayor o menor grado apoyan el anarquismo de Feyerabend y su idea de que:

El mundo que queremos explorar es en gran parte una entidad desconocida. Por tanto, debemos barajar todas las opciones... Las prescripciones epistemológicas resultan espléndidas en comparación con otras prescripciones... pero, ¿cómo podemos garantizar que son la mejor manera de descubrir, no solo unos cuantos «hechos» aislados, sino también ciertos profundos secretos de la naturaleza? (Feyerabend 1975, p. 20).

- c) *La búsqueda del conocimiento comparable*. Entre ambos extremos hay posturas que admiten las diferencias entre las vías del conocimiento y niegan la existencia de una «mejor» que las demás, al tiempo que aspiran a hacer compatibles dichas diferencias.

En esta tercera perspectiva, que seguimos mayoritariamente en nuestro libro, es importante comparar las ventajas y desventajas de cada método y metodología, pero asumiendo que no todos son compatibles. Entre los objetivos que no se pueden alcanzar al mismo tiempo están la búsqueda de la comunicación precisa frente a la fertilidad en la aplicación de los conceptos, las explicaciones minuciosas frente a las descripciones toscas, y la generalización frente a la simplicidad (Collier, Brady y Seawright 2004a, p. 222). A veces es necesario sacrificar una ventaja a otra. Esta elección se hará partiendo de la cuestión fundamental que el investigador intenta responder: por ejemplo, si trata de explicar un caso particular, adquirir conocimiento nomotético (descubrir reglas generales), o buscar la forma de mejorar la sociedad. Depende de las preferencias del investi-

gador y de los tipos de datos disponibles, entre ellos datos estadísticos fiables o datos de campo detallados que requieren un profundo trabajo sobre el terreno.

La elección de un enfoque tiene que ver con otra elección en la investigación de las ciencias sociales: si se empieza con una teoría, un método o un problema. Los que busquen una ciencia social paradigmática empezarán con una teoría, cotejándola con un punto de vista para probarla, descartarla o modificarla, contribuyendo así al conocimiento universal. Esto suele asociarse a una metodología particular que permite la reproducción y comparación de estudios. Los interesados en un problema concreto buscarán el método o enfoque que les ofrezca una mejor comprensión del caso. A los partidarios del primer enfoque se les acusa de estudiar los métodos que más les convienen y de elegir solo cuestiones que se adaptan a dichos métodos, lo cual se resume en el antiguo refrán de que «si la única herramienta que tienes es un martillo, todos los problemas te parecen un clavo» (Green y Shapiro 1994; Shapiro 2004). Por el contrario, a los que se centran en los problemas se les acusa de no añadir nada a los trabajos de historiadores y periodistas (Shapiro, Smith y Masoud 2004a).

Las formas de combinar el conocimiento se clasifican en: síntesis, triangulación, perspectivas múltiples y fertilización cruzada. En la síntesis se funden elementos de distintos enfoques en un todo único, lo cual se puede hacer a diferentes niveles. Sintetizar distintas epistemologías es prácticamente imposible, puesto que se basan en diferentes perspectivas de la realidad social y el conocimiento. Es más fácil sintetizar las metodologías puesto que, como hemos visto, no siempre están vinculadas a premisas epistemológicas concretas. Las técnicas y los métodos se combinan con mucha mayor facilidad ya que, como se ha observado, gran parte se pueden adaptar a diversos objetivos de estudio. Y así, la historia comparativa y el institucionalismo histórico han adoptado y adaptado técnicas de la política comparativa, la historia y la sociología para tener una nueva visión de los procesos de cambio.

La triangulación utiliza distintos métodos de investigación que se complementan entre sí. Es difícil triangular diferentes epistemologías, resulta más fácil triangular metodologías y es muy habitual hacerlo con los métodos. Los positivistas incorporan las entrevistas y el análisis textual a sus diseños de investigación, aunque utilizándolos como datos verificados y no como lo hacen los interpretativistas. Los estudios de caso se utilizan a menudo para complementar análisis estadísticos de gran amplitud como forma de abrir la «caja negra» de la explicación (véase Héritier, cap. IV). Las encuestas se complementan a veces con estudios etnográficos que exploran la interpretación de las preguntas y el significado de las respuestas.

La perspectiva múltiple parte de la base de que una situación tiene más de una interpretación, según cómo la miremos. De Tocqueville (1999) afirmó que en su vida había conocido a teóricos que creían que los acon-

tecimientos del mundo se debían a causas generales y a gente práctica para la cual los sucesos y las acciones diarias eran lo que movía el mundo; añadió que ambas perspectivas se equivocaban. El estudio de Allison (1971) sobre la crisis de los misiles cubanos examinó los mismos sucesos utilizando diferentes marcos para llegar a explicaciones distintas.

Se ha dicho que todos somos aristotélicos o platónicos (Hacking 1999, p. 84), aunque ya no quedan sociólogos que sean unos empíricos ingenuos para los cuales el mundo se representa a sí mismo sin interpretaciones. A la inversa, en la sociología más extendida nadie niega la existencia del mundo físico ni afirma que la realidad sea totalmente subjetiva en nuestra mente. Esto fomenta la fertilización cruzada en un amplio campo intermedio.

En las ciencias sociales, los conceptos surgen por diferentes vías y derivan de puntos de partida divergentes que desembocan en lugares parecidos. Por ejemplo, el concepto de «enquadre», muy utilizado en el análisis político para indicar las diferentes definiciones y conceptos que las personas elaboran de un tema o problema político, puede derivar de una postura antipositivista e interpretativa (Fischer 2003), o de una postura positivista. Se utilizó en la investigación de los movimientos sociales mucho antes del llamado «giro cultural» por los investigadores interesados en la acción estratégica de agentes colectivos (como David Snow), pero también por otros centrados en la microdinámica de la cognición (como William Gamson). En todos los casos se parte de la idea de que las situaciones se pueden interpretar de diferentes formas y presentarlas de modos distintos, provocando reacciones diferentes ante la misma serie de hechos. Las diferencias se hallan en el peso que se otorga al mundo objetivo y el que se da a su interpretación. El concepto de «cultura», muy utilizado por los interpretativistas, es rechazado por los positivistas y los analistas de la opción racional, pero lo sacan a colación como institucionalismo normativo o significados y explicaciones compartidas que sustentan los principios de las comunidades (véase Keating, cap. VI). El contexto es fundamental en los enfoques etnográfico e interpretativo, donde tiene muchos matices y riqueza, pero también se utiliza en el análisis neoinstitucionalista e incluso en los análisis de regresión más objetivos (donde los casos difíciles se expresan como variables ficticias). El nuevo institucionalismo ha entrado en las ciencias sociales por varias puertas: en la ciencia política, donde responde a los enfoques de opción racional descontextualizados; en sociología, donde se sirve de la teoría organizativa; y en economía, donde remite a la sociología económica. El resultado es un conjunto de conceptos muy similares pero no idénticos, debido a sus diferentes orígenes y vocabulario.

Hay también una profunda fusión en las formas de desarrollar y utilizar la teoría. Como se ha dicho, *la teoría fundamentada* no comienza con una hipótesis generada deductivamente, sino con la experiencia; no obstante, sirve para construir una teoría general de aplicación más extensa.

Debe mucho a la tradición pragmática estadounidense, con raíces en una ontología «realista», pero se ha extendido y complicado en enfoques más interpretativos. Mientras, en Estados Unidos la misma ontología realista ha dado lugar a variantes de los enfoques de elección racional, basados supuestamente en los sólidos fundamentos del individuo, pero que en la práctica utilizan un constructo de tipo-ideal y modelos derivados del razonamiento deductivo. Los propios enfoques de la opción racional son compatibles con el determinismo (partiendo de la idea de que las preferencias son cognoscibles y los resultados predecibles según el máximo beneficio individual) y con el libre albedrío (en el cual el individuo elige). Gran parte de las ciencias sociales alternan teoría y casos y utilizan la una para desarrollar y profundizar la comprensión de los otros.

En ocasiones, la fertilización cruzada se reconoce abiertamente. En un capítulo de un libro que tiene el significativo título de *Repensando la encuesta social. Herramientas distintas. Pautas compartidas*, Collier, Seawright y Munck (2004) subrayan la importancia de las buenas teorías y los métodos empíricos, pero también valoran la aportación del trabajo de interpretación en la formación de conceptos y descripciones detallados. Muchas de las obras clásicas de sociología y ciencia política adoptaron la *forma de estudios de caso a partir de los cuales se desarrollaron teorías generales a través del ejemplo, la réplica y la extensión* (Van Langenhove 2007). Sirven de ejemplo *La democracia en América* y *El antiguo régimen y la revolución*, de Alexis de Tocqueville, pero hay una sociología histórica más reciente en la escuela de Barrington Moore Jr. El análisis cualitativo también se ha utilizado para resaltar los efectos causales al centrarse en casos llamativos, cuyo impacto es más claro, en los que se pueden examinar los mecanismos con detalle. Y así, los sociólogos avanzan desde la correlación, que asocia las mismas causas con los mismos efectos, a las explicaciones sobre el porqué y el cómo.

Las influencias no proceden solo del interior de la disciplina, sino también de otras áreas de la ciencia. La física newtoniana, con su búsqueda de leyes y constantes, sirvió de inspiración a la ciencia social positivista, mientras que sus oponentes centraron la atención en las incertidumbres que subyacen en la física moderna y en los numerosísimos presupuestos epistemológicos entre los cuales tuvieron que elegir los científicos (como la existencia de un universo o de universos paralelos). La biología evolucionista inspira a los institucionalistas históricos (véase Steinmo, cap. VII)¹⁴. Los partidarios de la elección racional se inspiraron en los economistas neoclásicos, mientras que los economistas institucionales se basaron en la sociología. Durante mucho tiempo, la historia proporcionó el modelo y las herra-

¹⁴ No quiere decir esto que la unidad de las ciencias naturales y sociales se pueda alcanzar, puesto que son muchos los que afirman que lo que distingue a estas últimas es que los objetos de estudio poseen conciencia y capacidad de actuar según su voluntad.

mientas para el estudio de la política en Gran Bretaña, pero en muchos países europeos esta se basó en el derecho. Tras un periodo en el que las ciencias sociales insistieron en su propia especificidad, muchos investigadores están regresando a la historia, mientras que los progresos de la erudición legal (incluyendo el contexto del derecho, la teoría legal crítica y el constitucionalismo) vuelven la vista a perspectivas de la ciencia política y la sociología. La literatura ha contribuido a inspirar la «imaginación sociológica» al describir situaciones dramáticas que había que explicar y resolver y al llamar la atención sobre los conflictos de mentes individuales.

Sin embargo, la fertilización cruzada tropieza con el obstáculo de la existencia o cierre en banda de comunidades de investigación, grupos de estudiosos en contacto asiduo, que definen sus intereses comunes a partir del tema sustantivo, de la metodología o de ambos (Sil 2004). Estos se cosifican y perpetúan por medio de procesos que merecen un análisis sociológico, como la existencia de periódicos comprometidos con enfoques determinados, la orientación de departamentos o secciones concretas, modelos de dirección de tesis y de tutoría, procedimientos de valoración rutinarios, y vías para el desarrollo de trayectorias académicas. Cuando las comunidades investigadoras se definen por el tema sustantivo y el método surgen barreras difíciles de franquear y el conocimiento se limita a los problemas que cada método aborda mejor, apartándose de los estímulos y los retos externos. Por otro lado, si las barreras son más fluidas, aparece el problema de la conmensurabilidad de las diferentes formas de conocimiento, además de las pautas «borrosas» y mal definidas (Ruggie 1998). Ello obliga a los investigadores a conocer su campo y a estar en condiciones de comparar pautas y argumentos con otros investigadores de comunidades diferentes. Esto es lo que Sil (2004) presenta bajo la etiqueta de eclecticism, en el que los problemas de la inconmensurabilidad no son absolutos, y se pueden establecer comparaciones entre distintos campos, lo cual beneficia el conocimiento empírico y la innovación teórica.

Otros problemas proceden de la tendencia de los conceptos o las expresiones a ponerse de moda y extenderse más allá de su significado original y realmente útil. Por ejemplo, en época reciente se ha impuesto el uso de la palabra «gobernanza». Para algunos investigadores se trata de un fenómeno específico, distinto del gobierno y con capacidad de operacionalización, pero otros lo intercambian con el término «gobierno». Otro grupo lo considera algo distinto al gobierno, una forma específica de gobernar a través de redes junto al gobierno institucional tradicional. Hay quien lo interpreta como una categoría más amplia de regulación social, mientras que el gobierno es una subcategoría. También se ve como una alternativa al gobierno: avanzamos de un mundo de gobierno a otro de gobernanza. Los términos «construcción» o «construcción social» se amplían asimismo para abarcarlo todo (Hacking 1999), igual que en otra época el término «invento». El análisis del discurso se utiliza a veces

como metodología concreta, con su propia ontología (el discurso actúa por sí mismo) y sus propias técnicas; en otra época se aplicó a cualquier técnica que utilizase textos y entrevistas. A veces, la culpa de tanta confusión la tienen los investigadores que creen que deben apuntarse al paradigma del momento para defender su postura; a menudo se trata de una mera cuestión de publicitarios que buscan un eslogan pegadizo.

Naturalmente, no todo es sano desde el punto de vista metodológico, y la etiqueta de eclecticism no debe usarse para justificar híbridos que violan, si no reglas, al menos códigos de conducta de lo que aquí hemos presentado como enfoques principales. Aunque la triangulación de varios métodos y metodologías dentro del mismo proyecto de investigación aumenta la fiabilidad y mejora la comprensión, las diferentes partes del programa han de respetar la coherencia interna. Si bien un «conocimiento ecléctico» de las técnicas cualitativas y cuantitativas enriquece el currículo del investigador, los límites humanos y la creciente sofisticación de la mayoría de dichas técnicas imponen cierta especialización. Los capítulos siguientes ofrecen diferentes enfoques sobre ontología, epistemología y metodología, pero también resaltan puntos de convergencia y superposición.

TEORÍA POLÍTICA NORMATIVA E INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

Rainer Bauböck

INTRODUCCIÓN

La teoría normativa y la investigación empírica se han convertido en ramas independientes de la ciencia social. Sin embargo, como explicaré, la investigación empírica puede beneficiarse de la teoría normativa, y la teoría normativa obtener mejores resultados gracias a la investigación empírica. No siempre se hace así. Los investigadores empíricos recurren a menudo a presunciones normativas *ad hoc*. Por su parte, ciertos teóricos que estudian problemas sociales siguen confiando en los argumentos hipotéticos, a pesar de las pruebas empíricas disponibles, mientras que otros interpretan la investigación empírica ingenuamente, sin el conocimiento crítico necesario (Favell y Modood 2003).

En otro orden de cosas, tampoco debemos eliminar la diferencia. Los problemas normativos nunca se resuelven plenamente por medio de la explicación analítica o de la interpretación hermenéutica, y los profundos desacuerdos que existen en la teoría normativa no se superan comprobando los presupuestos empíricos. El objetivo de una teoría política unificada no es meramente ilusorio, salvo que se malinterprete completamente su carácter. La teoría política normativa refleja unas disensiones políticas entre los ciudadanos que no se resuelven con el análisis conceptual ni con la inferencia a partir de las pruebas empíricas, sino solo por medio de la propia política. La contribución de la teoría política a los debates políticos no es acallar disputas, sino aclarar argumentos y resaltar los valores que contienen las opciones políticas. Semejante teoría debe apoyarse en la investigación de la ciencia política para especificar las condiciones y consecuencias en el mundo real de las opciones que sus propuestas normativas defienden.

La primera parte de este capítulo sostiene que el desarrollo de la corriente dominante liberal de la teoría normativa preparó el terreno para el

acercamiento al comparar instituciones políticas en diferentes contextos culturales e históricos. La segunda explica la importancia especial de las cuestiones normativas en la ciencia política (entendida como el estudio de las relaciones de poder) y analiza el modo en que se ve desde ambos lados la división entre teoría normativa, por un lado, y modelos explicativos y perspectivas históricas, por otro. La tercera parte demuestra que una cuestión normativa concreta puede servir de guía en la búsqueda de metodologías y datos empíricos. Concluyo con unas reflexiones sobre los desafíos éticos que surgen en la teoría normativa cuando se cruzan los límites entre el debate académico y la intervención política.

LA (RE)VUELTA NORMATIVA EN LA TEORÍA POLÍTICA

¿Qué es la teoría política normativa? En vez de ofrecer una definición, es más útil describirla como una disciplina académica que utiliza razonamientos concretos para abordar una serie de asuntos.

Las formas de «hacer teoría normativa» son muy variadas y van desde estilos narrativos a técnicas de la filosofía analítica. Su base común es que las declaraciones prescriptivas o evaluativas se tratan como conjuntos de proposiciones que han de tener coherencia interna y defenderse contra las perspectivas opuestas, y no como opiniones subjetivas cuya validez no se puede establecer a través de la argumentación.

Desde sus orígenes en la Grecia antigua, la cuestión esencial de la disciplina ha girado en torno al bien común alcanzado por la comunidad política, la legitimidad de la autoridad política, los derechos y libertades de los que viven bajo esa autoridad, y el carácter y la fuerza vinculante de las obligaciones políticas. Hasta el surgimiento de la sociología como disciplina independiente en el siglo XIX, casi todas las obras importantes sobre teoría política combinaban aspectos normativos y empíricos. Es el caso de Aristóteles: «Puesto que nuestro propósito consiste en indagar cuál es entre todas las asociaciones políticas la que deberán preferir los hombres dueños de escoger una a su gusto, habremos de estudiar, a la vez, la organización de los estados que pasan por ser los que tienen mejores leyes y las constituciones imaginadas por los filósofos, limitándonos a las más notables. Por este medio descubriremos lo que cada una de ellas puede encerrar de bueno y de aplicable» (Aristóteles 1999, libro II, 1, 30-31). El objetivo de descubrir la mejor forma de gobierno es una normativa, pero para encontrarla, necesitamos la ciencia política comparativa¹.

A principios del siglo XX, el auge del positivismo en el derecho y las ciencias sociales robó espacio a la teoría política normativa y preparó el

camino para la ciencia política conductista, de orientación empírica, y para los paradigmas teóricos cuyo objetivo era explicar los hechos sociales y políticos sin hacer juicios de valor. Dentro de la ciencia política, las teorías normativas tendieron a verse como un legado del pasado que estudiaba la subdisciplina de Historia de las ideas. El punto de inflexión lo marca el libro de John Rawls, Teoría de la justicia, publicado en 1971, que orientó la teoría política normativa hacia la tarea de justificar o criticar las instituciones políticas en las sociedades democráticas liberales. El debate sobre la justicia social en los años setenta y ochenta salpicó a disciplinas afines, sobre todo a la economía, en la que algunas ideas de Rawls sobre la distribución justa se comprobaron empíricamente (Frohlich y Oppenheimer 1992). Entre los teóricos de la política, la reacción inicial se centró más en los fundamentos filosóficos que en las aplicaciones empíricas (Nozick 1974; Sandel 1982). En la corriente dominante estadounidense, estos debates restablecieron la teoría normativa como el campo fundamental de la ciencia política.

Los estudios europeos han ido convergiendo, gradualmente, con los estadounidenses. En Alemania, la denominada «discusión sobre el positivismo» (*Positivismusstreit*) de la década de 1960 dividió a los sociólogos en racionalistas críticos y los seguidores de la Escuela de Frankfurt, representada por Theodor W. Adorno, Max Horkheimer y Jürgen Habermas. El primer grupo defendía la idea de Karl Popper de que, igual que otras teorías científicas, las teorías de la ciencia social debían construirse sobre la base de hipótesis empíricamente refutables. Por su parte, la Escuela de Frankfurt subrayó la inevitabilidad de los juicios de valor en la ciencia social y animó a los teóricos a adoptar una perspectiva crítica, centrándose en las estructuras básicas de las sociedades capitalistas recientes. Jürgen Habermas, que en principio representó a la segunda generación de la Escuela de Frankfurt, desarrolló a continuación una teoría sintética de la acción comunicativa (1981) que sirvió de fundamento para su posterior dedicación a la filosofía moral (1983) y a la teoría legal y política (1992). En la actualidad, teóricos normativos de ambos lados del Atlántico utilizan las perspectivas de Habermas y Rawls como marcos teóricos alternativos.

UN GIRO INSTITUCIONALISTA Y CONTEXTUALISTA

En los años noventa, cuando el debate sobre los principios y sus fundamentos filosóficos parecía haber tocado fondo, los teóricos políticos que derivaron hacia lo que con toda propiedad se puede llamar «teoría normativa aplicada» borrarón la escisión entre lo normativo y lo empírico. El enfoque institucionalista ya estaba presente en la declaración de Rawls de que «la justicia es la primera virtud de las instituciones sociales» (Rawls 1971, p. 1), que desvió la atención de las filosofías morales, las

¹ Aristóteles se tomó muy en serio la labor comparativa. Entre las obras escritas por él o por sus discípulos se cuenta una colección de ciento cincuenta y ocho constituciones griegas.

cuales consideran la justicia ante todo una virtud de los actos humanos individuales. No obstante, la teoría rawlsiana se construyó deductivamente y se mantuvo a un nivel muy general a la hora de describir las instituciones sociales y políticas. Los nuevos enfoques institucionalistas de la teoría normativa se ocuparon, sobre todo, de examinar las verdaderas disposiciones institucionales en las democracias liberales, e intentaron transmitir normas generalizables de forma inductiva a partir de las reacciones de las instituciones ante los nuevos retos.

El giro institucionalista puso, así, mayor atención en la variación contextual². En el pasado, la única consideración contextual de las teorías prescriptivas de la justicia y la democracia se limitaba al nivel de desarrollo económico; en este momento, se presta mucha más atención a las tradiciones históricas y a las normas culturales y visiones del mundo específicas. En sus últimas obras, Rawls distinguió entre las concepciones de justicia en las sociedades liberales y no liberales aceptables (Rawls 1993, 1999). Sin embargo, las teorías normativas de nueva aplicación no se inspiraron tanto en las interpretaciones cambiantes que Rawls hizo de su propia teoría como en las limitaciones de su enfoque. Al examinar algunas contribuciones importantes de los años noventa, vemos que se centran en cuestiones que Rawls dejó de lado o descartó. Enumero a continuación cuatro de esos temas que alcanzaron resonancia en la teoría igualitaria liberal posterior a Rawls.

Teoría no ideal

Rawls partió deliberadamente de la «teoría ideal», es decir, de las condiciones en las que todo el mundo cumple las exigencias de la justicia³. Para Rawls, primero había que establecer lo que significa la justicia en condiciones ideales antes de tratar los problemas provocados por la obediencia parcial, como la justicia criminal y compensatoria o las guerras justas (Rawls 1971, p. 8). Esta prioridad de la teoría ideal supuso que las controversias de los años setenta y ochenta abordasen temas que los teóricos de la política explicativa, centrados en los mundos no ideales, consideraban irrelevantes. La propuesta de Rawls de establecer una secuencia estricta entre las funciones de la teoría ideal y la no ideal fue criticada por Joseph Carens (1996), que se decantó por alternar los enfoques idealista y realista. El primero responde a la pregunta: «¿Qué exige la justicia?», cuya respuesta conduce a veces a una crítica fundamental de las institu-

ciones básicas. Carens indica, por ejemplo, que desde un punto de vista global, la ciudadanía en el sistema de estados modernos es como un estatus feudal de privilegios o desventajas heredadas y, por tanto, resulta incompatible con las ideas liberales de dignidad e igualdad de oportunidades. Por el contrario, los enfoques realistas responden a la pregunta: «¿Qué debemos hacer, dadas las circunstancias?» Antes de responder, hay que aceptar las circunstancias que vienen dadas. Estas dos líneas de investigación normativa no deben separarse artificialmente. Al tratar un tema polémico, como las políticas de inmigración justas, el teórico no debe oscilar entre una y otra postura con el fin de cuestionar las convicciones que se articulan en cada nivel.

Justicia global

Rawls comienza con un análisis de la justicia estadounidense y deriva hacia una concepción más fina de la justicia internacional que aporta una reducida lista de derechos humanos universales (Rawls 1999). Las preocupaciones humanitarias por las necesidades básicas y los derechos de los miembros de otras sociedades difieren esencialmente de la justicia igualitaria entre ciudadanos que viven bajo un gobierno común (véase también Dworkin 2000; Nagel 2005). Una serie de críticos rechazaron esta perspectiva en dos niveles e insistieron en que el liberalismo exige la extensión del mismo respeto y preocupación por los seres humanos globalmente (Beitz 1979; Pogge 1988). A primera vista da la impresión de que esta crítica se aparta de los enfoques realistas al trazar principios de justicia global dirigidos a un gobierno mundial que no existe. Sin embargo, la creciente independencia de las sociedades y la densidad de las instituciones políticas y económicas que participan en la gobernanza transnacional crean precondiciones institucionales para abordar los problemas de la justicia global. Ciertos teóricos afirman que la justicia social no solo se satisface con declaraciones sobre la redistribución, sino que requiere la legitimidad democrática para tomar decisiones políticas con impacto global (Held 1995; Held y Archibugi 1995). Frente a las acusaciones de idealismo, los argumentos a favor de la justicia distributiva y de la responsabilidad democrática a escala global han pasado de las declaraciones de principios a la exigencia de reformas, apoyada empíricamente.

Sociedades cerradas

Rawls partió del supuesto de que las sociedades se organizaban como estados soberanos y que los ciudadanos vivían toda su vida dentro de unos límites territoriales. Este supuesto contrafactual permitió a Rawls presen-

² Véase Steinmo (cap. VII) para progresos paralelos en ciencia política comparativa.

³ La teoría normativa ideal, en este sentido, se distingue de las utopías en que casi no se necesitan principios de justicia debido a la abundancia de medios para satisfacer los deseos humanos o a la transformación de la propia naturaleza humana.

tar dichas sociedades como modelos de cooperación intergeneracional. Cuando posteriormente trató el problema de la inmigración, lo enfocó como una cuestión de justicia internacional entre estados, y no como un tema de justicia global entre individuos. La consecuencia es que los estados liberales son libres de restringir la inmigración para conservar su cultura pública y para evitar que algunas personas «compensen su irresponsabilidad en el cuidado de su país y sus recursos naturales... emigrando a territorios de otros individuos sin su consentimiento» (Rawls 1999, p. 39). Esta perspectiva se opone a los argumentos favorables a la apertura de fronteras como exigencia de la justicia liberal (véase Carens 1987; Bader 2005). Uno de estos argumentos considera las migraciones como posibles sustitutos de la redistribución global: «Si no podemos llevar dinero suficiente adonde están las personas necesitadas, tendremos que arreglarlo, llevando a la mayor cantidad de necesitados hasta donde está el dinero (Goodin 1992, p. 8). Otros defienden el libre movimiento como una libertad básica, cuyas limitaciones deben justificarse ante los que aspiran a emigrar, aunque aceptan la restricción de la emigración por motivos económicos para mantener las condiciones nacionales de ciudadanía democrática y justicia social (Bauböck 1997). Y así, el primer argumento defiende la libertad de movimientos como medio de allanar las disparidades entre países, mientras que para el segundo la reducción de disparidades es una condición para la libertad de movimientos. Si los dos tienen razón, forman un círculo virtuoso con fronteras abiertas y condiciones en las cuales las migraciones dejan de ser un problema. Sin embargo, esta perspectiva tan optimista no se puede apoyar solo en la especulación teórica, sin estudiar el impacto económico y político de las migraciones en las sociedades de origen y destino, la capacidad de los estados para regular la inmigración, las diferentes solicitudes de admisión de los refugiados, la reunificación familiar y la inmigración económica.

Autodeterminación y derechos de las minorías

La teoría de Rawls concede gran valor al autogobierno colectivo de los pueblos independientes (Macedo 2005), lo cual explica su reticencia a criticar el sistema de estados soberanos, a exigir igualdad de oportunidades y redistribución al margen de las fronteras, y a considerar la libertad de movimientos como un derecho universal, al menos potencialmente. Aun aceptando todas estas limitaciones en el alcance de la justicia, sigue en pie la compleja cuestión de quiénes tienen derecho a gobernarse a sí mismos. Si bien Rawls distingue a los pueblos de los estados en cuanto a su carácter moral e intereses, parte de la base de que las fronteras de los pueblos y los estados coinciden. Sin embargo, en el mundo real las fronteras territoriales y las identidades nacionales suelen entrar en conflicto.

Las luchas por la autodeterminación son endémicas, no solo en los regímenes autoritarios, sino también en los estados liberales con amplias minorías nacionales o indígenas. La quiebra de las federaciones socialistas a principios de los años noventa desencadenó una oleada de teorías normativas sobre los derechos de las minorías y la secesión. Para los libertarios, el derecho a la secesión y a la autonomía de las minorías culturales es la lógica derivación de la defensa de la libertad de asociación frente al poder del Estado (Beran 1984; Kukathas 1992; Gauthier 1994). A ellos se oponen los igualitarios liberales, para los cuales el gobierno democrático precisa una integridad territorial; por tanto, la secesión es un derecho compensatorio que solo se justifica como reacción de un grupo oprimido ante ofensas muy graves (Buchanan 1991). Un tercer grupo son los nacionalistas liberales, que consideran la autodeterminación nacional importante porque la pertenencia a una nación otorga a los individuos recursos culturales para su autonomía (Tamir 1993; Kymlicka 1995; Gans 2003) o porque la congruencia entre nación y estado es una precondition para la solidaridad entre los ciudadanos y para que estos cumplan las exigencias de la justicia social (Miller 1995). La obra de Kymlicka ejemplifica muy bien la evolución de una teoría universalista de la justicia en sociedades multiculturales a un enfoque comparativo y contextual que reconoce las condiciones históricas de los modelos liberales sobre la ubicación de las minorías y las dificultades que se presentan cuando se trasladan a sociedades en las que los derechos de las minorías etnoculturales aún se ven como una amenaza para la seguridad del estado (Kymlicka 2007). El recurso más importante en la ubicación liberal de amplias minorías nacionales territorialmente concentradas ha sido la devolución del poder a instituciones de gobierno autónomas y dominadas por la minoría. El debate sobre el federalismo plurinacional (Gagnon y Tully 2001; Keating 2001) constituye otro punto ciego en el concepto de Rawls sobre los pueblos. Las constelaciones de pueblos agrupados federalmente en estados plurinacionales o en la Unión Europea supranacional dan lugar a cuestiones nuevas que saltan la división entre justicia nacional e internacional, tan claramente definida en la teoría rawlsiana.

Mi lista de temas descubiertos en la teoría normativa posterior a Rawls durante los años noventa, pretende ilustrar el giro institucionalista y contextualista sin ser exhaustiva. Se podrían añadir otros temas. Por ejemplo, la teórica feminista Susan Okin criticó la división de Rawls entre la esfera pública y la privada y la ocultación de las relaciones internas en las familias a partir de la aplicación de los principios de justicia (Okin 1989). La obra de Carol Gilligan (1982) inspiró a las feministas comunitarias, quienes criticaron que la concepción de la justicia de Rawls, presentada como imparcialidad tras un velo de ignorancia, no tenía en cuenta la ética femenina del cuidado y la justicia en las relaciones de personas interdependientes.

La teoría de Rawls no es, ni mucho menos, el único punto de referencia importante para estudiar el giro institucionalista y contextualista de la teoría normativa. Habermas ha ejercido gran influencia en los florecientes trabajos sobre la democracia deliberativa (Benhabib 1996; Bohman 1996; Gutmann y Thompson 1996; Dryzek 2000). Este enfoque es una alternativa a las teorías dominantes sobre la democracia, entre ellas la de la rotación de la elite de Schumpeter (1942) y la de los mercados electorales de Anthony Downs (1957), así como a teorías pluralistas que se centran en la representación de intereses organizados (Dahl 1971) o en la cooperación de elites en las sociedades divididas (Lijphart 1977). Contra los primeros, las teorías de la democracia deliberativa sostienen que las preferencias individuales de los individuos y sus representantes se pueden transformar mediante el intercambio de argumentos; contra los segundos, afirman que los intereses sectoriales se superan si el proceso democrático incluye las voces de los afectados por decisiones que obligan a toda la colectividad. En vez de centrarse en temas sustantivos de justicia, los demócratas deliberativos tienden a buscar procedimientos que proporcionen mayor legitimidad a las instituciones y decisiones políticas. Sin embargo, en este campo la tendencia es similar a la de la teoría posterior a Rawls: se pasa de la discusión de los principios derivados de una «situación de discurso ideal» a propuestas de reforma concretas con orientación política que promueven los debates reales entre los ciudadanos o sus representantes en diferentes entornos institucionales (Ackerman y Fishkin 2004).

He presentado la inclinación hacia la teoría normativa aplicada como algo que surge de problemas sin resolver y de desacuerdos en las teorías sobre la justicia de los años setenta y ochenta. Esa evolución endógena se reforzó debido a cambios simultáneos en el ambiente político. El periodo que siguió a la caída de los regímenes comunistas de la Europa del Este desmintió las expectativas de convergencia en un único modelo de sociedad liberal (Fukuyama 1992) y vivió una pérdida de confianza en la capacidad de resolución de problemas de la democracia representativa. Los teóricos normativos, al igual que los sociólogos, no solo son miembros de comunidades académicas, sino que también participan en los debates politizados sobre desafíos que no aciertan a responder los principios liberales y los procedimientos democráticos. Y así, tal vez sea una sensación de urgencia política lo que motiva a los teóricos a abordar los problemas del mundo real y a los investigadores empíricos a plantear cuestiones normativas.

LA TEORÍA NORMATIVA Y LAS CIENCIAS SOCIALES: ¿SE PUEDE SALVAR EL ABISMO?

El giro institucionalista y contextualista de la teoría normativa ha abierto las perspectivas de quienes trabajan en este campo ante el conocimiento comparativo e histórico proporcionado por las respectivas subdisciplinas de

la ciencia política. Sin embargo, no todos los que se sitúan al otro lado de la división normativa-explicativa están a favor de estrechar distancias. Hay quien teme que las cuestiones normativas se impongan, de forma inapropiada, en su ámbito y mancillen el estatus de la disciplina como ciencia.

La respuesta inicial a esta acusación es que la teoría normativa tal vez no sea ciencia, pero sin duda es algo más que una mera articulación de las preferencias éticas de ciertos teóricos. Comparte características contrastables y no contrastables con la mayoría de las restantes ciencias sociales. Al igual que estas (y a diferencia de la economía neoclásica), se trata de un tema ecléctico y con pluralismo interno (Vincent 2004), sin una metodología esencial ni un paradigma unificador. Aunque el liberalismo se presenta como corriente dominante, la discordancia entre sus diversas escuelas resulta tan llamativa como las diferencias con sus rivales principales. Sin embargo, como en las ciencias sociales en general, esta diversidad interna no significa que la teoría normativa no sea una disciplina en el sentido original del término: una práctica o arte que obedece normas concretas y que se puede estudiar y enseñar. En cuanto ciudadanos, todos tenemos convicciones morales e intuiciones, además de cierto conocimiento empírico y una comprensión práctica de la política. Sin embargo, como teóricos políticos debemos procurar que nuestros juicios normativos sean coherentes y sostenibles dentro del discurso académico actual, igual que hemos de exponer nuestras explicaciones sobre la ciencia social a objeciones de base empírica y nuestras interpretaciones a perspectivas alternativas.

Si bien la teoría normativa es una subdisciplina concreta, en las ciencias sociales surgen inevitablemente cuestiones normativas en tres frentes distintos. En primer lugar, toda investigación científica ha de encarar cuestiones éticas sobre la selección de los objetivos a investigar; el impacto de sus métodos en los individuos, la sociedad o el medio ambiente; y los posibles usos y abusos de los resultados de dicha investigación. En segundo lugar, en la investigación social estos desafíos éticos se complenan porque los objetos de investigación no se pueden aislar clínicamente. Cuando estudiamos un fenómeno social de forma empírica, el investigador se sumerge en una relación social con ese fenómeno y contribuye directamente a su percepción en la sociedad más amplia. Esto no solo sirve para la interacción directa con los individuos en la investigación sobre el terreno. Por ejemplo, el análisis de datos estadísticos sobre la juventud desempleada se implica a la hora de definir las categorías sociales y significados de «juventud» y «desempleo»⁴. Ese tipo de categorías e interpretaciones contienen gran carga normativa porque crean expectativas preceptivas sobre la conducta humana y la actividad de las instituciones sociales. En tercer lugar, como explicaré a continuación con mayor ampli-

⁴ Véase también Kratochwil (cap. V).

tud, la ciencia política afronta un reto concreto, pues debe abordar cuestiones normativas sobre la legitimidad del poder político y de la autoridad como fundamento del *contenido* de su investigación y no solo del *contexto* de su investigación social. Por todos estos motivos, va descaminada la pretensión de purificar las ciencias sociales de cuestiones normativas.

John Gerring y Joshua Yesnowitz sostienen que el hueco entre el análisis normativo y el empírico es artificial: «La teorización normativa se ocupa de hechos igual que el trabajo empírico se ocupa de valores; no viven en mundos distintos» (Gerring y Yesnowitz 2006, p. 108). La primera parte de la frase contaría probablemente con el apoyo de los teóricos normativos aplicados, pero la segunda tropezaría con las objeciones de los sociólogos positivistas. Estos se centran en los valores que orientan la enseñanza y la investigación académicas, aparte de analizar los valores empíricamente como hechos de la vida social, es decir, como creencias de los individuos o como principios y objetivos proclamados por las organizaciones; pero no creen que esos valores condicionen su diseño de investigación empírica ni las inferencias teóricas a partir de los datos⁵. Los positivistas no discuten que los valores juegan inevitable y legítimamente un papel en la elección de temas por parte de los sociólogos. Gerring y Yesnowitz repiten el viejo argumento de la Escuela de Frankfurt en la *Positivismusstreit* al postular una norma de relevancia social que *debe* guiar su elección. «El estudio empírico en las ciencias sociales es irrelevante si no tiene trascendencia normativa. Carece de importancia. El estudio empírico descarría si su trascendencia normativa existe, pero es ambigua. Es importante, pero no sabemos hasta qué punto» (Gerring y Yesnowitz 2006, p. 133). La ciencia social no debe centrarse únicamente en problemas relevantes, sino también ser explícita en cuanto a las consecuencias de sus descubrimientos para afrontar dichos problemas. Esta afirmación recoge la defensa que Ian Shapiro y Donald Green hacen de una ciencia política orientada a los problemas y no al método (Green y Shapiro 1994). Aunque esta norma fuese aceptada por todos (que no es el caso), no obligaría a los sociólogos de orientación empírica a comprometerse con el análisis normativo o a defender soluciones concretas para un problema.

Por tanto, debemos considerar si la ciencia política posee un carácter normativo concreto que la distingue de otras ciencias sociales y de las humanidades. Robert Nozick se burló justamente de la idea de una sociología normativa que estudia «cuáles *deben* ser las causas de los problemas» (Nozick 1947, p. 247). ¿Por qué es menos absurdo concebir el análisis normativo como parte integral de la ciencia política?

La respuesta de Gerring y Yesnowitz tiene una venerable tradición aristotélica. Definen la política como «un acto de decisión orientado hacia, o

⁵ Véase en Hérietier (cap. IV) un análisis de por qué la explicación causal ha de prescindir de valoraciones.

juzgado según un ideal normativo que afecta a toda la comunidad» (Gerring y Yesnowitz 2006, p. 113). «Es imposible pensar en política sin considerar el impacto... en el bienestar general» (p. 114). La ciencia política es, por tanto, el estudio de las acciones tendentes a buscar el bien común. Puesto que los politólogos son miembros de sociedades y que sus descubrimientos alimentan el discurso público sobre el bien común, su investigación deberá guiarse por una concepción explícita del bien común.

Una posible objeción contra la definición de política de Gerring y Yesnowitz es que no se puede aplicar a regímenes totalitarios como los de Hitler o Stalin, que perseguían ideales que afectaban a toda comunidad y que difícilmente encajaban con el bien común. Pero el totalitarismo es en muchos aspectos la negación de la política. La relevancia de cierta idea de bien común como fondo para el estudio de la política muestra la dificultad de analizar dichos regímenes sin hacer ningún juicio de valor sobre su impacto en las sociedades en cuestión. Un problema más grave con la definición propuesta atañe a la política corriente de los regímenes democráticos. Es fácil coincidir en el mal común del totalitarismo, pero resulta mucho más difícil coincidir en el bien común de las sociedades liberales y plurales. Aunque asumamos que esa profunda disensión se puede superar en ciertos niveles⁶, sigue en pie la cuestión de si la política podría *explicarse* en relación con una concepción compartida del bien común. Los políticos jalean muchas veces esos ideales de cara a la galería, pero sus actos se explican mejor analizando su interés en el poder o los intereses particulares en la sociedad cuya representación utilizan como medio de acumular poder. Shapiro ha criticado la invocación del bien común como objeto unificador, incluso en teorías sobre la democracia. «En vez de considerar la democracia como un instrumento para descubrir o fabricar el bien común, la democracia debe entenderse como instrumento para administrar las dimensiones del poder de las actividades de las personas comprometidas con ella cuando tratan de imponer sus propias concepciones del bien, individuales o compartidas» (Shapiro 2002, p. 240).

TRES PERSPECTIVAS DEL PODER POLÍTICO

El poder político es el fenómeno esencial de estudio de la ciencia política, pero sus diferentes escuelas tienen perspectivas casi diametralmente opuestas. No obstante, como veremos en este capítulo, las principales perspectivas sobre el poder tienden a generar una serie de actitudes o cuestiones normativas.

⁶ Gerring y Yesnowitz creen que el desacuerdo solo es grave en cuanto al principio filosófico, pero que hay grandes coincidencias en los resultados políticos deseables, como el crecimiento económico, la igualdad racial o el progreso humano (Gerring y Yesnowitz 2006, p. 129).

Como señaló Hannah Arendt, el poder político no debe identificarse con la fuerza y la violencia. Estos dos últimos elementos son instrumentos para obligar a otros a actuar según la voluntad de alguien, mientras que el poder es la manifestación de la capacidad de una sociedad para la acción colectiva y, por tanto, necesita legitimación (Arendt 1970). Incluso donde claramente no busca el bien común, el poder político se establece siempre por medio de un discurso normativo de legitimidad. En este punto, seguramente coincidirán los sociólogos. Lo que diferencia a los teóricos normativos de los enfoques explicativos e interpretativos y de muchos filósofos políticos es la cuestión de si el poder debe considerarse con escepticismo o afirmativamente, en el sentido de que la teoría política puede justificar situaciones en las que la autoridad política se vea como legítima. Tenemos tres respuestas distintas para esta pregunta.

La primera podría llamarse la «perspectiva oscura del poder político». Según ella, la política se mueve por el afán de poder, pero el impacto del mismo es impredecible, irresponsable y contumaz. La legitimación del discurso es condición esencial para un ejercicio satisfactorio del poder y ciega a los sometidos al mismo. Las descripciones normativas del poder político son ideológicas porque siempre persiguen el poder (y no tanto otros valores como la verdad, la justicia o el bien común). Por tanto, no hay vía de escape para los teóricos normativos, que se limitan a contribuir a la acumulación o estabilización del poder político proporcionando argumentos susceptibles de convertirse en herramientas de hegemonía ideológica. El defensor más destacado de esta perspectiva es Michel Foucault, pero hay rasgos y líneas de la misma en muchos autores, desde Nicolás Maquiavelo a Antonio Gramsci.

Esta perspectiva, en las versiones de Foucault y Gramsci, no niega una orientación normativa. Se revela en las simpatías políticas por movimientos que tratan de desestabilizar las estructuras de poder existentes. Aunque se abandonen las esperanzas y los proyectos revolucionarios, el teórico convencido de que el poder establecido no se puede legitimar normativamente, hace una opción ética al tomar partido por la resistencia y los nuevos movimientos sociales y al centrarse en los fenómenos subversivos y transgresores (Connolly 2004, pp. 344-345).

La segunda perspectiva puede calificarse de «racionalista». El ansia de poder político obedece a la racionalidad instrumental de los agentes individuales o colectivos. El poder es, en principio, un instrumento para satisfacer preferencias, y la acción política puede interpretarse como un medio que conduce a ese fin. De forma alternativa, los agentes racionales buscan el poder por el poder mismo, cuando ejercerlo es una de sus inclinaciones más fuertes o —en el caso de agentes colectivos como los partidos políticos— el propósito de la organización. Maximizar el poder cuando existe competencia por un bien tan escaso sirve de *explanans* de

sus actos⁷. Y así, el interés racional proporciona explicaciones generalizables de la conducta humana y de las instituciones sociales que se pueden formular de modo coherente como teoría científica. Estas explicaciones son superiores a la justificación discursiva que ofrecen los propios agentes políticos. Tanto los que persiguen el poder en beneficio de sus intereses particulares como los que lo desean por el poder en sí tienden a utilizar mensajes sobre el bien común para ganar apoyo popular o conseguir una mayor sumisión ante su ejercicio de la autoridad política. Para esta perspectiva racionalista, la legitimación discursiva es o bien irrelevante o bien está sesgada por el afán de justificación.

Sin embargo, y al igual que la perspectiva oscura del poder, la racionalista no puede apartarse de la argumentación normativa. En la economía, como en la ciencia política, el análisis de la opción racional se ha utilizado muchas veces de forma prescriptiva para defender políticas públicas que solucionen dilemas de actuación colectiva o que generen resultados conformes al óptimo paretiano al regular la competencia entre los agentes racionales que actúan por interés propio. Cuando los investigadores pasan de explicar las instituciones políticas existentes por medio de intereses racionales a justificarlas o a ofrecer alternativas, aceptan implícitamente que las decisiones políticas y la reforma institucional no son solo consecuencia de acciones basadas en preferencias determinadas, sino que en ellas influyen argumentos que remiten a cierta interpretación del bien común.

Este último tipo de creencias fundamentan explícitamente la tercera perspectiva del poder político, que se puede calificar de *normativa* con todo derecho en un sentido más completo que las otras dos. Sería ingenuo pensar que el poder político busca en general el bien común, pero los teóricos políticos normativos deben asumir como mínimo que el poder es potencialmente capaz de justificarse en esos términos y que, por tanto, tiene sentido examinar las condiciones en las que se considera legítimo.

Esta postura encuentra un mínimo apoyo en la idea hobbesiana de que la ausencia o ruptura del poder político es peor que la mayoría (o que todas) de las formas de poder institucionalizado. Y obedece a la idea de que el poder político *debe* organizarse de tal modo que sirva al bien común. La definición de ese bien común es discutida por diferentes corrientes de pensamiento. El concepto ha de verse como indicador de una combinación de valores que solo se puede alcanzar en una política bien organizada. Entre ellos, incluyo los intereses humanos basados en el bienestar, la autonomía individual y el autogobierno colectivo. Como he dicho antes, los teóricos normativos deben admitir que hubo regímenes políticos cuyos modelos de legitimación se basaban en normas despreciables que no proporcionaban

⁷ Véase en Chwaszcza (cap. VIII) un argumento de que los modelos teóricos de los juegos, utilizados a menudo en ciencia política, no asumen que los resultados de las relaciones estratégicas están condicionados por la potenciación al máximo de la utilidad individual.

legitimidad, pero convierten la generalización de la perspectiva oscura en una característica de la condición humana. Muchos teóricos normativos están de acuerdo con la idea racionalista del poder, pero precisan que los principios normativos que legitiman el poder político no deben considerarse objeto de elección racional por parte de agentes que buscan el propio interés⁸ y, por tanto, reclaman una teoría política diferente.

ENFOQUES BASADOS EN LOS PROBLEMAS Y EN LA TRADICIÓN

Hasta el momento he comparado la teoría normativa con la explicativa y he afirmado que el giro institucionalista y contextual estrechó distancias al hacer que la teoría normativa se centrara en los problemas. No obstante, hay numerosos análisis académicos que se basan más en la tradición que en el método o en el problema. Esto resulta especialmente claro en el estudio de la historia de las ideas políticas. Cada disciplina se compone, no solo de metodologías, sino también de tradiciones. El estudio de la historia de la disciplina es una subdisciplina esencial de todas las ciencias sociales. Frente a la antropología o la sociología, que surgieron como disciplinas en los dos últimos siglos, el estudio de la política tiene una trayectoria mucho más larga y proporciona a los historiadores gran cantidad de registros.

Con respecto a la metodología, la historia de las ideas políticas está muy próxima a las humanidades, puesto que su fin no es explicativo, sino interpretativo. Las ideas se interpretan sincrónicamente en su contexto u origen, o diacrónicamente relacionándolas con ideas anteriores y posteriores para identificar así tradiciones y su evolución temporal.

La historia de las ideas no solo es importante para los historiadores, sino para todos los investigadores. Les permite basarse en descubrimientos anteriores y evita que inventen de nuevo la rueda. Como el progreso en ciencias sociales es acumulativo, pero no lineal, la proyección teórica de un problema social por medio de métodos matemáticos avanzados mejora al tener en cuenta hipótesis y conclusiones a la luz de las ideas expuestas en un periodo histórico anterior. Sin embargo, la mayoría de los especialistas en ciencias sociales no defienden la tradición. El carácter competitivo de la investigación científica significa que triunfa la innovación, no la reafirmación de ideas previas. El valor de las tradiciones radica en la inspiración que ofrecen para nuevas interpretaciones que sobrepasan la tradición misma.

Desde esta perspectiva, el estudio de la historia de las ideas puede partir de los problemas tanto como el de las sociedades contemporáneas. Tal vez resulte menos evidente en el enfoque que sigue a Leo Strauss,

⁸ Véase en Gauthier (1986) un intento de derivar principios morales de la coincidencia entre agentes racionales que buscan el propio interés en una postura inicial de negociación justa. Véase una crítica en Barry (1989, pp. 360-362).

dominante en Estados Unidos. Dicho enfoque presta mucha atención a la exégesis textual y a la interpretación inmanente, aunque no resulta difícil identificar preocupaciones contemporáneas ocultas tras sofisticados debates sobre el significado de determinado concepto en los textos de Platón o Aristóteles. La escuela de historiadores de Cambridge, cuyos miembros más destacados son John Pocock y Quentin Skinner, interpreta los textos históricos canónicos como intervenciones en un diálogo basado en los problemas entre contemporáneos. De modo similar, la historia de los conceptos y de la memoria colectiva iniciada por el historiador alemán Reinhart Koselleck se ocupa, fundamentalmente, de reconstruir la genealogía y el contexto del origen de las ideas políticas que después han tenido relevancia en las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, existe una significativa diferencia entre los historiadores de las ideas y los teóricos políticos normativos. El estilo y la ambición del historiador son hermenéuticos, no normativos. Borrar esta diferencia llevaría a escribir historias contrafactuales, lo cual tal vez sea labor de novelistas⁹, pero no de historiadores. No tiene sentido discutir cuáles deben ser las causas de los problemas sociales, y tendría muy poco teorizar sobre las decisiones que debería haber tomado un régimen político que ya no existe. He dicho «muy poco», en vez de ninguno, porque la segunda opción al menos nos pondría al tanto de la contingencia inherente a todo acontecimiento histórico, vacunándonos de ese modo contra el determinismo histórico. Pero aparte de este efecto cautelar, una teoría normativa del pasado sería absurda, puesto que carece de destinatario de sus prescripciones.

Frente a los historiadores de las ideas, los teóricos de la política aplicada se ocupan de los problemas de las sociedades contemporáneas. Su interés en las ideas del pasado se asemeja a la mentalidad de un buscador de oro que va en pos de la pepita y no puede perder el tiempo haciendo un estudio mineralógico del origen de la montaña. Pero sin conocimientos básicos de mineralogía, el buscador de oro no encontrará el lugar donde debe buscar e incluso podría confundir un mineral sin valor con oro. Por tanto, sin abandonar sus fines particulares, los teóricos normativos deben escuchar con atención a los historiadores de las ideas. Y como la tradición de la ciencia política anterior al siglo XIX es tan abrumadora y explícitamente normativa, tienen mucho que aprender.

Analicemos de nuevo cómo se ve la división desde el otro lado. ¿Los historiadores de las ideas creen que los teóricos normativos realizan una labor complementaria de la suya, los consideran rivales inclinados a invadir sus propios dominios u okupas que ya se han instalado y hay que expulsar de un territorio que pertenece por derecho a los especialistas en historia? Un intento de hacer tal cosa es la afirmación de Kari Palonen de

⁹ Véase un ejemplo reciente en Roth (2004).

que la escuela histórica representada por Koselleck y Skinner se dedica a una «teorización política indirecta» muy subversiva de la teoría normativa al centrarse en «la explicación y el contenido normativo tácito del uso de conceptos» (Palonen 2002, p. 91). «Lo que es rechazado por una teoría política que apela a la contingencia, a la oposición y al cambio afecta a todos y cada uno de los intentos de definir qué vale la pena buscar en términos sustantivos» (p. 103).

Me parece una visión poco convincente de la relación entre teoría normativa e historia de las ideas. En vez de socavar la primera tarea, el estudio de la contingencia histórica, la oposición y el cambio de los conceptos y normas políticas robustece el giro contextual expuesto anteriormente. Los teóricos normativos no deben limitarse a examinar cómo cambian de color los principios cuando traspasan las fronteras políticas y culturales, sino también cuando su interpretación presente se compara con los orígenes históricos. Por ejemplo, deberían evitar la interpretación de los derechos humanos como un concepto intemporal y verlos como respuestas a amenazas sistemáticas de abuso por parte del Estado moderno (Shue 1980) y como una interpretación concreta de lo que exige el respeto a la dignidad humana en el contexto de una sociedad global y un sistema de estados muy desarrollados e interdependientes. Como demuestra este ejemplo, semejante contextualización histórica no debe disminuir, bajo ningún concepto, la validez de los juicios normativos en la sociedad contemporánea. Por el contrario, contribuye a demostrar el modo en que la interpretación de una norma responde a condiciones y problemas concretos de nuestro tiempo.

Por su parte, a los historiadores de las ideas les gusta seguir hilos perdidos del pensamiento político porque piensan que continúan siendo relevantes. Sin embargo, no es tarea del historiador reformular esas ideas en una teoría normativa coherente. Desde una perspectiva basada en los problemas, los dos enfoques han de considerarse complementarios, no excluyentes.

CÓMO COMBINAR LA TEORÍA NORMATIVA CON LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

Esta pregunta admite muchas respuestas. A continuación, veremos el modo en que las cuestiones normativas pueden orientar la elección de temas de investigación empírica y de metodologías concretas.

El estudio empírico de las actitudes y creencias normativas

Las normas sociales, políticas y legales pueden ser objeto de estudios empíricos cuyo fin no sea defender las propuestas normativas. En particular, las creencias normativas de los ciudadanos se pueden investigar sin

apoyarlas ni criticarlas¹⁰. Sin embargo, este tipo de investigaciones empíricas también son importantes para las teorías normativas. Si una teoría comunitaria sostiene que su interpretación de cierta norma se basa en concepciones compartidas con una comunidad concreta, resultará útil que las pruebas empíricas muestren cuántos miembros de dicha comunidad apoyan realmente esa interpretación¹¹. Cuando los teóricos de la democracia deliberativa sugieren que cierto marco o procedimiento institucional producirá un cambio reflexivo de las creencias a través de la deliberación, de nuevo nos encontramos ante aspectos empíricos que pueden comprobarse. Incluso una teoría más minimalista de la democracia, según la cual las decisiones políticas solo han de responder a las preferencias normativas previas de los ciudadanos, debe contar con cierta base empírica para afrontar presuntas discrepancias. En cada uno de esos casos, la elección de la metodología empírica correcta es una cuestión en la que el teórico normativo no tiene una gran experiencia. Lo único que podemos decir es que las ideas normativas contienen conceptos complejos y polémicos. Y por eso es necesaria la compensación entre conseguir una mayor representatividad entre encuestas cuantitativas muy amplias y adquirir validez por medio de métodos cualitativos más susceptibles de ser interpretados subjetivamente.

El estudio institucional de normas arraigadas

Las normas no solo existen como ideas en la mente sino también como modelos institucionales que prohíben o promueven determinados tipos de acciones humanas¹². La democracia o los mercados económicos se pueden describir como conjuntos de normas institucionalmente arraigadas cuya efectividad a la hora de regular los actos humanos goza de una relativa independencia¹³ de las creencias individuales subjetivas que sirven de apoyo a dichas normas.

Las normas institucionalizadas son explícitas y formales o implícitas e informales, en cuyo caso solo se pueden deducir mediante la observación empírica del funcionamiento de las instituciones. Por tanto, la teoría normativa aplicada contemporánea se basa casi siempre en el razonamiento inductivo sobre la evolución de normas implícitas derivadas de operaciones de las instituciones que se consideran cruciales para la legitimidad de la autoridad política, como las constituciones democráticas o el

¹⁰ Un ejemplo influyente es el de Kaase y Newton (1998).

¹¹ Un ejemplo clásico de investigación comunitaria aplicada es el de Bellah (1985).

¹² Véase Steinmo (cap. VII).

¹³ Las normas institucionales solo son independientes hasta cierto punto, puesto que las instituciones se derrumbarían si una mayoría de agentes individuales rechazase activamente las normas subyacentes y actuase en consecuencia.

derecho internacional público. Pensemos en la norma de autodeterminación de los pueblos en el derecho internacional, que se opone abiertamente a la norma, no menos importante, de la integridad territorial de los estados. Tradicionalmente, ambas normas se reconciliaron al concebir los pueblos como la población total de un estado o colonia (Cassese 1995). Sin embargo, el reconocimiento de los estados tras la quiebra de Yugoslavia y las exigencias de autodeterminación por parte de minorías nacionales y pueblos indígenas iniciaron la evolución de esta norma, cuyo resultado aún es incierto (Ratner 1996; Buchanan 2004).

Los estudios empíricos comparativos de instituciones a través del tiempo y en diferentes sociedades son fundamentales para apoyar la idea de que una determinada norma no solo es moralmente defendible, sino también efectiva desde el punto de vista operativo. Incluso cuando el argumento normativo indica que las instituciones tienen defectos morales, es importante explicar cómo podrían transformarse para alcanzar el ideal normativo; esto exige, como en casos anteriores, un conocimiento empírico sobre su evolución histórica y sus variaciones presentes.

Estudios cualitativos de caso

Al analizar las aplicaciones empíricas, la mayoría de los teóricos políticos normativos utilizan el método del estudio de caso. Ilustran sus argumentos normativos con un caso particular, casi siempre reducido a unos cuantos aspectos que se consideran relevantes. Las sentencias judiciales atraen de forma especial a los teóricos políticos porque, al tomar decisiones sobre casos complejos, los jueces tienen que afinar las normas legales y contrastarlas. La diferencia radica en que a los teóricos normativos les interesa más establecer la validez de una norma concreta (que se da por supuesta en el pensamiento positivista legal) que la decisión particular. Veamos, por ejemplo, la decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos en el caso *Yoder contra Wisconsin* (1972), que concedió a unos padres amish ortodoxos la exención de los dos últimos años de escolarización obligatoria de sus hijos para que estos no se apartasen del estilo de vida premoderno de su comunidad religiosa. Este juicio desencadenó gran número de estudios normativos sobre el equilibrio entre la libertad religiosa y el deber del Estado de educar a los futuros ciudadanos¹⁴. La cuestión metodológica es que tanto los jueces como los teóricos normativos deben considerar los detalles del caso, los primeros para dictar sentencia, y los segundos para ilustrar su interpretación favorita de las normas relacionadas con el caso. Los contextualistas van más allá. Para ellos

los estudios de caso no deberían limitarse a apuntalar un argumento normativo preestablecido, sino ser el punto de partida para crear nuevas perspectivas normativas. Según Joseph Carens las densas descripciones (Geertz 1973) de casos extraños y desconocidos ayudan a los teóricos normativos a superar los prejuicios culturales en sus juicios normativos (Carens 2000, pp. 4-6, 200-259)¹⁵.

Estudios comparativos cuantitativos

Los teóricos políticos casi nunca han apoyado las conjeturas normativas con los resultados de investigaciones sociales cuantitativas amplias. En parte se debe a la falta de conocimiento de las metodologías de investigación en ciencias sociales por parte de los teóricos políticos que estudiaron la filosofía y la historia de las ideas. Hay pocos puntos comunes y escaso afán de comunicación entre los filósofos interesados en asuntos metaéticos y las ciencias positivistas basadas en el método, pero la ciencia social basada en los problemas parte de cuestiones que vinculan la labor explicativa (¿cuál es la causa del problema?) con la normativa (¿cómo responder a él?). Es difícil separar estos dos aspectos de la ciencia social basada en los problemas. Cuando la teoría normativa aplicada conduce a prescripciones políticas, ha de tener en cuenta las condiciones del mundo real para poner en práctica dichas políticas. La investigación empírica cuantitativa será relevante para la teoría normativa aplicada si producen generalizaciones válidas sobre las condiciones que ganan apoyo para una política concreta, o sobre sus posibles (y casi siempre involuntarios) efectos secundarios. Con mucha frecuencia, los teóricos normativos se conforman con especular acerca de las implicaciones reales de una política que quieren proponer o criticar.

Un raro intento de comprobar empíricamente ciertas hipótesis surgidas en la literatura normativa es el estudio de Keith Banting y Will Kymlicka sobre los efectos de las políticas públicas multiculturales en los estados de bienestar (Banting y Kymlicka 2007). Kymlicka defiende las políticas multiculturales ante la diversidad étnico-nacional. Dichas políticas han sido muy criticadas por los liberales igualitarios. Según ellos, distraen la atención de la lucha contra las desigualdades sociales, malinterpretan la marginación social como consecuencia de la dominación cultural y restan apoyo a la redistribución al subrayar las diferencias y compartimentar la sociedad en segmentos culturales. Banting y Kymlicka lo llaman, respectivamente, el desplazamiento, el diagnóstico errado y los

¹⁵ Véanse Della Porta (cap. XI), Vennesson (cap. XII) y Bray (cap. XV) para argumentos en defensa de los estudios de caso sencillos o con escaso número de ejemplos, que sirven para ciertos objetivos explicativos.

¹⁴ Véanse opiniones opuestas en Arneson y Shapiro (1996) y en Galston (2002).

efectos corrosivos. Cada uno de esos aspectos se puede analizar en profundidad según su verosimilitud teórica. Pero también se pueden comprobar empíricamente examinando si la fuerza de las políticas multiculturales se corresponde con la creciente desigualdad o con el menguante apoyo a la redistribución. Este tipo de investigación comparativa se ve complicado por problemas que atañen al funcionamiento de las variables dependientes e independientes, a la inferencia estadística a partir de un pequeño número de casos, y a las interpretaciones causales de las correlaciones observadas¹⁶. Por tanto, tales estudios empíricos casi nunca resuelven las disputas normativas. Los resultados del estudio de Banting y Kymlicka, que no presentan efectos negativos sistemáticos de políticas multiculturales sobre redistribución, se pueden rebatir en términos metodológicos. Por su parte, los teóricos normativos aceptan a veces las pruebas, pero replantean la crítica del multiculturalismo en términos distintos, lo cual representa en sí un avance en los debates normativos.

LA ÉTICA DE LA TEORIZACIÓN NORMATIVA

En vez de hacer un resumen, concluiré con una advertencia sobre la ética de la teorización normativa aplicada. Los politólogos que se dedican a esta actividad son a menudo acusados por sus colegas de abandono de la explicación exenta de valoraciones como único objetivo científico para dedicarse a la defensa de políticas concretas. Sin embargo, si examinamos las intervenciones de los politólogos en los medios de comunicación, veremos que los teóricos normativos no son los más presentes. La diferencia tal vez radique en que los segundos no creen que la esencia de su trabajo académico sea algo independiente del discurso político de la sociedad civil. Un artículo en una revista de teoría política se dirige a lectores distintos y, por tanto, está escrito en un estilo diferente al de un comentario en el editorial de un periódico. Si en el primer caso se presenta un argumento normativo que defiende o critique una política pública, se podrá traducir en intervención política. La ventaja de los teóricos normativos en este campo es que su disciplina académica los impulsa a declarar explícitamente sus preferencias normativas y a afrontar las mayores objeciones en contra de ellas. Eso debería servirles para evitar la «elaboración ad hoc» de normas y la inconsistencia que abunda en las conclusiones políticas derivadas de la investigación empírica.

El peligro estriba en suponer que el filósofo-rey ha de tener una voz privilegiada en las decisiones políticas. La ciencia social basada en los problemas y la teoría normativa contribuyen de forma muy significativa

en los discursos políticos: la primera proporcionando explicaciones teóricas y conocimiento empírico, y la segunda aclarando los principios y argumentos. Los sociólogos tienen mucha influencia, que se puede medir por la popularización de conceptos académicos como el «dilema del prisionero» y los juegos de suma cero, o la etnicidad y el género. Su tarea esencial fuera de los círculos académicos es promover la reflexión en la sociedad civil, no dar consejos políticos a los gobernantes. Si ofrecen dichos consejos, deben hacerlo públicamente, hablando como lo harían unos ciudadanos con otros para convencerlos de la política que proponen. Es lo que exige el pudor democrático.

Sin embargo, ese mismo papel del intelectual público que mantiene las distancias con el poder político suscita un problema ético para el teórico normativo. Los políticos y quienes ocupan cargos públicos deberían adoptar lo que Max Weber denominó una «ética de la responsabilidad», considerando todas las consecuencias de sus decisiones y aceptando que su carrera dependerá del éxito o el fracaso de las políticas que apoyen. En cambio, las intervenciones de los teóricos normativos han de guiarse por la *Gesinnungsethik* (una ética de las buenas intenciones y la conciencia), que defiende un ideal sin prestar atención a los inconvenientes y dilemas derivados de su conversión en decisiones políticas. Al teórico, generalmente, no se le exigen responsabilidades por defender políticas que llevan al desastre. Y no deben exigírsele, puesto que expulsarlo de los círculos académicos restringiría la libertad de pensamiento, que es la esencia de la vida académica. El remedio para este dilema no consiste en abandonar la teoría normativa o en confinarla en un arcano discurso académico, sino todo lo contrario, en exponerla al poder de la crítica de la teoría explicativa y de la investigación de base empírica, que analizan el contexto de aplicación de las ideas normativas. Para el teórico normativo que quiera adelantarse a esas críticas, un consejo muy simple: aprender todo lo posible de las otras ramas de la ciencia social e integrar sus perspectivas en el propio trabajo.

¹⁶ Véanse Hérítier (cap. IV), Mair (cap. X) y Franklin (cap. XIII).

EXPLICACIÓN CAUSAL

Adrienne Héritier

INTRODUCCIÓN

En este capítulo se ofrecen una serie de análisis sobre la explicación sistemática de los fenómenos sociales y políticos empíricos. Dichos análisis pretenden elaborar un conocimiento teórico y generalizable sobre los fenómenos en cuestión. Al buscar términos de generalización, se diferencian de la investigación que persigue una comprensión en profundidad y una descripción ideográfica de los aspectos singulares e únicos de un fenómeno político o social empírico concreto (véase Bray, cap. XV). Por el contrario, se centran en el desarrollo teórico y en la utilización de casos u observaciones empíricas como ejemplos o maneras de comprobar hipótesis y teorías (Von Wright 1971, p. 19). Este tipo de ciencia social quiere proporcionar respuestas a los «por qué» identificando uno o varios antecedentes (*explanans*) responsables del suceso o comportamiento que se estudia (*explanandum*) (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976). Como señala Gerring (2005, p. 170): «Para ser causal, la causa en cuestión debe generar, crear o producir el supuesto efecto».

Los procedimientos de explicación que analizamos se basan en los supuestos *ontológicos* (no demostrados) de que existen reglas reconocibles y un orden también reconocible en el mundo «exterior». No se puede elaborar un argumento causal sin partir de una serie de suposiciones sobre el funcionamiento del mundo, es decir, «que hay cierto grado de orden y estructuración y que los cambios siguen pautas que se pueden entender» (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976, pp. 6-7). Se parte de la base de que «nos interesa definir un mundo creado por el hombre, que sea sistemático, empírico, refutable, replicable y, en cierto modo, “objetivo”» (Gerring 2005, p. 169)¹.

¹ La ciencia social se centra en la acción humana conformada no solo por condiciones objetivas, sino también por la percepción que el actor tiene de esas condiciones y por sus preferen-

Las aspiraciones a la «verdad» del conocimiento científico han de demostrarse objetivamente y con transparencia (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976, p. 8). El conocimiento utilizado para apoyar la validez de las afirmaciones científicas debe ser empírico, basarse en percepciones, en la experiencia y en observaciones. A su vez, estos últimos aspectos están condicionados por puntos de vista y nociones teóricas preexistentes (Popper 1961, p. 106).

Todos los análisis de la explicación causal que estudiamos a continuación buscan la regularidad y la generalización, la fiabilidad y la replicabilidad, la validez, la predicción y la parquedad, aunque estos dos en diferente grado. La regularidad y la generalización aluden a las relaciones entre conceptos (véase Mair, cap. X). Estas relaciones se formulan como hipótesis o proposiciones de un vínculo entre una variable independiente y otra dependiente, variable que es el aspecto empíricamente medible de un concepto que describe una secuencia causal² (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976; King, Keohane y Verba 1994). Dichas hipótesis se pueden formular como declaraciones de probabilidad, leyes, o condiciones necesarias y suficientes (Ragin 1987), dirigidas al universo de casos que pretenden sustentar. La regla de fiabilidad y replicabilidad se relaciona con la necesidad de explicar los pasos a través de los cuales las hipótesis se someten a la valoración empírica. El proceso debe hacerse de forma que se puedan seguir dichos pasos, replicar el estudio y valorar los resultados. La regla de validez alude a la generalización interna y externa: ¿Los indicadores utilizados para medir los valores empíricos de las variables miden lo que quieren medir (validez interna)? ¿Lo que sirve para un caso se puede generalizar a otros y hasta qué punto (validez externa)?³. El pronóstico o predicción –partiendo del principio *ceteris paribus*– utiliza las conclusiones de hipótesis confirmadas y las aplica a fenómenos que no han sido observados. La parquedad defiende que el número y complejidad de las hipótesis causales utilizadas sean limitadas y no deducibles unas de otras (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976)⁴.

cias (Scharpf 2006, p. 7). Puesto que las percepciones y preferencias del actor son subjetivas y no observables mutuamente de forma directa, las instituciones juegan un importante papel en el análisis de la ciencia social. Las instituciones hacen que las percepciones y preferencias de los actores sean mutuamente predecibles y, por tanto, son cruciales para explicar la conducta humana (Scharpf 2006, p. 8).

² O condiciones de persistencia o estructuras de suficiencia.

³ Esto suscita el espinoso problema de la indeterminación de una explicación. ¿Cuántos casos necesito para comprobar empíricamente la validez externa de mi objetivo? Cuando hay gran número de casos, la selección aleatoria de ejemplos y el análisis de regresión múltiple permiten solventar la cuestión de la validez. Ante un pequeño número de casos y un diseño intencionado, hay que evitar el problema de tener más variables explicativas que casos. El número de casos se multiplica longitudinalmente en diferentes periodos temporales, incorporando subunidades (p. e. territoriales), multiplicando los valores de las variables dependientes que especifican si se puede predecir algo más, o reduciendo el número de variables explicativas a un número inferior de variables clave (King, Keohane y Verba 1994).

⁴ Gerring amplía el número de criterios que un argumento causal debe satisfacer: (i) especificación, (ii) precisión, (iii) amplitud, (iv) finitud, (v) totalidad, (vi) frugalidad, (vii) diferenciación,

El objetivo de formular principios generales como causas de un fenómeno particular y someter sistemáticamente dichos principios al escrutinio empírico es común a todos los análisis que aquí se presentan; sin embargo, difieren en los procedimientos concretos que se utilizan. Los siguientes procedimientos resultan especialmente útiles cuando se desean explicar fenómenos políticos y sociales complejos:

- enfoques deductivos e inductivos;
- estadística comparativa;
- mecanismos causales;
- marcos explicativos y explicaciones modulares;
- reconstrucción causal.

ENFOQUES DEDUCTIVOS E INDUCTIVOS

A la hora de identificar relaciones causales que justifiquen un determinado *explanandum*, se puede actuar de forma *deductiva* o *inductiva*. Si se opta por el método *deductivo*, la explicación de un hecho se obtiene a partir de una hipótesis teórica sobre los procesos que lo provocaron (Little 1991, p. 7). Las teorías existentes se analizan en busca de posibles respuestas al objeto de investigación. Dichas respuestas se formulan como hipótesis que establecen una relación entre dos conceptos para justificar el fenómeno en cuestión⁵. Entre las teorías que se consideran posibles candidatas del objetivo explicativo, se elige la que «encaje mejor»⁶. En otras palabras, se prefieren las respuestas hipotéticas que se adaptan al fenómeno que se quiere justificar, y no tanto las que se relacionan vagamente con el *explanandum*.

Las hipótesis derivadas de una teoría deben además ser *interiormente coherentes, lógicamente completas y refutables* (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976; King, Keohane y Verba 1994). Una teoría es interiormente coherente cuando las hipótesis que abarca no se contradicen entre sí.

Es lógicamente completa cuando sus hipótesis derivan por lógica de presupuestos mutuamente coherentes que se dan por sentados (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976). Pongamos un ejemplo, sería lógicamente incoherente partir de la presunción conductista de la información perfecta y del supuesto de contratos incompletos y, a continuación, proceder al

(viii) prioridad, (ix) independencia, (x) contingencia, (xi) mecanismo, (xii) utilidad analítica, (xiii) inteligibilidad, (xiv) relevancia, (xv) innovación, (xvi) comparación (Gerring 2005, p. 170).

⁵ Cada hipótesis derivada de una teoría contiene conceptos abstractos que hay que definir en términos más concretos u operativos.

⁶ A decir verdad, los investigadores parten muchas veces de una noción de la teoría que consideran particularmente útil para explicar determinado fenómeno empírico. No obstante, también deben tener en cuenta programas explicativos alternativos.

estudio de la falta de cumplimiento de un contrato durante su aplicación. Los agentes que posean información correcta se adelantarán a semejante peligro y lo evitarán, considerándolo en el diseño *ex ante* de la norma (Karağiannis 2007).

En el procedimiento deductivo es importante no olvidar que el objetivo del análisis teórico es el modelo y no el reflejo individualizado de la realidad. En otras palabras, el fin no es describir minuciosamente una situación dada en la realidad con todo detalle, sino resaltar los que se consideran aspectos más importantes de dicha situación. Esto presupone cierta conceptualización previa y basada en la teoría de la situación. La conceptualización se traduce en un modelo cuyos componentes incorporan, en principio, los elementos esenciales de la situación empírica concreta que se quiere explicar. Al hacer semejante cosa, los resultados del análisis teórico arrojarán luz sobre la situación del mundo real que el modelo pretende explicar (Hedström y Swedberg 1998, pp. 13-14).

La alternativa al modelo explicativo no es no utilizar ningún modelo, sino usar un modelo alternativo basado en una teoría alternativa (Hedström y Swedberg 1998, p. 14)⁷. Aunque las hipótesis principales del ejercicio explicativo no se confirmen empíricamente, podemos conservar la teoría, pero tendremos que modificar y especificar el modelo y sus hipótesis añadiendo una variable adicional. Significa esto que el alcance de la tesis explicativa se reduce: explica menos (Little 1991; King, Keohane y Verba 1994).

Una teoría refutable no debe ser tautológica y ha de permitir la deducción de hipótesis que posean la concreción suficiente para someterse a la desconfirmación empírica. Cuando la explicación teórica se traduce en un modelo como el que hemos descrito antes, permite formular proposiciones comprobables empíricamente con respecto al carácter de esas relaciones (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976, pp. 43-44). Las proposiciones han de ser claras, específicas y estar exentas de valoraciones⁸. Para validar una hipótesis empíricamente, todas las variables mencionadas en dicha hipótesis deben definirse y comprobarse, especificando entre otras cosas las condiciones temporales y espaciales en las cuales se cree que se

⁷ Una crítica típica de los modelos de explicación analítica cuestiona la validez empírica de las suposiciones. Esta crítica comete la falacia lógica de confundir lo abstracto con lo concreto. Siempre habrá muchos modelos analíticos que se puedan utilizar para describir determinada situación social. Por definición, todos los modelos seleccionan características de la realidad que pretenden describir. Por tanto, la selección de un modelo no se puede basar en el «valor verdadero» de las suposiciones, sino en la utilidad del modelo para el fin propuesto (Hedström y Swedberg 1998, pp. 13-14).

⁸ Hay que definir con mucha claridad las premisas valorativas de una determinada investigación (Myrdal 1994, p. 1043). A veces, los juicios de valor influyen en la elección de un tema concreto que consideramos de importancia política y social. Los conceptos que utilizamos también contienen elementos de valor. Por ejemplo, el concepto de democracia implica valores sociales positivos.

sostendrá la proposición. También hay que identificar la unidad de análisis, el elemento de investigación al que las hipótesis se refieren, como estados, personas o reglas institucionales (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976, p. 52). Las hipótesis deben estar exentas de valoraciones para concordar con el análisis causal. Por ejemplo, la proposición «un sistema político debe obedecer a las normas institucionales democráticas», no se puede someter a verificación empírica.

Al especificar los límites temporales y espaciales en los cuales nuestras hipótesis han de funcionar, reconocemos que no tienen carácter de «leyes universales» (David Hume). Las afirmaciones deterministas –por ejemplo: «si se produce el suceso X, desencadenará el suceso o la conducta Y»–, son raras en la ciencia social. Al formular una hipótesis sometida a condiciones espaciales y temporales, debemos analizar si esas condiciones se sostienen en el caso de que se cuestione un objeto empírico (Hedström y Swedberg 1998, p. 8). Hay que tener en cuenta el alcance limitado (o de media intensidad) (Sartori 1970) de nuestras formulaciones teóricas cuando las teorías basan su validez solo en determinadas condiciones muy concretas, como las de una democracia parlamentaria occidental. Por ejemplo: dada la condición necesaria de una democracia parlamentaria occidental, el número de agentes con capacidad de veto en dicha democracia se puede considerar condición suficiente para que se produzca un resultado político concreto; en una democracia parlamentaria con escasa capacidad de veto cabe esperar un alto grado de innovación política, y viceversa.

El *enfoque inductivo*, frente al *enfoque deductivo* de la investigación empírica de base teórica, parte de una investigación empírica del fenómeno que nos interesa (Merton 1968). El objetivo es obtener una nueva perspectiva de lo relevante en el ámbito empírico de estudio al considerarlo desde el punto de vista de los agentes involucrados. Las regularidades empíricas se describen utilizando diversas fuentes de datos. En un paso más avanzado, la información empírica se interpreta de modo conceptual, a saber, se vincula a conceptos que permiten integrar y medir los datos de modo que es posible identificar pautas de variación sistemática. Estas se pueden plantear en forma de hipótesis vinculadas sistemáticamente y sometidas a un método estándar de comprobación de hipótesis (Glaser y Strauss 1967; Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976, p. 47). Ejemplos muy conocidos de teorías de alcance limitado, desarrolladas de modo inductivo, sobre el complejo funcionamiento de sistemas políticos particulares son el modelo Westminster de parlamentarismo británico (Wilson 1994); el modelo consociacional de las democracias suiza u holandesa (Lembruch 1967, 1974); el modelo pluralista de la política estadounidense (Dahl 1967); el modelo de decisión conjunta del federalismo alemán (Scharpf, Reissert y Schnabel 1976; Scharpf 1988); y el modelo neocorporativista de intermediación de intereses en Austria y los países escandinavos (Schmitter y Lehbruch 1979; Scharpf 1997, p. 32).

Con frecuencia, se aplica un procedimiento iterativo entre deducción e inducción. Este método trata de asociar ambos procesos desarrollando primero hipótesis a partir de teorías previas y, luego, introduciéndose en la investigación exploratoria de campo para obtener «inspiración» y generar nuevas hipótesis. Estas se contrastan, a continuación, con el conjunto anterior de teorías relevantes, buscando la modificación de las hipótesis preexistentes y colocando las hipótesis obtenidas de forma inductiva dentro de un marco teórico más amplio. Estas hipótesis modificadas se someten después a la comprobación empírica sistemática con nuevos datos. Dicho procedimiento, que oscila entre deducción e inducción, se denomina «abducción».

Al margen del enfoque, si queremos explicar un acontecimiento político o social concreto en extensión –en vez de analizar la capacidad explicativa de una teoría o hipótesis particular–, nos enfrentamos al problema de las explicaciones múltiples. Como norma, varias teorías se prestarán a justificar el fenómeno en cuestión, y casi nunca podremos utilizar solo una para explicar un hecho. Esto plantea el arduo problema de la relación lógica entre las diferentes teorías y su conmensurabilidad (Jupille, Caporaso y Checkel 2003, p. 18). Según Jupille, Caporaso y Checkel, para comparar teorías hemos de utilizar conceptos mutuamente inteligibles: las variables dependientes e independientes tienen que expresarse de forma que permitan la comparación (Jupille, Caporaso y Checkel 2003, p. 19)⁹.

Suponiendo que la conmensurabilidad de las teorías y sus conceptos sea suficiente, los autores distinguen tres tipos básicos de diálogo entre dichas teorías: a) la valoración empírica competitiva, b) la relación de adición basada en los dominios complementarios de aplicación y en la secuencia de teorías, y c) la relación de subsunción (Jupille, Caporaso y Checkel 2003, p. 19). En una *relación competitiva*, las proposiciones se formulan de modo que compiten entre sí (Campbell y Stanley 1963; Jupille, Caporaso y Checkel 2003, p. 20). La valoración de la capacidad empírica de las dos teorías se basa en la observación del resultado: si se observa el resultado previsto por la teoría A o el previsto por la teoría B. En una *relación complementaria* se identifican los ámbitos en los cuales ambas teorías funcionan. Por ejemplo, el resultado de decisiones en ámbitos políticos con apuestas redistributivas muy claras concuerda más con una explicación negociadora de carácter institucionalista y racional. El resultado de medidas políticas en cuestiones como el aborto se adapta mejor a

⁹ Según los autores, las teorías son comparables a diferentes sistemas de lenguaje con una limitada traducción mutua. Las palabras (o términos científicos) aluden a diferentes elementos observables en teorías diferentes. «Cortan y envasan el mundo empírico de distintas formas. Cada teoría hace un trabajo a nivel de datos, determinando cuáles son relevantes» (Jupille, Caporaso y Checkel 2003, p. 18). Las teorías (como los lenguajes) también contienen «aspectos referenciales», p. e. establecen redes de significados y normas sobre las relaciones entre términos y referentes (p. 19).

una explicación institucionalista sociológica fundamentada en normas sociales. La *secuencia* de las explicaciones teóricas significa que una descripción teórica depende temporalmente de la otra para explicar un determinado asunto. Y así, un tratado concreto de la Unión Europea puede partir de una teoría liberal intergubernamental (Moravcsik 1993). La fase siguiente de aplicación de las normas formales conduce a veces al surgimiento de reglas informales que cambian mucho las formales. Esta fase se explica a través de una teoría del cambio institucional endógeno basado en la negociación (Farrell y Héritier 2003; Héritier 2007). La *subsunción* significa que una explicación teórica se puede incorporar lógicamente a otra (Jupille, Caporaso y Checkel 2003, p. 23). Los institucionalistas sociológicos afirman que la conducta del máximo beneficio se puede considerar una variante de conducta basada en valores. Por el contrario, los teóricos de la elección racional sostienen que apelar a los valores sirve en ocasiones para perseguir determinados objetivos políticos y de ahí que se disfracen de estrategia racional.

Bien actuemos de forma deductiva o inductiva, basándonos en una explicación de teoría única o en una explicación multifactorial (de varias teorías), hay una serie de procesos que justifican un determinado *explanandum*. Se puede utilizar un ejercicio de estadística comparativa, identificar mecanismos causales u optar por las explicaciones teóricas modulares o reconstrucción causal.

ESTADÍSTICA COMPARATIVA

El objetivo de la investigación científico-social es explicar consecuencias y observar tendencias o sucesos. Como se ha dicho, la mayoría de los fenómenos investigados por los politólogos y los sociólogos, debido a su complejidad, exigen la aportación de diversos factores explicativos independientes o variables. Una variable independiente explica cierta parte de la variación de la variable dependiente, el fenómeno que se ha de justificar. Por ejemplo, si queremos justificar la participación política, se partirá de la base de que la clase social juega un papel esencial, pero el género y la educación son factores asimismo muy importantes. Por tanto, se introducen más variables independientes para justificar mejor la variación del *explanandum*¹⁰.

Cuando la estadística comparativa se enfrenta al problema de la explicación multifactorial, utiliza un experimento de pensamiento o experimento conceptual basado en la comparación de dos casos. La idea subyacente es alterar una característica, manteniendo constantes todas las

¹⁰ Esto presupone la decisión básica de tratar de explicar al máximo la varianza.

demás de los casos seleccionados y analizando el influjo de la alteración en el resultado¹¹. Si el resultado cambia, la conclusión es que fue provocado por la alteración de la característica de la variable independiente. Pongamos un ejemplo: en un enfoque de elección racional estratégica basada en la premisa de que los agentes procuran obtener el máximo beneficio, nos preguntamos cómo afectan al resultado los cambios en las preferencias de los agentes o en el ambiente, en las acciones susceptibles de ponerse en práctica y en la información condensada en las normas institucionales existentes. Un experimento conceptual varía las propiedades de las preferencias o creencias de los agentes (acerca de las preferencias de otros), manteniendo las características ambientales (información/instituciones) en las que interactúan con el fin de estudiar el impacto empírico de la variación de preferencias. El otro experimento conceptual, utilizado con mayor frecuencia, altera los rasgos del ambiente y las reglas institucionales, y mantiene los atributos de las preferencias de los agentes con el fin de valorar empíricamente el modo en que una variación de las reglas institucionales influye en el resultado (Lake y Powell 1999, pp. 9-12). La lógica subyacente de la estadística comparativa es que no se puede jugar simultáneamente con todos los posibles factores de influencia, es decir las variaciones, para explicar resultados. Pues todos, salvo uno, han de mantenerse constantes (Gourevitch 1999, p. 137).

Al mantener todos los aspectos, salvo una variable de interés explicativo, utilizamos variables de control para reducir el riesgo de atribuir capacidad explicativa a variables independientes que, en realidad, *no* son responsables de la variación producida en la dependiente; se trataría de relaciones espurias¹². Si se eliminan (o se controlan) los efectos de todas las variables relevantes, y se mantiene la relación empírica entre la variable dependiente y la independiente, la relación se considera no espuria (Nachmias y Frankfort-Nachmias 1976, p. 56). Esto guarda cierta similitud con el «diseño de sistemas más similares» en la investigación política comparativa (sin el aspecto de interacción estratégica de la estadística comparativa), en el cual, al comparar dos casos, se mantienen todos los aspectos excepto aquel cuya capacidad explicativa queremos analizar empíricamente (véase también el método del acuerdo de J. S. Mill)¹³. Por ejemplo, partiendo de la diversidad de preferencias de los agentes, cabe suponer que habrá menos políticas innovadoras en un sistema de gobierno

¹¹ Cuando queremos calcular el efecto de una causa en una variable dependiente, tenemos que contar con el sesgo de la omisión, p. e. descartar un importante factor que tal vez influya en el resultado (King, Keohane y Verba 1994).

¹² Una relación espuria es una relación que se puede explicar por medio de otras variables.

¹³ El «diseño de sistemas radicalmente distintos» (Przeworski y Teune 1970) nos permite identificar, partiendo de una variedad de variables independientes para un gran número de casos, un conjunto común de factores explicativos. También nos permite excluir factores causales si nunca están presentes cuando se produce un resultado concreto (Rogowski 2004).

con numerosas personas con capacidad de veto que en un sistema político en el que hay escasa capacidad de veto. Al analizar empíricamente el impacto de la norma institucional en una serie de casos, debemos controlar otros factores potencialmente influyentes como el nivel de desarrollo económico o los *shocks* exógenos.

Para aplicar la estadística comparativa a una explicación, se debe observar «la homogeneidad de la unidad» (o independencia condicional) de las unidades de análisis, evitando la endogeneidad y la multicolinealidad. Si se respeta la *homogeneidad de la unidad*, al comparar varios casos con valores diferentes, los valores previsibles de las variables dependientes de cada caso son los mismos que si nuestra variable explicativa asumiese un valor concreto o, en términos menos rígidos, existiese al menos un «efecto constante» (King, Keohane y Verba 1994)¹⁴.

La *endogeneidad* suscita el problema de que el efecto causal puede ir en ambas direcciones. En la variable independiente influye la variable dependiente, lo cual se asocia con el hecho de que el mundo que nos rodea —en un sentido amplio— ha sido modelado por agentes humanos. Przeworski critica el ejemplo del impacto de las democracias en el crecimiento económico frente al de las dictaduras; afirma que esos factores no son independientes entre sí porque las democracias resultan mucho más vulnerables a las crisis económicas que las dictaduras. Para analizar empíricamente el efecto que los regímenes políticos tienen en el crecimiento económico, hemos de tener en cuenta que las observaciones empíricas no siempre se rigen por causas exógenas. «Partiendo de la endogeneidad, seguramente no se observarán pobres resultados económicos en las democracias, sobre todo en las democracias pobres... Cuando las democracias se enfrentan a graves problemas económicos, mueren, y ya no hay nada que observar» (Przeworski 2004, p. 10). En los casos observados, las democracias salen mejor paradas, pero se debe a que son más sensibles a las crisis económicas. Estamos ante una parcialidad en la selección que solo se puede corregir utilizando contrafactuales que llenen las partes trunca- das y no estudiadas de la distribución (Przeworski 2004, p. 10). El experimento mental contrafactual permite determinar cuál habría sido el crecimiento económico de las democracias si hubiesen experimentado las condiciones de la dictadura (Przeworski 2004, p. 10).

Evitar la *multicolinealidad* significa que los diversos factores explicativos utilizados para justificar un *explanandum* no deben ser predecibles unos a partir de otros ni derivar unos de otros. Si se relacionan abiertamente, pueden caer en una única variable explicativa (King, Keohane y Verba 1994). Por ejemplo, el número de agentes con capacidad de veto en un banco central independiente se puede considerar factor importante a la

¹⁴ Véase una crítica del principio de la homogeneidad de la unidad en Collier, Brady y Seawright (2004b).

hora de explicar por qué un sistema de gobierno adopta de mejor o peor gana reformas políticas internas. Un sistema en el que hay varios agentes con capacidad de veto formal adoptará, en principio, medidas menos innovadoras que un sistema con menor capacidad de veto. De ahí que la existencia de un banco central independiente se pueda correlacionar con el número de agentes con capacidad de veto, decantándose hacia el lado de la variable independiente por el peso de diferentes agentes con veto¹⁵.

Los experimentos de estadística comparativa se realizan *deductivamente* –los derivados de una teoría existente– o *inductivamente* –sugeridos en un principio por observaciones empíricas existentes y luego sometidos a un análisis empírico sistemático.

MECANISMOS CAUSALES

Suponiendo que hayamos observado empíricamente una relación sistemática entre una causa y una determinada consecuencia, nos interesará ir más allá y analizar el carácter del proceso que vincula la variable independiente con la dependiente para identificar así el mecanismo causal subyacente (Elster 1989, pp. 3-10; Little 1991). Por ejemplo, si descubrimos una relación válida entre una norma institucional concreta y una consecuencia política determinada, como en el caso de una norma de unanimidad y la falta de innovación política, queremos averiguar más sobre el proceso que determina ese resultado con el fin de elaborar una teoría que describa ese proceso y sus estructuras (Little 1991, p. 7)¹⁶. La teoría de la negociación explica en ocasiones hechos así: partiendo de preferencias divergentes, cuanto mayor sea el número de agentes que deben ponerse de acuerdo para alcanzar una norma por unanimidad, menor será la posibilidad de que se produzcan políticas innovadoras, puesto que cada agente habrá de dar su consentimiento. La ventaja de este «análisis del mecanismo» es que permite distinguir entre «causalidad genuina y asociación accidental y entender mejor por qué observamos lo que observamos» (Hedström y Swedberg 1998, pp. 8-9). Como dice Elster: «Comprender los detalles de la historia causal reduce el riesgo de explicaciones espurias (de confundir correlación con causa)» (Elster 1998, p. 49)¹⁷.

¹⁵ Sin embargo, Collier, Brady y Seawright advierten que «una preocupación excesiva por estos objetivos [evitar la multicolinealidad] lleva a veces a los analistas a rediseñar la teoría para que sea comprobable» (Collier, Brady y Seawright 2004b, p. 8).

¹⁶ Lo contrario de un mecanismo es una ley científica. Esta afirma que, dadas ciertas condiciones iniciales, un suceso de determinado tipo (la causa) siempre producirá un suceso de otro tipo (el efecto) (Elster 1998).

¹⁷ Sin embargo, «la apelación a los mecanismos no es argumento contra la idea de que, cuando fallan esas explicaciones... debemos regresar a la narración y a la descripción» (Elster 1998, p. 49).

Este tipo de explicación parte del modelo explicativo probabilístico, de cobertura legal, de Hempel (1942), basado en una «explicación de caja negra», la cual minimiza la importancia del mecanismo que asocia factores causales y consecuencias (Little 1991, pp. 15-17; Hedström y Swedberg 1998, p. 10). No podemos expresar los mecanismos causales así: «Dado *p*, se obtiene *q*» (Elster 1998, p. 52). La forma más sistemática de «explicación de caja negra», el modelo causal (Duncan 1975), se basa en el análisis de regresión que asocia *X*, *Y* y *Z* con *W* y con coeficientes de regresión que miden los efectos de diversas variables relevantes en un resultado concreto. En ese sentido, presta escasa atención a los mecanismos explicativos (Von Wright 1971, p. 7; Hedström y Swedberg 1998, p. 7).

Sin embargo, como subraya acertadamente Gerring, no se debe exagerar la diferencia puesto que todos los mecanismos se pueden considerar a su vez causas (o variables intermedias) (Lazarsfeld 1972; King, Keohane y Verba 1994); por otro lado, un argumento de mecanismo causal que no preste atención a la pauta covariacional entre *explanans* y *explanandum* será inútil (Gerring 2005, p. 166). La correlación alude a un modelo de covariación entre causa y efecto, mientras que el mecanismo se refiere al proceso de conexión entre la supuesta causa y su efecto, y la cuestión radica en si una explicación causal se centra *solo* en las pautas asociativas entre *X* e *Y*, sin considerar lo que las une; o se centra *solo* en los mecanismos causales, ignorando las pautas de asociación entre causa y efecto. Ambos casos son raros. Algunos análisis de tipo correlacional no mencionan los mecanismos causales porque les parecen obvios y, por tanto, no necesitan un examen explícito. Por el contrario, un argumento de mecanismo causal que no haga referencia a la covariación entre *X* e *Y* no tiene sentido. Es más, el mecanismo causal propuesto se puede descomponer en pautas de asociación entre una serie de variables intermedias (lo cual, sin embargo, no siempre se observa directamente) (Gerring 2005, p. 166).

Cuando se identifica el mecanismo causal subyacente entre un factor causal y una consecuencia, no sirve desarrollar una historia *ad hoc* que encaje con un caso determinado. Se debe proponer una explicación con cierto alcance genérico (Hedström y Swedberg 1998, p. 10), para lo cual conviene recurrir a teorías existentes (Boudon 1976). Veamos un ejemplo utilizado por Hedström y Swedberg: el vínculo causal entre la clase social y la salud se ha confirmado empíricamente en repetidas ocasiones, pero la correlación no explica por qué es así. En dicha relación subyace un mecanismo causal vinculado al consumo según el nivel de ingresos y las condiciones de vida, con el impacto de ambos sobre la salud. Otro mecanismo causal apunta a las condiciones de trabajo y a su influencia en la salud; y aún podríamos buscar otro en el cuidado de la salud por efecto de una mejor educación.

Sobre los mecanismos causales, igual que con los mecanismos y estructuras subyacentes, se pueden elaborar teorías e hipótesis para producir el *explanandum*. Los mecanismos causales son constructos analíticos no ob-

servados que, por medio de la invocación de agentes causales, establecen una relación inteligible, acentuando ciertos aspectos de un proceso y omitiendo otros (Little 1991; Elster 1998). El principio de individualismo metodológico guarda estrecha relación con la idea esencial de los mecanismos causales (Hedström y Swedberg 1998, p. 46). Una versión estricta del individualismo metodológico no acepta explicaciones basadas en agregados sociales como factores explicativos, pero la versión menos rigurosa sí que considera los agregados sociales (sin relacionarlos con las acciones individuales), como las normas institucionales colectivas y la conducta del actor corporativo¹⁸. Muchas explicaciones de la ciencia política, fundamentadas en normas legales o de organización política, no se aceptarían si la historia causal de cada macro-norma u organización/actor corporativo tuviese que ser reconstruida hasta la conducta original de los micro-actores, como exige la versión estricta del individualismo metodológico.

Un mecanismo causal muy conocido es la hipótesis del umbral de la acción colectiva desarrollada por Granovetter (1978). La decisión de un individuo de participar o no en una acción colectiva depende, en parte, de cuántos actores participen en ella. El argumento es que los actores difieren según el número de los que estén participando antes de que ellos tomen una decisión. Ese umbral individual describe la proporción que debe tener el grupo antes de que el actor en cuestión se una a él. Se ha demostrado que incluso las diferencias más pequeñas en los umbrales provocan grandes diferencias en los resultados colectivos (Hedström y Swedberg 1998, p. 19). Otro mecanismo causal teórico muy conocido y analizado es la profecía autocumplida de Merton (1968), en la que la percepción de un hecho por parte de un individuo desencadena una conducta individual que, en su efecto agregado, produce las consecuencias que el individuo esperaba desde el principio. El ejemplo que suele mencionarse es la creencia de un individuo en la probable insolvencia de un banco, que lo lleva a retirar sus ahorros, lo cual acaba provocando la ruina del banco (Merton 1968).

Coleman (1986) distinguió diferentes niveles en el mecanismo causal de una acción colectiva: los macro-micro mecanismos y los micro-macro mecanismos. Los modelos macro-micro analizan el influjo de los factores de macronivel en la conducta individual, como el impacto de las decisiones unánimes, a través del mecanismo causal de la negociación, a la hora de producir innovaciones políticas. Ejemplos de mecanismo micro-macro

¹⁸ La versión dura es difícil de aplicar porque los fenómenos sociales tienen historias causales largas y complicadas (Hedström y Swedberg 1998, p. 12). La versión ligera «coincide con la versión dura en asumir que todas las instituciones sociales, en principio, se pueden explicar solo por las consecuencias voluntarias e involuntarias de las acciones individuales. Pero ante un mundo consistente en historias causales de longitud casi infinita, en la práctica hemos de conformarnos con dar información sobre la historia más reciente... Al aceptar varios macroniveles como dados e incorporarlos a la explicación, el realismo y la precisión de la explicación mejoran en gran medida» (Hedström y Swedberg 1998, p. 13).

causal son la profecía autocumplida del pánico bancario, o el modelo del umbral de participación en una acción colectiva concreta que estudiamos antes. Otro famoso ejemplo de mecanismo micro-macro causal es la «tragedia de los bienes comunes» (Hardin 1968), en la cual la conducta racional individual de utilización de recursos naturales limitados —partiendo de que sean asequibles y de una rivalidad en el consumo— conduce al agotamiento de dichos recursos en el macronivel (Ostrom 1990). Este micro-macro mecanismo demuestra que los individuos (micro-actores) en determinadas condiciones y a través de sus actos, puesto que un mecanismo X provocará determinado resultado en el macronivel (Gambetta 1988), producen un impacto transformador que a veces es voluntario y a veces no (Hedström y Swedberg 1998, p. 23)¹⁹ (véase también Chwaszcza, cap. VIII).

Elster apunta un problema que hay que tener en cuenta al utilizar los mecanismos causales. Nos dice que los mecanismos suelen presentarse a pares y distingue diferentes tipos. En el primer par (al que llama tipo A) los dos mecanismos causales son mutuamente excluyentes. Analiza el ejemplo de la ilusión cuando un individuo se enfrenta a un aspecto del mundo que no es como le gustaría y afirma que la reacción del individuo será, bien dejarse llevar por la ilusión, o bien recurrir al «mecanismo de las uvas verdes», o sea, adaptar las preferencias rebajando ese aspecto concreto del mundo de modo que parezca menos deseable. Las dos reacciones son mutuamente excluyentes. Pero, *ex ante*, no sabemos cuál triunfará.

En otro par de mecanismos causales (que Elster denomina tipo B), dos mecanismos funcionan simultáneamente con efectos opuestos sobre la variable dependiente (Elster 1998). Veamos un ejemplo estudiado por Le Grand: una elevada tasa de impuestos marginales por un lado reduce los costes de oportunidad (precios) del ocio y empuja a la gente a consumir más ocio y trabajar menos (efecto de sustitución). Mientras no se excluyan mutuamente, los dos mecanismos funcionan en direcciones opuestas, y su efecto conjunto no se puede predecir partiendo solo de la teoría (Le Grand 1982, p. 148). Otros ejemplos de mecanismos de tipo B son los efectos indirectos. La idea de que si la gente participa en las decisiones de su lugar de trabajo, también participará en política (Pateman 1970, citado por Elster 1998, p. 54) se confirma muchas veces. Pero la participación en el lugar del trabajo produce en ocasiones lo contrario, el efecto desplazamiento: en un tiempo limitado la participación en el lugar de trabajo se producirá a expensas de la otra (Elster 1998, p. 55).

La deducción general es que los mecanismos causales tienen un aspecto de indeterminación. El aspecto de indeterminación asociado a los mecanis-

¹⁹ Un tercer mecanismo se localiza en el micronivel y muestra el modo en que determinadas combinaciones de deseos, creencias y oportunidades individuales de actuar generan una acción concreta. Son mecanismos psicológicos y socio-psicológicos como la teoría de la disonancia cognitiva (Hedström y Swedberg 1998, p. 23).

mos causales significa que, en el tipo de mecanismo A, no sabemos *ex ante* qué mecanismo se producirá. Sin embargo, al medir las variables intermedias (Lazarsfeld 1972), sabremos si es uno o el otro. En el caso del mecanismo de tipo B, solo podemos conocer el efecto neto de los dos mecanismos opuestos (Elster 1998, p. 50). No obstante, al medir las variables intermedias de los procesos subsiguientes, se aprecia la relativa importancia de uno u otro mecanismo a la hora de producir un efecto conjunto.

Los mecanismos causales son cimientos importantes del procedimiento de explicaciones modulares desarrollado por Scharpf que se analiza en el siguiente apartado.

MARCOS EXPLICATIVOS Y EXPLICACIONES MODULARES

Si queremos explicar los resultados políticos y sabemos cuál ha sido la solución de un determinado problema, tendremos que analizar los resultados políticos en cuestión hasta el más mínimo detalle, en vez de apoyarnos en la capacidad explicativa de *un único* factor o teoría. Para identificar los factores relevantes que han provocado el resultado político concreto, hay que retroceder en el tiempo. Es más, hay que buscar los factores que concuerden con la influencia política. Eso presupone un enfoque de mirar hacia atrás, opuesto a la mirada hacia delante que investiga los efectos de una determinada variable explicativa, por ejemplo en la estadística comparativa (Scharpf 1997, p. 24). En la investigación de medidas políticas que se hace en ciencia política, se suelen formular preguntas retroactivas de este tipo, empezando por el *explanandum* para explicar el resultado de una opción política concreta desde una perspectiva de viabilidad. La cadena de causas debe ser lo suficientemente amplia e incluir la gama completa, desde la variable dependiente a «las variables independientes y útiles desde el punto de vista pragmático, es decir, las variables que ofrecen explicaciones que, o bien identifican los factores causales que se pueden manipular políticamente, o bien demuestran que el resultado no está/estaba sujeto a control político» (Scharpf 1997, p. 25). Cuanto más larga es la cadena causal, mayor es el número de variables causales que intervienen.

Teniendo en cuenta la multiplicidad de factores que explican los resultados políticos, es difícil extraer hipótesis de una teoría con suficiente concreción para aplicarlas directamente a los fenómenos empíricos. Scharpf sigue el enfoque delineado por Elinor Ostrom (Keohane y Ostrom 1995; Ostrom 1996), que parte de un marco analítico en el que se enumeran todas las variables en los micro, macro y mesoniveles de la interacción política, las propiedades particulares del problema (tipo) que se tiene delante, la situación externa, el entorno institucional, los actores comprometidos y su modalidad de interacción. Por ejemplo, enumera todas las variables explicativas que justifican la provisión de un recurso de

uso común amenazado por la sobrexplotación. La enumeración describe sistemáticamente todas las variables y sus posibles relaciones, así como las múltiples «teorías parciales o los mecanismos causales más limitados» (Scharpf 1997, p. 30) que explican el fenómeno complejo.

Puesto que cada mecanismo causal tiene un alcance limitado, hemos de asociar varias teorías parciales en un constructo modular para explicar un fenómeno político complejo (Scharpf 1997, p. 31). Las asociaciones entre los módulos se pueden establecer mediante descripciones o, cuando sea posible, a través de una teoría parcial (Scharpf 1997, p. 30). Como hemos visto en el apartado de los mecanismos causales, Scharpf alude también a mecanismos con una interacción estratégica racional²⁰, como el «modelo del umbral/banda de músicos» de Granovetter (1978), la «tragedia de los bienes comunes» basada en el dilema del prisionero (Hardin 1968), y su propio mecanismo causal de la «trampa de la decisión conjunta», que describe lo que ocurriría cuando hay que resolver constelaciones muy conflictivas por medio de negociaciones forzosas (Scharpf 1997, p. 31).

Para ilustrar el enfoque de la explicación modular, Scharpf presenta su análisis comparativo (1991) del éxito y el fracaso de una política antiinflacionista en los años ochenta. Al explicar los resultados de dicha política, Scharpf no pudo utilizar un único mecanismo causal, sino que tuvo que construir cinco módulos teóricos distintos, caracterizados por constelaciones de actores, formas de interacción y restricciones institucionales concretas. El módulo central es la interacción entre el gobierno y los sindicatos. En un módulo adicional, la interacción estratégica entre sindicatos (el módulo «sindicato-sindicato») se explica como un tipo de interacción competitiva o coordinada, puesto que los sindicatos no constituyen un actor unitario. En un módulo de «organización voluntaria» se plasma teóricamente el proceso interno de los sindicatos, centrándose en las dificultades que han de afrontar los sindicatos para mantener la lealtad de sus miembros (módulo «intrasindical»). Las interacciones se elaboraron conceptualmente en un módulo de «gobierno-banco central» caracterizado por las constelaciones de actores diversos, por diferentes modos de interacción y distintos entornos institucionales. En el módulo final las preferencias del «gobierno» se explicaron a la luz de la gran influencia de un «juego electoral» de tres caras con los votantes (Scharpf 1997, p. 32).

El resultado final es una explicación fragmentada de los resultados políticos, construida sobre varios módulos teóricos; algunos ya existían en la bibliografía, y otros se desarrollaron por primera vez. Todos contienen declaraciones teóricas comprobables empíricamente. Ante la cuestión de cómo se asocian los diferentes módulos, Scharpf propone conectarlos en la narración o –de forma más elegante– a través de una teoría que vin-

²⁰ Tal como se aplica en la teoría de los juegos.

cule varios o todos los mecanismos causales, convirtiéndolos en una teoría de interacción estratégica en múltiples niveles (Scharpf 1997, p. 32)²¹.

Ante semejante explicación de un hecho basada en módulos fragmentados, la *desconfirmación* empírica de un caso particular (considerado crucial) (Eckstein 1975)²², nos lleva a diversas conclusiones: tal vez nos falte un elemento necesario, un módulo teórico; o el vínculo entre dos módulos teóricos no está bien delineado. Esto no cuestiona el modelo fragmentado. Lo que hay que hacer es buscar factores adicionales que distingan el caso de otros explicados anteriormente. No obstante, la restricción de la validez de la hipótesis original solo sirve si la evidencia fáctica adicional se basa en la «identificación de un mecanismo causal que *generalmente* produce resultados distintos» (Scharpf 1997, p. 34; la cursiva es nuestra). Si no podemos definir una hipótesis general que justifique la excepción, nuestra hipótesis original es falsa.

RECONSTRUCCIÓN CAUSAL

El objetivo de lo que Mayntz denomina «reconstrucción causal» no es la abstracción y la simplificación al máximo, sino la concreción y la complejidad necesaria. La reconstrucción causal —como programa explicativo similar a los enfoques que siguen un proceso complejo (Hall 2003; George y Bennett 2005; Vennesson, cap. XII)— cuestiona una ontología política partiendo de la homogeneidad de la unidad, la independencia de variables, y la ausencia de multicolinealidad y endogeneidad como vimos anteriormente, pero insiste en que los resultados políticos son consecuencia de efectos de interacción compleja y de diversas formas de multicausalidad (véase también Hall 2003). Este método funciona cuando el número de casos es pequeño, los factores explicativos son muy dependientes unos de otros y hay efectos de interacción entre las variables (Hall 2003).

La reconstrucción causal intenta explicar un macrofenómeno identificando los procesos e interdependencias de los factores que están en su origen (Mayntz 2002, p. 13). Para ello se necesita un conocimiento profundo y detallado del tema que se investiga. La adquisición de dicho conocimiento comienza con el estudio de las denominadas «proposiciones de existencia», proposiciones relativas a la existencia de un fenómeno concreto, y de las «proposiciones individuales», que describen el fenómeno

²¹ Esto «también significa que la propia explicación fragmentada es vulnerable a acusaciones de responder *ad hoc*» (Scharpf 1997, p. 32). «A pesar de los prometedores esfuerzos (Putnam 1988, Tsebelis 1990), es justo reconocer que aún no hay buenos modelos teóricos de «juegos relacionados» (también conocidos como «juegos anidados» o de «doble nivel»)» (Scharpf 1997, p. 32).

²² Un caso crucial representa todas las variables relevantes de una teoría y, en este sentido, es «crucial» para la validación de la teoría. Si el caso confirma la teoría, se considera válido; si no, se descarta.

no particular y su relación con las «proposiciones generales» (que hemos analizado hasta el momento). Cuanto menos sepamos de un tema a estudiar, más importantes son las «proposiciones de existencia» y las «proposiciones individuales» (Mayntz 2002, p. 14). El primer paso para conceptualizar un macrofenómeno en áreas muy complejas de investigación política y social, sobre todo cuando no lo identificamos inmediatamente en cuanto unidad (como la globalización y la gobernanza), constituye una tarea difícil (Mayntz 2002, p. 15).

Para explicar un macrofenómeno político o social complejo, hay que tener en cuenta varios factores causales. En ocasiones, dichos factores guardan vínculos causales entre sí. En un segundo paso, el programa explicativo de la reconstrucción causal identifica las condiciones particulares y contingentes que justifican las estructuras causales complejas y las variables interdependientes. Por tanto, la reconstrucción causal se distingue claramente de la estadística comparativa que, al comparar macrofenómenos, presupone que todos los aspectos se mantienen constantes, excepto el que se considera factor causal relevante. Por el contrario, la reconstrucción causal pretende abrir la caja negra de las especulaciones *ceteris paribus*. En un argumento similar Hall subraya que ante muchos temas de investigación de ciencias sociales —aunque se parta de que un factor, *ceteris paribus*, influye en el resultado concreto— se puede transmitir un efecto a través de interacciones complejas con otras variables (Hall 2003, pp. 388-391).

Una vez identificada una interdependencia causal compleja bajo ciertas condiciones contingentes, surge la cuestión de la generalización. Solo se pueden identificar modelos o equivalencias causales y expresar las condiciones de su arraigo en términos más generales comparando varios casos (Mayntz 2002, pp. 22-23). La reconstrucción causal que describe estructuras y procesos que se producen en determinadas condiciones también remite a los «mecanismos causales». Sin embargo, a diferencia de Elster (1989) y Little (1991), Mayntz subraya la distinción entre proceso y mecanismo. Mientras que el «proceso» se centra en la dimensión temporal y en el carácter dinámico de las relaciones causa-efecto, el «mecanismo» alude a su «mecánica», al «cómo» a través del cual una causa conduce a un efecto particular paso a paso. Los «mecanismos» describen relaciones causa-efecto generalizables, mientras que un «proceso» concreto puede ser único (Mayntz 2002, p. 25).

Se puede influir en los macrofenómenos a través de un proceso o mecanismo o a través de varios factores interdependientes. Si un macrofenómeno es resultado de varios procesos o mecanismos parciales, surge la cuestión de si los procesos parciales son susceptibles de incluirse dentro de un megamodelo y presentarse como un complejo sistema contingente de causa-efecto. En caso afirmativo, un modelo teórico general explicaría el resultado. Cuando no hay una pauta discernible que produzca un efecto

conjunto partiendo de diferentes procesos parciales, nos enfrentamos a efectos de «interferencia» (Mayntz 2002) o casuales, o a lo que Boudon (1984, pp. 168 y 183, citado por Mayntz 2002, p. 36) denominó efectos Cournot. Esta explicación de un hecho basada en la coincidencia o en lo coyuntural afirma que un determinado vínculo de causas y sucesos estructurales produce a veces resultados únicos que no se repiten (Paige 1999, p. 782, citado por Mayntz 2002, pp. 36n y 32).

Según Mayntz la *interferencia* como forma de multicausalidad se encuentra en el contexto de macrosistemas muy diferenciados. Las interferencias se generan debido a que los procesos de distintos sectores y a distintos niveles de un macrosistema funcionan siguiendo lógicas distintas, lo cual da lugar a relaciones casuales inesperadas y carentes de coordinación. A veces son producto del cruce casual de dos efectos del sistema social, pero también pueden ser consecuencia del cruce con un efecto externo exógeno. Las interferencias, si bien no ofrecen una explicación sistemática, establecen límites claros para la explicación de los macrofenómenos sociales basados en regularidades. Sin embargo, el programa explicativo de la reconstrucción causal que busca, no solo generalizaciones, sino también la explicación satisfactoria de macrofenómenos concretos, debe tener en cuenta la identificación de los efectos casuales (Mayntz 2002, p. 37).

CONCLUSIÓN

Al considerar los diferentes procedimientos que explican un hecho político o social, como hemos visto en este capítulo, nos encontramos ante la disyuntiva de elegir cuál es el mejor. La respuesta es: depende. Depende del hecho concreto que queremos explicar y de su complejidad. Pero también depende de una decisión anterior: ¿la investigación se centra en el problema o en la teoría? ¿El investigador desea explicar un problema político o social concreto con todo detalle o prefiere comprobar hasta dónde nos lleva una determinada teoría, bien definida, a la hora de explicar un hecho?

Partiendo de esta elección básica inicial, un enfoque basado en módulos asociados de mecanismos causales/teorías parciales y reconstrucción causal resulta más adecuado cuando se desea una explicación centrada en el problema de la estadística comparativa, la cual funciona con menos variables explicativas y debe controlar otras variables. Esta última se presta mejor en la investigación fundamentada en la teoría, en la que el objetivo esencial es valorar empíricamente hasta dónde nos lleva la capacidad explicativa de una teoría. Cada opción implica un sacrificio: lo que se gana en extensión de la explicación en el primer caso, se pierde con la mayor complejidad de la explicación; lo que se gana en frugalidad de la explicación en el segundo caso, se pierde con el carácter parcial de dicha explicación.

CONSTRUCTIVISMO: QUÉ (NO) ES Y SU IMPORTANCIA

Friedrich Kratochwil

INTRODUCCIÓN

Uno de los temas fundamentales de la ciencia social trata de lo que sabemos y cómo lo sabemos (véase Della Porta y Keating, cap. II). El constructivismo aborda el asunto de una manera especial, pero que muchas veces no se interpreta bien. Durante mucho tiempo, los constructivistas estuvieron arrinconados en los márgenes de la ciencia social, junto con otros «reflexivistas»¹, porque no utilizaban las herramientas metodológicas convencionales. Aunque no debemos confundirlos con los «deconstruccionistas»², que niegan la verdad y preconizan el relativismo. En la actualidad se les presiona para que ocupen el término medio (Adler 1997, pp. 319-363) y manifiesten, a través de su compromiso con la ciencia, que no han hecho ni lo uno ni lo otro. Todo ello suscita cuestiones problemáticas sobre el carácter de la realidad y la posibilidad de crear un conocimiento fundamentado, y también sobre el carácter de las pruebas o tests.

Evidentemente, hemos de aclarar algunas cosas antes de entender qué es el constructivismo frente a otros enfoques posmodernos como la deconstrucción para demostrar las ventajas de un proyecto de investigación concreto desde una perspectiva constructivista. Por tanto, explicaré los fundamentos de lo que queda de esta sección antes de emprender un análisis más detallado del constructivismo. Los epígrafes siguientes abordan

¹ Robert Keohane utilizó esta caracterización bastante rara que mezcla constructivistas con marxistas; véase Keohane 1998, pp. 379-396.

² Los últimos han arruinado varios departamentos de literatura comparativa al soltar el gusano de Derrida, que todo lo considera «texto», negando la posibilidad de una lectura de autoridad de ellos y atacando el «logocentrismo» de la modernidad. Véase Derrida 1982.

cuestiones esenciales de la teoría social (formación y explicación de conceptos), consideradas desde una perspectiva constructivista.

IDOLA FORI ET THEATRI

Antes de sentar las bases sobre las que se apoya el reto constructivista, quiero exponer unos cuantos errores. En primer lugar, el constructivismo no es una teoría, ni siquiera un enfoque político, como tampoco lo es el empirismo³. En ambos casos, nos encontramos ante un tema metateórico: hemos de dilucidar si las cosas están ahí, simplemente, y nuestros sentidos las perciben correctamente (empirismo), o si las cosas que percibimos son producto de nuestras conceptualizaciones (constructivismo). Responden a preguntas del estilo «¿qué sabemos?», más que a cuestiones sobre qué temas, variables, instituciones, etc., son los elementos con los que construimos nuestras teorías sobre un determinado asunto. Y así, un empirista optará por la operacionalización y la medida de los términos teóricos con el fin de justificar lo que hace. Por su parte, el constructivista dirá que fenómenos sociales como el dinero o la autoridad no son clasificaciones naturales, sino totalmente convencionales. Las respuestas se formulan a un nivel distinto y apuntan a temas más metateóricos que teóricos, aunque tienen consecuencias en nuestras teorías sustantivas y en los métodos que elegimos.

A partir de aquí podemos abordar un *segundo* problema, de igual importancia: la cuestión de la verdad y el relativismo. La verdad más simple es algo que se deduce necesariamente, como cuando declaramos la verdad analítica de que los solteros son hombres que no se han casado. Pero incluso en geometría hay que dilucidar si la frase «la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos» es puramente analítica. Estos problemas se han discutido con gran ardor en filosofía y en debates sobre los fundamentos de la lógica, pero no nos vamos a ocupar de ellos aquí. Nos interesa ver las diversas dificultades que surgen cuando intentamos utilizar la lógica en nuestras teorías sobre el mundo real. En este caso el principio del medio excluido –algo existe o no existe, no hay otra posibilidad– adquiere especial importancia, puesto que la ciencia experimental se apoya en él. Todos esperamos que, al formular a la naturaleza una pregunta clara, nos responderá inequívocamente de acuerdo con este esquema binario.

Relacionada con esto está la inferencia basada en la lógica, que se limita a la existencia de algo en el mundo real (rigor deductivo a pesar de todo). La prueba de Descartes sobre la existencia de Dios resulta ilustra-

tiva. Descartes deduce que, como puedo pensar en un ser perfecto, tiene que existir (Descartes 1980). Naturalmente no es así, pues por mucho que piense en Pegaso, no hago que exista. La equivocación del término «existente» alude a dos sistemas semánticos distintos. En lo que atañe a mi pensamiento, se trata de lo que yo creo que existe (el pensamiento como tal). Pero subsiste una diferencia entre mi imaginación y el estatus ontológico (o existencia real) de la cosa en la que estoy pensando. Los diseñadores de modelos afrontan este problema haciendo predicciones sobre países del mundo que apoyan sus constructos lógicos y olvidan a menudo que se exageran sucesos y acciones para (erróneamente) sustentar verdades que en realidad son falsas.

Estas consideraciones un tanto abstractas resultan útiles para aclarar aspectos sobre la verdad y el relativismo. Como demuestra el ejemplo anterior, las cosas u objetos no pueden ser «verdad»; solo son verdad los *asertos sobre los objetos*. En ese punto, la verdad no es una propiedad del «mundo exterior» sino que, con la excepción de las afirmaciones puramente analíticas, depende siempre de un sistema semántico. Pero incluso en el último caso, la verdad dependerá de las convenciones del lenguaje que convierten ciertas afirmaciones en analíticas, siempre que queramos mantener la distinción entre afirmaciones analíticas y sintéticas⁴, naturalmente. Sin embargo, dicha relatividad no provoca las tan temidas fatalidades: ni nos precipitamos al abismo de la arbitrariedad o de las idiosincrasias, ni negamos rotundamente la verdad. No justificamos la inferencia del «todo vale», pero hemos de esforzarnos por especificar los límites de nuestro debate y de nuestras declaraciones sobre lo verdadero⁵.

El error del ejemplo de Descartes citado anteriormente deriva del fracaso a la hora de examinar el sistema semántico en el que se enmarca una afirmación. Aunque Descartes sabía que el verdadero problema epistemológico consistía en la relación del sistema de pensamiento con el mundo, su respuesta es absolutamente teológica, a pesar de su empeño crítico. Según él, Dios es el garante de que nuestros conceptos y el mundo exterior coinciden⁶. No sufrimos el engaño permanente de un demonio perverso y, por tanto, podemos confiar en que lo que percibimos con total claridad y nitidez es cierto y, por extensión, también lo son las conclusiones que obtenemos al seguir dicho método.

En este contexto debemos abordar un *tercer* problema. Aunque pensemos que planteamos preguntas claras a la naturaleza cuando realizamos experimentos, nuestra esperanza de obtener respuestas inequívocas es demasiado optimista. No tenemos motivo para creer que la naturaleza pretende engañarnos, pero aun así no puede respondernos, puesto que

⁴ Véase la negación de la distinción en Quine 1953.

⁵ Véase un análisis más extenso en Kratochwil 2005, pp. 1-15.

⁶ Véase Descartes (1980), en especial la Quinta Meditación.

³ Véase la interesante discusión de este problema realizada por Guzzini 2000, pp. 147-182.

no utiliza un lenguaje. Ese lenguaje lo proporcionan nuestros conceptos y teorías, y debido a esta dependencia teórica de nuestras preguntas, no es posible hacer análisis directamente frente a la naturaleza. En realidad, no hay nada detrás de nuestros conceptos o teorías ni apelación directa a las cosas. Solo podemos reflexionar acerca de las preguntas y experimentos si utilizamos diferentes teorías o diferentes conceptos. A partir de ahí, los puntos ciegos de nuestras conceptualizaciones saltan al primer plano y nos damos cuenta de que lo que habíamos tomado por respuesta directa significa algo muy distinto. Naturalmente, reconocer este dilema no es lo mismo que negar la existencia independiente del mundo. Nos está diciendo que este último hecho aporta muy poco. No solo para saber si el mundo –o, utilizando la terminología de Kant, la «cosa en sí»– existe, sino también para decidir *qué* es, necesitamos conceptos y teorías, que son creaciones nuestras y no descripciones neutrales sobre las cosas.

Y así, mientras en lógica no existe una tercera posibilidad, en la investigación real las cosas se complican bastante. Surgen problemas no solo con la interpretación de los datos, sino también con la indecibilidad, como apunta el físico y filósofo John Ziman (1978). Los análisis casi nunca son concluyentes a la hora de justificar una atribución exclusiva del tipo «es» o «no es». En consecuencia, hay que sopesar y debatir las pruebas. A continuación se producen debates, que se apoyan en una serie de argumentos de autoridad que van desde las convicciones metafísicas (como la objeción de Einstein a la teoría de los cuantos: ¡Dios no juega a los dados!), a las analogías, a las soluciones óptimas, a autoridades en la materia o a la revisión de los colegas. Evidentemente, estas discusiones y debates se diferencian de las manifestaciones directas (a veces muy complejas) de la lógica y las matemáticas o de la creencia en las pruebas a través del análisis empírico.

En estos debates interactúan argumentos teóricos y metateóricos que no se pueden solventar analizando los datos a fondo. En consecuencia, la comunidad de profesionales juega un papel decisivo en la determinación de lo que se debe considerar conocimiento (Knorr-Cetina 1981; Fuller 1991). En ese punto, abundan los desacuerdos, y la ciencia real es una empresa que difiere bastante de la noción de un conjunto de verdades incontrovertibles, atemporales y universales que se justifican a sí mismas –localizadas en el Tercer Mundo (Popper 1972, cap. 3)–, listas para someterse a la inspección y asequibles a cualquiera que siga el método correcto. Aquí, en la historia de la ciencia, la crítica de Kuhn sobre el concepto típico del libro de texto de la ciencia (1970) y las teorías sociológicas acerca de la producción del conocimiento (véase Bourdieu 2004), han servido como útiles correctivos al demostrar que la representación de la ciencia que se invoca muchas veces es la de una ciencia que nunca existió (véase Toulmin 2001).

Vamos a examinar más a fondo el constructivismo como tal. Precisamente porque no es una teoría concreta, sino heredera de numerosos debates epistemológicos tradicionales. Podemos citar, por ejemplo, la crítica humanista del proyecto de Descartes realizada por Giambattista Vico (1999), quien indicó que la obsesión por la certidumbre tendría nefastas consecuencias para una comprensión seria de la práctica y del mundo histórico. Otra vía es el empeño de Kant de no fundar el conocimiento en las cosas –como en la tradición ontológica desde Platón a los escolásticos– ni en la creencia cartesiana o leibnitziana del paralelismo entre nuestra mente y el mundo (establecido por Dios), ni en un empirismo ciego que sin ninguna visión crítica remitía a hábitos y factores psicológicos al estilo de Hume. Para Kant solo la razón proporcionaba un fundamento absoluto, puesto que funcionaba como su propio tribunal (con un juez que guiaba el proceso, *bestallter Richter*) y establecía con sentido crítico lo que podía considerarse conocimiento (Kant 1787, B XIII). En vez de especificar un único método científico –un problema que debían resolver las ciencias por sí solas–, proporcionaba criterios para entender la existencia de la ciencia (Hoeffe 1994).

En el último siglo en el constructivismo han influido la cibernética y la teoría de los sistemas modernos, que cortaron el vínculo entre el determinismo y la predictibilidad/exclusividad. Como anunció la solución de Poincaré al problema de los tres cuerpos (Toulmin 2001), se podía obtener el mismo resultado a través de diferentes caminos, o el mismo camino conducía a un resultado distinto con evidentes consecuencias para nuestra comprensión de la «necesidad causal». Del mismo modo, hubo que renunciar a la idea de un fundamento absoluto, tan apreciada por la epistemología tradicional. Los fundamentos absolutos ya no se encontraban en las cosas, como quería la ontología tradicional, puesto que también las cosas eran elaboraciones, no entidades inmutables y eternas. El hecho tampoco se puede entender en términos de categorías mentales del sujeto observador (Kant), puesto que los marcos categóricos no son naturales sin más, sino resultado de evoluciones conceptuales concretas. En cuanto se demostró que existía un espacio y un tiempo constantes de antemano, hubo que abandonar el empeño de fundar nuestra comprensión de las categorías atemporales y universales de la razón, aunque pudiésemos entender la empresa de la ciencia como un todo en términos de una noción de evolución no teleológica (Luhmann 1997).

Frente a antiguas nociones de ilustración y progreso sucesivos, los modernos sistemas de pensamiento han prescindido de objetivos predefinidos o teleologías para tener en cuenta soluciones equivalentes, aunque distintas. Sin embargo, hay que precisar que esta nueva unidad de la comprensión científica ya no se basa en la aplicación de teorías y métodos derivados de las ciencias puras a los fenómenos sociales, sino que

se centra en la información y la comunicación que sostiene la vieja cuestión contra la división de la mente. Al igual que en la naturaleza, los sistemas sociales tienen diferentes posibilidades de garantizar la reproducción. El proceso no es resultado de una simple similitud mecánica, basada en elementos idénticos producidos por casualidad, sino que se trata de una creciente diferenciación a través de saltos evolutivos.

La cibernética se centraba en la información, y no tanto en los elementos tangibles de un sistema, como las unidades de Waltz (consideradas habitualmente como análogas a la masa y a la fuerza; 1975, cap. 5), y por tanto no provocaba la envidia de la física, tan habitual en las ciencias sociales. Asimismo, prescindía de la tradicional distinción entre factores materiales e ideales, como hemos visto, y de los infructuosos debates sobre la verdadera base de todas las cosas. Cuando la reproducción de un sistema —es decir, su capacidad para continuar, y no su existencia en equilibrio— se convirtió en el rompecabezas esencial, el antiguo vocabulario perdió peso, puesto que provocaba interrupciones y no podía explicar cómo desempeñaban los sistemas las tareas de reproducción. Del mismo modo, la causalidad eficiente y las leyes generales dejaron de ser útiles a la hora de explicar el funcionamiento de los sistemas. Y así, tuvimos que volver la vista hacia la recepción y asimilación de los estímulos externos por parte de la lógica del sistema, y a su capacidad para enfrentarse a esos inconvenientes y ofrecer nuevas respuestas. Sirve de ejemplo para el primer aspecto el soplo en el ojo: produce efectos lumínicos en el ojo que no se podrían captar si nos atuviésemos a la exploración médica, lo cual subraya la dimensión *actio est reactio*, pero no da más pistas heurísticas para explicar el verdadero funcionamiento del sistema.

Tal vez no por casualidad el impulso original de la perspectiva constructivista no se produjo en las ciencias sociales, sino en biología (Maturana y Varela 1992), para ser posteriormente introducido en las ciencias sociales por el sociólogo Niklas Luhmann. Luhmann presentó una perspectiva de la sociedad radicalmente distinta a la de Talcott Parsons, que había elaborado su sistema social con la perspectiva de los sistemas antiguos (Parsons 1968). Parsons comenzó por los elementos (actores y acciones) y trató de resolver el problema hobbesiano del orden con los mecanismos clásicos de utilizar la división en sistemas y subsistemas, asignándoles funciones concretas.

Las importantes diferencias entre estos dos conceptos de sistema no nos preocupan. Al fin y al cabo, la mayoría de los últimos partidarios de la perspectiva constructivista no descubrieron el constructivismo a través de la nueva formulación de la cibernética y la teoría de los sistemas, sino en la crítica a la obra de Parsons, en el interaccionismo simbólico liderado por Mead (1934) y en los fascinantes microestudios de Goffman (1990). Especialmente influyente fue el manifiesto sociológico de Berger y Luckmann sobre la *Construcción social de la realidad* (1967), al que respondió John Searle con su *Construcción de la realidad social*, presentando

los actos del habla ante un público más amplio. Por último, hubo un giro lingüístico general en el análisis filosófico y social debido a la influencia de Wittgenstein y de la crítica histórica y pragmática sobre la concepción dominante de la ciencia como espejo de la naturaleza (Rorty 1980).

Los conocedores de las obras de ciencias sociales de corte constructivista verán enseguida que esas diversas fuentes del constructivismo influyeron de forma muy diferente en unos y otros autores. Dada la gran variedad de enfoques teóricos y metodologías, incluso podemos preguntarnos qué tienen en común esos autores y si hay algún principio esencial o compromiso que inspire sus teorías. Entiendo que cabe identificar dos compromisos básicos en la esencia íntima del constructivismo. Uno es que la agencia importa en la vida social y, por tanto, los agentes no son simples procesadores de estructuras —materiales o ideales— que funcionan a sus espaldas. El marxismo vulgar representa el primer criterio, mientras que el segundo se fija en el individuo adecuadamente socializado que actúa según las normas. En este punto el conflicto de escuelas sociológicas (véase Dahrendorf 1959) y los estudios de Goffman sobre la manipulación estratégica de la vida social cotidiana (1971, 1980) actuaron como fuerte antídoto contra la tesis de Parsons sobre la integración normativa, que había convertido a los actores en meros ejecutores de guiones normativos. Se puede hacer una crítica similar a la Escuela de sociología de Stanford, que representa la versión más próxima de la creencia en la modernidad (Thomas, Boli, Ramirez *et al.* 1987). Es cierto que todos los estados han de elegir las mismas formas de organización si quieren que los tomen en serio en el juego de la política internacional. Pero esto no nos dice gran cosa sobre la verdadera política, como sabemos por las obras que tratan de la evolución política y por las experiencias de estados fracasados. De igual modo, como tales imposiciones no coinciden a veces con las tradiciones locales, provocan resistencia y a menudo no permiten vislumbrar el «final de la película», como ha demostrado el reto fundamentalista tanto al proyecto político occidental como al supuesto universalismo de los derechos humanos.

Un segundo principio esencial de los constructivistas es que si aceptamos que el mundo humano es puro artificio, resultan importantes las ideas de los actores sobre sus actos. No se pueden marginar de las descripciones y explicaciones de los actos ni pueden estos explicarse mediante suposiciones, puesto que ello equivaldría a una tendencia a la aclimatación que se contradice con el primer compromiso. De este modo podríamos acabar de una vez con el estéril debate de si son primero el interés o las ideas. Los intereses no son universales ni saltan a la vista⁷, puesto que en gran parte dependen del juego en el que participan los actores. Incluso cambia de forma drástica lo que se considera recurso, según sean las condiciones en

⁷ Véase el análisis en Mansbridge 1990, cap. 1.

que se enmarca. Por ejemplo, la fuerza y el tamaño corporal son una ventaja para el que juega al fútbol, pero pueden convertirse en obstáculo en el tenis, y resultan totalmente irrelevantes en el ajedrez.

Hobbes, cuyo naturalismo admiramos porque fundamentó la política en evitar un mal reconocido por todos (la muerte violenta), sabía que ese empeño por aclimatar era muy problemático. No obstante, formaba parte de una estrategia convincente para convertir a creyentes quisquillosos y fundamentalistas⁸, decididos a arriesgar la vida por el honor y otros contundentes valores, en sujetos como es debido dedicados a buscar la felicidad, la propiedad y el consumo. El hecho de que tal estrategia de convencimiento tuviese éxito, hasta el punto de esconder su carácter de *proyecto político* y presentarse como natural, no debe impedirnos ver que, al fin y al cabo, era un proyecto. Su adopción da lugar a determinados tipos de actores y estructuras políticas cuya co-constitución suele pasarse por alto. Da la impresión de que el éxito de este proceso es un triunfo de la razón sobre la irracionalidad. Y por tanto, otros proyectos políticos se convierten en simples peldaños de la modernidad o resultan reaccionarios, pues vuelven la vista hacia un pasado lejano. Por último, la racionalidad reducida a un pensamiento meramente instrumental se considera la única forma legítima de reflexionar sobre la acción, sin importar sus limitaciones, lo cual amenaza con convertirnos en tontos racionales, utilizando la terminología de Sen (1999).

Estas breves observaciones sobre los fundamentos elaborados y no naturales de Hobbes y su concepto de racionalidad explican por qué los enfoques de la elección racional (véase Chwaszcza, cap. VIII) y el constructivismo difieren a pesar de su interés común en la elección y la producción de la realidad social. Los partidarios de la elección racional comparten la primera premisa con los constructivistas, pero sus caminos se distancian en el segundo aspecto⁹. Y aunque los constructivistas casi siempre comparten los dos principios, existen significativas diferencias entre ellos. Algunos, como Wendt, creen que el realismo científico es compatible con una perspectiva constructivista (Wendt 1999, cap. 2), cosa que me parece incoherente. Los realistas científicos son un grupo muy heterogéneo, que sin embargo defienden la postura de que las cosas solo se pueden describir de una manera. No utilizan términos como «esencia», pero parten de una creencia fundamentalista en la capacidad para acercarse a las cosas y captarlas como si fuesen datos objetivos.

No es mi intención arremeter contra la investigación empírica ni afirmar que los análisis cuantitativos no son útiles porque no abordan cuestiones

⁸ Véanse las modernas interpretaciones hobbesianas que subrayan la dimensión persuasiva de la obra de Hobbes más que su empeño por crear una ciencia *more geometrico*. Véanse Johnson (1986) y Skinner (2002).

⁹ Sin embargo, los partidarios de la elección racional «pura y dura» consideran que el verdadero quid no es la elección, sino «obtener los incentivos adecuados» para que se produzca forzosa-mente un resultado y ya no sea una verdadera elección. Véase Satz y Ferejohn 1994, pp. 71-84.

profundas relacionadas con la epistemología y con cuestiones filosóficas. Un buen antídoto contra la obsesión hipertrófica por la epistemología y por adscribirnos a determinados campos es comprender que no todas las preguntas de hondo calado tienen respuesta. «¿Por qué existe algo y no existe nada?» es una pregunta de hondo calado, sin duda, pero no hay respuesta. Del mismo modo, no todas las preguntas tienen una respuesta sistemática, puesto que no nos movemos en universos inconmensurables. Podemos interpretar las obras de otros, criticarlas e incluso mejorarlas sin necesidad de plantear cuestiones definitivas. La idea de que hemos de llevar una placa que nos identifique como miembros de pro de un club o partido exclusivo me parece totalmente desfasada.

No obstante, sostengo que los datos objetivos son construcciones basadas en elecciones conceptuales que, por tanto, no dicen nada en sí mismas. En consecuencia, hay que ser muy cauteloso para no tratarlos como si fuesen hechos naturales. De alguna manera, los seguidores de la investigación comparativa siempre han visto que considerar hechos presuntamente naturales como la edad como algo consustancial a todos los sistemas sociales abocaba al desastre. Es bien sabido que una estrella de la sociedad de Nueva York a los de cuarenta años está en la cumbre de su poder e influencia, mientras que la vida de una campesina de Bolivia habrá acabado, prácticamente, puesto que no tiene opciones. En tal sentido, el sociólogo Ulrich Beck ha señalado los peligros de utilizar «conceptos zombi» como el de nación-estado, que han perdido casi todo su poder pero que, como los zombis, siguen pululando por las trilladas sendas de la teoría y calan en las tendencias como si estuviesen vivos (Willms y Beck 2004, conversación 1).

Este breve análisis muestra que el papel del lenguaje, de la formación de conceptos, del significado y la interpretación, no se puede burlar optando por una versión refinada del constructivismo. Si bien el constructivismo no es una teoría ni una metodología, desde esa perspectiva perfila y limita nuestros diseños de investigación y la elección de las herramientas para elaborar nuestra tesis. A continuación, voy a estudiar diversas áreas de especial importancia al respecto. En primer lugar, abordaré la formación de conceptos y el significado de nuestros términos teóricos. Frente a las cuestiones tradicionales de operacionalización, rigor taxonómico y referencia clara, defiendo que la mayoría de las recomendaciones que emanan de estos criterios no deben tomarse al pie de la letra: no existe la descripción de las cosas como son; la lógica de la formación de conceptos no sigue los criterios taxonómicos clásicos; y por último, la mayoría de los conceptos son discutibles, sobre todo en ciencias sociales. No son neutrales para el observador, sino que conllevan la autorreferencia; y por tanto, su significado no se discierne tras una simple observación y una descripción ajustada, sino que hay que comprender su gramática, su función dentro de un campo semántico más amplio, y su utilización. En segundo lugar, analizaré las cuestiones de la explicación consideradas desde una perspectiva constructivista.

Según los criterios del método científico, primero tenemos que describir nuestros objetos, separando bien las propiedades accidentales (como el color) de las que determinan lo que es una cosa, como un «perro» o una «casa». Luego, debemos clasificarlos de acuerdo con los modelos taxonómicos habituales (como la exclusividad de clases que dé lugar a una atribución inequívoca) y, por último, si no hay puntos de referencia claros —como cuando nos enfrentamos a problemas tan abstractos como la democracia o la soberanía—, tenemos que operacionalizar el concepto, mostrando las operaciones por medio de las cuales queremos definirlo o medirlo. Como en este último caso tenemos que hacer juicios cualitativos en los que entran en juego nuestros valores —mi democracia tal vez sea para ustedes fascismo—, el canon científico exige una postura de observación neutral. Esto significa no permitir que las preferencias o valores personales se pongan por delante de la tarea, y confiar en los datos empíricos y en las medidas objetivas. Sin embargo, los tres ejemplos siguientes presentan el carácter problemático de este asunto. Dejando a un lado el hecho de que la estricta separación en niveles ascendentes es difícil de mantener en la práctica, la idea de una descripción neutral, sin contaminaciones teóricas ni valorativas, es inalcanzable. Esta imposibilidad tiene poco que ver con la interferencia de valores o las preferencias personales que no son susceptibles de tratamiento científico (*de gustibus non est disputandum*). Por último, la idea de que las dificultades conceptuales se pueden superar con definiciones operacionales claras también es errónea.

Comencemos por el procedimiento de endosar un concepto a fenómenos del mundo exterior, dándole una descripción apropiada. Utilizaremos como contraste el concepto de planeta, que ofrece un ejemplo claro de relación de una *res extensa* del mundo con un concepto de la *res cogitans*. Aunque todos los cuerpos celestes tienen masa, algunos parecen fijos en un punto, mientras que otros dan vueltas. Los cuerpos celestes fijos no están realmente fijos puesto que el universo se expande, pero la distinción persiste y ofrece información importante en cuanto al comportamiento observable de estas dos clases de elementos. En consecuencia, la clase de los planetas abarca cuerpos como Venus, la Tierra y algunos cometas que giran en torno a ellos. Pero ¿qué ocurre con los asteroides o lunas? ¿Pertenecen a esta clase o a otra distinta? En el caso de las lunas, se puede decir que su característica distintiva es que son «coches utilitarios», mientras que los asteroides se reducen a virutas o escombros que flotan en el espacio. Entonces, ¿la característica esencial es el tamaño? ¿Y cuál ha de ser la magnitud de la masa para alcanzar categoría de planeta? Convertir el tamaño en una dimensión importante y elegir un límite más o menos arbitrario, pero consensuado, resuelve estos rompecabezas y proporciona una operacionalización objetiva y empíricamente sólida del concepto.

Sin embargo, como demuestran las propuestas y debates de la Unión Astronómica Internacional para concordar una definición de planeta (reunión celebrada en agosto de 2006 en Praga), las cosas son bastante más complicadas¹⁰. Según la nueva definición, los cometas ya no son planetas, sino asteroides, denominados oficialmente «pequeños objetos del sistema solar». Ciertas lunas, como la nuestra, pertenecen a esa clase; sin embargo, Caronte, la luna de Plutón, ha pasado a ser un planeta, mientras que el propio Plutón ha perdido ese estatus. La razón es que, en el primer caso, el centro de gravedad se halla dentro de uno de los dos cuerpos del sistema Tierra/Luna, cosa que no ocurre con Plutón y Caronte. No todo está perdido para nuestra Luna, que dentro de unos cuantos millones de años se convertirá en planeta. Se habrá apartado entonces de la Tierra —en un movimiento de unos tres centímetros anuales, como aseguran las mediciones láser— y su revolución durará cuarenta y siete días, en vez de los veintiocho actuales.

Esta historia resalta el hecho de que nombrar una cosa no es una sencilla operación de encaje empírico, sino que depende de los presupuestos teóricos que orientan nuestras observaciones. Si bien el tamaño es una dimensión importante, surgen dudas ante esta clasificación: cómo han de ser (de pequeños o grandes) los objetos para proceder a su clasificación sigue siendo una cuestión teórica fundamental. La definición consensuada ayuda, puesto que evita las confusiones clasificatorias; sin embargo, el ejemplo de las lunas demuestra que, teóricamente, buscamos distinciones más informativas. Al fin y al cabo, las clasificaciones reflejan un importante elemento teórico (centro de gravedad) en el que se basan las distinciones. En resumen, sería deseable no una referencia clara a las propiedades de los objetos, sino una distinción *teóricamente relevante*.

Hay que precisar que estas determinaciones y las controversias que las rodean poco tienen que ver con si las medidas son cuestiones de registro objetivo o con la supuesta indefinición de valores que entran en juego. Como se suele decir, las últimas son meras preferencias personales que apenas guardan relación con la ciencia y que se deben evitar a toda costa. Pero plantear el problema de esa manera es engañoso. Lo que descriptivamente se puede definir como grande o pequeño no resulta fácil de determinar si se analizan los hechos en profundidad. Deriva de criterios de dependencia de campo, no siempre formulados explícitamente, pero importantes. Un milímetro puede suponer una gran desviación para un relojero o un fabricante de microchips, pero no significa nada —debido a su pequeñez— para un arquitecto o un ingeniero que construyen un edificio de oficinas de cincuenta pisos. Fuera de un campo de referencia no hay cuestión, como dirían los filósofos. El ejemplo demuestra que el significado de un concepto —aun-

¹⁰ Véase el artículo «Flexiber Mond», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 23 de agosto de 2006, p. 2.

que solo sea descriptivo— no viene dado por su referencia directa, sino por su posición dentro de un campo semántico más amplio.

Con la misma perspectiva, consideremos la siguiente situación. Entran ustedes en mi despacho y ven, aparte de la mesa, sillas, una lámpara y varios pisapapeles encima de una serie de una serie de documentos. ¿Por qué ven los pisapapeles en vez de dos figuras de granito o de cristal de Murano? Evidentemente, la identificación tiene poco que ver con la percepción inmediata¹¹. ¿Sería más correcto decir que hay dos piedras o dos piezas de cristal sobre mi mesa? Tampoco, porque ocultaría la función de esos objetos, que no tienen las piedras en la naturaleza. Ni sería correcto decir que la descripción más ajustada es la de «pisapapeles» si no se utilizan para ese propósito. En términos generales, ¿podríamos afirmar que esos objetos solo se pueden describir acertadamente de una manera? Lo que son esos objetos, no se puede separar de su uso; la descripción ajustada depende de la familiaridad del observador con las costumbres y hábitos de una determinada cultura más que de sus propiedades materiales. Cualquiera que se haya visto en el incómodo trance de utilizar un bidé como orinal atestiguará estos «hechos».

En consecuencia, decir que la única descripción verdadera radica en el sustrato material resulta un poco absurdo. Si fuese cierto que siempre hemos de partir de los datos materiales, no percibiríamos una «escoba», sino que tendríamos que utilizar circunloquios del estilo de: «Veo un mango con un conjunto de cerdas y un alambre que las sujeta». Hay que subrayar que el significado es *el uso y no tanto la referencia*. Utilizamos un término porque le damos nombre a un objeto según su uso; no importa que el mango sea de madera o metálico, las cerdas sean de plástico o de fibras naturales, y el elemento que las sujeta un alambre o una cuerda.

Estas consideraciones adquieren mayor importancia cuando nos enfrentamos a conceptos polémicos como democracia o soberanía. Pero, ¿por qué resultan más polémicos que los desacuerdos que hemos visto en la clasificación de los planetas? La respuesta, lisa y llanamente, es que términos como democracia y soberanía no se refieren a objetos del mundo exterior. La democracia, el sistema internacional y la soberanía no andan por ahí como un perro negro, de modo que solo nos quepa preguntarnos si se trata de un labrador, un perro pastor u otro tipo de chucho. Aunque el uso de un nombre indica, erróneamente, una similitud con los objetos designados, la única referencia que podemos extraer es, tras pensarlo bien, *una asociación de prácticas y acciones*.

Sin embargo, como no distinguimos entre suceso y acción —el primero es resultado de ciertas fuerzas naturales como un terremoto o una tormenta—, nuestro vocabulario varía significativamente en ambos casos (Connolly 1983). En lo referente a las acciones, entran en juego el elogio o la

¹¹ Véase un debate más amplio en Searle 2001, sobre todo en los caps. 2-4.

culpa, la responsabilidad, el fracaso, los errores e incluso una variante de nuestro discurso en forma de rogativa especial, mientras que dichos aspectos no forman parte de nuestro vocabulario concerniente a los hechos. Y así, cuando describimos una acción diciendo que alguien ha abandonado a otra persona —en vez de decir simplemente que abrió la puerta y salió—, queremos resaltar el carácter especial del acto. Declarar lo que es obvio (que hay que abrir la puerta para salir), no tendría sentido.

Someternos ciegamente a la búsqueda de generalizaciones o limpiar nuestro lenguaje de todos los puntos de vista (cargados de valores) significaría perder lo que más nos interesa cuando interactuamos y valoramos acciones¹². Las generalizaciones nos protegen de las idiosincrasias y las construcciones *ad hoc*, pero no son un antídoto potente contra la irrelevancia de las descripciones y las valoraciones. El análisis de la ciencia social tradicional aconseja no caer en generalizaciones, sobre todo en un contexto comparativo, puesto que cuanto más generales son los conceptos, menos información ofrecen (Sartori 1970, pp. 1033-1035). En consecuencia, el mérito está en utilizar conceptos y teorías de alcance medio (véase Mair, cap. X, que llega a la misma conclusión partiendo de una postura diferente). Este procedimiento coincide con nuestra forma de elaborar conceptos. Como indica la *revolución cognitiva de la psicología social* (Lakoff 1987), razonamos a partir de un buen ejemplo paradigmático y progresamos mediante un razonamiento análogo (Davis 2005). Esta inevitabilidad nos lleva a conceptos bastante borrosos que no encajan bien en las taxonomías clásicas, lo cual plantea nuevos retos al análisis; pero dicha estrategia no provoca las nefastas consecuencias que habitualmente se asocian con los conceptos confusos¹³.

Volvamos al ejemplo de la soberanía que, como hemos dicho, no es una cosa, pero representa ciertas prácticas y acciones, o mejor aún *el derecho* a ciertas prácticas y acciones. Por tanto, la soberanía no se puede conceptualizar como una cantidad o postura homogénea, como cuando preguntamos ingenuamente dónde radica la soberanía después de transferirla a Bruselas. Se trata de la atribución de un estatus, de ciertos derechos instrumentales y obligaciones restrictivas que permiten a un actor hacer cosas que no podría hacer sin ellos. Solo los estados pueden nombrar embajadores y firmar tratados, solo las universidades pueden otorgar títulos, y las acciones realizadas en nombre de una corporación son muy distintas a las que hacen las mismas personas de forma no oficial. En resumen, los hechos no nos dicen gran cosa. Lo cual explica que se pueda atribuir soberanía a estados fallidos, cuyo ejercicio del poder público es polémico y donde ningún detentador del poder está en condiciones de arrogarse la supremacía (Jackson 1990), o a gobiernos en el exilio que ni siquiera sostienen una ficción de poder.

¹² Rorty también subraya mucho este punto (1994, cap. 3).

¹³ Sobre el particular resulta de especial interés la obra de Ragin. Véase Ragin 2000.

¿Noruega es más soberana que Francia porque esta pertenece a la UE y la primera no? ¿Suiza tiene menos soberanía que Italia porque no puede firmar alianzas libremente debido a que fue declarada neutral por las grandes potencias? ¿Luxemburgo ha sido alguna vez país soberano aunque no esté en condiciones de defender sus fronteras? Todas estas preguntas nos llevan a la confusión si asumimos que la soberanía es algo equivalente a una cosa susceptible de observación. E incluso en ese caso, la simple observación no basta pues debemos distinguir entre admisiones (la renuncia de mi derecho a excluir), violaciones (entrada ilegal) y fracasos a la hora de ejercer dicho derecho. Los problemas exigen *valoraciones*, no basta con simples observaciones.

Al sentido común también le choca semejante obsesión con las observaciones y las medidas. ¿Una nación que no tiene contacto con otras y no participa en ningún proyecto social es más soberana que otra profundamente inmersa en una red de relaciones y, por tanto, tiene la última palabra? Se trata del viejo problema de Robinson Crusoe, puesto que Robinson estaba prácticamente al margen de todas las interferencias. ¿O acaso para nosotros la libertad no se halla estrechamente asociada a ideas de opciones significativas, agencia, autonomía, respeto, prestigio y asociación (Berlin 2002, pp. 188-217)? En resumen, el significado de estos términos *no estriba en su capacidad de constatación*, sino en los vínculos que forjan con otros conceptos y en los límites que trazan. En consecuencia, solo se pueden entender a través de las normas que los constituyen, no a través de los hechos o fenómenos del mundo exterior. Un gol es un gol solo si entiendo el fútbol; y eso significa que no hay gol cada vez que el balón entra en la portería! Los fuera de juego, las faltas y los errores del árbitro (con capacidad para tomar tales decisiones) demuestran bien a las claras que no son las observaciones, sino los principios compartidos, lo que constituye los hechos relevantes.

Estos ejemplos suscitan una serie de problemas que se convierten en cuestiones de interpretación, como demuestra el caso del letrero «Prohibidos los perros en las escaleras mecánicas». Si llevo a mi perro *Ulises* en la escalera mecánica y el empleado me sanciona, ¿puedo alegar que la regla no es aplicable porque están prohibidos los perros en general y no un perro concreto? El empleado seguramente no se inmutará, pero al día siguiente encuentro un nuevo letrero: «Prohibido cualquier tipo de perro en las escaleras mecánicas». Por suerte, me acompaña mi pequeño puma *Mao*, lo cual me permite aducir de nuevo la irrelevancia de la norma. *Mao* no es un perro. El empleado, fuera de sí, me extiende una multa y me explica que la intención de la norma es evitar daños, citando casos de animales que se han pillado las garras en las ranuras de los escalones y se han espantado. Por último, el tercer día, veo otro letrero: «Prohibidos los animales en las escaleras mecánicas»; pero da la casualidad de que voy con mi boa constrictor *Sling-sling*, que perezosamente se enrosca sobre mis hombros. Es un animal, sí, pero no está en las escaleras mecánicas ni se le pueden aplicar los argumen-

tos del día anterior. Además, delante de mí hay una mujer con un periquito en una jaula, que pasa ante el inspector sin ningún problema.

Podríamos seguir con absurdos de ese estilo, pero son absurdos solo porque sabemos que el significado de una norma no es únicamente una cuestión de contenido descriptivo y que todos compartimos premisas subjetivas que nos dicen en qué consiste el asunto y cómo abordarlo. Las reglas son indispensables para la reproducción del sistema social, pero dicha reproducción no es automática ni da como resultado reproducciones idénticas o icónicas. Precisamente debido a la necesidad de interpretación, tenemos que adaptarnos a las nuevas circunstancias incluso antes de inventar una nueva regla. De ese modo, la estabilidad y el cambio se acomodan en el proceso reproductivo. Hay que precisar que el alcance de la norma no se refuerza a base de generalizaciones (ni se restringe por medio de simples mecanismos clasificadores), sino a base de analogías y excepciones, en las que la interacción entre hechos y reglas juega un papel fundamental. Una pistola, un cuchillo o un picahielos son armas para nuestra comprensión guiada por el sentido común, pero también entendemos que un lápiz (no todos los lápices) puede ser un arma con la que un alumno furioso ataque a un profesor, o que un refresco de soda arrojado a los ojos de un dependiente cuando abre la caja registradora puede ser utilizado como arma por una pandilla de adolescentes para robar. De igual modo, en una sociedad tradicional en la que la gente vive en cabañas con tejados de paja, la persona que enciende chispas podría provocar un incendio y ser acusada. En una sociedad industrial en la que las chispas de los coches, trenes, líneas de alta tensión y aviones abundan, el propietario que se empeñe en tener un tejado de paja sería el responsable, puesto que la utilización de materiales inflamables provoca incendios.

CUESTIONES DE EXPLICACIÓN

Los últimos comentarios nos introducen directamente en el problema de la explicación. Supuestamente todas las explicaciones científicas han de tener una forma concreta para ser consideradas como tales. En este caso el requisito más común es el sometimiento a una ley general o la identificación de un mecanismo causal. Mientras que el enfrentamiento entre los partidarios del modelo de sometimiento y los que prefieren los mecanismos causales (véase Héritier, cap. IV) rebate la idea de que todas las explicaciones científicas son del mismo género, discusiones recientes sobre las explicaciones constitutivas arrojan aún más dudas sobre el empeño en canonizar cierto tipo de explicaciones. Y así, cuando demuestro que un obsequio funciona como dinero, no estoy explicando en detalle una causa, sino mostrando cómo funciona en una sociedad y su relación con las prácticas de ahorro, compra y transmisión. En contra del positivismo lógico, para el cual todas las explicaciones científicas han de confirmar la equiva-

lencia lógica entre explicación y predicción, la teoría de la evolución en biología es explicativa, pero no puede predecir. Los cambios se producen por medio de variaciones aleatorias en los mecanismos de reproducción y selección, en los cuales especies que parecen inviables sobreviven gracias a la simbiosis o creando nichos.

Por último, pedimos explicaciones en una amplia serie de contextos, y resulta difícil decidir que solo una es la verdadera. Por ejemplo, el juez de instrucción y el fiscal de un proceso por asesinato elaboran relatos sobre lo que provocó la muerte de la víctima: el juez de instrucción se centra en las heridas infligidas por el arma asesina y el fiscal en los móviles del asesino y en las pruebas halladas en el escenario del crimen. Tal vez estemos dispuestos a admitir que existen diferentes tipos de explicación e incluso prefiramos reservar el término «explicación científica» para quienes utilizan leyes y causas eficientes, prescindiendo del requisito de la equivalencia lógica de la predicción y las explicaciones¹⁴. El problema de hacer tal cosa es que, no solo prescinde de la explicación constitutiva, sino que elimina cuestiones muy importantes que nos interesan (como la culpa o la responsabilidad). Este detalle demuestra, indirectamente, que la noción de causa debe ser más amplia.

Como hemos visto, las reglas y los derechos proporcionan motivos para actuar, pero no funcionan como causas eficientes. Esto nos lleva a afirmar que los factores materiales o intereses más evidentes se interpretan como explicación. Pero incluso los estructuralistas más categóricos dudan a veces de semejantes construcciones. Y así, Waltz habla de causas permisivas (1959, p. 233) y añade una categoría más a la dicotomía tradicional entre necesario y suficiente. Pero reconocer que la restricción a la causalidad eficiente no es viable apoya la estrategia aristotélica de considerar las causas como grupos de conceptos de diferentes tipos. De igual modo, Wendt (1999) intentó demostrar recientemente que había explicaciones de dos clases: unas explican lo posible (cómo es posible la acción X), las otras explican lo real (qué produjo X y no Y). Sale a relucir la antigua confrontación entre explicación/compreensión, adjudicando explicaciones culturales al análisis de lo posible cuando se necesita comprensión, mientras que lo real se reserva para modos de análisis tradicionales. Pero esto resulta demasiado simple. El problema vuelve a ser el de privilegiar las condiciones necesarias y suficientes y las causas eficientes para explicar las opciones reales. Pero, ¿lo que utilizamos habitualmente es una explicación finalista («con el objeto de»), que no es realmente explicación porque no tiene en cuenta causas eficientes? Naturalmente, este hecho tiene consecuencias en los estudios de caso y las explicaciones que se utilizan en el análisis profundo derivado de ellos (véase Vennesson, cap. XII).

¹⁴ Este fue el argumento esencial del «modelo de cobertura legal» de Popper y Hempel. Véase Popper 1965, sobre todo el cap. 3, y Hempel 1965.

En este contexto consideremos el caso siguiente. Cuando queremos saber qué provocó un incendio en un edificio, seguimos una serie de pasos que vinculan hechos naturales y acciones, con el resultado de que el hallazgo final se parece más a una narración que a un simple informe causal. Por ejemplo, el origen del fuego fue una cafetera eléctrica que no se había apagado. Sin embargo, el incendio no se habría producido si la ventana no estuviese abierta y el viento no hubiese movido la cortina que rozó la plancha caliente (puesto que yo no había dejado allí la cafetera, sino en el fregadero). Pero la cortina no habría provocado daños mayores si las llamas iniciales no hubiesen prendido en un montón de periódicos viejos que estaban sobre el armario y si hubiese funcionado el sistema de rociadores en vez de estar desactivado por culpa de un sensor defectuoso. En otras palabras, en lugar de presentar condiciones necesarias y suficientes, solo atinamos a acumular contingencias.

Como ha demostrado Mackie (1976), nos enfrentamos a menudo a situaciones en las cuales las explicaciones son de tipo INUS. La causa o causas identificadas son un elemento insuficiente pero no superfluo de un complejo que en sí es innecesario (*unnecessary*) pero suficiente para producir un resultado. Sin duda existen unas leyes causales que justifican la combustibilidad y los puntos de inflamación de determinados materiales, pero no tienen mucho que ver con la cuestión que nos interesa; aparte de eso, no ganaríamos nada si nos lanzásemos a buscar generalizaciones (¿explicar todos los incendios? ¿Solo aquellos en los que confluyen causas naturales y acciones? ¿O únicamente determinados incendios, como los provocados por aparatos eléctricos?) Merece la pena responder a estas preguntas si deseo establecer la probabilidad de incendios, diseñar productos mejores o crear sistemas redundantes que minimicen las posibilidades de incendio. Pero estos casos guardan escasa relación con las explicaciones de un hecho semejante, y tratan más bien de prevenir los riesgos identificados a base de examinar procesos reales o hipotéticos.

Quienes estudian casos históricos (véase Steinmo, cap. VII) y el seguimiento de procesos reconocerán dificultades similares a las que se enfrentan cuando explican un fenómeno complejo como el estallido de una guerra o la génesis de una crisis. Pongamos el ejemplo de la Primera Guerra Mundial. Tenemos que justificar la interacción de armas y de sistemas de transporte (recuérdese que el káiser Guillermo no podía rescindir la movilización ya que no tenía tropas suficientes en el frente oriental, lo cual ponía en peligro el Plan Schlieffen); errores de cálculo (¿por qué Gran Bretaña no permaneció neutral?), y contingencias como declarar la *Nibelungentreue* (lealtad incondicional) a Austria, dándole así vía libre. Para explicar un hecho así hay que entender las condiciones técnicas y sociales y las prácticas institucionales, como la guerra y la diplomacia o el papel de un determinado actor para moverse dentro de un sistema (Gran Bretaña como punto de equilibrio). En este caso no vale con mantenerse en el

plano de las descripciones causales plausibles o de las razones *prima facie*, sino que hemos de procurar reforzar la credibilidad de una pauta de explicación comparándola con otras por medio de contrafactuales y razonamientos analógicos para definir el asunto¹⁵.

Tenemos que comprender que hay mucho más que dos historias que contar, como indica la reciente polémica entre comprensión/explicación de Smith/Hollis y Wendt. Según Heikki Patomäki:

Podemos distinguir diferentes preguntas del tipo «¿Cómo es posible una acción X?» Si nos preocupa la identidad de X, necesitamos conocer las reglas constitutivas relevantes. Este análisis congela, por decirlo de algún modo, el mundo social en cuestión. Luego, nos trasladamos al mundo de la interacción... histórica y preguntamos: ¿Cuáles son las condiciones INUS que hicieron posible dicha acción? En este nivel analizamos complejos procesuales en sistemas abiertos, con lo cual no vamos a encontrar las condiciones necesarias generales de X. Lo que nos interesa, en realidad, es la constelación de condiciones que hicieron que X fuese *posible desde el punto de vista contingente*. Otras constelaciones también habrían hecho posible desde el punto de vista contingente. A continuación, podemos preguntar: ¿Qué hace que X sea más real que Y? Al plantear esta pregunta buscamos razones, justificaciones y cosas similares, organizadas en forma de discurso, así como las acciones interactivas de diferentes actores. Por último, planteamos una cuestión genealógica: ¿Cuál era la identidad de X y cuáles las reglas constitutivas relevantes producidas en el curso de la interacción histórica? (1996, p. 126).

Admitir la pluralidad de interpretaciones posibles nos libera de la errónea identificación de la explicación con una de sus formas. Y nos permite plantear preguntas interesantes en vez de eliminarlas del programa de investigación debido a una comprensión dudosa de la ciencia.

Una de las ironías del análisis social es que hemos intentado por todos los medios naturalizar nuestro tema de estudio, prestando poca atención a los elementos constitutivos del mundo social. Pero las acciones no son hechos, las razones no son causas (en el sentido de causas eficientes), los sistemas no son simples procesadores en los que los estímulos suscitan reacciones según la ley *actio est reactio*, los valores no funcionan como los deseos o las preferencias, el poder no es una simple función de cosas palpables, y el papel de las instituciones no es limitado ni se ciñe a restricciones. El mundo social lo hacemos nosotros y exige una *episteme* que se tome en serio las cuestiones de nuestra elaboración del mundo, sin impedir la investigación por una concepción dogmática de la ciencia o el método.

¹⁵ Sobre los contrafactuales véase Tetlock, Lebow y Parker 2006; véase también Tetlock y Belkin 1996.

CULTURA Y CIENCIA SOCIAL

Michael Keating

¿NECESITAMOS UN CONCEPTO DE CULTURA?

Las ciencias sociales se enfrentan a cuatro arduos problemas para comprender y explicar el comportamiento. El primero es cómo explicar tanto las continuidades como el cambio de las sociedades a lo largo del tiempo. El segundo descubrir la relación entre los cambios de micronivel y los cambios de macronivel, más amplios. El tercero, asociado al anterior, es explicar la relación entre las decisiones individuales y el comportamiento global de una sociedad en conjunto. El cuarto es la relación entre los hechos objetivos del mundo social y la interpretación que la gente hace de ellos. Varios capítulos del libro abordan estos temas. El individualismo metodológico se ocupa del individuo y pretende explicar el comportamiento colectivo como suma de las acciones individuales. El capítulo de Chwaszcza muestra cómo se puede hacer tal cosa a través de la teoría de los juegos y también las limitaciones de este tipo de explicación. Pizzorno ofrece un enfoque distinto, colocando al individuo dentro de la sociedad en una serie de entendimientos recíprocos. Kratochwil afirma que nuestra comprensión del mundo viene dada por el aparato conceptual que utilizamos.

Este capítulo pretende establecer el vínculo a través del concepto de cultura. Las explicaciones culturales de los fenómenos sociales funcionan a nivel colectivo, son fundamentalmente sociales y en muchos aspectos (aunque no en todos) representan un reto frente al individualismo metodológico. Asimismo, salvan las distancias con la explicación externa al referirse al mundo social y con las explicaciones de carácter interno, que se apoyan en la interpretación y las decisiones individuales. Si bien la cultura nos permite identificar y explicar las diferencias de comportamiento entre grupos —ya sean naciones, clases, géneros o

localidades—, es una idea muy difusa y escurridiza, que se presta a todo tipo de manipulaciones. Resulta tan difícil de utilizar que muchos sociólogos la han abandonado por irrelevante o por considerarla una excusa para no pensar demasiado. Este capítulo sostiene que la cultura puede contribuir a entender y explicar las instituciones y el comportamiento político y social, pero para ello hay que abordarla de un modo sofisticado. Existen muchas dificultades para hacerla operativa y medirla, pero no son insalvables.

En el siglo XIX era habitual atribuir las diferencias de comportamiento e instituciones políticas de los estados al «carácter nacional». Se trataba de actitudes muy arraigadas que persistieron durante mucho tiempo y explicaban la conducta tanto de los individuos como de los estados. Y así, los ingleses (confundidos a veces con los británicos) eran pragmáticos y tendían al cambio gradual, mientras que los franceses eran dogmáticos y proclives a la revolución. Los alemanes eran agresivos y dominantes, los italianos desorganizados, y los españoles orgullosos y tercos. Estos estereotipos han caído prácticamente en el olvido, tildados de poco científicos, exageradamente generales y desmesurados (véase, no obstante, en Galtung 1988, una divertida serie de estereotipos sobre los estilos académicos nacionales). En realidad, se trataba más bien de propaganda de intelectuales nacionalistas dispuestos a elogiar o condenar a su gusto, o de razonamientos para hechos que no se podían explicar de otro modo. El carácter retroactivo de la explicación se aprecia en el rápido cambio de los estereotipos durante el siglo XIX: los suizos pasaron de guerreros de las montañas a ciudadanos pacíficos y sensatos, y los alemanes, de intelectuales a guerreros agresivos. Si bien este tipo de caracterización es fácil de desmontar, se mantiene con asombrosa pertinacia en las obras de ciencias sociales.

La sociología clásica de Weber y (hasta cierto punto) de Durkheim utilizaba un concepto más sofisticado de cultura, en el que el reconocimiento de factores culturales no era incompatible con una ontología ampliamente positivista o con el rigor analítico. Pero la teoría de la modernización derivada de la sociología del siglo XIX subrayó una forma de acción instrumental racional, eliminando la cultura y otros aspectos «no racionales». La cultura sobrevivió como objeto de estudio en ciertas áreas de las ciencias sociales, especialmente la antropología (Geertz 1973). Sin embargo, la influencia de la antropología en las restantes ciencias sociales fue muy limitada hasta tiempos recientes por su tendencia a concentrarse en lo que se denominó «sociedades primitivas», lugares a los que no había llegado la modernidad, donde sobrevivían creencias anteriores a la época moderna, no instrumentales e irracionales. En esta lista tuvieron cabida ciertos lugares europeos, como el País Vasco, a los que los antropólogos prestaron una desmesurada atención. Los historiadores de la escuela francesa de *Annales* no invocaron de forma explícita la cultura, pero su obra

examinó las peculiaridades de las sociedades locales y su continuidad en el tiempo. Los geógrafos políticos franceses, como Emmanuel Todd (1990), han trazado continuidades de comportamientos entre regiones a lo largo de periodos extensos. Los estudios sobre la política italiana tras la Segunda Guerra Mundial subrayaron la persistencia de subculturas basadas en los polos católicos, comunistas y laicos, y su dominio en distintas partes del país (Parisi y Pasquino 1985).

En el ámbito de la ciencia política las explicaciones culturales se han perpetuado en las obras sobre cultura política, comenzando por los estudios de Almond y Verba (1965, 1980), que se basaban en la moderna investigación de conjunto de las actitudes de los individuos y las utilizaban para explicar hechos políticos y actividades institucionales. En concreto, como parte de las obras sobre «desarrollo político», su objetivo era identificar los requisitos previos de la democracia liberal mediante la medición de las actitudes de la población. Sus resultados y la metodología empleada suscitaron muchas críticas. Los estudios fueron calificados de etnocéntricos por considerar Estados Unidos la sociedad más avanzada y los valores estadounidenses como universales. Utilizaron una herramienta esencialmente individualista, el análisis de ciudadanos individuales, para extraer inferencias al nivel de la sociedad en su conjunto. Se fijaron en estados poco problemáticos y los convirtieron en unidades de análisis relevantes, examinando las actitudes de las categorías sociales dentro de ellos. En Estados Unidos investigadores como Ronald Inglehart (1988) continuaron con los estudios culturales, pero han recibido las mismas críticas que las obras anteriores (Seligson 2002).

Sin embargo, la ciencia política y social procuró eliminar durante la posguerra las explicaciones culturales en el marco de la «revolución conductista». Esta actitud partía de los principios universalistas sobre la conducta y las acciones humanas y buscaba una ciencia de la política y sociedad válida en cualquier lugar. En gran parte imitó los métodos y enfoques de las ciencias naturales, con sus leyes de validez universal. Había también un elemento normativo en el que las explicaciones culturales y los estereotipos asociados se presentaban como una forma de primordialismo e incluso de racismo, que apoyaba a los que afirmaban que los pueblos coloniales no podían equiparse con las herramientas del autogobierno liberal ni aspirar a los modelos de vida occidentales. Los progresistas sostenían, por el contrario, que las instituciones y los procesos son de aplicación universal y que la ingeniería social puede transformar las sociedades y llevarlas a la modernidad. Las convicciones de estos se reforzaron aún más cuando los conservadores se decantaron por la sociología funcionalista derivada de estudiosos como Talcott Parsons y subrayaron la necesidad de creencias y valores compartidos para mantener el orden social. Ciertos sectores de la izquierda incluso tildaron a Durkheim de «perro guardián de la burguesía» (Poggi 2000, p. 11). Los

políticos, sobre todo en Estados Unidos (Eatwell 1997)¹, se mostraron muy reacios a hablar de la relevancia de la religión, debido tal vez a sus inclinaciones seculares.

El objetivo de la ciencia social positivista dominante era explicar las cuestiones por medio de variables de aplicación universal, «eliminando los nombres propios» (Przeworski y Teune 1970). Las sociedades se diferenciaban porque las afectaban de distinto modo dichas variables universales, como la estructura industrial o los niveles de desarrollo, no por nada inherente a las propias sociedades. Las explicaciones culturales se descartaron, tachándolas de tautológicas, redundantes o de meras descripciones de diferencias que se podían explicar mejor desde un punto de vista científico. La elección racional y el individualismo metodológico, que impusieron su dominio en los años ochenta, dejaron aún menos espacio para la cultura y buscaron los vínculos entre lo individual y lo colectivo a través de la teoría de los juegos. El nuevo institucionalismo fue otra forma de vincular lo individual y lo colectivo, el pasado y el presente; pero al menos en sus manifestaciones iniciales se asentaba con firmeza en el individualismo metodológico, contando con instituciones que imponían restricciones y ofrecían incentivos a los actores individuales. Durante un tiempo, pareció como si todo lo que abarcaban las explicaciones culturales pudiera conseguirse por otros medios. Al igual que la metafísica anteriormente, la cultura debía ceder el paso al progreso científico.

EL REGRESO DE LA CULTURA

A partir de los años noventa se produjo un redescubrimiento de la cultura. En sociología se denominó el «giro culturalista», y en ciencia política se han utilizado otras etiquetas para no suscitar las críticas que recibieron las tendencias anteriores. Se ha cuestionado ampliamente el universalismo y todo el paradigma modernista con sus declaraciones sobre la convergencia de sociedades en un modelo único. También ha cambiado el estatus ético del universalismo y el particularismo. En la década de los sesenta se acusó de primordialistas y esencialistas a los que criticaban las teorías de la convergencia, achacándoles que devaluasen la capacidad de los pueblos no europeos para desarrollarse y alcanzar la modernidad. Ahora se sabe que esa visión de la modernidad era etnocéntrica y producto, no tanto de un verdadero universalismo como de la dominación de los valores culturales estadounidenses y europeos. Las primeras teorías fueron desmontadas, hasta cierto punto, cuando gran parte de la izquierda política hizo hincapié en la diversidad mientras grandes sectores de la

derecha insistían en el universalismo y la unidad. Este aspecto salió a relucir en la polémica sobre *El fin de la historia*, de Francis Fukuyama (1992), que proclamó explícitamente el triunfo universal del modelo del capitalismo liberal occidental como culminación de la propia historia. La teoría normativa mantiene un animado debate en torno a la idea de multiculturalismo y hasta dónde podría llegar la diversidad en una política democrática (véase Bauböck, cap. III). En los extremos esto se manifiesta en forma de análisis posmodernos en los que no hay relatos grandiosos ni progreso histórico, y a veces adquiere forma de relativismo moral, en el que todos los valores culturales son iguales. Coincide con los estudios culturales, debido a sus orígenes comunes en la literatura y al hincapié en lo subjetivo y en las posibilidades de las múltiples interpretaciones de la esfera social. No propongo seguir esta senda, pero la idea de que los sistemas de creencias colectivas influyen en la conducta ha vuelto a influir incluso en las manifestaciones más empíricas de la ciencia social.

La crítica del individualismo metodológico y la elección racional también ha contribuido al redescubrimiento de la cultura. Se ha calificado de tautología a la elección racional por suponer que la gente actúa por su propio interés individual. Si el interés se refiere solo al beneficio material, la afirmación es errónea; y si abarca todo lo que el individuo valora, la teoría se arriesga a caer en la tautología (véanse Chwaszcza, cap. VIII, y Pizzorno, cap. IX). Los enfoques culturales nos permiten ubicar a los individuos en el contexto social en el que se forman sus valores, aspiraciones y asociaciones y donde sus opciones adquieren significado. También nos ayudan a entender formas de actuar emocionales que no son fáciles de explicar con el calculador lenguaje de la elección racional. Si tenemos en cuenta las diversas fuentes de la conducta humana, la elección racional aparece a veces como un mero modo de actuar condicionado culturalmente. Esto deja al descubierto lo que subyace en el fondo de gran parte de las obras sobre la elección racional: solo hay que explicar la acción colectiva, puesto que, por defecto, la postura de los seres humanos es el individualismo. Ya algunos de los pensadores más profundos de la Ilustración (por ejemplo, Ferguson 1966) observaron que el individuo es un producto de la sociedad, que evolucionó con el tiempo desde formas esencialmente colectivas de acción a otras individuales, problema que también abordó Durkheim.

En las ciencias sociales se ha producido cierto rechazo a las explicaciones grandilocuentes y las teorías universales para dejar paso a estudios más contextualizados y comparaciones limitadas. Esto se debe al fracaso de la comparación a gran escala, que no suele aportar nada interesante o útil debido a la imposibilidad de controlar todas las variables. También influye el reconocimiento de que el contexto es importante y complejo y no se puede reducir a una serie de variables. En su versión más extrema las formas contextuales de análisis social y político pueden convertirse en

¹ A pesar de que Estados Unidos es la sociedad occidental menos secularizada.

un mero conjunto de estudios de caso individuales, con la conclusión de que todos son diferentes. Sin embargo, si se hace bien, la comparación de casos completos contribuye a una comprensión más general (véanse Della Porta, cap. XI, y Vennesson, cap. XII).

Los estudios anteriores sobre política cultural recibieron justas críticas por suponer que las diferencias culturales coincidían con las fronteras de los estados soberanos. Se trata de parte de un problema mayor en ciencias sociales: la primacía del «estado-nación» como unidad de análisis. En una época el marco estatal era tan poderoso que ni siquiera se reconocía, sino que actuaba como el contenedor invisible de los procesos sociales y políticos. La política comparativa era el estudio de estados diferentes y se centraba en sus distintas configuraciones institucionales. También en esta ocasión hay presunciones normativas, a veces ocultas y otras veces explícitas, como no tener en cuenta las naciones pequeñas o sin estado y declarar que los estados grandes representan los valores universales, como hicieron liberales del estilo de John Stuart Mill (1972) y, en tiempos más recientes, Ralf Dahrendorf (1995, 2000).

Los desafíos al Estado a través de presiones globales, de la movilización infraestatal y del progreso del mercado han obligado a los sociólogos a reconocerlo como una manifestación social parcial y constreñida que debe competir con otros marcos, como los regímenes transnacionales, las regiones infraestatales, los mercados y las comunidades étnicas o basadas en la identidad. Se trata de una forma históricamente contingente, cuyas fronteras, funciones y estatus cambian con el tiempo, y que no solo difunde valores universales, sino también normas culturales concretas, complementadas o a veces desafiadas por otras. La legitimidad del estado y su extensión a la sociedad civil no se pueden dar por sentadas, sino que exigen una justificación normativa explícita. Cuando el estado se desmitifica y se ve tan solo como un conjunto de instituciones entre otras, surge la cuestión de cómo funcionan las instituciones y por qué la gente las obedece.

El «nuevo institucionalismo» abarca una amplia gama de ideas y aplicaciones (March y Olsen 1984; Steinmo, Thelen y Longstreth 1992; Hall y Taylor 1996; Peters 2005; véase Steinmo, cap. VII). Existen al menos tres versiones. El institucionalismo de la elección racional defiende que las instituciones proporcionan los incentivos y elementos disuasorios a los que responden los actores racionales al decidir cómo satisfacer sus intereses. Por tanto, el individuo conoce sus deseos, pero las instituciones ofrecen los mecanismos y condicionan las opciones inmediatas para obtener dichos objetivos. El institucionalismo histórico explica la continuidad en el tiempo por medio de la «dependencia del camino», según la cual las decisiones que se toman en un determinado momento condicionan las que se toman a largo plazo. El institucionalismo sociológico describe cómo las instituciones en las que vive un individuo, a través de la sociali-

zación y el aprendizaje, conforman los valores y deseos del mismo². Y de ese modo, regresa a la cultura, aunque sus orígenes en la ciencia social conductista de posguerra y en la teoría de la organización hacen que sus defensores hayan heredado en gran medida la aversión a los enfoques culturales de su época y rehúyan del propio término «cultura».

El debate sobre el «capital social» nos remite también a la cultura, aunque evita el término. Este concepto surgió como otro intento de explicar la cooperación humana ante las limitaciones de la teoría de la elección racional y sus presunciones sobre el interés individual (Coleman 1988). La idea fundamental social es que las sociedades generan normas y prácticas de confianza y cooperación que, con el tiempo, se refuerzan por medio de sus resultados positivos. Se trata de una idea poderosa, pero que suscita enormes problemas de definición y operacionalización. El capital social se ha definido muchas veces no por lo que es, sino por lo que hace (Portes 2001), una forma de explicación teleológica que hace una interpretación retrospectiva, yendo de los efectos a las causas. Otros identifican el capital social con el asociacionismo y pretenden medirlo contando el número de asociaciones a las que pertenecen los individuos. Pero surge un problema, las asociaciones pueden ser partidarias de la cooperación social extensa o, por el contrario, mecanismos para interponer vetos, obtener beneficios turbios y dominar (Olson 1982; Portes 2001).

Hay que tener en cuenta la reciprocidad difusa, es decir, la voluntad de actuar sobre la base de que el beneficiario devolverá el favor a su debido tiempo, casi siempre a través de una cadena de individuos. También la norma de confianza o el acto de confiar en personas que no se conocen. Existe un amplio consenso en que, para abordar el problema de la teleología, debemos buscar los orígenes del capital social no donde hoy se manifiesta, sino también en otros ámbitos. Por ejemplo, las normas y costumbres surgidas durante una etapa de práctica religiosa pueden funcionar como medios de sostener la solidaridad social en la moderna sociedad del bienestar. Lo cual nos lleva, irremisiblemente, a la cultura y la creación, al sostenimiento y difusión de las normas a lo largo del tiempo.

Estas ideas han influido mucho en el estudio del comportamiento y el progreso económico, lo cual resulta sorprendente dado el dominio de las explicaciones individualistas y de la elección racional en la ciencia económica y en la mayoría de las interpretaciones del mercado. No obstante, hace mucho que se sabe que los mercados capitalistas no se basan solo en la competencia, sino en un equilibrio entre competencia y cooperación. La economía institucional supone un esfuerzo por alejarse del paradigma neoclásico y centrarse en la importancia de las instituciones a la hora de condicionar la toma de decisiones económicas. Se parece mucho al neo-

² Héritier (cap. IV) habla de «explicaciones institucionalistas basadas en normas sociales».

institucionalismo que posteriormente se impuso en la sociología y la ciencia política. Hubo una resistencia inicial a ver la cultura como explicación y una tendencia a adherirse a cierta forma de institucionalismo de elección racional. Sin embargo, la obra más reciente de Douglass North adopta un concepto más rico y con mayor fundamento normativo de las instituciones y no huye de la cultura, definida como «la transmisión intergeneracional de normas, valores e ideas» (2005, p. 50).

El propio capitalismo solo se explica en parte por el interés particular racional, puesto que depende de que los capitalistas acumulen una riqueza que exceda su propia capacidad de consumo. Weber y, posteriormente, Tawney buscaron una explicación trascendental en el papel del protestantismo, que potenció el deseo de signos de riqueza mundana y prescindió de las reglas católicas contra la actividad empresarial. La idea de que el catolicismo es un obstáculo para el crecimiento económico se abandonó hace tiempo, y obras recientes lo presentan incluso como promotor del desarrollo (Berthet y Pallard 1997), lo cual solo sirve para reforzar el límite entre las creencias religiosas surgidas para un propósito concreto y las cuestiones mundanas de riqueza terrenal, a través de la creación de creencias, normas y prácticas que nacen unas de otras. Existen obras nuevas sobre las variantes del capitalismo, que muestran que no solo hay una forma de ordenación del mercado capitalista, sino variantes. Se explican teniendo en cuenta los marcos institucionales y la dependencia histórica del camino, evitando el término «cultura»; pero las normas y los valores están presentes.

Las instituciones y el capital social están muy presentes en las nuevas obras sobre desarrollo económico local y regional (Bagnasco y Trigilia 1993; Storper 1997; Cooke y Morgan 1998; Scott 1998; Crouch, Le Gallès, Trigilia *et al.* 2001). Se basan en la idea de que el éxito y el fracaso relativo de regiones y localidades ya no se pueden explicar por las consecuencias de factores tradicionales, el acceso a las materias primas y a los mercados. En realidad, la construcción social de la localidad o región y la organización de las empresas, gobiernos y otras entidades sociales son las que explican su suerte. Esto se basa en un estudio anterior de Alfred Marshall sobre los barrios industriales de Gran Bretaña a fines del siglo XIX. Tras demostrar cómo las empresas de esos distritos conseguían explotar economías de aglomeración y especialización, Marshall observó que esos factores objetivos no lo eran todo y que había «algo en el ambiente». Desde los años setenta investigadores norteamericanos y europeos se han fijado de nuevo en los barrios industriales. Todos subrayan la importancia de los factores locales y de la construcción social de esos distritos, de la reciprocidad difusa y de la extensión de la confianza. Algunos, especialmente los autores estadounidenses, hacen hincapié en el papel de las instituciones y en los incentivos para crear sistemas de dependencia mutua, mientras que otros (sobre todo en Italia), recurren a la sociología de las

organizaciones, y muestran cómo se produce el aprendizaje mutuo y se superan las racionalidades individuales y colectivas. Se trata del enfoque de los «costes de transacción», basado en la teoría de la elección racional. Otros se fijan más en las normas, valores y tradiciones.

En un campo más polémico, algunos investigadores han intentado trascender el desarrollo económico situando el capital social como la base de un modelo completo de sociedad local. Putnam (1993) presenta una versión bastante simplificada de dicho argumento para explicar el éxito relativo de las regiones de Italia³. Introduce el extendido término «civismo» como amalgama que abarca el espíritu emprendedor en economía y la madurez democrática, y lo mide de diferentes formas. El libro está escrito en la lengua del nuevo institucionalismo, pero el resultado repite en gran medida la visión estereotipada de Italia que antes elaboró Banfield (1958). Según Amin (1999, p. 373), ciertas regiones presentan «un sector público eficaz en la provisión de servicios, autonomía cívica e iniciativa en todas las áreas de la vida social y económica, una cultura de la reciprocidad y la confianza que facilita la economía de las asociaciones, contención en los elevados costes de la ruptura social y los conflictos, y potencial de innovación económica y creatividad basadas en la estabilidad y la eficiencia social». Otros, más cautos, afirman que solo a nivel regional existe una nueva síntesis entre desarrollo económico y solidaridad social (Cooke y Morgan 1998; Keating, Loughlin y Deschouwer 2003).

Putnam y sus seguidores se arriesgan a caer en la misma trampa que la generación anterior de estudios sobre cultura política, aplicando el razonamiento desde lo individual a la conducta colectiva. Bajo la superficie quedan los argumentos normativos, puesto que la ideología del capital social o del civismo ofrece una alternativa a los mercados desenfrenados de los neoliberales y a las tradiciones estatales de la izquierda, sin caer en los ámbitos políticamente incorrectos de la cultura. Esto ejerce una gran atracción en los políticos de la tendencia conocida como «tercera vía». También representa un ejemplo de «doble hermenéutica» (véase Della Porta y Keating, cap. II), en la cual los actores políticos adoptan las ideas académicas que luego analizan a posteriori los investigadores.

De forma similar, los estudios sobre política han redescubierto normas y procesos de valores compartidos. Hubo un tiempo en que el proceso político fue estudiado como actividad orientada hacia un objetivo, casi siempre a través de etapas diferenciadas, que iban desde la definición del problema a la formulación de políticas y su puesta en práctica. Posteriormente, se impusieron los enfoques que se fijaban en los diferentes objetivos y estrategias de la multiplicidad de actores en diversas etapas, desde una perspectiva de elección racional basada en el interés individual. En

³ Véase un amplio conjunto de críticas en el número especial de *Politics and Society* 24 (1), 1996.

época más reciente se ha producido un resurgir de ideas, significados y asunciones compartidas que agrupan a la gente en comunidades políticas, «coaliciones de defensa» (Sabatier y Jenkins-Smith 1999) o «comunidades epistémicas». Estos autores rehúyen del término «cultura», pero utilizan la palabra casi en el mismo sentido que los antropólogos.

Otro ejemplo de cultura atañe al nacionalismo y la etnicidad. Después de la Segunda Guerra Mundial no abundaron las obras sobre nacionalismo, que se consideraba un legado del pasado afortunadamente superado. Se pensaba que incluso las sociedades poscoloniales utilizaban el término «nacionalismo» como forma de autogobierno anterior al progreso. El resurgir nacionalista en las sociedades industriales y la persistencia de divisiones étnicas en las sociedades poscoloniales a partir de los años setenta provocaron una nueva oleada de estudios. La mayoría de estos autores veían el nacionalismo, no como un vestigio de una era premoderna, sino como producto de la modernidad (Anderson 1983; Gellner 1991). Al rechazar los enfoques primordiales e insistir en la construcción de la nación, infravaloraban los factores culturales y destacaban el cambio económico y social. Su demostración de la modernidad como creadora de la idea de nación resultaba convincente, pero no acertaban a explicar por qué habían surgido naciones *concretas*. Los críticos sostuvieron que había cierto substrato de identidad en el que actuaba la modernización social de diferente forma. El concepto de etnicidad resurgió con fuerza en el contexto del resurgir de la política de la identidad. La investigación moderna ha demostrado que se trata de una idea maleable, pues las identidades étnicas se hacen, rehacen y negocian constantemente. No se pueden entender ni definir según criterios meramente objetivos, sino mediante referencias comunes y a la propia identidad. Esto nos aleja de las antiguas concepciones raciales de etnicidad y nos lleva a otras más culturales⁴.

No solo la etnicidad y el nacionalismo han adoptado un marco cultural. A principios de los años sesenta, E. P. Thompson rompió con la ortodoxia marxista en su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, en la que afirmaba que las clases sociales eran resultado de relaciones objetivas con los medios de producción. Para Thompson la clase obrera se formó en lugares concretos según unas tradiciones, prácticas y normas propias. En tiempos más recientes se ha discutido si el bajo rendimiento de ciertos grupos guarda relación con una cultura del fracaso o la «dependencia», transmitida durante generaciones. Los defensores señalan que dicha interpretación apunta a la necesidad de una intervención social más detallada y demuestra las limitaciones del mercado como mecanismo de inclusión social. Los críticos arguyen que se trata de una forma de «culpar a la víctima» y distraer la atención de problemas estructurales y políticas públicas.

⁴ Aunque los racistas han cambiado de bando y proclaman, con total falsedad, que no se oponen a otros grupos por lo que son, sino por su cultura.

Los estudios más recientes del factor cultural en las ciencias sociales pretenden evitar el reduccionismo y esencialismo del pasado, cuando los rasgos y hábitos conductistas estaban muy arraigados en determinadas sociedades, eran inmutables y se alejaban de la conducta racional. Para ello interpretan la cultura como un complejo de influencias que configuran las condiciones de la acción racional, explican las obras de las instituciones y sostienen las prácticas sociales a lo largo del tiempo, pero que son mudables y se amoldan a la acción humana. Existen varios componentes.

El primero es como medio de definir al grupo de referencia, bien sea una etnia, una clase social o un movimiento político o social. La identidad ha cobrado nueva importancia en la ciencia social, mientras que las antiguas categorías de sociedades modernas e industriales pierden peso. En su manifestación peor, se convierte en una forma de primordialismo o esencialismo, en la cual a los individuos se les atribuyen (es decir, no eligen) identidades que guían y explican la conducta. Los términos «cultura» e «identidad» se utilizan a menudo de modo confuso, a veces superponiéndolos, y a veces haciéndolos coincidir. En algunas obras se aprecia la tendencia a considerar la identidad una categoría superior, de forma que la etnia y el género condicionan la conducta igual que supuestamente lo hacía la clase social en el pasado. A veces las identidades aparecen basadas en factores objetivos como los ingresos y la riqueza (en las clases sociales), el sexo (en el género) o rasgos primigenios (en la etnicidad).

Las tendencias más sofisticadas consideran las identidades sociales y políticas como elaboraciones, hechos polémicos, susceptibles de cambiar, y ambivalentes. Los individuos pueden tener más de una identidad que se corresponde con diferentes papeles sociales —por ejemplo, como padre, miembro de un grupo nacional, miembro de una clase social—, pero las influencias perviven dentro de un único papel, como en el caso de las personas que tienen más de una identidad étnica. En este sentido la identidad viene dada por la socialización dentro de una cultura, que consiste en una complicada serie de códigos, entre ellos el conocimiento y las interpretaciones compartidas, que permiten a los miembros del grupo reforzar su identidad propia y reconocerse entre sí. Hay ciertas diferencias culturales más amplias que indican estilos de vida y valores sociales diferentes, pero no tienen por qué funcionar como marcadores de grupo. Sin embargo, surge un sentido de solidaridad de grupo y pertenencia al mismo, que soporta mecanismos de inclusión y exclusión. Los códigos y los signos sutiles son importantes en sociedades en las que, de otro modo, no se apreciarían las diferencias entre los miembros de los grupos y donde las diferencias en valores sustantivos resultan insignificantes. En Irlanda del Norte existe un complicado proceso denominado «pronóstico» durante el cual, en un primer encuentro, dos individuos pueden averiguar a qué co-

munidad pertenece el otro. Los acentos ofrecen, en muchos idiomas, información sobre los orígenes regionales y de clase y se utilizan para manifestar u ocultar afiliaciones de grupo.

Un segundo elemento de la cultura es su papel de marco para la interpretación y la construcción de visiones del mundo. La sociedad humana es muy complicada, y los individuos se enfrentan a numerosos estímulos y experiencias, que han de descifrar valiéndose de facultades cognitivas limitadas. Por tanto, necesitan seleccionar, asociar ideas e interpretar. Históricamente el empeño científico ha sido establecer un conjunto de significados e interpretaciones del mundo físico, y desde el siglo XIX la ciencia social positivista albergó ambiciones similares. Sin embargo, a diferencia de los objetos físicos, los seres humanos hacen sus propias interpretaciones de sí mismos, de su situación y de la de otros humanos, y los sociólogos a su vez deben traducir dichas interpretaciones. Un ejemplo claro son las creencias religiosas, que contienen sus propias cosmologías, incluyendo visiones de los mundos físico y espiritual que no se pueden reducir a cálculos instrumentales. A niveles individuales e interpersonales es necesario compartir el significado de símbolos y gestos, como pone de manifiesto Geertz (1973) con su ejemplo del guiño, que formalmente es una mera contracción física del párpado, pero está imbuido de un profundo significado según la cultura (véase Kratochwil, cap. V).

Un tercer elemento atañe al valor que se da a determinadas acciones y actitudes. En este caso los enfoques culturales complementan los de la elección racional (Lane y Ersson 2005). Si el análisis de la elección racional parte de la base de que las personas maximizan la función del beneficio propio, el análisis cultural permite explicar la utilidad de dicha función. La búsqueda de la riqueza puede ser un objetivo, pero pocos afirmarán que es el único motivo de la conducta humana, aparte de que la propia riqueza se puede valorar por motivos distintos. Para algunos, ofrece un elevado nivel de consumo personal y comodidades materiales; para otros, otorga prestigio social; otros la consideran un medio de poder. Ciertas culturas privilegian el honor, interpretado de diferentes formas. Hay normas sociales que valoran el individualismo, mientras que otras dan mayor estatus a la comunidad. A partir de los años ochenta los estudios del «posmaterialismo» muestran que muchos individuos de las sociedades ricas se decantan hacia cuestiones no materiales, como la calidad de vida, la libertad o la cultura (Inglehart 1990).

Ninguno de estos tres elementos nos presenta a sociedades homogéneas, monolíticas o inmutables a lo largo del tiempo. Las culturas societarias son criticadas a medida que las valoraciones de la conducta y los logros evolucionan, y esta misma característica contribuye a su articulación más explícita⁵. Las interpretaciones del mundo cambian y solo se

⁵ Un buen ejemplo lo ofrecen Giner, Flaquer, Busquet *et al.* (1996), quienes muestran que los elementos en conflicto dentro de la cultura catalana componen el conjunto.

comparten parcialmente. Las definiciones de pertenencia a un grupo resultan difusas en los límites, donde se realiza la labor cultural más interesante, y los propios grupos nacen y mueren. Los individuos suelen pertenecer a más de un entorno cultural y reciben señales múltiples, a veces contradictorias entre sí. Las comunidades culturales no son compartimentos estancos, sino que se superponen y se entrelazan en muchos puntos. Y así, una persona puede ser de religión católica, pertenecer a una subcultura política de izquierdas y vasco, hechos todos políticamente relevantes, pero que no apuntan en la misma dirección. Esta forma de controversia y debate es la que permite la evolución y el cambio, de modo que cada sociedad contiene en sí misma las semillas de su propia transformación.

Los enfoques culturales se fijan en los símbolos y su utilización. Se trata de ritos, banderas, nombres o canciones que indican la pertenencia a un grupo y la defensa de sus fronteras y significados implícitos. Resulta tentador calificar la política resultante como «mero» simbolismo, apego irracional a cosas sin valor intrínseco. Sin embargo, lo que importa no son los símbolos, sino lo que representan como resumen de interpretaciones compartidas, límites y valores de afiliación. En Estados Unidos, la bandera nacional tiene tanta importancia que el Congreso discute de vez en cuando la conveniencia de una enmienda constitucional que prohíba su profanación. Casi todas las naciones tienen lugares simbólicos que representan al pueblo entero. Muchos movimientos, entre ellos los sindicatos, las comunidades religiosas y los nacionalistas, acostumbran a desfilar, a conmemorar acontecimientos y reforzar la pertenencia al grupo a través de actividades compartidas que carecen de valor instrumental inmediato.

El mito juega un papel muy importante, aunque el término suele interpretarse mal. Los mitos son creencias cuyo efecto no depende de su veracidad o falsedad. Tienen una esencia real recubierta con capas de interpretaciones para crear una historia común del grupo, de su identidad y sus valores. Estas historias, su génesis y su transmisión, son en sí un importante tema de estudio. Las culturas también tienen historiografía propia y tradiciones que actúan, no como descripciones objetivas del pasado, sino como instrumentos legitimadores de la interpretación dominante, de la definición de grupo y de un conjunto de valores.

La cultura es esencialmente un concepto colectivo aplicable a los grupos sociales que consiste en significados e interpretaciones compartidas y nos permite trascender las explicaciones de los procesos sociales como mera suma de acciones individuales o, aún peor, como declaraciones sobre la psicología individual. Por otro lado, es erróneo verla como algo inherente a la colectividad, lo cual influye en el individuo y lo hace en una dirección concreta. Dicho enfoque es criticado, con razón, por los escépticos ante las explicaciones culturales como forma de cosificar la comunidad, darle identidad y volición propias, y convertir al individuo en el destinatario pasivo de la influencia de la comunidad. La cultura no es una

fuerza objetiva que empuja desde fuera o un fenómeno meramente subjetivo que existe solo en la imaginación del individuo, sino que se localiza en el ámbito intersubjetivo, el del intercambio social y la construcción de significados compartidos (Ross 1997). Asocia los niveles individuales y colectivos de conciencia y acción al socializar a los individuos a través de significados comunes, mientras que los individuos, a su vez, contribuyen a recomponerla. No es independiente de la conducta y la estructura social, sino parte de ella (Geertz 1973).

Es difícil saber hasta qué punto las culturas sociales y políticas pueden ser inventadas y manipuladas por las elites; solo la investigación empírica nos ofrece respuesta. Pero hay un cierto margen para la acción política. Por otro lado, en épocas y situaciones críticas un conjunto de líderes pueden imponer su propia interpretación del pasado y el presente y crear una nueva visión de la sociedad. Es lo que ocurre en tiempos de revoluciones, crisis o cambio social rápido, en los que la gente escucha de buena gana nuevas historias que expliquen sus aprietos. Por ejemplo, la Revolución francesa abrió el camino a nuevas doctrinas radicales, ya en germinación, que se hicieron con el escenario público y forjaron nuevos mitos y formas de identidad colectiva. En ese caso, la victoria de una nueva forma de pensar acerca del estado y la nación no se consiguió hasta después de otro siglo de luchas, lo cual a su vez contribuyó a cimentar la cultura y la tradición republicanas, que sigue impregnando poderosamente la imagen que los franceses tienen de sí mismos. Alemania y Japón, tras el trauma de la derrota total, abandonaron las imágenes nacionales militaristas para abrazar otras pacifistas. Otros países (en realidad, la mayoría) tienen más de una imagen nacional que los líderes invocan según las necesidades.

A veces se denominan tradiciones nacionales, lo cual implica una continuidad de creencias y prácticas a lo largo del tiempo. Hay dudas sobre la posible manipulación de este aspecto. Hobsbawm (1983) popularizó la idea de la «invención de la tradición» y de que las identidades nacionales (que considera esencialmente modernas) se refuerzan con ceremonias y ritos supuestamente antiguos pero, en realidad, recientes. La tesis es discutible, sobre todo cuando asume que, al contrario de lo que ocurre con las invenciones, podemos descubrir una realidad histórica objetiva. No obstante, el debate introdujo de nuevo en el estudio de la historia y otras ciencias sociales la cuestión de cómo se producen los símbolos culturales, su utilidad para sostener identidades y creencias, y su adaptación a circunstancias cambiantes. El estudio de la historia conlleva siempre selección e interpretación para presentar una narración analítica con significado. Es un aspecto poco atendido por las teorías de la dependencia del camino, en las que se parte de la base de que los sucesos del pasado son cognoscibles y conocidos y se presentan como elementos que han influido en el presente. Sin embargo, si tomamos en serio la interpretación histórica, tenemos que mirar, no solo al pasado y su influencia en el pre-

sente, sino también a la utilización y reinterpretación del pasado a la luz de las preocupaciones actuales. Por tanto adquiere importancia, no solo el estudio de la historia, sino también el de la historiografía y sus cambios a través del tiempo. En resumen, la cultura no es primordial ni producto de la manipulación, sino que está estrechamente asociada a la acción (Delanty 1999).

EL ESTUDIO DE LA CULTURA

Un motivo por el que tantos sociólogos evitan el concepto de cultura ha sido la dificultad de operacionalizarlo. Es difícil separar los factores culturales de otras influencias y suele imponerse la tendencia a explicar todo lo que se pueda por medio de otros factores, dejando la cultura como elemento residual que explica todo lo demás. Sin embargo, la cultura es lo que da significado a otros factores de la explicación social. Por ejemplo, el preciado bien del estatus social elevado se interpreta de forma muy distinta según las culturas, bien sea riqueza material, éxito educativo, títulos nobiliarios o tierras. La clase social es una variable fundamental en la conducta electoral de casi todas las sociedades, pero sus indicadores varían. Casi siempre se asocia a la riqueza material, pero abarca otros elementos según las sociedades, con rasgos como el acento, los modales, el linaje familiar, la propiedad de la tierra, la educación y el estatus profesional. La nación es susceptible de explotarse políticamente, pero el significado del nacionalismo difiere de unos casos a otros, y se asocia de muy diferente modo con la agresión, el racismo, la tolerancia, la democracia y la dictadura. Si no podemos separarla de otros factores, deberíamos al menos evitar el error contrario de considerarla una especie de cajón de sastre que pretende explicar todo y no consigue explicar nada. Esto no es motivo para abandonar el concepto, sino para manejarlo con más cuidado.

Otra dificultad estriba en la unidad de análisis. Si la cultura es un concepto esencialmente social o intersubjetivo, tenemos que identificar el grupo y a sus miembros. En el pasado se identificaban las culturas con los estados-nación. Pero eso solo es cosificar una unidad social, que en sí es producto del poder político, muchas veces rechazada por movimientos que defienden otras unidades de identidad y pertenencia, así como valores comunes relevantes. Los investigadores del pasado hicieron generalizaciones abusivas sobre el carácter nacional y sus incompatibilidades, pero ahora se hacen generalizaciones exageradas sobre los fenómenos globales. La más llamativa es la tesis de Samuel Huntington (1996) sobre el choque de civilizaciones, un nuevo conjunto de fronteras culturales que sustituyen a las antiguas divisiones de la política mundial. Huntington generaliza acerca de unidades con un contenido muy diverso y minimiza los puntos comunes en otras dimensiones de la cultura y la política. Se

trata de una manipulación. En su obra anterior Huntington incluye a México y América del Sur en el área cristiano-occidental, mientras que en la última (Huntington 2004) inventa una nueva frontera de civilizaciones entre Estados Unidos y América Latina⁶.

La unidad de análisis adecuada depende del objeto de la investigación; por ejemplo, si nos interesa la cultura de clase, tenemos que analizar las clases sociales. Pero la determinación de su alcance siempre resulta problemática, puesto que las culturas tienen fronteras discutibles o se confunden con otras. Un enfoque se centra en el núcleo, los individuos que se inscriben de forma más evidente en una cultura y que, supuestamente, poseen sus características al máximo. Otro atiende a los límites, en los que las normas culturales se articulan de forma más explícita en contraste con los vecinos. Por ejemplo, está demostrado que los líderes nacionalistas proceden muchas veces de las zonas marginales del grupo en cuestión o han experimentado periodos de exilio en otras culturas.

Existen varios métodos para explorar creencias, identidades y valores comunes. Dichos métodos dependen de 1) cómo conceptualicemos la cultura; 2) el vínculo macro-micro; y 3) si nos interesa más una ciencia social que explique o entienda (véase Della Porta y Keating, cap. II). El instrumento de investigación más inmediato es la encuesta, la cual 1) conceptualiza la cultura en creencias y actitudes, 2) la sitúa en el nivel individual, y 3) se basa en la lógica empírica de la causa y la explicación, con la cultura como variable independiente (Lane y Ersson 2005). A los individuos se les pregunta por su propia identidad, sus valores y su confianza en otros pueblos en general y otros grupos en particular. Es la base de la investigación de la cultura cívica mencionada anteriormente y de la obra de Inglehart (1998) sobre el posmaterialismo. Este tipo de encuestas han descubierto abundante información útil sobre valores y orientaciones y sobre su persistencia y cambio. Asimismo, resaltaron la importancia de las ideas y la socialización frente a los meros intereses a la hora de definir la acción social y política. Sin embargo, el principal problema de las encuestas es la dificultad de inferir desde un nivel de análisis a otro (Seligson 2002). Los elementos de las encuestas se dirigen a individuos, se sacan de su contexto social y se generalizan a toda la sociedad. Pero como hemos visto, la cultura es una categoría esencialmente intersubjetiva, que se ocupa de las relaciones entre individuos en situaciones concretas. Una cultura societaria es algo más que la suma de actitudes individuales ante determinados temas y se transmite y recrea a través de la interacción social en contextos específicos.

⁶ Existe una agenda normativa. El libro no es un mero relato de diferencias culturales, sino una defensa de la homogeneidad cultural dentro del estado: «Creo que Estados Unidos puede hacer tal cosa y que los estadounidenses deberían atenerse a la cultura, tradiciones y valores angloprotestantes» (Huntington 2004, VII).

No se trata de una sutileza técnica, puesto que obtenemos resultados diferentes si consideramos una cultura desde el micro nivel o desde el macro nivel. Por ejemplo, se ha demostrado que en Europa los valores políticos mostraron fuertes signos de convergencia (Chauvel 1995), pero las diferencias regionales y locales de conducta política aumentan cuando los partidos logran sintetizar las posturas políticas de distintas formas y reforzar las referencias culturales históricas y locales. Algunas encuestas se han propuesto demostrarlo comparando actitudes individuales con la perspectiva que los participantes tienen de su propio grupo cultural en conjunto. A nivel individual los catalanes se consideran tradicionales y familiares, pero cuando se les pregunta por la imagen que tienen de Cataluña, resaltan las cualidades públicamente tan difundidas del espíritu empresarial y el modernismo (Keating, Loughlin y Deschouwer 2003). Otros trabajos de investigación analizan las diferencias entre las actitudes individuales y los estereotipos basados en la visión de la propia comunidad o de otra en conjunto (Sangrador García 1996). La imagen colectiva de grupo no es una mera suma de actitudes individuales, sino que hay que verla también desde el macronivel.

Un segundo enfoque es el etnológico, en el cual el investigador se sumerge en la sociedad para comprender el significado que los propios actores dan a su comportamiento (véase Bray, cap. XV). Este enfoque, asociado a la antropología, se utiliza cada vez más para estudiar las estructuras sociales y políticas modernas. Se basa en la idea de que la cultura 1) ha de definirse como identidad, interpretación y valores desde una perspectiva amplia (véanse páginas anteriores); 2) es intersubjetiva (tanto la individual como la colectiva); y 3) está abierta a interpretaciones más que al servicio de la interpretación causal. El estudio de Abélès (1989) sobre la política en la región de Borgoña no comenzó por las instituciones estatales o del gobierno local, sino por la conducta y la lógica de los individuos. Sus hallazgos confirmaron gran parte de los estudios de ciencia política sobre las redes de poder central-local en Francia y, además, arrojaron nueva luz sobre el concepto de *notoriété*, una forma de estatus social y político que los individuos construyen y utilizan para acumular influencia en diferentes ámbitos.

Esta exploración de la cultura nos permite verla como una serie de puntos de referencia que el actor utiliza para construir sistemas de acción o políticas. No significa esto que los actores se limiten simplemente a inventar nuevas referencias culturales o adaptar cualquier referencia a un propósito concreto, sino que los símbolos, recuerdos y normas compartidas se pueden organizar según diferentes objetivos. Esto nos ofrece una nueva visión del problema planteado por los estudios sobre la cultura y el desarrollo, desde Almond y Verba a Putnam, que extrae razonamientos directamente desde la cultura (variable independiente) al desarrollo (variable dependiente). Además, al introducir los actores y la iniciativa evita

el fatalismo de presuponer que las sociedades con una cultura «errónea» están condenadas al fracaso. El estudio del desarrollo y el cambio en las sociedades locales y nacionales proporciona muchos ejemplos. En lugares que van mal, los actores suelen recurrir a estereotipos culturales como el tradicionalismo, el colectivismo, la falta de espíritu empresarial o la tendencia a conductas colusorias de ciertos grupos sociales. Las sociedades prósperas tienen sus propias historias autocomplacientes sobre la identidad común, la cohesión cultural, el capital social y la cooperación (Keating, Loughlin y Deschouwer 2003). Lo sorprendente es que los componentes de esas historias son casi siempre los mismos, con una interpretación positiva o negativa. Desde los años noventa, Irlanda ha logrado transformar su imagen y su economía, de modo que la música tradicional e incluso los *pubs* irlandeses han pasado de ser símbolos de atraso pintoresco a convertirse en el último grito de lo cosmopolita y lo posmoderno. Naturalmente, hay puntos de verdad en ambas descripciones, pero una se impuso en el dominio público y estableció una imagen común sobre la sociedad. El legado y las implicaciones del cristianismo y el islam chocan con la política moderna, y dentro de ella con múltiples corrientes, cada una de las cuales tiene sus propias referencias. Pero los conservadores y los modernizadores buscan materia y justificación en la tradición. El nacionalismo ha demostrado ser una fuerza más resistente de lo que muchos progresistas creían, no porque los pueblos tengan identidades nacionales inherentes, sino porque proporciona un potente conjunto de símbolos para redefinir y cerrar las comunidades políticas cuando los profesionales de la política así lo desean y las condiciones son propicias.

Esto pone de manifiesto la necesidad de una investigación y un conocimiento profundos de la cultura para ver cómo nacen y se reproducen esas historias. De ese modo, pasamos de una mera descripción de creencias a una explicación de la lógica de la acción colectiva e individual en la sociedad o ámbito político en cuestión, cuando no a la estricta lógica causal que exige la ciencia social positivista. Los enfoques más prometedores son las comparaciones de casos, en las que las construcciones de significado y la creación de un sistema de creencias se comparan para buscar pautas de similitud y diferencia.

COMBINACIÓN DE LOS ENFOQUES CULTURALES CON OTROS

La cultura no es una teoría dominante, una explicación suprema de la conducta social y política. En su sentido más estricto surgió como variable independiente que dicta los resultados. En el sentido más amplio es un medio, una vía de comunicación y un vínculo con otros factores. Por ello se puede combinar con el análisis institucional; la versión sociológica del nuevo institucionalismo, como indicamos antes, se aproxima mucho a la

explicación cultural. No es incompatible con formas de elección racional, en las que la cultura se utiliza para explicar cómo se forman las preferencias y motivaciones de los pueblos en primera instancia⁷. Se ha dicho que las explicaciones culturales y de elección racional son compatibles a un nivel más profundo, puesto que las normas culturales se pueden considerar respuestas históricamente aprendidas a problemas de acción colectiva (Kiser y Bauldry 2005). El concepto de tradición entra también en las explicaciones históricas (y complementa el institucionalismo histórico) al mostrar cómo se transmitieron, adaptaron y reinventaron las creencias a lo largo del tiempo. Volviendo a Weber, podemos estudiar la relación de los valores culturales con las estructuras institucionales y su reforzamiento mutuo sin que ninguno de ellos resulte determinante (Lichbach 1997). A través de la triangulación y de la combinación de métodos diferentes se obtiene una visión más profunda de la complejidad de la cultura (Ross 1997). Las encuestas nos dan mucha información sobre las actitudes populares, pero hace falta trabajo etnográfico para entender su significado. Por tanto, oponer la importancia de las instituciones a la cultura en la formación del comportamiento social recuerda el debate entre la naturaleza (influencias genéticas) y la crianza (ambiente) para explicar el comportamiento de los individuos. Los investigadores, en un principio radicalmente divididos entre esas perspectivas rivales, se decantan ahora por creer que no se trata de variables independientes y discretas, sino que están en constante interacción.

⁷ Siempre que no supongamos que los motivos solo importan si se adaptan a una lógica causal válida (Ross 1997). Decir que la gente hace sacrificios a los dioses para que el tiempo mejore puede ser un motivo convincente, pero no sirve como parte de una cadena completa de explicación causal.

INSTITUCIONALISMO HISTÓRICO*

Sven Steinmo

El institucionalismo histórico no es una teoría concreta ni un método específico. Se trata más bien de un *enfoque* para estudiar la política y el cambio social. Este enfoque se diferencia de otros de las ciencias sociales en el interés que presta a cuestiones empíricas del mundo real, en su orientación histórica y en su atención a la estructura de las instituciones y a su influencia en la conducta y sus consecuencias. Aunque el término «institucionalismo histórico» no se acuñó hasta principios de los años noventa¹, el enfoque no es nuevo. Gran parte de los estudios políticos más interesantes e influyentes –desde la obra clásica de Karl Polanyi *La gran transformación* a *Los estados y las revoluciones sociales* de Theda Skocpol y *¿Continúa el siglo del corporativismo?* de Philippe Schmitter– serían calificados de institucionalistas históricos si se escribiesen hoy².

* Este capítulo surgió de una serie de conversaciones con Ellen Immergut y Bo Rothstein. Sus aportaciones enriquecen el texto, pero los errores son solo míos. También me gustaría dar las gracias a John Campbell, Carl Dahlstrom, Peter Mair, Mark Thatcher y Kathleen Thelen por sus inteligentes y útiles comentarios del primer borrador.

¹ El término surgió en un pequeño seminario celebrado en Boulder, Colorado, en enero de 1989. Entre los participantes estaban Douglas Ashford, Colleen Dunlavy, Peter Hall, Ellen Immergut, Peter Katzenstein, Desmond King, Frank Longstreth, Jonas Pontusson, Bo Rothstein, Theda Skocpol, Sven Steinmo, Kathleen Thelen, George Tsebilis y Margaret Weir. Fruto del seminario fue el libro *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Politics* (Steinmo, Thelen y Longstreth 1992).

² Otros ejemplos de análisis de la ciencia social escritos antes de que el término se impusiese, pero que pueden definirse como «institucionalistas históricos» son: Wilson (1891), Polanyi (1944), Selznick (1949), Truman (1951), Rustow (1955), Eckstein (1960), McConnell (1966), Polsby (1968), Eisenstadt y Rokkan (1973), Schmitter (1974), Tilly y Ardant (1975), Zysman (1977), Katzenstein (1978), Dodd y Richard (1979), Skocpol (1979), Huntington (1982), Rothstein (1982), Skowronek (1982), Esping-Anderson y Korpi (1983), Skocpol y Ikenberry (1983), Katznelson y Weir (1985), Gourevitch (1986), Skocpol y Amenta (1986) y Rokkan *et al.* (1988).

La mejor forma de explicar el institucionalismo histórico (IH) es situarlo en un contexto histórico y comparativo, mostrando de dónde sale dicho enfoque y en qué se diferencia de los demás de las ciencias sociales. En resumen, a continuación se ofrece un análisis del IH. El capítulo finaliza con un estudio sobre la influencia de este enfoque en nuestra comprensión de la ciencia política y social como «ciencia».

ORÍGENES

La teoría institucional es tan antigua como el estudio de la política. Desde Platón y Aristóteles a Locke, Hobbes y James Madison, hace mucho tiempo que se entendió la importancia de las instituciones políticas para estructurar el comportamiento político. *La República* de Platón es una comparación de diferentes formas de gobierno en la que Platón trata de vislumbrar el papel de las instituciones en la definición de la conducta política. *La Política* de Aristóteles estudia las instituciones políticas; Aristóteles examinó las estructuras institucionales porque creía que condicionaban los incentivos políticos y los valores normativos. Los fundadores de la república americana, aunque casi nunca se citan como los teóricos políticos que realmente fueron, se interesaron por las mismas cuestiones. La «ciencia de la política» de Madison es un estudio sobre el modo en que diferentes organizaciones institucionales impulsan y/o anulan distintos tipos de acción política.

Cuando surgieron las ciencias sociales como disciplina académica moderna a finales del siglo XIX y principios del XX, las tradiciones clásicas tuvieron gran impacto (Almond 1996). Tanto en Europa como en Estados Unidos a los estudiosos de la política les interesaba de forma especial la relación entre el diseño constitucional y el comportamiento político (e incluso moral). Hasta el punto de que gran parte de la ciencia política inicial se ocupaba del diseño perfecto de las constituciones. Era una época de muchísima agitación política y social, en la que a veces se invitaba a los investigadores a diseñar instituciones destinadas a construir sociedades mejores. Tal vez el caso más famoso (y el mayor desastre) sea la Alemania de Weimar. Tras la derrota del káiser, los arquitectos constitucionales diseñaron lo que según ellos sería la democracia más perfecta del mundo. La oportunidad histórica proporcionó una ocasión única de aplicar la «ciencia política» al mundo real. Se creía que la nueva República alemana sería un modelo de democracia que no tardarían en imitar otros países. Por desgracia, las cosas no salieron bien.

El fracaso de la democracia de Weimar provocó un creciente alejamiento del análisis institucional. Ese desapego condujo al escepticismo, cuando no a la hostilidad, de los años de posguerra. Antes de la guerra se podía concebir una democracia construida con instituciones adecuadas,

pero después de mediados del siglo XX la idea se hizo insostenible. Cuando los grandes imperios europeos se derrumbaron, intentaron dejar tras de sí lo que consideraban buenas prácticas e instituciones en sus antiguas colonias. Por desgracia, las instituciones democráticas tan bien diseñadas cayeron en la dictadura, la autocracia o el caos en el mundo en vías de desarrollo. Fuesen cuales fuesen las instituciones diseñadas, no lograron producir las conductas políticas necesarias para que funcionasen sociedades democráticas³.

Los sociólogos acabaron por creer que las instituciones eran meros vehículos en los que se producía la política y lo importante era lo que ocupaba esos vehículos. Partiendo de esto, tanto los departamentos de ciencia política como los de sociología se movieron en dos direcciones distintas. Por un lado, muchos afirmaron que para ser científica, la ciencia social tenía que ser más teórica. Otros sostenían que el estudio de la política y la sociedad debía descomponerse en variables constitutivas y susceptibles de ser medidas, examinadas y analizadas de forma independiente. En el proceso, las instituciones desaparecían del análisis.

Es importante reseñar que la sociología se estaba desarrollando dentro de un contexto político y social más amplio. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, las ciencias físicas progresaron rápidamente, y en las ciencias sociales había mucha «envidia de la física»⁴. Para que la tomasen en serio, la ciencia social se empeñó en convertirse en una ciencia «real». Se creía que la ciencia *real* debía seguir *el* método científico. Si la ciencia social quería ser una ciencia, sostenían los reformadores, tenía que construir teorías predictivas refutables y comprobables. Mark Blyth cita a Karl Lowenstein, que en 1944 escribió en la *American Social Science Review*: «Para superar errores pasados la política comparativa debería convertirse en “un instrumento consciente de la ingeniería social” porque la disciplina tiene (tenía) una misión que cumplir transmitiendo nuestra experiencia a otras naciones... e integrando científicamente sus instituciones en un modelo de gobierno universal» (citado en Blyth 2006, p. 493).

Al fin y al cabo, los problemas de la pobreza, la desigualdad, la injusticia, la guerra y el subdesarrollo son tan importantes como los temas que estudian los científicos «de verdad». Lo que hacen los científicos, con total candidez, es analizar su parte del mundo físico, formular hipótesis sobre el funcionamiento de ciertos elementos, y comprobarlas por medio de experimentos repetidos. Según esta visión de la ciencia «real», los científicos siguen una metodología con la que diseccionan un fenómeno complejo en las partes integrantes y las analizan por separado y de forma independiente. El objetivo es analizar y entender las unidades y procesos

³ Véase un análisis similar en Blyth (2006).

⁴ En los años que siguieron a la posguerra, muchos departamentos de gobierno y/o política cambiaron su nombre por el de «ciencia política».

más elementales y descubrir las leyes que los gobiernan. El principio cartesiano fundamental sostiene que el mundo —y todo lo que en él habita— se rige por leyes elementales. Si acertamos a comprender esas leyes, comprenderemos y, por tanto, controlaremos el mundo en que vivimos. Este paradigma de la ciencia llevó desde la primera observación de Newton ante una manzana caída a la comprensión más básica de la fuerza de la gravedad, a una comprensión más general de las vueltas que la Tierra da alrededor del Sol, y por último a la capacidad para enviar naves al espacio exterior y caminar por la Luna.

La vanguardia de la ciencia social, en su empeño por ser más científica (sobre todo en Estados Unidos, con la perspectiva de financiación de instituciones como la National Science Foundation), se alejó del análisis histórico y de la «descripción densa». En primer lugar, había muchas presiones para ser más rigurosos y cuantitativos. Imperaba la idea de que gran parte de las obras anteriores habían sido meramente históricas y descriptivas. La historia era interesante, sí, pero no se prestaba a proposiciones fácilmente refutables y comprobables. No era ciencia⁵. Los «conductistas» opinaban que la ciencia social debía apartarse de lo particular y considerar los casos como conjuntos de valores dentro de variables. Por otro lado, la ciencia social tenía que limitarse a factores susceptibles de ser medidos, contados y, a continuación, comparados y analizados. Según esto, debía estudiar las *conductas* medibles (como la posición social o económica, las actitudes o los votos) y no las *instituciones* que, casi por definición, son únicas. Los conductistas coincidían en que la ciencia social estaba en pañales. Los modelos era burdos, los métodos rudimentarios y los datos patéticamente incompletos; pero lo mismo había ocurrido en la física y en la química.

Los nuevos sociólogos afirmaban que el mundo humano se rige por leyes de conducta y acción, igual que el mundo físico. Por tanto, el trabajo del sociólogo es descubrir esas leyes básicas para predecir, organizar y dirigir positivamente el mundo en que vivimos. Preguntas como: «¿Por qué algunos países o pueblos disfrutan de altos niveles de democracia, crecimiento y desarrollo, mientras otros están sumidos en círculos viciosos de pobreza, dictadura y violencia?», son ambiciosas y complejas. Y pensaron: «Si deconstruimos los procesos y mecanismos de la política, como los químicos deconstruyen los complejos fenómenos que hay tras una enfermedad, un día lograremos hacer un mundo mejor».

Y así, los conductistas consideraban su papel en el proceso científico similar al de los químicos. Para entender el amplio mundo que nos rodea, primero tenemos que descomponerlo en las partes que lo constituyen y descifrarlas una a una, de forma independiente. Es como si creyesen que se podía elaborar una «tabla periódica de la política».

⁵ Las obras históricas descriptivas hasta ese momento se centraban en explicar el carácter excepcional de una época histórica, país, región o revolución concretos.

Para los grandes teóricos —marxistas, funcionalistas estructurales, teóricos de los sistemas, teóricos de la modernización o de la elección racional— la clave era comprender los procesos y mecanismos básicos que movían la política en las diferentes naciones y culturas y a lo largo de la historia. Todos los países se han enfrentado a los mismos problemas básicos y perennes (Parsons y Smelser 1956); el científico debe centrarse en esas grandes fuerzas, y no en los detalles y las instituciones. Las instituciones eran soluciones funcionales a los problemas sociales o simples campos de batalla en los que se libraron las luchas políticas. En cualquier caso, la construcción de dichos campos de batalla como tales no se consideró una variable importante a la hora de decidir el resultado de la lucha (March y Olsen 1989; Steinmo, Thelen y Longstreth 1992).

Es ilustrativo ver a los grandes teóricos como «físicos» de la política. Su principal objetivo no era práctico; y sin embargo, albergaban grandes ambiciones puesto que orientaron su esfuerzo a la búsqueda del Santo Grial de la ciencia política: las Leyes de la Política⁶. Por ejemplo, Adam Przeworski y Henry Teune en su influyente libro *The Logic of Comparative Social Inquiry* dicen: «La premisa esencial de este análisis es que la investigación en ciencias sociales [...] debe y puede llevar a principios generales sobre los fenómenos sociales. De ello se deduce que la conducta humana se puede explicar en términos de leyes generales establecidas mediante observación» (Przeworski y Teune 1970, p. 4). Mientras que los conductistas buscaban la tabla periódica de la política, los grandes teóricos ambicionaban una «Teoría del Todo».

EL ESTUDIO DEL MUNDO REAL

En los años sesenta y setenta las vanguardias de la ciencia social se movieron en direcciones muy distintas: por un lado, los microanálisis de la conducta política carentes de teoría; y por otro, la macroteorización (declaradamente no empírica) del marxismo, el funcionalismo, las teorías de los sistemas y de la elección racional. Aunque la obra de los grandes teóricos y sus hermanos conductistas no coincidía, en muchos departamentos de ciencia social se produjo una alianza política. El hecho fue más evidente en las universidades públicas de Estados Unidos, en las cuales importantes cuotas de financiación institucional procedían de organizaciones de fomento científico⁷. Los niveles de financiación gubernamental

⁶ Véase una fascinante y sesuda exposición de esta perspectiva en Wallerstein (2001).

⁷ Los rectores y los jefes de departamento entendieron que los fondos del Institutional Cost Recovery (ICR) serían de gran importancia para los presupuestos de universidades y departamentos. Y así, instituciones como la National Science Foundation (basada en normas de las ciencias puras) contribuyeron al cambio.

para investigación científica en las universidades eran bastante bajos en la mayoría de los países europeos, y por ello hubo menos presión para adoptar las normas y prácticas de las ciencias puras con el fin de conseguir fondos para programas de ciencia social. La movilidad entre países e incluso entre universidades dentro de un mismo país era mucho menor en Europa que en Estados Unidos. En consecuencia, las nuevas nociones de la ciencia calaban lentamente, puesto que los catedráticos de ciencia política y sociología tenían escasos incentivos para irrumpir en el campo de las ciencias puras.

Sin embargo, muchos politólogos se interesaron por estudiar la política y la historia. Incluso se ha llegado a decir que el institucionalismo histórico evoca un tipo de ciencia social que se impuso hace cincuenta años. Para algunos sectores eso equivale a un insulto (el IH está pasado de moda), para otros indica el reconocimiento de que muchos clásicos de la ciencia política y la sociología practicaban un tipo de investigación científica que resultaría familiar para los institucionalistas históricos actuales. Max Weber, Stein Rokkan, David Truman, Karl Polanyi, Alexander Gershenkron, E. E. Schattschneider o Hugh Hecllo entrarían en la categoría del investigadores del IH si escribiesen en la actualidad, porque les interesaba ante todo explicar los hechos del mundo real, utilizando la historia como herramienta analítica, y también les interesaba sobremanera la forma en que las instituciones condicionaban los acontecimientos políticos.

Sin negar el objetivo de la ciencia social *como* ciencia, muchos optaron por el análisis de *mesonivel* y la teoría de alcance medio (véase Mair, cap. X). Numerosos politólogos, decepcionados con las teorías grandiosas y aburridos o sencillamente hartos del enfoque técnico del conductismo, se interesaron más por los *resultados* en el mundo real. Y así nació el institucionalismo histórico. Algunos creían que los politólogos debían explicar hechos importantes del mundo real. Cuando empezaron a formular preguntas como: «¿Por qué los hechos del mundo real varían tanto?», las instituciones fomentaron esos análisis. Es conocido el caso de Theda Skocpol, empeñada en explicar los orígenes y pautas de las grandes revoluciones (Skocpol 1979). Pero en vez de *asumir* que la estructura de clases o el poder de las elites explicaban las diferentes pautas, se tomó el gran trabajo de examinar las revoluciones y situarlas en sus contextos históricos y comparativos. Skocpol descubrió que la estructura de las instituciones estatales del periodo prerrevolucionario tuvo enormes consecuencias en las revoluciones. A toro pasado resulta obvio, pero en su momento fue una verdadera revelación para muchos sociólogos (sobre todo estadounidenses) descubrir la importancia del Estado⁸.

⁸ Hay que destacar que este hecho resulta obvio para la mayoría de los europeos y, por tanto, no constituye ninguna revelación.

Skocpol no fue la única politóloga empeñada en explicar hechos importantes del mundo real; pero sin duda, sus ideas influyeron mucho en la generación de jóvenes investigadores que la sucedió. A finales de los años setenta y principios de los ochenta se produjo un movimiento concomitante en la investigación de la política comparativa, y los estudiosos empezaron a comparar casos del mundo real en vez de «variables» (Della Porta, cap. XI, y Vennesson, cap. XII).

Con ojos de ahora se nos hace raro, pero en esa época la política comparativa consistía esencialmente en detallados estudios de países, sindicatos, movimientos o partidos políticos concretos. Quienes estudiaban un país distinto al suyo eran considerados comparatistas.

Una de las obras más importantes de este campo fue *Between Power and Plenty* (1978), de Peter Katzenstein. El libro surgió de un proyecto en el que se pidió a un grupo de investigadores que analizaran cómo y por qué distintos países respondían a los trastornos y dificultades económicas provocadas por la subida del precio del petróleo a principios de los años setenta. La importancia del libro se debió, precisamente, a que ofrecía comparaciones muy minuciosas y centradas (realizadas por expertos de cada país). También en esta ocasión la estructura de las instituciones estatales resultó determinante en los análisis de casi todos los investigadores.

INSTITUCIONALISMO HISTÓRICO

No todos los politólogos o sociólogos que utilizan métodos históricos y estudian casos son *institucionalistas*. Los institucionalistas son investigadores que prestan especial atención al papel que juegan las instituciones en la estructura de la conducta. ¿Qué son las instituciones? La definición más extendida de instituciones es: normas. Dentro de esta tradición algunos se fijan en las reglas y organizaciones formales (Streeck y Thelen 2005), mientras que otros prefieren las reglas y normas informales (Hall 1989, Marcussen 2000). Bien sean instituciones formales o reglas y normas informales, resultan importantes en política porque condicionan a quienes toman una determinada decisión y, simultáneamente, su conducta estratégica.

Hay ejemplos muy ilustrativos. El análisis que Ellen Immergut hizo de la política de asistencia sanitaria planteaba una pregunta muy clara: ¿Por qué algunos países tienen sistemas de asistencia sanitaria de alcance nacional mientras que otros se decantan por pólizas de seguros descentralizadas y fragmentadas? Tras analizar la historia política de varios países europeos, Immergut observó que la estructura de las instituciones políticas de cada país presentaba puntos de veto⁹ de diferentes grupos de inte-

⁹ Se suele atribuir, incorrectamente, a George Tsebilis la introducción de la idea de los puntos de veto.

rés que había que negociar. Al profundizar en casos concretos, Immergut descubrió que las instituciones no solo obstaculizaban opciones políticas concretas, sino que, en definitiva, estructuraban el menú de opciones disponibles en los distintos regímenes (Immergut 1992). Los diferentes resultados *no* eran consecuencia de diferentes objetivos o metas básicas defendidos por partidos o grupos de interés concretos, sino que los grupos de interés y los partidos tenían que defender diferentes estrategias políticas según los países debido a las distintas configuraciones políticas/institucionales establecidas por las constituciones individuales. En otras palabras, Immergut se dio cuenta de que no podía explicar la variación de resultados políticos sin explicar el modo en que se estructuraban las instituciones políticas nacionales, tanto *las que* participaban en las políticas de asistencia sanitaria como «*las reglas del juego*» en las cuales participaban. Las reglas (sobre todo el acceso diferencial y la existencia de puntos de veto) imponían diferentes estrategias políticas en diferentes países y, en definitiva, conformaban los distintos resultados políticos.

En un sentido similar, Steinmo se empeñó en descubrir por qué algunos países tenían políticas de bienestar mucho más amplias que otros. Su hipótesis inicial era que la cultura política y/o las preferencias públicas explicaban las principales diferencias. Pero cuando estudió en detalle el verdadero desarrollo de los modernos estados de bienestar, descubrió que la diferencia de actitudes no explicaba una variación tan grande de unos países a otros. Las pruebas demostraron que a los ciudadanos les gustaba la inversión pública; los ciudadanos de todos los países querían (y siguen queriendo) *que se aumente* el gasto público en los ámbitos más importantes y caros de la escena pública. La mayor restricción a estas amplias preferencias era la financiación. Steinmo se dedicó a examinar los sistemas nacionales de impuestos. Si el deseo de un mayor gasto público es constante, puede variar el temor o la resistencia a los impuestos. Pero también en este caso las actitudes y la cultura política tenían escaso valor analítico. Estas variables no explicaban que países como Suecia impusiesen mayor carga fiscal a los pobres y a la clase trabajadora que a los ricos y capitalistas. Curiosamente, Estados Unidos presentaba un sistema impositivo *más progresista* que el sueco. El análisis histórico detallado de varios casos llevó a Steinmo a concluir que las diferentes instituciones a través de las cuales se traducían en política las preferencias públicas y de la elite determinaban de forma radical la estructura de la política fiscal. La estructura de las instituciones de toma de decisión suecas, corporativistas, frente a las instituciones pluralistas y fragmentadas de Estados Unidos explicaba la imposición de ciertas opciones fiscales. Estas opciones concretas se sumaban a sistemas de ingresos totalmente distintos y, en consecuencia, generaban una capacidad diferente para financiar programas populares como la asistencia sanitaria, la educación y el mercado de trabajo (Steinmo 1993).

Podríamos continuar con ejemplos similares¹⁰. Bo Rothstein, empeñado en entender por qué en unos países había más fuerzas sindicales que en otros, descubrió que la estructura de las instituciones nacionales de desempleo era una herramienta de movilización y organización esencial para los sindicatos en unos países, pero no en otros. Los países con el sistema de Gante de seguro de desempleo tenían movimientos sindicales mucho más potentes que otros sin dicho sistema (Rothstein 1992). Victoria Hattam, al explicar la debilidad del sistema sindical en Estados Unidos, descubrió que la estructura de los partidos y las instituciones electorales estadounidenses disuadían a los organizadores sindicales de adoptar estrategias políticas. Este importante rasgo del excepcionalismo norteamericano no era producto de la cultura política única de Estados Unidos, sino de sus instituciones políticas, fragmentadas de forma única (Hattam 1993).

Estos análisis presentaban tres características. Primero, los investigadores no actuaban movidos por el deseo de expresar un argumento o imponer una metodología. Segundo, los movía el deseo de responder preguntas empíricas del mundo real. Por último, *a través de la investigación empírica* descubrieron que las estructuras institucionales tenían profundos efectos en la configuración de las estrategias políticas, en los resultados y, en definitiva, en las preferencias políticas.

TRES INSTITUCIONALISMOS

En la ciencia social actual hay tres tipos de análisis institucional: la elección racional, el institucionalismo sociológico y el institucionalismo histórico¹¹. No es mi intención hacer un refrito con los debates sobre estas manifestaciones, sino identificar la que yo considero diferencia fundamental entre los institucionalistas históricos y los demás. En primer lugar, muchos institucionalistas *coinciden* en ver las instituciones como normas que estructuran la conducta. Difieren a la hora de considerar el carácter de los seres cuyas acciones o conductas se estructuran. La escuela de la elección racional sostiene que los seres humanos son individualistas racionales que calculan los costes y beneficios de sus elecciones. Los institucionalistas de la elección racional entienden que las instituciones son importantes porque enmarcan la conducta estratégica del individuo. Para ellos la gente obedece las normas porque los huma-

¹⁰ En Amazon.com (consultado en febrero de 2007) figuran 794 libros cuando se busca el término «institucionalismo histórico». Bajo el epígrafe «nuevo institucionalismo» aparecen 1.679 libros.

¹¹ Véase un profundo y excelente análisis de estos tres tipos en Peter Hall y Rosemary Taylor (1996).

nos son actores estratégicos que buscan obtener el máximo beneficio personal o individual¹². Cooperamos porque conseguimos más con la cooperación que sin ella. Acatamos las reglas porque individualmente nos va mejor cuando lo hacemos.

En cambio, los institucionalistas sociológicos ven a los seres humanos como seres esencialmente sociales. Según ellos, los humanos no son tan egoístas ni tan «racionales» como afirma la tendencia de la elección racional (March y Olsen 1989), sino que son «satisfactores» que actúan por costumbre. Para los sociólogos las instituciones condicionan la forma en que las personas ven el mundo y no son meras reglas a las cuales se atienen. Los institucionalistas sociológicos entienden que los humanos, más que obedecer las reglas para obtener el máximo beneficio, siguen la «lógica de lo apropiado», o sea, que en vez de preguntarse «¿Qué obtengo yo de X?», se preguntan «¿Qué debería hacer? ¿Qué es lo apropiado?» Según esto, las instituciones importantes (reglas) son normas sociales que gobiernan la vida diaria y la relación social¹³.

Los institucionalistas históricos se sitúan entre las dos posturas: los seres humanos son seguidores de las reglas que acatan las normas y *al mismo tiempo* actores racionales que buscan el propio interés. El comportamiento de cada cual depende del individuo, del contexto y de las reglas. Parece una afirmación obvia, pero tiene enormes implicaciones para quienes estudiamos la política. Si las tres variables (individuos, contexto y reglas) son importantes cuando hay que elegir, no se puede saber a priori qué debemos estudiar cuando queremos explicar los acontecimientos políticos. Los institucionalistas históricos *no creen* que los humanos se limiten a obedecer las leyes o que sean meros actores estratégicos que utilizan las normas para obtener el máximo interés. Son más bien escépticos al respecto. El investigador de IH quiere saber por qué se hizo determinada elección y/o por qué ocurrió un hecho concreto. Cualquier hecho político significativo se comprende mejor como producto de ambas cosas, la obediencia de las normas y el máximo beneficio. ¿Cómo sabemos cuál es la conducta más importante (interesada, altruista/colectiva o simplemente habitual)? Los institucionalistas históricos acuden a los antecedentes históricos (lo que se conoce como evidencia) para averiguarlo.

¹² Me refiero al criterio de la escuela de la elección racional (ER). Sin duda, muchos partidarios de la ER han flexibilizado estos puntos de vista considerablemente. A decir verdad, cuanto más lo hacen, más institucionalistas históricos parecen. Véanse Weingast (1996); Bates, Greif, Levi *et al.* (1998), y Ostrom (1998).

¹³ Sin embargo, resulta difícil sostener estas distinciones. Por ejemplo, el conocido libro «institucionalista sociológico» editado por Paul DiMaggio y Walter Powell, *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, se centra explícitamente en el poder y la coerción como importantes variables que enmarcan la conducta política, además de la construcción de normas y el desarrollo de modelos (DiMaggio y Powell 1991). Agradezco la observación a John Campbell.

Estas perspectivas tienen grandes consecuencias, tanto para lo que estudiamos como para la forma en que lo estudiamos. Los institucionalistas históricos estudian la historia porque creen que es fundamental, no solo para tener más puntos de referencia en los análisis (como en los análisis de series temporales). La historia es importante por tres motivos esenciales. En primer lugar, los acontecimientos políticos se producen en un contexto histórico, lo cual tiene una consecuencia directa en las decisiones o sucesos. Un ejemplo es la obra esencial de Alexander Gerschenkron, quien afirmó que el momento en que un país se industrializa afecta irreversiblemente a la forma en que se industrializa. Gerschenkron demuestra que los más tardíos no pasan por el mismo y largo proceso de ensayo y error de los pioneros¹⁴. En otras palabras, el proceso de industrialización es totalmente distinto en unos y en otros. Se trata de un descubrimiento sustancial que muchas veces se pierde en las comparaciones cuantitativas y a gran escala entre naciones, las cuales tienden a mezclar los datos de continentes y periodos temporales y a tratar el concepto tiempo/lugar como intrascendente (o a suponer que se «despegará» del análisis).

En segundo lugar, la historia es importante porque los actores o agentes pueden aprender de la experiencia. Los institucionalistas históricos entienden que la conducta, las actitudes y las opciones estratégicas se producen dentro de contextos sociales, políticos, económicos y culturales concretos. En vez de considerar todas las acciones políticas esencialmente iguales, al margen del tiempo, el lugar o el contexto, los institucionalistas históricos procuran explícitamente situar sus variables en el contexto apropiado. Y así, al profundizar y enriquecer su comprensión del momento histórico y de los actores que lo habitan, están en condiciones de ofrecer explicaciones más afinadas de los hechos concretos que estudian, lo cual no ocurriría si situasen las variables fuera de la dimensión temporal.

La obra pionera de E. E. Schattschneider sobre la política arancelaria exponía hasta qué punto decisiones políticas tomadas en el momento A tenían importantes consecuencias en el momento B. Es famosa su afirmación: «Las nuevas políticas generan una nueva política»¹⁵. En la línea de Schattschneider, Paul Pierson ha demostrado en varias obras esenciales cómo y por qué las elecciones de políticas en un determinado momento afectan a las que se toman en momentos posteriores¹⁶. De forma similar,

¹⁴ Es interesante ver un ejemplo ajeno a la política. Muchos pensamos que los hijos mayores tienen una experiencia de desarrollo muy distinta a los segundos o posteriores. Los padres no solo tienen más experiencia después del primer hijo, sino que están cuidando a más de un niño. Por último, pero no menos importante, los hijos siguientes crecen en un hogar donde hay hermanos mayores, algo que el primer hijo no ha vivido, por razones obvias.

¹⁵ Citado en Pierson (1993, p. 595).

¹⁶ Véase, por ejemplo, Pierson (1992, 2000, 2004).

Esping-Andersen señaló en su imprescindible *Los tres mundos del capitalismo del bienestar* que, como vivimos en modernos estados de bienestar con seguro de desempleo y sanitario, programas de jubilación y demás, «nuestra vida personal está estructurada por el estado del bienestar, lo mismo que toda la economía política» (Esping-Andersen 1940, p. 141). La existencia del estado del bienestar es un hecho de la vida política moderna que en sí mismo *configura* la política, las expectativas y las políticas de los países que cuentan con él.

Por último, como ha demostrado Pierson, el pasado también condiciona las expectativas. Para algunos la aventura estadounidense en Irak es un simple producto del poder político y/o de la necesidad de petróleo, pero los institucionalistas históricos se fijan en modelos de pasadas guerras para entender por qué Estados Unidos reaccionó así tras las bombas del 11 de septiembre. Indudablemente se equivocaron, pero los antiguos éxitos en Alemania y Japón –por no hablar de lo que ellos interpretan como victoria sobre el comunismo a finales del siglo xx– llevaron a los responsables políticos de la administración estadounidense a creer que podían imponer su poder y transformar una dictadura en una próspera democracia capitalista¹⁷.

En resumen, para los institucionalistas históricos *la historia no es una cadena de acontecimientos independientes*. En este punto básico hay algo más que la dimensión temporal. Tomar la historia en serio significa que el investigador ha de mostrarse escéptico ante la idea de que las variables son independientes entre sí. Por el contrario, reconocer la importancia de la historia indica una conciencia clara de que las variables esenciales pueden influir unas en otras y casi siempre lo hacen. Los institucionalistas históricos, más que los politólogos en otras tradiciones, se interesan de forma muy directa por estos efectos interactivos de la interdependencia de múltiples variables causales.

Los institucionalistas históricos son como los biólogos ambientales que creen que, para entender el destino concreto de un organismo o conducta particular, hay que examinar dicho organismo en la ecología o contexto en que vive. Lo cual supone una ontología científica diferente a la que impera en las ciencias puras de la física y la química. En la raíz de la biología evolucionista está la idea de que los objetos de análisis –organismos vivos– son totalmente distintos a la materia inanimada. Mientras que los objetos del mundo físico cumplen «leyes» naturales constantes, los organismos biológicos se resisten a ser reducidos a los componentes esenciales debido a su complejidad. Como señala un eminente biólogo evolucionista, Ernst Mayr, el desarrollo de la biología como ciencia exigió la investigación de los «principios adicionales» que solo se aplican a los

¹⁷ De igual modo, el fracaso de la experiencia de Irak condicionará la política exterior estadounidense durante décadas.

organismos vivos. Según él: «Esto requirió una reestructuración del mundo conceptual de la ciencia mucho más profunda de lo que cualquiera hubiese imaginado en aquel momento» (Mayr 2004, p. 26).

El institucionalismo histórico representa algo similar a esta postura ontológica de la ciencia social. Para entender hechos históricos concretos y acontecimientos políticos a largo plazo no se pueden aplicar solo métodos y epistemologías extraídos del estudio de variables invariantes que han establecido relaciones en el tiempo y el espacio. Esto no significa que no sea ciencia, a menos que la definición de ciencia excluya también la biología, sino que los métodos científicos aplicados deben encajar con el objeto de estudio.

AGENDAS

En los últimos años han surgido dos importantes agendas intelectuales en la investigación institucionalista. La primera pretende descifrar el mecanismo del cambio institucional; la segunda busca comprender el papel de las ideas en la política y la historia. Analizaré cada una por separado y, luego, demostraré que es mejor abordar esos temas en conjunto.

Se ha convertido casi en un tópico decir que hasta hace poco la mayoría de las obras institucionalistas no habían elaborado una teoría completa sobre el *cambio*. Es más, casi todos los institucionalistas parten de la base de que el cambio es difícil. Esto se explica por varios motivos. En primer lugar, cualquier institución (bien sea una institución formal o una norma) está insertada en un conjunto mayor de instituciones. Cambiar una serie de reglas tiene consecuencias en las otras; por tanto, seguramente habrá una considerable resistencia al cambio por parte de los que disfrutan de ventajas en un contexto más amplio. En segundo lugar, los seres humanos construyen expectativas en torno a un conjunto de reglas/instituciones. El cambio de las reglas tiene efectos a largo plazo difíciles o imposibles de predecir. En este caso, muchos prefieren continuar con las reglas que ya tienen, aunque no sean óptimas. En tercer lugar, las instituciones se vuelven cerradas porque las personas han invertido en aprender las reglas. Cambiar las reglas supone elevados costes, a lo cual se opondrán quienes no quieren afrontarlos. Por último, como las instituciones afectan a la conducta, con el tiempo acaban por condicionar las preferencias. A veces los seres humanos prefieren determinado arreglo institucional porque están acostumbrados a él.

Con todos estos factores de estabilidad, ¿cómo se explica el cambio? Hasta hace poco la explicación dominante era el «equilibrio puntuado» (véase Thelen y Steinmo 1992). La idea básica es que las instituciones mantienen su estabilidad (su equilibrio) hasta que deben enfrentarse a una conmoción externa (exógena). Sin embargo, cada vez hay más institucio-

nalistas históricos que critican esta lógica y afirman que fiarlo todo a con-mociones exógenas, elimina la capacidad de actuar de los seres humanos. Hay algo esencialmente erróneo en la idea de que el cambio político e institucional es mero producto del destino.

En los últimos tiempos una serie de investigadores han seguido esta línea con considerable éxito. Kathleen Thelen y Wolfgang Streeck reunieron a un grupo de jóvenes investigadores y les pidieron que estudiaran cómo se adaptaban o evolucionaban diferentes instituciones políticas en un contexto de presiones competitivas y cambios demográficos globales¹⁸. Estos autores, tras realizar análisis históricamente muy fundamentados, identificaron varios modelos de cambio institucional. A partir de ellos estudian tipos de cambio institucional común. Sin embargo, Thelen y Streeck no ofrecen una verdadera explicación o teoría del cambio institucional; lo que hacen es analizar diferentes modelos de cambio institucional¹⁹.

Para explicar el cambio institucional hay que introducir «ideas» en el análisis institucional. Los que no sean politólogos, se sorprenderán de que las ideas no jueguen prácticamente ningún papel en gran parte del análisis habitual de las ciencias sociales. El marxismo, la elección racional y el pluralismo presuponen que los intereses son las fuerzas motrices de la política y que las ideas son justificaciones o mero «ruido». Los conductistas tradicionales no tienen razones a priori para considerar las ideas irrelevantes en la política, pero las ideas son difíciles de medir y cuantificar y, por tanto, no se introducen en los análisis por motivos prácticos. Sin embargo, los institucionalistas históricos no están ligados a ninguna teoría grandiosa ni a una metodología concreta; en consecuencia, las «ideas» ocupan un lugar fundamental en sus análisis²⁰.

Peter Hall destacó el poder de las ideas económicas en su análisis del desarrollo del pensamiento económico keynesiano y estudió el dominio de determinadas ideas de gestión económica en muchos países aproximadamente en la misma época histórica (Hall 1989). Hall demostró que esas ideas, una vez arraigadas, actuaron como marcos de referencia y, por tanto, se convirtieron en una especie de plantillas básicas sobre las que se calaban las decisiones políticas. Mark Blyth partió del análisis de Hall para analizar el auge y la caída del keynesianismo en Estados Unidos y Suecia, con el fin de entender *no solo* el modo en que las ideas se desarrollan e in-

fluyen en las personas *sino también* su utilización como armas en las luchas políticas (Blyth 2002). En otras palabras, Blyth demuestra que el concepto de interés en sí carece de sentido si no se valora la idea de que los individuos tienen de sus intereses (véanse también Kratochwil, cap. V, y Pizzorno, cap. IX). Es decir, las ideas constituyen la raíz de la conducta política²¹.

En mi opinión, gran parte de las obras más interesantes de la tradición institucionalista histórica se encuentran entre los que intentan comprender cómo las ideas, valores y creencias afectan a la historia y a la política y los que aplican esta perspectiva para entender con mayor amplitud el cambio institucional (McNamara 1998, Marcussen 2000, Lieberman 2002, Katznelson y Weingast 2005). Para estos investigadores el cambio institucional es producto del cambio de las ideas de los actores. Hablo de «ideas» en el sentido concreto de *soluciones creativas a problemas de acción colectiva*. Por ejemplo, cuando decimos: «Tengo una idea», queremos decir que tenemos la solución a un problema. Visto así, el cambio institucional se produce cuando actores poderosos tienen la voluntad y la capacidad para cambiar las instituciones dando cabida a nuevas ideas. Un grupo o colectivo coincide en que una idea concreta es una «buena idea» ante un problema que necesita solución, y *precisamente* esa idea puede solucionar el problema. De este modo, las ideas no son «irracionales», sino adaptaciones creativas que se han de valorar en términos racionales y emotivos²².

Para ilustrar estas afirmaciones, veamos el ejemplo de las instituciones del estado de bienestar básico en el siglo XX (seguro de desempleo, pensiones públicas o regulaciones bancarias). En primer lugar, inicialmente estas propuestas fueron meras ideas no verificadas (soluciones creativas a problemas), que prometían ayudar a resolver parte de los problemas sociales y económicos creados por la economía capitalista de mediados del siglo XX (deslocalización económica, desempleo, incremento de la pobreza). Cuando las personas económicamente vulnerables de la sociedad ganaron cada vez más poder a través del pucherazo en las democracias occidentales, y cuando los fracasos económicos del capitalismo salvaje saltaron a primer plano, las ideas de las elites cambiaron. Las experiencias económicas de los años veinte y treinta hicieron que muchos viesan estos temas como problemas reales. Por otro lado, la actuación de los gobiernos en la Segunda Guerra Mundial (gestión económica, regulación de la producción y, en suma, la lucha/victoria de la mayor guerra de la historia) dejó claro que los gobiernos harían un buen trabajo si asumían nuevas tareas. Con el tiempo se extendió la idea de que el capitalismo

¹⁸ Véase *Institutional Change and Globalization*, de John Campbell (2004).

¹⁹ Los cinco modelos de cambio institucional identificados por Thelen y Streeck son: a) «desplazamiento», una institución desplaza a otra; b) «estratificación», una institución adopta nuevas funciones además de las anteriores; c) «desvío», el ambiente en el que vive la institución cambia, pero la institución no se adapta escalonadamente (véase también el capítulo de Jacob Hacker en el libro de Thelen y Streeck); d) «conversión», la institución asume nuevas funciones, objetivos o propósitos; y e) «agotamiento», quiebra y fracaso de la institución.

²⁰ Naturalmente, no a todos los institucionalistas históricos les interesa el papel o el poder de las ideas políticas, pero a muchos sí; véase Campbell (2002).

²¹ Véase Blyth (1997, 2003); véase también Marcussen (2000), Pasotti y Rothstein (2002), y Steinmo (2003).

²² Hubo una desafortunada e innecesaria tendencia a enfrentar el análisis «de ideas» con la elección «racional» de un modo tal que presenta las decisiones como basadas *o bien* en las ideas, *o bien* en cálculos racionales. Se trata de una distinción absurda.

podía y debía ser regulado y de que el gobierno tenía un papel que cumplir en la gestión de la economía y en la distribución de la riqueza generada por ella. Los impuestos específicos, y las políticas regulatorias y de bienestar que se ejecutaron en los treinta o cuarenta años siguientes no se pueden entender más que como ideas que se llevaron a la práctica (se institucionalizaron).

Naturalmente, el capitalismo democrático moderno no se detuvo (no había equilibrio). Las expectativas crecieron a la par que el auge del nivel de vida y la extensión de la igualdad. Y para colmo, los líderes políticos insistieron en prometer cosas que no estaban en condiciones de cumplir. Tras la crisis del petróleo de principios de los años setenta y la estancación consiguiente, se extendió la creencia de que los gobiernos regulaban demasiadas cosas, grababan con impuestos injustos a muchos ciudadanos y, en general, eran menos capaces de lo que afirmaban²³. Las ideas neoliberales ganaron popularidad en las últimas décadas del siglo XX porque cada vez eran más (tanto ricos como pobres) los que creían que «el gobierno no era la respuesta, sino el problema», citando la famosa frase de Ronald Reagan. Las políticas neoliberales y de mercado se volvieron más convincentes debido a que cada vez más personas (de las elites y ciudadanos corrientes) aceptaron la lógica del argumento neoliberal; aceptaron la definición del problema y, luego, coincidieron en la solución del mismo. Es importante reseñar que no había «pruebas» de que las políticas neoliberales abordasen esos problemas. Las nuevas políticas (recortes de impuestos, reducción de programas y nueva regulación favorable al mercado) eran simples «ideas» que prometían sofocar las tendencias inflacionarias de la era keynesiana, poner más dinero en manos de los capitalistas para que reinvirtiesen, y reducir el «derroche» de los gobiernos. Quienes creían que eran buenas «ideas» compartían el mismo sentido de los problemas a los que se enfrentaban las democracias capitalistas y pensaban que las soluciones neoliberales lo arreglarían todo.

Por cierto, el establecimiento de instituciones del estado de bienestar y las políticas neoliberales se pueden considerar elementos favorables a los intereses económicos de las elites que las han promovido. Pero esta perspectiva presupone tener un conocimiento objetivo y preciso del funcionamiento de la economía moderna y creer que hay una forma objetiva y asequible de entender el «propio interés» de un actor. Habrá quien diga que carecemos de todo eso. En primer lugar, la economía capitalista moderna es tan compleja y contingente que incluso las herramientas matemáticas más sofisticadas a duras penas logran establecer modelos preci-

²³ Hubo variaciones significativas en este punto. Es obvio que algunos gobiernos estaban en condiciones de cumplir sus promesas con mayor eficacia y justicia que otros (por ejemplo, compárense Suecia y Estados Unidos). La mejor explicación de estas variaciones es la de las diferentes estructuras institucionales (véase Steinmo 1993).

sos y exactos. En segundo lugar, la base de los intereses de un individuo (o grupo) está profundamente arraigada en sus creencias (sobre el funcionamiento del mundo), sus valores (cuáles son los mejores resultados) y la mejor forma de obtener dichos resultados (soluciones a los problemas).

Pensemos en la siguiente pregunta: ¿Los recortes de impuestos de los años ochenta estimularon el crecimiento y aumentaron los ingresos gubernamentales, como prometían, o provocaron el déficit presupuestario más grande de la historia? La respuesta cambia según a quién se formule la pregunta. Por ejemplo, si se le pregunta a un economista partidario de la teoría económica neoliberal (con o sin Premio Nobel), seguramente dirá que la reducción de impuestos funcionó y que la economía creció en los años noventa debido a ello (tal vez incluso ofrezca un deslumbrante modelo econométrico para demostrarlo). Si se le pregunta a un economista que no cree en la economía neoliberal (con o sin Premio Nobel), dirá con la misma convicción que las reducciones de impuestos no funcionaron como estaba previsto y que fueron las subidas de impuestos de los años noventa las que permitieron la recuperación de la estabilidad económica. También en este caso presentará un complicadísimo modelo matemático para «demostrar» el argumento. Cada cual que elija su economista. El punto esencial es que si ni siquiera los economistas son capaces de ponerse de acuerdo al nivel más elemental sobre los efectos de las reglas o instituciones económicas en el pasado, tendremos que asumir que las conjeturas sobre posibles medidas políticas son aún más volátiles. En segundo lugar, si no conocemos los efectos de las ideas del pasado, ¿cómo vamos a calcular racionalmente nuestro interés en los futuros programas políticos?

Cuando introducimos las ideas en nuestro estudio del cambio institucional, volvemos a encajar a los agentes en el análisis institucional. Algunos dirán que un fallo fundamental del institucionalismo del pasado era que los actores se convertían muchas veces en meros rehenes de las instituciones que los acogían. La integración de las ideas en el análisis afronta este problema al considerar a las instituciones una fuerza restrictiva/incentivadora y el objeto de la competición política.

Introducir las ideas en el análisis institucional nos ofrece una mejor comprensión de la evolución institucional. Un pequeño, aunque creciente, grupo de institucionalistas históricos se mueve en esta dirección de introducir las teorías e ideas evolucionarias en el estudio del cambio institucional²⁴. Rebasa la intención de este capítulo explicar esas teorías, pero el argumento básico es considerar las instituciones, las ideas y el ambiente en un proceso co-evolucionario. Para esta perspectiva la historia y la política son procesos dinámicos que evolucionan constan-

²⁴ Trabajos recientes siguen esta dirección: North (2006), y Lewis y Steinmo (2007).

temente, y la historia no es un proceso que salta de un equilibrio a otro. El enfoque evolucionario considera que los resultados son contingentes y no predecibles, por tanto no los considera lineales y predecibles. Por último, el enfoque evolucionario estudia las relaciones de poder e integra la agencia en el análisis en vez de ver a los actores como prisioneros de las instituciones que habitan.

«CIENCIA» SOCIAL Y POLÍTICA

En el centro de muchas de las batallas más duras de la ciencia social hay un hondo desacuerdo en torno al significado de la ciencia. Muchos creen que la ciencia es la búsqueda de regularidades sistemáticas y leyes generalizables. Se estudia el mundo empírico solo cuando presenta pruebas de que se puede utilizar para construir y comprobar teorías. Los casos particulares o los hechos concretos son interesantes –igual que una buena novela–, pero el objetivo de la ciencia social no es comprender ningún hecho concreto, sino construir teorías que se puedan utilizar para explicar muchos (o incluso todos) hechos. Estos investigadores piensan que comprender los hechos reales no es lo más importante, sino crear, elaborar y refinar una teoría de la política (Weingast 1996). Morris Fiorina describe así su orientación científica: «No [nos] interesa la comprensión general de una institución real o un fenómeno histórico, sino una comprensión más profunda de ciertos principios teóricos o cierta lógica... Para la mayoría de los investigadores de la teoría positiva de las instituciones (PTI) la brecha se ensancha; entender el 90 por 100 de la varianza de un caso no es tan importante como entender el 10 por 100 de nueve casos, sobre todo si estos varían en el tiempo y el espacio» (Fiorina 1995, pp. 110-111).

Esto revela la diferencia entre los institucionalistas históricos y sus hermanos institucionalistas más «racionalistas». A los institucionalistas históricos *les interesan* casos concretos. Explicar el 10 por 100 de la varianza en nueve casos no es mucho mejor que hacer un cálculo poco fundamentado ni resulta especialmente útil o interesante. Si explicamos los hechos importantes (por qué se producen las revoluciones, por qué algunos países cuentan con amplios estados de bienestar, por qué el mercado de trabajo es tan frágil en algunos países), espero que los investigadores del IH se conformen con menos del 90 por 100.

Los institucionalistas históricos (tanto politólogos como sociólogos) se muestran escépticos ante las enormes ambiciones de la ciencia social, al menos los que entienden la física newtoniana. Estos investigadores tienen metas más próximas y una teoría ideal menos grandiosa. Al investigador del IH le interesa ante todo la *explicación*, no la predicción (véase la distinción en Della Porta y Keating, cap. II). Aunque casi nunca se dice de

forma explícita, una premisa básica de esta perspectiva de la ciencia social es que considera imposible la predicción fundamentada. Para los investigadores del IH las predicciones son solo aproximadas y predicciones, *no* porque carezcamos de herramientas, modelos, bases de datos o memorias informáticas, sino debido a la contingencia y a la compleja interacción de variables *interdependientes* a lo largo del tiempo. En la historia los objetos de estudio (instituciones y seres humanos) cambian, se adaptan y se ven afectados por la propia historia. La predicción y la concepción de la ciencia subsiguiente suponen un análisis lineal de variables que se distinguen unas de otras y que reaccionan entre sí de modo predecible (véase Héritier, cap. IV). Muchos especialistas en ciencias sociales piensan que semejante análisis niega las realidades del mundo en que vivimos²⁵. Para ellos el estudio de la política no es ni puede ser como el de la física porque lo que estudiamos y lo que queremos explicar no son objetos inanimados a los que se pueden aplicar leyes absolutas, invariables y fijas. Estudiar historia con métodos y modelos derivados de la física es como estudiar poesía con álgebra.

Como se ha señalado en repetidas ocasiones, a los investigadores del IH les interesan sucesos importantes y relativamente raros. Un proyecto de investigación dedicado a rompecabezas reales y a hechos extraños tiene ventajas y desventajas frente a un proyecto cuyo fin es descubrir las leyes generales de la historia o la política. Es bien sabido que algunos especialistas ajenos a esta tradición cuestionan la validez del enfoque del IH porque tiende a «seleccionar la variable dependiente». Naturalmente, una estrategia de investigación que se centra específicamente en casos importantes y grandes rompecabezas está expuesta a sufrir los evidentes riesgos del sesgo selectivo. Se trata de una crítica importante que vale la pena tener en cuenta. ¿El propio carácter de las cuestiones que interesan a los seguidores del IH resta credibilidad científica a su trabajo?

En primer lugar, como apuntan Pierson y Skocpol (2007), debemos ver a los especialistas en ciencias sociales como una «comunidad de investigación multigeneracional» que produce una «notable acumulación de resultados, desde falsificaciones a argumentos bien fundados». Cada nuevo estudio incrementa nuestro bagaje de conocimientos sobre los hechos históricos; pone a prueba y reexamina los análisis anteriores. En segundo lugar, como sostiene Dietrich Rueschemeyer, los estudios de caso sirven para algo más que generar ideas teóricas. Pueden comprobar las proposiciones teóricas y ofrecer explicaciones causales con-

²⁵ Por ejemplo, en la materia de análisis estadístico básico es habitual decir a los alumnos que deben estar atentos a la multicolinealidad y examinar solo aquellas cuestiones en las que se pueden identificar por separado las múltiples variables de una ecuación. No se trata de que el mundo funcione así, pero si no se toman esas precauciones, las inferencias estadísticas serán metodológicamente inútiles. Naturalmente, el problema es que el método utilizado defina con excesiva facilidad la cuestión planteada.

vincentes (Rueschemeyer 2003, p. 318). Rueschemeyer, ante el persistente escepticismo que suscitan los estudios de caso históricos, afirma correctamente que dicho escepticismo parte del error de que un solo caso delimita una sola observación. El buen análisis histórico, de orientación analítica, relaciona el caso con múltiples puntos, cotejando las proposiciones explicativas con numerosos datos (véase una elaboración de estas ideas en Vennesson, cap. XII).

Esta estrategia de investigación tiene una serie de ventajas metodológicas. Como ya hemos visto, a los investigadores del IH les interesa ver cómo la propia historia configura los hechos, y por ello examinan conscientemente pautas en el tiempo. En primer lugar, al ampliar el marco temporal, aumenta el número de observaciones, lo cual permite evitar el problema del corto número de casos observado anteriormente. Pero el rastreo del proceso histórico también permite comprobar la causalidad en unos términos que no permite el simple análisis de correlación. Por último, el rastreo de procesos es un instrumento a través del cual el investigador toma conciencia de los límites temporales o efectos periódicos con respecto a las causas que se proponen (véase Vennesson, cap. XII). Si nos interesa la historia, considerar los procesos en el tiempo permite al investigador situar hechos concretos en un tiempo concreto, sin omitir los modelos globales. Al fin y al cabo son estos los que seguramente ofrecerán las variables dependientes más atractivas e interesantes. En otras palabras, los institucionalistas históricos ven el bosque y los árboles (Pierson y Skocpol 2007).


Naturalmente, *no* contemplar los grandes rompecabezas históricos plantea graves problemas: son demasiado raros, no se distribuyen aleatoriamente y, sobre todo, los grandes acontecimientos influyen en los demás. Sin relatos históricos, permanecerán ocultos hechos fundamentales, las relaciones causales se establecerán de forma incorrecta y, en suma, hipótesis significantes pasarán desapercibidas y, por tanto, nunca se comprobarán. James Mahoney (2000b), que revisó las investigaciones de varias décadas sobre los regímenes democráticos y autoritarios, afirmó: «Si eliminásemos toda la investigación comparativa, se perdería gran parte de lo que hoy sabemos sobre las causas de la democracia y el autoritarismo». Es más, si siguiésemos al pie de la letra la lógica investigadora defendida por King, Keohane y Verba (1994), obras como *Estado nacional y ciudadanía* de Reinhard Bendix, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* de Barrington Moore, *El orden político en las sociedades en cambio* de Samuel Huntington, y *Los estados y las revoluciones sociales* de Theda Skocpol, por citar solo unos cuantos clásicos, nunca se habrían escrito²⁶.

²⁶ Fue Jeffrey Kopstein quien me explicó este hecho evidente.

CONCLUSIÓN

Por desgracia, gran parte de la «ciencia política» ha evitado plantear importantes preguntas sobre el mundo real. Muchos politólogos creen que hay que ignorar los análisis que no se pueden «refutar» y evitar las variables no cuantificables. Defienden una ciencia política que considera la política y la historia como algo que surge en una placa de Petri y se puede medir en centímetros o kilogramos.

Los institucionalistas históricos no aceptan que la ciencia política sea *por fuerza* tan estrecha. Sin duda, se pueden aprender muchas cosas útiles para el estudio de la política de los enfoques formales, conductistas y, especialmente, experimentales. Pero aislar la historia de nuestras «ecuaciones», las instituciones de nuestros modelos, y las personas reales de nuestros análisis, nos dejaría ante una pseudociencia empobrecida. No todos los que piensan así se inscriben en la etiqueta del institucionalismo histórico. Pero si creemos que la historia y las ideas son importantes, las instituciones determinan las elecciones de los actores pero están sujetas al cambio impuesto por los propios actores, y las personas reales toman decisiones que no siempre son eficaces o puramente egoístas, entonces seguramente somos institucionalistas históricos.



TEORÍA DE LOS JUEGOS

Christine Chwaszcza

INTRODUCCIÓN

La teoría de los juegos es una rama de la denominada teoría de la elección racional (TER) bayesiana¹. Se utiliza esencialmente para dos cosas:

- 1) Explicar la conducta de los individuos en entornos sociales según sus motivos y razones.
- 2) Como modelo abstracto para el análisis de la estructura dentro del paradigma del individualismo metodológico (IM).

La teoría de los juegos es útil como explicación solo en cuanto sirve de modelo apropiado de los motivos y razones del individuo. Pero servir de modelo no significa imitar el mundo, sino aislar rasgos artificialmente para estudiar su potencial o dinámica². Los enfoques explicativos fallan si no explican la conducta observable en la vida real. Por el contrario, un modelo abstracto puede ser una herramienta analítica muy provechosa aunque falle, siempre que tenga la precisión suficiente para indicarnos *por qué* falla y cómo se puede enriquecer, cambiar o modificar el modelo. Las ideas proporcionadas por los modelos abstractos no bastan para explicar los fenómenos, pero son utilizables en el desarrollo de hipótesis explicativas e incluso en la formación de conceptos; no obstante, dichas hipótesis han de comprobarse luego.

¹ En este capítulo no se contemplan enfoques no bayesianos.

² La distinción entre las dos aplicaciones es a veces borrosa debido a que se cree que los motivos y razones individuales se dan por supuestos o son irrelevantes porque los objetos de estudio son conjuntos con un número elevado de personas, o están condicionados por las propiedades del grupo social que se estudia.

La primera parte de este capítulo aclara los conceptos y supuestos básicos de la TER: elección racional, preferencia, expectativa de utilidad y la estructura de la moderna teoría de la utilidad. A continuación, se trata la teoría de los juegos propiamente dicha y se profundiza en su relación con el concepto amplio de TER. Para ello, se introducen dos conceptos de «equilibrio»: el equilibrio de Von Neumann-Morgenstern y el concepto de equilibrio de Nash; y dos de los juegos más estudiados: el denominado dilema del prisionero (DP), y una serie de juegos de coordinación. Se demuestra que la teoría de los juegos es una herramienta analítica muy útil en ciencias sociales. La última parte se fija en el desarrollo de los juegos iterados y evolutivos, exponiendo cómo la imposibilidad de extraer modelos de cooperación y coordinación ha contribuido a una mejor comprensión de estos problemas.

EL MARCO BAYESIANO DE LA ELECCIÓN RACIONAL: CONCEPTOS Y SUPUESTOS BÁSICOS

La teoría de los juegos es un modelo para la toma de decisiones racionales en situaciones de interacción social. Hablamos de la interacción social en el sentido de Max Weber, como acción en la que intervienen dos o más actores intencionados y que se guía por las expectativas mutuas sobre el comportamiento de la otra(s) persona(s). Siempre que la acción intencionada obedezca a razones y/o una deliberación racional, la teoría de los juegos proporciona el modelo de un tipo ideal de razonamiento sobre lo que hay que hacer. En ese sentido no es un modelo de acción o de conducta propiamente dicho, sino de *razonamiento*.

En principio, la teoría de los juegos se desarrolló como una de las tres ramas del amplio paradigma de la elección racional: la teoría de la decisión, la teoría de la elección social y la teoría de los juegos³. La idea esencial es la conversión del concepto cotidiano del razonamiento medios-fines (es decir, que hay que elegir los mejores medios para lograr un fin determinado) en un cálculo de toma de decisiones que incluye el razonamiento *probabilístico* (Savage 1954). Esta conversión se consiguió gracias al desarrollo de la teoría moderna de la utilidad (TMU). Aunque la teoría de los juegos no está tan vinculada a la TMU como otras ramas del paradigma de la elección racional, originariamente surgió en ese marco por obra de Von Neumann y Morgenstern (1944).

La TMU se desarrolló en un primer momento en las matemáticas aplicadas para tomar decisiones en situaciones no interactivas caracterizadas

³ Véase una selección muy completa de las principales contribuciones de todas las ramas de la TER en Allingham (2006). La teoría de la elección pública articula una alternativa de teoría de los juegos a la teoría de la elección social (Buchanan y Tullock 1965; Mueller 1989).

por el riesgo. En términos más simples, se refiere a las decisiones que debe tomar un individuo enfrentado a una serie de opciones cuyas consecuencias no se pueden predecir con certeza debido a que dependen de otros hechos.

La idea intuitiva que motiva la teoría moderna de la utilidad es de puro sentido común. Para que una elección entre diferentes alternativas de actuación sea racional, no debe guiarse por meras ilusiones; sino optar por la alternativa que nos dictan nuestras consecuencias favoritas, si todo va bien. Pero la prudencia –en el sentido más corriente del término– exige que no solo consideremos lo deseable de cada consecuencia, sino también la probabilidad de que se produzca si coincide con acontecimientos externos. La idea básica de la TER indica que se debe elegir la alternativa más favorable a la *utilidad que se espera*, es decir, la suma total de todas las consecuencias positivas y negativas de una determinada alternativa, contrastada con la probabilidad de que se produzca.

Teniendo en cuenta esa probabilidad, las estimaciones se formulan casi siempre en términos numéricos, contrastando la conveniencia de una consecuencia con la probabilidad de que se produzca, lo cual solo resulta revelador si también la conveniencia se puede expresar en términos numéricos o, mejor dicho, si las «conveniencias» se pueden medir en una escala cardinal que ofrezca información sobre hasta qué punto una consecuencia es más conveniente que otra.

El primer paso consiste en definir las propiedades relevantes del problema. Como teoría axiomática, la TER se define solo a través de los términos y condiciones que constan en sus fundamentos axiomáticos. Con la teoría no se puede expresar ningún concepto o presupuesto que no esté definido en sus axiomas ni se derive de ellos. Como esas decisiones solo son necesarias en caso de alternativas abiertas, la situación de una decisión viene definida por 1) el conjunto de opciones viables, y 2) el conjunto de hechos posibles que podrían influir en las consecuencias (resultados) de una acción, suponiendo que se especifiquen todas las combinaciones posibles de dichas consecuencias y que sean evaluadas por el agente decisor a través de comparaciones de pares.

Las comparaciones de pares representan las preferencias de un agente, a saber, una relación entre dos alternativas, A y B, de modo que una obtiene mayor puntuación que otra. El concepto se considera primitivo y no sirve para representar actitudes evaluadoras concretas como el egoísmo, el altruismo, el hedonismo o un ideal determinado de buena vida. Generalmente se considera que las preferencias de los agentes están determinadas empíricamente o por los presupuestos del modelo. En economía suele ser el máximo beneficio o los ingresos monetarios, aunque no siempre.

Se supone que un agente valora todas las consecuencias posibles según su conveniencia, es decir, de mejor a peor. Si ese orden cumple ciertos requisitos de coherencia, queda probada la existencia de una función matemática que *clasifica las preferencias frente a las consecuencias en un orden*

cardinal. Esa función se denomina función de utilidad. En la teoría moderna de la utilidad, el conjunto de definiciones viene dado por la clasificación ordinal de preferencias con respecto a las consecuencias, mientras que el conjunto de valores se expresa en números racionales. Los dos requisitos esenciales de coherencia son totalidad (a saber, que se clasifiquen todos los pares de alternativas) y transitividad (a saber, si prefiero A y no B y B y no C, entonces prefiero A antes que C); otros requisitos atañen a las propiedades matemáticas y a las aplicación de reglas de cálculo de probabilidad⁴.

Con un orden cardinal y la asignación de medidas numéricas, se puede contrastar la utilidad de cada consecuencia con la probabilidad de que se produzca y determinar la utilidad que se espera de cada procedimiento de forma que se puede realizar una comparación significativa entre todas las alternativas que tiene ante sí un agente. Podemos definir la utilidad esperada de cada procedimiento como la suma de la utilidad de cada una de sus consecuencias comparada con la probabilidad de que se produzcan. Y luego, elegiremos el procedimiento con el grado más alto de utilidad esperada.

La elección racional recomienda el criterio de la máxima utilidad en la teoría de la decisión (más adelante la veremos en la teoría de los juegos). El concepto de racionalidad de la elección racional se define en principio por los requisitos coherentes que se deben cumplir para construir una función de utilidad. El criterio de la máxima utilidad es una extensión del concepto dictado por el sentido común de la racionalidad de medios-fines en la toma de decisiones en situaciones de riesgo. La contribución de la teoría de la decisión a la aclaración de la racionalidad de medios-fines consiste en la enumeración de las condiciones que se deben cumplir para razonar o actuar según dicho criterio.

Y así, el modelo de razonamiento de la TER entra en la categoría de modelo de razonamiento lógico. No es una explicación psicológica, sino una explicación formal que especifica las condiciones ideales en las que un razonamiento concreto, el máximo aprovechamiento de la utilidad esperada, produce soluciones bien definidas.

No hace falta entrar en detalles sobre los axiomas para ver que las condiciones de la TER son muy técnicas y exigentes; evidentemente, la práctica cotidiana que las personas hacen del razonamiento de probabilidad no suele incluir el cálculo de probabilidades matemáticas. Pero ni siquiera la totalidad (la comparación de todos los pares de consecuencias) y la transitividad son ajenas a requisitos triviales si se piensa en complejas situaciones en las que las evaluaciones incluyen múltiples perspectivas y dimensiones (Kahneman y Tversky 1981).

Esto no preocupa a los matemáticos ni a los economistas, cuyo objetivo es la presentación formal de la construcción de una función de utilidad

⁴ Por razones de espacio, no se pueden enumerar estas condiciones. La presentación más accesible sigue siendo la de Luce y Raiffa (1957, cap. 2).

que sea suficiente (matemáticamente) como interpretación significativa de dicha función. No les interesan las utilidades –o preferencias– *per se* ni la toma de decisiones en la vida real.

El carácter técnico de las condiciones de coherencia y la construcción de una función de utilidad exigida por el modelo no siempre colman las expectativas y demandas de los sociólogos, interesados en explicar el comportamiento de las personas en situaciones de la vida real. Los individuos normales no hacen cálculos de probabilidad del nivel de los cálculos de probabilidad matemáticos (Allais 1953). La propia idea de que las personas aspiran a obtener la máxima utilidad esperada fue calificada de demasiado exigente por Simon (1982), quien propuso un modelo más modesto de racionalidad instrumental imperfecta tendente a «satisfacer» más que a «obtener lo máximo». La primera oleada de críticas a la TMU no decía que el concepto de racionalidad utilizado fuese demasiado estrecho, sino que era demasiado exigente.

El segundo punto que conviene resaltar es que la explicación implícita de la evaluación utilizada en la TMU es meramente *consecuencialista* –a saber, busca los resultados– e instrumental. El consecuencialismo parece algo inocente en el contexto del razonamiento de medios-fines y cuando las decisiones no afectan a otras personas, pero hay que considerar dos hechos importantes:

- 1) Implica que las preferencias son neutrales en cuanto a las descripciones morales o sociales de los procedimientos alternativos: por ejemplo, si una acción se adapta a las normas sociales o morales o las viola.
- 2) El consecuencialismo *mira solo hacia delante*⁵. Es evidente que el consecuencialismo no proporciona explicaciones racionales de acciones que son reacciones ante hechos del pasado –como las acciones de otras personas o compromisos o promesas pasadas– o derivan de normas que se basan en la costumbre, etc. (Hollis y Sugden 1993; Nida-Rümelin 1993; Zintl 2001)⁶.

Los aspectos no consecuencialistas suelen ser decisivos en los procesos de razonamiento y toma de decisiones para las personas en la vida cotidiana, pero tal y como se estructura la teoría axiomática, estos aspectos no se pueden integrar en el marco general sin grandes cambios. A al-

⁵ Sin embargo, no es forzosamente amoral o egoísta; el utilitarismo también es consecuencialista.

⁶ Existe la idea de que las evaluaciones positivas y negativas del procedimiento se pueden integrar si consideramos los «costes psicológicos» que acompañan a la ejecución de un procedimiento determinado, como comprar en vez de robar. No es lo mismo desear la posesión de algo si se consigue por medio del robo o desearlo si se obtiene por transferencia legal de manos de otra persona. Dicha postura es posible en principio, pero va contra el espíritu lógico del modelo.

gunos teóricos les parece bien porque no creen que el razonamiento medios-fines sea la única forma de racionalidad práctica, sino una de tantas. A otros les da igual porque creen que los restantes aspectos son irracionales. Pero el consecuencialismo conlleva graves restricciones en la aplicación general del modelo. Solo se adapta a determinados tipos de elección, a saber, aquellos en los que las consecuencias son los únicos aspectos de evaluación, o al menos los más importantes.

Estos dos puntos constituyen las mayores deficiencias de la teoría de la elección racional en las ciencias sociales. Mientras que el razonamiento probabilístico juega un papel menor en la teoría de los juegos, la lógica del consecuencialismo es la misma.

LA RACIONALIDAD DE LA INTERACCIÓN: BÚSQUEDA DE EQUILIBRIOS

La teoría de los juegos se relaciona con la teoría moderna de la utilidad a través de la idea de que los agentes eligen un procedimiento que esperan tendrá las mejores consecuencias dadas las alternativas disponibles. Sin embargo, reconoce que el simple máximo aprovechamiento de la utilidad esperada no es una opción racional en situaciones de interacción social.

El criterio de la elección racional en la teoría de los juegos es buscar un *punto de equilibrio*. Existen diferentes conceptos de punto de equilibrio, y no todos coinciden con el máximo aprovechamiento de la utilidad esperada. Sin embargo, todos son estrictamente consecuencialistas. A la teoría de los juegos le interesa la toma racional de decisiones en situaciones en las que las consecuencias de una determinada acción están determinadas, en parte, por la propia decisión y, en parte, por las decisiones de las personas con las que uno se relaciona.

El reto de la interacción social surge porque los agentes deben basar sus elecciones en expectativas mutuas sobre las decisiones de los demás. Puesto que la decisión de la segunda persona depende de que lo que cree que elegirá la primera persona, esta ha de basar su elección en la expectativa sobre la reacción de la segunda persona ante la posible elección de la primera persona, y así sucesivamente.

La mutua dependencia de elección suscita la amenaza de que los agentes se vean inmersos en una regresión infinita o en un círculo de expectativas sobre expectativas. No hay forma de que los agentes hagan una elección que merezca el calificativo de racional —frente a lo arbitrario—, a menos que identifiquemos una conclusión racional con la cual terminen las reflexiones sobre las expectativas mutuas. En este caso el reto a la racionalidad no es de *maximización*, sino de *estabilidad*: llegar a una elección que se pueda sostener aunque la otra persona sepa lo que vamos a decidir. Este es el problema que resuelve el concepto de equilibrio.

La búsqueda de un punto de equilibrio puede coincidir con la elección de una acción que satisfaga al máximo las preferencias subjetivas de una persona, pero no siempre. El teorema minimax⁷, formulado por John von Neumann y Oskar Morgenstern, que definieron la teoría de los juegos, dice que los juegos de suma constante de dos personas tienen un punto de equilibrio que garantiza a los jugadores un beneficio máximo mínimo y una pérdida mínima máxima, respectivamente, si se aceptan las expectativas de ambos.

Los juegos de suma constante se caracterizan, por definición, de tal manera que la ganancia de una persona es igual a la pérdida de la otra; el juego es esencialmente conflictivo. Una estrategia mixta consiste en la distribución probabilística de todas las estrategias (puras) de que dispone un agente. Se escoge la estrategia utilizando, por ejemplo, un principio aleatorio para decidir entre los diferentes procedimientos disponibles. Y así, si un agente puede hacer X o Y, y tiene la estrategia mixta de elegir X con una probabilidad de 2/3 e Y con una probabilidad de 1/3, puede lanzar un dado y elegir X si sale 1, 2, 3 o 4, o elegir Y si sale 5 o 6. En principio, la posible distribución de probabilidades ante el conjunto de estrategias disponibles es una estrategia mixta. Se supone que los actores racionales elegirán una estrategia mixta que minimice las pérdidas y obtenga las máximas ganancias. Por desgracia, el teorema minimax tiene una aplicación bastante restringida.

El teorema minimax demuestra que en los juegos de suma constante de dos personas, existe al menos una combinación de estrategias mixtas para los jugadores, de modo que si se practicase el juego un determinado número de veces, la estrategia mixta minimizaría la pérdida máxima y optimizaría la ganancia mínima de los jugadores; y si existe más de una combinación de estrategias mixtas, los equilibrios resultantes serían equivalentes. Naturalmente, ello no quiere decir que el juego tenga que repetirse muchas veces, sino que debemos elegir como si ese fuera el caso, aunque se juegue una sola vez.

El concepto de racionalidad utilizado en el teorema minimax es una variación del principio de razón insuficiente de Laplace: si no se cuenta con una buena razón para pensar que lo que uno cree tiene más visos de ser cierto que otra creencia, hay que considerar ambas como si fuesen igualmente ciertas. (Véase un razonamiento práctico similar en Neurath 1913.)

Semejante razonamiento no será aceptado como método racional de deliberación fuera de las aulas académicas. Hasta los teóricos con mentalidad más matemática manifiestan dudas, aunque solo sea porque las situaciones

⁷ El teorema minimax es, como su nombre indica, una proposición teórica que se puede demostrar. No hay que confundirlo con el criterio minimax de toma de decisiones en situaciones de incertidumbre; véase una explicación a fondo en Luce y Raiffa (1957), o detalles sobre la teoría de los juegos y las decisiones en cualquier libro de texto.

Tabla 8.1. Juego 1: dilema del prisionero (1)

Peter, Paul	No confesar (Cooperar [C])	Confesar (Delatar [D])
No confesar (Cooperar [C])	3,3	1,4
Confesar (Delatar [D])	4,1	2,2

Nota: en este cuadro y en el siguiente siempre es $4 > 3 > 2 > 1$.

de conflicto estricto —como las presentadas en los juegos de suma constante de dos personas— son muy infrecuentes. La mayoría de las situaciones de interacción social son los llamados *juegos de motivación mixta*, es decir, situaciones en las que las ganancias de un jugador no igualan las pérdidas de otro porque ambos pueden ganar o perder. Existen alternativas al equilibrio de estrategias mixtas de Von Neumann-Morgenstern, y no solo son mucho más fáciles de determinar, sino también mucho menos exigentes desde el punto de vista psicológico. El concepto de equilibrio que goza de mayor aceptación en la teoría de los juegos es el de Nash⁸, según el cual se debe elegir la mejor estrategia alternativa a lo que se piensa que elegirá la otra(s) persona(s). Obsérvese que el concepto de equilibrio de Nash se define en relación a la elección real del otro jugador.

El concepto de punto de equilibrio de Nash tiene la importante ventaja de ofrecer un criterio racional aplicable incluso a juegos en los que hay una clasificación ordinal de preferencias con respecto a los resultados. Sin embargo, como demuestra el dilema del prisionero, los equilibrios de Nash no tienen por qué escoger forzosamente el procedimiento que optimice la satisfacción y preferencias de los agentes.

Juego 1: dilema del prisionero (DP)

Dos sospechosos son detenidos y separados. El fiscal está convencido de que son culpables de un delito, pero no tiene pruebas suficientes para acusarlos ante un tribunal. Dice a cada prisionero que hay dos alternativas: confesar el delito que la policía está segura que han cometido o no confesar. Si ninguno confiesa, el fiscal los acusará de un delito muy leve, como hurto y tenencia de armas, y la condena será pequeña; si ambos confiesan, serán acusados, pero el fiscal recomendará una sentencia benévola; pero si uno confiesa y el otro no, el que confiese recibirá un tratamiento de favor por delatar a su cómplice, mientras que el otro cargará con todo el peso de la ley (Hargreaves Heap, Hollis, Lyons *et al.* 1992, p. 99).

⁸ Una introducción excelente y actualizada de la teoría de los juegos es la de Hargreaves Heap, Hollis, Lyons *et al.* (1992).

Tabla 8.2. Juego 1: dilema del prisionero (2)

Peter, Paul	Cooperar (C)	Delatar (D)
Cooperar (C)	R = recompensa	S = Pardillo
Delatar (D)	T = tentación	P = pena

En la tabla 8.1 se muestran las compensaciones recibidas por cada uno de los dos prisioneros, Peter y Paul.

En la tabla 8.2 se ofrece un modelo de alternativa (subrayando las consecuencias para Peter).

Como se puede apreciar a simple vista, cada agente se beneficiaría si ambos eligiesen C en vez de D porque $(C, C) > (D, D)$ en el caso de ambos. Simultáneamente, cada uno de ellos se arriesga a sufrir perjuicios unilaterales si elige C, porque el resultado (C, D) es la peor opción. Puesto que la teoría de los juegos —como la teoría moderna de la utilidad— es estrictamente consecuencialista, cada agente tendrá que confiar en que la evaluación de todas las posibilidades realizada por el otro se base exclusivamente en las consecuencias que experimentarán en su situación. Por tanto, ninguno de ellos elegirá C si espera que el otro elija C, ya que $(D, C) > (C, C)$ para ambos. En consecuencia, ambos saben que la elección de C no es racional para ninguno de los dos bajo ningún concepto, lo cual deja a D como la estrategia dominante⁹ y (D, D) como el único punto de equilibrio del juego.

Una crítica habitual al dilema es que describe un problema para egoístas o personas que solo buscan su interés. Sin embargo, es una crítica errónea, ya que el dilema deriva de las propiedades estructurales del juego, no de una supuesta teoría de la motivación. La estructura del juego, tal y como figuran las recompensas, representa las preferencias de todos los agentes. Por tanto, no tiene sentido preguntar si los altruistas «preferirían» C a D o (C, D) a (D, C) porque si el altruismo frente al egoísmo juega algún papel en la evaluación, ya se refleja en la lista de alternativas.

Es más lógico preguntar: ¿La situación del dilema del prisionero podría darse entre agentes no egoístas? Naturalmente, se trata de una cuestión empírica. Si consideramos que los agentes, en la vida real, se caracterizan por una estructura de motivaciones mixtas que incluyen actitudes altruistas y egoístas, la respuesta será «sí». Dichos agentes coinciden con el ser humano normal y se encuentran en situaciones que, estructuralmente, se parecen al dilema del prisionero. Tal vez no el dilema del prisionero bipersonal, pero el dilema del prisionero de un número indeterminado de personas, también conocido como «tragedia de los bienes comunes» (Hardin 1968), representa una situación estructural corriente en la vida social.

⁹ Una estrategia dominante es la que tiene mejores consecuencias que cualquier otra con respecto a todos los posibles procedimientos o estrategias elegidos por otro agente.

Tragedia de los comunes

El bien comunal o común es un pasto del que pueden disponer todos los ganaderos de un pueblo. Cada ganadero puede llevar parte de su ganado al pasto común y apastar el resto en sus propias tierras, aunque se beneficiaría cuanto más ganado llevase al pasto común. No obstante, si todos los ganaderos hacen lo mismo, el pasto se secará.

Este ejemplo se ha aplicado a muchas situaciones reales en las que hay actividades colectivas o que atañen a la provisión y mantenimiento de bienes públicos (véase, por ejemplo, Olson 1971; Taylor 1987; Ostrom 1990).

Curiosamente, los agentes reales no llegan al punto de equilibrio subóptimo de Pareto, sino que cooperan, no solo en la vida cotidiana, sino también en situaciones experimentales (Rapoport y Chammah 1965).

Otra crítica al modelo incide en el consecuencialismo. La respuesta intuitiva al éxito de la cooperación en ambientes reales es la existencia de instituciones (coercitivas) y de normas y prácticas (morales), como promesas o contratos que apoyan y facilitan la cooperación y superan las restricciones del individualismo racional. Sin embargo, la situación institucional solo se puede integrar en el marco teórico si su implantación y mantenimiento se presentan como un equilibrio. (Esta cuestión jugó un papel importante en el desarrollo de los juegos evolutivos e iterados, que veremos al final del capítulo.)

En el juego estático sencillo (juego 1), se ve claramente que la referencia a actitudes de obediencia a las normas no convence debido a la estructura consecuencialista del modelo básico. Supongamos que Paul promete a Peter elegir C. ¿Eso daría a Peter una «razón» —compatible con los principios de la teoría moderna de la utilidad— para elegir también C? La respuesta de los teóricos de la elección racional es no. Hay dos motivos para que sea no, uno simple y el otro más sofisticado. El simple es que, teniendo en cuenta la promesa de Paul, Peter sentiría la tentación de explotarlo, cosa que Paul puede sospechar, lo cual supone un incentivo para no cumplir la promesa; a su vez Peter también lo habrá previsto y, por tanto, no se fiará de la promesa de Paul. Aunque ambos tendrían mejores perspectivas si existiese la promesa como institución, ninguno de ellos tiene un motivo racional para cumplirla. La estructura del dilema del prisionero se repite al nivel de obediencia (o cumplimiento) de las instituciones.

La respuesta más complicada subraya el problema de que el consecuencialismo no deja lugar a razones o motivos derivados de compromisos (obligaciones) del pasado, como una promesa. Aunque esos compromisos son ventajosos para ambas partes, no se pueden introducir en el modelo debido a la estructura consecuencialista de la evaluación. Una vía alternativa consiste en introducir estrategias más complejas como la «cooperación con otro cooperador», «delatar al delator», pero eso cambia

la estructura del juego: el DP se convierte en un *juego de coordinación* (véase en las páginas siguientes el juego 5).

Los límites del consecuencialismo resultan más evidentes en entornos de interacción social, pero se observan también en el análisis de elección racional de las decisiones políticas que toman los individuos. Pensemos, por ejemplo, en la teoría económica de la democracia de Downs (1957). Según Zintl (2001), es un examen analítico que sirve para valorar los límites y el alcance del concepto de democracia como competición por los votos entre las elites o, como se suele decir, el modelo del *Homo economicus*. El modelo económico ideal de democracia de Downs considera el comportamiento a la hora de votar como de optimización de la utilidad, y el comportamiento partidario como competición en busca de votos con vistas a obtener los mejores puestos para los miembros del partido. La idea, como es bien sabido, conduce a la *paradoja del votante*, la conclusión de que votar es irracional. Dada la mínima influencia de cada voto particular, los costes de depositar el voto propio exceden la ganancia potencial que este produce. Por tanto, los que deseen optimizar la utilidad, deberían abstenerse. Aunque la teoría ideal solo expresa un contrapunto, frente al que Downs desarrolla hipótesis sobre el papel y significado de actitudes irracionales a primera vista (como la adhesión a ideologías), tanto el modelo ideal como el no ideal ofrecen una solución a la paradoja del votante. Lo que se dice a continuación no es obvio, pero expresa con precisión, no solo los límites de la optimización de la utilidad, sino en términos más generales los del razonamiento *consecuencialista* dentro de la explicación de la conducta sociopolítica¹⁰.

Otro problema diferente que surge al identificar la elección racional con la búsqueda de puntos de equilibrio es que en muchos tipos de juego existe más de un equilibrio; la teoría de los juegos no dice cuál elegir. Esas situaciones se llaman *problemas de coordinación* y se utilizan como modelo en los congresos de afirmación de la personalidad (Lewis 1969). Un juego típico de coordinación es el siguiente:

Juego 2: tráfico

Dos conductoras, Ann y Rosalind, pueden conducir por la derecha o por la izquierda. Ninguna tiene una preferencia especial por un lado, pero las dos prefieren conducir por el mismo lado de la carretera para evitar choques.

Las recompensas de este juego se ven en la tabla 8.3. La teoría de los juegos no ofrece una solución clara al problema, porque ni Ann ni Rosalind tienen fundamento para decidir de forma independiente cuál es el mejor lado.

¹⁰ Por ejemplo, véase una crítica con ampliaciones en Tsebelis (1990), y Brennan y Hamlin (2000).

Tabla 8.3. Juego 2: tráfico

Ann, Rosalind	Conduce por la izquierda	Conduce por la derecha
Conduce por la izquierda	2,2	0,0
Conduce por la derecha	0,0	2,2

Tabla 8.4. Juego 3: trampa social

Jules, Jim	Cita en el restaurante (A)	Cita en la biblioteca (B)
Cita en el restaurante (A)	2,2	0,0
Cita en la biblioteca (B)	0,0	1,1

Se han estudiado más a fondo los problemas de coordinación con varios equilibrios no equivalentes, como el siguiente:

Juego 3: trampa social

Dos personas, Jules y Jim, organizan una cita. Hay dos lugares donde pueden quedar: el restaurante y la biblioteca, y ambos prefieren verse en el restaurante.

El juego 3 (tabla 8.4) tiene dos equilibrios de Nash en (A, A) y (B, B) con (A, A) > (B, B) para cada agente. Sin embargo, como demuestran Hollis y Sugden (1993), ningún agente tiene motivos para elegir A porque eso solo sería «racional» si esperase que el otro también eligiera A y viceversa; pero si se entiende como la mejor estrategia alternativa a la elección del otro agente, (B, B) es tan racional como (A, A). El concepto de equilibrio de Nash no da razones para preferir uno sobre otro. Por intuición, uno se sentiría inclinado a decir que los agentes racionales escogen el mejor equilibrio para todos los participantes. Pero esa postura no forma parte del concepto de equilibrio de Nash, definido como la mejor estrategia alternativa a la verdadera elección del otro jugador. Además, dicha postura sería poco útil en problemas de coordinación como el del juego 4 (véase la definición a continuación y la tabla 8.5), donde los dos equilibrios dan (4, 3) y (3, 4), favoreciendo a Harry en un caso y a Sally en el otro¹¹. Por tanto, no pueden sustituir el concepto de equilibrio de Nash,

¹¹ El denominado juego «de la gallina», muy utilizado como modelo de amenaza, es un problema de coordinación aún más complejo: «Dos adolescentes, Dean y Brando, deciden zanjar una discusión conduciendo cada uno un vehículo en dirección contraria en una carretera. El primero en desviarse, pierde. Si los dos conducen en línea recta, chocan y se arriesgan a sufrir

Tabla 8.5. Juego 4: batalla de los sexos

Harry, Sally	Cita en el boxeo	Cita en el ballet
Cita en el boxeo	4,3	2,2
Cita en el ballet	1,1	4,3

pero definen un concepto adicional y repiten el problema de coordinación a un nivel superior, puesto que es racional adoptar dicho concepto de elección racional si la otra persona también lo hace¹².

Juego 4: batalla de los sexos

Harry y Sally desean pasar una velada juntos, pero Harry quiere ir al boxeo, mientras que Sally prefiere el ballet, de acuerdo con los gustos personales de cada cual. No tienen posibilidad de comunicarse el lugar de la cita, pero ambos conocen las preferencias mutuas.

La complejidad de los problemas de coordinación fue analizada en profundidad por Schelling (1960) en *La estrategia del conflicto*, donde incluyó experimentos con personas reales. A la luz de los resultados empíricos, Schelling llegó a la conclusión de que «destacaban» ciertos equilibrios, en el sentido de que «tenían un significado especial» que llevaba a los participantes del experimento a escogerlos. Schelling introdujo el término *prominencia (salience)* para denominar la cualidad de lo que destaca. Pero también aclaró que la prominencia no se puede expresar adecuadamente en el marco teórico de la teoría de la elección racional porque presupone una semántica compartida. El punto no es trivial en absoluto. Schelling dio a entender que la teoría de los juegos es discontinua con respecto al marco bayesiano de la teoría de la elección racional (Schelling 1960; Spohn 1982).

Otros teóricos van más lejos y se preguntan si la relevancia de una semántica compartida contradice el proyecto del individualismo metodológico (IM), una de las principales premisas sobre el interés de la teoría de los juegos, porque *prominencia* implica una forma de holismo, un «en-

graves heridas» (Hargreaves Heap, Hollis, Lyons *et al.* 1992, p. 106). En la tabla siguiente se muestran los beneficios:

Dean, Brando	Conducir en línea recta	Desviarse
Conducir en línea recta	0,0	4,1
Desviarse	1,4	2,2

¹² Véase un análisis detallado en Hollis y Sugden (1993).

tendimiento común» u «holismo de significados» (Hollis y Sugden 1993). Aunque el holismo de significados es un requisito básico y fundamental para cualquier forma de comunicación y de interacción razonable, no contribuye a ninguna ontología social concreta. Por tanto, resulta insuficiente decidir el debate entre partidarios del IM y del holismo, aunque sin duda opone argumentos de peso al IM.

«¡Lástima de teoría!», podríamos exclamar. Ciertamente, es una lástima si esperamos que las teorías de los juegos y de la elección racional proporcionen una explicación directa de la conducta racional. El hecho de que la teoría de los juegos aconseje elegir el equilibrio subóptimo en situaciones del tipo del dilema del prisionero se ha visto como resultado contraproducente del concepto de racionalidad de la elección racional. Sin embargo, los límites de la elección racional detectados en los problemas de coordinación son aún más demoledores en el caso de que la elección racional no esté bien definida –a saber, no proponga una solución única– en un número significativo de juegos. Como señalan Hollis y Sugden (1993), hasta el momento la teoría de los juegos no ha logrado ofrecer una solución adecuada sobre qué deben hacer dos personas que se encuentran en un pasillo estrecho¹³.

HACIENDO BALANCE

Volvamos al principio: un juicio sobre la utilidad de la teoría de los juegos y de la teoría de la elección racional en general depende, no solo de la *capacidad explicativa* de la teoría, sino también del *uso que se hace de ella*. Los fracasos resultan muy instructivos si redundan en un diagnóstico preciso y en un perfeccionamiento de la teoría que trascienda las objeciones dictadas por el sentido común o la oposición más dogmática. Son más instructivos cuando se utilizan con fines analíticos.

Centrémonos en los posibles usos y aplicaciones de la teoría de los juegos en las ciencias sociales. El atractivo de la teoría de los juegos para los teóricos de las ciencias sociales proviene de una serie de motivos. Los tres más comunes son los siguientes:

- 1) Si se considera que la teoría de la elección racional ofrece un enfoque explicativo, hay un punto de atracción en la expectativa de que actúe como alternativa al conductismo al abrir la «caja negra» de la mente humana (Monroe 2001). Si se piensa que las explicaciones de agencia causal exigen indicaciones sobre los mecanismos psicológicos (regulares) (Hedström y Swedberg 1998), la descripción de

¹³ Véase un debate sólido e informado de los inconvenientes del concepto de racionalidad de la elección racional en Green y Shapiro (1994) y en Friedman (1996).

tomas de decisión y de razonamientos ejerce una evidente atracción (véase Héritier, cap. IV).

Sin embargo, como modelo de una descripción concreta de razonamiento, la teoría de los juegos compite con otros enfoques que también pretenden explicar la conducta humana a través de motivos y razones, pero refrendan diferentes descripciones de la «racionalidad práctica», la «deliberación práctica» o las «razones para actuar». La explicación económica de la racionalidad de medios-fines y el modelo del *Homo economicus* se han utilizado a veces sin modificar como tipos ideales con fines explicativos¹⁴, tanto en ciencia política como en sociología. Sin embargo, lo habitual es que se consideren tipos ideales y se utilicen como mecanismos para el desarrollo de justificaciones alternativas y más realistas de las explicaciones conductistas¹⁵. Sus resultados también se transforman en justificaciones explicativas del desarrollo institucional y el cambio, como en el caso de Scharpf (1993), Aoki (2001), Congleton y Swedberg (2006) y Héritier (2007). No obstante, la teoría de los juegos evolutivos se aleja un tanto de la adhesión al individualismo metodológico (IM).

- 2) En un nivel más abstracto, la teoría de los juegos fue interpretada como un enfoque orientado a la acción por los partidarios del *individualismo metodológico*, una alternativa a los enfoques estructuralista y funcionalista de las ciencias sociales. Como señalan Osborne y Rubinstein (1994, p. 1), los modelos de la teoría de los juegos ofrecen «representaciones muy abstractas de clases de situaciones reales». Estos modelos se han utilizado a menudo en el análisis de la estructura y el desarrollo dinámico de macrofenómenos como las instituciones, las normas y las convenciones en sociología (Coleman 1990), y en ciencia política tanto en la rama analítica como en la normativa, sobre todo en la teoría del contrato social (Ullmann-Margalit 1977; Axelrod 1984; Taylor 1987; Bicchieri 2006). Como su atractivo radica en su cualidad abstracta, estos estudios funcionan habitualmente con modelos puramente formales.
- 3) Dados sus precisos fundamentos axiomáticos, el paradigma de la elección racional se consideró una vía para el desarrollo de la «teoría (política) positiva» –o mejor dicho, teorización– en ciencias sociales. Su éxito como metodología depende de hasta qué punto la teoría de los juegos nos permite extraer modelos explicativos e hi-

¹⁴ Véase una crítica general en Sen (1977).

¹⁵ Véase la descripción que Simon hace de la «racionalidad limitada» (Simon 1982) y los estudios de Elster sobre la irracionalidad, el cambio de preferencias y la «subversión de la racionalidad» (Elster 1979, 1983, 2000). Para aplicaciones de la teoría de los juegos en sociología, cf. Abel (1991), parte III.

pótesis no solo refutables, sino también que indiquen con precisión *dónde* y *por qué* fallan (Riker y Ordeshook 1973; Riker 1997). Aunque los fundamentos axiomáticos concretos del paradigma de la elección racional no excluyen interpretaciones controvertidas de las deficiencias del modelo, ofrecen un método aprovechable para el desarrollo continuo de cuestiones a investigar –junto con el desarrollo de modelos estadísticos e informatizados– y también modelos perfeccionados¹⁶.

Tanto en ciencia política como en sociología la teoría de los juegos se ha utilizado esencialmente como herramienta analítica de elaboración teórica, no como justificación directa de la conducta del individuo en situaciones específicas¹⁷. Como observa Zintl (2001), en ciencia política hay dos grandes áreas de aplicación. La primera es el análisis de las estructuras institucionales y sociales en un nivel en el que los motivos o razones de los individuos que las integran son irrelevantes –por ejemplo, cuando los fenómenos que se analizan son macrofenómenos constituidos por las acciones de gran número de personas con muchas actitudes o motivos diferentes. Son ilustrativos fenómenos como las normas generales, las convenciones sociales o las prácticas tradicionales– o en el análisis de situaciones sociales o institucionales en las que los motivos de los individuos están condicionados por aspectos estructurales del ambiente en el que las personas interactúan.

Sin embargo, la segunda aplicación de la teoría de los juegos, y también la más prometedora, es la conceptualización, la exposición del problema o rompecabezas que queremos estudiar, y la construcción de hipótesis explicativas. Zintl (2001) califica estas aplicaciones de «sofisticadas», frente a la aceptación sin más del *Homo economicus* como modelo para explicar conductas, que tilda de «ingenuo».

Un ejemplo clásico de aplicación sofisticada de teoría de los juegos para explicar el comportamiento político es la *Teoría de las coaliciones políticas* de Riker (1962). Partiendo del supuesto de que la formación de coaliciones mínimas es la elección racional ideal para partidos que desean optimizar las posibilidades de sus miembros, la frecuencia de coaliciones

¹⁶ Algunos modelos avanzados de la teoría de los juegos evolutivos se aproximan tanto a los procedimientos experimentales como es posible en ciencias no naturales (Skyrms 2004).

¹⁷ Una excepción es la teoría de la negociación, que constituye una práctica de interacción adecuada para la aplicación de modelos económicos si –o siempre que– las cuestiones en liza no se puedan considerar excepcionales. Evidentemente, la negociación no solo se guía por estrategias de elección lógicas, sino también por aspectos psicológicos; cuanto más importantes son estos últimos, menos fiables resultan los modelos de elección racional. Véanse análisis y aplicaciones de la teoría de los juegos a problemas de negociación y transacción en Brams (1990), Brams y Taylor (1996), y Raiffa, Richardson y Metcalfe (2002). Mercer (2005) hace una crítica de las deficiencias psicológicas de la teoría de la elección racional.

no mínimas plantea un arduo problema para la investigación más concreta de motivos e incentivos en la formación de coaliciones.

Sin embargo, el principal ámbito de aplicación de la teoría de los juegos es el análisis de las instituciones. Como ningún artículo ofrece una imagen satisfactoria del alcance de dichas aplicaciones y los estudios de la teoría de los juegos se guían por problemas, no por aplicaciones, dedicaremos el resto del capítulo a los desarrollos analíticos más importantes relacionados con los juegos del dilema del prisionero¹⁸.

Naturalmente, el lector tendrá que elaborar su propio juicio sobre la utilidad de la teoría de los juegos. Pero para orientarlo, la última parte explica los avances más recientes de la teoría de los juegos.

EL USO DE MODELOS DE LA TEORÍA DE LOS JUEGOS CON FINES ANALÍTICOS

El juego del dilema del prisionero es el modelo más estudiado de la teoría de los juegos debido a que la solución teórica del juego no es intuitiva. Curiosamente, aunque hay situaciones reales que coinciden con la estructura del dilema del prisionero, la cooperación es bastante habitual en la vida real. Una razón de peso es que en la vida las decisiones dependen de recursos sociales y cognitivos que apoyan la cooperación en casos como el DP. Para entender mejor esos recursos es necesario un análisis a fondo.

La expectativa es que, si los modelos se pueden modificar, cambiar y revisar, su estudio revelará las condiciones necesarias para que ciertas soluciones sean posibles o estables. El interés que guía la investigación no es tanto el deseo de aproximar el modelo a la realidad –o de hacer que la realidad sea compatible con el modelo–, sino el desarrollo de escenarios hipotéticos que aclaren la dinámica, estructuras y condiciones de la estabilidad o inestabilidad de ciertas estructuras sociales. Cuantas más variaciones tengamos, más información recibimos. Por ejemplo, si el modelo original de teoría de los juegos estáticos se traslada a modelos de metajuegos, juegos iterados y juegos evolutivos, la perspectiva primaria que obtenemos de esas variaciones se refiere a las condiciones que facilitan u obstaculizan el desarrollo de ciertas estructuras sociales, entendidas como modelos de comportamiento individual.

En lo que queda de capítulo expondré los tres resultados y posterior evolución de la teoría de los juegos en relación al debate sobre el DP y los juegos de coordinación¹⁹: el enfoque basado en normas, que implica la transformación del juego de DP en un juego «de confianza» (JC), llamado

¹⁸ Sin embargo, hay que decir que este aspecto se reforzó con la mejora de las tecnologías informáticas.

¹⁹ Un cuarto aspecto, el de los juegos psicológicos, rebasa las pretensiones de este capítulo; los lectores interesados pueden consultar el libro de Hargreaves Heap y Varoufakis (2004, cap. 7).

también «caza del ciervo»; un interesante resultado de los juegos de DP iterados referente al tamaño del grupo; y varias herramientas utilizadas en la teoría de los juegos evolutivos (TJE).

RAZONES ORIENTADAS POR NORMAS Y EL DESAFÍO DE LA RECIPROCIDAD

La primera crítica a la TER es esta: el fracaso para ofrecer una justificación de la conducta cooperativa coherente con los presupuestos básicos de la teoría moderna de la utilidad se debe al peso del egoísmo. Si asumimos que en las preferencias personales no solo hay motivos egoístas, sino también actitudes sociales (o morales), la estructura de interacción que caracteriza al DP no se produce. En su lugar, los agentes racionales se enfrentan a un problema de reciprocidad: la elección no es simplemente entre (a) cooperar y (b) delatar, sino estrategias o máximas de comportamiento como (a') cooperar con personas que también deseen cooperar, y (b') delatar si se coincide con otro delator. Estas máximas se pueden considerar metaestrategias. Un juego que sirve de modelo a la nueva interpretación es el juego de la «caza del ciervo» (tabla 8.6), que toma el nombre de un famoso ejemplo de Rousseau.

Juego 5: caza del ciervo

Dos cazadores pueden cazar juntos un ciervo (un ejemplar adulto con mucha carne) o por separado un conejo (rico, pero mucho menos abundante). Cazar ciervos es difícil y exige cooperación. Si optan por cazar el ciervo por separado, las posibilidades de lograrlo son mínimas. La caza de ciervos en colaboración es más beneficiosa, pero se necesita mucha confianza entre los cazadores. Es un juego de coordinación con dos equilibrios en (C', C') y (D', D'), y cooperación recíproca (C', C') en un Pareto superior.

Los juegos de coordinación no son menos problemáticos, teóricamente, que los juegos de DP. Los actores racionales no tienen incentivos para colaborar con los cazadores de conejos, y teniendo en cuenta que la caza del ciervo solo produce un equilibrio si un cazador coincide con otro, el juego de la caza del ciervo no tiene solución obvia en términos de la TER. El problema de la cooperación recíproca, tal como se presenta en el juego de la caza del ciervo, consiste en (a) identificar a los colaboradores y a los no colaboradores, y (b) coordinar a los colaboradores para que interactúen.

Por desgracia, no se puede resolver ningún problema con los recursos teóricos de la teoría clásica de los juegos. No obstante, la crítica hizo avanzar el debate significativamente. Dejó claro que el dilema del prisionero no es tanto un problema de motivación egoísta que se puede superar apelando a la moralidad de las personas, sino una cuestión *cognitiva*.

Tabla 8.6. Juego 5: caza del ciervo (seguridad)

Peter, Paul	Caza del ciervo (C')	Caza del conejo (D')
Caza del ciervo (C')	3,3	0,2
Caza del conejo (D')	2,0	1,1

JUEGOS ITERADOS: LA CUESTIÓN DEL POLIZÓN

Otro intento de superar el dilema del prisionero parte de la idea de que las ganancias generadas por la cooperación reiterada superan las continuas traiciones mutuas e incluso compensan la explotación esporádica si la cooperación recíproca es frecuente. Este enfoque se enmarca en la estructura consecuencialista (orientada a los resultados) del paradigma de la elección racional más extenso, pero el modelo se enriquece al introducir una orientación futura permitiendo la iteración y el aprendizaje de la experiencia. El desarrollo posterior se produjo gracias a (a) el desarrollo de los juegos iterados y (b) la programación de estrategias que basaban la toma de decisiones en información sobre los resultados de la ronda anterior. Son conocidos los torneos informáticos de todos contra todos organizados por Axelrod y consistentes en juegos de DP con estrategias diseñadas para profesionales y no profesionales. Los torneos presentaban la interacción entre estrategias de juegos de DP iterados, no entre agentes, y consistían en rondas iteradas de enfrentamientos bilaterales. Algunas estrategias eran abusivas, otras cooperativas, y la ganadora —«toma y daca»— se basaba en la reciprocidad: «toma y daca» coopera desde el principio y, luego, utiliza la estrategia elegida por su contrincante en la ronda anterior.

El interés de los juegos iterados y evolutivos no atañe solo a las cuestiones de elección o de lógica estratégica, sino a las condiciones en las que se pueden lograr o esperar que sean estables ciertos resultados o estrategias. En consecuencia, la atracción del estudio de estos juegos consiste en identificar parámetros relevantes y modificarlos para estudiar sus efectos.

Axelrod (1984) resume unos cuantos resultados generales. El torneo descubrió que el éxito de las estrategias cooperativas depende mucho del ambiente estratégico, y también que no hay un equilibrio único, sino que puede haber varios. Aunque la traición incondicional siempre es un equilibrio, en ciertas situaciones se producen equilibrios cooperativos, pero solo si la cooperación se condiciona a la reciprocidad y se castiga la traición. La cooperación incondicional fomenta estrategias de explotación. La estrategia que obtuvo el beneficio mayor por término medio, toma y daca, procede de experimentos empíricos realizados por Rapoport y Chammah (1965).

Aunque Axelrod resumió los resultados de su torneo con gran optimismo como «evolución de la cooperación entre egoístas», los efectos son

bastante limitados porque el torneo consistía en enfrentamientos bilaterales repetidos y agregados de cada estrategia con las demás en varias rondas. Un caso mucho más interesante para el estudio de las estructuras cooperativas y/o las normas sociales *generales* de cooperación sería una variación con un número indeterminado de personas del juego del dilema del prisionero, que se utiliza habitualmente para presentar la provisión de servicios públicos (Hardin 1985; Taylor 1987).

La llamativa diferencia entre el caso bipersonal y el de varias personas es que los beneficios dependen de la interacción entre las dos estrategias en el primer caso, mientras que en el segundo dependen también del grado de cooperación de los jugadores con los que uno no interactúa²⁰. Esta diferencia de estructura genera el grave problema del polizón en el juego iterado y es un incentivo para boicotear la cooperación. Fue Taylor quien diseñó y analizó esos juegos (1987); descubrió que la selección de un equilibrio en un juego DP iterado con un número indeterminado de personas no es imposible, pero que las condiciones son tan estrictas que hay muy pocas probabilidades de que se produzca en la práctica.

Como efecto secundario, el estudio de los juegos de DP iterados realizado por Axelrod y Taylor aclara un presupuesto sostenido por un número considerable de teóricos de la sociología, a saber, que el tamaño del grupo marca diferencias y que las relaciones duales o bilaterales siguen una dinámica muy distinta a las formas de interacción multilateral. El problema de que la teoría de los juegos no dé soluciones de claro equilibrio para todos los juegos resurgió al estudiar los juegos iterados.

JUEGOS EVOLUTIVOS: LA INESTABILIDAD DE LA COOPERACIÓN

La teoría de los juegos evolutivos (TJE) estudia las condiciones en las que estrategias programadas de antemano se convierten en pautas de conducta estables. A la TJE le interesa ante todo la frecuencia de estrategias concretas en una población y busca equilibrios dinámicos a lo largo del tiempo. Eso nos permite analizar la influencia mutua o dependencia entre los individuos y el entorno social. La TJE desarrolló un gran número de variaciones para ambas estrategias y la construcción de diferentes entornos sociales. Por ejemplo, las simulaciones evolutivas han utilizado estrategias capaces de «aprender» o «señalar»; otras cambian los entornos «ambientales», como las localizaciones espaciales de las estrategias; por ejemplo, aisladas o en grupos, y las formas de relacionarse, que van desde

²⁰ Pensemos, por ejemplo, en la construcción de una presa para proteger una pequeña isla de las inundaciones. Si 18 personas pueden construir la presa a tiempo, y en la isla viven 25 personas, siete pueden abstenerse de colaborar sin menoscabar los beneficios cooperativos de los otros 18.

combinaciones aleatorias sobre la construcción de «vecindarios» a mecanismos para escoger socios.

Para las ciencias sociales son muy interesantes dos motivaciones para estudiar la TJE: 1) la esperanza de que proporcione una explicación mejor de la agencia y el desarrollo de la racionalidad en la interacción social (estratégica); y 2) la esperanza de entender mejor el papel de las agencias colectivas (instituciones) y la eficacia de las órdenes espontáneas frente a las elaboradas²¹.

Los modelos evolutivos avanzaron un gran paso con los biólogos Maynard Smith y Price (1973), que desarrollaron el concepto de *estrategia evolutiva estable* (EEE). A Maynard Smith y a Price les interesaba la dinámica de la sección de pautas de conducta en grupos de individuos. El problema que afrontaron fue el de la solidez de las pautas de conducta contra los individuos o grupos de invasores. El juego «halcón-paloma», que se parece estructuralmente al juego de la gallina (véase nota 11, p. 166), se utiliza para concretar las condiciones en que una población de palomas puede sobrevivir a una invasión de halcones, y viceversa. A este respecto, una estrategia evolutiva estable se caracteriza por dos propiedades conocidas del concepto de equilibrio de Nash: 1) es la mejor respuesta en sí misma, y 2) es la mejor respuesta a cualquier otra estrategia en ese ambiente.

Axelrod (1984) utilizó también el concepto de EEE para hacer una elaboración evolutiva de situaciones de DP, que apoyó el resultado conseguido en los juegos iterados, a saber: la cooperación (incondicional) no es una estrategia evolutiva estable. Aunque la traición incondicional siempre es una EEE, la cooperación condicional (siguiendo la lógica del toma y daca) puede ser estable en ambientes concretos.

Otra herramienta utilizada en los modelos evolutivos es la denominada «dinámica del replicador». La dinámica del replicador presenta el cambio de estrategia en los juegos iterados cambiando la frecuencia de estrategias de una determinada población de la siguiente forma: la frecuencia de una estrategia mejor que la media aumenta a expensas de estrategias peores que la media²². El interés principal de estos estudios radica en el efecto de la modificación de parámetros, difícil de resumir. Sin embargo, dos resultados generales del estudio de la dinámica del replicador en varios juegos (gallina, halcón-paloma, DP, caza del ciervo) son los siguientes:

- 1) Mientras los equilibrios de la EEE siempre son equilibrios de Nash, en la dinámica del replicador puede haber equilibrios que no sean de Nash (Taylor y Jonker 1978).

²¹ Un interés más teórico es, sin duda, el problema de la selección de puntos de equilibrio.

²² P. Taylor y L. Jonker (1978) desarrollaron el modelo estándar. Hargreaves Heap y Varoufakis (2004, cap. 6) ofrecen una presentación muy accesible, mientras que la de Weibull (1995) es más formal.

- 2) En determinadas circunstancias la dinámica del replicador produce equilibrios cooperativos.

El segundo punto destaca especialmente en modelos que estudian la cooperación recíproca, como el juego de la caza del ciervo. Skyrms (2004) ofrece una presentación accesible de los resultados de modulaciones cada vez más complejas del juego de la caza del ciervo y analiza su relevancia en la ciencia social.

Algunos modelos rinden homenaje a la importancia de las contingencias en la evolución biológica e introducen la mutación aleatoria (también llamada ruido) para estudiar la influencia de alteraciones contingentes de los equilibrios dinámicos. Los equilibrios resistentes a pequeñas perturbaciones (ruido) se califican de asintóticamente estables.

Los resultados de la teoría evolutiva de los juegos muestran con claridad que el enriquecimiento de recursos cognitivos (aprendizaje, señales) y la proximidad espacial aumentan la probabilidad de una cooperación recíproca estable. Hasta el momento los resultados no indican que las órdenes institucionales proporcionen mecanismos mejores para la selección del equilibrio que las órdenes espontáneas, y viceversa.

Sin embargo, conviene advertir algo. Todas las estrategias utilizadas en la teoría de los juegos evolutivos son algoritmos que modelan la conducta de los seres humanos, de las bacterias y los robots; eso incluye los mecanismos de «aprendizaje», que tienden a ser variedades de aprendizaje por refuerzo o imitación. No obstante, el enfoque de la TJE mira a la agencia, puesto que las estructuras sociales se consideran constituidas por las pautas de conducta de los individuos. Sin embargo, con respecto al debate sobre la estructura del agente y el paradigma del IM, los resultados de la TJE apoyan con firmeza la tesis de la existencia de una dependencia mutua entre estrategias individuales y ambiente social, y de que las estructuras no solo constriñen la conducta individual, sino que proporcionan motivos para actuar (Hargreaves Heap y Varoufakis 2004, p. 264).

La TJE deja atrás el paradigma de la TER bayesiana. La teoría de los juegos evolutivos no presenta el modelo de lo que eligen los agentes, sino el éxito de diferentes estrategias de elección en diversas circunstancias por medio de algoritmos. Naturalmente, los algoritmos se diferencian mucho de los agentes, no solo porque carecen de propiedades psicológicas, sino por su sentido determinista. Están programados de antemano, aunque podamos conocerlos. Y así, las últimas etapas de los modelos evolutivos dinámicos están muy alejadas del modelo original de la teoría moderna de la utilidad. No obstante, queda por ver si los algoritmos que condicionan el comportamiento de las bacterias nos ofrecen datos sobre las pautas de la conducta humana, cosa que no podemos afirmar ni excluir a priori, pues dichos algoritmos son un buen ejemplo de desarrollo de la teoría.

Sin embargo, para posteriores estudios teóricos hay un resultado crucial. Los juegos evolutivos indican claramente que los presupuestos básicos del concepto de elección racional de la agencia racional tienen que revisarse. Si el ambiente social presenta no solo obstáculos, sino también motivos para hacer algo, hay que cambiar los supuestos básicos de la teoría de la elección racional bayesiana. Como afirman Hargreaves Heap y Varoufakis (2004, p. 264): «El modelo de aprendizaje, orientado instrumentalmente a los beneficios, tal vez sea más realista, pero no basta para generar un equilibrio sin ambigüedades. Por el contrario, si queremos explicar resultados reales, los individuos han de estar social e históricamente ubicados de una forma que no facilita el modelo instrumental». Aquí «social» significa que *los individuos han de estudiarse en el contexto de las relaciones sociales en que viven y que genera normas concretas* (véanse Keating, cap. VI, y Steinmo, cap. VII).

En la situación actual, no es fácil saber qué pueden aprender los sociólogos de la TJE. Pero sin duda contribuye a dar una visión nueva del debate académico, cuando no de la capacidad de actuación humana, y por tanto de la TER bayesiana.

RACIONALIDAD Y RECONOCIMIENTO

Alessandro Pizzorno

Shylock: Me preguntaréis por qué quiero tomar mejor una libra de carroña que recibir tres mil ducados. A esto no responderé de otra manera más que diciendo que tal es mi carácter. La respuesta ¿os parece buena?
William Shakespeare, *El mercader de Venecia*

INTRODUCCIÓN

Uno de los problemas básicos de las ciencias sociales es el de la relación entre el individuo y los grupos sociales más extensos (véase Della Porta y Keating, cap. I). Un influyente enfoque se basa en el individualismo metodológico aliado con el supuesto de que los individuos se mueven por la valoración racional de sus propios intereses; los procesos sociales más amplios son meras sumas de acciones individuales. Christine Chwaszcza (cap. VIII) subraya parte de las dificultades de este enfoque y demuestra que incluso los individuos más pendientes de sí mismos han de tener en cuenta los actos de otras personas.

Un enfoque distinto es el que se puede considerar clásico en sociología (desde Durkheim a Lazarsfeld y Merton), anterior a la introducción del individualismo metodológico. A continuación se ofrece una revisión de dicho enfoque, atendiendo a la necesidad de responder a ciertas posturas anunciadas por la teoría de la elección racional.

Al analizar varias contribuciones importantes de la sociología clásica, este capítulo presenta la postura general de que sociabilidad no se basa en la acción social de un individuo que busca la máxima utilidad (o interés propio), sino en una relación entre actores que se atribuyen un nombre social o una identidad social. En otras palabras, el objeto de la ciencia social es la constitución de posiciones sociales y su proceso de formación a través del reconocimiento mutuo durante el encuentro de los actores sociales.

Para comparar esta postura con la alternativa de la teoría de la elección racional, es necesario hacer una aclaración terminológica sobre los diferentes significados del término «racionalidad». El concepto ha entrado en las ciencias sociales en época relativamente reciente con el fin de responder a dos demandas esenciales. En primer lugar, el fracaso del positivismo lógico para consolidar una visión de las ciencias sociales basada en la explicación causal, lo cual obligó a desarrollar una explicación alternativa. Esto se descubrió al ver que una acción se podía explicar satisfactoriamente aludiendo a sus *razones*. ¿Por qué X ejecutó la acción? Porque tenía razones para ello. Tener *razones para hacer algo* es una forma muy distinta de ver una acción social a considerar a alguien *abocado a hacer algo*. Cuando la mención de las razones se ve como enumeración suficiente de las causas que explican una acción, se debe utilizar la noción de *racionalidad subjetiva*.

En segundo lugar está la creciente influencia de la microeconomía en la construcción teórica. Von Mises afirmó en 1949 «que la transición [en la ciencia económica] de la teoría clásica del valor a la teoría subjetiva del valor [p. e. introduciendo el principio de utilidad marginal]... es mucho más que una mera teoría sobre la "parte económica" de la conducta humana y la búsqueda de materias primas. Es la ciencia de todo tipo de actos humanos». En la interpretación de Von Mises la racionalidad de la acción humana, entendida por elección que satisface las preferencias, es una verdad a priori; hay que aceptarla como premisa no sometida a la verificación empírica. En la investigación práctica, un observador solo puede juzgar la racionalidad de determinada acción si conoce las intenciones del agente. Pero como el observador no tiene forma de conocer empíricamente dichas intenciones, o bien asume que las intenciones del agente son las mismas que las suyas, que las que el observador manifestaría en circunstancias similares; o bien que cuando se observa una acción, se posee un don especial para descifrar la mente del actor.

Al aplicar la racionalidad subjetiva surge una dificultad habitual en casos de voluntad débil (*akrasia*), cuando (utilizando la concisa descripción de Davidson en *Problemas de racionalidad*, 2004, p. 18) «el agente sabe lo que está haciendo, sabe que no es lo mejor, y sabe por qué». En un caso así, ¿cómo descubrimos la intención verdadera? Surgen dificultades parecidas al tratar el comportamiento en los ritos. ¿Cómo debemos entender la acción de ir a misa? ¿Para satisfacer las ganas de ir a misa? No resulta convincente. ¿Como un medio que conduce a un fin posterior? ¿Quién sabe cuál es ese fin?

Un inconveniente más llamativo de la utilización de la racionalidad subjetiva en el análisis de la acción social es la imposibilidad de explicar la producción de bienes públicos y, por tanto, la existencia de la acción colectiva, como pone de manifiesto el dilema del prisionero (véase Chwaszcza, cap. VIII). De esto se deduce que debemos considerar irracionales (o al menos inexplicables) tipos de conducta que normalmente consideraríamos racionales, como votar, asistir a ceremonias religiosas, donar dinero a cau-

sas benéficas u otras acciones que no entran en el epígrafe del mayor interés del agente, al menos no sin caer en la circularidad lógica.

Una forma alternativa de concebir la racionalidad es no vincularla a la intención del sujeto de la acción, sino al modo en que dicha acción es recibida e interpretada en la cultura (o en la situación cultural) donde se produce. Esta definición de racionalidad suele ser la que se adopta en ciencias sociales. Según el filósofo del derecho Neil MacCormick (2007, p. 11), «se da por sentado que todas las personas, dentro del ámbito regulado, se rigen por una compleja serie de pautas de conducta, y el orden prevalece entre dichas personas hasta el punto de que acoplan su conducta a la pauta estipulada. La posibilidad de que surja un orden no conforme a esas pautas depende de que el conjunto de pautas alcance una *totalidad racionalmente inteligible* (la cursiva es mía). En otras palabras, la conducta es racional cuando se corresponde con una «pauta de orden», tal como la entienden los participantes en una situación concreta. A mi modo de ver toda la tradición sociológica (incluyendo a Weber) utilizó implícitamente este concepto de «racionalidad» en sus análisis, al menos antes de la introducción de la microeconomía y de la teoría de la acción subjetiva.

Este aspecto surge con claridad si se describe el proceso de investigación de la siguiente forma realista. Se produce un suceso que un grupo de gente (llamémosle «el público»), apelando a la teoría existente, es incapaz de entender. Un observador al que se encarga analizar el suceso tiene que describir cómo *han recibido* el suceso los participantes, cómo lo han entendido, las consecuencias que ha provocado, y su relación con otros hechos. El observador, tras realizar esa tarea, presenta el análisis ante el público original para que este modifique sus ideas de racionalidad, y las incluye en su explicación del hecho.

Este procedimiento de investigación reconoce que debemos desarrollar teorías capaces de insertar la acción individual en las premisas interpersonales o culturales, para de ese modo ilustrar el impacto de la participación de otras personas (llamémoslas *círculos de reconocimiento*) en el desarrollo de la acción individual (véanse Keating, cap. VI, y Bray, cap. XV). Teniendo esto en cuenta, trataré de hacer una nueva lectura de una serie de autores que, implícita o explícitamente, utilizaron este modelo de acción social. Los primeros pensadores que estudiaré, Adam Smith y Jean-Jacques Rousseau, pertenecen, a primera vista, a diferentes escuelas de pensamiento. Sin embargo, existen entre ellos similitudes insospechadas.

SMITH Y ROUSSEAU: EL OTRO COMO ESPECTADOR

A primera vista tal vez resulte extraño que el primer pensador moderno que destacó la importancia del juicio de los demás en la formación de motivos de la conducta individual fuese Adam Smith, fundador de la eco-

nomía moderna, disciplina que erróneamente se considera introductora de la idea del *Homo economicus*. Un principio básico de la obra de Adam Smith es que el ser humano *no* actúa primariamente para satisfacer sus necesidades personales, sino para ganarse la opinión favorable de sus semejantes. Esta idea surgió de la Ilustración escocesa, cuando Hutcheson afirmó que la búsqueda de la aprobación moral de los otros era «un sentimiento básico innato», común a los seres humanos. Luego, Smith formuló un sistema de «sentimiento moral» basado en el concepto del «espectador imparcial», cuyo juicio tenía en cuenta el agente cuando tomaba una decisión. Un efecto es la adquisición de una mayor capacidad de «autocontrol», definida por Adam Smith en términos microeconómicos como la capacidad de una persona para conceder a los futuros beneficios más importancia que a los presentes¹. Esto influye en la organización de la conducta individual a lo largo del tiempo, de modo que somos capaces de juzgar nuestras acciones solo si las vemos a través de los ojos de los demás, presentimos sus opiniones, y adoptamos una conducta tendente a buscar el elogio y evitar la crítica. Evidentemente, el elogio estimula nuestra autoestima, mientras que la crítica la deteriora. Smith llega a la conclusión de que solo cuando las personas actúan en sociedad encuentran el espejo en el que juzgarse a sí mismas.

Sin embargo, Smith no acertó a explicar un fenómeno que se puede considerar el «rechazo general de la heteronomía», que considera normal que una persona deteste la idea de que sus acciones están dictadas por las opiniones y juicios de los demás. Smith tuvo en cuenta implícitamente esta objeción: afirma que el observador que guía y juzga nuestras acciones debe de ser *imparcial*, y no los espectadores cotidianos que no apartan los ojos de nosotros en ningún momento. Esa figura abstracta e imparcial es el verdadero emisor de juicios sobre nuestros actos, una especie de superyó que formula juicios contundentes sobre nuestras virtudes o la carencia de ellas. No obstante, se diferencia del superyó freudiano, que supuestamente se localiza dentro de nosotros y, por tanto, no invalida nuestras pretensiones de autonomía. El superyó smithiano se halla fuera de nosotros, en las opiniones de los demás, y de ese modo debilita nuestro afán de autonomía.

Para superar nuestra inquietud ante la falta de autonomía, tenemos que dividir en dos categorías a los «otros», los que emiten juicios que nos influyen. En primer lugar están los «socializadores primarios», presentes en mayor o menor medida desde el inicio de nuestro desarrollo (como los padres, profesores, condiscípulos), que no elegimos. La segunda categoría es la de los «socializadores secundarios», individuos

¹ Hay que destacar que al preferir un menor beneficio presente para obtener un mayor beneficio futuro, el actor no maximiza su ganancia en el intervalo, con lo cual no obtiene el máximo beneficio global. Smith no trató este problema en su análisis.

(reales o imaginarios) que conocemos durante la vida y que podemos elegir o no. Los socializadores secundarios se congregan en torno a los primarios, y hacen que los juicios de estos últimos sean menos ajenos a nuestra identidad, hasta el punto de que llegamos a formular una ideología personal a través de la cual nos convencemos de que somos realmente autónomos. Protegemos luego esa supuesta autonomía, prescindimos de la noción de influencia externa y asumimos que somos los únicos autores de nuestras opciones. Todo ello nos lleva a creer que *estamos siendo nosotros mismos*.

Jean-Jacques Rousseau interpreta las opiniones de los demás en un tono menos olímpico: «Si los demás me ven diferente a como me veo yo, ¿qué importa? ¿Acaso la esencia de mi ser está en su mirada?» (Rousseau 1959, p. 985). No obstante, la relación de Rousseau con los «otros» fue bastante más complicada. ¿Por qué, si no, se decidió a escribir «Rousseau juez de Jean-Jacques», una apagada defensa contra las miradas de los demás, que Rousseau experimentaba como persecución obsesiva que lo atormentaba en su vida cotidiana y arruinaba su capacidad para ser sociable? De ese modo, Rousseau pretendía construir su propia identidad, que plasmó en un concepto: «inmortal». Pero al hacerlo, estaba interactuando con las pocas personas que frecuentaban los salones en los que leía sus obras², y cuyo juicio influyó sobremedida en su conducta. («La esencia de mi ser está en sus miradas», se quejó); fuera de ese círculo Rousseau buscaba un reconocimiento distinto que le permitiese evitar las malévolas opiniones de sus enemigos, que no le dejaban ser él mismo. Añoraba un público histórico compuesto de miradas *verdaderas*. Sin embargo, tras declarar que la presencia de los demás transforma el legítimo *amour de soi* en *amour-propre*, se introdujo en ese pequeño pero importante grupo de amigos-enemigos que debilitaron su autoestima³.

La incertidumbre sobre el juicio que nuestras acciones inspirarán a los demás, y las contradicciones en la autonomía de nuestras opciones, son circunstancias difícilmente reconciliables. En la Antigüedad las relaciones interpersonales se concebían de tal forma que la opinión de los otros no influía en las opciones de nadie, y el principio que definía la autonomía de la persona era la virtud. La tensión entre el deseo de ser uno mismo y la necesidad de reconocimiento por parte de los demás se ve en la obra de bastantes moralistas (desde Séneca a Schopenhauer), que afirmaron que las personas *deben* comportarse sin que les importe la opinión de los demás y que *hacer lo correcto* es compensación suficiente. Sin embargo,

² Rousseau leyó parte del manuscrito de sus *Confesiones* en varios lugares (1771-1772), ante la nobleza (por ejemplo, el príncipe de Suecia) y los intelectuales parisinos (Rousseau 1959, p. 1611).

³ Véanse en Carnevali (2004) otros papeles del concepto de «reconocimiento» en la obra de Rousseau.

¿qué respuestas se dan cuando esas posturas moralistas se observan con la lupa de la ciencias sociales, que *no* tienen el objetivo de evaluar cómo *debería* comportarse la gente, sino el de buscar el modo de entender cómo afectan los juicios morales a la conducta individual? Tal vez ninguna, salvo las motivaciones personales de los moralistas. O tal vez desvelar las pretensiones de superioridad moral, que se consideran correctas porque son incapaces de ver la realidad sin velos. Esta modesta pero importante hazaña es lo único que las ciencias sociales pueden y deben hacer para apoyar el orden moral.

HEGEL: LAS RELACIONES INTERPERSONALES COMO ESTRUCTURA DE LA SUBJETIVIDAD

La cuestión del reconocimiento estaba presente, de forma implícita, en la obra de Hobbes, aunque hay que atribuir a Hegel el uso moderno de la metáfora del «reconocimiento». Hegel desarrolló la idea en sus primeras obras, tras sus debates con Hölderlin en Tubinga (Pinkard 2000, pp. 170-171), y posteriormente la incluyó en su concepto de *Sittlichkeit* (Honneth 1992).

La dialéctica de Hegel del amo y el esclavo (DAE) se ha utilizado de muchas maneras. Aunque renunciamos a cualquier interpretación literal de lo que dijo realmente Hegel en su *Fenomenología*, traemos a colación esta metáfora para reconstruir el concepto de reconocimiento y formularlo en términos útiles para las ciencias sociales empíricas.

Lo que propongo para explicar el concepto de «reconocimiento» es una versión simplificada de la DAE, de la siguiente manera: A y B son dos personas que se conocen. Las dos albergan deseos vitales, pero comprenden que solo serán legítimos cuando, al entablar una relación, el otro reconozca su deseo no como mero instinto animal, sino como legítima voluntad humana. A y B saben que semejante cosa es un riesgo, puesto que ambos tienen un principio al que no pueden renunciar, a saber, la conservación de sus identidades (es lo que Hobbes denomina «instinto de conservación» y Rousseau *l'amour de soi*). Ambos saben que ese amor propio, si A y B permanecen aislados, no es suficiente para su conservación, puesto que solo una relación con otra persona la asegura. Por tanto, los dos están dispuestos a entregarse el uno al otro, pero *no del todo*, como condición que el instinto de conservación exige para no sacrificar sus vidas. Los dos entienden que, para alcanzar la autonomía, han de ser reconocidos por el otro, aunque paradójicamente solo lo conseguirán si demuestran al otro que no necesitan su reconocimiento. El ganador (o amo) es el que manifiesta su capacidad para vivir sin el otro, aceptando al mismo tiempo la importancia vital de ser reconocido.

REFERENCIAS AL RECONOCIMIENTO EN EL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO

Mientras el pensamiento político del romanticismo alemán y del anti-contractualismo escocés sentaron las bases para la superación de la ortodoxia subjetiva, en la teoría sociológica surgieron diferentes escuelas que pretendían contrarrestar el subjetivismo. En este punto, trataré la distinción clásica entre Durkheim y Weber, en la cual el primero se considera el principal exponente de una teoría holística de la realidad social y el segundo se nos presenta como partidario del individualismo metodológico. Veremos a continuación si dicha caracterización es correcta.

MAX WEBER

Si partimos de las explícitas declaraciones de Weber, su individualismo no deja lugar a dudas. Weber afirma que solo las acciones individuales, atribuibles a intenciones subjetivas, son comprensibles para el observador. También nos dice que las acciones de un individuo no se pueden considerar *sociales* si se dirigen a objetos inanimados. Para que sean sociales, ha de haber una pluralidad de actores guiados por la previsión del significado que otros atribuirán a sus actos⁴. Si alguien corta leña por mero ejercicio, no se puede considerar una acción social; pero si la corta para dársela a un amigo con el fin de que se caliente por las noches, sí es una acción social. En un sentido similar, la religiosidad no es social cuando se limita a la contemplación o a la oración solitaria. Para que una acción social sea racional, es básico que no solo exprese la intención del agente, sino que además cree una expectativa de comprensión por parte de sujetos ajenos al agente.

La idea de que una acción solo se puede considerar racional si la aceptan como tal los involucrados en ella y, por tanto, que la racionalidad se asocia a la *recepción* tanto como a la intención, no fue propuesta de forma explícita por Weber. Sin embargo, no debemos perder de vista que el concepto de racionalidad de Weber no es microeconómico ni individualista y que su teoría de la acción no es una mera teoría de la decisión. Weber insistió en la importancia de las acciones individuales en la construcción de las instituciones sociales, aunque con los límites explicados anteriormente; no obstante, cuando Weber desarrolló interpretaciones históricas o quiso explicar los resultados de sus investigaciones, abandonó el enfoque subjetivo. Los actores se describen, no como individuos sin la menor so-

⁴ Obsérvese que, según esta definición, no está muy claro que ciertas investigaciones clásicas, como la de Durkheim sobre el suicidio, se puedan considerar sociológicas. Véase en Gilbert (1989, pp. 24-55) un análisis riguroso de la debilidad y contradicciones de la noción weberiana de acción social.

cialización que actúan según les dicta la utilidad individual, sino como miembros de una comunidad en la que han sido socializados y de la que reciben los valores y funciones sociales que estructuran sus opciones. Por ejemplo, en la transición de un sistema a otro (como en el surgimiento del capitalismo), Weber destaca únicamente la participación de actores colectivos que actúan basándose en sus posturas sociales e institucionales (Poggi 1983, p. 37).

Por otro lado, el concepto de religión solo se considera relevante cuando lo comparte un grupo cuyos miembros tienen en cuenta la conducta de otros que practican la misma fe, lo cual manifiesta una identidad común. Hay numerosos ejemplos en los que Weber manifiesta grandes contradicciones entre sus declaraciones sobre el individualismo metodológico y su interpretación de los hechos históricos. Uno de ellos es su explicación acerca de la difusión del culto a Mitra en el Imperio romano entre los siglos II y IV d.C.⁵ Weber adopta el siguiente razonamiento: en la Roma imperial la importancia de la burocracia y el ejército (ambos representados como entidades *colectivas*) era tal que inspiró un profundo sentimiento de religiosidad entre sus miembros. Weber da por supuesto que el carácter de la religión que los burócratas y los soldados preferían era similar al de las estructuras en las que se movían diariamente (cosa que no está tan clara), y atribuye el éxito del culto a Mitra a una jerarquía monoteísta que genera un sentimiento de solidaridad religiosa similar al *esprit de corps* del ejército o la burocracia. La explicación de Weber sobre este fenómeno no solo se aleja de la microsociología —como cabría esperar de alguien basado en una metodología individualista que pretende abrir la «caja negra» de las intenciones humanas—, sino que representa una forma de *colectivismo vulgar* (según la expresión marxista). Con respecto al análisis concreto del culto a Mitra, observamos lo siguiente:

- 1) No todos los soldados y funcionarios públicos adoptaron el culto a Mitra, por tanto quienes lo hicieron tenían otra razón, aparte de su cargo público.
- 2) Aunque la idea de que una experiencia jerárquica cotidiana suscita la preferencia por una fe religiosa jerárquica no se puede excluir a priori, podría decirse también lo contrario, a saber, que alguien que vive en un ambiente cotidiano muy disciplinado sentirá un deseo de autonomía mística en su fe religiosa.
- 3) Para organizar un movimiento religioso, las personas deben conocerse, comunicarse, desarrollar una identidad común y manifestarla en vínculos sociales duraderos, reconociendo a partir de entonces la fe

⁵ He escogido este ejemplo entre otros muchos porque se ha utilizado en textos recientes (sobre todo por Boudon) como ejemplo de individualismo metodológico weberiano, mientras que para mí este ejemplo demuestra en realidad lo contrario.

común como base de sus actos. En este sentido, un movimiento religioso se caracteriza por numerosas restricciones colectivas comunes, más que por una serie de intenciones individuales.

En ciencias sociales hemos de procurar superar el análisis de la «caja negra» de las intenciones individuales y su cuestionable racionalidad, y reconstruir, en cambio, la racionalidad que se expresa por medio del proceso de interacción y atribución de identidades, el cual permite a las personas reconocerse con un nuevo aspecto. Si Weber no hizo un análisis de esos procesos, seguramente fue por sus preconcepciones individualistas. El actor de Weber se encuentra al menos con dos limitaciones normativas: la socialización de las funciones militares y las normas que permiten acceder a un movimiento religioso.

ÉMILE DURKHEIM

Volviendo a Durkheim, ¿cómo distinguimos su perspectiva de la de Weber? La metodología de su investigación sobre el suicidio se fundamenta en el siguiente razonamiento: las instituciones sociales (religiosas, familiares, territoriales, urbanas-rurales) se distinguen entre sí por su nivel de anomia, es decir, el alcance de las presiones normativas que ejercen sobre el individuo. Durkheim alude en varios estudios a las «fuerzas sociales» que actúan sobre el individuo. Este concepto de fuerzas sociales (a veces denominadas «conciencia colectiva»), que se caracteriza por una realidad transubjetiva vinculada a las acciones del individuo, llevó a muchos observadores a la conclusión de que Durkheim considera que los actos del individuo están totalmente condicionados por la sociedad. Aunque si miramos más allá de la metáfora, el concepto de «fuerza social» es bastante vago y no resulta imprescindible para las explicaciones de Durkheim.

Veamos cómo formula Durkheim los resultados de su investigación sobre el suicidio. La tasa de suicidios entre los católicos es menor que entre los protestantes. Esto se debe a que el catolicismo es una religión que fomenta un ritual que obliga al individuo a establecer relaciones duraderas con los demás y, por tanto, a compartir una identidad común. En otras palabras, la verdadera variable explicativa para Durkheim es el nivel de *densidad moral*, que mide la intensidad de las relaciones interpersonales significativas dentro de una determinada comunidad. Otro descubrimiento es que la tasa de suicidios es inferior entre los casados y superior entre los solteros. Durkheim atribuye de nuevo una mayor densidad moral a los casados. La tasa de suicidios es menor entre las mujeres con hijos que entre las mujeres sin hijos porque las casadas viven en un contexto de más densidad moral. Por último, Durkheim observa que el suicidio es menor durante la guerra que durante la paz, y numerosas pruebas indican que la densidad moral (en

forma de cooperación, solidaridad o ayuda recíproca) también es superior durante la guerra. ¿Y qué es la densidad moral, si no la intensidad y duración de situaciones sociales a través de las cuales las personas coinciden y reconocen la existencia de una identidad común?

Durkheim también subraya otra correlación para explicar las variaciones en las tasas de suicidio, que a primera vista apunta a una teoría diferente de la de la densidad moral. Observa que la tasa de suicidios se relaciona de forma muy estrecha con el ciclo económico, aumentando no solo durante las recesiones (como cabría esperar), sino también durante las fases iniciales de la recuperación (lo cual va contra el sentido común). ¿Cómo se explica esto? Durante las recesiones aumentan las bancarrotas y las ruinas, mientras que durante la recuperación hay un alza en las expectativas a la que, en algunos casos, sucede la decepción. Y ello conduce a más suicidios. En esta explicación la densidad moral no aparece como variable independiente, y todo sucede en la mente del individuo aislado. Sin embargo, si analizamos la situación más en detalle, vemos que lo que está en juego es la relación de la identidad presente del individuo con su identidad futura. Es como si la carencia de densidad moral evitase la unión de esas dos identidades de la misma persona, la que elige en el presente y la que juzgará en el futuro. En este caso la primera es repudiada por la segunda, y por ello se pierde el deseo de continuar viviendo.

De esta comparación resulta una gran convergencia en los análisis de los dos fundadores de la sociología moderna, que pretenden superar la eterna dicotomía entre individuo y sociedad. Los dos destacan que los procesos de socialización son ejemplos en los que los diferentes roles surgen y se oponen, se reconocen y se rechazan, se atraen y se repelen, e implícita o explícitamente constituyen *formas de sociabilidad duraderas y comprensibles*.

El teórico contemporáneo que más se ha acercado a la teoría del reconocimiento es Habermas. Al reconstruir las posturas de los sociólogos clásicos, asignando un papel esencial a Herbert Mead, Habermas desarrolla la idea de la acción comunicativa como algo antinómico de la acción instrumental y que subsume a esta última. Sin embargo, la centralidad normativa de la comunicación lingüística, basada en un diálogo que tiende al consenso, pone a Habermas en una situación difícil a la hora de incluir en su análisis situaciones en las cuales el reconocimiento no se dirige a la comprensión en su doble sentido de acto de comprender y acuerdo implícito, que él otorga al término (*Verständigung* en alemán). Si definimos las situaciones de reconocimiento como meras «atribuciones recíprocas de identidad» y por tanto componentes esenciales de todas las manifestaciones de sociabilidad (incluso las conflictivas), el reconocimiento reflejará la presencia de actores (actores incompletos, según la metáfora hegeliana, cuando no son reconocidos por otros) en un sistema de relaciones que puede ser cooperativo o conflictivo. Un ejemplo macrosociológico de formación de dichos

sistemas de reconocimiento es el sistema del estado-nación europeo, que surgió durante un proceso que culminó simbólicamente (cuando no de forma concluyente) en la Paz de Westfalia. Hay que precisar que este hecho fue consecuencia de dos procesos que implicaban el reconocimiento del estado-nación como soberano, a saber, sujeto de una acción racionalmente comprensible: el reconocimiento vertical de la autoridad del Estado por la nobleza local, y el reconocimiento horizontal de la soberanía inviolable de un estado individual por otros estados de un sistema internacional. Este intento de alcanzar el reconocimiento recíproco a través de determinado tipo de unión política fue resultado de acuerdos y conflictos, que perturbaron o estabilizaron el sistema, y que en líneas generales conservaron el principio de reconocimiento recíproco.

CONCLUSIONES

Este capítulo arroja las siguientes conclusiones.

El desarrollo de la teoría de la acción social fuera del ámbito subjetivo introdujo una dimensión interpersonal que transformó el sujeto unitario de elección en una pluralidad de actores que representan un papel. La introducción de una dimensión intertemporal nos permite considerar las opciones de nuestra identidad presente como acciones que serán juzgadas por nuestra identidad futura. La convergencia de nuestra identidad futura con las identidades aceptadas por un círculo de reconocimiento nos protege de la incertidumbre. La convergencia es aún más efectiva puesto que el sujeto actúa en círculos con otros individuos que conceden a las elecciones del sujeto el mismo valor que tenían cuando se formularon inicialmente.

La actividad de juzgar que el sujeto lleva a cabo cuando participa en relaciones interpersonales alude a dos funciones distintas. La primera es alcanzar un juicio de afinidad con la otra persona, lo cual nos permite salir de lo que Rousseau y Hobbes describen como nuestro estado de naturaleza (o aislamiento). La segunda función consiste en proporcionarnos criterios morales para juzgar nuestras propias opciones y actos. Los juicios de afinidad y los juicios morales tienden a coincidir, aunque no siempre.

El concepto de recepción, opuesto al de intención, se introdujo para definir como racional aquella acción que los participantes consideran asumible por su cultura. Los jueces de la racionalidad de la acción no son los observadores externos, sino los participantes en una acción social (los círculos de reconocimiento).

Por tanto, la audiencia (o público) resulta esencial. Representa la entidad que, en primer lugar, plantea la cuestión a investigar y, luego, opera a través de sus resultados, transformando la teoría general hasta lograr su comprensión. En consecuencia, el juicio de racionalidad se produce en dos niveles sucesivos: el de los actores participantes cuyo juicio, local y

forzosamente relativo, se basa en la relación entre los participantes que actúan en un contexto definido; y el posterior juicio del público, que presenta una noción de racionalidad más universal. Es una noción completa, pero temporal, puesto que siempre estará expuesta a las nuevas teorías que surgen cada vez que la audiencia obtiene una nueva información.

La definición de estos objetivos (meta)teóricos justifica la utilización de respuestas elementales para explicar situaciones que el enfoque de la teoría de la elección racional considera enigmas. Para la teoría de la elección racional la acción individual consiste tan solo en la búsqueda del mayor beneficio. Pero en este punto dicha teoría ignora dos hechos esenciales. En primer lugar, tanto los participantes como los observadores conceden significado a un suceso cuando lo consideran componente de un proceso social duradero. En segundo lugar, el interés propio de un individuo no se puede considerar una realidad que precede y motiva la acción, sino que es el resultado de un proceso cuyo contenido no conoce el sujeto y, por tanto, tampoco el observador no identificado cuando el actor participa en el acto social. El interés propio, tal como lo definen actores y observadores, representa el resultado de la acción, y no su premisa.

SEGUNDA PARTE

EL DISEÑO DE INVESTIGACIÓN

CONCEPTOS Y FORMACIÓN DE CONCEPTOS

Peter Mair*

Gran parte de la investigación en ciencia social y política es investigación comparativa, ya sea implícita o explícitamente. A saber, le interesan resultados susceptibles de ser comparados entre países o casos, o que se puedan contrastar con teorías e inferencias derivadas de esa comparación entre países o casos. La comparación requiere explicación, puesto que uno de los principales motivos de que recurramos a las comparaciones es para explicar que factores muy distintos conduzcan a resultados similares o que situaciones similares lleven a resultados muy distintos. Por ejemplo, ¿por qué la participación electoral cayó por debajo del 50 por 100 en dos países tan diferentes como Estados Unidos y Suiza (Franklin 2004)? ¿Y por qué un partido populista de extrema derecha, el Vlaams Belang, obtuvo un considerable apoyo electoral en la región flamenco-parlante de Bélgica, mientras que el partido equivalente, el Frente Nacional, se hundió en la región franco-parlante (Coffé 2005)?

La primera lección, y en muchos sentidos la más importante, para desarrollar y entender estas comparaciones es saber si un término es comparable con otro. ¿Los objetos que se comparan –elecciones nacionales, partidos populistas de extrema derecha– son similares entre sí? ¿Son la misma cosa o equivalentes desde el punto de vista funcional? ¿O son tan distintos que cualquier comparación entre ellos resulta inútil? Cuando una cosa no se puede comparar con otra porque son radicalmente distintas se dice que «son como el día y la noche». He aquí dos casos de comparaciones difíciles, puesto que las propiedades esen-

* Agradezco a Jørgen Møller, Cas Mudde y Karin Tilmans sus útiles consejos cuando preparaba este capítulo, y a Rainer Bauböck, Christine Chwaszcza y a los dos editores, sus comentarios sobre la versión previa. Entiéndase la habitual exención de responsabilidad.

ciales de los términos –el día frente a la noche– imposibilitan su sustitución mutua. El inglés utiliza dos términos para ejemplificar la imposibilidad de ciertas comparaciones: el queso y la tiza. Pensemos en sándwiches de tiza o en escribir con queso en la pizarra. En los Países Bajos las diferencias más radicales se identifican con manzanas y peras; en este caso el contraste no parece tan fuerte, puesto que ambas son frutas dulces, que maduran casi al mismo tiempo y con un papel similar en nuestra dieta; las dos se pueden comer con queso (aunque no con tiza), de día o de noche, y a menudo dudamos cuando tenemos que elegir entre ellas. En otras palabras, la distancia entre las manzanas y las peras es mucho menor que entre el queso y la tiza o entre la noche y el día. Según Sartori (1970), como veremos a continuación, no hay que trepar muy alto en la escala de la abstracción para encontrar un concepto que abarque las manzanas y las peras, mientras que tendríamos que subir mucho para dar con un concepto que abarcara la tiza y el queso.

En este capítulo abordaré la etapa crucial del proceso de investigación en la que las ideas e hipótesis iniciales se traducen en un diseño de investigación operativo y en investigación práctica real: la etapa en la que se definen los conceptos. Parto fundamentalmente de las reglas clásicas de Sartori sobre la formación de conceptos, refiriéndome a su escala de abstracción. En resumen, Sartori distribuyó los conceptos en tres niveles: alto, medio y bajo; en los cuales el grado de generalidad o abstracción del concepto se asocia con el número de casos que abarca. Cuanto más abstracto es un concepto, más casos abarca; cuanto más concreto, menos casos abarca. Es algo que salta a la vista. Sin embargo, a continuación añado algo que goza de menor aceptación, al menos en la investigación práctica: si pasamos de una gama reducida a una amplia gama de casos, nuestros conceptos tienen que volverse más abstractos, hay que aligerarlos para que puedan llegar más lejos. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de lo que Sartori denomina «estirar el concepto», es decir, acabamos estirando el concepto original más allá de los límites razonables para acomodarlo o adaptarlo a la nueva gama de casos. Del mismo modo, cuando pasamos de una comparación amplia a otra más limitada, es aconsejable sopesar bien los conceptos y concretarlos al máximo. Por tanto, si seguimos las reglas de Sartori sobre la formación de conceptos, sabremos dónde nos encontramos en la escala de abstracción, cuándo tenemos que subir y cuándo hay que bajar.

Tras esbozar estas reglas, ofreceré ejemplos de investigaciones recientes en el campo de la política comparativa sobre el desplazamiento de conceptos y su estiramiento. Los ejemplos nos mostrarán que es difícil tratar los conceptos correctamente, pero hay que hacerlo. Como la teoría de Sartori resulta a veces exigente y ardua, veremos otras alternativas, sobre todo la valiosa adaptación que Collier y Mahon (1993) hicieron de

la noción de parecido familiar de Wittgenstein y su debate sobre los denominados conceptos «radiales»¹.

LA PREGUNTA «QUÉ»

El primer punto que trata Sartori está muy claro: al empezar nuestra investigación, debemos concretar y definir nuestros conceptos. Según Sartori (1984, p. 74) un concepto se puede definir como «la unidad básica de pensamiento», por ejemplo: «Tenemos un concepto de A (o de la cualidad de A) cuando distinguimos entre A y cualquier cosa que no sea A». En ocasiones concretamos nuestros conceptos basándonos en observaciones, como cuando tratamos con conceptos empíricos; otras veces los especificamos con bases más abstractas, como cuando manejamos conceptos teóricos. Sartori pone la «estructura» como ejemplo de concepto teórico en este sentido (1984, p. 84), mientras que «legislatura» es un ejemplo de concepto empírico. Sean empíricos o teóricos, nuestros conceptos cobran forma y significado a través de la teoría (véase también Kratchowil, cap. V).

Como hemos visto, tenemos que empezar la investigación formulando la pregunta «qué»; posteriormente, si viene al caso, formularemos la pregunta «cuánto». En primer lugar hemos de saber qué vamos a medir y comparar antes de comenzar con la medida y la comparación. Esta lógica se aplica tanto a las variables dependientes como a las independientes de cualquier modelo teórico. Partiendo del enfoque clásico del análisis cualitativo desarrollado por Lazarsfeld y Barton (1951; véase a continuación), Sartori (1970, pp. 1038-1040) afirma que la cuantificación, medida o comparación han de ir *después* de la etapa de formación de conceptos, y por ello la lógica del «más o menos» debe ir después de la de «o una cosa o la otra».

Por ejemplo, si un investigador desea explicar los diferentes grados de corporativismo en las políticas de Europa occidental, tema de investigación especialmente importante a finales de los años setenta y en los ochenta, primero ha de definir qué entiende por «corporativismo», la variable dependiente en este caso. Si un investigador contemporáneo quiere explicar el impacto de los diferentes niveles de «europeización» en los distintos sectores políticos de Europa, tiene que comenzar por explicar a qué se refiere con el concepto de europeización, la variable dependiente

¹ El artículo de Collier y Mahon (1993) es uno de los primeros de una serie de publicaciones fundamentales que analizan conceptos y la formación de conceptos y que se han publicado en los últimos años, como el de Collier y Levitsky (1997), Collier y Adcock (1999), Gerring (1999), Adcock (2005) y Goertz (2006). Todos ellos ofrecen un tratamiento más amplio y matizado de los temas analizados en este capítulo.

de este otro caso. Si un investigador aspira a investigar el impacto de la europeización en el corporativismo y formas semejantes de intermediación de intereses (como hace Falkner 2000, por ejemplo), debe tener una clara comprensión conceptual tanto de las variables dependientes como de las independientes. En otras palabras, la primera tarea del investigador es concretar el carácter de los objetos de su investigación y definir los conceptos primarios que le interesan. Cosa lógica.

Pero aunque es lógico, no siempre resulta fácil en la práctica. Los debates sobre el corporativismo fueron muy acalorados en los años setenta y ochenta porque los investigadores utilizaban diferentes definiciones y comprensiones del concepto (Molina y Thodes 2002); y a los investigadores actuales les cuesta mucho ponerse de acuerdo en el impacto de la europeización porque utilizan versiones muy distintas de lo que abarca (Featherstone 2003). Naturalmente, se puede investigar sin una definición clara del objeto de investigación, evitando dar una clara respuesta inicial a la pregunta «¿Qué estoy investigando?» Esta postura soslaya la dificultad de la formación y definición de conceptos al principio del proyecto, pero a menudo conduce a problemas más arduos en el curso de la investigación e incluso al final. Sobre todo, la falta de una definición conceptual clara o al menos utilizable al inicio del proyecto impide explicar a los demás de qué trata la investigación. Por ello, es mejor comenzar respondiendo a la pregunta «qué», lo cual constituye también uno de los objetivos esenciales de la conceptualización.

A veces no hay una respuesta fácil ni definiciones claras, en el sentido de que ni siquiera existe una propiedad o atributo concreto que se pueda asociar con el concepto de forma incontestable (Gallie 1956; véase a continuación). Tal vez resulte más asequible decir lo que no es el concepto, en vez de lo que es; Sartori (1970, p. 1042) lo denomina «identificación negativa» porque el concepto se define por negación. Por ejemplo, quizá resulte difícil explicar el carácter del régimen de Arabia Saudí, pero sabemos que no es una democracia.

De forma alternativa, si no hay una definición precisa, o si existe un conflicto entre definiciones, se puede obtener un significado más claro preguntando: «¿De qué es ejemplo esto?» ¿El concepto de la definición polémica es una subcategoría de un concepto mejor definido y de aplicación más general? En caso afirmativo, ¿de cuál? Por ejemplo, el significado y definición de la europeización tal vez sean polémicos, pero al menos hay dos conceptos más amplios que pueden servir de ejemplo: «globalización» (otro término polémico) por un lado, y «nacionalización» por otro. Simultáneamente, existe una clara diferencia teórica entre considerarlo un ejemplo o subcategoría de la globalización, o verlo como un ejemplo de nacionalización o de construcción del estado; por ello, el concepto más extenso se debe escoger cuidadosamente y teniendo en cuenta la teoría con la que se trabaja. La globalización alude a la disolución del

estado y otras fronteras en el mundo, mientras que nacionalización implica la construcción de fronteras y nuevas divisiones. En un caso, entendemos lo que supone la europeización recurriendo a la bibliografía y a conceptos sobre el imperio en el orden anterior a Westfalia; en el otro, hemos de mirar bibliografía y los conceptos relativos a la construcción nacional y a la formación de estados (compárense, por ejemplo, Bartolini 2006 y Zielonka 2006).

Averiguar si el objeto de investigación y, por tanto el concepto, sirve de ejemplo de algo más es en todo caso un paso útil en el desarrollo de una estrategia de investigación efectiva. También es un punto de partida más claro para estudios de caso que para comparaciones de casos (véanse Della Porta, cap. XI, y Vennesson, cap. XII). Al comparar múltiples casos, conviene saber si el objeto de estudio –por ejemplo, el corporativismo– es el mismo o equivale desde el punto de vista funcional a diferentes casos. En este sentido la pregunta «qué» debe tener absoluta prioridad. Por otro lado, en estudios de un solo caso se logra una mejor comprensión centrándonos en la pregunta: «¿De qué es ejemplo?» Por ejemplo, Paola Mattei (2007) indagó si el cambio político que estaba estudiando era un ejemplo de despolitización y sacó a la luz novedosas conclusiones para sustentar su estudio sobre la reforma del estado de bienestar en Italia, enmarcando su investigación de modo que la ponía en relación con investigaciones más ambiciosas que se estaban haciendo en Italia y en otros lugares. En resumen, saber lo que estamos investigando o de qué es ejemplo supone un paso crucial en cualquier diseño de investigación. Hemos de empezar por tener los conceptos claros.

Pero, ¿de dónde salen esos conceptos? En algunos casos, como señala Gerring (1999) comenzamos con fenómenos reales y, luego, intentamos definirlos en términos más o menos precisos. Por ejemplo, puede gustarnos mucho la idea de «delegación», fenómeno de creciente importancia en las democracias postindustriales avanzadas (Thatcher y Stone Sweet 2002; Strøm, Müller y Bergman 2003), y por ello trataremos de concretar qué es la delegación, qué no es y cómo encaja dentro de la idea más amplia de las nuevas formas de gobierno. También puede gustarnos un concepto por la frecuencia de su utilización en el discurso popular, como el concepto de «tercera vía» de Tony Blair o su defensa del «gobierno conjunto», y nos interesará desvelar la relevancia de estas ideas en las estrategias políticas contemporáneas y en la elaboración de políticas concretas. En los debates teóricos es habitual que surja el propio concepto de «gobernanza» (Peters 2000; Goetz 2008) y nos interese aclarar sus propiedades e investigar su relación con ideas de gobierno más tradicionales. Esto sirve igualmente para el proceso a través del cual definimos un fenómeno como ejemplo de otra cosa; desde la categoría superior que elijamos, se puede extraer una serie de alternativas distintas. A veces estas fuentes distintas ofrecen diferentes versiones de lo que se nos antoja el

mismo concepto, lo cual puede inducir a confusión. En concreto en la investigación etnográfica (véase Bray, cap. XV), pero también en el ámbito más general de la investigación social comparativa, es importante distinguir entre la versión que el observador/investigador tiene de un concepto y la de los actores que se estudian.

CLASES Y COMPARACIONES

El segundo punto destacado por Sartori, que sigue al anterior pero que resulta más polémico, es que las comparaciones «más y menos» solo deben hacerse dentro de las mismas *clases* o categorías: «La cuantificación entra en escena después y solo después de haber formado el concepto» (1970, p. 1038). En otras palabras, el concepto se define y clasifica cualitativamente, a través del lenguaje y la teoría, y la cuantificación o la medida se producen dentro de los términos de referencia o clase que especifica el concepto.

Este es el principio de *per genus et differentiam*, según el cual cada objeto se define por su género —la clase de objetos a la que pertenece— y por su diferencia —los atributos particulares que lo diferencian de los demás objetos de la misma clase—. Esta forma de clasificación se denomina taxonomía. En la práctica esto significa, por ejemplo, que hemos de definir qué es el corporativismo antes de explicar su desarrollo, igual que tenemos que saber qué es la europeización antes de tratar de explicar su influencia. Si escribo un artículo para un congreso o una revista científica en el que critico los recientes descubrimientos sobre la europeización y propongo una nueva interpretación o nuevos descubrimientos, mi concepto de europeización ha de ser compartido o, al menos, aceptado por mis colegas. De lo contrario, dirán que hablo de algo totalmente distinto y desestimarán mi artículo². Dicho eso —y recuperaremos el hilo posteriormente—, los significados no tienen por qué ser enteramente compartidos; es más, muchos progresos de la investigación obedecen al refinamiento y la redefinición de conceptos que de otro modo no darían lugar a debates.

Las clasificaciones tienen dos importantes características (véase Lazarsfeld y Barton 1951). En primer lugar, la clasificación debe ser *exclusiva*. Es decir, el mismo objeto o fenómeno no puede pertenecer a más de una clase. En segundo lugar, la clasificación debe ser *exhaustiva*. Ningún objeto o fenómeno se puede excluir de la clasificación con el pretexto de que no encaja en ninguna clase. En una clasificación de formas de gobierno ministerial en la Europa moderna, por ejemplo, podemos distinguir entre gobiernos de partido único con mayoría, gobiernos de coalición ma-

² Esto también se aplica a lo que Gunnar Sjöblom ha identificado.

yoritaria, gobiernos de partido único en minoría y coaliciones minoritarias. Ningún gobierno puede pertenecer a más de una de esas categorías, en el sentido de que cada una es exclusiva, y ningún gobierno queda fuera de las cuatro categorías, en el sentido de que en conjunto ofrecen un listado exhaustivo. Si apareciese un gobierno que no entrase en ninguna de esas definiciones, habría que crear una categoría adicional.

Cuando se combinan dos o más clasificaciones, y por tanto las categorías pasan de ser unidimensionales a ser bi o multidimensionales, el resultado es una *tipología*, a la que se aplican las mismas reglas que a las clasificaciones: los tipos han de ser exclusivos y exhaustivos. Cada elemento debe pertenecer a un solo tipo, y ningún elemento puede quedar excluido. Con las tipologías, igual que con las clasificaciones, es esencial conocer la respuesta a la pregunta «qué es»; a saber, en cualquier tipología o clasificación hay que saber a qué tipos y clases concretas nos referimos. Las clases y los tipos necesitan etiquetas. Un buen ejemplo es la tipología de las democracias elaborada por Arend Lijphart hace casi cuarenta años, tipología que estableció combinando una clasificación de culturas políticas con una clasificación de formas de conducta de elite (Lijphart 1968). Las etiquetas estaban muy claras en este caso: Lijphart pretendía distinguir tipos de democracia y clasificar formas de conducta de elite y de cultura política. Hay que tener en cuenta que en la construcción de tipologías nos movemos de la simple clasificación a la explicación (véase Héritier, cap. IV). Lijphart clasifica la conducta de las elites y la cultura política para establecer una tipología de regímenes democráticos y, al hacer tal cosa, ofrece una explicación para los diferentes tipos de régimen que examina. Siguiendo este razonamiento, podemos afirmar que las democracias consensuales se distinguen de las democracias centrífugas *debido a un modelo distinto de conducta de las elites*³.

Si bien las reglas de la clasificación y la tipología encuentran aceptación casi general en ciencias sociales, la teoría de Sartori de que solo se debe medir o comparar *dentro de* clases determinadas ha tropezado con críticas u oposición. Por ejemplo, DeFelice (1980), sostiene, parafraseando el título de uno de sus artículos que es una «tontería corriente». DeFelice cita el artículo de Sartori de 1970 y un trabajo anterior de Kalleberg (1966) y afirma que dicho enfoque recomienda «procedimientos que en realidad son... disfuncionales en una ciencia política general» (1980, p. 120), puesto que impiden las comparaciones universales o semiuniversales. Sostiene DeFelice que si una cosa no se puede comparar con otra y si solo podemos medir diferencias de grado entre clases o tipos concretos —*per genus et differentiam*—, el alcance de nuestras comparaciones es limitado. El respeto a estas reglas significa que la cultura política de las no

³ Véase en Møller (2007a) una aplicación muy amplia y acertada del análisis tipológico a las variaciones en los regímenes poscomunistas.

Tabla 10.1. Escala de abstracción de Sartori

Niveles de abstracción	Alcance y objetivo principal comparativo	Propiedades lógicas del concepto
Categorías de alto nivel Conceptos universales	Teoría global: Comparaciones transversales entre contextos heterogéneos	Extensión máxima, intensidad mínima
Categorías de nivel medio Conceptos y taxonomías generales	Teoría del alcance medio: Comparaciones entre contextos relativamente homogéneos	Extensión e intensidad en equilibrio
Categorías de nivel bajo Conceptos configurativos	Teoría de vía estrecha: Análisis país a país	Extensión mínima, intensidad máxima

Fuente: Sartori (1970, p. 1044).

democracias no se puede comparar con la de las democracias, por ejemplo, y en este punto los objetivos y el progreso de la investigación en ciencia política se ven innecesariamente obstaculizados. Jackman (1985, pp. 167-169) expresa una crítica similar. Entiende que aunque los objetos difieran entre sí, se pueden comparar, lo cual significa que la formación de conceptos no tiene por qué preceder a la medida o la comparación. Jackman observa que algunos conceptos son «continuos de forma inherente» y no tienen límites superiores ni inferiores, lo cual quiere decir que hay que definirlos cuantitativamente, no cualitativamente. En estos casos descubrimos lo que queremos investigar preguntando «¿cuánto?» en vez de «¿qué?», y por ello tratamos con conceptos que se definen en términos de «más y menos» y no de «o esto o lo otro». Pone ejemplos como los conceptos de «riqueza nacional» o «pluralismo cultural».

Estas críticas no son convincentes. En el caso de DeFelice, la idea de que el alcance de la comparación se estrecha a causa del principio *per genus et differentiam* equivale a malinterpretar la posición que esos conceptos ocupan en un orden jerárquico, en el cual dos clases diferentes en un mismo nivel se convierten en parte de una sola clase más grande a un nivel superior. Sartori explica esta idea en detalle con respecto a su «escala de abstracción» y volveremos sobre ella en breve (véase tabla 10.1). De momento, es importante resaltar que la comparación entre clases —como ocurre, por ejemplo, cuando las democracias se comparan con no democracias— es totalmente aceptable desde la perspectiva de Sartori y para efectuarla basta con trasladar la jerarquía conceptual a una categoría más

abstracta y más global. Las democracias se pueden comparar entre sí en un nivel dado de abstracción; las no democracias también se pueden comparar entre sí a un nivel dado de abstracción; y las democracias se pueden comparar con las no democracias si invocamos conceptos que funcionan a un nivel superior de abstracción y abarcan ambas formas de gobierno. Uno de esos conceptos es el de «régimen», aplicable tanto a las democracias como a las no democracias. DeFelice acierta cuando dice que el ámbito de comparación se estrecha en un nivel determinado de abstracción y clasificación conceptual, pero no cuando sugiere que el ámbito se estrecha *per se*. Por el contrario, siempre se pueden realizar comparaciones más universales adoptando una noción más abstracta y global que esté por encima en la jerarquía conceptual.

La crítica de Jackman tampoco resulta convincente. Decir que algunos conceptos son continuos de forma inherente es confundir el carácter del concepto, por un lado, con su medida, por otro. Los valores de la «riqueza nacional» pueden ir de 0 a *N*, pero debe ser un concepto definible, porque de lo contrario no sabemos qué riqueza nacional *es*, con lo cual resulta absurdo medirla. A Jackman le preocupa que ciertos conceptos, los denominados *conceptos paraguas*, sean multidimensionales. Son conceptos que «cargan con demasiado equipaje para reducirlos a una única variable unidimensional», e incluye ejemplos como la cultura política, la estabilidad democrática y el institucionalismo político (Jackman 1985, p. 169). Si bien es cierto que cada uno de estos conceptos tiene una serie de atributos distintos, no está tan claro que resistan una definición o especificación clara. En todo caso, preguntando «qué es» a cualquiera de estos conceptos para situarlos dentro de una jerarquía de categorías y subcategorías, se reducen sus inherentes ambigüedades. ¿La estabilidad democrática constituye una forma de estabilidad política que es democrática o constituye una forma de democracia que es estable? ¿La cultura política es una subcategoría de la cultura definida en términos más generales o tan solo una suma de actitudes y conductas políticas individuales? Sin duda, a veces resulta difícil definir y concretar los conceptos, y hay dimensiones diferentes que cuesta trabajo desenmarañar, pero el esfuerzo investigador sale seriamente perjudicado si se descarta desde el principio cualquier intento de definición o especificación. Los fenómenos complejos y los conceptos paraguas o multidimensionales son los que necesitan definiciones más claras, puesto que suelen ser los que originan mayor confusión entre los investigadores⁴.

Uno de esos conceptos paraguas que muy a menudo discuten los especialistas en conducta social y electoral es el de «línea de fractura» (*cleavage*). En el análisis efectuado por Bartolini y Mair (1990, pp. 212-249; véanse también Bartolini 2000, pp. 15-24; Mair 2006) se afirma que una

⁴ Es lo que ocurre con el concepto de cultura política; véase, por ejemplo, la valoración de Formisano (2001) y la de Keating (cap. VI).

fractura tiene tres componentes distintos y que en este sentido nos enfrentamos a un concepto multidimensional. El primer elemento es la división social que distingue entre grupos de ciudadanos sobre la base del estatus, la religión, raza, etc., y que constituye el fundamento de cualquier fractura. El segundo elemento es el sentido de identidad colectiva, con grupos en los que la fractura se basa en la conciencia de una identidad compartida, como ser católicos, trabajadores, agricultores o cualquier cosa. El tercer elemento es la expresión organizativa de la fractura, que toma forma a través de un sindicato, una iglesia, un partido o cualquier otro medio. Cada uno de estos tres elementos es un componente esencial de lo que se entiende por fractura. Sin embargo, en la bibliografía los tres elementos distintos se utilizan a veces para definir tres tipos diferentes de fractura; por ejemplo, cuando los investigadores hablan de fracturas «políticas», «sociales» y «de valores» claras e independientes. En realidad, esto solo sirve para generar una confusión de conceptos, puesto que es imposible distinguir una supuesta «fractura política» de un conflicto o división política convencional, como también es imposible distinguir una supuesta «fractura social» de la noción de estratificación social. Por tanto, el concepto de fractura no añade ningún valor (véase Bartolini y Mair 1990, pp. 211-220). Sin embargo, cuando el concepto de fractura se refiere a fenómenos en los cuales se combinan los tres componentes de realidad, identidad y organización social, disponemos de un concepto que alude a las divisiones fundamentales que han configurado los partidos y los sistemas partidarios de la Europa contemporánea (véase Lipset y Rokkan 1967). En este caso, aceptar la multidimensionalidad del concepto lo define con mayor precisión y evita confusiones.

LA ESCALA DE ABSTRACCIÓN

El tercer punto de Sartori se refiere a la escala de abstracción o a lo que Collier y Mahon (1993) denominaron posteriormente la escala de la generalidad (tabla 10.1). Los conceptos que se definen por un gran número de propiedades y que, por tanto, son de aplicación limitada, se ubican en la base de la escala. Los conceptos que se definen por una sola o dos propiedades y, por tanto, son muy abstractos y poseen una amplia gama de aplicaciones, se ubican en lo más alto de la escala. Esto también sirve para la jerarquía de conceptos y categorías que analizamos anteriormente. Por ejemplo, «régimen» es una categoría más abstracta y con menos propiedades que «democracia» o «no democracia», y por tanto está por encima (y abarca más) de los dos últimos conceptos en la escala de abstracción. Una forma de entender las diferencias entre los niveles superiores e inferiores de la escala de abstracción es pensar en un concepto que sea como un globo aerostático. Si queremos subir más alto y tener una vista más

amplia del paisaje, la cesta ha de ser más ligera; en términos conceptuales, hay que prescindir de ciertas propiedades y tender a la abstracción. Si queremos descender para ver de cerca algo que está en el suelo, la cesta debe pesar más, lo cual significa que hay que tener más propiedades.

Un hecho fundamental es que la escala de abstracción también se puede formular como matriz, donde hay una transacción entre el número de casos que se investigan y el número de propiedades o atributos de cada caso. Cuantos más casos, menos propiedades de cada uno se pueden tener en cuenta y, por tanto, más abstracto resulta el concepto; cuantos menos casos, más propiedades y, por tanto, más concreto es el concepto. Sartori recurre a la lógica y utiliza los términos «extensión» e «intensión» para denominar esas dimensiones del concepto, de donde surge la matriz. La extensión de un concepto alude al número de casos que cubre o su *denotación*; la intensión de un concepto alude al número de atributos o propiedades que tiene, o su *connotación*.

Un buen ejemplo del funcionamiento en la práctica de los distintos niveles (o peldaños) de la escala de abstracción es el que ofrece el concepto de «partido político». En lo más alto de la escala, en su forma más abstracta, tenemos la definición mínima de partido —que explicó Sartori (1976, p. 63)— como «un grupo político identificado por una etiqueta oficial que se presenta a las elecciones (libres o restringidas) y, por medio de ellas, consigue colocar a sus candidatos en puestos públicos». Se trata de una definición mínima y, por tanto, abarca incluso a los partidos más elementales de cualquier sistema político imaginable, democrático o no. En otras palabras, la definición es mínima, abstracta —solo una propiedad o atributo— y su aplicación muy amplia, prácticamente en todo tipo de países y sistemas. Tiene una intensión mínima y, en consecuencia, una extensión máxima y se emplea fundamentalmente para distinguir entre partidos políticos (grupos que nombran candidatos para cargos públicos) y grupos de interés (no hacen tal cosa)⁵. Al bajar en la escala, las definiciones de las subcategorías de partido adquieren más propiedades y su aplicación es menos general, son más intensivas y menos extensas. Más abajo encontramos, por ejemplo, el partido de masas, un tipo o clase particular de partido caracterizado por una militancia masiva y relativamente homogénea, una organización jerárquica que sigue funcionando entre elecciones, un liderazgo colectivo responsable ante la militancia, etc. Se trata de una subcategoría del partido político en lo alto de la escala, pero con una definición y un conjunto de propiedades mucho más detallados y, por tanto, con una aplicación más limitada. Por ejemplo, este tipo de partido era bastante corriente en Europa occidental en los años cincuenta y sesenta

⁵ Esto significa que grupos incapaces de situar candidatos por medio de elecciones —antiguos partidos que están fuera de la ley o grupos de oposición en regímenes no democráticos— no deberían considerarse partidos, sino «grupos», «movimientos» o cosa semejante.

Figura 10.1. La transacción entre casos y propiedades



(Scarrow 2000). Por último, en el peldaño inferior de la escala encontramos modelos de partido mucho más concretos, como lo que Hopkin y Paolucci (1999) identificaron como el «modelo empresarial» de partido, un tipo de partido inestable electoralmente, políticamente incoherente, destinado a servir a intereses particulares, y que se definió por medio de un ejemplo en España a finales de los años setenta y otro en Italia en los noventa. En otras palabras, es un concepto muy específico y de aplicación limitada. Tiene una intensidad máxima y una extensión bastante pequeña.

Esta transacción entre casos y propiedades se puede imaginar en forma de pirámide invertida (véase figura 10.1), en la cual la gama de casos, que se extiende de izquierda a derecha en el eje horizontal, se estrecha progresivamente a medida que el número de propiedades (marcadas en el eje vertical) aumenta. Al final, es decir, en el vértice de la pirámide invertida, habrá solo un caso y el máximo número de atributos; en la base de la pirámide invertida hay gran cantidad de casos, pero solo uno o dos atributos.

Sin embargo, los conceptos más interesantes, tanto en el sentido empírico como en el teórico, se encuentran cuando nos alejamos de los extremos y nos fijamos en los estratos intermedios. En lo más alto de la escala, donde la definición del concepto es mínima y la extensión máxima, no hay mucho que decir para delimitar el alcance de la investigación en términos teóricos. En la base de la escala, donde la intensidad es máxima y la extensión bastante limitada, el debate y el análisis pueden ser descriptivos y poco teóricos, aunque en ese nivel interesa identificar conceptos que posteriormente se puedan «aligerar» y, por tanto, aplicar a más casos. Por el contrario, en el nivel medio de la escala, donde los conceptos tienen

una extensión media y una intensidad media y abarcan una gama relativamente amplia de casos, resulta sumamente interesante e innovadora la elaboración de teorías y análisis en ciencias sociales (el ejemplo paradigmático es Merton 1968).

Un buen ejemplo del valor del nivel medio lo proporcionan las obras sobre los partidos, que fomentan el debate sobre el papel de los partidos en las nuevas democracias poscomunistas. Philippe Schmitter (2001), en un provocador ensayo que revisaba la experiencia de la primera década de democracia en Europa central y del este, afirmó que los partidos políticos eran totalmente incapaces de realizar sus funciones en esas nuevas democracias por una serie de motivos, lo cual demostraba su absoluta irrelevancia en el devenir de la política poscomunista. Según Schmitter los partidos políticos jugaron un papel esencial en la consolidación de la democracia en las primeras oleadas de la transición, «pero no tienen por qué seguir haciéndolo en el presente o en el futuro» (Schmitter 2001, p. 72).

Este argumento era claramente insostenible en un punto. Como se demostró en la misma obra (Bartolini y Mair 2001, p. 331), Schmitter se basaba en una definición concreta de partido —un concepto de partido—, que era el partido de masas clásico de los años cincuenta y sesenta, para afirmar que ese tipo de partido no existía en la política poscomunista contemporánea. Partiendo de esa base, sostenía que los partidos eran irrelevantes. A ello se oponía el argumento obvio de que, si bien ese tipo de partidos de masas apenas tenía relevancia en la consolidación democrática poscomunista, otro tipo de partidos sí jugaba un papel importante, por ejemplo aquellos susceptibles de ser definidos en términos menos estrictos. En otras palabras, aunque el tradicional partido de masas analizado por Schmitter fuese irrelevante, había otros partidos que no se podían descartar con la misma ligereza. Siguiendo la definición mínima de Sartori como guía, podríamos decir que todas las democracias, viejas o nuevas, contarán siempre con algún tipo de partido.

Sin embargo, en otro nivel el argumento de Schmitter adquiere interés. Situarse en lo más alto de la escala de abstracción y afirmar, basándose en la definición mínima de partido, que los partidos siempre estarán ahí, es correcto, pero no tiene gran profundidad teórica (sí la tiene como definición). Por el contrario, decir que nunca habrá partidos de masas y situarse en el nivel medio de la escala ofrece un interesante argumento teórico sobre las condiciones para el surgimiento y el éxito de dichos partidos y para su papel de intermediarios en el orden político contemporáneo. En este caso, como suele ocurrir con los análisis en el nivel medio, se pueden formular preguntas más fructíferas que en lo más alto o en lo más bajo de la escala.

Por último, la escala de abstracción también es útil para la cuestión de la multidimensionalidad de los conceptos, sobre todo en lo que se refiere a la *historia de los conceptos* y a los cambios de significado a lo largo del tiempo (Hampsher-Monk, Tilmans y Van Vree 1998; véase también lo

dicho anteriormente). Por ejemplo, Terence Ball (2002), uno de los teóricos políticos más destacados de este campo, afirma que una de las diferencias esenciales entre la obra de los sociólogos empíricos y la de politólogos como él, es que en el primer caso se tratan los conceptos como si solo tuviesen un significado, mientras que en el segundo se les adjudican significados múltiples, dependiendo del lugar y el momento de su expresión. Sin embargo, si seguimos la línea de Sartori, no veremos problema en este punto. A saber, podemos decir que el mismo término tiene un significado cuando está en lo más alto de la escala de abstracción y *muchos* significados cuando descendemos en la escala. La cuestión no es cuántos significados hay, sino saber en qué parte de la escala estamos.

Todos los conceptos deben tener una definición esencial o mínima, compartida por todos los usuarios del mismo. De lo contrario, se produce una situación que Ball considera análoga al estado de naturaleza de Hobbes, en el que «cada individuo es una mónada, totalmente desconectado de los demás mientras habla en una especie de idioma inventado. Los conceptos que componen esos idiomas individuales no se pueden traducir ni entender de ningún modo, y por ello cada hablante es un extraño para los demás y por tanto un enemigo» (Ball 2002, p. 24). No obstante, esta definición mínima se puede ampliar —el contenedor se llena con propiedades adicionales—, desarrollando significados distintos, cada uno de ellos apropiado para un determinado momento y lugar. Un buen ejemplo es el desarrollo del significado del concepto holandés de *burgher* o ciudadano, que ha experimentado una serie de transformaciones desde que se utilizó por primera vez en el siglo XVI (Tilmans 2004). En el caso de *burgher* hay a la vez un significado, que está en lo más alto de la escala de abstracción, y *muchos* significados, que surgen a medida que descendemos en la escala, añadimos propiedad adicionales y tenemos en cuenta la diferente comprensión del término *burgher* a lo largo del tiempo. Pero ello no quiere decir que al concepto pueda concedérsele *cualquier* significado. Cuando otorgamos cualquier significado a un concepto, puede significar lo que cualquiera desee, y en ese punto se produce la situación caótica contra la que nos previno Ball.

Sin embargo, a pesar de los escrúpulos de Ball, no hay un conflicto forzoso entre un significado y muchos significados. Cada concepto puede tener ambas cosas, «uno» o «muchos», dependiendo del lugar de la escala en que nos situemos. El conflicto surge entre manejar «uno» o «muchos» significados, por un lado, frente a manejar «cualquier» significado por el otro. Es más, si coincidimos en un «único» significado esencial o mínimo —el más abstracto—, nunca valoraremos la importancia de que surjan «muchos» significados ni podremos comparar esos diversos significados entre sí. Sin una primera comprensión de lo que significa «ciudadano», «nación», «estado» o cualquier cosa —el significado esencial—, no entenderemos por qué y en qué un significado concreto de «ciudadano»,

«nación» o «estado» se diferencia de otro significado concreto. En otras palabras, debemos empezar con el significado «único», en la cima de la escala de abstracción, y descender hasta los significados «múltiples», en los niveles inferiores y en contextos particulares. Y hemos de procurar no apartarnos de la escala y acabar en una situación en la que «cualquier» significado resulta aceptable⁶.

LO QUE NOS ENSEÑA LA ESCALA DE ABSTRACCIÓN

La escala de abstracción de Sartori nos enseña tres importantes lecciones. En primer lugar, como hemos visto anteriormente, la comparación entre clases siempre se altera al ascender en la escala de abstracción. Las democracias se pueden comparar con democracias en un nivel y, luego, se pueden comparar con las no democracias en los términos de referencia a un nivel superior y, por tanto, a un concepto más abstracto como el de régimen. En este sentido, las advertencias de DeFelice (1980) y de Jackman (1985) de que la comparación se ve obstaculizada por la necesidad de formar los conceptos antes de la cuantificación se nos antojan poco fundamentadas. El problema se resuelve ascendiendo en la escala (véase también O'Kane 1993).

En segundo lugar, los conceptos se pueden considerar «contenedores de datos», en los que se incluyen cierto número de atributos o propiedades diferentes. Gerring (1999, pp. 357-358), al presentar una de las guías prácticas más útiles sobre la formación de conceptos, indica que los conceptos tienen tres aspectos distintos: a) los hechos o fenómenos que hay que definir, o sea, la extensión; b) las propiedades o atributos que definen a esos fenómenos, o sea, la intensión; y c) la etiqueta que abarca la intensión y la extensión. Gerring sostiene que «la formación de conceptos es una operación triangular» y que «los buenos conceptos mantienen una correcta alineación entre *a*, *b* y *c*» (Gerring 1999, p. 358)⁷. Cuando el concepto cambia y se vuelve más abstracto, el número de propiedades se reduce; si se concreta, el número de propiedades aumenta. Naturalmente, en

⁶ Como la famosa cita de Lewis Carroll en *A través del espejo*: «Cuando uso una palabra —dijo Humpty Dumpty en un tono bastante desdenoso— significa lo que quiero que signifique, ni más ni menos».

⁷ El argumento de Gerring contiene un intrigante eco del tratamiento tridimensional de la semiología y el mito de Roland Barthes (1972, pp. 111-117), en el cual el significante y el significado se combinan en el signo (el concepto). Ese eco también es relevante en otro sentido, pues Barthes señala que, si bien el signo puede tener muchos significados, cuando se vincula a un significante y a un significado concreto, se convierte en fijo. Del mismo modo, cuando un concepto se asocia con un conjunto dado de propiedades, su significado se convierte en algo fijo y no debe estirarse para abarcar otros significados. Sin embargo, en contextos diferentes el significante se combina con un significado distinto y, en consecuencia, el signo también adopta un significado distinto. Véase Sartori (1984).

ambos casos hay que cambiar la etiqueta. Pasar de la noción de partido político a la de partido de masas y, luego, al modelo empresarial de partido supone añadir mayor número de atributos o propiedades.

Goertz (2006, pp. 5-7), en su extenso análisis de los conceptos y la formación de conceptos en ciencias sociales, considera esas propiedades como constitutivas del «nivel secundario» del concepto, mientras que los indicadores elegidos para medir las propiedades constituyen el «tercer nivel». Por ejemplo, en el tratamiento de la democracia que hace Hadenius (1992) y que Goertz toma como uno de sus modelos, la «democracia» es lo que denomina concepto de *nivel básico*, o sea, el concepto esencial; las dos propiedades de la democracia que se identifican en el *nivel secundario* son las «elecciones» y las «libertades políticas»; y los diversos indicadores o fuentes de datos del *tercer nivel* que se utilizan para medir o poner en funcionamiento esas propiedades son el «sufragio», los «cargos electos» y las «elecciones significativas» por un lado, y la «libertad de organización», la «libertad de expresión» y la «ausencia de coerción», por otro. Se nos ofrece así un complemento muy útil al enfoque de Sartori, puesto que se destaca que, no solo hemos de definir conceptos e identificar sus propiedades, sino además identificarlos de tal forma que faciliten la selección de indicadores que se puedan poner en funcionamiento y medir.

En tercer lugar, si queremos ampliar el ámbito de aplicación de un concepto en particular, hay que hacerlo más abstracto o más ligero, prescindiendo de una o de varias de sus propiedades. Es una lección crucial. En la escala el movimiento es hacia arriba o hacia abajo, no transversal. Tomar un concepto aplicable en un número dado de casos y, luego, extenderlo al mismo nivel y *con las mismas propiedades* a un número mayor de casos es *estirar* el concepto, lo cual resulta problemático. Por tanto, conviene hacer que el concepto sea más abstracto prescindiendo de propiedades o atributos concretos y ampliando de ese modo su alcance. Naturalmente, los conceptos pueden moverse y deben hacerlo en la investigación social y política comparativa; pero, como los globos aerostáticos, hay que aligerarlos antes de que vayan muy lejos.

OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE LA FORMACIÓN DE CONCEPTOS

Collier y Mahon (1993, p. 845) describieron el enfoque de Sartori sobre la formación de conceptos como enfoque «clásico», en el cual la relación entre conceptos se ve «en términos de una jerarquía taxonómica, en la que cada categoría [o concepto] tiene límites claros y propiedades definitorias que comparten todos los miembros». Collier y Mahon sostienen, sin embargo, que no todos los conceptos encajan fácilmente en ese enfoque. A veces cuesta mucho establecer con precisión el significado de un

concepto particular o decir cuáles son sus propiedades; y a veces los conceptos no aparecen en una jerarquía clara, sobre todo en los términos de la escala de abstracción, en la que algunos conceptos de un nivel inferior de generalidad se presentan con menos propiedades que otros con un nivel superior de generalidad. En otras palabras, la intensión y la extensión no siempre varían a la inversa.

Por ejemplo, en el caso del concepto de «democracia», teniendo en cuenta la variedad de formas que la democracia ha adoptado desde la explosión de las transiciones de la Tercera Ola en los años noventa, es muy difícil establecer una jerarquía clara de definiciones y categorías. La escala de abstracción de Sartori empieza con una definición mínima, incluyendo las condiciones *necesarias y suficientes* que se utilizan para definir el concepto en cuestión. Pero resulta muy problemático identificar este nivel en el caso de la «democracia». Si decimos que la democracia supone elecciones entre partidos múltiples y que esa es la propiedad definitoria mínima, como se asumía antes de la caída del Muro de Berlín en 1989, la categoría «democracias» acabará incluyendo sistemas en los cuales los derechos y las libertades básicas se niegan a muchos ciudadanos. Son las denominadas democracias «iliberales» o «electorales», analizadas por especialistas como Diamond, O'Donnell y Zakaria⁸. Por otro lado, si caracterizamos las «democracias» por la garantía de derechos y libertades y no tenemos en cuenta los procesos electorales porque a veces están desacreditados, omitimos un elemento importantísimo en cualquier proceso democrático: el derecho de los votantes a despedir a sus gobernantes. Y por último, si exigimos ambos criterios como condición mínima para la democracia y nos acercamos a la dimensión de protesta y participación utilizada por Dahl (1971) en su concepto de *poliarquía*, acabaremos solo con unos pocos regímenes que se puedan considerar democracias efectivas o liberales y, sobre todo, perderemos nuestra jerarquía, puesto de las «democracias electorales» (definidas como democracias liberales con una inadecuada garantía de los derechos y libertades individuales) no se pueden considerar una subcategoría de la democracia liberal. Por tanto, a la hora de definir la democracia hemos de debatir para encontrar un punto de partida que funcione.

Una solución a este problema, propuesta por Collier y Mahon (1993, pp. 848-852), toma elementos de la ciencia cognitiva y adopta las denominadas *categorías radiales*. En realidad, se trata de una forma muy compleja de desarrollar conceptos y no resulta fácil adaptarla a situaciones reales. Resumiendo, las categorías radiales empiezan con una única categoría primaria, equivalente a un tipo ideal⁹, que contiene todos los atributos definitorios del concepto. En el caso de la democracia, uno de los

⁸ Véase Møller (2007b); véase también una perspectiva general en Mair (2008).

⁹ Sobre los tipos ideales, véase Goertz (2006, pp. 82-88).

ejemplos que ponen Collier y Mahon, la categoría primaria, incluye los atributos principales asociados con la democracia en general, aunque en la práctica no se encuentran todos juntos en ningún caso real: participación política efectiva, limitación del poder del Estado, y el compromiso de fomentar la igualdad social y económica. Cada serie de categorías secundarias que se aplican a casos reales adopta un rasgo esencial definitorio de la categoría primaria (tipo ideal) y lo combina con uno u otro (o ninguno) de los posibles atributos. Y así, si consideramos la participación política efectiva como un rasgo definitorio esencial de la democracia –necesario pero no suficiente para definir la democracia–, las categorías secundarias reales son la democracia participativa, que se basa en dicho elemento; la democracia liberal, que combina ese elemento con la limitación del poder del Estado; y la democracia popular, que combina ese elemento con la búsqueda de la igualdad (Collier y Mahon 1993, p. 850).

Una solución alternativa a cualquier otro problema planteado por el enfoque clásico es el concepto de *categorías de parecido familiar* de Wittgenstein, tomado de la lingüística teórica (Collier y Mahon 1993, pp. 846-848), que pretende resolver el problema de tratar con objetos claramente asociados o vinculados entre sí, del mismo modo que los miembros de una familia tienen vínculos genéticos, pero sin que ninguno se caracterice por *todo* el conjunto de atributos relevantes. En otras palabras, no hay un núcleo esencial que comparta todos los objetos y, por tanto, no son parte de la misma clase en el sentido que Sartori da al término. Supongamos, por ejemplo, que hay seis casos y seis atributos, que cada caso tiene cinco atributos, y que no hay dos casos que compartan la misma serie de cinco. Esos casos se pueden comparar puesto que todos pertenecen a la misma familia de casos, pero no a la misma clase. La categoría conceptual que los define y que indica cuáles se incluyen y cuáles no, carece de una definición «necesaria y suficiente».

Como demuestra Goertz (2006, pp. 74-75), el enfoque del parecido familiar en la formación de conceptos da la vuelta al argumento de Sartori sobre la extensión e intensión de un concepto. La escala de abstracción de Sartori y su visión clásica de la formación de conceptos se apoya explícitamente en la condición necesaria y suficiente, de modo que cuando el número de propiedades (la intensión) aumenta –en un proceso lógico de Y, Y, Y–, la gama de casos abarcados (la extensión) disminuye forzosamente (véase figura 10.1). Sin embargo, en el supuesto del parecido familiar, las propiedades definitorias son «necesarias o suficientes», por ello, cuanto mayor es el número de propiedades –añadidas en un proceso lógico de O, O, O–, mayor es la gama de casos.

En resumen, el resultado del enfoque del parecido familiar es que más atributos producen más casos, en vez de menos casos, y por ello la intensión y la extensión varían juntas, no inversamente. El problema al que nos enfrentamos es saber dónde debe parar el proceso. Desde la perspectiva

de la ciencia social comparativa, el punto final se alcanza cuando tenemos a la vez un universo de casos y un universo de propiedades y, por tanto, hemos eliminado completamente la variación. Evidentemente, esto no funciona, y de ahí que los límites conceptuales tengan que establecerse en una etapa muy anterior. Como el número de casos observados sirve para definir las propiedades que comparten colectivamente dichos casos, es difícil encontrar una norma que funcione por inclusión y exclusión. Igual que en la película *De boda en boda*, cualquiera puede decir que tiene relaciones familiares con los que son el centro de la acción y, por ello, los límites, como las invitaciones de boda, pierden toda utilidad.

CONCLUSIÓN

W. B. Gallie (1956) introdujo hace cincuenta años la idea de «conceptos esencialmente controvertidos». Se trataba de conceptos cuyo significado operativo había sido objeto de debates y discusiones continuas y que difícilmente encontrarían una definición firme y rotunda. Entre los ejemplos citados por Gallie estaban el arte, la religión, la ciencia, la democracia y la justicia social; luego, se añadieron el poder, la ley y el liderazgo. Lo que caracteriza a estos conceptos no es que tengan dos o tres significados contradictorios, sino que poseen un significado abstracto aceptado por la mayoría de usuarios, aunque la aplicación de dicho significado resulta polémica. Todos sabemos qué es el arte en abstracto, pero no nos ponemos de acuerdo a la hora de clasificar ciertos objetos como arte; todos sabemos –más o menos– qué es la democracia, pero disintimos en que determinadas políticas se definan como democráticas. Podría incluso decirse que la razón de que en las ciencias sociales haya un número tan considerable de conceptos esencialmente polémicos es debido a su carácter intrínsecamente normativo, de donde resulta que la aplicación de términos como justicia y moralidad, o imparcialidad, legitimidad, autoridad y terrorismo a situaciones reales se vea sujeta inevitablemente a críticas y revisiones¹⁰. Como afirma Ball (2002, p. 21), «la historia del pensamiento político es en gran parte la historia de la polémica y el cambio conceptual».

Aunque aceptemos que la aplicación concreta de un concepto es discutible, no significa que demos por buena una batalla campal en la que cada investigador puede utilizar la definición que le apetezca, con lo cual la comunicación y la acumulación de conocimientos quedarían a medio camino. Necesitamos una base común para trabajar en una disciplina académica –de lo contrario, y de forma bastante literal, no habría disciplina académica– y, por tanto, también tenemos que desarrollar y justificar de-

¹⁰ Agradezco a Rainer Bauböck que me hiciese ver este argumento.

finiciones coherentes de nuestros conceptos y defenderlas frente a posibles críticas. Como hemos visto antes, siempre hay que empezar la investigación con la pregunta «qué es» y hay que estar dispuesto a defender la propia respuesta a esa pregunta frente a respuestas alternativas expresadas por otros especialistas.

Esto no significa que tengamos que formular conceptos con definiciones inmutables, que sería el otro extremo. En la práctica, la investigación exige más pragmatismo y flexibilidad, y por ello los proyectos de investigación individuales adaptan el significado de un concepto para mejorar su puesta en práctica y su medida. Como indican Collier y Adcock (1999, p. 546), «los investigadores han de ser cautelosos antes de afirmar que poseen una interpretación definitiva del significado de un concepto. Es más productivo establecer una interpretación que se justifique, al menos en parte, por su adaptación a los objetivos inmediatos de la investigación y a la tradición investigadora concreta en la que se encuentran». Pero, podemos añadir, esto debe aplicarse dentro de un ámbito razonable. La rigidez excesiva de una definición puede poner en peligro la investigación, pero ser muy pragmático y flexible en exceso supone arriesgarse a estirar el concepto demasiado. Los conceptos también necesitan un significado básico, y al extender ese significado por razones prácticas de la propia investigación o al calificarlo, hay que medir y explicar cuidadosamente todos los pasos. Los significados y sus aplicaciones pueden variar, pero deben explicarse y justificarse. Ahí terminan las opiniones y empieza la ciencia social comparativa.

ANÁLISIS COMPARATIVO: LA INVESTIGACIÓN BASADA EN CASOS FRENTE A LA INVESTIGACIÓN BASADA EN VARIABLES*

Donatella della Porta

El análisis comparativo ocupa una posición central en la investigación en las ciencias sociales. La opinión predominante considera que dicha investigación debe basarse en las variables (véanse Hérítier, cap. IV, y Schmitter, cap. XIV). Sin embargo, buena parte de la investigación –sobre todo en las ciencias políticas, pero también en algunas ramas de la sociología– está orientada a los casos, es decir, su objetivo consiste en realizar descripciones exhaustivas de unos pocos ejemplos de un determinado fenómeno. Este capítulo defiende la legitimidad de ambos enfoques. Los estudios basados en variables pretenden sobre todo establecer relaciones generalizadas entre variables, mientras que la investigación basada en casos aspira a comprender unidades complejas. Hay quienes dicen que las comparaciones basadas en casos siguen una lógica investigadora diferente, mientras que otros insisten en que las reglas son esencialmente idénticas.

El capítulo se inicia con la introducción del debate sobre el análisis comparativo, en el cual se distinguen tres tipos de métodos: experimentales, estadísticos y «comparativos». A continuación, se seleccionan dos estrategias principales de investigación y se establece su origen en las consideraciones metodológicas de Durkheim y Weber, para luego centrarse en las conclusiones vinculadas, respectivamente, a los enfoques basados en variables y a los enfoques basados en casos. Se analizan las ventajas y las desventajas de cada una de ellas con muestras de trabajos de ciencias sociales sobre la democratización, la violencia política y la participación política, partiendo de ejemplos de diseños de investigación estadística con un amplio N , que se comparan con otros de reducido N , especialmente en la tradición de la sociología

* Deseo expresar mi agradecimiento a Marco Giugni, Michael Keating, Leonardo Morlino, Philippe Schmitter, Pascal Vennesson y Claudius Wagemann por sus útiles comentarios en versiones anteriores de este capítulo.

histórica. El capítulo también se ocupa de los esfuerzos que se han hecho en fechas recientes para vincular ambos enfoques, en particular mediante el análisis comparativo cualitativo, y de las últimas observaciones sobre la estrategia orientada a los casos. Las condiciones que podrían influir en la elección de una lógica o de otra incluyen condiciones medioambientales (como los periodos en un ciclo de investigación o los tipos de datos disponibles) y las referencias epistemológicas de los investigadores con respecto al enfoque y a las habilidades metodológicas. El capítulo examina también las estrategias de los análisis comparativos y se centra en algunas de las principales alternativas metodológicas: la unidad relevante del análisis, el número de casos, la solución de compromiso entre diseños muy similares y diseños muy diferentes, y las maneras en las que se examina la dimensión temporal.

UNA O DOS LÓGICAS: EL DEBATE SOBRE LA POLÍTICA COMPARATIVA

Análisis comparativo

En sociología y en ciencias políticas ha habido una fuerte tendencia a considerar que todas las ciencias sociales tienen la misma lógica (véase Della Porta y Keating, caps. I y II; King, Keohane y Verba 1994). La validez depende de seguir una serie de reglas deductivas científicas cuyo objetivo consiste en intentar sacar conclusiones más allá de los datos inmediatos y llegar a algo más amplio que no se observa directamente¹. Si aceptamos esto, las diferencias entre los proyectos de investigación se centrarán en la matriz de los datos: los diseños (estadísticos) de investigación con un amplio *N* se ocupan de muchos casos, mientras que los estudios (comparativos) con un reducido *N* se ocupan de unos pocos casos. Desde esta perspectiva se considera que los proyectos con mayor *N* son más potentes a la hora de obtener conclusiones válidas y significativas. En los años setenta, en sociología y en ciencias sociales esta posición se apoyaba en las influyentes obras de Neil Smelser y de Arend Lijphart, que investigaron el análisis comparativo.

El análisis comparativo responde a la necesidad de ampliar el horizonte territorial y la profundidad de la información política (Lasswell 1968). A menudo se ha considerado como una rama de las ciencias políticas apta para comparar naciones (Verba 1991). Sin embargo, el debate sobre el enfoque comparativo representa un importante papel en la discusión metodológica más general de las ciencias sociales.

El campo de la política comparativa llegó a su apogeo en los años sesenta, al mismo tiempo que la aceptación de una «interdependencia acelerada en el ámbito mundial» (Lasswell 1968, p. 3). Los politólogos comparativos

¹ Para una concepción similar de la conclusión como base de la empresa sociológica, véase Goldthorpe (2000, especialmente el cap. 3).

ampliaron su campo de interés desde las democracias occidentales hasta los países del segundo y del tercer mundo, desviando sus intereses de las instituciones formales a los procesos políticos. Al principio, se impusieron las teorías del desarrollo, con un fuerte hincapié en la comparación global y en el objetivo normativo de llevar el desarrollo económico y político occidental a los países subdesarrollados. La Guerra del Vietnam arrojó luz sobre los dramáticos efectos que provocaban tales intervenciones, justificadas con el argumento de la ayuda a los países en vías de desarrollo. En los años setenta, los postulados de un patrón único de desarrollo en la vida política y económica, basados en la experiencia occidental, pasaron a ser objeto de crítica y al enfoque desarrollista se le echaron en cara sus «orígenes y su connotación de Guerra Fría» (Wiarda 1991, p. 21). En la década de los ochenta, la renovada atención a las comparaciones entre naciones hizo que se abandonasen las esperanzas en las teorías globales y en el enfoque desarrollista, lo cual dejó el espacio abierto a diversas *teorías de amplitud media* (es decir, las que solo se ocupan de sociedades específicas) en diversos subcampos de la disciplina. De hecho, la política comparativa se ha definido como un intento de desarrollar conceptos y generalizaciones en un nivel medio, entre lo que siempre es verdad en todas las sociedades y lo que es verdad solo en una sociedad y en un único momento temporal (Bendix 1963, p. 532).

Sin embargo, la especificidad del enfoque comparativo siguió siendo fundamental. En un principio se la definió como uno de los métodos científicos disponibles para controlar hipótesis sobre las relaciones entre dos o más variables, manteniendo constantes (o parametrizando) todos los elementos potencialmente perturbadores. El control empírico de las hipótesis requiere una distinción entre condiciones tratadas como *parámetros* (los cuales se asumen como tales, son inamovibles) y condiciones causales tratadas como *variables operativas* a las que, en una investigación específica, se les permite cambiar o se las cambia para evaluar su influencia (Smelser 1976). Existen tres enfoques principales dentro del análisis comparativo: el método experimental, el método estadístico y el método comparativo; todos ellos, con potencia decreciente, realizan la tarea de convertir la mayoría de las variables en parámetros con el fin de aislarlas de los efectos de las demás variables. Como suele ocurrir en ciencias sociales, aquí existe una cierta confusión terminológica. Unas veces, el término «método comparativo» se usa para referirse a los tres enfoques; otras, se refiere solo a uno de ellos. Para mayor claridad, aquí utilizaremos el binomio «análisis comparativo», que hace referencia a los tres enfoques, y el binomio «método comparativo» que se refiere al tercero de ellos².

² También la «política comparativa» se utiliza de diferentes maneras. A veces se refiere al estudio de países, uno a uno; otras, implica una insistencia en el estudio temático y entre los países de instituciones y comportamiento y, otras veces, se refiere al uso de un enfoque orientado a las variables.

En el método *experimental*, la conversión de variables en parámetros se realiza creando datos. En un entorno artificial controlamos los efectos de cualquier cambio en los valores de una variable operativa sobre los valores de las demás variables operativas manteniendo estables las demás influencias potenciales. En una situación experimental (como la utilizada en las ciencias naturales y en algunas ciencias sociales, especialmente en la psicología), solo son posibles los cambios en la variable objeto de nuestra atención; se hace tomando dos grupos idénticos e introduciendo un estímulo en solo una de ellas. Las diferencias entre los dos grupos se atribuyen entonces a la que recibió el estímulo. En este sentido, el método es muy potente y ofrece criterios robustos para escoger entre teorías rivales (Lijphart 1971). Por desgracia, solo un número limitado de fenómenos sociales pueden investigarse por medio de experimentos.

El método *estadístico* –basado en la elaboración matemática de datos empíricamente importantes (Lijphart 1971; véase también Franklin, cap. XIII)– se ocupa del método experimental interviniendo después de la creación de los datos. Es más débil que el experimental como método para sacar conclusiones, ya que la parametrización se obtiene por elaboración matemática de indicios empíricos (Smelser 1976, p. 157), creando submuestras en las que las variables potencialmente perturbadoras se mantienen constantes. Aunque el método estadístico es más débil que el experimental, ofrece buenas pruebas para la eliminación de teorías rivales. El principal problema del método estadístico es la necesidad de muestras más numerosas: cuanto mayor sea el número de variables que potencialmente «perturban» la medición de un coeficiente de correlación, mayor será el número de casos que se necesitan para construir submuestras lo suficientemente amplias para ser estadísticamente significativas. Esto, aparte de muy caro, suele ser imposible, debido al número limitado de macrounidades homogéneas que poseen características particulares.

El término *método comparativo* se utiliza, de forma harto confusa, para un enfoque dentro del análisis comparativo que ofrece una alternativa al método estadístico. Cuando el número de casos es demasiado reducido para la manipulación estadística, el investigador lo utiliza «aunque sin el mismo grado de confianza, mediante ilustración comparativa sistemática» (Smelser 1966, p. 157). El método comparativo compensa con *razonamiento lógico* la ausencia de un número suficiente de casos para pruebas sistemáticas mediante correlaciones parciales. Para investigadores como Smelser y Lijphart, la lógica del método comparativo se parece a la de los demás métodos «en que trata de desarrollar aplicaciones por manipulación sistemática de parámetros y variables operativas» (Smelser 1976, p. 158). Al igual que los demás métodos, trata de establecer relaciones generales y empíricas entre dos variables y de controlarlas manteniendo constantes todas las demás variables (Lijphart 1971). En este sentido, el método comparativo adopta la misma lógica que el método estadístico,

adaptándolo a aquellas situaciones en las que nos enfrentamos a fenómenos complejos sin el amplio número de casos necesario para un análisis estadístico: las situaciones con «muchas variables y un reducido *N*» (Lijphart 1971, p. 686). Timothy McKeown (2004) sostiene que la supuesta existencia de una única lógica cuantitativa en todas las investigaciones científicas sociales empíricas refleja la idea de que toda investigación empírica se enfrenta a los mismos problemas de conclusión causal, como lo hace la investigación cuantitativa. Esto implica presunciones tales como la existencia de una distinción clara entre la formación y la comprobación de las hipótesis, la búsqueda de la simplicidad (cuando no de la parsimonia) en la teoría y la localización previa de cada caso en el interior de una clase de casos. En un diseño de investigación orientado a las variables, cuanto menor sea el número de casos, menos numerosas deberían ser las variables explicativas, puesto que los problemas de grado de libertad convertirían en indeterminado el diseño de la investigación. Sin embargo, la lógica es la misma: «El método comparativo se parece al método estadístico en todo, salvo en una cosa. La diferencia fundamental es que el número de casos al que se enfrenta es demasiado reducido como para permitir un control sistemático mediante una correlación parcial» (Lijphart 1971, p. 684). Por el contrario, «tan pronto como el número de unidades aumenta lo suficiente para permitir el uso de técnicas estadísticas, la línea que separa a ambos se difumina» (Smelser 1976, p. 161).

El método comparativo se ocupa de un número reducido de casos –en general entre dos y veinte– y es la estrategia preferida de los científicos políticos y sociales cuando investigan instituciones u otros fenómenos macropolíticos. De hecho, el método comparativo se considera la única opción para las hipótesis controladoras que se aplican a unidades amplias y demasiado limitadas para el análisis estadístico. Aunque en este enfoque la calidad del control de las relaciones entre variables es baja, suele ser el único método científico disponible para el estudio de procesos macrodimensionales, interdimensionales e institucionales (Eisenstadt 1968).

La investigación basada en casos frente a la investigación basada en variables: ¿herramientas distintas, estándares compartidos?

Sin embargo, esta asimilación de los métodos estadísticos y los comparativos en «una misma y única lógica» no se libró de críticas. Algunos investigadores, si bien estaban de acuerdo en la búsqueda de estándares compartidos, recelaron de la necesidad de tener en cuenta las implicaciones metodológicas del uso de diversas herramientas (Brady y Collier 2004).

De hecho, la línea divisoria entre quienes analizan unas cuantas características en un amplio número de casos y quienes estudian unos pocos casos en profundidad (es decir, estudiando un mayor número de dimen-

siones, generalmente dentro de una perspectiva histórica) ha ido creciendo con la especialización de las ciencias sociales. Dada esta pluralidad de enfoques, la insistencia de una única lógica por parte de King, Keohane y Verba (1994) ha sido objeto de críticas, ya que ignora las diferencias entre los muchos objetivos que los sociólogos pretenden alcanzar partiendo de sus creencias ontológicas, en «la medida en la que las diferentes “verdades” son accesibles a observadores humanos, el nivel de abstracción en que dichas “verdades” deben formularse y pueden generalizarse en los diferentes contextos» (Sil 2004, p. 314; véase también Della Porta y Keating, cap. II)³.

Sin embargo, en muchos diseños de investigación el dilema del método comparativo no es solo una segunda alternativa impuesta por la disponibilidad de los datos, sino que está justificado por su capacidad de llegar más allá de las mediciones estadísticas descriptivas, hasta una comprensión en profundidad de procesos históricos y motivaciones individuales. Ragin y Zaret (1983) sugirieron hace un par de décadas que existen *dos* lógicas diferentes en la política comparativa (de las ciencias sociales en general), a menudo utilizadas mediante la contraposición entre los enfoques investigativos de Durkheim y Weber. Por mi parte, sostengo que lo útil es fomentar el debate, no poniendo en entredicho la necesidad de *estándares compartidos*, sino considerando la especificidad de *herramientas diversas* cuando se prescriben estándares metodológicos. Las diferentes «lógicas» de investigación vinculadas a Durkheim y Weber se han comparado en diversas dimensiones (tabla 11.1; véase también Della Porta y Keating, cap. II).

En primer lugar, muchos investigadores han descrito los *distintos objetivos* de una empresa científica. En la comparación estadística, nuestro objetivo es construir proposiciones con valor de ley. Para Durkheim, la sociología como ciencia debe favorecer las generalizaciones por encima de los detalles: «La explicación sociológica consiste exclusivamente en establecer relaciones de causalidad, que un fenómeno deba vincularse a su causa o, por el contrario, que una causa deba vincularse a sus efectos útiles» (Durkheim 1982, p. 147)⁴. Como veremos a continuación, la investigación basada en encuestas de participación política pretende establecer los efectos promedios de algunas variables (tales como el nivel de educación o el interés en la política) mediante el uso de diferentes formas de acción colectiva. Tal como lo han expresado recientemente Mahoney y Goertz (2006), el objetivo en esta lógica de investigación consiste en estimar los efectos promedios de variables independientes, es decir, los «efectos de las causas».

³ Los eruditos discrepan sobre la capacidad de los métodos estadísticos para ajustarse al diseño experimental mediante manipulación matemática de los datos.

⁴ En su crítica a John Stuart Mill, Durkheim (1982, p. 148) afirma que su «supuesto axioma de una pluralidad de causas es una negación del principio de la causalidad».

Tabla 11.1. Durkheim frente a Weber: las «lógicas»

	Durkheim	Weber
Buscan la...	Generalización: búsqueda de causas transhistóricas y permanentes (diferentes por contingencias históricas)	Complejidad: búsqueda de generalizaciones limitadas sobre divergencia histórica y conocimiento concreto sobre procesos específicos
Se basan en el modo de...	Variación simultánea como lógica del análisis	Métodos de concordancia y diferencias
El instrumento de análisis es...	Correlación estadística, regresión	Narrativa
Se comprende la explicación como...	Proposición funcional sobre patrones de relaciones entre variables abstractas; elección de causas (externas)	Comprensión genética (combinatoria) de diversidad histórica; elección de razones (internas)
Mediante la construcción de...	Especies sociales (tipos discretos de sociedad) como intermediarios entre la multitud difuminada de las sociedades y el concepto único, aunque ideal, de humanidad	Tipos ideales (modelos hipotéticos desarrollados como ayuda para explicaciones: permiten la generalización de la divergencia histórica)

En la comparación histórica al estilo de Weber, el objetivo consiste en la comprensión profunda de un contexto (o en las investigaciones de las «causas de los efectos», *ibid.*). La estrategia basada en casos se centra en un número relativamente reducido de casos, analizados en detalle uno por uno como si fuesen un todo interpretable (Ragin 2000, p. 22), con intención de comprender una unidad compleja en vez de establecer relaciones entre las variables. Ilustran este enfoque los estudios que pretenden explicar las razones de la potencia del Partido Comunista Italiano (PCI), por ejemplo, o la violencia del nacionalismo político irlandés.

Un tema relacionado es el de las *herramientas lógicas* utilizadas para la explicación. Refiriéndose a la obra de John Stuart Mill (1843) los metodólogos han observado que los enfoques basados en variables y los basados en casos utilizan diferentes «cánones» lógicos. Mientras que los análisis estadísticos se basan en la investigación de *variaciones simultáneas* (es decir, en saber si las variables independientes y dependientes varían juntas, con la regresión como principal instrumento de medida de la conclusión causal), los análisis comparativos utilizan los métodos de las similitudes y las diferencias. En el enfoque durkheimiano, la variación simultánea se considera como «el instrumento supremo en la investigación sociológica» (Durkheim 1982, p. 153). Las técnicas estadísticas basadas en una lógica probabilística permiten generalizaciones, incluso cuando la explicación no es válida en cada caso único. Según el método del *acuerdo*, si dos o más instancias de un fenómeno que se estaba investigando tienen solo una o varias posibles circunstancias causales en común, la causa del fenómeno es la circunstancia que esté presente en todas las instancias analizadas (Ragin 1987, p. 36). En este sentido, procedemos buscando los patrones invariables, eliminando como causas potenciales todas las variables en las que las unidades tienen valores diferentes. El método de la *diferencia* de Mill asume que cuando dos o más casos presentan valores diferentes en un fenómeno determinado que deseamos explicar, tenemos que buscar la circunstancia en la que se diferencian. Aunque el determinismo de la búsqueda de causas necesarias se ha calificado de poco realista en ciencias sociales (Lieberson 1994), se considera que la búsqueda de condiciones necesarias posee una importancia sustantiva en la teoría social (Goertz 2003). Si nos centramos en una comparación con un reducido *N*, orientada a los casos, esta comparación se centra habitualmente en similitudes y diferencias mediante densas *narrativas* en las que se tiene en cuenta un amplio número de características, a menudo junto a su interacción en el interior de procesos de larga duración.

Sin embargo, también existe una profunda diferencia entre la investigación basada en variables y la investigación basada en casos, y esta diferencia es el concepto de *explicación*. Neil Smelser (1976, p. 204) admite las diferencias en los «modos de comprensión» con un «dilema ideográfico-nomotético». Cuando observa casos agrupados, el investigador busca las variables que se afectan causalmente entre sí. Sin embargo, cuando observa casos individuales aspira más bien a una comprensión de una unidad compleja a través del descubrimiento de las relaciones entre sus partes constituyentes. No busca una explicación causal sino que, para decirlo con las palabras de Smelser, «la operación se parece más a un acto “apreciativo” o “estético”, a un esfuerzo por comprender los principios mediante los cuales las partes se mantienen consistentemente unidas». Smelser consideraba residual el segundo tipo

de conocimiento, pero posteriormente aparecieron evaluaciones más equilibradas. En fechas recientes, Ferejohn (2004, p. 150) ha distinguido entre explicaciones externas más o menos causales y explicaciones internas o deliberativas. Las explicaciones *externas* presentan agentes que hacen cosas porque poseen alguna configuración de influencia causal, mientras que la explicación *interna* identifica razones para una acción. Por lo tanto, «una acción se explica internamente como un resultado de un proceso deliberativo en el cual se asume que el agente actúa por una razón... En este caso, “explicar” es “justificar”» (Ferejohn 2004, p. 152; véase también Pizzorno, cap. IX)⁵. El análisis estadístico de un amplio *N* de casos en instancias típicas de violencia política trata de evaluar las condiciones contextuales que facilitan su aparición. En fechas recientes, el análisis de la distribución de los automóviles calcinados por municipios (como indicadores de la intensidad de los disturbios urbanos) se utilizó para explicar los disturbios urbanos en Francia durante el otoño de 2005 sobre la base de ciertas características de las zonas en las que tales disturbios tuvieron una mayor prevalencia (es decir, donde hubo más automóviles quemados). De esta manera, características tales como segregación espacial, nivel de pobreza o porcentajes de desempleo han sido identificados como causas de los disturbios (Lagrange y Oberti 2006). En una perspectiva diferente, la investigación etnográfica identificó los motivos que animaban a los protagonistas de los disturbios, es decir, la justificación de sus acciones, en el desarrollo de marcos de injusticia (Auyero 2007).

Para trabajar con esos objetivos diversos se desarrollaron diversas *herramientas heurísticas*. En la obra de Durkheim, el razonamiento inductivo de datos empíricos busca la reconstrucción de las diferentes especies sociales, que localiza entre «la multitud difuminada de la sociedad histórica y el concepto único, aunque ideal, de humanidad» (Durkheim 1982, p. 109). Las propiedades de una especie social influyen en el curso del fenómeno social que se desarrolla en ellas, puesto que «las causas de los fenómenos sociales son internas en la sociedad» (*ibid.*, p. 114). La búsqueda de causas permanentes obliga a centrarse en explicaciones sobre patrones de relaciones entre variables abstractas, de naturaleza transhistórica (*ibid.*, p. 793). Dado que la variación simultánea busca causas permanentes (Ragin y Zaret 1983, p. 737), no hay espacio para la causación plural: un efecto no puede tener causas diferentes en diferentes contextos.

Según este enfoque, la comprensión del recurso a la violencia política en sistemas dados implicaría, por ejemplo, encontrar coeficientes de correlación entre diversos indicadores de precondiciones contextuales po-

⁵ Las explicaciones internas también se denominan teleológicas (comprensibles sobre la base de objetivos); las externas son causales (o mecanicistas).

tenciales (tales como el grado de democratización y la renta per cápita) con indicadores sobre la diseminación de la violencia política (tales como el número de personas heridas o asesinadas en acontecimientos políticos o por razones políticas y la cantidad de daños materiales acaecidos durante los disturbios).

Por el contrario, en un enfoque basado en casos, un conocimiento profundo de un pequeño número de casos ofrece la base para generalizaciones que se limitan temporalmente a los casos estudiados y cuya importancia más amplia debería controlarse mediante una investigación posterior. Por tanto, las macrounidades (como los países) se consideran configuraciones sociales únicas y complejas (Skocpol y Somers 1980), aunque los conceptos construidos trasciendan la validez de los casos individuales (véase Goldthorpe 2000, cap. 3). En la comparación histórica y cualitativa basada en una estrategia de casos, las explicaciones son genéticas (es decir, se basan en la reconstrucción de los orígenes de un acontecimiento determinado) y las generalizaciones son históricamente concretas (Ragin y Zaret 1983, p. 740). En esta tradición, la teorización y la generalización no provienen de regularidades estadísticas, sino de *tipos ideales*. Se trata de modelos abstractos con una lógica interna, frente a la cual se pueden medir casos reales complejos. Un tipo ideal, explica Weber (1949, p. 90), «no es una "hipótesis", sino que ofrece directrices para la construcción de hipótesis. No es una descripción de la realidad, sino que está destinado a ofrecer medios nada ambiguos de expresión a dicha descripción»; se trata de una «idea», de un «constructo ideal unificado», «abstraído de ciertos rasgos» y poseedor de «rasgos esenciales» (*ibid.*, p. 91). Este constructo analítico es «ideal» en el sentido de que permite determinar relaciones que «nuestra imaginación acepta como plausiblemente motivadas y "objetivamente posibles"» (*ibid.*, pp. 91-92). Está orientada a facilitar el análisis empírico, sin reflejar un imperativo ético ni una realidad histórica. Tal como señalaron Ragin y Zaret (1983, pp. 731-732), los tipos ideales permiten una generalización limitada sobre la divergencia histórica y señalan diferentes patrones de procesos y estructuras en la historia. Dichas generalizaciones van más allá de la unicidad de los acontecimientos históricos, aunque sin acercarse al grado de generalidad de las leyes científicas naturales.

En este enfoque, la comprensión de la violencia política implicaría una descripción profunda de los contextos en los que se desarrolló la violencia, localizando el proceso específico de evolución de los actores políticos violentos en su entorno más amplio. La existencia de diferentes vías que confluyen en el mismo resultado está ampliamente aceptada y prevista; por ejemplo, grados similares de violencia política en diferentes países o momentos temporales podrían obedecer a diferentes causas (o combinaciones de causas). La presencia de desempleo es muy importante para explicar la violencia en algunos contextos históricos, puesto que se asocia

a otros elementos (por ejemplo, la presencia de milicias armadas); pero en otros, resulta irrelevante.

Resumiendo, podemos distinguir entre un enfoque basado en casos y un enfoque basado en variables sobre la base de diferentes conceptos de «comprensión»: relacionada bien con un conocimiento generalizable de relaciones entre variables (que buscan la generalización) o con un denso conocimiento de los casos. Algunos comparativistas utilizan estrategias basadas en casos para comprender o interpretar casos específicos debido a su valor intrínseco; sin embargo, muchas también poseen objetivos analíticos causales (Ragin 1987). Un rasgo válido del enfoque basado en casos es el desarrollo de un amplio diálogo entre las ideas del investigador y los datos de un examen de cada caso como grupo complejo de relaciones, que permite ocuparse de una complejidad causal.

Tal como afirmo más adelante (véase la tabla 11.2), estas diferencias afectan el diseño de la investigación. En particular, la característica de la comparación como método que respeta la especificidad histórica de las unidades analizadas se compara con el tipo de «anonimato» de los casos que pertenecen a una muestra estadística. Los proyectos basados en variables tienden a seguir (o a imitar) reglas estadísticas: un elevado *N* se considera preferible; en particular, la lógica del diseño de investigación basado en variables implica que con un pequeño número de casos podremos ocuparnos de solo un pequeño número de variables. La explicación se entiende como la medición de las contribuciones de variables diferentes a la causa de un fenómeno dado (de qué manera la variable dependiente covaría con cada variable independiente). La presunción de homogeneidad de las unidades de análisis (véase Héritier, cap. IV) se hace al principio de la investigación. Aquí, «se da preferencia a la generalidad por encima de la complejidad» y, por lo tanto, «cuanto más amplia sea la población, mejor» (Ragin 1987, p. 54). El tiempo se utiliza principalmente para aumentar el número de casos construyendo subunidades, mediante una periodización o como puntos de observación en el interior de estudios longitudinales.

Por el contrario, la lógica basada en los casos tiende a explorar la diversidad (y los casos que se salen de la norma) mediante sólidas descripciones de uno o de un pequeño número de casos, a menudo comparados en diversas dimensiones. Esto significa que unos pocos casos se analizan partiendo de un amplio número de características. Las explicaciones son relatos narrativos con un interés limitado en la generalización. El grado en el que los casos seleccionados pertenecen a la misma categoría y, por tanto, son comparables, se evalúa durante la propia investigación (Ragin 1994). El método no es muy sensible a la distribución de la frecuencia, y un caso único puede hacer que se dude de una relación causa/efecto establecida sobre la base de muchas observaciones (Ragin 1987). El tiempo resulta aquí especialmente útil para construir relatos narrativos de procesos.

Tabla 11.2. Diseño de investigación en las comparaciones basadas en variables frente a las comparaciones basadas en casos.

	Basadas en variables	Basadas en casos
Casos como	Anónimos (transformados en variables)	Nombres con mayúsculas (unidades complejas)
Conceptos	Predeterminados y operacionalizados	Construidos durante la investigación
Independencia de los casos	Asume los casos que son independientes entre sí	Se ocupa del análisis sistemático de procesos
Número de casos	Aumenta el <i>N</i> cuando resulta posible	Mantiene el <i>N</i> bajo
Número de variables	Reduce el número de variables para evitar un diseño indeterminado de investigación (problema de grados de libertad)	Aumenta el número de variables para expresar la descripción (informes completos; conocimiento del caso)
Selección de los casos	Tiende a seleccionar al azar o según la variable independiente	Tiende a seleccionar casos paradigmáticos
Diversidad como...	Parametrización: búsqueda de generalización en estudios del área o en proyectos de investigación de subsistemas	Comprensión a través de las diferencias, explorando la diversidad
Uso del tiempo	Periodización	Procesos y secuencias temporales; temporalidad rica en experiencias

A continuación me ocuparé en mayor detalle de estos elementos.

DEFINICIÓN Y SELECCIÓN DE LOS CASOS

Todas estas diferencias en las lógicas de la investigación (o de las herramientas) deben tenerse en cuenta al ocuparse de las etapas de un diseño de investigación, y una de estas etapas es la selección de los casos.

¿Qué es un caso?

En primer lugar, el proceso de definición de los casos es diferente. En la investigación orientada a las variables la homogeneidad de las unidades de análisis se establece al principio, cuando se define la población de los casos, que se considera como empíricamente dada (Ragin 2000). En la investigación orientada a los casos, estos tienden a no estar determinados al principio del proyecto de investigación; al contrario, «a menudo se fusionan durante la investigación mediante un diálogo sistemático de ideas e indicios» (Ragin 2004, p. 127). En este proceso de selección de casos, la determinación del grado de homogeneidad de los casos (mediante la respuesta a la pregunta «¿De qué trata este caso?») forma parte del proceso de investigación, que concluye con la construcción de tipos y con la distribución de casos en ellos.

Esta diferencia tiene que ver con la distinta función y el distinto momento de conceptualización (véanse Mair, cap. X, y Kratochwil, cap. V): los conceptos se definen de antemano y luego se operacionalizan al principio de la investigación en un diseño orientado a las variables; y se construyen (en su significado sociológico) durante la investigación en un diseño orientado a los casos. Además, reflejan diferencias en la consideración de la unidad de análisis: en los enfoques orientados a las variables, los procedimientos estadísticos descomponen los casos originales en valores sobre variables, mientras que en los enfoques orientados a los casos mantienen su carácter unitario; es decir, incluso cuando se mencionan las variables, los casos únicos se siguen enfocando como unidades complejas (Corbetta 2003, p. 18; véase también Della Porta y Keating, cap. I). En los enfoques basados en variables, los casos se convierten en anónimos; en los basados en casos, son unidades complejas con etiquetas en mayúscula.

El número de casos

Las dos «lógicas» también tienen diferentes implicaciones en el número de casos. Tal como se ha señalado, la comparación por variables tiende

a privilegiar un amplio N : «Dado que el método comparativo se considera el más débil, es aconsejable cambiar al método estadístico si hay suficientes casos disponibles para la investigación» (Lijphart 1975, p. 165). En la misma óptica, Giovanni Sartori (1971, p. 8; la cursiva es nuestra) está de acuerdo en que «la comparación es un método de control de generalizaciones, previsiones o leyes bajo la forma de “si... entonces”, que puede utilizarse en *casos en los que no hay métodos más potentes disponibles*».

El tema del número de casos se resuelve con diseños de investigación basados en variables mediante algunas reglas específicas que se ocupan del grado de libertad (véase Franklin, cap. XIII). El número de casos debería oscilar según el número de variables incluidas en un diseño de investigación: cuanto mayor sea ese número, mayor será la probabilidad de que los coeficientes de regresión sean estadísticamente significativos. Los diseños indeterminados de investigación –con un número menor de casos de los requeridos por el número de variables operativas– se definen como diseños de los que «no puede aprenderse prácticamente nada sobre las hipótesis causales», puesto que el investigador «tiene más conclusiones que sacar que las implicaciones observadas» (King, Keohane y Verba 1994, pp. 118-119). Un aumento del número de variables exige un aumento del número de casos o, si esto no es factible, un replanteamiento del estudio en lo que respecta a los efectos de las variables explicativas particulares en vez de en lo que respecta a las causas de un grupo particular de efectos.

En el interior de este enfoque, los estudios de caso se consideran útiles principalmente para la falsificación de hipótesis o su especificación a través del análisis de los casos *que se salen de la norma*. En opinión de Lijphart (1975), el estudio de caso se distingue de los demás métodos en que no puede producir generalizaciones empíricas y no puede utilizarse para poner a prueba hipótesis⁶. El estudio de caso es «un sistema para preguntar, no para responder» (Stretton 1969, p. 247) y su conocimiento ideográfico y dependiente del contexto resulta menos útil para las ciencias sociales que para el conocimiento general que se obtiene de estudios basados en variables, con un amplio N .

Por otra parte, los investigadores que privilegian los casos se oponen a la sugerencia de que el aumento del número de casos produce diseños de investigación «mejor determinados». En primer lugar, hacen hincapié en las pérdidas metodológicas que implica, especialmente en las comparaciones entre naciones, con el incremento de N . Un aumento del número de casos normalmente da lugar a un aumento del número de *terceras variables* –es decir, de variables externas a la hipótesis que queremos contro-

⁶ Según esto, «un caso es una entidad en la que solo se hace una observación básica y en la que las variables dependientes e independientes no cambian durante el periodo de observación» (Lijphart 1975).

lar– y, por tanto, reduce la fiabilidad de nuestra conclusión o impone un aumento adicional de N (sobre este punto, véase Morlino 1990, pp. 387-388). Especialmente en los proyectos de investigación entre naciones, la inclusión de nuevos países aumenta el problema del estiramiento del concepto (Munck 2004; Mair, cap. X), así como el de la fiabilidad y comparabilidad de las medidas e indicadores que se utilizan para traducir experiencias nacionales a categorías operativas comparables (Mair 1996). El hecho de trabajar con muchos países o largos periodos históricos en un campo en el que los datos fiables y los «datos duros» comparativos disponibles son escasos, aumenta el riesgo de construir sobre la base de un insuficiente conocimiento de cada país individual. En líneas generales, reina el escepticismo en cuanto a la capacidad de los diseños de investigación no experimentales, incluso de los que gozan de un elevado N , para obtener observaciones suficientes que permitan decidir entre explicaciones rivales. En este sentido, se han señalado las diferencias entre diseños experimentales y diseños estadísticos, de tal manera que algunos encuentran «problemática incluso la sugerencia de que un estudio observacional pueda ser “determinado”» (Collier, Brady y Munck 2004, p. 48). La ausencia de determinación también deriva de la multicolinealidad, en la que dos o más variables independientes corren parejas.

Algunos investigadores hacen hincapié en la contribución del trabajo interpretativo y de otros enfoques cualitativos a los objetivos en los que un marco basado en la regresión tiene poco éxito, incluyendo la formación de conceptos y la descripción detallada (Brady y Collier 2004; Collier, Seawright y Munck 2004). Los estudios orientados a los casos son más potentes en estas dos tareas, así como en los programas de investigación orientados a la comprensión de protocolos cognitivos para captar la definición de la situación de los actores (McKeown 2004, p. 153). Se consideran particularmente eficaces para identificar procesos causales y, por tanto, para desarrollar teorías. Así, «vista desde esta posición, la prueba de una hipótesis –que es la actividad central desde el punto de vista de la investigación cuantitativa convencional– es solo una fase de un largo proceso de obtención de sentido de un nuevo fenómeno» (McKeown 2004, p. 167).

Recientes debates sobre estudios de caso y comparaciones entre N reducidos han puesto en entredicho la idea de que –tal como lo expresa Dietrich Rueschemeyer (2003, p. 305)– la exploración del impacto de un amplio número de factores y condiciones relevantes en unos pocos casos no aporta nada teóricamente relevante. Los estudios de caso reciben alabanzas por su detallado conocimiento de procesos (en diferentes momentos o «puntos de datos» en la definición de Rueschemeyer) y resultan especialmente útiles para el descubrimiento de mecanismos sociales (véase Héritier, cap. IV). En este sentido, un estudio de caso va más allá de la observación única, y el hecho de confrontar proposiciones analíticas con

muchos puntos de datos puede ser útil no solo para la construcción de teorías, sino también para la comprobación de las mismas⁷.

La selección de casos

La elección del número de casos se asocia a los tipos de casos. En los diseños basados en variables, los métodos de selección de muestras están limitados por reglas estadísticas. Las muestras aleatorias (o estratificadas) son las preferidas cuando el objetivo principal consiste en aleatorizar fuentes no deseadas de variación (Smelser 1976, p. 211). Tal como lo explicaron King, Keohane y Verba, «si tenemos que abandonar la aleatorización, como suele ser el caso en la investigación en ciencias políticas, lo haremos con sumo cuidado» (1994, p. 124, la cursiva es nuestra). De modo que aceptan que el muestreo aleatorio es solo una de las posibles maneras de seleccionar casos, con algunas ventajas obvias, pero con difíciles condiciones previas de aplicabilidad. No solo puede que la selección aleatoria no sea factible en la investigación cualitativa, sino tampoco en buena parte de la investigación cuantitativa, porque el universo de casos no está claramente especificado. Incluso cuando resulta factible, no siempre es la mejor estrategia, dado el riesgo que se corre de pasar por alto casos importantes. En estas situaciones, sugieren que se seleccionen observaciones que asegurarían la variación de la variable explicativa y el control de las variables. De hecho, King, Keohane y Verba se insertan en una larga tradición al insistir en que nunca se debe muestrear la variable dependiente. De esta manera, resulta apetecible buscar observaciones que se adapten a nuestra teoría, pero si se seleccionasen solo casos con el mismo valor (o una amplitud limitada de valores) en la variable dependiente, eso impediría obtener conclusiones causales (estadísticas) sobre las relaciones entre las variables dependientes e independientes. Esto se debe a que los casos con valores diferentes en la variable dependiente pueden correlacionarse con la misma variable independiente. Por ejemplo, podemos tomar un grupo de ciudades en las que se han producido disturbios y descubrir que todas ellas tienen niveles elevados de desempleo. Sin embargo, es posible que otras ciudades en las que no se hubiesen producido disturbios –y que por ese motivo no llegásemos a considerar– también tuviesen un alto nivel de desempleo; de ahí que el desempleo no pueda ser la variable crítica.

La investigación basada en casos sigue una estrategia diferente de selección de los casos. En esta perspectiva, la selección de casos en la investi-

⁷ Los críticos rechazan la acusación de que los estudios de caso estén sesgados con respecto a la verificación, y hacen hincapié en su importancia en la falsificación de hipótesis (no probabilísticas) (Rueschemeyer 2003).

gación con un N reducido no se evalúa sobre la base de las reglas clásicas para evitar los sesgos de selección en el análisis estadístico (especialmente el análisis de regresión). En particular, la selección de la variable dependiente es una práctica legítima y bastante habitual. Los investigadores de casos pueden seleccionar intencionalmente casos que difieren relativamente poco entre sí con respecto al resultado que se está investigando (Ragin 2004), centrándose en los casos positivos, es decir, en aquellos en que un fenómeno está presente (como, por ejemplo, una revolución). Hay beneficios analíticos que se pueden obtener de un análisis en profundidad de casos positivos de un fenómeno como la revolución, en especial cuando se sabe poco de él (Collier, Seawright y Munck 2004, p. 48) o de la mayor capacidad para evaluar el impacto de una variable causal principal centrándose en casos con elevadas puntuaciones en las variables dependientes e independientes (Collier, Mahoney y Seawright 2004, p. 102). La investigación sobre las revueltas campesinas, las revoluciones o los disturbios contra la Organización Mundial del Comercio (OMC) se centra en casos en los que se desarrollan estos fenómenos, sin tener en cuenta la amplitud total de la variación en el resultado. En contraposición con el análisis basado en variables, la selección de casos en la investigación basada en casos requiere una apreciación de su importancia en lo relativo a un grupo específico de hipótesis. Por otro lado, algunos casos se consideran como sustancialmente más importantes y los casos no conformes se evalúan en detalle. De esta manera, una teoría de las revoluciones que fuese incapaz de ocuparse de la revolución de 1789 en Francia sería muy problemática.

En el caso de la investigación que sigue a ambas estrategias, se han sugerido criterios para la selección de los casos. Smelser (1976, p. 174) enumeró los cinco criterios que han de guiar nuestras alternativas: las unidades de análisis «deben [1] ser apropiadas a la clase de problema teórico planteado por el investigador... [2] ser importantes para el fenómeno que se está estudiando... [3] ser empíricamente invariables con respecto a su criterio clasificatorio... [4] reflejar el grado de disponibilidad de los datos que se refieren a esta unidad...» y «[5] las decisiones para seleccionar y clasificar unidades de análisis han de basarse en procedimientos estandarizados y repetibles». Sin embargo, toda selección de casos implica soluciones de compromiso, entre las cuales Gerring (2001) señaló las siguientes:

- *plenitud*, que hace referencia al número de casos: cuanto mayor sea el número de casos utilizados para plantear una relación causal, mayor será la confianza en los resultados; las muestras amplias ayudan a las proposiciones especificadoras;
- *vinculación*, que alude a la amplitud de la generabilidad y, por lo tanto, a la inclusión de casos relevantes, pero también a la exclusión de los irrelevantes (*ibid.*, p. 172);

- *comparabilidad*, que hace referencia a la similitud entre los casos en algunas dimensiones relevantes⁸;
- *independencia*, que se refiere a la autonomía de las unidades: si una unidad está muy vinculada a otra, se corre el riesgo de estudiar la misma unidad por duplicado;
- *representatividad*, que remite a la capacidad de la muestra para reflejar las propiedades de la población al completo;
- *variación*, que alude a la amplitud de valores registrados sobre variables relevantes;
- *utilidad analítica*, con respecto a la teoría que se pondrá a prueba o al enfoque científico escogido;
- *repetibilidad*, que se refiere a la posibilidad de repetir el estudio.

Incluso con estas especificaciones, las ciencias sociales comparativas siguen siendo un amplio campo con muchas estrategias de comparación, y las preferencias de los eruditos sobre el número de casos han cambiado a lo largo del tiempo. En los años sesenta, las comparaciones a gran escala eran el centro de atención en las políticas comparativas. Después de los setenta se observó un resurgimiento de comparaciones de un pequeño número de países, a menudo analizados durante largos periodos de tiempo (Collier 1990). La creciente atención que recibieron las ciencias sociales interpretativas señaló la importancia de contar con «descripciones sólidas» de unos pocos casos (Geertz 1973)⁹. A principios de los noventa, buena parte de los trabajos buscaban una generabilidad limitada, con teorías de amplitud media o incluso de bajo nivel, en las que las peculiaridades del contexto histórico representaban un papel crucial (Mair 1996). En fechas más recientes, el número preferido de casos ha aumentado de nuevo bajo presiones externas, como las del desarrollo de nuevas metodologías estadísticas en una comparación múltiple de casos y la de la ampliación de la Unión Europea.

Charles Ragin (1987, 1994, 2000), ofrece una estrategia intermedia en su *análisis comparativo cualitativo*, basado en el álgebra de Boole, que depende de la comparación de un *N* medio según un análisis de similitudes y diferencias, en busca de condiciones necesarias y suficientes. Compara *configuraciones de causas*, es decir, los efectos de la presencia o la ausencia contemporáneas de una combinación de factores, no de la presencia o la ausencia de cada uno de ellos. Incluso si persiste en seguir una lógica determinista, permite las causas múltiples a través del análisis de diversas combinaciones diferentes de causas.

⁸ Las unidades se consideran homogéneas cuando responden de manera similar a estímulos similares (Gerring 2001, p. 176).

⁹ Esa tendencia contó con el respaldo de técnicas estadísticas mejor preparadas para el análisis de la política comparativa (con *N* reducido), porque reducen el impacto de los casos que se salen de la norma y permiten simulaciones que aumentan artificialmente el número de casos (Collier 1990, p. 495).

Sin embargo, y sobre todo dentro de los enfoques neoinstitucionales, de la sociología histórica o de las relaciones internacionales, el uso de los estudios de caso aún se considera una estrategia de primera línea para ocuparse de fenómenos históricos complejos (véanse Vennesson, cap. XII, y Steinmo, cap. VII).

CASOS SIMILARES FRENTE A CASOS DIFERENTES

Las preferencias varían, no solo en el número de casos, sino también en el equilibrio correcto de similitudes o diferencias entre ellos. Se han identificado dos estrategias distintas: el denominado diseño de *sistemas muy similares*, en el que comparamos casos parecidos, y el diseño de *sistemas muy diferentes*, en el que comparamos casos distintos.

El hecho de trabajar con sistemas similares (por ejemplo, países similares) facilita la regla *ceteris paribus*, es decir, reduce el número de variables «perturbadoras» que deben controlarse. Para Lijphart (1975), los casos destinados a un análisis comparativo han de elegirse de tal manera que se maximice la varianza de las variables independientes, pero se minimice la varianza de las variables de control. Dentro de un diseño de sistemas muy similares asumimos que los factores comunes a los países de la muestra son irrelevantes para explicar algunas diferencias observadas y, en cambio, nos centramos en las variables que son diferentes. Si queremos explicar por qué el terrorismo de extrema izquierda se propagó en la década de los setenta en Italia, pero no en Francia, no mencionaríamos ni la presencia de un partido comunista ni de un sistema pluralista de relaciones industriales, puesto que ambos existían en los dos países.

En muchos campos de la sociología y de la ciencia política las comparaciones entre naciones se ocupan de países pertenecientes a un área geográfica común (como la Europa septentrional o la Europa del este) y comparten tradiciones históricas, rasgos culturales o un mismo desarrollo económico. La ventaja es que muchas variables están «parametrizadas»: si tenemos más o menos el mismo grado de desarrollo económico, culturas similares y cosas por el estilo, consideraremos constantes esas características y buscaremos la influencia de otros factores. En los estudios de área, la relativa similitud de las situaciones permite una apreciación de las diferencias marginales y de sus causas (Dogan y Pelassy 1990, p. 134).

Sin embargo, al comparar sistemas similares no podemos ir más allá de las denominadas teorías de alcance medio, es decir, de las teorías que se aplican solamente a un área restringida. Un problema adicional es que la comparación de casos similares deja abierta la puerta al riesgo de la sobredeterminación (Przeworski y Teune 1970), en la que intervienen muchas variables cuya influencia no podemos controlar. Los contextos de las situaciones comparadas nunca son lo bastante similares como para permi-

tir que se considere nula la influencia del entorno; según esto, el investigador nunca podrá excluir de sus conclusiones las variables contextuales que no logre mantener constantes (Dogan y Pelassy 1990).

Al maximizar las diferencias entre los casos, podemos en cambio generalizar más allá de un área restringida, si bien a costa de un aumento en el número de variables independientes que se deben mantener bajo control. Como han sugerido Przeworski y Teune (1970, p. 35), en los diseños de sistemas muy diferentes la alternativa es, de hecho, el tomar como muestra países *diferentes* para «identificar las variables independientes, observadas dentro de los sistemas, que no violan la presunción de homogeneidad de la población total». Un diseño de *sistemas muy diferentes* permite verificar si una correlación es verdadera, sea cual sea el país. Este tipo de análisis se centra en un nivel más bajo que el sistémico, casi siempre en el nivel de los actores individuales (Przeworski y Teune 1970). Esto se basa en la presunción de que los individuos actúan de la misma manera frente a los mismos estímulos; de ahí que los investigadores busquen declaraciones generales y universalmente verdaderas¹⁰. La estrategia de investigación que las produce se basa en ejemplos aleatorios de la población mundial, con independencia de los sistemas sociales a los que pertenecen los individuos, los grupos o los subsistemas. Por eso, las teorías de las ciencias sociales no deben empeñarse en explicar fenómenos de la manera más precisa posible en unas determinadas circunstancias históricas, sino en explicar los fenómenos allá donde ocurran y en el momento en que ocurran (Przeworski y Teune 1970).

Al privilegiar las variables relativas al individuo por encima de las variables sistémicas, (Przeworski y Teune 1970, p. 7) admiten que las ciencias sociales basadas en este tipo de presunción son «ahistóricas a priori». Por eso, la investigación sobre la participación política individual utiliza como muestra individuos de diferentes países con el objetivo de encontrar patrones comunes, por ejemplo, la investigación que Verba, Nie y Kim (1978) realizaron sobre el impacto de las desigualdades sociales sobre la participación política en siete países del primer mundo, del segundo y del tercero. Una investigación reciente sobre un amplio número de países busca una explicación del comportamiento individual, más allá de las especificidades históricas en diferentes países (Norris 2002). En su *Dynamics of Contention [Dinámica de la diferencia]*, Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001) aplican un diseño de estrategia muy diferente a las comparaciones por parejas, no para buscar correlaciones entre variables, sino para identificar mecanismos comunes. El análisis de países «muy diferentes» y de periodos históricos alejados se separa de la tradición fundacional común mediante el uso de comparaciones por parejas «para no maximizar el pare-

¹⁰ «Si se conociesen todos los factores relevantes, la misma declaración multivariada daría lugar a una explicación determinística con independencia del tiempo y del lugar» (Przeworski y Teune 1970, p. 7).

cido o señalar las diferencias entre países enteros, sino más bien para descubrir si mecanismos y procesos similares dan lugar a cambios en periodos, lugares y regímenes divergentes» (McAdam, Tarrow y Tilly 2001, p. 82).

El diseño de sistemas muy diferentes, útil para investigar algunas microdinámicas de participación, también tiene sus puntos débiles. Los proyectos más ambiciosos, los que buscan explicar los fenómenos en todo el mundo, se arriesgan a terminar con hipótesis que explican muy poco. Como demuestran intentos anteriores, la esperanza de las teorías globales probablemente quedará frustrada. Por ejemplo, la búsqueda de la explicación definitiva del desarrollo aportó explicaciones demasiado amplias para un trabajo empírico preciso (Verba 1991). Igualmente, la teoría de la privación relativa, basada en la macrocomparación de un gran número de países (Gurr 1971), recibió muchas críticas cuando estudios de caso en profundidad indicaron que las reivindicaciones existen en todas las sociedades, pero solo se manifiestan cuando los grupos afectados disponen de recursos (Oberschall 1973).

La definición de sistemas muy similares y muy diferentes se refiere a las unidades de análisis, pero también se relaciona con el tipo de conocimiento que buscamos. Un diseño muy diferente se utiliza para obtener resultados generalizables, es decir, para buscar correlaciones históricamente invariables. El diseño muy similar a menudo busca otros países para la confirmación de una hipótesis desarrollada en un único país. Sin embargo, disponemos de otras alternativas. Las diferencias entre países distintos pueden utilizarse para comparar contextos; o las diferencias entre países similares pueden tener como objetivo la especificación de hipótesis. En la sociología histórica, el análisis macrohistórico se ha realizado, y se sigue realizando, de maneras diferentes: buscando formas únicas o múltiples de un fenómeno, o tratando de explicar uno o todos los casos (Tilly 1984). Entre los estudios que privilegian la búsqueda de una forma única, las comparaciones *individualizadas* se ocupan de cada caso como si fuese único, mientras que las comparaciones *universalizadas* identifican propiedades comunes entre todas las instancias de un fenómeno (*ibid.*). Otros estudios identifican múltiples formas de un fenómeno, ya sea para explicar una instancia única de manera *generalizadora* o para *encontrar variaciones* entre todos los casos. Como admite Tilly, la investigación empírica utiliza simultáneamente varios tipos de comparación, mezclando los tipos ideales; pero siempre existe una preferencia implícita o explícita por uno u otro diseño. Sin embargo, de manera alternativa se pueden escoger sistemas muy diferentes para explorar casos paradigmáticos o que se salen de la norma. En este sentido, los buenos casos no son los más típicos, sino los más llamativos, porque ayudan a clarificar problemas teóricos. Los analistas cualitativos, por ejemplo, seleccionan los casos en los que se ven los resultados (casos positivos). Esta estrategia, criticada porque selecciona la variable dependiente, se ha defendido como particularmente útil para determinar diferentes vías que conducen a ciertos resultados (Mahoney y Goertz 2006). La selección de «casos posi-

tivos» se considera una alternativa para encontrar las causas necesarias de algunos fenómenos especialmente raros, como las revoluciones. En este sentido, está vinculada a la definición de la población más que a la de una «variable dependiente».

Aparte de las preferencias individuales del investigador, los diversos diseños de investigación tienden a seguir un cierto orden en la acumulación de conocimientos sobre un fenómeno determinado. Skocpol y Somers (1980) sugieren un «ciclo de investigación» en el que el método comparativo busca: a) el *análisis macrocausal*, en el que casos históricos se comparan con el propósito de sacar conclusiones causales sobre estructuras y procesos de macronivel; b) la *demonstración paralela* de teorías, mediante la aplicación de viejas teorías a casos nuevos, y c) el *contraste de contextos*, que trata de «encontrar el único rasgo de cada caso particular» incluido en la investigación. Según Skocpol y Somers (1980, p. 196), las tres lógicas se complementan en la acumulación de conocimiento:

La historia comparativa paralela busca argumentos orientados al contraste cuando hay necesidad de fijar límites a la amplitud o a las propuestas de una teoría social científica demasiado generalizada. La historia comparativa orientada al contraste puede dar lugar a argumentos macroanalíticos cuando las yuxtaposiciones de trayectorias históricas sugieren hipótesis causales susceptibles de comprobación. Por último, también, la historia comparativa macroanalítica puede reclamar el tipo de teorización general que precede a la construcción de un análisis comparativo paralelo.

EL TIEMPO Y LA HISTORIA EN LA POLÍTICA COMPARATIVA

La definición de las unidades de análisis y la selección de los casos implica otra alternativa estratégica: el uso del tiempo. El enfoque histórico es particularmente relevante en los diseños de investigación vinculados a casos que, por definición, necesitan un contexto. Los procesos a largo plazo son particularmente importantes para la interpretación «interna» (*verstehen* en vez de *erklären*). El análisis de variables necesita menos profundidad histórica, ya que busca el conocimiento general. Sin embargo, y especialmente en el campo de la política comparativa, el enfoque orientado a las variables tiene especial interés en el uso del tiempo, sobre todo en las periodizaciones que permiten la multiplicación de (sub)unidades de análisis; así, el mismo país en diferentes periodos temporales puede tratarse como un grupo de casos distintos. Las ciencias sociales han prestado menos atención a este aspecto (Bartolini 1993, p. 131).

Las referencias a la historia no sirven automáticamente para un diseño de investigación *diacrónica*, es decir, para una matriz de datos que implica la inclusión de al menos dos puntos temporales. Por ejemplo, la obra clásica

de Theda Skocpol sobre revoluciones (1979) cita los métodos de Mill sobre acuerdos y diferencias, pero sin introducir el tiempo como variable. Según Stefano Bartolini (1993, p. 135), el suyo es un ejemplo de diseño de investigación basado en la observación de una varianza *sincrónica* de casos cruzados: «la historia está presente en la incuestionable “historicidad” de acontecimientos situados en el pasado remoto; pero no hay tiempo en el esquema, no hay varianza a lo largo de la dimensión temporal en las variables consideradas y, por lo tanto, no hay método específicamente histórico».

Bartolini defiende el uso del tiempo mediante diseños de investigación *explícitamente diacrónicos*, es decir, basados en la recogida de datos en diferentes puntos de la historia. Muchas veces los estudios de caso analizan el desarrollo de algunas características en una única unidad, durante un cierto periodo de tiempo; la comparación se desarrolla luego entre periodos. Al permitir la parametrización de muchas variables en un conocimiento histórico profundo, la *comparación temporal cruzada en el interior de una única unidad* ofrece muchas ventajas para la construcción de hipótesis. Los análisis históricos de un único país son útiles en el desarrollo de hipótesis en nuevos campos, puesto que pueden mantener bajo control –o, al menos, conocer– una gran amplitud de variables independientes que podrían intervenir para «perturbar» el control de una hipótesis. Sobre la base de un análisis en profundidad de un único país, y teniendo en cuenta el momento en que ocurren algunos acontecimientos, los estudios históricos de caso sirven para desarrollar nuevas hipótesis (véase Vennesson, cap. XII).

Sin embargo, lo que es verdad en un país determinado (con una cultura peculiar, una estructura social, un modelo de desarrollo económico y una configuración especial de todas las diferentes variables), no es necesariamente verdad en otros. Los estudios diacrónicos entre naciones tienden a alcanzar niveles más altos de generalización y a especificar las hipótesis desarrolladas en los estudios históricos de caso que buscan la comparación del caso del país A en el tiempo X con el del país B en los tiempos Y y Z. En una estrategia basada en variables, mientras que el aumento del número de países tiene la desventaja de que incrementa el número de variables que debemos controlar, la prolongación del periodo temporal reduce ese riesgo y permite un conocimiento histórico profundo de los casos analizados (si bien obstaculiza la presunción de independencia entre los casos).

El uso de diseños de investigación diacrónica es muy socorrido cuando esperamos cambios relevantes en ciertas dimensiones entre el tiempo t y el tiempo $t + n$. En ese sentido, tratamos el tiempo como una variable. Esto se hace, por ejemplo, en la investigación de procesos de desarrollo con interés en los pasos o umbrales, crisis y fases de transición o tendencias y secuencias. El tiempo es fundamental en las grandes teorías del desarrollo, que asumen un esquema teleológico «en el que la descripción de algunos estadios “primitivos” permite identificar un número de factores del desarrollo, los cuales apuntan entonces a una dirección hacia el

futuro» (Bartolini 1993, p. 143). En la investigación de Rokkan (1970), el momento de los diferentes procesos de construcción nacional y de industrialización influyó en la evolución de las principales divisiones sociales que persisten hoy. Del mismo modo, Robert Dahl (1971) puso de manifiesto los diferentes resultados relativos a la precedencia que se dio en los procesos de democratización a ampliar el número de derechos a la contestación o a la oposición frente al número de personas que gozan de tales derechos. El momento de las diversas fases, pasos y umbrales implicados en el patrón de modernización política es particularmente explícito para comprender la democratización en diversos países. Estos análisis comparten lo que el sociólogo histórico William H. Sewell (1996) denomina *temporalidad teleológica*, que explica acontecimientos a través de procesos transhistóricos abstractos «de menos a más» (por ejemplo, la urbanización o la industrialización), y *temporalidad experimental*, que compara diferentes caminos históricos (por ejemplo, revolución frente a ausencia de revolución, democracia frente a ausencia de democracia).

Refiriéndose a la obra de Skocpol, Mahoney ha llamado la atención sobre una estrategia para evaluar la conclusión causal, que él denomina *narrativa*, en contraste con los enfoques nominal y ordinal. Mientras que la estrategia nominal (que utiliza variables nominales) depende de la lógica de las similitudes y las diferencias de Mill y, por tanto, es determinista, y que la estrategia ordinal permite análisis (probabilísticos) de variación simultánea, la estrategia narrativa se ocupa de fenómenos como las revoluciones en cuanto «producto de acontecimientos únicos ordenados temporalmente y con un despliegue secuencial, que ocurren en el interior de los casos» (Mahoney 1999, p. 1164). En la estrategia narrativa, «un criterio para juzgar un argumento causal se basa en la habilidad del analista para ensambalar con sentido narrativo información específica sobre las historias de casos en procesos coherentes» (*ibid.*, p. 1168). En este sentido, permite controlar, en un nivel desagrupado, si los mecanismos causales vinculan de forma plausible variables explicativas con un resultado específico.

Mientras que las dos primeras estrategias son útiles para producir teorías parsimoniosas al eliminar variables, el método narrativo alcanza mejores resultados en el conocimiento ideográfico profundo. Por ejemplo, si queremos explicar por qué surge el terrorismo en algunos países, pero no en otros, hemos de tomar muestras de casos en los que hubo terrorismo y otros en los que no lo hubo, comparándolos sobre la base de una lógica nominal. Si confiamos en las estadísticas sobre acontecimientos terroristas, podríamos medir la presencia del terrorismo en distintos países, para clasificarla luego ordinalmente. Sin embargo, estos datos son estáticos: nos permiten eliminar variables que no son necesariamente causas o que poseen coeficientes de correlación bajos o estadísticamente no significativos, pero no nos permiten estudiar los procesos en los que surge el terrorismo. En cambio, podríamos hacerlo mediante una narración en profun-

dididad de uno o de unos pocos casos en los que surgió el terrorismo, rastreando la evolución temporal de los diversos pasos de la radicalización (Della Porta 1995; véase también Vennesson, cap. XII).

Sewell (1996) presenta otra manera de afrontar el tiempo: mediante la noción de *temporalidad con incidencias* en la investigación que reconoce el poder de los acontecimientos en la historia. Los acontecimientos se definen como una «subclase relativamente rara de sucesos que *transforman significativamente la estructura*»; y una concepción de la temporalidad con incidencias tiene en cuenta la transformación de estructuras por parte de los acontecimientos. Los acontecimientos producen cambios históricos principalmente al «transformar las categorías culturales que dan forma y limitan la acción humana. Dado que las causalidades que operan en las relaciones sociales dependen, al menos en parte, de los contenidos y de las relaciones de categorías culturales, los acontecimientos tienen el poder de transformar la causalidad social» (Sewell 1996, p. 263). La atención que se le presta a la «temporalidad con incidencias» refleja la presunción de que la acción coyuntural y estratégica posibilita los acontecimientos transformadores. La concepción de una «sociología con incidencias» implica procesos sociales que «son en sí contingentes, discontinuos y de final abierto... La acción social construye las "estructuras" y la creatividad y la terquedad de sus creadores humanos dan forma a la "sociedad", la "formación social" o los "sistemas sociales" y también los modifican» (Sewell 1996, p. 272). Acontecimientos como la toma de la Bastilla u otros menos dramáticos como las «batallas de Seattle» (durante las manifestaciones activistas que se organizaron en todo el mundo contra la Ronda de Doha de la Organización Mundial del Comercio [OMC]) no solo tienen un impacto transformador sobre las vidas de los que participaron en ellos, sino que su importancia simbólica se extiende a quienes no se implicaron directamente, ya que cambian rutinas y alteran instituciones (véanse Steinmo, cap. VII, y Keating, cap. VI).

Tanto para los estudios diacrónicos de caso como para las comparaciones diacrónicas entre naciones, la *periodización* es un paso delicado, puesto que para identificar la varianza temporal es necesario definir, en primer lugar, las unidades temporales que determinan dicha varianza (Bartolini 1993). Mientras que las unidades espaciales con frecuencia son fáciles de identificar, pues están definidas por fronteras geopolíticas, las unidades temporales no lo son. De hecho, la varianza temporal se evalúa por medio de las observaciones de diferentes puntos temporales (separados por intervalos más o menos regulares) o del carácter general de los *periodos* que se siguen, uno tras otro. Si queremos comprender de qué manera una variable ha cambiado a lo largo del tiempo, tenemos que escoger puntos temporales significativos, es decir, tenemos que definir un tiempo 1, un tiempo 2, y así sucesivamente. Diversas periodizaciones pueden resultar igualmente legítimas: lo que necesitamos es una periodización que sea significativa de acuerdo con nuestro modelo teórico. Ha de tener en cuenta los cambios

principales en la variable dependiente, pero no puede pasar por alto la evolución de las demás variables operativas¹¹. En un diseño con un único país la necesidad de tener en cuenta variables que cambian en diferentes momentos temporales dificulta la elección entre diferentes periodizaciones. En los diseños entre naciones tenemos que ocuparnos del problema tradicional de encontrar periodizaciones comparables en diversos países: fases similares pueden perfectamente desarrollarse en diferentes periodos históricos.

Algunos proyectos sitúan la investigación en el interior de una perspectiva histórica y reconocen el valor del largo periodo de tiempo –o *longue durée*–, con la atención que presta a las estructuras como «series coherentes y bastante fijas de relaciones entre realidades y masas sociales» (Braudel 1980, p. 31). El campo de la sociología histórica ha sido particularmente sensible a este tema. La investigación que realizó Charles Tilly (1986) sobre el cambio en los repertorios de acción colectiva en la evolución de los estados-nación, que cubre muchos siglos de historia francesa, es un ejemplo de este tipo.

CONCLUSIÓN

Hemos realizado dos tipos principales de análisis comparativo en ciencias sociales y diversas elaboraciones a partir de ellos. Uno de esos tipos se centra en un gran número de casos, regularidades en el comportamiento y patrones universales. El otro se concentra en el contexto, la complejidad y la diferencia. Algunos investigadores señalan que siguen dos lógicas diferentes, tal como se ha señalado en el capítulo 2 de este libro. Otros insisten en que existe una única lógica y que ambos deben seguir las mismas reglas básicas, si bien utilizan diferentes técnicas y materiales. La respuesta estará obviamente relacionada con la (todavía vaga) conceptualización de la «lógica»: ya desde el título del libro *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared Standards* –del que son editores– Henry E. Brady y David Collier (2004) han subrayado que la *indagación social* debe seguir *estándares compartidos* y permitir *diversas herramientas*. Sin embargo, en las ciencias sociales persisten las discusiones sobre cuáles deberían ser los «estándares compartidos» y hasta qué punto la presencia de «diversas herramientas» afecta a los diversos pasos del diseño de investigación. En este capítulo hemos visto que muchas alternativas del diseño de investigación, como las que se refieren a la conceptualización, la selección de casos y la concepción de la explicación y la conclusión, están influenciadas por preferencias (más o menos ontológicas) a la hora de centrarse en los casos o en un diseño basado en variables. Sin embargo, esto carece de efectos sobre los estándares de la investigación empírica, estándares que deben ser elevados en ambas lógicas.

¹¹ La periodización puede ser deductiva, derivada de presunciones teóricas, o inductiva, basada en observaciones empíricas.

ESTUDIOS DE CASO Y SEGUIMIENTO DE PROCESOS: TEORÍAS Y PRÁCTICAS*

Pascal Vennesson

Una parte importante de lo que sabemos sobre el mundo social y político proviene de estudios de caso, algunos de los cuales han alcanzado la celebridad pues contribuyeron, por ejemplo, a revelar la tendencia oligárquica de los partidos políticos, las interioridades del ejercicio del poder en las democracias, la dinámica de las crisis internacionales, la lógica de la autoridad y el control en las organizaciones, la interacción entre valores e instituciones en el sistema de castas indio, los orígenes del éxito y el fracaso de la disuasión nuclear y las causas de las revoluciones sociales (Michels 1911; Dahl 1961; Crozier 1964; Dumont 1970; Allison 1971; George y Smoke 1974; Skocpol 1979). Más allá de estas obras clásicas e influyentes, la tradición investigadora de los estudios de caso sigue siendo popular, pues los investigadores analizan el desarrollo político de la Alemania imperial desde una perspectiva comparativa, las causas y las características de los accidentes nucleares, el desastre del lanzamiento de la nave espacial *Challenger* en 1986, la evolución de las instituciones, el papel del prestigio en la toma de decisiones en las relaciones exteriores o el origen del estado del bienestar (Esping-Andersen 1990; Sagan 1993; Mercer 1996; Vaughan 1996; Berman 2001; Thelen 2004; para más ejemplos, véanse Feagin, Orum y Sjoborg 1991; George y Bennett 2005: 287-325; Gerring 2007, p. 2-5). En las relaciones internacionales, la contribución de los estudios de caso ha sido fundamental, tanto para la seguridad internacional como para los

* Mi agradecimiento a Zoe Bray, Donatella della Porta, Mikael Eriksson, Jörg Friedrichs, Dorith Geva, Michael Keating, Thomas Lindemann, Christine Reh y Thomas Teichler, así como a los participantes en el seminario «Approaches in Social Sciences», que se celebró los días 3 y 4 de mayo de 2007 en el European University Institute, por sus intuitivos comentarios y sugerencias en una versión anterior de este capítulo.

subcampos de la economía política internacional (Snyder 1989; Kacowicz 2004; Odell 2004).

¿Qué es un estudio de caso y cuál es su objetivo? Desde el punto de vista epistemológico, ¿qué lugar ocupa y cuál es la contribución de la investigación en los estudios de caso? ¿Cómo pueden realizarse empíricamente por medio del seguimiento de procesos, que es un procedimiento investigativo destinado a explorar los procesos con los que las condiciones iniciales se convierten en resultados? Este capítulo responde a dichas preguntas y hace un par de aportaciones a los debates en curso sobre la investigación en estudios de caso. En primer lugar, aborda la persistente dificultad que han de afrontar los investigadores en los estudios de caso para articular sus contribuciones epistemológicas y metodológicas en comparación con los demás enfoques, en especial los cuantitativos (Gerring 2007, pp. 5-8). Por ejemplo, incluso el clásico trabajo de Eckstein, que fue aclamado como la piedra angular del renacimiento de los métodos cualitativos, era algo restrictivo y solo favorable a ciertas clases de estudios de caso (Eckstein 1975; 1992, p. 118). Soy de la opinión de que las contribuciones científicas sociales de los estudios de caso siguen estando infravaloradas, pero no por su enfoque, sino porque el marco epistemológico común de la discusión suele centrarse en la recogida de datos y en las pruebas. Para obtener un mayor sentido de las contribuciones científicas sociales en los estudios de caso, los investigadores ganarían mucho si incorporasen la concepción epistemológica de Gaston Bachelard, que considera inseparables los diferentes elementos de la investigación, desde la conceptualización hasta la investigación (Bachelard 1938, 1949).

En segundo lugar, este capítulo explora las maneras empíricas de realizar estudios de caso, en particular a través del uso del seguimiento de procesos, que es un procedimiento diseñado para identificar procesos que vinculan varias de las condiciones iniciales con un resultado particular. El seguimiento de procesos es un elemento importante y quizá indispensable de la investigación en los estudios de caso (George y Smoke 1974, 1979; George y McKeown 1985). Sin embargo, la formulación más reciente y sistemática del seguimiento de procesos ofrecida por George y Bennett se basa en una perspectiva positivista muy adecuada para unas clases de estudios de caso, pero no para otras (George y Bennett 2005, pp. 205-232). El seguimiento de procesos puede ser muy fructífero si se utiliza en diseños investigativos positivistas e interpretivistas, los cuales permiten que los investigadores combinen un punto de vista positivista y uno interpretivista en un estudio de caso. Sin embargo, el seguimiento de procesos también está lleno de escollos y tiene sus límites. Me ocupo de estos límites y ofrezco sugerencias para superar los principales obstáculos. En suma, este capítulo pertenece al *corpus*, cada vez mayor, de trabajos que tratan de explorar las interrelaciones entre asuntos teóricos y las experiencias reales de la investigación en los estudios de caso (Davis 2005; Geor-

ge y Bennett 2005; Trachtenberg 2006; Gerring 2007). Si bien este capítulo es válido tanto para casos individuales como para las comparaciones entre un número limitado de casos (en general entre uno y diez), voy a limitarme al análisis en el interior de un solo caso, en el que el investigador revisa características múltiples de cada caso para evaluar las relaciones causales y constitutivas entre los factores (Della Porta se ocupa de las estrategias de investigación comparativa en el cap. XI; a propósito del análisis en el interior de un solo caso, véase Mahoney 2000a, pp. 409-417; George y Bennett 2005, p. 18).

Mi argumentación se desarrolla en tres pasos. Empiezo por definir la noción de estudio de caso y pongo de relieve las características principales y el propósito de la investigación en los estudios de caso. Sobre la base de la epistemología de Gaston Bachelard, propongo luego un marco para identificar y obtener un mejor sentido de las contribuciones científicas sociales de los estudios de caso. Por último, me ocupo de la práctica empírica, en especial de las diferentes maneras de abordar y dirigir el seguimiento de procesos. También identifico algunos límites del seguimiento de procesos y sugiero las maneras de superarlos.

ESTUDIO DE CASO: ¿QUÉ ES Y PARA QUÉ SIRVE?

¿Qué es un estudio de caso?

Desde los trabajos innovadores de Frédéric Le Play a finales del siglo XIX y de la Escuela de Sociología de Chicago en los años veinte y treinta, los estudios de caso han sido ubicuos. Sin embargo, tanto su importancia como su influencia han sufrido altibajos y su significado y sus características también han cambiado (Platt 1992a, 1992b). Dentro de cada disciplina en países diferentes e incluso dentro de subcampos (por ejemplo, en estudios de política exterior, política comparativa, administración pública o sociología política), uno puede rastrear la alternancia cíclica de entusiasmo y decepción ante la investigación en estudios de caso. Los estudios de caso son diversos en sus objetivos, características y resultados. Sus contribuciones al conocimiento social científico, su papel en el desarrollo de la teoría, su valor empírico añadido y las maneras en las que se realizan se debaten con regularidad (Della Porta, cap. XI).

Tan pronto como uno se aventura más allá de un núcleo limitado, las preferencias de los investigadores discrepan en las características de los estudios de caso: el número ideal de casos, la naturaleza y la abundancia de los datos recogidos, las maneras en las que los datos pueden y deben reunirse, la lógica de la generalización, el papel de los enfoques inductivos y deductivos, la importancia del espacio temporal y la profundidad histórica, el acceso a los actores y a sus percepciones, las unidades del

análisis, la conexión con el trabajo de campo y la observación participante. Estos debates teóricos y metodológicos adquieren forma tanto por la lógica parcialmente autónoma de cada disciplina como por las tradiciones intelectuales nacionales profundamente asentadas, pero a menudo pasadas por alto (Galtung 1981). Estas discusiones también se ven influidas por la difusión transnacional de las ideas, que a menudo proceden de Estados Unidos y surgen de la evolución de las disciplinas de las ciencias sociales en ese país (Monroe 2005).

Aunque prácticamente todos pretenden estar situados en el centro epistemológico, los conceptos de los estudios de caso se extienden desde los más positivistas (King, Keohane y Verba 1994; Maoz 2002) a los más interpretivistas (Burawoy 1998; Passeron y Revel 2005), con una serie de posiciones intermedias (Ragin y Becker 1992; McKeown 1999; Brady y Collier 2004; George y Bennett 2005; Gerring 2007). No solo hay diferentes concepciones de lo que son y deben ser los estudios de caso, sino también turbadoras discrepancias entre teorías y prácticas de los estudios de caso (Platt 1992b; Rogowski 1995).

Los significados y usos ordinarios y la historia de la palabra «caso» ofrecen un útil punto de partida para una mejor comprensión de sus significados científicos sociales y sus evoluciones. La palabra «caso» se deriva del latín *casus* y significa acontecimiento, algo que ocurre, en general con una connotación desfavorable: un accidente, una desgracia. Forma parte del vocabulario legal para designar un escándalo o una demanda judicial y, pedagógicamente, en el mundo del derecho y de los negocios designa un método de aprendizaje. La palabra «caso» también pertenece al vocabulario religioso, donde define un problema particular, vergonzoso y moral que plantea un difícil debate ético (casuística) (Jansen y Toulmin 1988; Passeron y Revel 2005). Por último, «caso» también se usa en matemáticas (caso límite) y en medicina, donde designa el estado y la historia clínica de un paciente. Estos significados ordinarios nos llevan a algunas características clave de las maneras en las que la palabra «caso» se usa en las ciencias sociales. Por una parte, el caso aparece como un desafío poco habitual y específico a descripciones o razonamientos establecidos. Un caso es, por lo tanto, algo que desconcierta: incita a la reflexión y subraya la necesidad de ajuste de una base teórica (Platt 1992: 24; Passeron y Revel 2005, pp. 10, 16). Por otra, el caso requiere una solución, que la definición de su significado guarde relación con marcos teóricos y, sin embargo, únicos; que pueda ser puesto en relación con otros casos (Bradshaw y Wallace 1991; Abbott 1992, pp. 53-82; Passeron y Revel 2005, pp. 10-11). En suma, frente a un caso, el desafío consiste en reconocer y descubrir su significado específico, al mismo tiempo que se obtiene un conocimiento generalizable o potencialmente relacionado con otros casos.

Un caso es un fenómeno, o un acontecimiento elegido, conceptualizado y empíricamente analizado como manifestación de una clase más am-

plia de fenómenos o acontecimientos (sobre las definiciones, véanse: Eckstein 1975, p. 85; Jervis 1990; Ragin 1992, pp. 1-17; King, Keohane y Verba 1994, pp. 51-53; 1995; Yin 1994; George y Bennett 2005, pp. 17-19). Un estudio de caso es una estrategia de investigación basada en la investigación empírica profunda de uno o de unos pocos fenómenos con el fin de analizar la configuración de cada caso, y de aclarar las características de una clase mayor de fenómenos (similares), mediante el desarrollo y la evaluación de explicaciones teóricas (Ragin 2000, pp. 64-87). Pueden destacarse cuatro puntos relacionados con estas definiciones. 1) El caso no es solo una unidad de análisis o una observación, entendida como un conjunto de datos. No es una categoría de datos, sino más bien una categoría teórica (Ragin 1992, p. 1; Hall 2003, pp. 396-397). 2) A priori el caso no está espacialmente delimitado. La delimitación del caso, espacial u otra, depende de la conceptualización teórica utilizada por el investigador. Estos límites no son ni obvios ni obligatorios: están supeditados a las opciones teóricas (Rueschemeyer 2003, p. 320). 3) El estudio del fenómeno analizado no tiene por qué ser contemporáneo; puede ser del pasado. 4) En la investigación del estudio de caso, los datos pueden recogerse de diversas maneras y pueden ser tanto cualitativos como cuantitativos.

Variaciones de estudios de caso

¿Qué objetivo tienen los estudios de caso? Los estudios de caso son de diferentes formas y tamaños y pueden tener diversos objetivos, a menudo simultáneos (Lijphart 1971; Eckstein 1975; Levy 2002). Los investigadores utilizan los estudios de caso para elaborar y evaluar teorías, así como para formular hipótesis o explicar fenómenos particulares mediante teorías y mecanismos causales (Bennett 2004, p. 21). Además, algunos trabajos pueden definirse como estudios de caso incluso si sus autores no los describen explícitamente como tales (Allen 1965; Dore 1973). Los estudios de caso también se combinan con otros métodos, por ejemplo, el análisis estadístico y la simulación por ordenador (Voss 1993; Biddle 2004). He aquí los cuatro tipos principales de estudios de caso que identifico, cada uno de ellos con un objetivo diferente (para las diferentes tipologías, véanse Lijphart 1971; Eckstein 1975; Levy 2002; Bennett 2004, pp. 21-22; George y Bennett 2005, pp. 74-76).

- 1) El estudio de caso descriptivo (configurativo-ideográfico) es una descripción sistemática de los fenómenos sin intención teórica explícita. Lo habitual es que a esta clase de investigación se la califique de sugerente y se descarte su contribución científica social. Es verdad que la noción de estudio de caso descriptivo no cuadra fácilmente con nuestra definición, la cual implica una estructura teó-

rica. Sin embargo, el hecho de que el trabajo de muchos historiadores y antropólogos carezca de una base teórica explícita no implica la ausencia de teoría. Además, cualquier tipo de estudio de caso tiene necesariamente una dimensión descriptiva. A veces los estudios de caso analizan asuntos poco conocidos o fenómenos que necesitan una interpretación que arroje nueva luz sobre los datos conocidos, por lo que su aspecto descriptivo es incalculable.

- 2) El estudio de caso interpretativo (configurativo disciplinado) utiliza marcos teóricos para ofrecer una explicación de casos especiales, lo cual puede dar lugar también a la evaluación y la mejora de teorías.
- 3) El estudio de caso creador y mejorador de hipótesis (heurístico) trata de generar nuevas hipótesis por inducción o de perfeccionar las ya existentes. El investigador puede clarificar el significado de algunas variables y la validez de indicadores empíricos, sugerir mecanismos causales alternativos e identificar efectos de interacción pasados por alto. Un caso aberrante es especialmente útil para generar nuevas hipótesis o ajustar proposiciones teóricas.
- 4) Los estudios de caso evaluadores de teoría se utilizan para determinar si teorías existentes se aplican en los procesos y resultados de casos seleccionados.

LAS CONTRIBUCIONES CIENTÍFICAS SOCIALES DE LOS ESTUDIOS DE CASO

El racionalismo aplicado de Bachelard y la investigación en los estudios de caso

¿Cómo pueden mejorar los investigadores que realizan estudios de caso la articulación de lo que hacen desde los puntos de vista epistemológico y metodológico? ¿Cuáles son las contribuciones científicas sociales específicas de la investigación en los estudios de caso? Echo mano de la epistemología de la ciencia de Gaston Bachelard para sugerir una manera de destacar las diferentes dimensiones científicas sociales de la investigación en los estudios de caso como un todo coherente. La conexión entre el método del estudio de caso y la epistemología de Bachelard es necesaria por dos razones. En primer lugar, las categorías epistemológicas que explícita o implícitamente utilizamos afectan a la manera en que valoramos las contribuciones científicas sociales de las estrategias de investigación y las metodologías, incluidos los estudios de caso. Saco a colación una tradición epistemológica diferente expresada, por ejemplo, en los debates sobre estudios de caso concebidos predominantemente por la tradición analítica de la filosofía de la ciencia en los trabajos de Popper, Kuhn y Lakatos (Davis 2005; George y Bennett 2005, pp. 127-149). Si bien no se limita a la investigación en los estudios de caso, la epistemología de

Bachelard nos ayuda a adquirir una perspectiva más plena y coherente sobre sus contribuciones.

En segundo lugar, la epistemología de Bachelard es útil porque trata como inseparables las diferentes dimensiones de las prácticas científicas y no se centra en una aislada. No es que la perspectiva habitual de la recogida de datos, de la puesta a prueba de la teoría y de la conclusión causal sea errónea, pero es importante tener en cuenta que es solo un aspecto de una investigación científica social. Estas operaciones dependen de otros actos epistemológicos que deberían evaluarse como un todo y no por separado. Sin embargo, en un contexto intelectual dominado por una concepción epistemológica centrada en la recogida de datos y en la puesta a prueba de la teoría es difícil encontrar categorías –y razones– que pongan en evidencia el significado epistemológico total y el valor de otros actos epistemológicos. Cuando ajustamos el marco epistemológico queda más claro que la investigación en los estudios de caso no es solo un generador de ideas informales ni se limita al desarrollo de teoría.

El filósofo de la ciencia francés Gaston Bachelard (1884-1962) investigó las implicaciones epistemológicas de la transformación de prácticas científicas en la química, la biología y la física, en especial en la teoría de la relatividad y en la física cuántica (Bachelard 1934, 1938, 1949, 1971). Examinó el pensamiento científico, no tanto en la forma estática de las teorías científicas, sino poniendo de manifiesto el proceso dinámico de las prácticas experimentales y teóricas de la ciencia (Tiles 1984, p. 9). Su principal interés era la creación, la revisión y rechazo de las teorías científicas. Al vincular estrechamente la filosofía y la historia de la ciencia, trató de reconstruir la filosofía implícita en la práctica de los científicos y de identificar lo que denominó su racionalismo aplicado (Tiles 1984; Gayon y Wunenburger 2000; Wunenburger 2003; para una aplicación de la epistemología de Bachelard a las ciencias sociales, véase Bourdieu, Chamboredon y Passeron 1968).

La idea principal del racionalismo aplicado de Bachelard es que los diferentes actos epistemológicos en el núcleo de la práctica científica no pueden separarse entre sí. Una recogida de datos vale tanto como el concepto teórico que pone a prueba; a su vez, el valor de dicho concepto teórico depende de su capacidad para romper con el sentido común y provocar una genuina ruptura epistemológica. Así, por una parte Bachelard rechaza el enfoque empírico que se centra en los aspectos observacionales de la actividad científica, a saber, la puesta a prueba y recogida de datos, con vistas a generalizar los resultados. Por otra, rechaza la concepción idealista que ignora por completo el experimento instrumentado y no reconoce la necesidad de una prueba empírica sistemática de teorías (Tiles 1984, pp. 52-53). En pocas palabras, para Bachelard un hecho científico es algo que se ha conquistado, formulado y observado (*conquis, construit, constaté*; Bourdieu, Chamboredon y Passeron 1968, pp. 24, 81; Kratochwil, cap. V).

Sobre esta base, afirmo que los estudios de caso deben concebirse como algo que contribuye a cada uno de estos tres actos epistemológicos y no a uno o a los demás de forma aislada. Primero, como estrategia de investigación los estudios de caso implican una ruptura con la experiencia inmediata puesta de relieve por la pregunta: «¿De qué trata este caso?». Los investigadores no son pasivos; participan en la «construcción» del caso y, al hacerlo, esperan superar los obstáculos epistemológicos que provienen de categorizaciones convencionales. Segundo, los estudios de caso adquieren forma mediante un esfuerzo explícito de construcción de teoría. Tercero, los estudios de caso no solo se basan en suposiciones sobre los objetivos y las preferencias de actores. Una investigación empírica profunda que utilice diferentes tipos de métodos de recogida de datos y diferentes procedimientos, como el seguimiento de procesos, es un componente clave de la investigación en los estudios de caso.

Ruptura epistemológica, conceptualización y observación en la investigación de estudios de caso

La «construcción» del caso se corresponde con el primer acto epistemológico de Bachelard: la ruptura con la sabiduría convencional. Los casos no son algo que está a la espera de que alguien los estudie. El proceso a través del cual los investigadores delimitan, definen y describen los casos contribuye a esculpir un aspecto de la realidad que es diferente de las maneras en las que el fenómeno o el acontecimiento se dan por hechos. Los investigadores hacen algo en todo caso: lo construyen (Ragin 1992, p. 218). Esta construcción tiene lugar en varias etapas durante la investigación, pero especialmente al principio y al final. Un estudio de caso no presupone un fenómeno relativamente delimitado ni se basa en la necesidad de seleccionar dicho fenómeno. Es el investigador quien define los límites del fenómeno. Muy a menudo el proceso de «construcción» del caso lleva a que el investigador defina unidades de análisis de una manera diferente a la de las convenciones legales, burocráticas u otras (Ragin 1992, pp. 218-221). El hecho de pensar en el caso problematiza las relaciones entre ideas e indicios. Si bien es posible elegir la construcción convencional de un caso para simplificar algunas relaciones problemáticas entre la teoría y los datos, esta elección es en sí misma un aspecto de la conceptualización. Puede que sea un útil punto de partida, pero en el transcurso de la investigación el investigador puede desarrollar categorías y marcos temporales y revelar nuevas relaciones. Si es así, la «construcción» del caso se convierte en una manera de romper con imágenes convencionales del mundo social y político.

El caso es el producto de un esfuerzo, primero preliminar y luego en curso, destinado a definir el objeto del estudio. El tipo de población estu-

diada no es algo fijo, sino una hipótesis de trabajo que cambia en el transcurso de la investigación (Ragin 2000, pp. 14, 43-63). En pocas palabras, la «construcción» de un caso implica una reflexión crítica sobre los límites convencionales y las categorías comúnmente aceptadas de los fenómenos sociales y políticos. Además, cuando preguntamos «¿De qué trata este caso?» estamos construyendo una representación de la experiencia o de la observación (Davis 2005, p. 81). El investigador está rompiendo con la representación de un proceso histórico con sentido común y está conceptualizando un problema. La ruptura epistemológica y la conceptualización corren parejas. El caso se define y se construye mediante un enfoque teórico que proporciona un marco de hipótesis para poner a prueba los diversos aspectos de los datos empíricos.

El marco teórico que subyace a la investigación en el estudio de caso corresponde al segundo acto epistemológico de Bachelard: la construcción de la teoría. La investigación en el estudio de caso implica una intención teórica traducida a un nuevo vocabulario. Una descripción puramente histórica difiere del enfoque de una ciencia social ante un caso y convierte la información histórica en un vocabulario analítico apropiado que puede aplicarse a otros casos (George 1979; George y McKeown 1985; Walton 1992). El análisis empírico se basa en esta intención teórica, que ayuda a definir tanto las hipótesis como los datos que se necesitan. Es también en esta conceptualización donde las comparaciones, los tipos ideales y las tipologías tienen un papel. Esta construcción teórica no se limita al origen de la investigación. El investigador revisa sus principales conceptos porque está aprendiendo de los casos que ha decidido examinar (Ragin 2000, pp. 31-32). En suma, la definición de la categoría empírica y la clarificación de los conceptos teóricos relevantes son elementos de las contribuciones teóricas y empíricas de la investigación en el estudio de caso, muy lejos de los datos generados, de las reflexiones interpretativas y de la capacidad para valorar empíricamente las teorías.

El seguimiento de procesos es una manera posible de poner en práctica el tercer acto epistemológico de Bachelard, la observación empírica. En su investigación empírica, los investigadores utilizan, y a menudo combinan, comparaciones entre casos y observaciones y métodos en el interior de un caso dado. Para su análisis hay disponibles algunas opciones: método de congruencia, seguimiento de procesos y teoría tipológica, que integran el análisis comparativo y el análisis en el interior de un caso dado (Elman 2005; George y Bennett 2005, pp. 179, 181-204, 235; véase también Mahoney 2000). Inicialmente formulada por Alexander George, la noción del seguimiento de procesos se volvió cada vez más habitual en la investigación de los estudios de caso (George 1979; George y Bennett 2005, pp. 205-206). George arguyó que se necesitaba una estrategia de investigación para evaluar si las correlaciones entre variables descubiertas con métodos estadísticos eran o no causales (George 1979, p. 46). El se-

guimiento de procesos es «un procedimiento para identificar los pasos en un proceso causal que conduce al resultado de una variable dependiente dada de un caso particular en un contexto histórico particular» (George y Bennett 2005, p. 176; Steinmo, cap. VII; sobre las implicaciones epistemológicas de un enfoque en las secuencias de acciones, véase Favre 2005). Algunas nociones, como las narrativas analíticas utilizadas en una perspectiva de elección racional (Bates, Greif, Levi *et al.* 1998; Rodrick 2003) o como el análisis del proceso sistemático (Hall 2003; véase también Héritier, cap. IV), son parecidas, cuando no prácticamente idénticas, a la noción del seguimiento de procesos. Mediante el uso del seguimiento de procesos el investigador evalúa una teoría al identificar la cadena causal (o las cadenas causales) que conecta(n) las variables independientes con las dependientes. Su objetivo consiste en revelar las relaciones entre las posibles causas y los resultados observados. Este procedimiento puede utilizarse tanto en la puesta a prueba de la teoría como en el desarrollo de la teoría.

Dado que la noción del seguimiento de procesos está ya generalizada en ciencias políticas, los eruditos la han utilizado de diversas maneras: para descubrir un mecanismo causal y mostrar que existe un mecanismo postulado subyacente que conecta las variables causales y las dependientes; para demostrar la conjunción y la secuencia temporal de variables; para incrementar el número de las implicaciones observables que predice una teoría o para volver operativas algunas variables midiendo variables independientes y dependientes y observando el proceso de toma de decisiones con vistas a buscar indicios relevantes (Elman 1996, pp. 17-18). A continuación me ocuparé de cómo puede utilizarse el seguimiento de procesos para que contribuya a diseños de investigación positivistas e interpretivistas.

CÓMO VINCULAR ENFOQUES POSITIVISTAS E INTERPRETIVISTAS CON EL SEGUIMIENTO DE PROCESOS

El seguimiento de procesos en acción

En *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences* [*Estudios de caso y desarrollo de la teoría en las ciencias sociales*], George y Bennett, basándose tanto en el trabajo en solitario de George (1979) como en sus trabajos en colaboración (George y Smoke 1974; George y McKeown 1985), ofrecen una descripción sistemática y completa del seguimiento de procesos. Su nueva formulación es importante porque hasta entonces la noción había sido presentada de manera dispersa. Ahora, los conceptos más habituales del seguimiento de procesos están más estandarizados que la formulación original y subrayan la identificación de un mecanismo causal que vincula variables independientes y dependientes

(Mahoney 2000, pp. 412-15; Bennett y Elman 2006, p. 459). Se hace hincapié en la causalidad, la deducción y los mecanismos causales. Sin embargo, algo se ha perdido en las formulaciones más recientes del seguimiento de procesos y es una pena, ya que el seguimiento de procesos puede contribuir en gran medida tanto a un enfoque empírico positivista como interpretivista en la investigación de los estudios de caso (Adler 2002, p. 109; Kacowitz 2004, pp. 108-111; Davis 2005, pp. 176-177; véanse también Dessler 1999; Finnemore 2003; Checkel 2006). Los fenómenos políticos tienen características precisas (regulares, ordenadas, previsibles), imprecisas (irregulares, desordenadas, imprevisibles) e interactuantes (creativas, adaptativas, solucionadoras de problemas); el seguimiento de procesos puede ayudar a revelar las tres (Almond y Genco 1977; Jervis 1997). El seguimiento de procesos también ofrece la oportunidad de combinar enfoques positivistas e interpretivistas en la puesta a punto de un estudio de caso (Lin 1998, pp. 166-169), lo cual permite que el investigador explore el «qué» y el «cómo».

Desde una perspectiva positivista, el objetivo principal del seguimiento de procesos es establecer y valorar el vínculo (o su ausencia) entre factores diferentes (véase Héritier, cap. IV). Mediante el uso de historias, documentos de archivo, transcripciones de entrevistas y otras fuentes, el investigador examina si el proceso causal de la teoría que está utilizando puede observarse en la secuencia y en los valores de las variables que intervienen (Mahoney 2003; George y Bennett 2005, p. 6). Así, el investigador puede verificar si los indicadores utilizados para medir las variables dependientes e independientes eran apropiados y, entre otras cosas, si están en consonancia con las creencias y representaciones de los actores. También examina críticamente la fiabilidad de los datos y su representatividad con vistas a evaluar la importancia relativa de los factores causales plausibles. El investigador se centra en saber si se puede rastrear un factor particular y vincularlo con otro.

Desde una perspectiva interpretivista, el seguimiento de procesos permite que el investigador busque las maneras en las que este vínculo se manifiesta y el contexto en el que ocurre. El enfoque se centra no solo en qué ocurrió sino también en cómo ocurrió. Se vuelve posible utilizar el seguimiento de procesos para revisar las razones que los actores dan para explicar sus acciones y su comportamiento y para investigar las relaciones entre creencias y comportamiento (Jervis 2006). El seguimiento de procesos es un elemento fundamental de la investigación empírica en los estudios de caso, ya que ofrece una manera de conocer y de valorar empíricamente las preferencias y las percepciones de los actores, sus propósitos, sus objetivos, sus valores y su especificación de las situaciones a las que se enfrentan. El seguimiento de procesos ayuda al investigador a que revele directa e indirectamente qué es lo que los actores quieren, saben y computan (Simon 1985, p. 295).

Ante el problema de la variedad y complejidad de las percepciones, preferencias y motivaciones del ser humano, hay dos tipos disponibles de soluciones (Simon 1985, 1986, 1995; Frieden 1999, pp. 53-66; Scharpf 2006). Una es concebir suposiciones sobre las preferencias y percepciones de los actores. El investigador se basa en la intuición del sentido común o razonamiento deductivo y emite un juicio sobre su carácter plausible o razonable (Simon 1985, p. 297). Por lo tanto, no hay seguimiento de procesos. La otra opción consiste en reconocer que las preferencias y las percepciones son cuestiones empíricas que solo una investigación empírica esmerada puede revelar (Simon 1985, pp. 298, 300). Desde esta perspectiva, no basta con añadir suposiciones teóricas sobre la forma de la función utilidad, sobre las expectativas del actor o sobre su atención con respecto a su entorno. En ciencias sociales estas suposiciones deben someterse a una cuidadosa prueba empírica.

Si se utiliza de este modo el seguimiento de procesos, una conexión que aparece solo plausible, o *ad hoc*, puede integrarse en un marco más amplio con una lógica general más consecuente. Esta explicación más fecunda parece coherente con los marcos de referencia de los actores, incluso si fuera de dicho marco pudiera parecer menos coherente. Una de las fortalezas del seguimiento de procesos es que permite que el investigador desarrolle los mecanismos causales. Por ejemplo, la experiencia laboral anterior es un factor importante que permite que algunas personas en Estados Unidos abandonen el sistema de beneficencia (Lin 1998, p. 165). Dicha experiencia previa está vinculada a la empleabilidad. ¿Cómo? Hay muchos mecanismos plausibles que pueden estar implícitos en la relación entre experiencia laboral previa y la probabilidad de salirse del sistema de la beneficencia social. Tal como lo explica Lin, la experiencia laboral previa podría indicar a los empleadores que uno ya tiene un entrenamiento relevante o algún conocimiento del lugar de trabajo. También podrían considerar esta experiencia como un signo de la motivación del empleado. Por otra parte, si bien puede que a los empleadores no les importe en absoluto la experiencia laboral en sí misma, no por eso deja de ser importante, pues está vinculada a otra cosa que para ellos sí lo es: las recomendaciones de empleadores anteriores. Y podría haber otras posibilidades todavía por identificar. Para saber cuál de esos mecanismos plausibles están funcionando, el seguimiento de procesos es inestimable. Podría revelar que el mecanismo causal que se había asumido en un principio no es conveniente para las observaciones empíricas. Estos nuevos conocimientos retroalimentarían el desarrollo de teoría, lo cual prueba el potencial inductivo del seguimiento de procesos.

Para algunos tipos de estudios de caso dedicados, por ejemplo, al estudio de las normas el descubrimiento de las razones que dan los actores para sus acciones es un aspecto clave de la investigación empírica (Amenta 1991, pp. 179-80; Davis 2005, p. 179). El desafío es similar cuando los

investigadores tratan de revelar las clases de problemas que los actores están tratando de solucionar y cómo conciben soluciones, sus suposiciones sobre sus actividades profesionales y sus esfuerzos para explicar por qué sus acciones son razonables y sensatas. Esto, por ejemplo, es lo que hizo Lynn Eden cuando explicó por qué y cómo, en las fuerzas aéreas de Estados Unidos, el «marco del daño de la explosión», centrado en el daño que provocaba la gran explosividad de las bombas convencionales, pasó a dominar al «marco del daño del fuego», cuyo hincapié era el daño que provocaban las bombas incendiarias, en el conocimiento del impacto de las armas nucleares (Eden 2004; véase también Evangelista 1999; Homer-Dixon 1999). Por eso, el seguimiento de procesos ayuda al investigador a reconstituir las creencias y las perspectivas de los actores y a reagruparlas en un número limitado de categorías, sin dejar de tener en mente la evaluación de argumentos teóricos más amplios.

El seguimiento de procesos basado en entrevistas intensivas y no limitadas de antemano, en la observación del participante y en el análisis de documentos contribuye a comprender el significado y el papel de las regularidades establecidas y puede ayudar a sugerir maneras de revelar relaciones previamente desconocidas entre los factores. En su formulación original del seguimiento de procesos, George era consciente de esta necesidad de combinar ambas perspectivas. El seguimiento de procesos, explicó, implicaba la reconstrucción de las maneras en las que los actores caracterizaban la situación y la elaboración de una teoría de acción (George y McKeown 1985, p. 35). Además, el proceso que surge a la luz no tiene por qué ser solamente causal, también puede ser constitutivo, es decir, puede dar cuentas de la propiedad del fenómeno por referencia a sus estructuras y permitir que el investigador explique sus condiciones de posibilidad (Davis 2005, pp. 175, 176). En su formulación original, George no solo se refirió a un mecanismo causal, sino también a un proceso intermedio, a un vínculo causal (George 1979, p. 46). Por último, suele ser habitual referirse al uso inductivo del seguimiento de procesos en el desarrollo de la teoría. Pero en la formulación original el recurso a la inducción era más amplio. George subrayó que la traducción de los términos de los historiadores (o de los actores) y la valoración de la discordancia en los valores de variables independientes, intermedias y dependientes era una operación delicada. La pérdida de información y la simplificación podían socavar la validez y la utilidad de la teoría. Por consiguiente, la discrepancia en cada variable podía describirse por inducción para verificar si una variable particular varía en casos diferentes y hasta qué punto lo hace (George 1979, p. 47). El seguimiento de procesos puede utilizarse para evaluar el impacto relativo de ciertas variables, pero también para alcanzar un mejor sentido de las percepciones de los actores.

¿Son diferentes el seguimiento de procesos y la narración de una historia? Existen diferentes variedades de seguimiento de procesos; unas se

parecen a un relato detallado –parecido al tipo habitual de narración que cabe encontrar en los trabajos de historiadores y antropólogos–, mientras que otras se basan en amplias explicaciones causales (Bennett y George 2001). En general, el seguimiento de procesos se diferencia de un relato puro en tres cosas (véase también Flyvbjerg 2006, pp. 237-241). En primer lugar, el seguimiento de procesos está orientado. Solo se ocupa selectivamente de ciertos aspectos del fenómeno. Por eso, el investigador es consciente de que alguna información se pierde junto con algunas de las características únicas del fenómeno. En segundo lugar, el seguimiento de procesos se estructura en el sentido de que el investigador está desarrollando una explicación analítica basada en un marco teórico identificado en el diseño de la investigación (estas son las características de la comparación, pero también se aplican al seguimiento de procesos: George 1979, p. 61). En tercer lugar, el objetivo del seguimiento de procesos consiste en última instancia en ofrecer una explicación narrativa de un itinerario causal que conduce a un resultado específico.

La combinación de una perspectiva positivista y una perspectiva interpretivista en el seguimiento de procesos es una oportunidad estimulante, tanto desde el punto de vista teórico como empírico. Pero es también importante por razones de política. Desde principios del siglo xx, la investigación en los estudios de caso ha tenido un importante componente político. En su clásica descripción de la disuasión en la política exterior estadounidense, George y Smoke vincularon explícitamente la teoría y la política en las relaciones internacionales (1974, pp. 616-642). El reconocimiento de ambas dimensiones en el seguimiento de procesos ayuda a la transición desde el reconocimiento de esquemas causales hasta el descubrimiento de las soluciones. Por ejemplo, una correlación entre variables podría ser importante, pero no estaría sujeta a la manipulación de quienes están a cargo de la política. Por muy bien identificado que esté el vínculo entre causa y efecto, una política necesita el apoyo y la cooperación de las partes interesadas con vistas a evitar consecuencias imprevistas y a facilitar su puesta en práctica (Lin 1998, p. 168). La valoración de los beneficios materiales o de los costes de una política para una población significa que los marcos de referencia para identificar costes y beneficios están identificados y son conocidos. Por último, la investigación en los estudios de caso, junto con el seguimiento de procesos, puede ayudar a mejorar y refinar el razonamiento analógico de los investigadores (May 1973; Neustadt y May 1986; George 1993).

En suma, una perspectiva positivista del seguimiento de procesos ayuda a identificar la existencia de relaciones causales, a ir más allá de la correlación y a valorar empíricamente la causalidad (Dessler 1991). Sin embargo, el enfoque positivista del seguimiento de procesos se enfrenta a dificultades para explicar cómo funciona realmente el mecanismo implicado en la relación causal. La perspectiva interpretivista del seguimiento de procesos conduce a un examen detallado del mecanismo causal y explica cómo

interactúan las variables específicas. Sin embargo, esta perspectiva tiene dificultades para ponderar la importancia relativa de diferentes factores.

Desafíos y límites de la investigación en los estudios de caso y en el seguimiento de procesos

El seguimiento de procesos como tal no garantiza que uno llevará a cabo con éxito una investigación empírica. La investigación en los estudios de caso en general y el seguimiento de procesos en particular se enfrentan a cuatro desafíos principales: la dependencia de teorías preexistentes; la suposición de que cada caso puede abordarse de forma autónoma y de que los casos son distintos de sí; la necesidad de datos empíricos y las dificultades de los sesgos cognitivos (véanse también Collier y Mahoney 2006; Checkel 2006, pp. 367-369). Si bien no todos estos límites son propios del estudio de caso y del seguimiento de procesos, son particularmente relevantes en este tipo de investigación.

- 1) El primer límite concierne a las teorías. En la investigación de estudios de caso, la selección del caso, la comparación, el análisis en el interior del caso y la investigación empírica dependen de la teoría. La investigación en los estudios de caso y el seguimiento de procesos presupone la existencia de marcos teóricos. Se supone que estos marcos sirven de guía al investigador en su enfoque, como sucede en su trabajo empírico. Pero los especialistas en estudios de caso no cesan de reconocer que esas bases teóricas brillan por su ausencia o son inapropiadas, lo cual hace que el investigador sea vulnerable a un sesgo etnocéntrico o se vea forzado a utilizar una teoría inadecuada. Cuando una teoría existe, a menudo está especificada de manera insuficiente y no suele adaptarse al problema que uno tiene entre manos. Puede haber elementos de teorías dispersos o disponibles en una formulación anterior, pero hay que reconsiderarlos y redefinirlos. En situaciones así, que son bastante frecuentes, los investigadores se implican en el desarrollo de la teoría y su contribución al estudio del caso y al seguimiento de procesos sigue siendo importante.

Dado que a veces no hay teorías al alcance de la mano para valorar –o la situación es irregular dependiendo de los subcampos y áreas de investigación–, la mayoría de quienes realizan estudios de caso están casi sistemáticamente ocupados en el desarrollo de teorías. Además, la línea divisoria entre el desarrollo y la evaluación de la teoría es a menudo borrosa. Muchos investigadores quieren hacer las dos cosas: contribuir al desarrollo de una teoría, pero también proponer una evaluación preliminar. De hecho, esto es exactamente lo que George y Smoke hicieron en *Deterrence in American Foreign Policy*

[*Disuasión en la política exterior estadounidense*] (1974; véase también Vaughan 1992). Sería prudente etiquetar de «desarrollo de la teoría» esta clase de trabajo, pero la etiqueta es engañosa, ya que el investigador también evalúa teorías. En suma, la investigación en los estudios de caso y el seguimiento de procesos dependen sobremanera de la existencia de teorías de alcance medio que ofrecen una serie de hipótesis y, a veces, incluso amplias directrices en vez de hipótesis claramente formuladas, que sirven como guía para la realización de la investigación. Sin embargo, en muchas situaciones, los investigadores deben tener en cuenta que deberán contribuir a este esfuerzo teórico. Las teorías que están al alcance de la mano son probablemente incompletas o inadecuadas para la tarea.

- 2) El segundo desafío tiene que ver con la autonomía de cada caso. La investigación de los estudios de caso se basa en la suposición de que los casos, incluso si los ha definido el investigador, son ejemplos autónomos de algo. Son distintos entre sí y pueden tratarse como unidades distintas de análisis. Sin embargo, algunas tendencias sociales y políticas muy importantes como, por ejemplo, la Unión Europea o la creciente interconexión del sistema internacional parecen poner esta suposición en entredicho. Los casos están a menudo profundamente conectados entre sí, incluso incrustados entre sí, y la tarea del investigador se convierte en dar cuentas tanto de las dimensiones distintas como de las comunes de los casos.
- 3) El tercer desafío está relacionado con las fuentes empíricas y su tratamiento. Los estudios de caso dependen de la existencia y la accesibilidad de fuentes empíricas. El seguimiento de procesos solo puede funcionar si se alcanza un nivel lo suficientemente alto de precisión y fiabilidad en procesos y acontecimientos específicos, lo cual no está dado de antemano, sobre todo en asuntos que requieren confidencialidad y reserva, como sucede en las decisiones de política exterior o de política contraterrorista. Es preciso hacer hincapié en la importancia de la diversidad de fuentes empíricas y en la necesidad de acordar recursos y el tiempo que sea necesario al proceso de investigación para la recogida y el tratamiento de los datos. También es en este momento cuando los conocimientos y la práctica de diversas técnicas de investigación –análisis del contenido, observación participativa, entrevistas, métodos estadísticos, etc.– se vuelven importantes (véanse Bray, cap. XV; Checkel 2006, pp. 366-367).
- 4) El cuarto desafío –común a cualquier tipo de investigación en ciencias sociales– tiene que ver con sesgos cognitivos, que pueden modificar el razonamiento del investigador y distorsionar sus resultados (Tetlock 2005). En particular hay tres sesgos que vale la pena mencionar con respecto a la investigación en los estudios de caso y el seguimiento de procesos. Primero, el sesgo de confirmación: durante

el seguimiento de procesos el investigador podría favorecer la información que confirma sus certezas y minimizar la que podría contradecirlas (George y Bennett 2005, p. 217). Este sesgo puede perturbar las maneras en que el investigador planifica la recogida de la información, aquello a lo que debe prestar atención, lo que debe y lo que no debe notificar. Segundo, los resultados del seguimiento de procesos podrían ser compatibles con demasiadas teorías. Resulta entonces difícil valorar si las explicaciones alternativas son complementarias o si algunas son solo espurias (Njolsstad 1990). Tercero, algunos indicios negativos podrían ignorarse. Dado que los indicios positivos son más vívidos y evidentes que su ausencia, en el seguimiento de procesos el investigador pasa por alto las cosas que no ocurren.

Con respecto al sesgo de confirmación, la mejor estrategia es un esfuerzo explícito para considerar hipótesis alternativas que podrían conducir al resultado por medio del proceso del interés. La consideración de otras teorías e hipótesis, así como de datos contrafácticos, puede ayudar a las teorías existentes, ya que pueden ser una poderosa herramienta para poner en entredicho nuestras propias teorías (Weber 1996, p. 270; Davis 2005, pp. 168-175 y, de manera más general, Tetlock y Belkin 1996). La cuestión clave aquí es esta: «¿Qué otra cosa puede ser?». Para responderla, el investigador podría utilizar, por ejemplo, las sutilezas que se encuentran en la literatura sociológica, en las memorias de participantes o en las entrevistas. Para probar el argumento también puede ser útil el análisis comparativo del seguimiento de procesos, pues podría ser que los factores que, según el investigador, han generado las consecuencias esperadas estaban asimismo presentes en otros casos que, sin embargo, no generaron tales consecuencias.

Respecto al problema de la sobredeterminación, el objetivo es encontrar las maneras de reducir el número de explicaciones. Puede que algunos indicios compatibles con la interpretación del investigador también lo sean con otras interpretaciones. Existen algunas sugerencias para hacer frente a dicha situación: debe aclararse si existe un conflicto potencial entre las interpretaciones de los indicios; debe aclararse si las explicaciones contradictorias abordan aspectos diferentes de un caso; deben compararse varios casos e identificarse las condiciones que limitan las explicaciones de un caso (Njolsstad 1990).

Por último, con respecto a los indicios negativos, la investigación en los estudios de caso y el seguimiento de procesos puede ayudar a identificar situaciones en las que un comportamiento especificado no ocurre o bien los indicios brillan por su ausencia. Esto es significativo si una propuesta o un argumento importantes exigen que algún tipo de indicios esté presente. Una manera de valorar una propuesta consiste en preguntar qué acontecimientos deberían ocurrir y qué indicios deberían observarse si el argumento o la explicación fuesen correctos (Jervis 2006, p. 26). Los es-

tudios de caso en profundidad pueden revelar detalles insospechados (*non-events*) y sus características, por ejemplo, en las relaciones entre democracia y paz o en el éxito de la disuasión (Maoz 2002, p. 457).

En suma, los investigadores que hacen estudios de caso y utilizan el seguimiento de procesos deben pensar en las respuestas a las siguientes preguntas (George y Bennett 2005, pp. 105-106): ¿Cómo puedo mostrar a mis lectores que no impuse mi teoría predilecta como explicación? ¿Considero teorías alternativas y resulta explícito? ¿Cómo explico que los casos que he seleccionado constituyen una prueba fácil, o difícil, para la teoría? ¿Acaso las conclusiones del caso prueban realmente la teoría en cuestión? ¿Cómo lo saben mis lectores? ¿Acaso las conclusiones prueban asimismo otras teorías? Es un problema y, si lo es, ¿cómo lo resuelvo?

CONCLUSIÓN: SOLUCIÓN DE PROBLEMAS Y ESTUDIOS DE CASO

El exsecretario de estado del presidente Harry S. Truman, Dean Acheson, se entrevistó en la Casa Blanca con el especialista en ciencias políticas Richard Neustadt. Durante la conversación, Acheson respondió a las explicaciones de Neustadt con unas palabras que se han hecho célebres: «Conozco su teoría, usted piensa que hay que advertir a los presidentes, pero se equivoca. Lo que hay que hacer es confiar en los presidentes» (citado en Steinbruner 1974, p. 332). De manera similar, hay que confiar en las contribuciones epistemológicas y metodológicas de la investigación sobre los estudios de caso. Pero la confianza no ha de ser ni ciega ni exagerada (Rueschemeyer 2003). Al igual que cualquier otra estrategia de investigación, los estudios de caso tienen límites y pueden realizarse bien o mal. Los investigadores deben ser conscientes de las suposiciones teóricas y metodológicas implícitas en la idea de hacer un estudio de caso y utilizar sin límites dicha metodología.

Este examen de la investigación en los estudios de caso y en el seguimiento de procesos ha confirmado las discrepancias entre la teoría y la práctica en los estudios de caso. Cuando los investigadores intentan codificar su práctica epistemológica y metodológica, bien para que tenga sentido o bien para enseñarla, parecen perder algo de la creatividad, la ingeniosidad y la flexibilidad que a menudo eran la marca distintiva de su trabajo. Por último, al igual que sucede en cualquier discusión epistemológica y metodológica, no debemos confundir el fin con los medios. Los problemas y su solución son el núcleo de la investigación en ciencias sociales. Los métodos son importantes y deben ayudar a los investigadores de diversas maneras. Sin embargo, en última instancia no pueden sustituir a una «curiosidad apasionada ante un gran problema, esa clase de curiosidad que obliga a la mente a desplazarse a cualquier lugar y de cualquier manera, para re-crearse si es necesario con el fin de *encontrar*» (Mills 1959, p. 105).

XIII

ANÁLISIS CUANTITATIVO

Mark Franklin

La cuantificación es una manera de utilizar el método científico para descubrir cosas sobre el mundo. En las ciencias sociales estamos tratando de descubrir cosas sobre el mundo social, pero el enfoque que utilizamos puede considerarse como científico. El enfoque científico trata de abstraer los rasgos sobresalientes de los matices y detalles de una historia para luego integrarlos en una declaración (o declaraciones) teórica(s) que conserve(n) su validez en cualquier situación que pueda definirse de acuerdo con los términos de las mismas abstracciones. Es de suponer que si esa declaración teórica no conserva su validez en alguna situación específica se debe a que la teoría era errónea o a que no estaba bastante elaborada. La elaboración de teorías sociales, cuya finalidad consiste en ir agregando rasgos del mundo que son necesarios para una explicación completa de este, es un atributo importante del enfoque científico. Sin embargo, para que la elaboración llegue lo más lejos posible necesitamos utilizar el análisis cuantitativo, tal como este capítulo tratará de mostrar.

La transición desde los estudios de caso al análisis cuantitativo depende ampliamente del número de casos. De un solo caso no es posible sacar conclusiones causales. De dos casos se puede eliminar algo como condición necesaria para algo distinto. De tres casos se pueden eliminar dos cosas o también es posible empezar a hacer declaraciones cuantitativas (por ejemplo, podría encontrarse algo que se aplique dos de cada tres veces). Tan pronto como empezamos a decir cosas como «esto sucede dos de cada tres veces», estamos haciendo un análisis cuantitativo. Pero si queremos hacer tales declaraciones necesitamos ser capaces de abstraer rasgos generales que son comunes a muchos casos, lo cual hace que la base teórica de un estudio cuantitativo deba ser más elaborada que la de un estudio de caso. También necesitamos un número bastante más elevado de casos.

Tabla 13.1. Gobernanza y redes sociales

	Redes sociales múltiples con contraste de hipótesis (C12)	Ausencia de redes sociales incluso hoy día
Gobernanza democrática de alta calidad	Norte de Italia	
Gobernanza mediocre		Sur de Italia

Fuente: adaptado de Putnam (1993).

Tabla 13.2. Gobernanza y redes sociales (después de estudios adicionales)

	Amplias redes sociales con contraste de hipótesis (C12)	Ausencia de redes sociales incluso hoy día
Gobernanza democrática de alta calidad	2	0
Gobernanza mediocre	1	3

Lo que no está claro es cómo cuantificar la expresión «bastante más elevado» y, en la práctica, existe una superposición bastante grande entre lo que un investigador considera como «un estudio de casos múltiples», mientras que otro lo denominaría «un estudio reducido de N casos» (en la tradición cuantitativa la letra N se refiere al «número de casos»; basta con que veamos casos a los que se alude de esta manera para que sepamos que estamos leyendo algo escrito de acuerdo con la tradición cuantitativa).

De esta manera, el hecho de que uno haga estudios de caso o estudios cuantitativos depende en gran medida, y con amplia superposición, de la tradición en la que trabajemos, no de lo que estemos haciendo. Consideremos un ejemplo del estudio de Robert Putnam sobre la democracia en Italia (1993) (tabla 13.1). Este famoso ejemplo¹ fue puesto en entredicho pocos

¹ *Making Democracy Work [Qué hacer para que funcione la democracia]*, de Robert Putnam, estableció el concepto de «capital social» en la literatura contemporánea de las ciencias políticas (que se originó en los trabajos del sociólogo James Coleman). En su libro posterior, *Bowling*

años después en una tesis doctoral de Harvard que estudió regiones de Francia y encontró un caso de pobre gobernanza incluso donde había redes sociales desde hacía mucho tiempo. ¿Qué se podía hacer ante esta contrariedad? Una posibilidad consistía en realizar estudios adicionales con la esperanza de descubrir que los resultados franceses o los italianos eran casuales, tan poco habituales como para no preocuparse de ellos. Después de mucho trabajo, uno habría podido encontrarse con la tabla 13.2, en la que dos casos de gobernanza de alta calidad y tres casos de gobernanza de baja calidad igualarían los resultados de Putnam, mientras que la excepción encontrada en la tesis que acabamos de mencionar sería única.

Parece bastante definitivo que los resultados de Putnam conservan su validez mucho más a menudo que lo contrario. Además, podemos expresar los resultados como una condición que parece necesaria para la buena gobernanza (ninguno de los ejemplos de gobernanza de alta calidad en la tabla 13.2 ocurre sin dicha condición), incluso si esa condición no es suficiente para asegurar una buena gobernanza.

Por supuesto, sería mucho más interesante que descubriésemos *por qué* ocurría la excepción, para lo cual necesitaríamos utilizar casos adicionales con el fin de descubrir si había alguna otra condición que influyese en la excepción. Si encontrásemos un ingrediente mágico (llamémoslo «espíritu emprendedor») al que atribuir la diferencia, podríamos realizar la tabla 13.2. Esta prueba más elaborada nos permite ver que hay dos condiciones y que ambas deben estar presentes para que exista una gobernanza de alta calidad democrática: la que Putnam encontró necesaria y una condición adicional que él desconocía y que parece ser responsable del excepcional caso francés. Esta condición adicional resulta ser una segunda condición necesaria para una gobernanza de alta calidad; el espíritu emprendedor en ausencia de amplias redes sociales no da lugar a una gobernanza de alta calidad y tampoco lo hacen amplias redes sociales en ausencia de un espíritu emprendedor.

Añadiré ahora los nombres de las regiones concernidas en una tabla más simple, en la que dos variables condicionantes determinan dónde aparece cada región en la tabla, mientras que la calidad de la gobernanza en cada región está indicada por una o una (tabla 13.4). Incluso si las dos tablas nos permiten utilizar la misma lógica deductiva, la tabla 13.4 es de las que uno espera ver en un estudio de casos múltiples, mientras que la tabla 13.3 es de las que uno espera ver en un estudio de análisis cuantitativo. (En la tabla 13.4 he utilizado la terminología del autor de la tesis.)

Alone [Solo en la bolera], título que hace referencia al aumento del individualismo en la sociedad estadounidense (*N. del T.*), el propio Putnam lo desarrolló, pero otros científicos políticos también utilizaron las ideas de *Making Democracy Work*, de tal manera que en años recientes los estudios sobre el capital social se han convertido en algo parecido a una industria en crecimiento.

Tabla 13.3. Gobernanza y redes sociales

	Espíritu emprendedor		Ausencia de espíritu emprendedor	
	Redes	Ausencia de redes	Redes	Ausencia de redes
Gobernanza de alta calidad	2	0	0	0
Gobernanza mediocre	0	1	1	2

Tabla 13.4. Comunidades con política territorial

	Amplias redes sociales			
	Sí		No	
Espíritu emprendedor político	Bretaña	✓	Languedoc	✗
	Toscana	✓		
Ausencia de espíritu emprendedor	Aquitania	✗	Provenza	✗
			Liguria	✗

Fuente: Smyrl 1997.

Por supuesto, con solo seis casos parece difícil estar seguro de que uno ha agotado las posibilidades. Podría haber nuevas excepciones a la vuelta de la esquina y sería necesario tener en cuenta nuevas condiciones. Pero parece bastante obvio que para descubrir más necesitaríamos muchos casos adicionales y con muchos casos adicionales el formato utilizado en la tabla 13.3 se vuelve más útil que el de la tabla 13.4. Si dispusiéramos de docenas de nombres en la tabla 13.4 en vez de solo seis, la información no sería muy útil en ese formato. Con más de diez casos parece útil utilizar números que resuman lo que hemos aprendido, sustituyendo la especificidad por la generalidad. Pero con los «estudios con pocos números $[N]$ de casos [small- N studies, sNs] lo que puede decirse con números es bastante limitado. Desde esta perspectiva, la siguiente línea divisoria se encuentra en la transición a «estudios con amplios N casos [large- N studies, lNs]», en los que es posible hacer uso de toda la potencia de eso que se denomina «análisis multivariado». Pero, de nuevo, los límites no son precisos. Los estudios con [sNs] se convier-

ten en estudios con amplios N casos [sNs] en algún lugar situado entre los 30 y los 300 casos, con análisis cada vez más potentes conforme va aumentando el valor de N .

Entonces, ¿qué se puede hacer con los estudios con sNs que no se pueda con los estudios de caso y qué se puede hacer con los estudios con lNs pero no con los estudios con sNs ? Podríamos decir que, conforme aumenta el número de casos, el investigador va siendo más capaz de:

- especificar las condiciones bajo las cuales los efectos causales se notan (la diseminación de los datos);
- especificar la naturaleza de los efectos causales (la potencia de los datos);
- especificar las posibilidades de que los efectos sean reales en vez de casuales (la significación de los datos).

EL VOCABULARIO DE LA INVESTIGACIÓN CUANTITATIVA

Las distinciones que acabo de hacer (entre efectos causales diseminados, potentes y significativos) nos llevan a la principal dificultad del análisis cuantitativo. Para poder hablar cuantitativamente uno tiene que poder hacer distinciones que no son naturales para la mayoría de las personas. Muchas de estas distinciones, y las palabras que utilizamos para hacerlas, suenan bastante arbitrarias. En el español común, las distinciones entre potente, diseminado y significativo no son obvias: todas ellas parecen ser variantes de la palabra «importante», lo cual es verdad, pero al igual que sucede con las (quizá apócrifas) cincuenta palabras diferentes que los inuit tienen para definir la nieve, las distinciones que parecen poco importantes desde un punto de vista pueden parecer muy importantes desde otros.

Dicho con pocas palabras, un supuesto efecto causal es potente si parece tener efectos amplios; es diseminado si ocurre en muchas circunstancias y situaciones diferentes y es significativo si es improbable que sea espurio o casual. Cuando hablamos de accidentes solemos utilizar el mismo vocabulario y distinguimos entre un accidente extraño, que probablemente nunca volverá a suceder, y un accidente significativo, que forma parte de un patrón predecible. Pero incluso un accidente significativo podría tener consecuencias leves o limitadas. Por otra parte, sus consecuencias podrían ser importantes o diseminadas.

Hay que aprender un abundante vocabulario para poder hablar de forma sensible sobre los resultados de la investigación social cuantitativa o para entender la literatura sociológica que utiliza dicho vocabulario. A lo largo de este capítulo me ocuparé de algunas de las palabras más importantes al efecto. Está claro que el aprendizaje de la investigación social cuantitativa necesita algo más que vocabulario: también hay que contar

con las habilidades correspondientes. Pero siempre me ha parecido que el vocabulario confunde a las personas mucho más que las habilidades. Puede que al lector le resulte útil escribir en una hoja de papel las palabras entrecomilladas que siguen para disponer de una lista a la que echar mano cuando sea necesario.

FUENTES DE INFORMACIÓN CUANTITATIVA

La información cuantitativa se puede recoger exactamente igual que cualquier otra información: por medio de entrevistas (en la tradición cuantitativa suelen denominarse «encuestas») o buscando en los diversos compendios (o en internet). Aunque no existe una razón lógica para que siempre sean verídicas, las encuestas generalmente requieren un «muestreo» (es decir, la selección de un subgrupo al que entrevistar, puesto que hay demasiados individuos para poder entrevistarlos a todos), mientras que la información que buscamos es generalmente exhaustiva (podemos obtener datos de todo el «universo» de casos que nos interesan). Es importante saber si la información se recogió mediante muestreo en vez de en un universo, porque las muestras están sujetas a error si tratamos de generalizar más allá de la muestra. Esto, por supuesto, se aplica por igual a muchos estudios de caso, en los que la posibilidad de un «caso no representativo» es sinónimo de «mal muestreo»; pero hay ciertos tipos de muestras («muestras probabilísticas») con las que es posible utilizar métodos estadísticos para generalizar más allá de la muestra con una probabilidad conocida de que la generalización será verídica. Se trata de un rasgo muy potente de las «muestras aleatorias», que quienes seleccionan sus casos de otra manera no tienen a su disposición; en la tradición del estudio de caso es estrictamente imposible decir hasta qué punto un caso es indicativo de algo. La mayoría de las encuestas se basan en muestras aleatorias. A pesar de que hay diferentes tipos de muestras aleatorias, que necesitan distinguirse en la práctica, tales distinciones escapan del objetivo de esta introducción.

LA BASE DE DATOS Y LA MATRIZ DE DATOS

Tan pronto como uno empieza a hablar de información cuantitativa se ve forzado a hablar de datos. Los datos (siempre en plural; el uso del singular es erróneo) surgen de una información estandarizada. En este sentido, un compendio biográfico contiene datos porque las características de cada individuo están incluidas de forma estándar: sexo, fecha de nacimiento, escolaridad, etc. Una base de datos va todavía más lejos en la codificación de los datos estandarizados, pues suele utilizar términos nu-

méricos (por ejemplo, 1 = mujer; 2 = varón) y ofrece un diccionario o un «libro de códigos» que permite la interpretación de estos. Cuando está organizado de esa manera, el libro de códigos es conceptualmente distinto de «la matriz de datos», que es una tabla organizada con diferentes celdas en diferentes filas. En la tabla hay columnas, cada una de las cuales se ocupa de una característica particular (sexo, edad, renta o partido político al que se vota). Estos datos son las «variables». Si se observa la intersección de una fila particular con una columna particular se puede encontrar la característica particular o «valor» asociado a una celda particular. De esta manera, si la participación ciudadana en las elecciones al Parlamento Europeo fuesen la variable de la tercera columna de la tabla 13.5 y Francia estuviese en la cuarta fila, bastaría con ver dónde se cruza la cuarta fila con la tercera columna para saber que la participación de los franceses fue del 60,7 por 100 en dichas elecciones.

VARIABLES Y NIVELES DE MEDIDA

Hablar de variables es complicado, pues existen tres tipos distintos. Ya hemos mencionado implícitamente dos: variables como el sexo, en la que los valores atribuidos son bastante arbitrarios, y variables como la edad, en la que los valores atribuidos poseen un significado intrínseco (la edad suele medirse en años). En el caso de una variable «nominal» como el sexo, los varones podrían igual de fácilmente recibir el código «1» y las mujeres el «2» como a la inversa, o bien los dos posibles valores podrían calificarse como «V» y «F». Lo que hacen las variables nominales es distinguir las características que se aplican a casos diferentes de acuerdo con los términos de dicha variable y lo único que hacen los valores que utilizamos es nombrar las características (de ahí la palabra «nominal», del latín *nomen*, nombre). Pero con las variables «intervalares», como la edad, los intervalos entre los valores son significativos (un año o un dólar o cualquier otra «unidad de medida»).

Hay otros dos niveles de medida que son importantes para los investigadores en ciencias sociales. Las variables pueden ser «ordinales» si los valores siguen un orden implícito en sus valores numéricos (5 es superior a 4), incluso si no existe unidad de medida; y pueden ser «variables ficticias» si lo único que hacen es indicar la presencia o la ausencia de algunas características (por ejemplo, 0 = no español; 1 = español). Cuando los datos proceden de una encuesta de individuos, las variables más frecuentes son nominales y ordinales, mientras que las variables que necesitamos de verdad para poder realizar análisis multivariados (véase más adelante) son las intervalares. Los investigadores necesitan mucho tiempo para «transformar» sus datos con el fin de solucionar este problema. La solución que suele adoptarse en la investigación de ciencias políticas consiste

Tabla 13.5. Participación en las elecciones al Parlamento Europeo (1)

<i>Matriz de datos</i>						
País	Elecciones	Participación PE	Participación nacional	Años hasta EN	Obligatorio	Primeras PE
gbr	1979	32,2	76	4	0	1
din	1979	47,8	86	0,36	0	1
bel	1979	90,4	95	2,4	1	1
fra	1979	60,7	83	2	0	1
ale	1979	65,7	91	1,3	0	1
gre	1981	82,2	82	0	1	1
irl	1979	63,6	76	2	0	1
ita	1979	84,9	91	4	1	1
lux	1979	88,9	89	0	1	1
hol	1979	57,8	88	2	0	1
gbr	1984	32,6	73	3	0	0
din	1984	52,4	88	3,2	0	0
bel	1984	92,2	95	1,3	1	0
fra	1984	56,7	71	1,7	0	0
ale	1984	56,8	89	2,6	0	0
gre	1984	82,2	82	0,96	1	0
irl	1984	47,6	73	2,7	0	0
ita	1984	83,4	89	3	1	0
lux	1984	88,8	89	0	1	0
hol	1984	50,6	81	1,9	0	0
por	1984	72,4	73	0	0	1
esp	1984	68,9	70	2,4	0	1

Libro de códigos

Variables	Significado (y valores)
País	Código ID con tres letras
Elecciones	Fecha de las elecciones (año)
Participación PE	Participación en las elecciones al Parlamento Europeo (porcentaje)
Participación nacional	Participación anterior en las elecciones a los parlamentos nacionales (porcentaje)
Años hasta EN	Años que faltan hasta las siguientes elecciones a los parlamentos nacionales (años y partes de años)
Obligatorio	Voto obligatorio en el momento de las elecciones al Parlamento Europeo (0 = no; 1 = sí)
Primeras PE	Primeras elecciones al Parlamento Europeo celebradas en el país (0 = no; 1 = sí)

¹ Es de señalar que Grecia, que celebró sus primeras elecciones al Parlamento Europeo en 1981, no se suele distinguir de los países que celebraron las elecciones de 1979.

Tabla 13.6. Tipos de variables

Nivel de medida	Ejemplo	Información adicional contenida
Variable intervalar*	Laboristas 43%; Demócratas liberales 10%; Conservadores 47%	Cantidad (los conservadores obtienen un 4% más que los laboristas)
Variable ordinaria	1 = Laboristas; 2 = Demócratas liberales; 3 = Conservadores	Orden (situación relativa derecha-izquierda)
Variable nominal	1 = Laboristas; 2 = Demócratas liberales; 3 = Conservadores	Exclusividad mutua
Variable ficticia	0 = No laboristas; 1 = Laboristas	No se aplica

* A veces, las variables intervalares son objeto de una distinción adicional: las que tienen un «punto cero real», que suelen denominarse variables «a escala cociente», pero dicha distinción no es necesaria en las ciencias sociales.

en tratar variables ordinales como si fuesen intervalares (siempre que haya suficientes categorías) y en recodificar variables nominales para convertirlas en sus equivalentes ficticias, que pueden considerarse como variables intervalares honorarias con una unidad de medida que es la presencia o la ausencia del atributo en cuestión. Este proceso exige mucha habilidad, pero si se hace correctamente no altera los datos².

En la tabla 13.6 no solo vemos ejemplos de diferentes tipos de variables, sino también un resumen de la información adicional necesaria para modificar una variable en un nivel más elevado que el que está situado debajo en la tabla; esta es también la información adicional transmitida por esa codificación. Puede considerarse que las variables ficticias son las que transmiten el nivel más bajo de información: la presencia o la ausencia de un atributo. Las descripciones realizadas en un lenguaje ordinario generalmente consisten en hileras de atributos («el hombre tiene ojos azules»). El hecho de hablar de atributos nos permite poner juntos diferentes atributos del mismo tipo («el hombre tiene un ojo azul y otro verde»). Basta con que subamos hasta el nivel nominal para poder afirmar que los atributos son mutua-

² La mutua exclusividad de las variables de nivel nominal (véase más abajo) no es algo cuyo conocimiento sea demasiado útil, así que la ausencia de esta información no es muy costosa. El hecho de pretender que hay una unidad de medida para una variable de nivel ordinal no nos cuesta gran cosa en la práctica.

mente exclusivos; solo se nos permite votar a un partido político, de manera que el código «conservador» excluye a «laboristas» y «demócratas liberales». Si damos un paso más en dirección al nivel ordinal introducimos algún concepto adicional que nos permite ordenar los valores y que también introduce la posibilidad de codificar erróneamente la variable según este concepto, tal como sucede en el ejemplo de la tabla, en el que los comentaristas discuten sobre si los «laboristas» y los «demócratas liberales» han intercambiado escaños recientemente en términos de izquierda-derecha.

Hablar de variables requiere de nosotros que hagamos una nueva distinción, entre las variables que estamos tratando de explicar (variables dependientes) y las variables que estamos utilizando para explicarlas (variables independientes). En el ejemplo que hemos utilizado más arriba, la calidad de la gobernanza democrática era la variable dependiente porque estábamos tratando de responder a la pregunta «¿De qué depende la calidad de la gobernanza?». La amplitud de las redes sociales y la disponibilidad del talento empresarial eran variables independientes, porque en este análisis no estábamos preguntando de qué dependían. (Nótese que en otros trabajos de investigación cualquiera de esas variables podría considerarse dependiente si, por ejemplo, quisiéramos saber de qué depende la disponibilidad del talento empresarial.)

UNIDADES Y NIVELES DE ANÁLISIS

Los análisis cualitativo y cuantitativo pueden centrarse en muchos tipos diferentes de entidad. Es posible analizar países, años, regiones, ciudades, escuelas, personas o acontecimientos y muchas cosas más. Las entidades que analizamos se denominan unidades de análisis o casos. El número de casos, tal como ya se ha dicho, se representa mediante el símbolo N . Las unidades de análisis pueden distinguirse por el nivel de análisis en que están situadas: la unidad nacional se encuentra en un nivel más alto que el individuo que vive en esa ciudad y en ese país. En la tabla 13.6 el ejemplo que se ofrece de una variable intervalar es el de una variable determinada en un nivel más alto, no solo de medida, sino también de análisis. Para poder decir que el Partido Laborista obtuvo el 43 por 100 del voto, uno tiene que referirse a una suma de individuos (probablemente a todos los que han otorgado su voto en unas elecciones particulares de un país particular), no a un individuo en particular. Dado que los niveles más altos de análisis se refieren muy a menudo a una información sobre muchos individuos, los datos concernidos suelen denominarse como «datos agrupados». Los otros ejemplos de la tabla son ambiguos en lo que se refiere al nivel del análisis (podrían referirse tanto a partidos políticos como a individuos), pero es probable que se trate de variables medidas en el nivel individual del análisis.

Aunque es posible investigar cuestiones que se refieren a unidades en diferentes niveles de análisis, es importante dejar claro de qué manera estas unidades se relacionan entre sí. Esto es verdad tanto en los estudios cualitativos como en los cuantitativos, pero con los estudios que cuentan con un amplio N resulta más fácil confundirse en lo relativo al nivel del análisis de los diferentes componentes del estudio. Lo más importante que debe saberse sobre el nivel del análisis es que los tipos de variables que encontramos en diferentes niveles tienden a ser diferentes. Ya he mencionado que con los datos de nivel individual obtenemos muy pocas variables intervalares; con el fin de hallar un ejemplo de una variable de nivel intervalar relacionada con las partes tuve que ascender hasta un nivel de agrupación del análisis. Además, los datos de nivel individual generalmente contienen una gran cantidad de errores o «ruido». Las personas cometen errores cuando responden a preguntas de encuestas o cuando rellenan cuestionarios. Las personas no comprenden las preguntas que se les hacen o el significado de las respuestas que dan y, más importante todavía, siempre hay una disyuntiva entre la persona que diseña las preguntas (y, por lo tanto, la codificación de tales preguntas) y la persona que las responden (y que implícitamente proporcionó los valores que se codificarán). Por eso, las preguntas a menudo no logran comunicar exactamente el significado que se pretendía. Todo esto da lugar a errores. En los datos de mayor nivel suele haber generalmente menos error, ya que este a nivel individual se descarta durante el proceso de agrupación. También tenemos muchas más posibilidades de encontrar variables intervalares en los datos agrupados debido a que el acto de agrupar produce variables que cuentan el número (o la proporción o el porcentaje) de individuos en las diferentes categorías o con diferentes características. El porcentaje de individuos que votan por el Partido Conservador (el porcentaje es un fenómeno de agrupación) es definitivamente una variable intervalar, mientras que la misma variable a nivel individual (la persona que votó al Partido Conservador) es una variable nominal, tal como ya hemos visto.

Esto podría sonar como una buena razón para centrarnos en datos agrupados en vez de en datos individuales, pero hay un problema a la hora de deducir un comportamiento a nivel individual a partir de datos a nivel agrupado y viceversa. Por ejemplo, el hecho de descubrir que los estados de Estados Unidos que se caracterizan por una elevada proporción de negros en su población son estados con una elevada proporción de analfabetismo, no nos permite deducir que los negros tienen más probabilidades de ser analfabetos. En un famoso artículo (Robinson 1950) se encontró que en tales estados no había diferencia alguna entre los índices de alfabetismo de los blancos y de los negros, pues ambos tenían menos probabilidades de alfabetización. El error de deducir relaciones a nivel individual a partir de resultados obtenidos a nivel agrupado se denomina «falacia ecológica». Existe una «falacia individualista» correspondiente

si se deducen relaciones a nivel agrupado a partir de relaciones de nivel individual. Por ejemplo, la potente relación directa que se encuentra a nivel individual entre la educación y el voto no se traslada a una relación directa correspondiente a nivel nacional. Por el contrario, los dos países cuyos sistemas educativos se encuentran entre los mejores del planeta (Estados Unidos y Suiza) son los que cuentan con los índices de voto más bajos (Franklin 2004).

Por eso, los datos deben recogerse y analizarse en el nivel apropiado de análisis de la pregunta que se investiga y los analistas han de evitar las generalizaciones en un nivel de análisis distinto del nivel de los datos que dieron lugar a los resultados. Este requisito es una instancia de un requisito más general, común a todos los tipos de investigación (cuantitativa o cualitativa), el de pensar con cuidado cuantas variables se miden y las deducciones que pueden sacarse de diferentes tipos de variables utilizadas de diferentes maneras. El error de medida es siempre una amenaza para la deducción, ya se trate de trabajos cualitativos o cuantitativos (véase King, Keohane y Verba 1994).

ESTADÍSTICAS

Para poder hablar de resultados cuantitativos en la investigación hay que utilizar las estadísticas. Desde el punto de vista técnico, las estadísticas son «coeficientes» que resumen cosas de interés sobre los datos. Las estadísticas son también procedimientos mediante los cuales se llega a tales coeficientes, generalmente denominados «análisis estadístico» por quienes los realizan. Un porcentaje o una media es un coeficiente estadístico (denominado generalmente «estadística descriptiva» porque describe un «conjunto de datos», pero mucho más interesantes para los científicos sociales son los coeficientes que se ocupan de las tres cuestiones resumidas más arriba: «diseminación», «potencia» y «significación». Empezaremos por el último de ellos.

GRADO DE SIGNIFICACIÓN

La «significación» se refiere a las posibilidades de error cuando se hace una afirmación. Los métodos estadísticos nos permiten determinar las posibilidades de error sobre conclusiones alcanzadas a partir de una muestra al azar (aleatoria). Por extensión, la mayoría de los investigadores aplican estos métodos a cualquier base de datos en la que no existe razón alguna para dudar de su naturaleza representativa. Las cuestiones de significación pueden aplicarse a lo que se denomina «estimaciones puntuales» (por ejemplo, las estadísticas pueden decirnos cuáles son las

probabilidades de equivocarnos si estimamos que el Partido Demócrata obtendrá el 53 por 100 del voto bipartidista en las siguientes elecciones presidenciales de Estados Unidos); pero mucho más interesante para los científicos sociales son las preguntas sobre la significación de una relación entre variables. Si utilizamos el ejemplo anterior de la relación entre la extensión de las redes políticas y la calidad de la gobernanza, valdría la pena conocer las posibilidades de que las relaciones halladas por Putnam y Smyrl sean significativas, es decir, que tengan pocas probabilidades de deberse a la casualidad y, por lo tanto, que tengan muchas de repetirse una y otra vez conforme exploramos otras regiones y países.

La significación de una relación depende de tres cosas:

- 1) la potencia de la relación;
- 2) el número de casos investigados al establecer la relación;
- 3) el grado de certeza necesario antes de que estemos dispuestos a aceptar una afirmación como verdadera.

Empezando por este último punto, si se necesita un 100 por 100 de certeza (la cual, generalmente, se denomina «confianza»), se deducirá que ninguna relación es significativa. En las ciencias sociales prácticamente todas las afirmaciones son de naturaleza probabilística (ya sean procedentes de métodos cuantitativos como cualitativos). El estándar industrial en las ciencias sociales cuantitativas consiste en aceptar como verdadera una afirmación si es probablemente correcta en el 95 por 100 de los casos en los que puede generalizarse, lo cual equivale a decir que la afirmación será falsa en el 5 por 100 de tales casos, razón por la cual se denomina «significación de nivel 0,05 por 100». Es de señalar que no se trata de una prueba muy estricta. Si el 5 por 100 de las situaciones en las que puede generalizarse un resultado no muestra la relación concernida, eso significa que una de cada veinte situaciones no las mostrará. Igualmente, si no podemos establecer un resultado en el nivel 0,05 de significación, todavía nos queda una posibilidad entre 20 de que esa relación sea verdadera. Si queremos una mayor certeza, necesitamos realizar una prueba más estricta, por ejemplo, exigiendo una significación en el nivel 0,01, lo cual implicaría que sería errónea solo una vez de cada 100 si generalizamos a partir del resultado. Pero para eso necesitaremos más casos, cómo vamos a explicar a continuación.

Si queremos estar en condiciones de afirmar que existe una relación entre la abundancia de redes sociales o políticas y la calidad de la gobernanza democrática, cuantos más casos investiguemos para llegar a ella, mejor será. Si examinásemos cada caso importante y encontrásemos que todos ellos muestran la misma relación, estaríamos muy seguros de nuestra afirmación. Con un ejemplo apropiado de casos escogidos al azar podemos decir lo seguros que estamos de que todos los casos no examinados

mostrarían la misma relación que la encontrada entre los casos investigados. Bastantes casos pueden lograr que sea significativa cualquier relación en cualquier nivel de significación que no sea cero, de manera que con un número suficiente de casos la cuestión de la significación deja de ser interesante; pero, en general, cuantos más casos tengamos, mejor será.

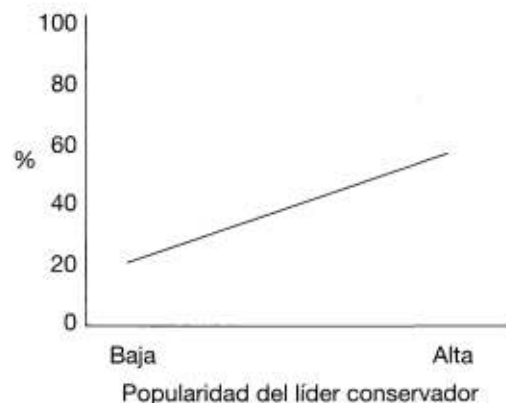
Sin embargo, también es importante darse cuenta de que, incluso con un número relativamente reducido de N , las relaciones pueden ser significativas si son bastante potentes, que es el tercer punto necesario para la significación (el primero de los tres enumeradas aquí arriba). Ya debería estar claro que se necesitan muchos casos para establecer que una relación débil sea significativa, mientras que una relación muy potente puede establecerse incluso con relativamente pocos casos. En la infrecuente situación en que esperemos relaciones tajantes del tipo «todas las X son Y» o «ninguna X es Y», únicamente necesitaremos suficientes casos para descartar el error en la medida. Si esperamos encontrar una relación menos determinística (y, como ya se ha mencionado, la mayoría de las relaciones en las ciencias sociales son probabilísticas, no determinísticas), necesitaremos más casos para estar seguros de nuestros resultados.

GRADO DE POTENCIA

Con el fin de establecer la potencia de una relación debemos determinar la cantidad de cambios en la variable dependiente que da lugar al cambio (o a los cambios) en la variable (o variables) independiente(s). Un pequeño cambio tiene más probabilidades de ser casual que un gran cambio, pero lo más importante es que un pequeño cambio no es muy interesante, incluso si se probase que es significativo. Cuando hablamos de potencia en las relaciones vale la pena pensar en un gráfico en el que la variable dependiente está presentada en el eje horizontal (abscisa) y la variable independiente en el eje vertical (ordenada). Cualquier movimiento a lo largo del eje horizontal tiene su correspondencia en el eje vertical, como puede verse en la figura 13.1.

En este gráfico vemos cómo aumentan las posibilidades de una victoria del Partido Conservador desde solo el 20 por 100 hasta alrededor del 60 por 100 conforme la popularidad del líder conservador aumenta de abajo arriba. Esto corresponde a un 40 por 100 de diferencia (60 por 100 - 20 por 100 o a un «efecto» de 0,4, puesto que los efectos suelen expresarse como proporciones). Se puede pensar en la inclinación de la línea según la influencia que muestra la variable independiente sobre la variable dependiente. Una línea casi plana corresponde a una influencia muy pequeña. Una línea muy inclinada corresponde a una influencia mucho mayor. Un efecto de 0,4 indica mucha influencia. Por el contrario, está claro que un efecto de solo 0,04 (4 por 100) daría una línea casi plana, casi sin influencia. También es

Figura 13.1. Posibilidades de una victoria electoral de los conservadores



posible una inclinación descendente e indicaría una relación negativa: los valores en aumento de la variable independiente corresponderían a valores en descenso de la variable dependiente.

La relación que se muestra en una tabla (como las utilizadas más arriba) puede plasmarse fácilmente en un gráfico como el de la figura 13.1 si se porcentúa la tabla en la dirección de la variable dependiente. Así, en la tabla 13.2 mostrada aquí arriba (la primera de las relativas a la teoría de Putnam que incluía cualquier número), la variable dependiente (calidad de la gobernanza) desciende; si porcentuamos hacia abajo encontraremos que el 67 por 100 de las regiones con amplias redes sociales (2 de 3) tienen una gobernanza de alta calidad, mientras que 0 por 100 de las regiones sin amplias redes sociales tienen una gobernanza de alta calidad. Al restar, encontramos que las redes sociales dan lugar a una diferencia de $67 - 0 = 67$ por 100 en la calidad de la gobernanza (a saber, las redes sociales tienen un efecto sobre la gobernanza de 0,67). Se trata de un efecto muy potente en una escala que va de 0 a 1 y que, trasladada a un gráfico, mostraría una línea todavía más pendiente que la de la figura 13.1. La pendiente de la inclinación en este ejemplo corresponde con nuestra intuición de que una única excepción a la regla de Putnam no indica gran cosa; pero el limitado número de casos impediría incluso que un efecto tan potente como este fuese estadísticamente significativo incluso en los casos escogidos al azar.

CORRELACIONES ENTRE VARIABLES

En este punto necesitamos desviarnos un poco para hablar de las correlaciones. En vez de referirnos al efecto de una variable sobre otra cuando se ocupan solamente de dos variables, los científicos sociales a menu-

do hablan sobre la «correlación» entre ellas, generalmente indicada con el símbolo r (o, a veces, R). R sustituye a «relación» y el hecho de hablar sobre relaciones (entre variables no nos exige que distingamos entre variables dependientes e independientes. Dos variables están relacionadas entre sí si sus valores tienden a ir juntos (las personas más altas tienden a pesar más, de manera que existe una relación entre altura y peso). También se dice que existe una relación negativa o inversa si dos variables tienden a cambiar a la inversa (cuanto más espesas sean las nubes menos luz del día habrá). Si ambas variables se sitúan en una escala entre 0 y 1 (o, en general, se suele medir a las dos con la misma escala), las medidas de correlación tendrán aproximadamente los mismos valores que los efectos de que hemos hablado. Los efectos de 0,4 y de 0,67 a los que nos hemos referido corresponderían a correlaciones de 0,4 y 0,67 o estarían muy cerca de estos valores. Sin embargo, las correlaciones son preferibles para algunos fines, porque el valor de un coeficiente de correlación no depende de la escala de la medida de las variables concernidas. Si estuviésemos investigando la relación entre edad en años y renta en euros, el efecto de la edad sobre la renta sería seguramente mucho mayor de 1,0 (el aumento de un año en la edad daría lugar seguramente a varios cientos de euros más en la renta) y sería difícil de interpretar, mientras que el coeficiente de correlación estaría en algún lugar entre la amplitud que va de $-1,0$ a $+1,0$, igual que los coeficientes de los que hemos estado hablando. La tabla 13.7 muestra el significado aproximadamente sustantivo que debe aplicarse a coeficientes de correlación de diferentes magnitudes cuando utilizamos datos de nivel individual y de nivel conjunto (los límites no son estrictos y algunos analistas los pondrían en entredicho).

Como hemos dicho antes, es difícil encontrar relaciones potentes si se utilizan datos de nivel individual, porque quienes diseñan las categorías de las preguntas no suelen ser quienes las responden, de manera que puede darse cualquier tipo de malentendidos. Asimismo, los individuos, con frecuencia, dudan de cómo responder incluso las preguntas que entienden correctamente y a menudo no se molestan en pensar con cuidado sus respuestas. Esto da lugar a una gran cantidad de errores que están prácticamente ausentes en los datos agrupados o bien se eliminan cuando se agrupa la información de nivel individual. Por eso, es de esperar una correlación más potente (y efectos más potentes) con los datos agrupados que con los datos de nivel individual. De hecho, las correlaciones de nivel individual por encima de 0,8 no son tan infrecuentes como para sugerir que alguna parte del análisis fue errónea porque algo de los datos está mal. Muy a menudo en tales casos el analista ha utilizado dos variables que son en realidad medidas diferentes de la misma cosa, de tal manera que el resultado es una «tautología». Con los datos agrupados las correlaciones por encima de 0,9 son bastante alcanzables (aunque infrecuentes) y solo las correlaciones por encima de 0,95 sugieren que la prueba ha alcanzado relaciones tautológicas.

Tabla 13.7. Fuerza de la correlación

Potencia de la correlación	Interpretación con datos a nivel individual	Interpretación con datos agrupados
$r/R = 0,00-0,06$	Insignificante	Insignificante
$r/R = 0,07-0,19$	Ligera	Insignificante
$r/R = 0,20-0,34$	Moderada	Ligera
$r/R = 0,35-0,49$	Potente	Moderada
$r/R = 0,50-0,65$	Espectacular	Potente
$r/R = 0,66-0,80$	Muy espectacular	Muy potente
$r/R = 0,81-0,95$	Sospechosa	Espectacular
$r/R = 0,96-1,00$	Muy sospechosa	Sospechosa

Nota: las interpretaciones se aplican a r en el análisis bivariado y a R^2 en el análisis multivariado (véase más abajo).

GRADO DE DISEMINACIÓN

La diseminación de una relación depende del número de situaciones en la que se encuentra. Una relación que se encuentra solo cuando existen amplias redes sociales es menos diseminada que otra que también se encuentra cuando no existen redes sociales. Para conocer la diseminación de la relación, hay que utilizar múltiples variables independientes con el fin de especificar las diferentes circunstancias en las que esa relación aparece o no. En el ejemplo de Putnam con el que hemos empezado, la relación entre redes y gobernanza solo se daba en el caso de que existiese espíritu empresarial, de manera que esta relación no era tan diseminada como en un principio supuso Putnam. Cuando una relación se da solo en ciertas circunstancias se dice que está sujeta a una «interacción». En este caso había una interacción entre el espíritu empresarial y la amplitud de las redes sociales, de tal manera que cada circunstancia ejercía su efecto solo en presencia de la otra. Para poner a prueba los efectos de la interacción es necesario utilizar muchas variables independientes, una por cada una de las circunstancias en las que un efecto podría, o no, considerarse verdadero. Pero también necesitamos múltiples variables independientes por otra razón, como veremos aquí abajo.

ANÁLISIS MULTIVARIADO

Hasta ahora, excepto cuando examinábamos la tesis de Putnam, hemos hablado solamente de las denominadas relaciones «bivariadas», que pueden encontrarse cuando una variable dependiente única se examina en relación

con una variable independiente única. Es poco frecuente que se pueda explicar mucho del mundo de las relaciones bivariadas, en parte porque hay tantos errores en nuestros datos (sobre todo en nuestros datos de nivel individual), que a menudo necesitan medirse y especificarse para estimar correctamente los efectos de las variables de interés³. Pero lo más importante es que el mundo social es un lugar complejo. Como acabo de explicar, todas las circunstancias que podrían afectar a cómo es la diseminación de una relación pueden también contribuir a una explicación de la variable dependiente de interés. Cuando aportamos variables independientes adicionales lo que estamos haciendo es «elaborar» nuestra explicación, tal como se mencionó en el párrafo inicial de este capítulo. De hecho, la necesidad de tener en cuenta múltiples efectos simultáneos sobre una variable dependiente ocurre en la práctica con mayor frecuencia que la necesidad de tener en cuenta los efectos de interacción. Pero tan pronto como vamos más allá del análisis bivariado necesitamos nuevas herramientas para pensar relaciones y cuando utilizamos tales herramientas estamos realizando un «análisis multivariado».

Hablando con propiedad, los análisis que realizamos en las tablas 13.3 y 13.4 eran multivariados porque constaban de más de una variable independiente única. Sin embargo, las herramientas que utilizamos (tablas, porcentajes, diferencias porcentuales) pertenecían a un análisis bivariado.

Cuando pasamos a un análisis multivariado necesitamos pensar en efectos como si fuesen ecuaciones y este es otro paso que muchos científicos sociales en ciernes encuentran bastante desalentador, a menos que se les explique que las ecuaciones son herramientas perfectamente sencillas que todos utilizamos implícitamente cada vez que sumamos los importes que debemos abonar en la próxima factura del teléfono móvil.

Una factura típica de un teléfono móvil tiene un total que es el resultado de sumarle a la tarifa básica los importes de llamadas en exceso de un máximo, quizá los gastos de itinerancia (*roaming*) en el extranjero, quizá un porcentaje de impuestos, etc. El resultado es una suma que puede expresarse como una ecuación similar a esta:

$$\text{Total} = \text{tarifa básica} + \text{exceso en minutos} * \text{tarifa}_{\text{por minuto}} + \text{itinerancia} * \text{tarifa de } \textit{roaming}_{\text{por minuto}}$$

³ Esto puede pensarse en términos de medida de los diversos contaminantes que podrían amenazar la fiabilidad de los resultados cuantitativos. En algunas de las ciencias naturales, la contaminación puede evitarse limpiando cuidadosamente los instrumentos científicos. En algunas ciencias sociales los contaminantes han de medirse y debemos incluir indicadores importantes en cualquier análisis que espere llegar a resultados correctos (eso que los economistas denominan «sin sesgo»). Muchas de las variables incluidas en los análisis multivariados carecen de interés en sí mismas, pero se incluyen porque se sabe que afectan a la variable dependiente y el hecho de dejarlas fuera daría lugar a la «omisión de un sesgo variable». Medir e incluir la contaminación puede incluso sustituir al uso de muestras aleatorias si las fuentes de error están especificadas de forma suficiente y amplia.

(quizá con otro componente relativo a los impuestos). En la ecuación, el signo más (+) significa suma y el signo asterisco (*) significa multiplicación. La gente encuentra bastante sencillo multiplicar el número de minutos por la tarifa por minuto y el número de minutos de itinerancia por la tarifa por minuto de itinerancia y añadir esos dos productos a la tarifa básica. Lo que les resulta difícil es que las palabras que se utilizan en la ecuación estén reemplazadas por símbolos como los siguientes:

$$Y = a + b_1X_1 + b_2X_2$$

Aquí, el total a pagar ha sido reemplazado por el símbolo *Y*, la tarifa básica por el símbolo *a*, el número de minutos en exceso por el símbolo *X* con un subíndice de 1 y el número de minutos de itinerancia por el símbolo *X* con un subíndice de 2. Cada *b* es la tarifa por minuto del número correspondiente de minutos (con su subíndice apropiado).

El uso de símbolos en vez de palabras puede parecer bastante complicado pero es muy potente. Por convención, siempre utilizamos el símbolo *Y* en lugar de la variable dependiente y el símbolo *X* (con diferentes subíndices) en lugar de las variables independientes. El símbolo *a* se utiliza siempre para denotar una constante, que puede ser cero si, en un ejemplo como el de la factura del teléfono móvil, no existe coste añadido alguno. Es evidente que podemos ampliar la ecuación con muchos más signos *X* sin agotar el espacio de la línea y que podemos hablar conceptualmente de lo que estamos haciendo sin tener que utilizar ningún ejemplo específico de variables reales.

En el ejemplo de Putnam podríamos representar la ecuación que estaríamos evaluando implícitamente exactamente como la de arriba, en la que *Y* representa la calidad de la gobernanza democrática, *X*₁ la amplitud de las redes sociales/políticas y *X*₂ la disponibilidad del espíritu emprendedor. En la práctica, en este ejemplo el término constante (*a*) era implícitamente cero, porque la calidad de la gobernanza era muy deficiente en ausencia de las dos condiciones necesarias⁴. Es de señalar que no podemos estimar realmente los efectos inherentes en la tabla 13.2 sin giros considerables. El único ejemplo que calculamos –el efecto 0,67 de las

⁴ En realidad, esto podría no ser cierto. La necesidad de especificar un término constante en una ecuación llama la atención, pues hay algo que falta de la caracterización habitual de los resultados de Putnam. Supuestamente la calidad de la gobernanza en la Italia septentrional no era cero y quizá era diferente en diferentes regiones del sur, lo cual indica la necesidad de elaborar la teoría de Putnam. A veces, el hecho de tratar de especificar numéricamente resultados empíricos puede poner de relieve el hecho de que no hemos preguntado las cuestiones obvias en un estudio de caso. Igualmente, el recurso a un estudio de caso puede sugerir la necesidad de variables adicionales (o diferentes) en un análisis cuantitativo. Los dos tipos de investigación deberían ir de la mano, pues cada uno de ellos puede iluminar al otro. Franklin (2004) utiliza ambos enfoques juntos de esta manera (véase también la nota 7, *infra*).

redes sobre la calidad en el caso de que el espíritu emprendedor estuviera disponible— es lo que se denomina un «efecto parcial», un efecto que se aplica solo a una circunstancia específica.

Para calcular efectos de variables independientes sobre variables dependientes en un análisis multivariado hay varios métodos disponibles, pero el más utilizado se denomina «análisis de la regresión».

ANÁLISIS DE LA REGRESIÓN

Este tipo de análisis debe su nombre, por extraño que parezca, al hecho de que fue desarrollado por un genetista para estudiar la manera en que los descendientes que son más altos o más bajos que sus padres tienden a tener hijos cuya altura «regresa hacia la media». En esta breve introducción no tenemos necesidad alguna de explicar la manera en que se realizan los cálculos. Todo lo que necesitamos es saber que, con cualquier variable dependiente *Y* el análisis de la regresión produce valores para la constante *a* y para cada una de las *b* utilizadas en la investigación de las relaciones concernidas. El análisis debe proporcionar los datos para *Y*, así como para cada una de las *X*, que generalmente estarán incluidas en una matriz de datos como la que hemos presentado más arriba. Al utilizar estos mismos datos de la tabla 13.5, podemos investigar si el grado de participación en el voto en las elecciones al Parlamento Europeo en diferentes países es predecible en relación con el grado de participación en las elecciones nacionales más recientes en cada uno de los países junto con el periodo de tiempo que debe transcurrir hasta las próximas elecciones nacionales, junto con una corrección debida a la obligatoriedad en el voto (los países con obligatoriedad en el voto suelen votar mucho menos que los demás en las elecciones al Parlamento Europeo). Los resultados pueden expresarse en la siguiente ecuación:

$$\text{Elecciones al PE} = 24,7 + 0,30 * \text{participación nacional} + \\ + 32,9 * \text{voto obligatorio} + 7,2 * \text{Primeras PE}$$

Esta ecuación nos diría que existe un mínimo en la participación en las elecciones al Parlamento Europeo de alrededor del 25 por 100, al cual hay que añadirle una pequeña proporción (0,30) de la participación en la elección nacional, pero con una corrección que añade casi un 33 por 100 en países con voto obligatorio y otros 7,2 por 100 en el caso de que se trate de las primeras elecciones al Parlamento Europeo que se celebran en el país en cuestión.

Por supuesto, la extracción de la información sobre la participación en un paquete estadístico no es nada sencilla. La tabla 13.8 reproduce una porción de esa participación obtenida de un paquete informático típico,

Tabla 13.8. Participación en las elecciones al Parlamento Europeo (2)

Participación en las elecciones al Parlamento Europeo	Coficiente	e.e.	<i>t</i>	Probabilidad
Participación en las elecciones nacionales	0,30	0,18	1,66	0,10
Obligatorio	32,90	3,30	9,95	0,00
Primeras	7,16	2,90	2,47	0,02
(Constante)	24,67	14,02	1,76	0,08
Número de observaciones				64
F (3, 60)				66,38
Prob > F				0,00
R ²				0,77
R ² ajustada				0,76

que da lugar a la ecuación de aquí arriba. Los nombres de las variables aparecen abajo a la izquierda (las variables dependientes en primer lugar). Los coeficientes en la segunda columna son los utilizados en la ecuación. Otros coeficientes se describen después o son ajenos a este capítulo, pero la columna titulada Probabilidad (a veces, Probabilidad está abreviada como P) ofrece el nivel de significación de cada efecto. El hecho de que el efecto de la participación nacional tenga una probabilidad de 0,10 de ser falsa indica que la participación en las elecciones al Parlamento Europeo no se ve probablemente afectada por la participación en las elecciones nacionales anteriores, de manera que este componente de la ecuación debería ser eliminado en la práctica (y será eliminado en la tabla 13.9 conforme avancemos en nuestra historia).

Los resultados del programa de la regresión también nos indica la *R*² asociada con el análisis, entre otras muchas estadísticas. No constituye sorpresa alguna que la *R*² sea el cuadrado de *R* (o *r*), que es el coeficiente que a menudo se utiliza para describir relaciones bivariadas descritas antes. Se obtiene el valor al cuadrado en el análisis multivariado en parte porque con más variables independientes es más fácil alcanzar un valor elevado de *R*. Al elevar este coeficiente al cuadrado se obtiene un coeficiente más bajo y más apropiado para el uso en el análisis multivariado (una proporción de una proporción es una proporción más pequeña, por ejemplo la mitad de una mitad es un cuarto). Con el fin de evaluar los valores de *R*² puede utilizarse la tabla 13.7 para interpretar valores diferentes de *r*: Un resultado multivariado espectacular de nivel individual es el que obtiene un valor *R*² superior a 0,5, mientras que con datos agrupados la *R*² tendría que ser superior a 0,8 para ser espectacular, etc. La tabla 13.8 también enumera una *R*² ajustada, que es el valor que se comunica generalmente.

En el resto de esta sección describiremos el análisis que siguió al descubrimiento (ilustrado en la tabla 13.8) de que la participación en las elecciones al Parlamento Europeo (PE) no se vio significativamente afectada por la participación en las elecciones nacionales anteriores en cada país. Este resultado constituyó una sorpresa, porque las elecciones al Parlamento Europeo se supone que son secundarias a las elecciones *nacionales* (Reif y Schmidt 1980), lo cual demuestra rasgos de la situación nacional más que de las elecciones al Parlamento Europeo en sí mismas.

Así, aunque parece natural teorizar que un determinante principal de la participación en las elecciones al Parlamento Europeo es la participación en las elecciones nacionales, el coeficiente importante no es significativo en la tabla 13.8.

La tabla 13.9 presenta los resultados de una serie de diferentes análisis de la regresión (descritos como «modelos» en la tabla), cada uno de los cuales utiliza variables independientes ligeramente distintas, con el fin de llegar al lector a través de los resultados que llevaron a rechazar la teoría supuestamente más atractiva y a aceptar un modelo (quizá sorprendente para algunos) que no utiliza la participación en las elecciones nacionales como variable independiente. La tabla está dispuesta a la manera de los artículos en periódicos contemporáneos, con los nombres de las variables independientes en la columna de la izquierda y un par de coeficientes para cada variable y cada modelo. El primero de cada par de coeficientes para cada modelo es el coeficiente de mayor interés, el coeficiente *b* que podría tomarse del resultado de un programa informático (como se ilustra en la tabla 13.8) y convertirse en una ecuación (como la presentada más arriba). El segundo coeficiente de cada par está encabezado por e.e. (es decir, el «error estándar», que puede encontrarse también en la tabla 13.8), el cual mide cuánto error puede haber en cada coeficiente *b*; a veces el error estándar entre paréntesis aparece bajo sus coeficientes *b* correspondiente. Para los fines de este capítulo no es importante comprender estos coeficientes, pero se utilizan con el fin de determinar el nivel de significación del efecto (los coeficientes de Probabilidad de la tabla 13.8), que en las tablas publicadas parecidas a la tabla 13.9 está generalmente indicado por uno o más asteriscos después del coeficiente. La cuestión fundamental que estos coeficientes responden es, «¿cuánto error hay en el coeficiente *b* con respecto a su tamaño?»; conforme la cantidad de error se acerca o excede al tamaño del coeficiente, la significación se reduce. En la tabla 13.9 los coeficientes tienen un asterisco para mostrar que son significativos en el nivel 0,05 y dos asteriscos para mostrar que son significativos en el nivel 0,01, pero también pueden verse otras convenciones⁵.

⁵ El cociente de cada coeficiente dividido por su error estándar se ofrece en la columna *t* en la tabla 13.8. Este cociente determina el nivel de significación de cada efecto, la «Probabilidad» en la tabla 13.8 o el número de asteriscos en la tabla 13.9.

Tabla 13.9. Participación en las elecciones al Parlamento Europeo (3)

Variables independientes	Modelo A		Modelo B		Modelo C		Modelo D	
	<i>b</i>	(e.e.)	<i>b</i>	(e.e.)	<i>b</i>	(e.e.)	<i>b</i>	(e.e.)
Participación EN	0,30	(0,18)						
Obligatorio	32,90	(3,30)**	36,22	(2,66)**	38,30	(2,98)**	38,62	(2,74)**
Primeras	7,15	(2,90)*	8,30	(3,86)*	1,51	(5,38)		
Primeras* no obligatorio					9,41	(6,34)	10,92	(3,31)**
(Constante)	24,67	(14,02)	47,80	(1,62)**	47,15	(1,66)**	47,14	(1,65)**
R ² ajustada		0,76		0,75		0,75		0,76
<i>N</i>		64		64		64		64

Nota: la variable dependiente es Participación PE; *p* = *0,05, **0,01.

La significación que se da a los asteriscos siempre se expresa en una nota al pie de la tabla. Cuando los datos proceden de una muestra aleatoria existe solo una posibilidad entre 100 de error cuando afirmamos que los efectos con dos asteriscos son reales. En las dos últimas filas, al pie de cada modelo, se presenta el número de casos incluidos en el análisis (*N*) y la *R*² asociada con el análisis, las cuales ya se describieron en relación con la tabla 13.8.

Tras esta mínima introducción podemos explicar por qué la noción a priori más sugerente (a saber, que la participación en las elecciones al Parlamento Europeo dependería de la participación en las elecciones nacionales) fue rechazada y se escogió otra explicación que ni siquiera alude a las elecciones nacionales. El modelo A es el ya presentado en la tabla 13.8, repetido como referencia. Se trata del modelo que teóricamente se esperaba; sin embargo, la participación nacional demostró que no es significativo (ausencia de asteriscos en el efecto de 0,30). En el Modelo B vemos qué sucede cuando simplemente eliminamos la participación nacional del modelo. Las otras variables aumentan un poco sus efectos, pero el efecto de las primeras elecciones sigue siendo significativo solo en el nivel 0,05 y la variante explicada (*R*² ajustada) disminuye un poco. Al pensarlo bien parece que quizá estamos especificando mal nuestra primera variable de elecciones, porque teóricamente el hecho de que haya algo especial en unas elecciones no debería afectar a la participación en un país cuyo voto es obligatorio. El hecho de especificar una interacción apropiada entre las primeras elecciones y el voto obligatorio, además de las primeras elecciones, da lugar a un modelo (Modelo C) en el que ninguna de estas variables demuestra ser significativa, pero el efecto de interacción es el más potente de los dos efectos. Puesto que las primeras elec-

ciones eran significativas cuando se trataba de la única medida del concepto (en el Modelo B), su incapacidad para demostrar significación cuando estaban acompañadas por su nueva variante (en el Modelo C) ha de deberse a que las dos variables miden ampliamente la misma cosa (esto se llama «multicolinealidad»). Hay varias maneras de hacer frente a la multicolinealidad, pero en este ejemplo lo haremos simplemente eliminando la menos potente de las dos medidas alternativas. El resultado es el Modelo D, en el que todos los efectos son altamente significativos y la varianza vuelve donde estaba en el Modelo A⁶. (Para una presentación detallada de estas ideas, véase Franklin 2001.)

EL CAMINO POR RECORRER

Todavía queda mucho por aprender sobre el análisis cuantitativo. En particular, hay muchos tipos de análisis multivariados, muchos de ellos diseñados para situaciones especializadas de investigación, y la elección entre ellos se ve dictada por la naturaleza de los datos que se analizan. Por ejemplo, los datos en los que los casos constituyen diferentes puntos temporales requieren todo un grupo de procedimientos especializados, igual que los datos medidos en diferentes niveles de agrupación.

No obstante, el análisis de la regresión es como un «estándar industrial» en el análisis multivariado. Para ser capaces de comprender los coeficientes que se presentan en los artículos de investigación publicados que proceden de análisis de la regresión (junto con el vocabulario utilizado para describir tales coeficientes y los análisis que dan lugar a estos), los científicos sociales principiantes necesitarán recorrer un largo camino. Si son capaces de «llevar a cabo» análisis de la regresión en sus propias investigaciones, eso les ayudará a ser consumidores críticos de los resultados de esas investigaciones. Tales destrezas, relativamente sencillas, también cubrirán la mayoría de las situaciones que puedan encontrar en el mundo de la investigación cuantitativa.

Este capítulo se ha ocupado también de un rasgo del análisis cuantitativo que con frecuencia suele pasarse por alto. A menudo se dice que el método científico procede de manera deductiva poniendo a prueba proposiciones derivadas de teorías que se originaron en otro sitio (véase Héri-

⁶ Hablando con propiedad, un término de interacción necesita estar acompañado por las variables de las que está compuesto y nosotros habríamos retenido la primera variable elegida si el término interacción hubiese sido significativo. Pero en estudios con un reducido N a menudo esto no es factible. Podemos justificar la eliminación de un componente de la interacción sobre la base de que el efecto de esta aumenta (de 9,41 en el Modelo C a 10,92 en el Modelo D) en la cantidad del componente eliminado (1,51). Técnicamente, preferimos el Modelo D por esta razón, en vez de su mayor varianza explicada. El Modelo B (la alternativa) no tiene nada que ver en estos efectos. (Véase Bramber, Clark y Golder 2006.)

tier, cap. IV). Sin embargo, más típico de la investigación científica (y no solo en las ciencias sociales) es el ejemplo que se ha dado en el apartado anterior sobre cómo comprender la manera en que se elaboró la participación en las elecciones al Parlamento Europeo. Los científicos no utilizan datos únicamente para poner a prueba sus teorías. También utilizan datos para revisar sus teorías o llegar a otras nuevas. Arquímedes descubrió su principio al observar cómo se desbordaba el agua del recipiente en que se estaba bañando y, en última instancia, prácticamente cualquier descubrimiento científico se basa en la observación. A veces, las observaciones son directas (como lo fueron las de Arquímedes o Putnam) y a veces son indirectas, sobre la base de un análisis de datos recogidos para otros propósitos, como en el ejemplo notificado en la tabla 13.9. Esta distinción tan importante se explica en otra parte de este libro. Buena parte de lo que sabemos sobre el mundo se basa en análisis de datos y esto es especialmente verdad en las ciencias sociales. En tales disciplinas, las relaciones son a menudo tan complejas que muchas variables deben observarse y manipularse simultáneamente para controlar todas las cosas que suceden en el mundo que carecen de interés, pero que podrían contaminar nuestros resultados. A menudo solo puede alcanzarse una visión diáfana mediante un análisis cuantitativo de los datos. Esta visión diáfana estará generalmente situada en un alto nivel de abstracción, pero incluso siendo abstracta puede ayudar enormemente a la comprensión de desarrollos específicos en lugares particulares: puede ayudar a que quienes realizan estudios de caso decidan en qué deben centrarse⁷, de la misma manera que los estudios de caso pueden ayudar a que los investigadores cuantitativos decidan qué deben medir.

⁷ Quienes estudiaron Suiza nunca pensaron en considerar los acuerdos de la coalición del país como fuente de disminución en la participación electoral hasta que un estudio cuantitativo (el estudio «Voter Turnout» [Participación electoral] mencionado en la nota 4) llamó su atención con respecto a la probable importancia de la denominada «regla de oro».

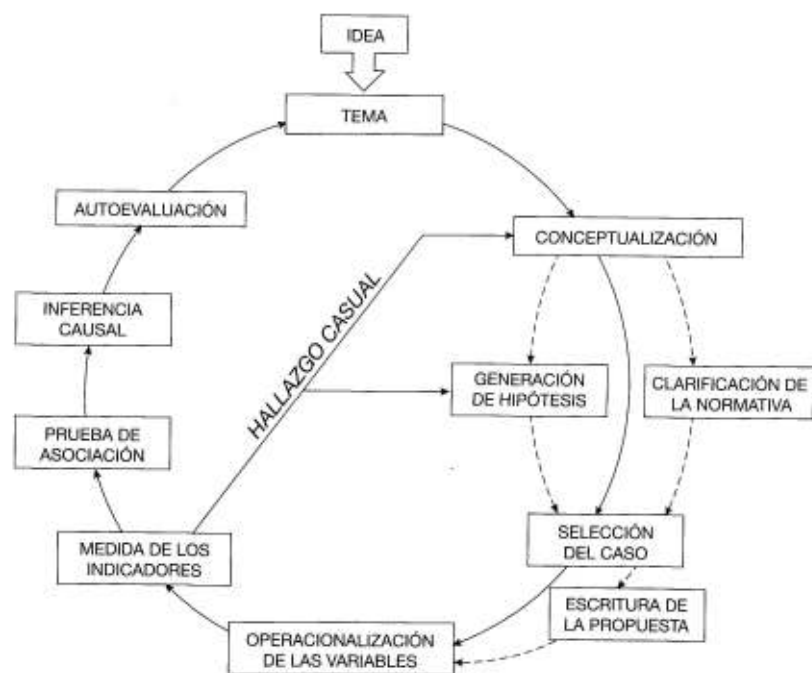
EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

Philippe Schmitter

Supongamos que tiene usted una *idea* e identifica un tema que considera importante y de fácil ejecución a la hora de investigar. Puede tratarse de una tesis doctoral o de un mero trabajo para un seminario, pero con independencia de su longitud y complejidad, ningún tema puede «investigarse por sí mismo». Y por eso hay que convertir la *idea* en un *proyecto* por medio de una serie de alternativas estratégicas. El *diseño de la investigación* es ese proceso de conversión, y su resultado final puede ser desde un proyecto problemático o complicado hasta otro que permita la recogida de datos válidos para obtener conclusiones convincentes.

Muchas investigaciones en ciencias sociales no se diseñan de manera consciente, es decir, no están sujetas a un proceso deliberado y crítico de elección de sus componentes y a una defensa de su configuración general. En numerosos campos de investigación el diseño viene literalmente emparejado con el tema. Hay casos ya tan investigados que el hecho de añadir otro caso más o de dedicarle un tiempo adicional no merece el esfuerzo de cambiar el método de estudio. De hecho, el deseo universal que exhiben todas las ciencias de acumular conocimiento se opone a los cambios constantes y a las reflexiones sobre la manera estándar de realizar la investigación. Si se propone un cambio en el diseño —por ejemplo, una nueva conceptualización del tema, un instrumento revisado para medir las variaciones, una manera diferente de seleccionar casos importantes o un nuevo método para comprobar las asociaciones—, corremos el riesgo de confundir al lector que tiene sentido crítico, al cual tal vez le cueste saber si las diferencias en los datos o las conclusiones obtenidas se deben «verdaderamente» al tema en sí mismo o son una «mera consecuencia» de haber alterado la manera establecida de realizar la investigación.

Figura 14.1. El ciclo de la investigación social y política



Sin embargo, la mayoría de los sociólogos no escogen temas cuyo diseño de investigación ya existe. Tienen que encontrar o inventar un diseño apropiado y han de estar dispuestos a comprender y defender lo que este implique. Además, si su intención inmediata es comparativa –si cuentan con la inclusión de más de un caso o un grupo de observaciones y con las conclusiones que se puedan añadir–, su elección del diseño será todavía más importante. La elección estratégica correcta aumenta enormemente el valor de los datos recogidos y las conclusiones derivadas de ellos; si descuidan o dan por supuesta dicha elección, el resultado puede limitarse a fragmentos de información característica y a suposiciones deducidas de circunstancias excepcionales que no aportan ninguna contribución fiable o acumulativa al conocimiento científico.

La figura 14.1 es una representación esquemática e idealizada del «ciclo completo de la investigación social y política». Cada uno de sus rectángulos contiene un grupo importante de alternativas estratégicas relacionadas entre sí y su implicación consiste en que tales alternativas deben realizarse en la secuencia prevista, empezando por una idea que define un tema y que en la imagen está situada a las 12 horas (mediodía), tras lo cual el proceso avanza en dirección de las agujas del reloj hasta que el investi-

gador llega a una evaluación de sus resultados, los cuales podrían, o no, redefinir el tema original a las 12 horas (medianoche). En el interior de cada rectángulo se ofrecen las distintas alternativas de acción. Si se escogen con sentido, la investigación será mucho mejor. Si se ignoran o no se comprende bien qué significan, el investigador se arriesga a aceptar como buenas grandes falacias en cada uno de los pasos.

El mensaje más importante a tener en cuenta cuando se avanza a través del ciclo completo es que no existe una estrategia o grupo de estrategias que sean ideales para todos los temas de investigación. Todo depende del punto de partida, de la sustancia inicial que el investigador haya decidido investigar. Al principio del ciclo de la figura 14.1, la serie de opciones tiende a ser amplia y, por consiguiente, confusa. Los temas interesantes reclaman una atención similar; las diferentes teorías y conceptos pueden parecer igualmente persuasivos. Conforme se avanza en la dirección de las agujas del reloj, las posibles alternativas que se van sucediendo, se van relacionando cada vez más entre sí y las opciones se vuelven más limitadas. Llega un momento en el que uno puede adoptar o caer en una «rutina disciplinaria establecida». Se puede ahorrar mucho tiempo y muchos desvelos si se hace esto, pero solo será beneficioso si el tema escogido y, sobre todo, su conceptualización, es suficientemente isomórfico con el original, es decir, si es conforme con las características básicas del tema que otros investigadores ya han investigado con éxito. Por mucho que a un tema equivocado se le aplique el diseño mejor establecido o el que esté más de moda, el resultado puede ser desastroso, especialmente cuando llegue el momento de sacar las conclusiones.

Muy pocos investigadores entran en la figura 14.1 a las 12 horas del mediodía y la dejan a medianoche. La mayoría toma atajos para iniciar el proceso. Muchos sociólogos empiezan su carrera investigadora cuando ya saben cuál es el caso o los casos que pretenden investigar. No es infrecuente que se trate de su país de procedencia o del país en el que han recibido su formación. Los denominados «especialistas de áreas» casi siempre se han implicado de un modo directo en el conocimiento de la historia, la cultura o la lengua, lo cual impregna los temas que eligen. Otros eligen una nueva técnica estadística o una nueva herramienta de medida de la que quieren alardear en su investigación y buscan un tema apropiado para utilizarlas. Quizá el punto de partida más frecuente (y, en mi opinión, más pernicioso) se relacione con las categorías o los enfoques que están de moda en la sociología o en ciencia política. Algunos investigadores jóvenes, convencidos de que encontrarán trabajo solo si utilizan esos «paradigmas», están dispuestos a estudiar cualquier tema –por muy trivial u oscuro que parezca–, aunque sea únicamente para demostrar su fidelidad a sus presupuestos y postulados.

Nunca debemos pensar que, una vez situados en el ciclo, haya que recorrerlo entero. Como veremos en la conclusión, existen muchos puntos

de partida que nos permiten realizar una contribución original y significativa al conocimiento.

Al margen del lugar en que se ha iniciado la investigación y los motivos que se tengan, recomiendo que comencemos por la parte superior de la figura 14.1, aunque solo sea para poder clarificar a posteriori las opciones de diseño que se hayan tomado deliberada o implícitamente. Trátemos de imaginar que todo empieza con una idea sobre un tema sustantivo crucial para el investigador, y que posteriormente este se sitúa en un contexto conceptual explícito, elabora hipótesis específicas sobre su aparición, escoge los casos para estudiar, etcétera.

Dicho lo cual, podemos examinar secuencialmente los rectángulos de la figura 14.1, cada uno de los cuales lleva vinculada una lista de alternativas «potencialmente optimizadoras» y de falacias «potencialmente perjudiciales».

ELECCIÓN DEL TEMA

Nadie puede predecir cuándo y dónde aparecerán las ideas. Sin embargo, con algún conocimiento de los antecedentes personales y profesionales del investigador resulta un poco más fácil predecir las condiciones bajo las cuales una idea se convertirá en un tema, es decir, el momento en que alguien dará suficiente importancia a un determinado pensamiento y lo delimitará para que valga la pena gastar energías en explicar cómo se le ocurrió y qué consecuencias podría tener. Este esfuerzo enormemente personal de selección es una fuente importante de distorsión a lo largo del diseño, especialmente cuando se trata de sacar conclusiones de las distribuciones o asociaciones de datos generados. El mero hecho de que alguien se preocupe de seleccionar un tema probablemente significa que valora también lo que este aporta o los efectos que tiene. Por muy subliminal que sea el pensamiento, los valores están inmersos en el tema y ejercen una influencia persistente en la elección conforme el investigador va avanzando a lo largo del ciclo de investigación. El impacto aún es mayor si el investigador decide salirse «prematuramente» del ciclo.

Esto ocurre cuando el investigador se siente atraído por un tema que también preocupa a la sociedad o a la colectividad. Se nota, sobre todo, cuando el asunto en cuestión está en crisis o está de moda. Como sociólogos, nos atraen los fenómenos que llaman la atención, bien porque crean problemas adicionales o porque proporcionan soluciones nuevas, lo cual es otra manera de decir que nuestros temas tienden a ser experiencias fallidas al final de su existencia útil o éxitos recientes que todavía no han tenido un impacto completo. Casi nunca nos topamos con diseños explícitamente centrados en la explicación de fenómenos sociales o políticos mediocres o inconsecuentes.

Grosso modo, los temas de investigación surgen bajo dos formas: 1) *proyecciones*, en ellas el investigador cree que el enfoque y los métodos existentes son adecuados y merecen aplicarse a unidades o periodos temporales aún por cubrir o con mayor precisión a casos que parecen excepcionales, y 2) *puzles*, en los que el investigador empieza asumiendo que algo relativo a la gestión no funciona bien y que las unidades o periodos temporales a examinar demostrarán la existencia de anomalías. Tanto las proyecciones como los puzles han de enfocarse de la misma manera «críticamente racional», pero la perspectiva del investigador es diferente. Si se considera que el tema seleccionado es una proyección, el investigador intenta (al menos al principio) confirmar la creencia establecida y toma más en serio la obligación de realizar una contribución acumulativa al conocimiento dentro de una disciplina o de un paradigma, ambos específicos. Cuando nos enfrentamos a un puzle, la perspectiva no nos permite fijarnos en las anomalías que exponen deficiencias en la conceptualización del tema, en su medida o en su notificación, lo cual conduce al investigador a conceptos y métodos alternativos, con frecuencia tomados de otras disciplinas. Ni que decir tiene que ambos pueden alcanzar contribuciones válidas, pues ambos son necesarios en todas las disciplinas de las ciencias sociales.

Alternativas potencialmente optimizadoras

- 1) Escoja un tema que le interese lo bastante para dedicarle el tiempo necesario hasta completar el proyecto.
- 2) Escoja un tema (y argumente por qué) que interese a otros sociólogos (e incluso a científicos de otros campos); cuanto mejor sea, más atraerá a quienes trabajan en campos y disciplinas adyacentes.
- 3) Especifique los límites temporales, espaciales y, si es necesario, culturales del tema, de forma que la investigación sea factible, pero sin convertirla en trivial o «única».
- 4) Indique la fuente inicial de inspiración del tema y su preferencia personal con respecto a los resultados, sin pedir disculpas por ellos.
- 5) No justifique nunca su selección con el argumento de que «está poco explorado» y, sobre todo, no ignore, trivialice o rechace lo que ya se ha escrito sobre el tema.
- 6) Trate de retroceder lo más posible en la teoría social y política hasta encontrar bases que justifiquen la importancia del tema escogido; evite que las modas académicas lo manipulen.
- 7) Es imperativo que escuche los consejos de su maestro y sus colegas, pero procure estar absolutamente seguro de que, con independencia de quién fue el primero que lo sugirió, el tema «le pertenece».

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Modas»: el tema (o el método o teoría) elegido está(n) muy de moda en su campo, de manera que si lo(s) adopta, su trabajo recibirá menos críticas y tendrá más facilidad para encontrar un empleo.
- 2) «Ilusiones infundadas»: el tema elegido ya ha dado lugar a resultados muy difundidos y prometedores para la sociedad o la colectividad; por tanto, si usted lo investiga, sus resultados recibirán una acogida más seria y favorable.
- 3) «Oportunismo»: dado que el tema de su investigación está en crisis, tendrá más acceso a los datos y el público se mostrará más interesado en los resultados que obtenga.
- 4) «Presentismo»: se trata de dar por hecho que cualquier cosa que encuentre asociada con algún tema en el presente existió en el pasado y seguramente existirá en el futuro.
- 5) «Seguridad de ver las cosas desde la atalaya»: esta posición permite ver más lejos y evitar las distracciones de las riñas entre los pigmeos contemporáneos. El problema es que en la atalaya no se siente la necesidad de estudiar las mismas cosas o no se hace con el mismo sentido.

Conceptualización

Casi todos los temas sustantivos surgen «conceptualizados de antemano» en el sentido de que el investigador potencial solo puede reconocerlos y compartirlos si se expresan en un lenguaje inteligible. La idea surge a veces como una forma, un color o una emoción, pero las palabras son el medio indispensable para que adquiera especificidad factual y significación compartida. La complicación de la investigación reside en la elevada probabilidad de que las palabras que se utilizan inicialmente sean las de los actores sociales o políticos implicados, lo cual quiere decir que podrían tener significados muy distintos o podrían aplicarse a una amplia gama de suposiciones opuestas.

La conceptualización de un tema implica la traducción a variables de las palabras que lo rodean en sociedades o colectividades «reales» (véanse Della Porta, cap. XI, y Bray, cap. XV). Esas variables no son elaboradas etiquetas académicas que se aplican a un acontecimiento o a un proceso específico, ya que deben identificar analogías, condiciones genéricas compartidas por un grupo distintivo de acontecimientos o procesos, y pueden adoptar diferentes valores a lo largo del tiempo, bien se observen cuantitativa o cualitativamente. Adquieren su peculiar estatus como causas o efectos según la manera en que las teorías las conectan con otras variables. Una vez ensambladas dichas variables, ya sea de la misma o de

diferentes teorías, constituyen el *argumento* provisional del tema que el investigador ha escogido para explicar.

Lo cual nos lleva a la «obviedad» que casi nunca se menciona, pero que con frecuencia es una fuente de confusión en cada estadio del diseño de la investigación: incluso los conceptos que se utilizan de manera más elemental y más frecuente —como clase, estatus, sexo, edad, región y religión para explicar el comportamiento en el voto— obtienen su significado al insertarlos en una matriz de conceptos más completa (y presumiblemente más coherente) (véanse Kratochwil, cap. V, y Mair, cap. X). Puede que sus definiciones suenen igual y, como veremos más adelante, muchas veces la operacionalización de estas variables incluso es idéntica, pero su papel depende de suposiciones previas y relaciones contingentes que difieren según la teoría, el paradigma, el enfoque o el marco que se aplique. Y no hay una sola investigación que pueda especificar cuáles son. Si tratamos de especificarlo, no queda tiempo ni espacio para el análisis. En otras palabras, toda la investigación política y social forma parte y es parte integrante del «estado de la teoría» que impera en el momento en que se realiza. Ninguna teoría puede conceptualizarse *ex novo* sin hacer referencia a lo que ya se ha producido en esos temas y en los temas relacionados con ellos. Y esto se aplica tanto a los que tratan de resolver puzzles como a los que hacen «meras» proyecciones.

La elección de los conceptos solo es el primer paso. Su conversión en variables significa que hay que asignarles un estatus y aquí es donde su integración en la teoría entra de lleno en el diseño de la investigación. La tarea más importante consiste en distinguir entre los considerados como *operativos* con respecto al tema elegido y los considerados como *no operativos*. De los primeros se espera que representen un papel discernible en la explicación de los resultados, bien sea como *explicans* (el concepto que explica) o como *explicandum* (el concepto que debe ser explicado). Cuanto más elaborada sea la teoría anterior y, por tanto, la conceptualización que se derive de ella, mayor es la posibilidad de asignar diferentes estatus a las variables operativas, por ejemplo distinguiendo entre primarias y secundarias (según sea su potencia explicativa), directas e intervinientes (según lo cerca que esté el efecto de la causa), continuas y exóticas (según lo constante que sea su efecto a lo largo del tiempo) y así sucesivamente. Ni que decir tiene que todas estas funciones asignadas inicialmente pueden invertirse, en especial cuando el objetivo tiene que explicar una secuencia relativamente larga de procesos sociales o políticos. Las variables *no operativas* son las que están presentes y de ellas se puede esperar que adquieran diferentes valores durante la investigación del tema, pero no que su efecto produzca una diferencia discernible o significativa. Por supuesto, cuando llega el momento de derivar conclusiones, las variables supuestamente no operativas pueden terminar siendo una fuente potencialmente importante de falsedades. Incluso *constantes*, las variables que

estaban presentes, pero no se creía que pudiesen variar durante el periodo de investigación –y, por ello, a priori se las consideraba incapaces de contribuir a una variación en el resultado–, ganan importancia, sobre todo cuando se demuestra que el impacto de variables operativas estaba a la merced de ligeras modificaciones o incluso de simples interpretaciones de los factores de fondo. Lo lógico es que las variables *irrelevantes*, es decir, aquellas cuya variación nunca debería asociarse lógica o empíricamente con el tema investigado, sigan siendo irrelevantes.

Alternativas potencialmente optimizadoras

- 1) Evite en lo posible las referencias con mayúscula a personas, países o culturas específicas. Utilice siempre las variables con minúscula para describirlos y también para los efectos prospectivos de su argumentación.
- 2) El uso de un «presentimiento» es correcto como punto inicial de la conceptualización –el mundo que rodea a los temas más interesantes está lleno de presentimientos–, pero trate lo antes posible de identificar la teoría genérica en la que dicho presentimiento está arraigado, cambie su lenguaje y explore sus axiomas o presunciones antes de seguir adelante.
- 3) Trate de evitar la palabra «multicolateralidad» –grupos de variables estrechamente asociadas entre sí– y simplifique utilizando solamente la variable dominante de tales grupos o prestándoles una connotación ideal que describa con la mayor exactitud la naturaleza del grupo.
- 4) Explique lo mejor que pueda, no solo las variables y las constantes operativas, sino también las no operativas, las características que no varían en la argumentación, y prepárese para cambiar su estatus en el curso de la investigación.
- 5) Cuando utilice sistemas de clasificación (véase el cap. de Mair), asegúrese de que las categorías incluyen todas las observaciones y excluyen la asignación de cada observación, y de que todas ellas son potencialmente relevantes para explicar los resultados, incluidos los que están vacantes.
- 6) Especifique lo antes posible y con la mayor claridad el universo al que debe aplicarse su conceptualización en el tiempo y en el espacio.
- 7) Tenga cuidado cuando utilice conceptos y variables durante largos periodos de tiempo o en diferentes contextos culturales, puesto que su significado para los actores y, por tanto, su efecto, pueden cambiar.
- 8) Trate de ser parsimonioso y elimine variables superfluas o con doble sentido, pero sin caer en una simplificación excesiva. Una ma-

nera de lograrlo consiste en reubicar varias veces la argumentación, dotándola progresivamente de mayor concisión.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Oscurantismo»: si envuelve sus conceptualizaciones en términos muy abstractos o incluye sus observaciones en una clasificación muy complicada, nadie entenderá la descripción de lo sucedido.
- 2) «Atributismo»: cuantos más atributos de definiciones o propiedades análogas se añadan a un concepto dado, más significativo será en el momento de explicar los resultados que deseamos comprender.
- 3) «Estiramiento de conceptos»: un concepto utilizado con éxito para identificar una analogía entre acontecimientos en un tiempo y un lugar debe ser igualmente válido cuando se aplica a otras dimensiones temporales o espaciales.
- 4) «Aislamiento»: su variable representa un papel tan importante a la hora de explicar el tema que puede conceptualizarse, medirse y manipularse sola, sin tener en cuenta la red de variables que la rodean ni los axiomas previos en los que se basa.
- 5) «Novedad a cualquier precio»: dado que los conceptos existentes están tan inmersos en (viejas) teorías, al inventar y utilizar otros nuevos su investigación se considerará más original.
- 6) «Arbitrariedad»: puesto que todos los conceptos son básicamente arbitrarios –en función de usos prácticos o modas teóricas impredecibles–, no importa cuál se utilice, siempre que los lectores y la comunidad investigadora los acepten.
- 7) «Consensualismo»: si todo el mundo en su disciplina utiliza determinados conceptos y admite su significado y su importancia explicativa, deberíamos hacer lo mismo.

Formación de hipótesis

No todos los diseños de investigación requieren el planteamiento (o la demostración) de hipótesis explícitas. Existe un amplio abanico de temas sociales y políticos en los que podemos conceptualizar las variables que facilitan la explicación, pero sin asignarles a sus relaciones ningún estatus provisional de «si esto sucede... entonces...». Para esos temas, la lógica de investigación apropiada es la del *descubrimiento*, no la de la *demostración*. El objetivo consiste en mejorar la conceptualización que tenemos de un tema, comprobar su plausibilidad frente a una serie de datos y, en última instancia, generar hipótesis entre las conclusiones, pero es prematuro esperar que tales hipótesis sean una condición previa para emprender la investigación.

El factor determinante es, de nuevo, su «obviedad», el estado imperante de la teoría en un tema dado. Los asuntos sustantivos recientes, característicos de un reducido número de casos que provocan fuertes emociones o controversias políticas o que se sitúan entre diferentes disciplinas de las ciencias sociales, son obvios candidatos al estatus de «descubrimiento». El investigador no debe tomar esto como un signo de inferioridad. Más allá de la investigación científica social que hoy adopta la lógica de la prueba, tuvo que existir un momento glorioso del pasado en el que alguien inició el viaje del descubrimiento. Por desgracia, detrás de la fachada cada vez más profesionalizada y estándar de las técnicas, este mensaje se ha eliminado. Solo los investigadores jóvenes más intrépidos aceptan el reto de dar sentido a conceptualizaciones alternativas del mismo tema, de reunir argumentos potencialmente coherentes y generales mediante un «seguimiento de procesos» sobre la base de casos específicos; o de admitir que, en casos de sistemas sociales o políticos muy interdependientes y complejos, tal vez no logren distinguir nunca entre variables independientes y dependientes y, mucho menos, expresarlas como un grupo finito de relaciones bivariadas.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Asegúrese de que, en cualquier relación, el postulado «si esto sucede... entonces...» tiene la precisión suficiente para especificar su «microfundamento», la dependencia funcional, el mecanismo estructural o la lógica intencional que supuestamente conecta sus variables y, si es posible, introduzca una medida independiente de su presencia.
- 2) No asuma a priori que únicamente los seres humanos individuales son capaces de establecer «microfundamentos», ya que el mundo histórico «real» está lleno de unidades sociales y políticas que han adquirido la capacidad de actuar colectivamente de maneras que no pueden reducirse a intenciones y elecciones individuales.
- 3) Asegúrese de que la supuesta causa es independiente del supuesto efecto y no una serie de manifestaciones paralelas o convergentes del mismo proceso social o político.
- 4) Si es posible, especifique claramente la existencia de condiciones intermedias o constantes predominantes que deben estar presentes para que la relación establecida en la hipótesis produzca su efecto, incluso si estos factores contextuales no varían durante la investigación.
- 5) A veces se produce una situación ideal de investigación cuando el investigador se encuentra en una «boda con dos novias en el altar», es decir, cuando dos versiones rivales de la misma relación establecida en la hipótesis son plausibles y explican resultados diametralmente opuestos sobre la base de diferentes supuestos teóricos.

- 6) Prepárese para reconocer y afrontar, cuando surjan, «finalidades equivalentes», es decir, resultados similares producidos por diferentes secuencias o mecanismos y, por tanto, para poner a prueba diferentes grupos o, mejor dicho, «hileras» de hipótesis, no solo a hipótesis aisladas.
- 7) Recuerde que siempre hay tres hipótesis a comprobar, a saber: las que sugieren una relación positiva o negativa y la hipótesis nula de que no existe relación «si esto sucede... entonces...». Esta última debe considerarse la más probable. Todo puede estar relacionado en nuestro complejo entorno, pero no siempre de manera predecible o en un grado significativo.
- 8) Trate a priori de elaborar hipótesis para diferenciar entre variables que considera «necesarias» (las que aparecen cuando aparece el resultado); «suficientes» (que están siempre presentes) y las meramente «útiles» (que a veces están presentes y a veces no). Nunca asuma que su grupo de variables es «necesario y suficiente» y, por tanto, deje espacio para el inevitable «término de error».
- 9) Dado que la mayoría de los proyectos consisten en «grupos» o «cadenas» de hipótesis relacionadas que contribuyen a explicar un resultado seleccionado, resulta útil establecer un «modelo» de esas relaciones simultáneas y secuenciales utilizando el tiempo y el espacio como coordenadas.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Cientifismo»: si las variables no están organizadas en hipótesis con variables dependientes e independientes claramente diferenciadas, la investigación no será científica.
- 2) «Miedo al fracaso»: si las hipótesis no se confirman, no contribuimos al conocimiento.
- 3) «Retroceso infinito»: en ciencias sociales todas las hipótesis sobre relaciones variables están precedidas por una cadena histórica potencialmente infinita de causalidad y consecuencia; por tanto, nada cambia cuando decidimos entrar en esa cadena.

SELECCIÓN DE CASOS

Prácticamente en todos los proyectos, el número potencial de sociedades o comunidades afectadas por el tema escogido excederá la capacidad de los investigadores para recoger datos, comprobar las asociaciones y sacar conclusiones. Por tanto, es normal que solo algunos subgrupos de estas unidades se utilicen para el análisis. Una de las alternativas estraté-

gicas más prominentes que hay que escoger es la del número y la identidad de los subgrupos a incluir y los criterios para seleccionarlos. Esto puede variar desde una unidad (el caso único o persona única) hasta todos los que sean apropiados (el universo de los afectados); pero es inevitable llegar a un compromiso entre la cantidad de variables incluidas en la concepción inicial del tema y el número de unidades con las que podemos recoger datos. La inclusión de más casos redundará casi siempre en una peor calidad de estos, más observaciones perdidas y mayores problemas de equivalencia conceptual. A la inversa, cuanto más estrechamente hayamos definido y operacionalizado estas variables —es decir, cuanto más bajas estén situadas en la escala de la abstracción— menos probabilidad habrá de que sean relevantes en un gran abanico de casos.

La selección de casos tiene un lado práctico cuando se trata de reunir datos y, especialmente, de hacer observaciones personales detalladas; pero la verdadera ventaja es analítica. La manipulación de la identidad de los casos ofrece a la mayoría de los sociólogos y politólogos el equivalente más cercano a la experimentación. «Simula» la introducción de variables comparativas. Si en la muestra se «mantienen constantes» condiciones tan importantes como la identidad cultural, la localización geográfica, el nivel de desarrollo y la proximidad temporal, el investigador asumirá que el resultado que estaba buscando no es producto de la variación de estos elementos. Está claro que los controles son aproximados y que incluso así hay muchas posibles fuentes de diferenciación «contaminante» entre las unidades de la muestra; a pesar de ello, se trata del mejor instrumento de diseño y, por tanto, hay que utilizarlo conscientemente y con cuidado.

El investigador no selecciona casos individuales, sino «configuraciones de variables» que cohabitan en la misma unidad y pueden incluso covariar de manera única o distintiva dentro de esta. Pero no se puede analizar «Francia» como tal y compararla, por ejemplo, con «España» o «Italia». Hay demasiadas condiciones diferentes (potencialmente importantes) dentro de cada uno de esos países en cualquier tema que elijamos. Esto ocurre incluso cuando se comparan microunidades dentro del mismo país; en ellas el número de variables se controla con mayor fiabilidad debido a las habituales limitaciones en el nivel del estado-nación. Por tanto, la denominada investigación «holística» es una ilusión en la investigación social y política y, cuando se aborda, no produce más que una detallada o «espesa» descripción de un caso (o de casos paralelos, si se estudian más unidades) (véase una opinión distinta en Bray, cap. XV).

Eso no quiere decir que no existan diferencias significativas entre diseños que aíslan un pequeño número de variables y comprueban exclusivamente su asociación con otras variables en un amplio número de unidades, y diseños que parten de un amplio número de variables interrelacionadas (a menudo combinadas mediante constructos de tipo ideal) dentro de un país y luego tratan de buscar conexiones significativas y persistentes en unas

pocas unidades cuidadosamente seleccionadas de naturaleza supuestamente comparable. Pero, en cualquier estrategia, lo que normalmente uno compara son variables, una o muchas, solas o en grupo, no unidades.

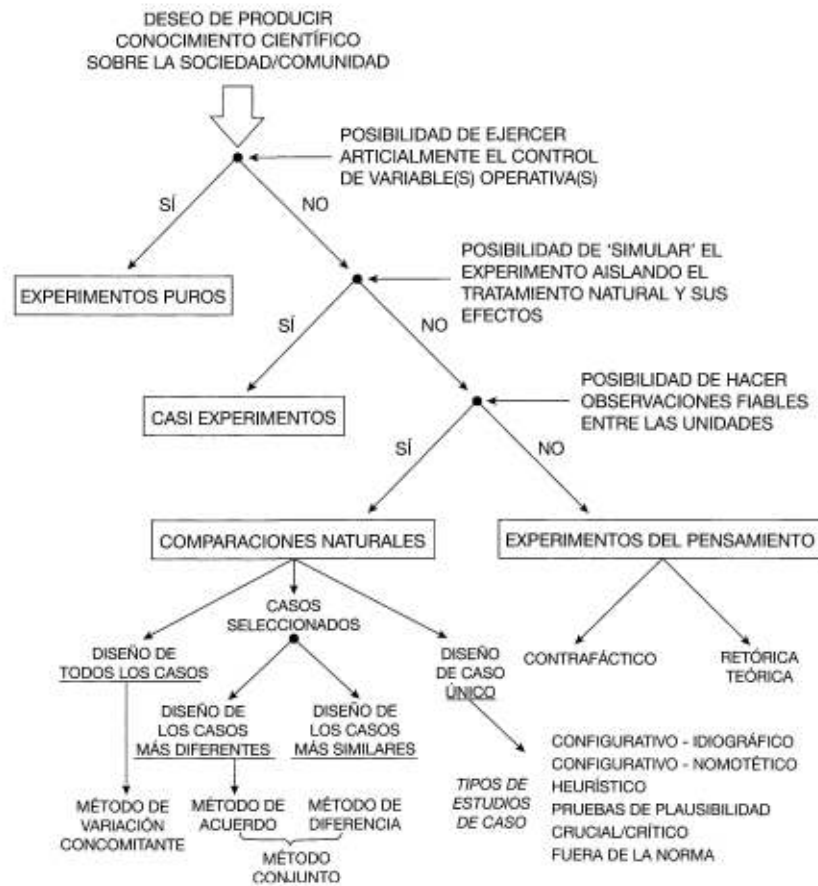
Lo cual nos lleva al segundo aspecto de la selección de casos, que durante mucho tiempo se dio por sentado y que recientemente ha generado una creciente inquietud. Para que una unidad de observación sea un caso válido de análisis debe poseer grados idénticos o al menos comparables de libertad con respecto al tema que se investiga. Un diseño que permita sacar conclusiones —descriptivas o causales— de la eficacia de los sistemas impositivos a partir de una muestra de unidades de municipios brasileños, provincias mongolas, comunidades autónomas españolas y de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no llamaría tanto la atención. Por mucho que su autor se empeñe (correctamente) en que su «muestra» incluye un «diseño de sistemas muy diferentes», los críticos dirán (también correctamente) que los actores de tales unidades no tenían poderes ni remotamente equivalentes para tomar decisiones sobre los sistemas impositivos.

La fórmula habitual para evitar este problema consistía en seleccionar solo unidades situadas en el mismo nivel de agregación y que se beneficiasen del mismo estatus formal dentro del mundo social y del sistema político. Probablemente esto explique por qué tantos proyectos de investigación comparativos se basan en unidades de estados-nación o, en menor grado, en unidades nacionales relativamente autónomas dentro de sistemas federales o confederados. La reducción hasta lo absurdo de esta estrategia se alcanzó con comparaciones de un gran *N* de casos que incluían a todos los miembros de Naciones Unidas que presentaban datos, a pesar del hecho inexcusable de que esos supuestos estados soberanos poseen capacidades radicalmente distintas para gobernar a sus respectivas poblaciones y para satisfacer sus necesidades más elementales.

Puesto que Donatella della Porta ha contribuido en este libro con un capítulo completo (cap. XI), donde se ocupa ampliamente de todo lo relativo a la selección de casos, poco me resta por añadir. Sin embargo, ofreceré una herramienta pedagógica útil para explicar a los estudiantes cuáles son sus opciones en este punto del ciclo de investigación (figura 14.2).

Cuando los investigadores se comprometen a producir conocimiento científico (definido aquí como consecuencia causal), la estrategia preferida de selección de casos debe ser experimental, escogiendo al azar las unidades de observación e introduciendo algún elemento de cambio en un subgrupo de estas mientras se mantiene constante la variación en las demás. Por desgracia, la mayoría de los sociólogos y politólogos se mueve en entornos «reales», en los que eso no es posible. E incluso cuando se les permite la experimentación, los temas tienden a ser tan triviales y los entornos tan artificiales que la proyección de consecuencias sobre la base de tales resultados en contextos más «realistas» es muy arriesgada.

Figura 14.2. Esquema de la selección de casos



Tal vez la segunda opción sean los «casi experimentos», que ofrecen ciertas ventajas interesantes con respecto a la eficiencia de la investigación y a la credibilidad de las consecuencias. La base de casos puede reducirse hasta uno solo, aunque es mejor reproducir el «casi experimento» en varios entornos, y a ser posible dentro del mismo marco temporal. Sin embargo, se limitan a situaciones del mundo real, donde la variable independiente es muy discreta y temporalmente circunscrita y donde la recogida de datos durante un periodo de tiempo suficiente resulta consistente y fiable. La evaluación del efecto de una nueva política pública o el impacto de algún acontecimiento social o natural inesperado tiende a cuadrar en esta estrecha exposición de hechos, pero solo si no ocurre nada al mismo tiempo en la unidad o unidades en cuestión. Es también una estrategia de selección de

casos muy vulnerable a la difusión o a los efectos del contagio cuando las unidades implicadas conocen el comportamiento de las demás.

La mayoría de los sociólogos y politólogos deben conformarse con el estudio de variaciones que aparecen «naturalmente» en su tema, ya sea dentro de un caso único o en varios. Della Porta (cap. XI) explora las implicaciones de escoger estas alternativas.

Yo añadiría que hay otras estrategias alternativas que no suelen incluirse en los textos de métodos o de diseño de investigación, probablemente porque su estatus científico es dudoso. Surgen en contextos en los que es arriesgado o imposible observar y tomar nota del comportamiento de unidades sociales o políticas «reales». Todas ellas se incluyen en lo que Max Weber denominó «experimentos del pensamiento». El más conocido se incluye en el epígrafe contrafáctico e involucra al investigador en un esfuerzo por imaginar lo que habría sucedido con el tema si alguna condición, persona, acontecimiento o proceso no hubiesen estado presentes. En general, se centra en un único país, por ejemplo: «¿Cómo habría evolucionado políticamente Alemania si Hitler no hubiese estado “disponible” a principios de los años treinta?». También puede aplicarse a una muestra o incluso al universo de casos, por ejemplo: «¿Cuál sería el grado de inseguridad internacional en Europa si no existiese la Unión Europea?» o «¿Cuánta gente sabría hablar inglés en el mundo si los estadounidenses hubiesen perdido su guerra revolucionaria?». Si esto suena «exótico» o un poco «raro», habría que recordar que cada vez que alguien invoca la célebre e indispensable frase latina *ceteris paribus* antes de proponer una hipótesis, está mostrándose contrafáctico.

Si nos alejamos aún más de la ortodoxia social científica, encontraremos gran número de seminarios, artículos y tesis doctorales esencialmente retóricos, teóricos o normativos que se ocupan de temas a menudo más importantes para las sociedades y las comunidades «reales» que los escogidos por los empíricos positivistas, pero su objetivo consiste en seguir el desarrollo de conceptos o discursos a lo largo del tiempo, examinar la consistencia lógica de argumentos particulares, o promover la aceptación crítica de formas específicas de comportamiento humano. Tales proyectos necesitan investigación. De manera «heurística» o «nomotética» influyen en la investigación empírica. Solo tenemos que pensar en el impacto de obras recientes de John Rawls, Jürgen Habermas y Jon Elster, en las que incluso los empíricos del «núcleo duro» seleccionan y contextualizan gran cantidad de temas (véase Bauböck, cap. III).

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Si el investigador no trata de abarcar todo el universo, deberá considerar la posibilidad de seleccionar una muestra de casos al azar y ver de qué manera afectará al proyecto.

- 2) Por lo general, cuando se excluye la aleatorización y hay que ser selectivo, los casos se escogen sobre la base de su relación con la o las variable(s) independientes, en vez de con la o las variable(s) dependiente(s).
- 3) Y cuando se hace esta elección, hay que asegurarse de que los casos escogidos «representen» un abanico lo más amplio posible de resultados sobre las variables independientes.
- 4) Cuando el tema no lo permita, cuando el investigador esté motivado para investigar algo precisamente porque implica un resultado convincente, fascinante o extremo y, por lo tanto, tiene que seleccionar la variable dependiente, deberá recordar que es una fuente potencial de sesgo a la hora de sacar conclusiones.
- 5) El investigador debe saber que no tiene por qué usar solo una estrategia de selección de casos y que las estrategias denominadas «anidadas», en las que se empieza con un amplio *N* de casos y relativamente pocas variables medidas en bruto y, posteriormente, se pasa a un reducido *N* con una «batería» mucho más detallada de variables, ofrecen la ventaja de ambas estrategias a la hora de sacar conclusiones.
- 6) Siempre se preferirá el nivel más bajo de agregación espacial o funcional compatible con el comportamiento que se le supone al actor en la conceptualización, puesto que posteriormente se puede ensamblar de nuevo al alza la investigación en la escala, pero nunca a la baja.
- 7) Con independencia de los casos inicialmente seleccionados, algunos se pueden «descomponer», lo cual permite al investigador generar casos adicionales dividiendo los iniciales, aunque solo esas unidades poseen cierto grado de autonomía (y el mismo grado).
- 8) Antes de seleccionar el número y la identidad de los casos de los que queremos recoger datos, hay que asegurarse de los criterios utilizados originalmente para clasificar los temas, con el fin de preguntar: «¿De qué trata este caso?». Solo después de aclararlo se podrá saber qué unidades son «elegibles» para su inclusión y proceder a excluir algunas de ellas por razones fundamentadas.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Notoriedad»: es más interesante investigar un caso concreto que llama la atención pública, ya que otros se fijarán en dicha investigación.
- 2) «Números»: siempre es ventajoso tener un gran número de casos, incluso cuando al añadirlos nos vemos obligados a atenuar su relación con el tema o a utilizar indicadores menos válidos.
- 3) «Importancia»: cuando una unidad dada es un caso atípico de acuerdo con los criterios de selección, se convierte en caso impor-

tante, cuya conformidad o ausencia de conformidad es prueba definitivamente significativa de asociación causal.

- 4) «La ilusión de la comparación»: los casos se seleccionan debido a su importancia porque parecen compartir algunas características generales culturales, estructurales o de localización; sin embargo, a veces variaciones mínimas o cualitativas en «variables comparativas» producen una variación en lo que tratamos de explicar.
- 5) «Carácter contemporáneo»: en las unidades de comparación escogidas que poseen el mismo marco temporal, los actores están al tanto en condiciones similares (o al menos suficientemente similares) de la importancia de las variables comunes y son capaces de actuar sobre ellas simultáneamente; sin embargo, estas ocupan diferentes puntos temporales de ciclos largos o simplemente suceden en diferentes calendarios.
- 6) «Imitación»: cuando los actores de las comunidades seleccionadas son muy conscientes de que tienen que habérselas con algún tema en el interior del mismo marco temporal, también son sensibles a lo que hacen otros en las mismas condiciones y aprenden de sus éxitos y fracasos; sin embargo, a veces ignoren por completo lo que los hacen los demás.

REDACCIÓN DE LA PROPUESTA

Esta etapa del ciclo de la investigación es «opcional», aunque muy conveniente. No todos los programas de estudio otorgan la misma importancia a la defensa de una propuesta formal. Algunos la exigen antes de dar permiso al candidato para iniciar su trabajo de campo. Mi experiencia personal es que cuanto mayor sea la pluralidad de enfoques o paradigmas que rodean un tema dado, mayor será el ahínco del investigador en la redacción y defensa de una propuesta. En contextos universitarios dominados por una orientación teórica o disciplinaria única, el esfuerzo pasa a veces inadvertido. La ortodoxia reinante favorece los problemas más que el deseo de esclarecer conceptos y llega incluso a dictar hasta los más pequeños detalles de cómo ha de conceptualizarse y operacionalizarse un determinado tema. En situaciones extremas ni siquiera hay «campo» al que ir, casos que seleccionar ni detalles de medida que discutir, pues lo que importa en esa etapa es la normativa o la consistencia lógica del «argumento», de la conceptualización que se haga del tema y de su adaptación a la ortodoxia imperante. El número e identidad de los casos tienen una importancia relativa, si es que tienen alguna, hasta tal punto que tanto los axiomas previos como las expectativas posteriores se consideran universales. Los datos pueden simularse o agruparse, con fines ilustrativos, a partir de las fuentes habituales. Las conclusiones son predecibles y con-

cuerdan con las expectativas originales. Los miembros del «club de investigación» al que pertenece el investigador lo felicitarán efusivamente por su contribución acumulativa al conocimiento, mientras que los profesionales de otras disciplinas y los miembros de otros clubes de la misma acogerán los resultados con bostezos y comentarán que «cualquiera diría que Fulano ha inventado la rueda» o que «para ese viaje no hacían falta alforjas». En otras palabras, el hecho de pertenecer a una tradición investigadora bien establecida tiene costes y beneficios.

Otra condición que afecta a la utilidad de la redacción de la propuesta es su posible función crítica a la hora de obtener subvenciones para la investigación. Si dicha ayuda está asegurada sin que haya competición para obtenerla, el investigador se contentará con una breve declaración de intenciones. De otra manera, la capacidad para resumir y justificar, de forma coherente y persuasiva, las alternativas de diseño que el investigador haya previsto marca la diferencia para determinar si el proyecto es factible. Aunque no se suele decir abiertamente, este aspecto «comercial» de la redacción de la propuesta produce distorsiones, si se consideran las preferencias del patrocinador y si el investigador trata de complacerlo modificando el tema, cambiando su conceptualización, limitando el abanico de hipótesis e incluso seleccionando diferentes casos con el objetivo de «dorarle la píldora». Los investigadores más experimentados aprenden pronto a «refinar» sus propuestas para obtener fondos. Por fortuna, los patrocinadores nacionales o supranacionales raramente controlan si existe una lógica entre las proposiciones y la investigación una vez realizada. Como mucho, les interesa saber si las implicaciones políticas de las investigaciones concuerdan con sus propias preferencias.

El «verdadero» propósito de redactar una propuesta debe ser darle al investigador la posibilidad de reflexionar críticamente sobre las alternativas estratégicas que tiene ante sí e intercambiar dichas reflexiones con supervisores y compañeros antes de sumergirse en el proceso inevitablemente complicado y absorbente de reunir datos y tratar de darles sentido. Puede haber momentos posteriores de autocritica y de cambios —véanse más adelante los comentarios sobre la importancia del *hallazgo casual*—, pero la redacción y defensa de una propuesta ofrece una oportunidad única de «reescribirla» y de «reenviarla» antes de verse irrevocablemente inmerso en la acción.

OPERACIONALIZACIÓN DE VARIABLES

Para comenzar, la conceptualización de las variables debe realizarse sin tener en cuenta su conversión en indicadores y su medición. Existe una buena razón para ello. Teóricamente es muy importante especificar con claridad la condición o el factor que debe estar presente para producir un efecto previsto, ya sea solo o con otras variables. El hecho de haber conceptua-

lizado de antemano e independientemente la proyección debería suponer un fuerte incentivo para especificar las observaciones posteriores que cabe hacer para verificar la presencia, la magnitud, la dirección o la persistencia de esa variable. Esto significa que, durante las primeras etapas de la investigación, el investigador ha de aceptar que todas las variables sociales y políticas se pueden operacionalizar y, más tarde, ha de estar dispuesto a llegar a un compromiso cuando busque los indicadores en el mundo real.

Por desgracia, en la práctica la posibilidad de tales dificultades es omnipresente e incluso puede hacer que el investigador deje de utilizar conceptos conocidos por ser «imposibles» de operacionalizar. Baste con pensar en propiedades políticas indispensables como el poder, la autoridad y la legitimidad o en propiedades sociales como la estima, el respeto y la confianza. Para ninguna de estas propiedades existe un estándar con un grupo de medidas accesible. Incluso los intentos elaborados (y caros) de operacionalizarlas sobre la base de criterios «de reputación» obtenidos de encuestas de opinión pública, resultan problemáticos. Y la crítica que reciben tales esfuerzos se vuelve más insistente cuantos más indicadores se utilicen en diferentes países a lo largo del tiempo.

Otra manera de afrontar el dilema es hacer concesiones a esas alturas del ciclo de la investigación. Cuanto más altos estén los conceptos en la escala de la abstracción —y cuanto más amplias sean sus posibilidades de aplicación—, más difícil será hacer observaciones convincentes sobre su presencia en un caso específico o en un grupo de casos. Si aumentamos el número de unidades de estudio —ya sean personas u organizaciones—, seguramente habrá problemas con datos que faltan y con indicadores engañosos. No hay que tener miedo de hacer concesiones, pero hay que hacerlas conscientemente. Vale la pena ponerlo en conocimiento del lector que lee con sentido crítico cuando se hace la concesión de aceptar un indicador menos satisfactorio o con un grado menos específico de observación. El investigador habrá de eliminar casos cuando sea necesario, pero asumiendo que eso puede distorsionar su capacidad de sacar conclusiones. Los puntos de investigación cuyos requisitos operativos resultan más difíciles de satisfacer suelen ser aquellos en los que el comportamiento social y político es menos «normal» y su exclusión del diseño estrecha la amplitud de la variación y reduce la potencia de las asociaciones.

En este momento del ciclo de investigación el aspecto más temido es la *validez*. ¿Acaso las observaciones propuestas reflejan con exactitud y, por tanto, representan el significado de los conceptos que escogidos para soportar el peso de la explicación? Por muy precisas que sean las observaciones, por muy comparables que sean las unidades, por mucho que pueda reproducirlas otro investigador, si no son válidas, la investigación se atasca en uno de sus puntos más vulnerables. Tal vez el investigador haya descubierto algo importante y las asociaciones que revelan sus indicadores sean inatacables, pero no ha probado (o descartado) lo que estaba

previsto al empezar la investigación. Los resultados serán irrelevantes en el sentido más estricto del término. No enseñan nada nuevo sobre el tema, a menos que el investigador se base en el hallazgo casual (véase más adelante) y conceptualice todo el proyecto desde el principio.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Preste mucha atención a la correspondencia entre los conceptos iniciales y los indicadores o evaluaciones propuestos, comparándolos con otras investigaciones sobre los mismos temas o sobre temas relacionados.
- 2) Sea cauteloso con las especificaciones de las variables de indicadores empíricos que se aplican habitualmente entre las unidades para medir diferentes conceptos.
- 3) Asegúrese de que el concepto y su indicador o indicadores se aplican en el mismo nivel de análisis y de que son lo más parecidos posible en un nivel de abstracción.
- 4) Cuando estén disponibles, utilice operacionalizaciones alternativas de indicadores potenciales múltiples y, si es necesario, permita la «triangulación» entre ellas para resolver disparidades y mejorar su validez.
- 5) Como todas las cosas son iguales (aunque nunca lo son), es mejor que utilice indicadores no complejos en vez de complejos, puesto que los actores cuyo comportamiento está observando tendrán menos oportunidades de responder estratégica, ética o emocionalmente a su demanda de información.
- 6) Recuerde que existen varias maneras de evaluar la validez de los indicadores, que van desde el consenso entre respuestas independientes hasta la covariación entre diferentes medidas «internas» y, mucho menos fiable, la correlación con otros resultados hipotéticos «externos».

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Disponibilidad»: este indicador existe y otros lo han utilizado con éxito; por lo tanto, debe ser válido cuando lo aplique a su tema.
- 2) «Operacionalidad»: el investigador decide incluir en su análisis solo variables para las que ya sabe que existe un indicador válido (o aceptado consensualmente).
- 3) «Mimetismo»: a otros les fue bien utilizar datos para indicar un concepto similar al suyo, aunque se tratase de una teoría diferente; por tanto, usted puede utilizarlos para el mismo propósito.

- 4) «Ignorancia del principio de la duda»: si operacionaliza una variable invadiendo el mundo «real» de su correspondiente, puede ignorar la posibilidad de que su respuesta se contamine con las normas establecidas de corrección o con los cálculos estratégicos de interés, o de estar creando la variación, en vez de medirla.

MEDIDA

Llegados a este punto del ciclo, las alternativas vienen dictadas por las que el investigador haya escogido con anterioridad, ya fuese conscientemente de acuerdo con la especificidad de su problema o puzzle (espero que sea ese el caso) o que decidiese utilizar una tradición establecida de investigación, cuantitativa o cualitativa, y siguiese obedientemente sus dictados. Hay buenas razones para que el investigador «se deje ir» en ese punto. El uso de técnicas existentes e indicadores de observación para variables no solo ahorra mucho tiempo y preocupaciones, sino que también ofrece un elemento de «control de calidad» interno, siempre que las medidas que se utilicen sean válidas, es decir, que capten las características de la variable en que el investigador se basa para una eventual explicación. Cuando esto ocurre, la reproducción con éxito de investigaciones anteriores es un resultado muy deseable y personalmente reconfortante. Si el investigador decide inventar y aplica un nuevo indicador o, lo que es peor, una batería de indicadores —especialmente para medir algunas variables utilizadas con frecuencia—, tendrá que hacer un esfuerzo especial para justificarlo. Si no es así, corre el riesgo de confundir al lector en la etapa de las conclusiones: «¿Se trata realmente de algo realmente novedoso u obedece solo a un cambio en la medida?».

La discusión sobre la medida tiende a verse dominada por la distinción entre indicadores cuantitativos y cualitativos, con un sesgo en el mercado a favor de los primeros. No hay razón para sorprenderse, puesto que la mayoría de los textos sobre métodos han sido escritos por cuantificadores, los cuales poseen argumentos convincentes a su favor. Se dice que los datos numéricos son más *viables*, a saber, es más probable que los acepten observadores independientes; que son más *precisos*, es decir, es más probable que ayuden a alcanzar acuerdos entre unidades, y que son más *útiles*, a saber, más compatibles con las diferentes maneras de demostrar la asociación. Lo cierto es que las disciplinas de las ciencias sociales han tenido tendencia a asignar un «estatus científico» más elevado a la investigación cuantitativa que a la cualitativa y a premiar en consecuencia a quienes la practican.

Esto resulta lamentable por tres buenas razones: 1) ha animado a los investigadores a numerar las variables cuando la validez de su conexión con el concepto designado era dudosa; 2) ha dado lugar a la explotación de indicadores numéricos estándar, cuyos múltiples componentes son a menu-

do teóricamente disputables y cuyas combinaciones ponderadas son poco comprensibles para quienes las utilizan; y 3) ha desalentado el uso innovador de técnicas de observación más directas e imaginativas, precisamente para alcanzar cualidades inherentes en relaciones complejas y contingentes. Se puede asignar un número a cualquiera y a cualquier cosa, pero nada garantiza que la asignación produzca información relevante. Si estas cualidades son diferentes en clase (nominal) más que en magnitud (cardinal u ordinal), entonces y sea cual sea la regla de asignación, el número podría convertirse en una pieza inservible de desinformación. Lo que importa es la manera en que el investigador conceptualiza su tema, no las virtudes supuestamente superiores de una forma de medida con respecto a otra.

De todas las etapas del ciclo, esta es probablemente la más apropiada para el «hallazgo casual», puesto que el aprendizaje del proceso de investigación en sí mismo retroalimenta las alternativas anteriores y hace que el investigador introduzca mejoras en ellas antes de que la «dependencia del itinerario» esté completada. El investigador vuelve a estar en contacto con sujetos/agentes «reales» del tema tras haber pasado mucho tiempo tomado decisiones «disciplinarias» abstractas. Si tiene suerte, los sujetos/agentes le mostrarán directamente sus intenciones y percepciones e incluso pueden darle algunas opiniones sobre lo que les está preguntando y lo que se va a hacer con sus respuestas. Si la investigación se basa exclusivamente en fuentes secundarias o públicamente disponibles, tal vez en tales documentos haya «voces» que hablen en términos imprevistos. Por supuesto, hay una gran cantidad de «ruido» generado por los datos que el investigador está reuniendo y que produce una gran confusión cuando se yuxtapone al enfoque relativamente parsimonioso que el investigador ha estado aplicando al tema. No obstante, este debe mantener los ojos, los oídos y la mente bien abiertos a la búsqueda de sutilezas y sorpresas y estar dispuesto a introducir «correcciones sobre la marcha», aunque algunas lo lleven de regreso a los límites que había establecido inicialmente en torno al tema o a aspectos claves de su argumento original.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Ponga a prueba la fiabilidad de los indicadores, si es posible utilizando fuentes alternativas de datos o personas, con el fin de valorar los datos.
- 2) Si puede validar los requisitos, opte por medidas cuantitativas en vez de cualitativas, puesto que sus ventajas técnicas son considerables y se puede pasar con mayor facilidad de las primeras a las segundas.
- 3) Opte siempre por el nivel más elevado e informativo de las medidas (dada la naturaleza de la variable), puesto que luego podrá

cambiar a un nivel más bajo. Los datos cardinales siempre se pueden convertir en ordinales, y prácticamente cualquier cosa puede dicotomizarse o incluirse posteriormente en categorías nominales, mientras que la dirección inversa es imposible.

- 4) Dé instrucciones –incluso a sí mismo– sobre la asignación de la puntuación cuantitativa o las etiquetas cualitativas de la manera más transparente posible, para que las operaciones de medida se reproduzcan en el futuro.
- 5) Cuando trabaje en el macronivel de una sociedad o comunidad compleja, la mayoría de las variables contendrán múltiples componentes y estarán indicadas por medidas compuestas, lo cual obliga al investigador a prestar mucha atención a la integración de tales «escalas».
- 6) Especialmente cuando recoja información a lo largo del tiempo sobre procesos políticos o sociales, asegúrese de comprobar que los cambios no se deben a modificaciones de los instrumentos de observación en vez de a cambios en el comportamiento real.
- 7) Muchos instrumentos de medida están calibrados para registrar solo cambios en las variables importantes y a gran escala relativa, lo cual significa que no siempre registran sistemáticamente los cambios más modestos y graduales. Las «revoluciones» sociales y políticas se reconocen siempre; las «reformas» se reconocen mucho menos y únicamente cuando sus efectos se acumulan de tal modo que llaman la atención.
- 8) Antes de la recogida de datos trate de estimar dónde se encuentran con mayor probabilidad las fuentes de error y cómo afectarán a los resultados. Preocúpese menos de los errores aleatorios (que atenuarán posibles asociaciones) que de los errores sistemáticos (que sesgarán la dirección de los resultados).
- 9) Asegúrese que ajustar los datos o de corregir los errores para que estos cumplan mejor con las expectativas generales o con las hipótesis específicas del inicio del estudio.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Agrupamiento»: muchos conceptos son complejos y multidimensionales por naturaleza y, por tanto, solo pueden medirse por medio de indicadores igualmente complejos y multidimensionales, con independencia de la variación en sus estructuras internas y de la probabilidad de que se asignen idénticas puntuaciones a grupos con variaciones bastante diferentes.
- 2) «Longevidad»: siempre es mejor utilizar un indicador que se conoce desde hace tiempo, que se utiliza en diversos entornos de investigación y que ofrece al investigador una perspectiva a más largo

plazo, a pesar de la posibilidad de que durante ese periodo las técnicas de medida hayan cambiado y los significados ya no sean los mismos para los actores.

- 3) «Claridad»: es preferible que a cada variable se le asigne una puntuación específica y no ambigua, aunque el carácter de su conceptualización y su estatus teórico sean calculadamente «enmarañados» o «radiales».
- 4) «Reificación»: lo que el investigador está viviendo es idéntico a lo que ha conceptualizado que, a su vez, es idéntico a la manera en la que los actores «lo» perciben, con independencia de cuánto se pierde en la traducción mientras el investigador avanza desde un ámbito a otro.

PRUEBA DE ASOCIACIÓN

A estas alturas, el investigador tal vez haya perdido el control estratégico sobre su proyecto y es aconsejable que consulte un texto de metodología para saber cuál es la herramienta que mejor se adapta a los datos recogidos, eligiéndola entre todas las que sirven para poner a prueba la asociación, sean verbales o matemáticas, simbólicas o numéricas, paramétricas o no paramétricas.

Las variables se asocian de diferentes maneras. Por lo general, al sociólogo le interesa la *dirección*, es decir, si son positivas, negativas o nulas; la *potencia*, esto es, cómo afecta una variable a otra; y la *significación*, a saber, la probabilidad de que el resultado sea mero producto de la suerte. Puesto que la investigación es casi siempre y de modo inevitable «histórica», el *tiempo*, el *momento* y la *secuencia* de encaje de las variables también son importantes; de hecho, estas dimensiones cronológicas proporcionan la orientación básica sobre la presentación y defensa de los resultados.

Esto se debe a que los medios más potentes para poner a prueba la coordinación entre variables y, por tanto, para presentar los resultados, ha sido tradicionalmente el relato de una historia creíble en orden cronológico. Quizá en el interior de algunos nichos muy profesionalizados de la sociología y de la ciencia política, el arte de contar historias ya no se considera aceptable. Los integrantes de esos nichos, en su mayoría estadounidenses o extranjeros formados en Estados Unidos, han impregnado sus disciplinas de su profundo sesgo histórico. No solo interesa lo que sucede, sino cuándo sucede y en relación con todo lo ocurrido simultáneamente. Los propios actores no son meros receptores pasivos de una valoración, sino poseedores activos y reflexivos de dicha valoración. Recuerdan lo que ellos mismos y sus antepasados hicieron en otras épocas, y sus preferencias presentes están condicionadas por su conocimiento. En mi opi-

nión todavía no se han inventado medios para comprobar estas asociaciones, que a veces suplantán o incluso sobrepasan el relato cronológico al incluir sutilezas temporales en el momento preciso, y asimismo centran las múltiples variables que conviven en la complejidad de la mayoría de fenómenos sociales y políticos. La credibilidad de la narración de los resultados se verá considerablemente reafirmada si se insertan pruebas cuantitativas sobre asociaciones concretas en el relato básico de investigación. Las tablas cruzadas, las ordenaciones, las ecuaciones regresivas, los análisis de factores o de espacios reducidos, incluso los modelos matemáticos son de gran ayuda, sobre todo cuando se analizan temas muy circunscritos en el tiempo y en el espacio, susceptibles de descomponerse en unidades relativamente sencillas y repetitivas.

Incluso los científicos sociales y políticos que parten únicamente de datos cuantitativos se encuentran a veces con que dichos datos resultan útiles para narrar una historia creíble y situar las asociaciones establecidas y las conclusiones derivadas en cierto orden cronológico. La narración también sirve para llenar huecos entre causas y efectos mediante una descripción verbal de los mecanismos implicados, especialmente en el caso de fórmulas matemáticas y modelos formales que tratan estos intercambios como si se produjesen en el interior de «cajas negras» impenetrables (véanse Héritier, cap. IV, y Vennesson, cap. XII). Estos hallazgos de cuantificadores «duros» circulan solo entre pequeños grupos de iniciados y son incomprensibles para los demás; pero si los sociólogos y politólogos aspiran a iluminar e influir en amplios grupos de lectores, tendrán que aprender a narrar sus resultados o contratar a alguien capaz de traducir los resultados esotéricos de sus pruebas en historias inteligibles.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) No olvide la «prueba de impacto interocular», que consiste en revisar los datos –los diagramas de dispersión resultan particularmente útiles– y en hacerse una idea visual de lo que sucede entre las variables y en los casos.
- 2) Aplique siempre diferentes pruebas de funcionamiento y quédese con las mejores.
- 3) Si es posible (y lo será con los diseños cuantitativos), manipule el número eliminando uno o dos o dividiendo la muestra en submuestras por tamaño o localización; no se desanime si esto altera el resultado, pero trate de descubrir las variables que producen resultados diferentes.
- 4) Recuerde que la mayoría de las pruebas de asociación –cuantitativas siempre, cualitativas en algunos casos– son muy sensibles a los casos extremos, y hay que estar en condiciones de eliminarlas para

saber si la asociación entre las variables es persistente o significativa cuando solo se incluyen en el análisis las unidades más «normales».

- 5) Tenga en cuenta la dimensión temporal y compruebe si series de secciones sucesivas de datos cruzados –por ejemplo, a intervalos de diez años– producen asociaciones de igual potencia. Si no lo hacen, analice las variables intervinientes o contextuales que producen esos nuevos resultados.
- 6) Cuanto más se esfuerce el investigador por falsificar hipótesis iniciales en vez de verificarlas buscando todas las distribuciones favorables de datos, más convincentes serán sus pruebas de asociación.
- 7) El tratamiento de los casos «anormales», que no cuadran bien en el patrón general de asociación, se considera indicador de la seriedad con que el investigador acepta la tarea de falsificación. Si los ignora (o transforma su valoración), le preocupa en exceso la verificación; si los acepta, explota su contrariedad y trata de saber si cuestionan la hipótesis, se arriesgan a que lo tachen de «falsificacionista».

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Falsedad»: el investigador encuentra una estrecha asociación entre dos variables y comunica el hallazgo sin considerar que, si introdujese una tercera variable, podría explicar la variación en las dos primeras.
- 2) «Contingencia»: las asociaciones que encuentra son potentes y significativas, pero solo cuando se dan ciertas variables contextuales, generalmente no especificadas.
- 3) «Manipulación de la curva»: dado que siempre hay «ruido» y «error» en los datos, se pueden redondear las distribuciones transformando los datos brutos o eliminando los valores más atípicos para que todo cuadre de manera más «satisfactoria».
- 4) «Anacronismo»: sean cuales sean las asociaciones que satisfacen los criterios de la prueba y el periodo de tiempo de la investigación, los resultados que generan serán válidos.
- 5) «Adhocracia»: en un determinado nivel de abstracción y medida se pueden identificar todos los casos y utilizarlos para «explicar» las desviaciones del resultado previsto por las variables incluidas en el estudio.

CONCLUSIÓN CAUSAL

Esta etapa es, sin duda, la más azarosa y gratificante del ciclo de investigación. Es la etapa con menos directrices disciplinarias o académicas y, por tanto, la que posee el margen más amplio de posibilidades.

Muchos sociólogos abandonan el proceso antes de llegar aquí. Hacen observaciones precisas, publican descripciones empíricas y lo dejan ahí. Otros paran incluso en etapas más tempranas, sin haber generado ningún dato, contentándose con superar las posibilidades de un argumento o con definir su universo de aplicación. Los hay que van un poco más lejos y proponen pruebas numéricas y narrativas para el nivel y potencia de asociación entre variables. Pero se abstienen de abordar dos cuestiones adicionales: 1) la retrospectiva de *por qué* y *cómo* esas variables combinadas produjeron el resultado que constituía el tema de la investigación; y 2) la prospectiva de *cuáles* serán las consecuencias futuras y de *cuándo* tendrán lugar tales consecuencias.

Consideremos, por ejemplo, las actuales controversias sobre la investigación climática. Si los climatólogos y otros científicos se hubiesen limitado a archivar los informes que demuestran la subida de la temperatura en el planeta y la acumulación de sustancias químicas en la atmósfera, ¿se habría producido algún tipo de reacción? Todo el mundo aceptaba los hechos sin discusión. Pero cuando esos investigadores correlacionaron esos indicadores y *sacaron la conclusión* de que tras el aumento se escondía una relación causal que no se debía a la suerte o al destino, estalló la controversia. Cuando atribuyeron la principal causalidad a factores relacionados con la intervención humana y, más aún, cuando empezaron a publicar proyecciones amenazadoras sobre el futuro, abrieron la caja de los truenos.

No nos atrevemos a sugerir que los especialistas en ciencias sociales son los responsables de semejante controversia, pero sí deberían asumir una responsabilidad más modesta y explotar los datos al máximo; lo cual casi inevitablemente nos obliga a sacar conclusiones retrospectivas y (a veces) prospectivas. Basta con recordar cuántas veces hemos leído informes sobre investigaciones amplias y costosas para acabar preguntándonos «por qué» y «cómo». Los jóvenes investigadores tal vez crean que la situación les favorece, porque significa que hay gran cantidad de datos sin explotar a la espera de «análisis secundarios» a bajo coste. Pero resulta lamentable que los investigadores que iniciaron ese tema, lo conceptualizaron, seleccionaron los casos y reunieron los datos, no apurasen al máximo las conclusiones «ocultas» sobre la causalidad. Los manuales de sociología y ciencias políticas abundan en sabios consejos sobre los límites de dicha actitud. Con harta frecuencia los profesores de cursos de especialización y los directores de tesis proporcionan a los estudiantes fantásticos ejemplos de investigadores que sobrepasaron los confines de sus datos o ignoraron la contribución de otras variables para acabar llegando a conclusiones erróneas sobre causalidades o consecuencias.

La controversia que limita la mayoría de los debates sobre la conclusión o inferencia es su *generalibilidad*. Un investigador cauto, que saque conclusiones de los resultados y los limite a los casos investigados y al periodo de tiempo cubierto, tiene pocas probabilidades de enfrentarse a

críticas o de llamar la atención. Los especialistas en el tema, sin duda, tendrán algo que decir sobre la validez de los indicadores, la exactitud de las medidas y lo apropiado de las pruebas de asociación, pero el investigador no tropezará con problemas hasta que se atreva a generalizar en los contextos temporal, espacial o cultural, entrometiéndose en el territorio de otros. A nadie le gusta que le digan que un tema que considera suyo se puede explicar de otra manera, sobre todo cuando el que lo dice pertenece a otra escuela teórica o disciplinaria.

Existen buenas razones para esto. Aunque se nos antojen arbitrarias o anacrónicas (y algunas sin duda lo son), las líneas de especialización de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales sirven para imponer estándares profesionales a la acumulación del conocimiento. Las generalizaciones basadas en conceptualizaciones alternativas o en nuevos métodos deben estudiarse con cuidado. Sin embargo, es aquí donde está la materia que vale la pena, donde pueden hacerse contribuciones «seminales», siempre que el investigador esté preparado para enfrentarse a sus críticos.

La estrategia de selección de casos tendrá una función especialmente significativa. Los estudios de caso único no son buena base para generalizar, ni siquiera los «fundamentales». Los estudios con un amplio *N*, en principio más admisibles, presentan el inconveniente de que muchos casos tienen una dudosa (y supuesta) capacidad para actuar, y cabe la posibilidad de que bajo cualquier asociación surjan subgrupos de casos que la contradigan. Las muestras de tamaño medio basadas en el control de los «sospechosos habituales» (localización geográfica, tamaño, desarrollo, religión, área cultural) inhiben las generalizaciones por principio, a menos que se reproduzcan en diferentes muestras. De hecho, la reproducción es una potente herramienta, y no solo porque otros casos originan la misma dirección, magnitud y asociación significativa. Si el investigador demuestra que un patrón fiable se mantiene en diferentes niveles de integración dentro de la misma muestra, habrá llegado a la conclusión más exportable y concluyente.

Otras críticas son las acusaciones de sesgo al investigador, a menudo derivadas del contexto nacional o de la disciplina en que trabaja. Es humano que queramos descubrir lo que imaginamos en un principio para luego aplicar los resultados a otros lugares menos conocidos. Tal vez sea producto de la tendencia natural a «sobreobservar» lo que esperábamos encontrar y a «infraobservar» variaciones que no se esperaban. Junto a este «sesgo de confirmación de tipo I», también se producen errores de tipo II. En este caso, por alguna razón perversa, el investigador prefiere rechazar su hipótesis original y subestima el grado de asociación que realmente existe. No creo que las peculiaridades de las culturas nacionales o de las disciplinas académicas determinen estos errores frecuentes, pero no cabe duda de que existen.

La manera más segura de garantizar el respeto duradero a las deducciones de una investigación determinada —y de que el investigador se haga con

un lugar en el panteón de sociólogos notables— es ponerlas bajo la protección de una ley. Esa ley ofrece una explicación para un abanico mucho más amplio de fenómenos sociales o políticos, por ejemplo la ley del más fuerte de Darwin. Debe ser una ley ampliamente aceptada, aunque no por todos los notables anteriores y, a ser posible, no debe derivarse de la teoría con la que se inició la investigación. Aunque el investigador no alcance la gloria, no debe preocuparse, pues su contribución al conocimiento seguirá siendo significativa y le permitirá hacer carrera como sociólogo.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Añada variables explicatorias alternativas sugeridas por otros casos o experiencias (si están disponibles sin necesidad de llevar a cabo una nueva investigación) para descubrir si se mantiene la muestra original.
- 2) Compruebe sus datos restando subgrupos de casos de la muestra original para cotejar la consistencia de los resultados, sobre todo cuando cree que son universales pero tiene razones para sospechar que existen variaciones «regionales».
- 3) Procure no «anclar» sus deducciones basándose en una única asociación prominente entre variables a expensas de otras que lo son menos (y menos esperadas).
- 4) Cuando ensamble un grupo de conclusiones de un determinado proyecto de investigación, no privilegie ni atribuya mayor significación a los resultados más fáciles de documentar o más próximos a su propia experiencia.
- 5) Es arriesgado, pero basándose en deducciones a partir de un ejemplo dado, trate de predecir comportamientos análogos en muestras diferentes de personas o lugares que conoce; y, lo que aún es más arriesgado, aplique las deducciones obtenidas a la predicción de futuros resultados de las unidades que ha estudiado.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Triunfalismo»: el investigador encuentra algo significativo; por tanto, da por concluido el trabajo, aunque se trate del resultado de alguna variable que olvidó incluir y que puede ser muy importante en otros casos o ejemplos.
- 2) «Pago-Pagoísmo»: aunque piense que ha encontrado algo aplicable a todo, siempre habrá algún lugar que no conoce (o del que ni siquiera ha oído hablar) en el que el resultado no cuadra, y siempre aparecerá un colega que lo conozca y que le informe de su error.

- 3) «Excepcionalismo»: el investigador escoge estudiar un tema particular en un país concreto porque considera que el contexto es excepcional y, luego, pretende que los resultados sean universales.
- 4) «Replicabilidad cruzada»: las asociaciones entre variables cuya dirección es consistente, su magnitud potente y que resultan significativas en un determinado nivel de análisis, se reproducirán en otros niveles de integración, más altos o más bajos, dentro de la misma muestra.
- 5) «Disidencia cognitiva»: si las variables que «no deben» estar juntas aparecen asociadas, es consecuencia de algún error de medida no identificado o de una confusión conceptual, y por tanto el investigador se siente justificado cuando saca una conclusión excluyendo el caso o retirando la variable del análisis.
- 6) «Proximidad temporal»: el investigador opta por dar mayor prominencia e importancia a las asociaciones de variables más recientes y piensa que las asociaciones (o disociaciones) anteriores deben «descartarse».

AUTOEVALUACIÓN

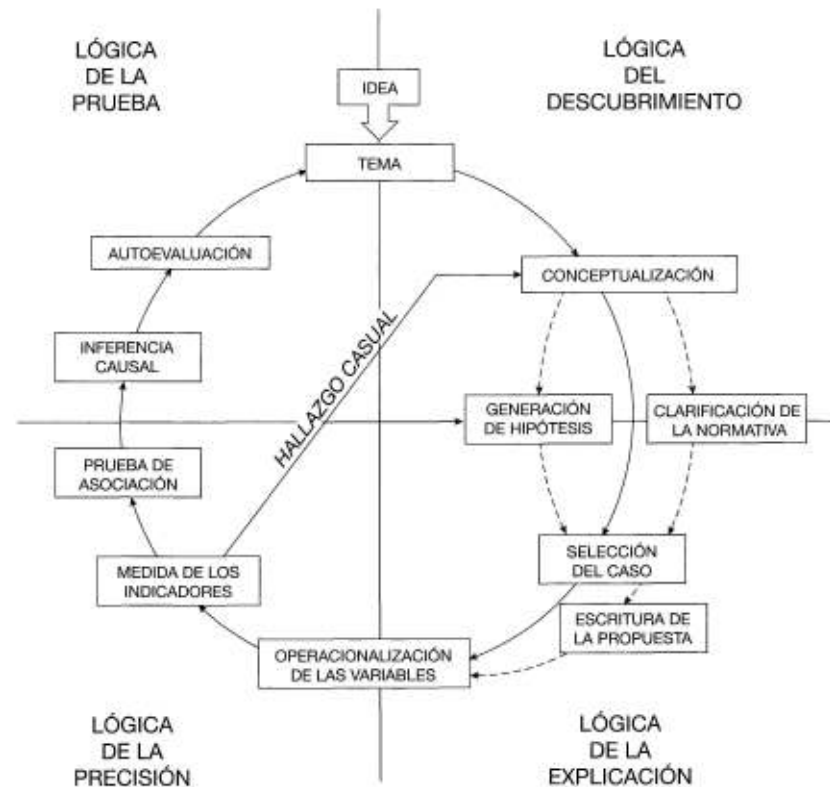
Cuando el investigador llega a la etapa del ciclo de investigación en la que decide dejarlo, el objetivo es muy sencillo: convertirse en el mejor crítico de su propio trabajo; anticiparse a todas las posibles objeciones en cada una de las etapas previas; cuando pueda, aplicar las correcciones apropiadas. Dado que esto casi nunca es posible, debido a las numerosas e irreversibles «dependencias» que se crean en el ciclo de la investigación, el investigador debe advertir al «lector que lee con sentido crítico» de que es consciente del defecto y de que ha tratado de no confundirlo magnificando su impacto. Por encima de todo, debe recordar desde el principio que ninguna investigación es perfecta y que todos los investigadores cometen errores. Es importante que recuerde la frase latina *errare humanum est* –equivocarse es humano– y que reconozca que el hecho de ser humano y de estudiar el comportamiento humano constituye una doble vulnerabilidad.

Mi propósito a la hora de escribir este capítulo ha sido el de ayudar al lector a convertirse en su mejor crítico.

CONCLUSIÓN

La investigación social y política se caracteriza por la diversidad de sus conceptos, teorías, diseños y lógicas. Solo unas pocas intervienen en el ciclo de la figura 14.1 y concluyen con deducciones empíricas sobre

Figura 14.3. El ciclo de la investigación social y política y sus cuatro lógicas



relaciones causales entre variables. Muchos investigadores escogen un tema en el que algo así sería prematuro o inapropiado, dado el nivel de su disciplina o su propósito al seleccionar un tema en particular. Puede que se salgan del ciclo relativamente pronto, a veces en la posición entre la 1 y las 3 de la tarde, a ser posible con una mejor comprensión de las relaciones genéricas y con un grupo más elaborado de hipótesis para investigaciones futuras. A otros les interesa más conocer las implicaciones éticas y normativas de esas relaciones, quizá explorando analogías con experiencias previas o suposiciones filosóficas previas. En la figura 14.3 he etiquetado este punto de salida como «lógica del descubrimiento», y la idea es que los que se salen ahí habrán añadido su contribución original tras descubrir relaciones empíricas o normativas previamente ignoradas o distorsionadas. Los capítulos de este libro escritos por Zoe Bray, Alessandro Pizzorno, Sven Steinmo y Rainer Bauböck re-

sultan especialmente útiles para quienes optan por abandonar el ciclo en este punto.

Muy pocos investigadores abandonan el ciclo entre las 3 y las 6 de la tarde¹. Contribuyen identificando el universo que rodea a los temas seleccionados, la selección de casos que representan distribuciones específicas de variables clave y el invento de nuevas maneras de definir esas variables insertándolas en teorías más completas. Lo más importante es que mejoran y pormenorizan la conceptualización previa de relaciones en torno a su tema de investigación; de ahí la idea de que siguen una «lógica de la explicación». Donatella della Porta, Peter Mair, Christine Chwaszcza y Friedrich Kratochwil presentan capítulos de gran interés; según ellos, la explicación no es un fin en sí misma, sino solo una condición previa y necesaria para pasar a la etapa siguiente, que exige la explicación de indicadores y la recogida de datos.

Son muchos más los sociólogos y politólogos que abandonan el ciclo después de las 6 de la tarde y antes de las 9 de la noche. Su investigación es fundamentalmente descriptiva. Aquí la preocupación reside en la validez de sus medidas y en la precisión de sus observaciones. Sin duda, han salido al campo, aunque solo sea al de la esquina, y generan nuevos datos sobre fenómenos sociales y políticos. También contribuyen al desarrollo de mejores instrumentos de observación y de indicadores más viables. El capítulo de Mark Franklin se ocupa principalmente de esa «lógica de la precisión descriptiva».

El capítulo de Adrienne Héritier es el que se acerca más a la «lógica de la prueba», aunque prácticamente todos los autores se ocupan, al menos tangencialmente, del polémico objetivo de las conclusiones empíricas sobre relaciones causales en ciencias políticas y sociales. Tal vez aquí resida la recompensa —desde luego, es donde se alcanza el más alto estatus de la disciplina—, pero solo unos pocos escogidos llegan a esta etapa del ciclo y aún así sus conclusiones dependen de que las reproduzcan otros investigadores.

El lector no debe desanimarse por eso. La investigación original sobre un tema que nos interesa es una aventura. Nos lleva en diferentes direcciones y podemos terminar en diferentes lugares. El punto de partida es determinante, pero en el investigador también influyen sus profesores y compañeros, así como las modas de la disciplina. Lo esencial es tener la mente alerta, confiar en las propias opciones y saber cuándo y dónde debemos salir del ciclo. Con este y otros capítulos del libro se pretende facilitar el viaje y, en última instancia, hacerlo más gratificante.

¹ Por desgracia, muchos serán de los que «hacen todo menos la tesis», pues se presentan con un diseño para una investigación previamente conceptualizada y podrían escribir una propuesta e incluso pensar en cómo poner en marcha sus variables, pero nunca encuentran el tiempo, los recursos o la energía suficientes para reunir los datos importantes y, mucho menos, para ponerlos por escrito.

ENFOQUES ETNOGRÁFICOS

Zoe Bray

INTRODUCCIÓN

Una vez aclarado el interés investigador de los investigadores en ciencias sociales, la siguiente tarea es encontrar la metodología más apropiada. En el presente capítulo exploraremos la metodología esencial del enfoque cualitativo en ciencias sociales: la etnografía. Su valor reside en la flexibilidad del proceso, que da preferencia a los resultados empíricos sobre las formulaciones teóricas. Se describe como un enfoque naturalista cuyas técnicas de recogida de datos y de análisis consisten en la observación participativa y en la realización de entrevistas abiertas. La etnografía es también una forma de narración que contiene una lógica de investigación fundamental para el enfoque cualitativo. La etnografía ofrece una contribución válida para las ciencias sociales que los investigadores de diferentes inclinaciones, cuantitativas y cualitativas, deben tener en cuenta.

Estampa 1

En un pequeño pueblo español un grupo de mujeres, acompañadas por unos pocos hombres y niños, caminan en silencio a lo largo de la calle principal, bordeada de espectadores locales. Conforme la tarde oscurece, las antorchas que portan iluminan sus coloridos ropajes de estilo medieval. Una investigadora, también vestida con ropas ceremoniales, camina junto a ellos mientras se dirigen a una amplia explanada. Una vez reunidos en dicho espacio, los miembros del grupo forman un círculo alrededor de una enorme pila de madera y helechos. Una anciana da un paso al frente y prende fuego a la pila. Chisporrotea una gran hoguera. Los miembros del grupo permanecen allí un rato, con las antorchas en la mano,

antes de continuar su procesión por el pueblo. La investigadora, que se mantiene en un discreto lugar junto a otros miembros del grupo, escucha atentamente las palabras que intercambian los demás participantes y observa las serias expresiones de sus rostros, iluminados por las llamas doradas de sus antorchas y de la hoguera. Graba mentalmente lo que observa. Después, por la noche en la intimidad de su habitación, lo escribe todo en un cuaderno de notas.

Estampa 2

En un coqueto apartamento de un suburbio anónimo de la Ciudad de México un investigador bebe el café de una taza que acaban de servirle los huéspedes que lo acogen, una pareja de mediana edad. No hace mucho que se han mudado aquí desde una zona rural del país. Saca un magnetófono de su bolsa y lo coloca sobre la mesa. Tras haberse asegurado de que funciona, el investigador le pide a la esposa que cuente la historia de su vida, empezando por donde quiera. La mujer se siente sorprendida y, desconcertada, le inquiriere: «¿No va usted a hacerme preguntas?». El investigador le responde que prefiere que *ella* le cuente lo que considere más importante, así como también lo que le parece más destacable de su vida actual en el nuevo hogar. Tras lanzar una mirada a su marido, la mujer parece haberse tranquilizado y empieza a relatar su historia. Conforme avanza, olvida gradualmente que sus palabras están siendo grabadas y habla con más libertad. Mientras la escucha y asiente de forma aprobadora, el investigador también toma notas mentales de los gestos que acompañan al relato.

Estampa 3

De nuevo en Europa, en una ciudad francesa de provincias, un grupo de huelguistas y de representantes sindicales están ocupando una fábrica. Las banderas con las insignias de los sindicatos de trabajadores de diferentes países ondean por encima de la multitud. Hay un sentido de la anticipación en las excitadas conversaciones que tienen lugar en las diversas lenguas de los allí presentes. Están aquí para discutir el proceso de negociación con los empleadores y para considerar las consecuencias del debate sobre los derechos de los trabajadores y las políticas de empleo. De pronto, una mujer vestida con un mono azul aparece por la puerta y la multitud guarda silencio. Avanza hacia el otro extremo de la sala saludando informalmente a su paso en francés y en inglés. Al llegar, se da la vuelta y, ya de cara a todos sus compañeros, pero ahora hablándoles principalmente en francés, les resume sus conversaciones con el Consejo Ejecutivo en calidad de represen-

tante del sindicato de trabajadores de la fábrica. El Consejo, les dice, solo está dispuesto a llegar a un compromiso bajo ciertas condiciones. A continuación le hacen preguntas y un hombre con bigote, también vestido con un mono azul y con un micrófono en la mano, traduce desde un rincón para los asistentes que hablan lenguas distintas del francés. Una investigadora, sentada entre los trabajadores, toma notas. Mientras escucha los intercambios, observa la interacción, el lenguaje corporal, las expresiones faciales y el lenguaje verbal que utilizan. Más tarde, la investigadora seleccionará a unos pocos de entre los participantes para pedirles, en grupo e individualmente, que le den sus impresiones sobre la reunión.

Estas estampas describen las principales técnicas de recogida de datos de la investigación etnográfica: observación de los participantes y entrevistas abiertas, discursivas y semidirigidas.

Todas ellas se utilizan en el trabajo de campo y luego se ponen por escrito y se analizan desde el punto de vista etnográfico. El trabajo de campo, destinado a adquirir un conocimiento profundo de la comunidad social y de sus individuos, lleva aparejada la adaptación a un área y a una cultura local, con entrevistas abiertas y la estancia del investigador durante un cierto tiempo entre los miembros de la comunidad. El conocimiento adquirido es «profundo» si se examina a un sujeto dado en el contexto de sus conexiones más complejas.

A pesar de que la etnografía se asocia convencionalmente con los antropólogos, resulta útil a los investigadores sociales de otras disciplinas. De la misma manera que en la introducción de este libro poníamos en entredicho la categorización excluyente de los enfoques cuantitativos y cualitativos en ciencias sociales, sostenemos aquí que tanto los sociólogos como los politólogos, por muy cuantitativa que sea su investigación, pueden aprovechar el enfoque etnográfico en ocasiones, al menos como algo que les ayude a analizar en profundidad diferentes detalles de su trabajo y como medio para dilucidar o ilustrar algunos aspectos de sus resultados. En este capítulo explicaremos el enfoque clásico de la investigación del etnógrafo. El estudioso deberá ser quien juzgue hasta qué punto le conviene (véase también Tarrow 2004).

La etnografía ocupa un lugar central entre las ciencias sociales debido a su carácter holístico y naturalista. El examen de un sujeto en su contexto natural es lo que constituye para nosotros un estudio profundo, holístico y naturalista. Ya se trate del estudio de las macroestructuras y los procesos que organizan o afectan a la sociedad —como la estratificación por raza, etnia, sexo y clase social; de las instituciones de naturaleza social, religiosa, política comercial— o de microprocesos como las interacciones interpersonales y la socialización de los individuos, la etnografía juega un importante papel. A los sociólogos y politólogos les interesa la dinámica de la interacción entre las personas: las múltiples maneras en que se ejer-

ce el poder, formal e informalmente, vistas y no vistas, directas e indirectas, y el modo en que esa dinámica determina las relaciones entre los territorios de la cultura, la economía y la política. La etnografía proporciona un enfoque para la recogida y el análisis de datos de forma flexible, la cual contribuye al conocimiento de la dinámica del mundo social humano que el investigador encuentra en el curso de su investigación (Campelli 1996).

En este capítulo revisaremos lo que entendemos por enfoque etnográfico y explicaremos algunos rasgos de las técnicas principales de recogida de datos: la observación participativa y las entrevistas abiertas, incluidas las entrevistas discursivas y las semidirigidas. La etnografía también incluye el proceso de redacción de lo investigado. El enfoque particularmente filosófico de la investigación y del tratamiento de los datos recogidos es inherente a la etnografía.

¿QUÉ ES LA ETNOGRAFÍA?

La etnografía ocupa un lugar de excepción entre los métodos cualitativos de las ciencias sociales y se relaciona con los enfoques descriptivo e interpretativo. La investigación cualitativa se ocupa de los resultados alcanzados por medios ajenos a la estadística. Tal como se ha explicado en el capítulo introductorio de este libro, la investigación cualitativa es exploratoria, mientras que la investigación cuantitativa es concluyente. La investigación cuantitativa se ocupa del qué, del dónde y del cuándo. Por el contrario, la investigación cualitativa investiga el por qué y el cómo de la acción social.

Sin embargo, dentro del por qué y el cómo existen varias técnicas, muchas de las que son cuantitativas. El qué, el dónde y el cuándo producen a veces respuestas más complejas y abiertas de lo que se esperaba. Por ello, como han señalado Della Porta y Keating en el capítulo II, resulta engañoso presentar la investigación cualitativa y la cuantitativa como categorías mutuamente exclusivas. Al contrario, son enfoques complementarios que pueden utilizar de forma intercambiable las técnicas asociadas a una u otra.

Mientras que los métodos son solo maneras de obtener datos, la metodología trata de utilizar los métodos para resolver cuestiones epistemológicas teóricas. Para alcanzar una comprensión completa de un sistema dado es necesario prestar atención tanto al comportamiento como a las ideas y obtener informaciones de naturaleza «dura» o «blanda». Se comprende mejor a un sujeto social cuando se le observa desde puntos de vista generales y particulares con datos empíricos. Un investigador que estudie, por ejemplo, cómo afectan los antecedentes sociales y económicos de los niños a su futuro profesional podrá recoger estadísticas que abarquen a un gran número de niños, plasmar en gráficos las profesiones y los ingresos de sus padres, así como la trayectoria educativa de padres e

hijos, sus actividades y su movilidad cultural y social de manera sistemática. El investigador también puede seleccionar a unos cuantos niños y, mediante una observación participativa y entrevistas, explorar la dinámica social en la que se mueven esos niños y también sus padres. A través de la segunda modalidad, el investigador será capaz de proporcionar una comprensión más contextualizada de los datos recogidos que mediante la primera modalidad. De manera similar, un investigador interesado, por ejemplo, en las nuevas posibilidades de participación política que ofrece internet, contará el número de páginas web de carácter político, la cantidad de veces que se accede a ellas, y quiénes lo hacen; o examinará el caso de unos cuantos usuarios de internet y sus opciones políticas concretas. Mientras que la primera modalidad ofrece una visión completa y general del fenómeno, la segunda ofrece una comprensión profunda del desarrollo de ese proceso. Ambos enfoques se iluminan entre sí y contribuyen a un análisis completo en cualquier proyecto de investigación.

El enfoque etnográfico es intrínsecamente sensible a las sutilezas y a la complejidad de la vida social humana de una manera que el enfoque cuantitativo no puede hacerlo. Un investigador que realice su trabajo con métodos cuantitativos perderá muchas sutilezas de la expresión humana, porque sitúa sus resultados en categorías basadas en los propósitos, por muy profundos que estos sean. El investigador ignora las sutilezas, los silencios expresivos y las insinuaciones de los informadores, pues los considera datos blandos y, por tanto, poco fiables desde el punto de vista científico. Sin embargo, las ciencias sociales no pueden reducirse a métodos cuantitativos para estudiar personas, culturas y las complejas construcciones de significado a través de las cuales se comunican (Klandermans y Staggenborg 2002).

En el siguiente apartado estudiaremos la etnografía como enfoque y explicaremos sus principales características naturalistas y holísticas, que se presentan en un proceso de investigación de tres pasos intercambiables. Luego pasaremos a los métodos etnográficos y a su redacción, para terminar con un análisis sobre la ética como parte integrante de la disciplina de la etnografía.

Hay que señalar que la investigación etnográfica no se limita, como tradicionalmente se ha supuesto, al trabajo de antropólogos y especialistas universitarios en estudios culturales. La etnografía es útil para los estudiosos de todas las disciplinas de ciencias sociales que utilizan otros métodos sistemáticos, pues les permite enriquecer sus trabajos, en particular en situaciones en que los resultados se basan en corazonadas, sentimientos o impresiones difíciles de probar en un marco sistemático (véanse Schmitter, cap. XIV; Franklin, cap. XIII; Vennesson, cap. XII y Héritier, cap. IV). Aunque siempre se ha asociado la etnografía con microestudios, grupos sociales marginales y a pequeña escala y con estudios de caso único, puede aplicarse en diversos contextos y en diferentes niveles de comparación, asociada con otros métodos.

Enfoque naturalista

El enfoque etnográfico es naturalista porque aborda la sociedad tal como es, sin influir en ella ni controlarla. Su objetivo consiste en comprender el comportamiento en su contexto habitual, frente al de un entorno abstracto o de laboratorio, y en interpretar el significado que las personas otorgan a sus experiencias. La investigación etnográfica, aunque científicamente motivada, se realiza con una perspectiva humanista, profundizando desde la empatía en la complejidad cultural y el mundo político de las personas.

Así, la ceremonia que observó la investigadora en la primera de las estampas anteriores muestra códigos de comportamiento fundamentales para la comprensión de la dinámica de esa sociedad. Dicha ceremonia, que tuvo lugar durante las fiestas de un pueblo del País Vasco español cercano a la frontera francesa, se representaba por segunda vez. Había sido concebida y organizada por un grupo de lugareños que defendían la representación tradicional de una procesión durante las fiestas del pueblo con un desfile de hombres locales vestidos de soldados, en el cual la única participación femenina se limitaba a mujeres vestidas de enfermeras y mascotas, una por cada compañía militar. Quienes se oponían a este enfoque tradicional argumentaban que en el mundo actual era inadmisibles que no se permitiese a las mujeres formar parte en el desfile militar en condiciones de igualdad con los hombres y que se las relegase al degradante papel de elementos decorativos. Los defensores de la procesión tradicional respondieron que la tradición, a pesar de la modernidad y de la igualdad sexual actual, no podía cambiarse. Si se exigía más participación femenina debería hacerse respetando la tradición. Y por eso organizaron un nuevo desfile en el que las mujeres eran las principales protagonistas, como pudo comprobar nuestra investigadora. En dicho desfile, las participantes representan otra escena que ocurrió en el mismo momento histórico que la celebrada por los lugareños: el ataque de las mujeres contra un enemigo extranjero que había sitiado el pueblo. Mientras que los varones locales se levantaban en armas, las mujeres distrajeron a los enemigos con antorchas y los condujeron hasta las afueras del pueblo. Pero la solución no satisfizo a los oponentes locales, y los partidos locales se inmiscuyeron en el debate. Ha habido acusaciones de todo tipo, desde tildar de ultraconservadores a los defensores de la tradición, y a sus oponentes de forasteros, extremistas de izquierda y simpatizantes con el terrorismo. Para aclarar un conflicto tan complejo, en el que no solo están en entredicho asuntos de género, sino también de identidad nacional y de experiencias contra la globalización, la investigadora tenía que involucrarse y, de ese modo, observar con mayor facilidad las tensiones representadas y el poder que estaba en juego.

La investigación etnográfica implica una exploración de la cosmogonía de una sociedad, del sentido que las personas dan al mundo en que viven, y de cómo se relacionan entre sí y con personas diferentes, según sus creencias. A través de generalizaciones descriptivas y del desarrollo de interpretaciones explicativas sobre el funcionamiento de las sociedades en contextos y en periodos de tiempo concretos, el investigador trata de descubrir lo común y las variaciones entre las sociedades y sus trayectorias a lo largo del tiempo. Al asumir la existencia de un vínculo intrínseco entre lo que se observa objetivamente y la interpretación subjetiva que se le da, el investigador explica el significado que las personas dan a los objetos según sus creencias y las convenciones de la sociedad. De ese modo, la realidad se aprecia como inseparable de la experiencia humana, y el conocimiento solo existe en un contexto social.

Enfoque holístico

La investigación etnográfica es holística porque se basa en la idea de que una cosa solo se puede comprender en su totalidad cuando se observa como parte de un «todo», asumiendo que ese «todo» es más que la suma de sus partes. A pesar de que la idea de «totalidad» es ilusoria (véase Schmitter, cap. XIV), la premisa de la investigación etnográfica es que, al estudiar un fenómeno en su propio contexto dinámico, se comprende mejor que si se examina aislado —puesto que todo existe en relación a otras cosas— y se reduce sistemáticamente a una lista de fórmulas abstractas.

Los etnógrafos se sumergen en el contexto de los fenómenos que estudian. Cualquiera que realice un estudio sobre el comportamiento de los aficionados al fútbol, por ejemplo, asistirá a un partido y formulará preguntas abiertas a los presentes para comprender su comportamiento. Las respuestas a tales preguntas no son las mismas en el contexto de un partido que si se plantean en un entorno neutral desprovisto de la emoción que empuja a los aficionados a manifestarse. De manera similar, en el caso de nuestra segunda estampa, la investigadora puede proseguir su estudio observando a la mujer en los diferentes contextos en que habitualmente se mueve y que son, por tanto, importantes para una comprensión más completa de quién es como miembro de una realidad social, cultural y política. Estas observaciones y este «conocimiento de los antecedentes» (Cicourel 1991) complementan los datos obtenidos en las entrevistas. Sin embargo, un investigador que utilice técnicas de entrevistas más cuantitativas, como los cuestionarios o las preguntas cerradas, para estudiar el mismo asunto, obtendrá datos efectivos sobre la movilidad y las acciones de la mujer y su familia, pero no conseguirá entender algunas respuestas que quizá no estén claras, ciertas afirmaciones ambiguas o determinados silencios que a veces son muy reveladores. En dichas situaciones, el in-

investigador ha de conformarse con suposiciones sobre el significado de dichas actitudes, sin posibilidad de aclararlas en el rígido marco cuantitativo en que se mueve.

Apertura teórica y reflexión personal

Buena parte de la investigación se ocupa de poner a prueba teorías formales (véanse Schmitter cap. XIV, y Hérietier cap. IV). Esto significa que el investigador se acerca al objeto de estudio con expectativas sobre lo que va a encontrar y con un conjunto predefinido de conceptos. Por el contrario, la investigación etnográfica adopta una posición explícitamente abierta, lo cual significa que el investigador no busca manifestaciones específicas que sigan una idea preconcebida de lo que es, por ejemplo, la «identidad» (Bray 2004, 2006). Este tratamiento preconcebido de la identidad es muy frecuente entre los investigadores que la dan por cosa hecha, como si fuese un conjunto específico de características, en vez de considerar los mecanismos que configuran el concepto y lo convierten en realidad. En palabras de Brubaker y Cooper, confunden la identidad con una categoría de la práctica y una categoría del análisis (2000, p. 5). Esta idea preconcebida marca el tono de muchas investigaciones y las falsea desde el inicio.

En el trabajo etnográfico es fundamental que el investigador reflexione antes de iniciar la investigación sobre la propia conciencia y su formación cultural y, por tanto, sobre su capacidad para interpretar un entorno que le es ajeno. El investigador se aventura en el campo de una *tabula rasa*, con intención de abrirse a lo que encuentre para aceptarlo según sus propios términos más que en los que tiene de antemano. Solo tras un periodo de tiempo familiarizándose con el entorno social está en condiciones de decidir cuáles son las investigaciones que vale la pena continuar y los informantes que merecen un análisis. Igualmente, el investigador debe abstenerse de nociones ideológicas preconcebidas que no solo podrían conducirlo a imponer sus propios valores, sino también a favorecer el punto de vista y el estilo de vida de un cierto grupo de personas, mientras se olvida de otros y permanece insensible a los juegos de poder. Un enfoque como este achica la amplitud de miras de la interpretación y produce resultados sesgados.

Un proceso en tres pasos

El enfoque etnográfico de la investigación implica tres pasos fundamentales: formulación inicial del asunto a investigar e identificación del objeto de la investigación, recogida de datos, y descripción escrita y análisis del material empírico. Aunque cada paso conduce al siguiente, todos requieren

que el investigador reflexione y revise su enfoque, contribuyendo de esa manera al refinamiento final del estudio (véase Pizzorno, cap. IX).

En el primer caso, el investigador se centra en los denominados «conceptos sensibilizadores», contrarios a los «conceptos definitivos». En vez de prescribir lo que se debe observar, como ocurriría con los conceptos definitivos, los conceptos sensibilizadores indican al investigador hacia dónde debe mirar.

En la fase de recogida de datos, el etnógrafo trata de conocer a fondo el objeto de estudio, básicamente exponiéndose a diversas situaciones durante un periodo de tiempo significativo. Debe reconsiderar cualquier idea preconcebida acerca del objeto, adaptándose a los procesos de observación participativa y a las entrevistas. Cardano denomina «supeditación al objeto» (2003, p. 19) a esta particularidad de la investigación etnográfica durante el periodo de trabajo de campo. Como la inmersión total es a veces bastante intensa, se recomienda que el investigador entre en el campo y salga de él a intervalos regulares para tomarse un respiro y reflexionar con ponderación sobre la situación que está estudiando.

El enfoque etnográfico también exige la presencia continua del investigador en la recogida de datos y en el proceso analítico. El investigador debe saber que, al implicarse en el trabajo de campo, se convierte en una variable independiente del estudio que está en marcha. Las personas perciben la presencia del investigador. Por tanto, para continuar la gestión naturalista, el investigador debe tener en cuenta este factor. Aunque en algunos casos su presencia se olvida o pasa inadvertida —lo cual representa una ventaja en el estudio, según el asunto investigado— también resulta ser interesante observar las reacciones de los demás ante su presencia.

La cultura y la educación del investigador determinan su relación con los informadores (Touraine 1981, p. 37). No puede evitar que lo identifiquen con los contextos culturales, sociales e históricos de los grupos a los que pertenece, de la misma manera que los individuos que él estudia tampoco pueden separarse de sus grupos. «Comprender», escribió Gadamer (1979, p. 158), «implica una comprensión previa que, a su vez, está prefigurada por la tradición concreta en la que el intérprete vive y forma sus prejuicios». «La historia del individuo», según Bourdieu (1977, p. 86), «no es más que una especie de concreción de la historia colectiva de su grupo o clase social». Por tanto, debe tener en cuenta que en la recogida y análisis de datos, por muy empáticos que hayan sido estos gracias a sus esfuerzos sobre el terreno, la interpretación también estará influida por sus propios antecedentes culturales y sus inclinaciones personales.

Aquí, en la tercera fase, es donde tiene lugar la narración etnográfica por escrito. Este proceso implica la toma de notas durante el trabajo de campo y dar forma de redacción analítica al manuscrito final. El investigador incluye sus resultados y los analiza, siempre de manera exploratoria y con una reflexión personal. La experiencia del investigador se vuelve objetiva en el

proceso de tomar notas y observaciones en la fase exploratoria inicial de la investigación. En esa etapa es fundamental que el investigador tenga en cuenta su posición en la sociedad estudiada y el papel que representa su propio sentido de la identidad y su capacidad para interpretar el mundo que lo rodea. De esa narración surgen nuevas preguntas y, de acuerdo con ellas, el investigador reflexiona y cambia la dirección de su estudio. Esta flexibilidad, junto con la reflexión personal, es uno de los principales rasgos que imprimen carácter al valor de la investigación etnográfica.

MÉTODOS ETNOGRÁFICOS

El enfoque de investigación etnográfica es esencialmente naturalista; por tanto, también lo son sus métodos. La observación naturalista implica el estudio de cualquier sujeto en su hábitat natural, en el cual se desenvuelve sin intervención externa. La observación participativa y las entrevistas permiten una comprensión de la perspectiva de la persona en el contexto de su vida cotidiana. Una investigación etnográfica eficaz exige el tiempo necesario para percibir expresiones humanas sutiles (Wolcott 1999). Por eso, también se la conoce como investigación longitudinal, en la que un estudio continuo y a largo plazo de un área o de un grupo de personas constituye la base de la recogida de datos. Como el investigador hace preguntas amplias que permiten a quien contesta respuestas en las que escoge sus propias palabras, un enfoque longitudinal del trabajo de campo permite al investigador calificar su comprensión durante el proceso de investigación con preguntas exploratorias adicionales.

Observación participativa

La observación participativa es la técnica principal de recogida de datos en investigación etnográfica. Exige al investigador implicación con la comunidad de personas que estudia, moverse en su entorno natural y durante un amplio periodo de tiempo (DeWalt y DeWalt 2002). El investigador estudia a los individuos en su propio espacio y dimensión temporal, alcanzando una íntima y cercana familiaridad con ellos y con sus prácticas (Rabinow y Sullivan 1987). En ocasiones llega a aprender la lengua local para comprender mejor a las personas en sus propios términos e introducirse con mayor eficacia en su marco mental.

Esta técnica, originalmente desarrollada para el trabajo de campo por antropólogos como Malinowski y Boas, y por investigadores de estudios urbanos de la Escuela de Sociología de Chicago, se utiliza ampliamente hoy día en otras disciplinas de las ciencias sociales debido a su capacidad para hacer frente de manera no cuantificable a expresiones complejas de la vida

humana. Y así, el sociólogo Lichterman descubrió que la observación participativa era fundamental para su investigación del individualismo en el activismo medioambiental; gracias a este método, logró «descubrir el modo en que las personas construyen esas identidades en entornos de vida cotidiana y crean vínculos de comunidad política» (1995, p. 240). En lo que respecta a los difusos datos que a veces se obtienen en entrevistas debido a la confusión por parte del informador a la hora de identificarse como actor político, señaló «la necesidad de comprender el habla en el contexto de la acción y de la interacción cotidianas si queremos ver cómo las implicaciones se convierten en solidaridades del grupo» (*ibid.*).

La observación participativa puede tener varios grados, desde un contacto formal regular con algunos miembros de una comunidad a una inmersión larga y completa. No existe una manera estándar de llevarla a cabo, puesto que depende de las experiencias del investigador sobre el terreno, de cómo su itinerario investigador está determinado por las decisiones que toma y por encuentros y acontecimientos casuales mientras se encuentra en el terreno. Los métodos de observación participativa son, por tanto, necesariamente plurales (Dal Lago y De Biasi 2002, p. xvii) y en su trabajo de campo el investigador ha de adoptar un enfoque flexible para detectar con sensibilidad los factores de interés.

Los amplios periodos de tiempo que pasa con las personas objeto de estudio permiten al investigador obtener una información detallada y precisa sobre ellas. De ese modo se eliminan ideas y prejuicios preconcebidos del investigador, a veces inconscientes, y puede penetrar eficazmente en el pensamiento de sus informadores y comprender sus acciones, sus actos fallidos y su manera de pensar. Los detalles observados se comprenden mejor durante un largo periodo de tiempo, de la misma manera que detalles escondidos, como el comportamiento tabú o el desciframiento de complejidades, solo se descubren con tiempo suficiente.

Al participar en la interacción social, el investigador obtiene más datos. También descubre discrepancias entre lo que los participantes dicen y creen que debe suceder y lo que sucede de verdad, o entre diferentes aspectos del sistema formal. Esto contrasta con el método cuantitativo de realizar encuestas con respuestas únicas a una serie de preguntas. Aunque tales respuestas puedan ser consistentes en un momento concreto, probablemente solo ofrecen una visión parcial de la realidad, ya que a veces existe un conflicto entre diferentes aspectos del sistema social o entre representaciones conscientes y comportamientos menos conscientes en una exploración posterior.

Si volvemos a la primera estampa constatamos que, al participar en la ceremonia, la investigadora comprende mejor las entrevistas que ya había realizado a algunas participantes. Las entrevistas posteriores estarán mejor formuladas que si no hubiese participado. Mediante su observación participativa ha adquirido un conocimiento más profundo de los asuntos relativos

a la sociedad que está estudiando, lo cual le permite acercarse aún más a la raíz del estudio. Igualmente, en la tercera estampa la investigadora observa a un grupo de personas que discuten puntos comunes que les preocupan como grupo. Las observa individualmente mientras se fija en cómo sus interacciones constituyen la dinámica del grupo y el intercambio colectivo de ideas y de toma de decisiones. Un investigador interesado en comprender los movimientos sociales desde el interior se beneficia significativamente de una exposición como esta. Determinados índices de la dinámica de esos contextos salen a la luz en este caso mediante el uso de diferentes lenguas. Tras proceder al seguimiento de varios de individuos después de la reunión mediante un trabajo de observación participativa y entrevistas, se comprenden mejor los patrones de la interacción.

Durante la observación participativa el investigador desarrolla cierto grado de empatía con el objeto de estudio. El esfuerzo consiste en que llegue a «formar parte de la comunidad» en vez de considerarla como un mero objeto de estudio, para comprenderla mejor. Sin embargo, esto provoca a veces un dilema personal en el investigador: ¿Qué significa realmente formar parte de la comunidad? ¿Hasta qué punto debe el investigador integrarse y convertirse en un «nativo»? El sociólogo Bertaux ofrece este consejo aparentemente simple, pero muy válido: «Sé tú mismo» (1999, p. 76). El investigador no necesita una mimesis total para convertirse en alguien parecido a sus informadores, pues corre el riesgo de perder su propia identidad y, con ella, la habilidad de analizar racionalmente su objeto de estudio. Por esta razón es preciso insistir en que ha de poseer un potente, pero abierto, conocimiento de sí mismo, de quién es y de cómo se sitúa frente a sus informadores, y ello con vistas a apreciarlos de manera más efectiva, con empatía y sensibilidad, sin sacrificar un pensamiento independiente. Es fundamental que el investigador se reserve cierto grado de distancia para poder realizar un análisis científico imparcial (Hastrup y Hervik 1994).

El punto de vista del etnógrafo habrá de ser el de alguien «de dentro» (*emic*) y «de fuera» (*etic*) (Agar 1996; Roper y Shapira 2000) (véase también http://es.wikipedia.org/wiki/Emic_y_etic [N. del T.]). Al adoptar ese punto de vista *emic* y *etic*, se busca un equilibrio entre subjetividad y objetividad (Bourdieu 1977) con vistas a desarrollar una comprensión holística del objeto de estudio. El investigador tiene que comprender a sus sujetos desde dentro, especialmente con las experiencias y los puntos de vista de las personas, y al mismo tiempo debe analizarlas crítica e imparcialmente desde fuera.

Durante el trabajo de campo, el investigador hará inevitablemente más amistad con unas personas que con otras, y ello debido a afinidades personales. Es difícil dar consejos desde el exterior en ese caso; será el propio investigador quien decida cómo gestionar relaciones particulares con diversos informadores sin dejar de lado las posibles consecuencias éticas y pro-

fesionales. Por ejemplo, cuando el investigador pasa más tiempo con ciertas personas porque desarrolla una amistad con ellas, no debe sorprenderse si otros informadores a los que le gustaría acceder no aceptan comunicarse con él en los términos deseados (véase Whyte 1994). Todas esas situaciones no solo influyen en la calidad de los resultados, sino también en la dirección última y el enfoque que adopte el proyecto (Adler y Adler 1987).

En ocasiones es aconsejable que el investigador se tome un descanso tras largos periodos de trabajo de campo y regrese al entorno académico. Esa distancia le permite recuperar la perspectiva y minimizar su implicación emocional en el sujeto de estudio. El cambio de la práctica a la teoría le lleva a reconsiderar adecuadamente cada cosa (Briggs 1986), reflexionar sobre las observaciones realizadas durante el trabajo de campo de manera objetiva y subjetiva, y reconsiderar sus marcos teóricos para refinarlos. El regreso al terreno tras intervalos regulares también le permite ver el objeto de estudio con una mirada fresca, apreciar aspectos que no había considerado antes y observar los cambios que, sin duda, se han producido (Wengle 1988).

La participación observadora, que es una variante de la observación participativa, se utiliza para describir el trabajo de campo en contextos en los que el investigador tiene una implicación personal fuera del marco inmediato de su trabajo académico. Es el caso, por ejemplo, de la investigación de una comunidad minoritaria con la que el investigador posee vínculos de afinidad. La pertenencia parcial o total a la comunidad o subcultura objeto de investigación ofrece un acceso distinto a la comunidad, y al mismo tiempo conforma las percepciones del investigador de forma totalmente distinta a la de alguien ajeno. Sirve de ilustración la antropóloga social Lila Abu-Lughod, de padre norteamericano y madre palestina; esta antropóloga estudia las diversas experiencias de las mujeres en el mundo musulmán actual. Su estatus de mujer con vínculos personales en Oriente Próximo no solo le facilitó el acceso al núcleo del sujeto de estudio, sino también una admisión más rápida en ese mundo y ganar la confianza de sus miembros (Abu-Lughod 1988). En este caso, un estatus como el suyo es una ventaja. Sin embargo, en otras ocasiones supone una desventaja para realizar una investigación imparcial. Por ejemplo, ocurre así en el caso de un investigador con simpatías nacionalistas que estudia temas de identidad y política en una comunidad minoritaria o temas de inmigración en su país de origen. En el primer caso, el investigador tal vez sienta empatía por ciertas expresiones y dificultades de la comunidad y se muestre insensible a otras, quizá más útiles, manifestación de otros miembros de la comunidad que el investigador no reconoce como tales. En el segundo caso, se arriesga a producir una normativa y un proyecto sesgado por el propio interés.

Lo fundamental en este estilo tan personal de practicar la investigación es que el etnógrafo desarrolle sensibilidad y racionalidad, ambas cosas necesarias para leer con imparcialidad las situaciones. Porque muchos

aspectos de la vida social no se pueden dividir en pedazos como si se estuviese en un mundo cuantitativo ideal; el trabajo del etnógrafo consiste en seleccionarlos de la manera más científica posible. Los presagios no emocionales que el investigador haya desarrollado durante su experiencia en el campo y en el entorno académico adquieren así un valor digno de consideración científica. Por último, en calidad de ser humano, al investigador solo le queda la opción de «hacer lo que pueda», como decía Bertaux, procurando mantenerse siempre atento y con una mentalidad lo más abierta posible.

Asimismo, es aconsejable que, cuando el investigador se halle sobre terreno, haga una pausa en sus lecturas académicas para sumergirse en el mundo que está estudiando sin verse influenciado por consideraciones teóricas. Conviene que lleve siempre consigo un cuaderno de notas, en el cual escribirá todas sus observaciones e impresiones.

Entrevistas

Las entrevistas sirven para profundizar en el conocimiento desde el interior de la comunidad que se estudia. Permiten al investigador obtener un conocimiento más completo del papel del individuo como actor social (Spradley 1979; Crapanzano 1992; Fowler y Hardesty 1994). Las entrevistas complementan la observación participativa al permitir que el investigador verifique lo que dicen las personas y lo compare con lo que hacen realmente (Spradley 1980; Burawoy, Burton, Ferguson *et al.* 1991, p. 20).

Las entrevistas se realizarán en diversos momentos durante el trabajo de campo y pueden utilizarse diferentes formatos, según las necesidades del investigador. En la investigación etnográfica prima la entrevista abierta, bien sea discursiva o semidirigida. Por discursiva entendemos una entrevista como la de la segunda estampa, en la que la mujer empieza a relatar sus impresiones personales como quiere y escoge lo que considera importante. Esta técnica la utilizan sobre todo los investigadores que prefieren los relatos biográficos o las historias personales. También se utiliza para que el informador se sienta cómodo y hable libremente, recurriendo a referencias que le son familiares. Una entrevista como esta se vuelve semidirigida cuando el investigador formula preguntas más concretas, centradas en temas relevantes para su estudio. En tal caso, sigue siendo abierta, pues no es necesario que el entrevistado responda en un marco restringido como el de las entrevistas con cuestionario previo.

La formulación, el orden y la escala de preguntas en las entrevistas abiertas y semidirigidas son fundamentales para el éxito de estas. Debe tenerse en cuenta que los antecedentes de los entrevistados influyen en su interpretación de las preguntas. Estas han de ser neutrales, conformes al resultado que se busca. Una pregunta sesgada anima a responder de una

manera específica; incluso las preguntas que no son sesgadas pueden crear expectativas en quienes las responden. El orden o el agrupamiento «natural» de las mismas es relevante, de igual modo que el carácter de una pregunta altera a veces la respuesta de otra posterior. Las palabras utilizadas deben ser sencillas, sin jerga técnica ni especializada, y el significado de las preguntas claro. Las palabras ambiguas, las estructuras verbales equívocas y negativas dan lugar a malentendidos e invalidan los resultados de la entrevista. Las dobles negaciones deben reformularse de manera afirmativa. Las preguntas contingentes o de seguimiento son aceptables si quien responde da una determinada respuesta a una pregunta anterior, y por tanto lo cual el investigador ha de evitar las preguntas irrelevantes. El investigador también necesita desarrollar la capacidad de improvisación para juzgar por sí mismo, y a partir de sus observaciones anteriores, determinar si ciertas preguntas son válidas para un entrevistado concreto.

Las entrevistas abiertas son la principal técnica de la investigación etnográfica precisamente porque permiten que los entrevistados digan lo que consideran relevante e importante para ellos. Las preguntas abiertas no sugieren opciones ni categorías definidas. Los entrevistados ofrecen sus propias opiniones sin la limitación de una serie dada de respuestas posibles. No obstante, dentro de este formato flexible, el etnógrafo ha de imponer cierto orden en toda la información que recoge para gestionar el exceso de información, cuya relevancia habrá de juzgar conforme progresa su trabajo de campo.

Existen varios tipos de preguntas abiertas. Por ejemplo, unas preguntas completamente desestructuradas consistirán en preguntar la opinión del entrevistado sobre un tema en particular o en explorar cuál fue la consideración más importante a la hora de tomar una decisión. El investigador trabaja de acuerdo con lo que le dicen sus informadores y dirige la discusión hacia las áreas que quiere explorar en profundidad. Esta dirección se realiza de varias formas, mediante el uso de preguntas abiertas y siguiendo un patrón que imita a la experiencia, como este: «¿Qué hizo usted cuando llegó?» o «¿Cómo se sintió entonces?». Por ejemplo, un investigador interesado en el estudio del discurso de los políticos regionales europeos podría empezar así: «¿Que significa la idea de Europa para usted?», «¿Qué importancia tiene en su trabajo?», «¿Qué es lo que hace que la referencia a Europa valga o no la pena para usted?». Según las respuestas que reciba, el investigador continuará con ejemplos y explicaciones más concretos.

La selección de informadores depende del objetivo de la investigación, pero ha de ser amplia. Por ejemplo, para comprender un conflicto local conviene observar, no solo a quienes están directamente implicados en él, sino también a las personas que no lo están, para que ofrezcan su experiencia desde fuera. El investigador también ha de decidir si selecciona a los entrevistados de acuerdo con categorías tales como sexo, edad,

clase económica, grupo social y antecedentes, dependiendo de su importancia con respecto al tema estudiado. En el caso de la segunda estampa, es decir, un estudio sobre la política de inmigración centrado en la experiencia de familias rurales que han emigrado a la ciudad, el investigador debe decidir por sí mismo si es más conveniente utilizar a la esposa o al marido como informadores. Muchos de estos casos los resuelve el olfato del investigador conforme avanza en su exploración del terreno. El valor científico de su estilo y de sus sensaciones se juzga de acuerdo con su capacidad para justificar sus actos en el campo y para explicar las situaciones observadas, así como sus impresiones. Esto se realiza en el proceso de redacción etnográfica, que se explica más adelante.

Al realizar la entrevista, el investigador se adapta a la situación, procurando fomentar una actitud de confianza en cada tipo de persona. Por eso, la técnica a utilizar varía desde la breve conversación informal a entrevistas más largas y dirigidas, que se graban *in situ*. En la estampa, el investigador le pide a la mujer que le cuente su historia en presencia del marido. Otra posibilidad es que el investigador invite a la mujer a que hable por su cuenta, si cree que así lo hará más libremente que con el marido delante. El investigador debe tener en cuenta que las respuestas cambian según el contexto en el que se celebra la entrevista. Para que el entrevistado se sienta más relajado y sea menos consciente de lo que está haciendo, el investigador buscará la situación más propicia, a ser posible procurando que el entrevistado se someta a entrevistas informales en entornos sin rigidez (Kvale 1996).

La grabación de entrevistas es fundamental, pero el investigador juzgará si hace falta grabarlo todo. Es de vital importancia dejar constancia de las condiciones y circunstancias en las que tiene se celebra la entrevista y de la sensación general de la misma. Si el investigador puede utilizar una grabadora, tanto mejor. Sin embargo, a menos que esté pronunciando un discurso o analizando el lenguaje, el carácter científico de la entrevista depende no tanto de la grabación exacta de las palabras del entrevistado como de lo que este dice, incluido el modo de formular las ideas, y la elección de palabras y expresiones. Lo mismo se aplica a la transcripción de las entrevistas. En mi experiencia personal, una grabadora a menudo entorpece la espontaneidad de los intercambios verbales con los entrevistados, aunque estos olviden que los están grabando. Aprendí muy pronto a guiarme por mi propio olfato para anotar la información recibida de la forma más rápida, ya fuese *in situ* o procurando recordarla para guardarla posteriormente en el ordenador portátil. Naturalmente, a veces las citas no eran textuales –*ad verbum*–, pero la esencia de lo que me habían contado permanecía y, en medio de descripciones más extensas, los antecedentes personales y sociales de los entrevistados y el contexto en el que me había encontrado con ellos, las citas conservaban toda su validez y legitimidad como datos para mi análisis final.

Por último, el etnógrafo ha de anotar todo con rapidez y brevedad, meditar luego sus notas, y prácticamente «dormir con ellas» (Demazière y Dubar 2000, p. 296). Si revisa escrupulosamente los datos, si los compara con otros resultados y si, siempre que sea posible, los verifica de nuevo con los entrevistados, el etnógrafo estará utilizando los datos de manera científica.

NARRACIÓN Y ANÁLISIS ETNOGRÁFICO

La palabra «etnografía» proviene del griego antiguo (*etnos* + *grafos*) y significa «lo que se escribe sobre las personas», si bien puede adoptar la forma definitiva de documental cinematográfico o cualquier otro tipo de medio audiovisual. La etnología es la síntesis comparativa de la información etnográfica. La etnografía es la vía principal que el investigador tiene para recoger y analizar los datos durante el trabajo de campo. Se compone inicialmente de notas de campo con una mezcla de citas provenientes de informadores, descripciones de acontecimientos y comportamiento de los informadores, así como impresiones personales y preguntas (Sperber 1974, p. 13), todo ello elaborado en forma de reflexión personal. Ese discurso reflexivo da validez científica al proceso de recogida de datos (Altheide y Johnson 1994). Las notas etnográficas adoptan a veces forma de diario. Cuando se cita a los informadores, el investigador habrá de aclarar en qué contexto se expresan. Las notas etnográficas incluyen cualquier otro material que el investigador considere relevante durante su trabajo sobre el terreno, incluidos datos cuantitativos como estadísticas, pero también objetos, fotografías y filmaciones.

Ya fuera del terreno, en un entorno académico, el investigador procede a «limpiar» el material etnográfico y a reescribir sus descripciones e interpretaciones con un estilo coherente, ayudado por referencias a su propia reflexión y por recordatorios regulares sobre el carácter personal de las impresiones del investigador. Se manifiesta así la habilidad del investigador para relativizar y, sobre la base de su propia reflexión y del largo periodo sobre el terreno, para producir una evaluación justa (Altheide y Johnson 1994; Richardson 1994). Cuando se construye la interpretación de un texto, hay que explicar por qué es apropiada dicha interpretación, así como por qué se han descartado otras interpretaciones alternativas o, en palabras de Gadamer (1979), hay que «justificar lo que no es correcto». Conforme el investigador va ofreciendo sus descripciones como parte del análisis, lo hará sobre la base de conceptos sensibles, agrupándolos por temas, actores, situaciones y cualquier otra división que surja sobre el terreno.

El manuscrito, una vez revisado y provisto de un estilo adecuado, se convierte en una narración crítica y analítica de la cultura, la sociedad o la comunidad estudiadas y de los temas con ellas relacionados. En la narración

etnográfica final hay descripciones extensas y breves de la comunidad examinada por el investigador, es decir, se trata de un proceso que va de lo general a lo específico y que describe el sujeto estudiado en su propio contexto.

Existen diversas maneras de hacerlo, dependiendo del estilo que adopte el investigador, ya sea este narrativo (el investigador cuenta la historia), discursivo (el informador cuenta su historia) o intercalando estampas ilustrativas o historias con sus análisis correspondientes. Las estampas cuentan acontecimientos específicos, momentos que reflejan los temas estudiados por el investigador. Tratan del comportamiento y de las reacciones de los individuos ante circunstancias concretas y de su relación con otras personas e ideas. En estas descripciones, el investigador mencionará todos los detalles reveladores. Los detalles superfluos se dejarán de lado, a saber, si una mujer lleva un vestido azul y habla diferentes lenguas, solo se comentará si los detalles ayudan al lector a situar a la persona en el análisis, si al investigador le interesan los símbolos y la función de estos en un entorno cultural determinado y si revelan la interacción entre las personas objeto de estudio. Por último, el estilo narrativo no solo se dirigirá al lector ordinario, sino también a las analizadas.

Ética

La ética es un aspecto fundamental de la etnografía. El investigador, como persona que se introduce en las vidas de los individuos que estudia, tiene una importante responsabilidad para con ellas. Es fundamental que sea transparente en su investigación y sus relaciones con los informadores. Cuando se trate de aspectos privados de sus vidas o de hacer públicos ciertos resultados, el investigador deberá solicitar permiso. También le incumbe explicar con la mayor claridad posible el sujeto de su estudio y su interés por integrarse durante un tiempo en una comunidad dada. En situaciones de conflicto, los sujetos investigados podrían solicitar al investigador que tome partido o que exprese su opinión sobre la situación local en calidad de «experto» en la materia. Y tendrá que responder en tono neutral, considerando la complejidad de la situación y dejando claro que simplemente explora las diferentes dinámicas de interacción en ese caso particular y su aplicación a las relaciones humanas en diferentes circunstancias.

En las entrevistas, las preguntas no deben ser demasiado íntimas o indiscretas; pero se plantearán según el grado de confianza desarrollado con el entrevistado. También compete al investigador respetar la confidencialidad. Al describir la vida privada e íntima de algunos informadores, será aconsejable que preserve su anonimato y utilice nombres ficticios. No obstante, dichos nombres deberán reflejar el aspecto cultural de la persona en cuestión, con el fin de que invoquen la idea esencial que transmite el informe etnográfico definitivo.

CONCLUSIÓN

Hemos descrito la etnografía como enfoque y método. La etnografía, ciencia social que aspira a adquirir un conocimiento más profundo de la comunidad social y del individuo como miembro de la sociedad, realiza su tarea mediante el trabajo de campo, con entrevistas abiertas realizadas por el investigador, el cual debe pasar un cierto tiempo interactuando con miembros de la comunidad. La etnografía se ocupa asimismo de la presentación escrita de los resultados de la investigación.

Debido al carácter esencialmente holístico y naturalista de la etnografía, fundamental para una comprensión completa del ser humano como sujeto social, ocupa un lugar central en las ciencias sociales y políticas. Proporciona una metodología de recogida de datos y análisis de los mismos de forma flexible, en consonancia con el carácter intangible y la compleja dinámica del mundo social humano que encuentra el investigador en su proceso de estudio.

A pesar de que la etnografía se ha asociado habitualmente con los antropólogos, es un enfoque y un método de investigación útil para sociólogos y politólogos o especialistas de otras disciplinas. Sus principales métodos de investigación nos ayudan a entender los resultados e ilustrar de forma más vívida el trabajo.

En la actualidad, asumimos que la representación de un hecho social se realiza desde un punto de vista particular. La ventaja de la etnografía como herramienta de investigación queda clara en ese momento: gracias a su énfasis en el contexto y en la reflexión personal del investigador, la etnografía explica el punto de vista de este al hacer su interpretación. Los presentimientos y los matices que el investigador ha ido recogiendo durante su investigación, tal vez no tengan validez alguna o se integren difícilmente en otros métodos de investigación. Sin embargo, con el enfoque etnográfico y todo lo que conlleva —observación y reflexión cercana y empática—, dichos resultados adquieren el peso científico justo.

COMPARACIÓN ENTRE ENFOQUES, METODOLOGÍAS Y MÉTODOS. CONCLUSIONES FINALES

Donatella della Porta y Michael Keating

LOS ENFOQUES Y SUS DIFERENCIAS

Como hemos visto en la introducción, este libro es un alegato contra la construcción de barreras impenetrables entre los distintos enfoques, pues estamos convencidos de que el conocimiento en las ciencias sociales es una empresa colectiva que se construye por medio de diversas técnicas, metodologías y métodos.

La investigación en ciencias sociales consta de tareas diferentes y de momentos distintos, desde la selección de un problema para convertirlo en objeto de análisis hasta la elección de casos y unidades de análisis, la recogida de datos y el análisis de los mismos, pasando por el desarrollo de teorías y de conceptos adecuados. A pesar de que en cada proyecto de investigación hay que respetar todas estas tareas, los trabajos individuales privilegian solo algunas. Unos se orientan al desarrollo de nuevos conceptos, otros buscan explícitamente la teorización, otros se centran en el trabajo de campo y producen nuevos datos; los hay que utilizan técnicas sofisticadas para el análisis de los datos y lo que, por fin, se limitan a las cuestiones normativas.

Los trabajos de investigación, incluso los más sobresalientes, se recuerdan generalmente por su contribución original a una o a varias de estas tareas. Algunas aportaciones destacan por la sistematización de nuevos conceptos (por ejemplo, el concepto de un repertorio de acción colectiva, de Charles Tilly), y otras porque establecieron una nueva teoría sobre un macrofenómeno (como el trabajo sobre los orígenes de la democracia, de Barrington Moore Jr.). El valor de otras investigaciones estriba en la presentación de nuevas bases de datos (por ejemplo, en el caso de encuestas de valores o estudios electorales), mientras que otras utilizan bases de datos ya existentes, pero con el objetivo de desarrollar nuevos instrumentos de análisis de las mismas.

Las subdisciplinas se diferencian por la atención que prestan a los diversos pasos de la investigación. Sociólogos y politólogos dedican mucho esfuerzo al desarrollo de los conceptos y la teorización deductiva, mientras que los metodólogos hacen hincapié en la importancia de la recogida y el análisis de los datos. A pesar de que la influencia estadounidense desde la década de los cincuenta del pasado siglo ha ejercido un efecto homogeneizador sobre la sociología y la ciencia política, sigue habiendo cierta verdad en la estereotipada opinión de que la cultura anglosajona presta más atención a la investigación empírica y a la construcción de la teoría en el continente europeo. En el ámbito nacional, disciplinas relativamente jóvenes como la sociología y la ciencia política reflejan el efecto de las diferentes disciplinas que las alimentaron: por ejemplo, la filosofía en Italia frente al derecho en Francia en lo relativo a la ciencias política (Favre 1985; Morlino 1989). Dejando a un lado la dependencia de la trayectoria heredada del pasado, la proximidad de otras disciplinas «hermanas» contribuye a aclarar las vías que permitieron a ciertos especialistas desarrollar sus preferencias. El individualismo metodológico es una base para teorizar mediante modelos que se parecen mucho a las ciencias económicas. La atención que se presta a las instituciones y a la cultura (véanse, respectivamente, los capítulos de Steinmo y Keating) acusa mayor influencia de los enfoques históricos. El presupuesto epistemológico sobre la necesidad de «comprender el mundo antes de cambiarlo» —tal como lo expresó el politólogo francés Pierre Favre— cuenta con el apoyo de los teóricos normativos, pero también de los especialistas en ciencias de la administración, más interesados en la importancia política de las ciencias sociales. Los investigadores cualitativos prestan más atención a la conceptualización en forma de desarrollo de «conceptos sistematizados», mientras que los cuantitativos centran sus desvelos en la operacionalización (es decir, en la elección de indicadores) (Adcock y Collier 2001).

De ello se deriva que cada proyecto sólido de investigación está en deuda con el trabajo de otros especialistas. Tomamos como referencia las teorías ajenas, adoptamos conceptos desarrollados por otros (ya sea inductiva o deductivamente), utilizamos debates anteriores sobre problemas y soluciones en la recogida de datos, aplicamos técnicas de análisis con una larga trayectoria de pruebas y errores. Cada trabajo de investigación mejora solo marginalmente los temas relacionados con la claridad teórica y el conocimiento empírico.

En resumen, las ciencias sociales son una empresa colectiva en la que se necesitan diversas habilidades y mucha comunicación entre los estudiosos. Pero semejante afirmación no es tan obvia como parece. La investigación metódica tiene el mérito de mejorar las reflexiones metodológicas, pero está lejos de producir un entendimiento recíproco entre los investigadores que utilizan métodos diferentes. Los estudiosos más centrados en los métodos (los que «tienen conciencia de los métodos») suelen criticar a sus ad-

versarios de manera radical y tramposa. Y así, una parte descarta los enfoques «interpretivistas» y los tacha de discursos subjetivos y acientíficos, mientras que otra desprecia los enfoques «positivistas», tildándolos de remedo ilusorio de las ciencias naturales. Existe una tendencia recurrente a ofrecer interpretaciones simplistas de autores clásicos (Van Langenhove 2007). A veces, la tergiversación es deliberada. Con gran frecuencia dicha tergiversación se debe a la ignorancia de los progresos en la otra rama, de su sofisticación y de su éxito a la hora de superar limitaciones anteriores. Incluso la palabra «teoría» se utiliza de distinta manera. Para algunos significa la conformación del comportamiento social con vistas a la explicación y la predicción científica. Para otros se refiere a la reflexión normativa que hunde sus raíces en la filosofía y en las humanidades. A su vez, la «teoría crítica» se contrapone a ambas interpretaciones.

Frente a tal estado de cosas, lo que pretendemos con este libro es facilitar la comunicación y sobrepasar los estereotipos, mostrando respeto por la pluralidad de enfoques en ciencias sociales. El pluralismo de estas páginas emerge en primer lugar de la combinación de capítulos, con un afán explícito por cubrir los diferentes pasos de la investigación de acuerdo con los distintos enfoques epistemológicos. En esta empresa, tal como hemos dicho antes, ha sido de gran ayuda la participación de investigadores que utilizan diferentes perspectivas y nos presentan, «desde dentro», sus experiencias con enfoques y métodos. En segundo lugar, durante la redacción de este libro (al igual que ocurre en otras empresas sociales), surgió un capital social de confianza recíproca que facilita el desarrollo, si no de un acuerdo completo, sí al menos de una comprensión mutua de las preocupaciones y retos provenientes de otros enfoques. En los diversos procesos de reescritura, los capítulos empezaron a «hablar» cada vez más entre sí.

Las diversas contribuciones de nuestro libro dejan claro que no existen diferencias de comprensión en la lógica y la práctica de las ciencias sociales. Las divergencias importantes afloran en las tensiones entre el deseo de generalización y la aceptación de la complejidad. Hérítier es tan explícita en su preferencia por la construcción de (posibles) afirmaciones con valor de ley como Kratochwil a la hora de prevenirnos contra la ilusión de estas. Incluso en el estilo narrativo, la presentación que hace Kratochwil de «lo que es (y lo que no es) el constructivismo» privilegia la crítica filosófica de la visión ontológica de la realidad como algo (más o menos) integrado por el conocimiento de las ciencias sociales. No niega que el propósito de las ciencias sociales sea la comprensión, pero conceptualiza la lógica y los límites de la explicación propia de las ciencias sociales y subraya su diferencia frente a las dominantes en las ciencias naturales. Vemos una diversidad similar en la concepción del propósito de las ciencias sociales si contrastamos la lógica del modelo en la teoría del juego, tal como se presenta en el capítulo de Chwaszcza, con una comprensión del comportamiento individual basado en la búsqueda de reconocimiento

en el análisis sociológico de Pizzorno. En ambos enfoques se reconoce el papel de la intermediación humana, pero los postulados sobre lo que motiva a las personas (así como sobre la posibilidad de someter dichas motivaciones a escrutinio empírico) difieren mucho. La concepción de la ciencia como algo neutral, en vez de normativamente orientado, también representa, como señala Bauböck en su capítulo, una diferencia relevante en el pensamiento y la práctica de las ciencias sociales.

Hay diferentes matices en el seguimiento de los pasos que construyen un diseño de investigación por parte de investigadores de tradiciones distintas. Tanto Kratochwil como Mair reconocen la importancia de la tarea de conceptualización, pero el primero define los conceptos como filtros necesarios entre el mundo y el conocimiento que tenemos de este y reconoce su peso normativo (algo que también hace Bauböck), mientras que el segundo está menos interesado en saber dónde se originan los conceptos y se centra más en la construcción de un vocabulario común que permita la acumulación del conocimiento. En el desarrollo de los modelos explicativos que guían la investigación empírica, la concepción de causalidad se desplaza: entre el foco (parsimonioso) sobre las relaciones entre variables que presenta Hérítier y el intenso seguimiento de procesos históricos al que recurre Vennesson. En estas perspectivas tan diferentes también está en juego el reconocimiento de la comprensión de acontecimientos específicos (a veces definidos como «N-único») en cuanto objeto legítimo de las ciencias sociales, y dilucidar si el análisis descriptivo debe ocupar en la jerarquía un lugar inferior a la inferencia causal. Una diferencia similar de enfoque se observa en la manera en que Schmitter y Della Porta abordan el tema de la selección de casos y, sobre todo, la conceptualización de los mismos. Schmitter, más partidario de la generalización, sugiere que se aumente el número de casos siempre que sea posible y, sobre todo, «que se sustituyan las variables por nombres adecuados». Por el contrario, Della Porta defiende la distinción tradicional entre comparación por variables y comparación por casos, dadas las diferentes (y legítimas) suposiciones que acompañan a ambas estrategias. Por último, con respecto a los métodos de comparación, los capítulos de Franklin sobre las técnicas cuantitativas y de Bray, sobre las cualitativas dejan claras las diferencias existentes, no solo en el tratamiento de las pruebas empíricas, sino también en la concepción cómo del trabajo de campo y en su relación con la teoría.

Aunque esas diferencias persisten, hay posibilidades de diálogo entre enfoques y metodologías. Mair y Kratochwil consideran que la conceptualización es un paso básico en la investigación y en la teoría, los capítulos sobre la teoría del juego y la teoría del reconocimiento hacen hincapié en motivaciones individuales, tanto el análisis causal como los estudios de caso desarrollan el seguimiento de procesos como una herramienta metodológica, Schmitter y Della Porta coinciden en la legitimidad de empezar y dete-

nerse en diferentes momentos temporales del «reloj de la investigación», Franklin y Bray señalan la importancia del trabajo que respeta el método.

También hemos identificado puntos de encuentro entre diferentes enfoques, incluso cuando no son complementarios. Chwaszcza nos conduce a través de la elección racional y de la teoría del juego y termina señalando la importancia de las instituciones, con lo cual conecta con las inquietudes de Steinmo y Hérítier. Bray, al situar en su contexto las percepciones y motivaciones de los individuos, ayuda a abrir la «caja negra» de Hérítier, a pesar de que la propia Hérítier se basa más en postulados de elección racional. Keating aporta la cultura y los valores como factor en la motivación, lo cual permite responder preguntas que la elección racional y la teoría del juego no se plantean, a saber, por qué las personas quieren hacer ciertas cosas. Vennesson y Hérítier explican el «seguimiento del proceso» como un modo de conectar acontecimientos y de construir vínculos causales. Bauböck muestra cómo surgen cuestiones normativas durante la investigación empírica y, aunque algunos científicos sociales insisten en que deberían excluirse, explica su incorporación al diseño de la investigación. En estos puntos de encuentro entre teorías y enfoques es donde se genera el trabajo más interesante y rompedor de las ciencias sociales.

¿ADÓNDE VAMOS Y CÓMO?

Queda un punto importante por resolver: ¿Es posible reconocer todas las diferencias señaladas anteriormente y seguir creyendo en la posibilidad de una empresa común que utilice los diferentes enfoques, o la única solución realista consiste en buscar una coexistencia pacífica basada en una especie de «acomodo»? Una respuesta posible, como sugiere Bauböck, es considerar las ciencias sociales acumulativas, aunque no de forma lineal. La triangulación metodológica podría ser otra manera de avanzar (véase Della Porta y Keating, cap. II). Algunos especialistas entienden que lo más sano es una especie de monismo metodológico y lamentan los ataques tanto de los teóricos generales como de los metodólogos cualitativos (desde etnógrafos a sociólogos históricos) contra el «positivismo» (Goldthorpe 2000, p. 5). Según esta perspectiva, las opiniones diferentes son incompatibles y las terceras vías que apelan al pluralismo se nutren de una retórica engañosa (*ibid.*, especialmente el cap. 4). Generalmente, depende de si nos inclinamos por ver los descubrimientos científicos como algo supeditado a procesos ordenados y bien estructurados o como un «desorden» contingente (Law 2004); de si nos inclinamos por verlos como resultado de una investigación en busca de la «única teoría verdadera sobre el universo» o como la aceptación de que si «persisten teorías en apariencia tan bien formuladas sobre el mundo en apariencia no es tanto porque hayamos descifrado cómo es el mundo sino porque las hemos adaptado al mundo» (Hacking 1992, p. 3).

Para responder a estas preguntas conviene que reflexionemos sobre algunas tendencias que intensifican la separación entre los exponentes de distintos enfoques y métodos, pero sin dejar de reflexionar sobre otras que refutan dicha separación. Una es la creciente sofisticación metodológica existente en el interior de cada grupo –la cual exige una dedicación cada vez mayor al aprendizaje de los recursos técnicos básicos–, junto con el aumento de teorías y del conocimiento empírico en cada campo. El conocimiento profesional aumenta de manera exponencial y exige cierto grado de especialización. Tal como reconocerían los politólogos y los sociólogos si reflexionasen sobre su propia profesión como sistema social, es la política (o, dicho de otra manera, los juegos de poder) quien se encarga de producir y consolidar las «fracturas sociales». Ya hemos mencionado algunas tendencias a la profesionalización, con revistas, asociaciones, cursos de verano y departamentos especializados. Todo esto crea muchas vías para la consolidación de cada enfoque, pero menos espacio para la fertilización cruzada entre ellos. La dinámica del conflicto fortalece esas «identidades» en la competición por obtener los escasos recursos existentes, y los debates metodológicos se convierten en guerras sagradas en el interior de los departamentos, las revistas y las asociaciones profesionales, así como entre todos ellos. El estereotipo del «otro» conduce a su estigmatización y, a veces, a eso que los criminólogos llaman «perversión secundaria». Si la especialización reduce la capacidad para comprender el trabajo de los demás, la dinámica del conflicto reduce incluso el interés por comunicar.

Por fortuna, esta sombría imagen solo muestra una parte del debate de las ciencias sociales, puesto que hay tendencias contrarias y favorables a la fertilización cruzada. La europeización y el conjunto de fenómenos que acompañan a la etiqueta de la «globalización cultural» han facilitado la comunicación transnacional y la aparición de una curiosidad intelectual que trasciende fronteras. Se ve con especial claridad en la Unión Europea, donde aunque el poder académico sigue estructurado desde la perspectiva nacional, han aumentado los encuentros internacionales en todas y cada una de las etapas de una carrera académica. Incluso los escépticos admiten que las nuevas tecnologías han cambiado nuestra concepción de los espacios. Ya sea porque la globalización representa –o no– una nueva realidad social o solo una nueva comprensión de las ya existentes, lo cierto es que pone en entredicho el conocimiento adquirido y la capacidad de algunas categorías, como por ejemplo los estados o las clases sociales (por citar solo dos conceptos críticos en ciencias políticas y sociología). Todo ello conduce a la convergencia de esfuerzos desde las diferentes disciplinas para que reflexionemos sobre los retos a que se enfrenta el estado del bienestar frente a los cambios demográficos, sobre los problemas de las democracias representativas para ocuparse del creciente poder de las corporaciones económicas, o sobre las dificultades de los estados-nación para afrontar nuevas configuraciones de poder en múltiples nive-

les. Por último, ya sea *per amore o per forza*, estos nuevos retos –a los que los investigadores interesados en la resolución de problemas son especialmente sensibles– han conducido a una creciente investigación cruzada entre naciones, casi siempre bajo patrocinio de organizaciones internacionales, lo cual ofrece ocasiones para la interacción y la comunicación.

La combinación de métodos diferentes (especialmente cualitativos y cuantitativos) para incrementar la validez y evitar los sesgos de cada enfoque se ha tachado de ingenua, «dadas las diferentes e inconmensurables presunciones ontológicas y epistemológicas asociadas a diversas teorías y métodos» (Blaikie 1991, p. 115). El eclecticismo por sí solo es una equivocación, y las pruebas acumuladas sobre la base de conjeturas epistemológicas muy diferentes no generan más confianza en los resultados. Sin embargo, tal como hemos manifestado en otra parte de este libro (cap. II), hay lugar para la síntesis, la triangulación, las perspectivas múltiples y la fertilización cruzada. Si regresamos a las preguntas formuladas y en la introducción (cap. I), veremos que los diferentes métodos pueden ser igual de válidos según la pregunta que hayamos planteado. Por tanto, lo que se necesita para «salvar la distancia entre lo cuantitativo y lo cualitativo» (Tarrow 2004) es el reconocimiento de la importancia de las diferentes preguntas, por ejemplo, los efectos estructurales y las percepciones individuales de ellas, o las continuidades y los cambios. James Mahoney y Gary Goertz (2006) reconocen la legitimidad de dos enfoques principales para la explicación: el cualitativo –es decir, la búsqueda de explicación de algunos resultados en casos individuales (un enfoque de «causas-de-efectos» para la explicación)– y el cuantitativo, que busca los efectos generales de varias causas (un enfoque de «efectos-de-causas» para la explicación). De esta diferencia principal se derivan otras. El espacio para la generalización es limitado en el primer enfoque (a veces incluso se limita a los casos que se analizan), y muy amplio en el segundo. La lógica determinista, con su búsqueda de causas necesarias y su preocupación por la ausencia de concordancia, es característica distintiva del primer enfoque, mientras que en el segundo la lógica es probabilística. Las ciencias sociales, tal como hemos señalado, pueden tener muchos objetivos. En vez de limitarnos a una sola metodología como dogma o principio, lo que deben hacer los especialistas es escoger un enfoque, una metodología y los métodos específicos que mejor se ajusten a las preguntas que plantean.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBOTT, A. (1992), «What Do Cases Do? Some Notes on Activity in Sociological Analysis», en C. Ragin y H. Becker (eds.), pp. 53-82.
- ABEL, P. (ed.) (1991), *Rational Choice Theory*, Aldershot, Edward Elgar.
- ABÉLÈS, M. (1989), *Jours tranquilles en 89: ethnologie politique d'un département français*, París, Éditions O. Jacob.
- ABU-LUGHOD, L. (1988), «Fielwork of a Dutiful Daughter», en Saraya Altorki y Camillia Fawzi El-Solh (eds.), *Arab Women in the Field: Studying Your Own Society*, Syracuse (N. Y.), Syracuse University Press, pp. 139-161.
- ACKERMAN, B. y FISHKIN, J. (2004), *Deliberation Day*, New Haven, Yale University Press.
- ADCOCK, R. (2005), «What is a Concept?», *Working Paper n.º 1, Committee on Concepts and Methods*, International Political Science Association.
- y COLLIER, D. (2001), «Measurement Validity: A Shared Standard for Qualitative and Quantitative Research», *American Political Science Review* 95, pp. 529-547.
- ADLER, E. (1997), «Seizing the Middle Ground», *European Journal of International Relations* 3 (3), pp. 319-363.
- ADLER, P. A. y ADLER, P. (1987), *Membership Roles Field Research*, Newbury Park (California), Sage.
- AGAR, M. H. (1996), *The Professional Stranger: An Informal Introduction to Ethnography*, San Diego (California), Academic Press.
- ALLAIS, M. (1953), «Le comportement de l'homme rationnel devant le risque: critique des postulants et axiomes de l'école américaine», *Econometrica* 21, pp. 503-546.
- ALLEN, W. S. (1984), *The Nazi Seizure of Power. The Experience of a Single German Town 1922-1945* [1965], Nueva York, Franklin Watts.

- ALLINGHAM, M. (ed.) (2006), *Rational Choice Theory*, 5 vols., Londres, Routledge.
- ALLISON, G. T. (1971), *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*, Boston, Little Brown [ed. cast.: *La esencia de la decisión: análisis explicativo de la crisis de los misiles en Cuba*, trad. de Juan Carlos Gorlier, Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, 1988].
- ALMOND, G. A. (1990), *A Discipline Divided: Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park (California), Sage [ed. cast.: *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, trad. de Hélène Levesque Dior, México, Fondo de Cultura Económica, 2000].
- y GENCO, S. J. (1997), «Clouds, Clocks, and the Study of Politics», *World Politics* 4, (julio), pp. 489-522.
- y VERBA, S. (eds.) (1965), *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Boston; Little, Brown [ed. cast.: *La cultura cívica: Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, trad. de José Belloch Zimmerman, Madrid, Euroamérica, 1970].
- (eds.) (1980), *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.
- ALTHEIDE, D. L. y JOHNSON, J. M. (1994), «Criteria for Assessing Interpretive Validity in Qualitative Research», en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Londres, Sage, pp. 485-499.
- AMENTA, E. (1991), «Making the Most of a Case Study. Theories of the Welfare State and the American Experience», en Charles C. Ragin (ed.), *Issues and Alternatives in Comparative Social Research*, Leiden, E. J. Brill, pp. 172-194.
- AMIN, A. (1999), «An Institutional Perspective on Regional Economic Development», *International Journal of Urban and Regional Research* 23 (2), pp. 365-378.
- ANCKAR, D. (1997), «Nomination: A Note on the Cumulation Problem», *European Journal of Political Research* 31 (1), pp. 73-81.
- ANDERSON, B. (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso [ed. cast.: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo E. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 2006].
- AOKI, M. (2001), *Towards a Comparative Institutional Analysis*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology Press.
- ARENDT, H. (1970), *Macht und Gewalt*, Múnich, Piper [ed. cast.: *Sobre la violencia*, trad. de Guillermo Solana, Madrid, Alianza, 2005].
- ARISTÓTELES (1999), *The Politics and the Constitution of Athens* (ed. Stephen Everson), Cambridge University Press [ed. cast.: *Obras*, trad. de Francisco de Samaranch, Madrid, Aguilar, 1986].
- ARNESON, R. y SHAPIRO, I. (1996), «Democratic Autonomy and Religious Freedom: A Critique of Wisconsin v. Yoder», en Russell Hardin e Ian Shapiro (eds.), *Political Order* (NOMOS XXXVIII), New York University Press, pp. 365-411.
- AUYERO, J. (2007), *Routine Politics and Violence in Argentina*, Cambridge University Press [ed. cast.: *La zona gris: violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, trad. de Julio Sierra, México, Siglo XXI de México, 2007].
- AXELROD, R. (1984), *The Evolution of Cooperation*, Nueva York, Basic Books.
- BACHELARD, G. (1971), *Epistémologie. Textes choisis*, París, Presses Universitaires de France [ed. cast.: *Epistemología*, Barcelona, Anagrama, 1984].
- *Le rationalisme appliqué* (1986) [1949], París, Presses Universitaires de France [ed. cast.: *El racionalismo aplicado*, trad. de Irene A. de Ramos, Buenos Aires, Paidós, 1979].
- *Le nouvel esprit scientifique* (1991) [1934], París, Presses Universitaires de France [ed. cast.: *El nuevo espíritu científico*, trad. de Ricardo Sánchez, México, Nueva Imagen, 1981].
- *La formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance* (1993) [1938], París, Vrin [ed. cast.: *La formación del espíritu científico: contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, trad. de José Bobini, México, Siglo XXI de México, 1972].
- BADER, V. (2005), «The Ethics of Immigration», *Constellations* 12 (3), pp. 331-61.
- BAGNASCO, A. y TRIGILIA, C. (1993), *La construction sociale du marché. Le défi de la troisième Italie*, Cachan, Éditions de l'École Normale Supérieure de Cachan.
- Ball, T. (2002), «Confessions of a Conceptual Historian», *Rediscriptions: Yearbook of Political Thought and Conceptual History* 6, pp. 11-31.
- BANFIELD, E. C. y FASANO, L. (1958), *The Moral Basis of a Backward Society*, Glencoe (Ill.), The Free Press.
- BANTING, K. y KYMLICKA, W. (eds.) (2007), *Multiculturalism and the Welfare State: Recognition and Redistribution in Contemporary Democracies*, Oxford University Press.
- BARRY, B. (1989), *A Treatise on Social Justice*, vol. I: *Theories of Justice*, Londres, Harvester Wheatsheaf [ed. cast.: *Teorías de la justicia*, trad. de Cecilia Hidalgo, Barcelona, Gedisa, 1995].
- BARTHES, R. (1972), *Mythologies*, Londres, Jonathan Cape [ed. cast.: *Mitologías*, trad. de Héctor Schmucler, Madrid, Siglo XXI de España, 1980 (2009)].
- BARTOLINI, S. (1993), «On Time and Comparative Research», *Journal of Theoretical Politics* 5, pp. 131-167.
- (2000), *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980: The Class Cleavage*, Cambridge University Press.

- (2006), *Restructuring Europe: Centre Formation, System Building, and Political Structuring between the Nation State and the European Union*, Oxford University Press.
- y MAIR, P. (1990), *Identity, Competition and Electoral Availability: The Stabilisation of European Electorates, 1885-1985*, Cambridge University Press.
- (2001), «Challenges to Contemporary Political Parties», en Larry Diamond y Richard Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 237-343.
- BATES, R.; GREIF, A.; LEVI, M.; ROSENTHAL, J.-L. y WEINGAST, B. (1998), *Analytic Narratives*, Princeton University Press.
- BAUBÖCK, R. (1997), «Notwendige Öffnung und legitime Schließung liberaler Demokratien», *Archives Européennes de Sociologie* 1, pp. 71-103.
- BEITZ, C. (1979), *Political Theory and International Relations*, Princeton University Press.
- BELKIN, A. y TETLOCK, P. (eds.) (1996), *Counterfactual Thought Experiment in World Politics*, Princeton University Press.
- BELLAH, R. (1985), *Habits of the Heart. Individualism and Commitment in American Life*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *Hábitos del corazón*, trad. de Guillermo Gutiérrez, Madrid, Alianza, 1988].
- BENDIX, R. (1963), «Concepts and Generalizations in Comparative Sociological Studies», *American Sociological Review* 28, pp. 532-539.
- BENHABIB, S. (ed.) (1996), *Democracy and Difference*, Princeton University Press.
- BENNETT, A. (2004), «Case Study Methods: Design, use, and Comparative Advantages», en Detlef F. Sprinz y Yael Nahmias-Wolinsky (eds.), *Models, Numbers and Cases: Methods for Studying International Relations*, Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 19-55.
- y ELMAN, C. (2006), «Qualitative Research: Recent Developments in Case Study Methods», *Annual Review of Political Science* 9, pp. 455-476.
- y GEORGE, A. L. (2001), «Case Studies and Process Tracing in History and Political Science: Similar Strokes for Different Foci», en Colin Elman y Miriam Fendius Elman (eds.), *Bridges and Boundaries*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology Press, pp. 137-166.
- BERAN, H. (1984), «A Liberal Theory of Secession», *Political Studies* 32, pp. 21-31.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1967), *The Social Construction of Reality*, Garden City (N. J.), Doubleday [ed. cast.: *La construcción social de la realidad*, trad. de Silvia Zulueta, Madrid, H. F. Martínez de Murguía, 1968].
- BERLIN, I. (1969/1979), *Four Essays on Liberty*, Oxford University Press [ed. cast.: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, trad. de Belén Urrutia et al., Madrid, Alianza, 1988].

- (2002), «Two Concepts of Freedom» en Isaiah Berlin, *Liberty* (ed. Henry Hardy), Oxford University Press, pp. 188-217 [ed. cast.: *Sobre la libertad*, trad. de Julio Bayón et al., Madrid, Alianza, 2004].
- BERMAN, S. E. (2001), «Modernization in Historical Perspective. The Case of Imperial Germany», *World Politics* 53, pp. 431-462.
- BERTAUX, D. (1999), «L'approche biographique: sa validité méthodologique, ses potentialités», *Cahiers Internationaux de Sociologie* 64, pp. 197-225.
- BERTHET, T. y PALARD, J. (1997), «Culture politique réfractaire et décollage économique. L'exemple de la Vendée du Nord-Est», *Revue française de science politique* 47 (1), pp. 29-48.
- BEVIR, M. y RHODES, R. A. W. (2003), *Interpreting British Governance*, Londres, Routledge.
- BICCHIERI, C. (2006), *The Grammar of Society: The Nature of Dynamics of Social Norms*, Cambridge University Press.
- BIDDLE, S. (2006), *Military Power. Explaining Victory and Defeat in Modern Battle* [2004], Princeton University Press.
- BLAIKIE, N. W. H. (1991), «A Critique of the Use of Triangulation in Social Research», *Quality and Quantity* 25, pp. 115-136.
- BLYTH, M. (1997), «Any More Bright Ideas? The Ideal Turn on Comparative Political Economy», *Comparative Politics* 29, pp. 229-250.
- (2002) *Great Transformations: Economics Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*, Cambridge University Press.
- (2003), «Structures Do Not Come with an Instruction Sheet: Interests, Ideas and Progress in Political Science», *Perspectives on Politics* 1 (4), pp. 695-706.
- (2006), «Great Punctuations: Prediction, Randomness, and the Evolution of Comparative Political Research», *American Political Science Review* 100 (4), pp. 493-498.
- BOHMAN, J. (1996), *Public Deliberation, Pluralism, Complexity, and Democracy*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology Press.
- BOUDON, R. (1976), «A Theory of Justice», *Contemporary Sociology* 5, pp. 102-109.
- BOURDIEU, P. (1977), *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press.
- (2004), *Science of Science and Reflexivity*, Cambridge, Polity.
- ; CHAMBOREDON, J.-C. y PASSERON, J.-C. (1983), *Le métier de sociologue* [1968], Paris, Mouton [ed. cast.: *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, trad. de Fernando Hugo Azcurra, Madrid, Siglo XXI de España, 2012].
- BRADSHAW, Y. y WALLACE, M. (1991), «Informing Generality and Explaining Uniqueness: The Place of Case Studies in Comparative Research» en Charles Ragin (ed.), *Issues and Alternatives in Comparative Social Research*, Leiden, E. J. Brill, pp. 154-171.

- BRADY, H. E. y COLLIER, D. (eds.) (2004), *Rethinking Social Inquiry. Diverse Tools, Shared Standards*, Lanham, Rowman & Littlefield.
- y SEAWRIGHT, J. (2004), «Refocusing the Discussion of Methodology», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 3-21.
- BRAMBER, T., CLARK, W. y GOLDBERGER, M. (2006), «Understanding Interaction Models: Improving Political Analysis», *Political Analysis* 14, pp. 63-82.
- BRAMS, S. J. (1990), *Negotiation Games. Applying Game Theory to Bargaining and Arbitrations*, Londres, Routledge.
- y TAYLOR, A. D. (1996), *Fair Division. From Cake-cutting to Dispute Resolution*, Cambridge University Press.
- BRAUDEL, F. (1980), «History and the Social Sciences: The *Longue Durée*», en Fernand Braudel, *On History*, University of Chicago Press, pp. 25-54 [ed. cast.: *Escritos sobre la historia*, trad. de Mauro Armijo, Madrid, Alianza, 1991].
- BRAY, Z. (2004), *Living Boundaries: Identity and Frontier in the Basque Country*, Bruselas, Peter Lang.
- (2006), «Basque Militant Youths in France: New Experiences of Ethnonational Identity in the European Context», *Nationalism and Ethnic Politics* 12 (3-4), pp. 533-553.
- BRENNAN, G. y HAMLIN, A. (2000), *Democratic Devices and Desires. Theories of Institutional Design*, Cambridge University Press.
- BRIGGS, C. L. (1986), *Learning How To Ask: A Sociolinguistic Appraisal of the Role of the Interview in Social Science Research*, Cambridge University Press.
- BRUBAKER, R. y COOPER, F. (2000), «Beyond "Identity"», *Theory and Society* 29, pp. 1-47.
- BUCHANAN, A. (1991), *Secession. The Morality of Political Divorce from Fort Sumter to Lithuania and Quebec*, Boulder (Colorado), Westview.
- (2004), *Justice, Legitimacy, and Self-Determination. Moral Foundations for International Law*, Oxford University Press.
- y TULLOCK, G. (1965), *The Calculus of Consent: Logical Foundations of Constitutional Democracy*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- BURAWOY, M. (1998), «The Extended Case Method», *Sociological Theory* 16 (1), pp. 4-33.
- , BURTON, A., FERGUSON, A. A. y FOX, K. J. (1991), *Ethnography Unbound: Power and Resistance in the Modern Metropolis*, Berkeley, University of California Press.
- CAMPBELL, D. T. y STANLEY, J. C. (1963), *Experimental and Quasi-Experimental Designs for Research*, Boston, Houghton Mifflin.
- CAMPBELL, J. (2002), «Ideas, Politics and Public Policy», *Annual Review of Sociology* 28, pp. 21-38.
- (2004), *Institutional Change and Globalization*, Princeton University Press.
- CAMPELLI, E. (1996), «Metodi qualitativi e teoria sociale», en C. Cipolla y A. de Lillo (eds.), *Il sociologo e le sirene. La sfida dei metodi qualitativi*, Milán, Franco Angeli.
- CARDANO, M. (2003), *Technique di ricerca qualitativa*, Roma, Carocci.
- CARENS, J. H. (1987), «Aliens and Citizens. The Case for Open Borders», *Review of Politics* 49 (2), pp. 251-273.
- (1996), «Realistic and Idealistic Approaches to the Ethics of Migration», *International Migration Review* 30 (1), pp. 156-170.
- (2000), *Culture, Citizenship, and Community: A Contextual Exploration of Justice as Evenhandedness*, Oxford University Press.
- CARNEVALI, B. (2004), *Romanticismo e riconoscimento. Figure della coscienza in Rousseau*, Bologna, Il Mulino.
- CASSESE, A. (1995), *Self-Determination of Peoples. A Legal Reappraisal*, Cambridge University Press.
- CHAUVEL, L. (1995), «Valeurs regionales et nationales en Europe», *Futuribles* 200, pp. 167-201.
- CHECKEL, J. T. (2006), «Tracing Causal Mechanisms», *International Studies Review* 8 (2), pp. 362-370.
- CICOUREL, A. V. (1991), «Semantics, Pragmatics, and Situated Meaning» en Jef Verschueren (ed.), *Pragmatics at Issue*, vol. I, Amsterdam, John Benjamins.
- COFFÉ, H. (2005), «Do Individual Factors Explain the Different Success on the Two Belgian Extreme Right Parties?», *Acta Politica* 40 (1), pp. 74-93.
- COLEMAN, J. (1986), «Social Theory, Social Research and a Theory of Action», *American Journal of Sociology* 91, pp. 1309-1335.
- (1988), «Social Capital in the Creation of Human Capital», *American Journal of Sociology* 94 (suplemento), pp. 95-120.
- (1990), *Foundations of Social Theory*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- COLLIER, D. (1990), «Il metodo comparato: due decenni di mutamento», *Rivista Italiana di Scienza Politica* 20, pp. 477-504.
- y ADCOCK, R. (1999), «Democracy and Dichotomies», *Annual Review of Political Science* 2, pp. 537-565.
- y LEVITSKY, S. (1997), «Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research», *World Politics* 49 (3), pp. 430-451.
- y MAHON, J. E. (1993), «Conceptual "Stretching" Revisited: Adapting Categories in Comparative Analysis», *American Political Science Review* 87 (4), pp. 845-855.
- y MAHONEY, J. (1996), «Insights and Pitfalls. Selection Bias in Qualitative Research», *World Politics* 49, pp. 56-91.
- ; BRADY, H. E. y SEAWRIGHT, J. (2004a), «Critique, Responses, and Trade-offs: Drawing Together the Debate», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 195-228.

- (2004b), «Sources of Leverage in Causal Inference: Toward an Alternative View of Methodology», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 229-265.
- ; MAHONEY, J. y SEAWRIGHT, J. (2004), «Claiming Too Much: Warnings about Selection Bias», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 85-101.
- ; SEAWRIGHT, J. y MUNCK, G. L. (2004), «The Quest for Standard: King, Keohane and Verba's *Designing Social Inquiry*», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 21-50.
- CONGLETON, R. D. y SWEDENBORG, B. (eds.) (2006), *Democratic Constitutional Design and Public Policy*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology Press.
- CONNOLLY, W. E. (1983), *The Terms of Political Discourse*, Princeton University Press.
- (2004), «Method, Problem, Faith», en I. Shapiro, R. M. Smith y T. E. Masoud (eds.), pp. 332-349.
- COOKE, P. y MORGAN, K. (1998), *The Associational Economy. Firms, Regions, and Innovation*, Oxford University Press.
- CORBETTA, P. (2003), *Social Research. Theory, Methods and Techniques*, Londres, Sage [ed. cast.: *Metodología y técnicas de investigación social*, trad. de Marta y Susana Díaz Ugarte, Madrid, McGraw-Hill, 2003].
- CRAPANZANO, V. (1992), *Hermes' Dilemma and Hamlet's Desire: On the Epistemology of Interpretation*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- CRESWELL, J. W. (1994), *Research Design. Qualitative and Quantitative Approaches*, Londres, Sage.
- CROUCH, C.; LE GALÈS, P.; TRIGILIA, G. y VOELZKOW, H. (2001), *Local Production Systems in Europe. Rise or Demise?*, Oxford University Press.
- CROZIER, M. (1964), *The Bureaucratic Phenomenon*, University of Chicago Press [ed. cast.: *El fenómeno burocrático*, trad. de José M.ª Guitián de Lucas, Madrid, Presidencia del Gobierno, 1965].
- DAHL, R. (1961), *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, New Haven, Yale University Press [ed. cast.: *¿Quién gobierna? Democracia y poder en una ciudad estadounidense*, trad. de Belén Urrutia, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2010].
- (1967), *Pluralist Democracy in the United States: Conflict and Consent*, Chicago, Rand McNally.
- (1971), *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press [ed. cast.: *La poliarquía. Participación y oposición*, trad. de Julia Moreno, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1974].
- DAHRENDORF, R. (1965), *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford University Press [ed. cast.: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, trad. de Manuel Troyano de los Ríos, Madrid, Rialp, 1970].
- (1995), «Preserving Prosperity», *New Statement and Society*, 13/29 diciembre, pp. 36-40.
- (2000) «La sconfitta della vecchia democrazia», *La Repubblica*, 12 de enero.
- DAL LAGO, A. y DE BIASI, R. (eds.) (2002), *Un certo sguardo. Introduzione all'etnografia sociale*, Roma, Laterza.
- DAVIS, J. W. (2005), *Terms of Inquiry. On the Theory and Practice of Political Science*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- DEFELICE, E. G. (1980), «Comparison Misconceived: Common Nonsense in Comparative Politics», *Comparative Politics* 13 (1), pp. 119-126.
- DELANTY, G. (1999), *Social Theory in a Changing World*, Cambridge, Polity.
- DELLA PORTA, D. (1995), *Social Movements, Political Violence and the State*, Cambridge University Press.
- DEMAZIÈRE, D. y DUBAR, C. (2000), *Dentro le storie. Analizzare le interviste biografiche*, Milán, Raffaello Cortina.
- DENZIN, N. K. y LINCOLN, Y. S. (2000), «Introduction: The Discipline and Practice of Qualitative Research», en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, 2.ª ed., Thousand Oaks, California, Sage, pp. 1-29.
- DERRIDA, J. (1982), *Margins of Philosophy*, University of Chicago Press [ed. cast.: *Márgenes de la filosofía*, trad. de Carmen González Marín, Madrid, Cátedra, 1989].
- DESCARTES, R. (1980), *Discourse on Method and Meditations on First Philosophy*, Indianápolis, Hackett [ed. cast.: *Discurso del método; seguimiento de El método, Los principios de la filosofía, La metafísica*, trad. de Antonio Gual Mir, Madrid, Edaf, 1981].
- DESSLER, D. (1981), «Beyond Correlations: Towards a Causal Theory of War», *International Studies Quarterly* 35, pp. 337-355.
- (1999), «Constructivism within a Positivist Social Science», *Review of International Studies* 25, pp. 123-137.
- DEWALT, K. M. y DEWALT, B. R. (2002), *Participant Observation*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- DI MAGGIO, P. J. y POWELL, W. W. (1991), «Introduction», en W. W. Powell y P. J. DiMaggio (eds.), *The Institutionalism in Organizational Analysis*, University of Chicago Press, pp. 1-38.
- DODD, L. C. y SCHOTT, L. R. (1979), *Congress and the Administrative State*, Nueva York, Wiley.
- DOGAN, M. y PELASSY, D. (1990), *How to Compare Nations*, Chatham (N. J.), Chatham House Publishers.
- DORE, R. (1973), *British Factory-Japanese Factory: the Origins of National Diversity in Industrial Relations*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *Fábrica británica, fábrica japonesa: los orígenes de la diversidad nacional de relaciones laborales*, trad. de Esther Rascas, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989].

- DOWNES, A. (1957), *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper [ed. cast.: *Teoría económica de la democracia*, trad. de Luis Adolfo Martín Merino, Madrid, Aguilar, 1973].
- DRYZEK, J. (2000), *Deliberative Democracy and Beyond: Liberals, Critics, Contestations*, Oxford University Press.
- DUMONT, L. (1970), *Homo hierarchicus. The Caste System and its Implications*, University of Chicago Press [ed. cast.: *Homo hierarchicus: Ensayo sobre el sistema de castas*, trad. de Rafael Pérez Delgado, Madrid, Aguilar, 1970].
- DUNCAN, O. D. (1975), *Introduction to Structural Equation Models*, Nueva York, Academic Press.
- DURKHEIM, É. (1982), *The Rules of Sociological Method*, Nueva York, The Free Press [ed. cast.: *Las reglas del método sociológico*, trad. de Antonio Ferrer y Robert, Madrid, Akal, 1985].
- DWORKIN, R. (2000), *Sovereign Virtue. The Theory and Practice of Equality*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press [ed. cast.: *Virtud soberana. La teoría y práctica de la igualdad*, trad. de Fernando Aguiar y M.ª Julia Bertomeu, Barcelona, Paidós, 2003].
- EATWELL, R. (1997), «Introduction: The Importance of the Political Culture Approach» en Roger Eatwell (ed.), *European Political Culture. Conflict or Convergence?*, Londres, Routledge.
- ECKSTEIN, H. (1960), *Pressure Group Politics: The Case of the Medical Association*, Stanford University Press.
- (1975), «Case Study and Theory in Political Science», en Fred. I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science*, Reading (Mass.), Addison-Wesley, pp. 79-138.
- (1992), «Case Study and Theory in Political Science» (reimpresión de la versión de 1975 con introducción, en Harry Eckstein, *Regarding Politics. Essays on Political Theory, Stability and Change*, Berkeley, University of California Press, pp. 117-176.
- EDEN, L. (2004), *Whole World on Fire. Organizations, Knowledge, Nuclear Weapons Devastation*, Ithaca, Cornell University Press.
- EISENSTADT, S. N. (1968), «Comparative Study», en David Sills (ed.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. XIV, Nueva York, Macmillan, pp. 421-429 [ed. cast.: *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, director ed. Vicente Cervera Tomás, Madrid, Aguilar, 1974].
- y ROKKAN, S. (1973), *Building States and Nations*, Beverly Hills (California), Sage.
- ELMAN, C. (1996), «Horses for Courses: Why Not Neorealist Theories of Foreign Policy?», *Security Studies* 6 (1), pp. 7-53.
- (2005), «Explanatory Typologies in Qualitative Studies of International Politics», *International Organization* 59 (primavera), pp. 293-326.
- ELSTER, J. (1979), *Ulysses and the Sirens*, Cambridge University Press [ed. cast.: *Ulises y las sirenas: estudios sobre racionalidad e irracionalidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997].
- (1983), *Sour Grapes*, Cambridge University Press [ed. cast.: *Uvas amargas: sobre la subversión de la racionalidad*, trad. de Enrique Lynch, Barcelona, Península, 1988].
- (1989), *Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Cambridge University Press [ed. cast.: *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, trad. de Antonio Bonnano, Barcelona, Gedisa, 1993].
- (1998), «A Plea for Mechanism», en P. Hedström y R. Swedberg (eds.), pp. 45-73.
- (2000), *Ulysses Unbound*, Cambridge University Press [ed. cast.: *Ulises desatado: estudios sobre racionalidad, precompromiso y restricciones*, trad. de Jordi Mundó, Barcelona, Gedisa, 2002].
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990), *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Cambridge, Polity [ed. cast.: *Los tres mundos del estado del bienestar*, trad. de Begoña Arregui Luco, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1993].
- y KORPI, W. (1983), «From Poor Relief to Institutional Welfare States: The Development of Scandinavian Social Policy», comunicación presentada en el taller ECPR de Estudios Comparativos sobre Distribución y Política Social, Friburgo, 20-25 de marzo.
- EVANGELISTA, M. (1999), *Unarmed Forces. The Transnational Movement to End the Cold War*, Ithaca, Cornell University Press.
- FALKNER, G. (2000), «Policy Networks in a Multi-Level System: Convergence towards Moderate Diversity?», *West European Politics* 23 (4), pp. 94-120.
- FARRELL, H. y HÉRITIER, A. (2003), «Formal and Informal Institutions under Codecision: Continuous Constitution Building in Europe», *Governance* 16, pp. 577-600.
- FAVELL, A. y MODOOD, T. (2003), «The Philosophy of Multiculturalism: The Theory and Practice of Normative Political Theory», en Alan Finlayson (ed.), *Contemporary Political Philosophy: A Reader and Guide*, Edinburgh University Press, pp. 484-495.
- FAVRE, P. (1985), «L'histoire de la science politique», en Madeleine Grawitz y Jean Leca (eds.), *Traité de science politique*, París, Presses Universitaires de France.
- (2005), *Comprendre le monde pour le changer. Epistémologie du politique*, París, Presses de Sciences Po-Références.
- FEAGIN, J. R.; ORUM, A. M. y SJOBERG, G. (eds.) (1991), *A Case for the Case Study*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- FEATHERSTONE, K. (2003), «Introduction: In the Name of "Europe"», en Kevin Featherstone y Claudio M. Radaelli (eds.), *The Politics of Europeanization*, Oxford University Press, pp. 3-26.
- FEREJOHN, J. (2004), «External and Internal Explanations», en I. Shapiro, R. M. Smith y T. E. Masoud (eds.), pp. 144-165.

- FERGUSON, A. (1966), *An Essay on the History of Civil Society* [1767], Edinburgh University Press [ed. cast.: *Un ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, trad. de Juan Rincón Jurado, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1974].
- FEYERABEND, P. K. (1975), *Against Methods. Outline of an Anarchist Theory of Knowledge*, Atlantic Highlands (N. J.), Humanities Press [ed. cast.: *Contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, trad. de Francisco Hernán, Barcelona, Ariel, 1987].
- FINNEMORE, M. (2003), *The Purpose of Intervention. Changing Beliefs about the Use of Force*, Ithaca, Cornell University Press.
- FIORINA, M. (1995), «Rational Choice and the New(?) Institutionalism», *Polity* 28 (1), pp. 107-115.
- FISCHER, F. (2003), *Reframing Public Policy. Discursive Politics and Deliberative Practices*, Oxford University Press.
- FLYVBJERG, B. (2001), *Making Social Science Matter*, Cambridge University Press.
- (2006), «Five Misunderstandings about Case-Study Research», *Qualitative Inquiry* 12 (2), pp. 219-245.
- FORMISANO, R. P. (2001), «The Concept of Political Culture», *Journal of Interdisciplinary History* 31 (3), pp. 393-426.
- FOWLER, D. y HARDESTY, D. L. (eds.) (1994), *Others Knowing Others. Perspectives on Ethnographic Careers*, Washington D.C., Smithsonian Institution Press.
- FRANKLIN, M. (2001), «How Structural Factors Explain Turnout Variations at European Parliament Elections», *European Union Politics* 2 (3), pp. 309-328.
- (2004), *Voter Turnout and the Dynamics of Electoral Competition*, Cambridge University Press.
- FRIEDEN, J. A. (1999), «Actors and Preferences in International Relations», en David A. Lake y Robert Powell (eds.), *Strategic Choice and International Relations*, Princeton University Press, pp. 39-76.
- FRIEDMAN, J. (1996), *The Rational Choice Controversy*, New Haven, Yale University Press.
- FROHLICH, N. y OPPENHEIMER, J. A. (1992), *Choosing Justice: An Experimental Approach to Ethical Theory*, Berkeley, University of California Press.
- FUKUYAMA, F. (1992), *The End of History and the Last Man*, Nueva York, The Free Press [ed. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, trad. de P. Elfás, Barcelona, Planeta, 1992].
- FULLER, S. (1991), *Social Epistemology*, Bloomington, Indiana University Press.
- GADAMER, H.-G. (1979), *Truth and Method*, Londres, Sheed & Ward [ed. cast.: *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*, trad. de Ana Agud y Rafael de Agapito, Salamanca, Sígueme, 1984].
- GAGNON, A.-G. y TULLY, J. (eds.) (2001), *Multinational Democracies*, Cambridge University Press.
- GALLIE, W. B. (1956), «Essentially Contested Concepts», *Proceedings of the Aristotelian Society* 56, pp. 167-198.
- GALSTON, W. A. (2002), *Liberal Pluralism: The Implications of Value Pluralism for Political Theory and Practice*, Cambridge University Press.
- GALTUNG, J. (1981), «Structure, Culture, and Intellectual Style: An Essay Comparing Saxon, Teutonic, Gallic and Nipponic Approaches», *Social Science Information* 20 (6), pp. 817-856.
- (1988), *Methodology and Development*, Copenhagen, Christin Ejlers.
- GAMBETTA, D. (1988), «Can We Trust in Trust?», en Diego Gambetta (ed.), *Trust Making and Breaking Comparative Relations*, Nueva York, Blackwell, pp. 213-237.
- GANS, C. (2003), *The Limits of Nationalism*, Cambridge University Press.
- GAUTHIER, D. (1986), *Morals by Agreement*, Oxford University Press [ed. cast.: *La moral por acuerdo*, trad. de Alcira Bixio, Barcelona, Gedisa, 1994].
- (1994), «Breaking Up: An Essay on Secession», *Canadian Journal of Philosophy* 24 (3), pp. 357-372.
- GAYON, J. y WUNENBURGER, J.-J. (eds.) (2000), *Bachelard dans le monde*, París, Presses Universitaires de France.
- GEERTZ, C. (1973), *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books [ed. cast.: *La interpretación de las culturas*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 1988].
- GELLNER, E. (1991), *Nationalism*, New York University Press [ed. cast.: *Nacionalismo*, trad. de Ferran Meler, Barcelona, Destino, 1998].
- GEORGE, A. (1979), «Case Studies and Theory Development: The Method of Structured, Focused Comparison», en Paul Gordon Lauren (ed.), *Diplomacy. New Approaches in History, Theory, and Policy*, Nueva York, The Free Press, pp. 43-68.
- GEORGE, A. L. (1993), *Bridging the Gap. Theory and Practice in Foreign Policy*, Washington D.C., United States Institute of Peace Press.
- y BENNETT, A. (2005), *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology Press.
- y MCKEOWN, T. J. (1985), «Case Studies and Theories of Organizational Decision Making», en *Advances in Information Processing in Organizations. A Research Annual*, Greenwich (Conn.), JAI Press, pp. 21-58.
- y SMOKE, R. (1974), *Deterrence in American Foreign Policy: Theory and Practice*, Nueva York, Columbia University Press.
- GERRING, J. (1999), «What Makes a Concept Good? A Criterial Framework for Understanding Concept Formation in the Social Sciences», *Polity* 31 (3), pp. 357-393.

- (2001), *Social Science Methodology: A Criterial Framework*, Cambridge University Press.
- (2005), «Causation: A Unified Framework for the Social Sciences», *Journal of Theoretical Politics* 17, pp. 162-198.
- (2007), *Case Study Research: Principles and Practices*, Cambridge University Press.
- y YESNOWITZ, J. (2006), «A Normative Turn in Political Science», *Polity* 38 (1), pp. 101-133.
- GIDDENS, A. (1976), *The New Rules of Sociological Method*, Londres, Hutchinson [ed. cast.: *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993].
- GILBERT, M. (1989), *On Social Facts*, Londres, Routledge.
- GILLIGAN, C. (1982), *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press [ed. cast.: *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1985].
- GINER, S., FLAQUER, L., BUSQUET, J. y BULTÀ, N. (1996), *La cultura catalana: el sagrat i el profà*, Barcelona, Edicions 62.
- GLASER, B. G. y STRAUSS, A. L. (1967), *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, Chicago, Aldine.
- GOERTZ, G. (2004), «The Substantive Importance of Necessary Condition Hypotheses», en Gary Goertz y Harvey Starr (eds.), *Necessary Conditions. Theory, Methodology and Applications*, Lanham (Md.), Rowman & Littlefield, pp. 65-94.
- (2006), *Social Science Concepts: A User's Guide*, Princeton University Press.
- GOETZ, K. H. (2008), «Government and Governance», *West European Politics* 31 (1-2), pp. 258-279.
- GOFFMAN, E. (1971), *The Presentation of Self in Everyday Life*, Harmondsworth, Penguin [ed. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, trad. de Hildegarde B. Torres Perrén et al., Madrid, Martínez de Murguía, 1987].
- (1980), *Behavior in Public Places*, Westport (Conn.), Greenwood [ed. cast.: *Relaciones en público. Microestudios del orden público*, trad. de Fernando Santos Fontenla, Madrid, Alianza, 1979].
- (1990), *Asylums*, Nueva York, Doubleday [ed. cast.: *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, trad. de M.^a Antonia Oyuela de Grant, Madrid, Martínez de Murguía, 1970].
- GOLDTHORPE, J. H. (2000), *On Sociology. Numbers, Narratives and the Integration of Research and Theory*, Oxford University Press [ed. cast.: *De la sociología: números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*, trad. de M.^a Teresa Casado Rodríguez, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2010].
- GOODIN, R. (1992), «If People Were Money...», en Brian Barry y Robert E. Goodin (eds.), *Free Movement. Ethical Issues in the Transnational Migration of People and of Money*, State College, Pennsylvania State University Press, pp. 6-21.
- GOUREVITCH, P. (1986), *Politics in Hard Times: Comparative Responses to International Economic Crises*, Ithaca, Cornell University Press.
- (1999), «The Governance Problem in International Relations», en D. A. Lake y R. Powell (eds.), *Strategic Choice and International Relations*, Princeton University Press, pp. 137-164.
- GRANOVETTER, M. (1978), «Threshold Models of Collective Behavior», *American Journal of Sociology* 83, pp. 1420-1443.
- GREEN, D. P. y SHAPIRO, I. (1994), *Pathologies of Rational Choice Theory: A Critique of Applications in Political Science*, New Haven, Yale University Press.
- GURR, T. R. (1971), «A Causal Model of Civil Strife: A Comparative Analysis Using New Indices», en John V. Gillespie y Betty A. Nesvold (eds.), *Macro-Quantitative Analysis: Conflict, Development and Democratization*, Beverly Hills (California), Sage, pp. 217-226.
- GUTMANN, A. y THOMPSON, D. (1996), *Democracy and Disagreement*, Cambridge (Mass.), Belknap Press.
- GUZZINI, S. (2000), «A Reconstruction of Constructivism in International Relations», *European Journal of International Relations* 6 (2), pp. 147-182.
- HABERMAS, J. (1981), *Theorie des kommunikativen Handelns*, 2 vols., Fráncfort, Suhrkamp [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa*, trad. de Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1987].
- (1983), *Moralbewußtsein und kommunikatives Handeln*, Fráncfort, Suhrkamp [ed. cast.: *Conciencia moral y acción comunicativa*, trad. de Ramón García Cotarelo, Barcelona, Península, 1996].
- (1992), *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaates*, Fráncfort, Suhrkamp [ed. cast.: *Facticidad y validez: sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, trad. de Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Trotta, 1998].
- HACKING, I. (1992), «The Self-vindication of Laboratory Science», en Andrew Pickering (ed.), *Science as Practice and Culture*, University of Chicago Press, pp. 29-64.
- (1999), *The Social Construction of What?*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press [ed. cast.: *¿La construcción social de qué?*, trad. de Jesús Sánchez Navarro, Barcelona, Paidós, 2001].
- HADENIUS, A. (1992), *Democracy and Development*, Cambridge University Press.
- HALL, P. A. (1989), *The Political Power of Economic Ideas*, Princeton University Press.

- (2003), «Aligning Ontology and Methodology in Comparative Research», en J. Mahoney y D. Rueschemeyer (eds.), pp. 373-404.
- y TAYLOR, R. C. R. (1996), «Political Science and the Three New Institutionalisms», *Political Studies* 44 (5), pp. 936-957.
- HAMPSHER-MONK, I., TILMANS, K. y VAN VREE, F., (eds.) (1998), *History of Concepts: Comparative Perspectives*, Amsterdam University Press.
- HARDIN, G. (1968), «The Tragedy of the Commons», *Science* 162/3859, pp. 1243-1248.
- HARDIN, R. (1985), «Individual Sanctions, Collective Benefits», en Richmond Campbell y Lanning Swoden (eds.), *Paradoxes of Rationality and Cooperation*, Vancouver, University of British Columbia Press, pp. 339-354.
- HARGREAVES HEAP, S. P.; HOLLIS, M.; LYONS, B.; SUDGEN, R. y WEALE, A. (1992), *The Theory of Choice*, Oxford, Blackwell.
- y VAROUFAKIS, Y. (2004), *Game Theory. A Critical Text*, Londres, Routledge.
- HASTRUP, K. y HERVIK, P. (eds.) (1994), *Social Experience and Anthropological Knowledge*, Londres, Routledge.
- HATTAM, V. C. (1993), *Labor Visions and State Power: The Origins of Business Unionism in the United States*, Princeton University Press.
- HAY, C. (2002), *Political Analysis. A Critical Introduction*, Basingstoke, Palgrave.
- HEDSTRÖM, P. y SWEDBERG, R. (eds.) (1998), *Social Mechanisms: An Analysis Approach to Social Theory*, Cambridge University Press.
- HELD, D. (1995), *Democracy and the Global Order: From the Modern State to Cosmopolitan Governance*, Stanford University Press [ed. cast.: *La democracia y el orden global: del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, trad. de Sebastián Mazzuca, Barcelona, Paidós, 1997].
- y ARCHIBUGI, D. (eds.) (1995), *Cosmopolitan Democracy: An Agenda for a New World Order*, Londres, Polity.
- HEMPEL, C. (1965), *Aspects of Scientific Explanations and Other Essays*, Nueva York, The Free Press [ed. cast.: *La explicación científica: estudios sobre la filosofía de la ciencia*, trad. de M. Fassineti et al., Barcelona, Paidós, 1988].
- HÉRITIER, A. (2007), *Explaining Institutional Change in Europe*, Oxford University Press.
- HOBBSAWM, E. (1983), «Introduction: Inventing Traditions», en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, pp. 1-14. [ed. cast.: *La invención de la tradición*, trad. de Omar Rodríguez, Barcelona, Crítica, 2002].
- HÖFFE, O. (1994), *Immanuel Kant*, Albany, State University of New York Press.
- HOLLIS, M. y SUGDEN, R. (1993), «Rationality in Action», *Mind* 102 (405), pp. 1-35.
- HOMER-DIXON, T. F. (1999), *Environment, Scarcity, and Violence*, Princeton University Press.
- HONNETH, A. (1992), *Kampf um Anerkennung*, Fráncfort, Suhrkamp [ed. cast.: *La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de los conflictos sociales*, trad. de Manuel Ballester, Barcelona, Crítica, 1997].
- HOPKIN, J. y PAOLUCCI, C. (1999), «The Business Firm Model of Party Organisation: Cases from Spain and Italy», *European Journal of Political Research* 35 (3), pp. 307-339.
- HUNTINGTON, S. (1982), «American Ideals versus American Institutions», *Political Science Quarterly* 97 (1), pp. 1-37.
- (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster [ed. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, trad. de José Pedro Tosa, Abadía, Barcelona, Paidós, 2006].
- (2004), *Who Are We? The Challenges to America's Identity*, Nueva York, Simon & Schuster.
- IMMERGUT, E. (1992), *Health Politics: Interests and Institutions in Western Europe*, Cambridge University Press.
- INGLEHART, R. (1988), «The Renaissance of Political Culture», *American Political Science Review* 82 (4), pp. 1202-1230.
- (1990), *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton University Press [ed. cast.: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, trad. de Sandra Chaparro Martínez, Madrid, CIS-Siglo XXI de España, 1991].
- JACKMAN, R. W. (1985), «Cross-national Statistical Research and the Study of Comparative Politics», *American Journal of Political Science* 29 (1), pp. 161-182.
- JACKSON, R. (1990), *Quasi States: Sovereignty, International Relations and the Third World*, Cambridge University Press.
- JERVIS, R. (1990), «Models and Cases in the Study of International Conflict», *Journal of International Affairs* 44 (1), pp. 81-101.
- (1997), *System Effects: Complexity in Political and Social Life*, Princeton University Press.
- (2006), «Understanding Beliefs», *Political Psychology* 27 (5), pp. 641-663.
- JOHNSTON, D. (1986), *The Rhetoric of the Leviathan*, Princeton University Press.
- JONSEN, A. R. y TOULMIN, S. (1988), *The Abuse of Casuistry. A History of Moral Reasoning*, Berkeley, University of California Press.
- JUPILLE, J. H., CAPORASO, J. A. y CHECKEL, J. T. (2003), *Integrating Institutions: Rationalism, Constructivism, and the Study of the European Union*, Oslo, ARENA.
- KAASE, M. y NEWTON, K. (1998), *Beliefs in Government*, Oxford University Press.

- KACOWICZ, A. M. (2004), «Case Study Methods in International Security Studies», en Detlef F. Sprinz y Yael Nahmias-Wolinsky (eds.), *Models, Numbers and Cases: Methods for Studying International Relations*, Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 107-125.
- KAHNEMAN, D. y TVERSKY, A. (1981), «The Framing of Decisions and the Psychology of Choice», *Science* 211, pp. 453-458.
- KALLEBERG, A. L. (1996), «The Logic of Comparison: A Methodological Note on the Comparative Study of Political Systems», *World Politics* 19 (1), pp. 69-82.
- KANT, I. (1787), *Critique of Pure Reason*, Riga, Preussische Akademie Ausgabe [ed. cast.: *Crítica de la razón pura*, trad. de Pedro Ribas, Madrid, Alfaguara, 1978].
- KARAGIANNIS, Y. (2007), *Economic Theories and the Science of Inter-Branch Relations*, Florencia, European University Institute.
- KATZENSTEIN, P. J. (1977), *Between Power and Plenty*, University of Wisconsin Press.
- KATZNELSON, I. y WEINGAST, B. (2005), «Intersections Between Historical and Rational Choice Institutionalism», en Ira Katznelson y Barry Weingast (eds.), *Preferences and Situations*, Cambridge University Press, pp. 1-26.
- y WEIR, M. (1985), *Schooling for All: Class, Race and the Decline of the Democratic Ideal*, Nueva York, Basic Books.
- KEATING, M. (2001), *Plurinational Democracy*, Oxford University Press.
- , LOUGHLIN, J. y DESCHOUWER, K. (2003), *Culture, Institutions and Economic Development. A Study of Eight European Regions*, Cheltenham, Edward Elgar.
- KEOHANE, R. (1988), «International Institutions: Two Approaches», *International Studies Quarterly* 32, pp. 179-396.
- y OSTROM, E. (eds.) (1995), *Local Commons and Global Interdependence: Heterogeneity and Cooperation in Two Domains*, Londres, Sage.
- KING, G., KEOHANE, R. O. y VERBA, S. (1994), *Designing Social Inquiry. Scientific Inference in Qualitative Research*, Princeton University Press [ed. cast.: *El diseño de la investigación social: la inferencia científica en los estudios cualitativos*, trad. de Jesús Cuéllar Menezo, Madrid, Alianza, 2000].
- (1995), «The Importance of Research Design in Political Science», *American Political Science Review* 89 (2), pp. 475-481.
- KISER, E. y BAULDRY, S. (2005), «Rational-Choice Theories in Political Sociology», en Thomas Janoski, Robert R. Alford, Alexander M. Hicks y Mildred A. Schwartz (eds.), *The Handbook of Political Sociology*, Cambridge University Press, pp. 172-186.
- KLANDERMANS, B. y STAGGENBORG, S. (eds.) (2002), *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Chicago Press.
- KLEIN, P. D. (2005), «Epistemology», en *Routledge Encyclopaedia of Philosophy Online*. www.rep.routledge.com/article/P059 (consultado 18/05/2005).
- KNORR-CETINA, K. (1981), *The Manufacture of Knowledge*, Oxford, Pergamon.
- KRATOCHWIL, F. (2007), «Of False Promises and Safe Bets», *Journal of International Relations and Development* 10 (1), pp. 1-15.
- KUHN, T. S. (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press [ed. cast. *La estructura de las revoluciones científicas*, trad. de Agustín Contin, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1971].
- KUKATHAS, C. (1992), «Are There Any Cultural Rights?», *Political Theory* 20 (1), pp. 105-139.
- KYMLICKA, W. (1995), *Multicultural Citizenship. A Liberal Theory of Minority Rights*, Oxford University Press [ed. cast: *Ciudadanía multicultural: una teoría liberal de los derechos de las minorías*, trad. de Carme Castells Auleda, Barcelona, Paidós, 1996].
- (2007), *Multicultural Odysseys: Navigating the International Politics of Diversity*, Oxford University Press [ed. cast: *Las odiseas multiculturales: las nuevas políticas internacionales de la diversidad*, trad. de Francisco Beltrán, Barcelona, Paidós, 2009].
- LAGRANGE, H. y OBERTI, M. (eds.) (2006), *La rivolta delle periferie*, Milán, Bruno Mondadori.
- LAITIN, D. (2003), «The Perestroika Challenge to Political Science», *Politics and Society* 31 (1), pp. 163-184.
- LAKE, D. A. y POWELL, R. (eds.) (1999), *Strategic Choice in International Relations*, Princeton University Press.
- LAKOFF, G. (1987), *Women, Fire and Dangerous Things*, University of Chicago Press.
- LANE, J.-E. y ERSSON, S. (2005), *Culture and Politics. A Comparative Approach*, Aldershot, Gower.
- LASSWELL, H. D. (1986), «The Future of the Comparative Method», *Comparative Politics* 1, pp. 3-18.
- LAW, J. (2004), *After Methods: Mess in Social Science Research*, Nueva York, Routledge.
- LAZARSFELD, P. F. (1972), *Qualitative Analysis. Historical and Critical Essays*, Boston, Allyn & Bacon.
- y BARTON, A. H. (1951), «Qualitative Measurement in the Social Sciences: Classification, Typologies, and Indices», en Daniel Lerner y Harold D. Lasswell (eds.), *The Policy Sciences*, Stanford University Press, pp. 155-193.
- LE GRAND, J. (1982), *The Strategy of Equality: Redistribution and the Social Services*, Londres, Unwin Hyman.
- LEHMBRUCH, G. (1967), *Proporzdemokratie: Politisches System und Politische Kultur in der Schweiz und in Oesterreich*, Tubinga, Mohr.

- (1974), «A Non-Competitive Pattern of Conflict Management in Liberal Democracies: The Case of Switzerland, Austria and Lebanon», en K. D. McRae (ed.), *Consociational Democracy: Political Accommodation in Segmented Societies*, Toronto, McClelland & Stewart, pp. 90-97.
- LEWIS, D. K. (1969), *Convention*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- LEWIS, O. y STEINMO, S. (2007), «Taking Evolution Seriously», European University Institute, Florencia.
- LICHBACH, M. I. (1997), «Social Theory and Comparative Politics», en Mark Irving Lichbach y Alan S. Zuckerman (eds.), *Comparative Politics. Rationality, Culture, and Structure*, Cambridge University Press, pp. 239-276.
- LICHTERMAN, P. (1995), *The Search for Political Community*, Cambridge University Press.
- (2002), «Seeing Structure Happen: Theory-Driven Participant Observation», en Bert Klandermans y Suzanne Staggenborg (eds.), *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 118-145.
- LIEBERMAN, R. (2002), «Ideas, Institutions, and Political Order: Explaining Political Change», *American Political Science Review* 96 (4), pp. 697-712.
- LIEBERSON, S. (1994), «More on the Uneasy Case for Using Mill-Type Methods in Small-N Comparative Studies», *Social Forces* 72 (4), pp. 1225-1237.
- LIPHART, A. (1968), «Typologies of Democratic Systems», *Comparative Political Studies* 1 (1), pp. 3-44.
- (1971), «Comparative Politics and the Comparative Method», *American Political Science Review* 65, pp. 682-693.
- (1975), «The Comparable-Case Strategy in Comparative Research», *Comparative Political Studies* 8, pp. 158-177.
- (1977), *Democracy in Plural Societies. A Comparative Exploration*, New Haven, Yale University Press.
- LIN, A. C. (1998), «Bridging Positivist and Interpretivist Approaches to Qualitative Methods», *Policy Studies Journal* 26 (1), pp. 162-180.
- LIPSET, S. M. y ROKKAN, S. (1967), «Introduction», en S. M. Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, Nueva York, The Free Press.
- LITTLE, D. (1991), *Varieties of Social Explanation: An Introduction to the Philosophy of Social Science*, Boulder (Colorado), Westview.
- LUCE, R. D. y RAIFFA, H. (1957), *Games and Decisions*, Nueva York, Dover.
- LUHMANN, N. (1997), *Die Gesellschaft der Geserllschaft*, Fráncfort, Suhrkamp.
- MACCORMICK, NEIL (2007), *Institutions of Law: An Essay in Legal Theory*, Oxford University Press [ed. cast: *Instituciones de derecho*, trad. de Fernando Atria et al., Madrid, Marcial Pons, 2011].
- MACEDO, S. (2005), «What Self-Governing Peoples Owe to One Another: Universalism, Diversity, and the “Law of Peoples”», en Christopher Eisgruber y András Sajó (eds.), *Global Justice and the Bulwarks of Localism: Human Rights in Context*, Leiden, Martinus Nijhoff, pp. 143-160.
- MACINTYRE, A. (1971), *Against the Self-Images of the Age: Essays on Ideology and Philosophy*, Londres, Duckworth.
- MACKIE, J. L. (1976), «Causes and Conditions», en Myles Brandt (ed.), *The Nature of Causation*, Urbana, University of Illinois Press.
- MAHONEY, J. (1999), «Nominal, Ordinal and Narrative Appraisal in Macrocausal Analysis», *American Journal of Sociology*, 104 (4), pp. 1154-1196.
- (2000a), «Path Dependence in Historical Sociology», *Theory and Society* 29, pp. 507-548.
- (2000b), «Strategies of Causal Inference in Small-N Analysis», *Sociological Methods and Research* 28 (4), pp. 387-424.
- (2003), «Strategies of Causal Assessment in Comparative Historical Analysis», en J. Mahoney y D. Rueschemeyer (eds.), pp. 337-372.
- y GOERTZ, G. (2006), «A Tale of Two Cultures: Contrasting Quantitative and Qualitative Research», *Political Analysis* 14 (3), pp. 227-249.
- y RUESCHEMEYER, D. (eds.) (2003), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, Cambridge University Press.
- MAIR, P. (1996), «Comparative Politics: An Overview», en Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann (eds.), *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, pp. 309-335 [ed. cast.: *Nuevo manual de ciencia política*, trad. de N. Lagares et al., Madrid, Istmo, 2001].
- (2006), «Cleavages», en Richard S. Katz y William J. Crotty (eds.), *Handbook of Political Parties*, Londres, Sage, pp. 371-375.
- (2008), «Democracies», en Daniele Caramani (ed.), *Comparative Politics*, Oxford University Press.
- MANSBRIDGE, J. J. (1990), «The Rise and Fall of Self-Interest in the Explanation of Political Life», en Jane J. Mansbridge (ed.), *Beyond Self-Interest*, University of Chicago Press, pp. 3-22.
- MAOZ, Z. (2002), «Case Study Methodology in International Studies. From Storytelling to Hypothesis Testing», en Michael Brecher y Frank P. Harvey (eds.), *Millennial Reflections on International Studies*, Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 455-475.
- MARCH, J. G. y OLSEN, J. P. (1984), «The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life», *American Political Science Review* 78, pp. 734-748.
- (1989), *Rediscovering Institutions*, Nueva York, The Free Press.

- MARCUSSEN, M. (2000), *Ideas and Elites: The Social Construction of Economic and Monetary Union*, Aalborg University Press.
- MATTEL, P. (2007), «From Politics to Good Management? Transforming the Local Welfare State in Italy», *West European Politics* 30 (3), pp. 593-620.
- MATURANA, H. y VARELA, F. (1992), *The Tree of Knowledge: The Biological Roots of Human Understanding*, Londres, Shambhala [ed. cast.: *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del conocimiento humano*, Madrid, Debate, 1990].
- MAY, E. R. (1973), «Lessons» of the Past: *The Use and Misuse of History in American Foreign Policy*, Oxford University Press.
- MAYNARD SMITH, J. y PRICE, G. R. (1973), «The Logic of Animal Conflict», *Nature* 246, pp. 15-18.
- MAYNTZ, R. (2002), «Zur Theoriefähigkeit makro-sozialer Analysen», en Renate Mayntz (ed.), *Akteure-Mechanismen-Modelle. Zur Theoriefähigkeit makro-sozialer Analysen*, Fráncfort, Campus, pp. 7-43.
- MAYR, E. (2004), *What Makes Biology Unique? Considerations on the Autonomy of a Scientific Discipline*, Cambridge University Press.
- MCADAM, D., TARROW, S. y TILLY, C. (2001), *Dynamics of Contention*, Cambridge University Press.
- MCCONNELL, G. (1966), *Private Power and American Democracy*, Nueva York, Knopf.
- MCKEOWN, T. J. (1999), «Case Studies and the Statistical Worldview: Review of King, Keohane, and Verba's *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*», *International Organization* 53 (1), pp. 161-190.
- (2004), «Case Studies and the Limits of the Quantitative World View», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 139-167.
- MCNAMARA, K. (1998), *The Currency of Ideas: Monetary Policy in the European Union*, Ithaca, Cornell University Press.
- MEAD, G. H. (1934), *Mind, Self and Society*, University of Chicago Press [ed. cast.: *Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductivismo social*, trad. de Florial Mazía, Barcelona, Paidós, 1999].
- MERCER, J. (1996), *Reputation and International Politics*, Ithaca, Cornell University Press.
- (2005), «Rationality and Psychology in International Politics», *International Organization* 59, pp. 77-106.
- MERTON, R. K. (1968), *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, The Free Press [ed. cast.: *Teoría y estructura sociales*, trad. de Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1965].
- MEYER, J. W. y ROWAN, B. (1983), «Institutionalized Organizations: Formal Structure as Myth and Ceremony», en John W. Meyer y W. Richard Scott (eds.), *Organizational Environments, Ritual and Rationality*, Londres, Sage, pp. 21-44.
- MICHEL, R. (1999), *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy* [1911], New Brunswick (N. J.), Transaction [ed. cast.: *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972].
- MILL, J. S. (1843), *A System of Logic*, Nueva York, The Free Press [ed. cast.: *El utilitarismo: un sistema de lógica*, trad. de Esperanza Guisán, Madrid, Alianza, 1984].
- (1972), *On Liberty, Utilitarianism, and Considerations on Representative Government*, Londres, Dent [ed. cast.: *De la libertad; del gobierno representativo. La esclavitud femenina*, trad. de Marta C. C. de Iturbe, Madrid, Tecnos, 1965].
- (1974), *A System of Logic, Ratiocinative and Inductive: Being a Connected View of the Principles of Evidence and the Methods of Scientific Investigation*, Londres, Routledge & Kegan Paul [ed. cast.: *Sistema de lógica inductiva y deductiva*, trad. de Eduardo Ovejero y Maury, Madrid, Juan Pueyo, 1917].
- MILLER, D. (1995), *On Nationality*, Oxford University Press [ed. cast.: *Sobre la nacionalidad: autodeterminación y pluralismo cultural*, trad. de Ángel Rivero, Barcelona, Paidós, 1997].
- MILLS, C. W. (2000), *The Sociological Imagination* [1959], Oxford University Press [ed. cast.: *La imaginación sociológica*, trad. de Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1961].
- MOLINA, Ó. y RHODES, M. (2002), «Corporatism: The Past, Present and Future of a Concept», *Annual Review of Political Science* 5, pp. 305-331.
- MÖLLER, J. (2007a), «The Post-Communist Tripartition 1990-2005: Contrasting Actor-Centered and Structural Explanations», tesis doctoral, European University Institute, Florencia.
- (2007b), «The Gap between Electoral Democracy and Liberal Democracy Revisited: Some Conceptual and Empirical Clarifications», *Acta Política*, en prensa.
- MONROE, K. R. (2001), «Paradigm Shift: From Rational Choice to Perspective», *International Political Science Review* 22 (2), pp. 151-172.
- (ed.) (2005), *Perestroika! The Raucous Rebellion in Political Science*, New Haven, Yale University Press.
- MORAVCSIK, A. (1993), «Preferences and Power in the European Community: A liberal Intergovernmental Approach», *Journal of Common Market Studies* 31, pp. 473-524.
- MORLINO, L. (ed.) (1989), *La scienza politica in Italia*, Turín, Edizioni della Fondazione Agnelli.
- (1990), «Problemi e scelte nella comparazione», *Rivista Italiana di Scienza Politica* 20, pp. 381-396.
- MUELLER, D. (1989), *Public Choice II*, Cambridge University Press [ed. cast.: *Elección pública*, trad. de Juan Carlos Zapatero, Madrid, Alianza, 1984].

- MUNCK, G. L. (2004), «Tools for Qualitative Research», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 105-122.
- MYRDAL, G. (1994), *The American Dilemma*, Nueva York, Harper.
- NACHMIAS, D. y FRANKFORT-NACHMIAS, C. (1976), *Research Methods in the Social Sciences*, Londres, Arnold.
- NAGEL, T. (2005), «The Problem of Global Justice», *Philosophy and Public Affairs* 33 (2), pp. 113-147.
- NEURATH, O. (1913), «Die Verirrten des Cartesius und das Auxiliarmotiv», *Jahrbuch der Philosophischen Gesellschaft an der Universität zu Wien*, incluido en Karl-Peter Markl (ed.), *Analytische Politikphilosophie und ökonomische Rationalität*, vol. II, Opladen, Westdeutscher Verlag, pp. 186-199 (1984).
- NEUSTADT, R. E. y MAY, E. R. (1989), *Thinking in Time: The Uses of History for Decision Makers*, Nueva York, The Free Press [ed. cast: *Los usos de la historia en la toma de decisiones*, Buenos Aires, GEL, 1986].
- NIDA-RÜMELIN, J. (1993), *Kritik des Konsequentialismus*, Múnich, Oldenbourg.
- NJOLSTAD, O. (1990), «Learning from History? Case Studies and the Limits to Theory-Building», en Nils Peter Gleditsch y Olav Njolstad (eds.), *Arms Races*, Londres, Sage, pp. 220-246.
- NORRIS, P. (2002), *Democratic Phoenix: Reinventing Political Activism*, Cambridge University Press.
- NORTH, D. C. (2005), *Understanding the Process of Economic Change*, Princeton University Press.
- (2006), «What's Missing from Political Economy?», en Barry R. Weingast y Donald Wittman (eds.), *The Oxford Handbook of Political Economy*, Oxford University Press, pp. 1003-1009.
- NOZICK, R. (1974), *Anarchy, State, and Utopia*, Nueva York, Basic Books [ed. cast: *Anarquía, estado y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988].
- O'KANE, R. H. T. (1993), «The Ladder of Abstraction: The Purpose of Comparison and the Practice of Comparing African Groups d'État», *Journal of Theoretical Politics* 5 (2), pp. 169-193.
- OBERSCHALL, A. (1973), *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs (N. J.), Prentice Hall.
- ODELL, J. S. (2004), «Case Study Methods in International Political Economy», en Detlef F. Sprinz y Yael Nahmias-Wolinsky (eds.), *Models, Numbers and Cases: Methods for Studying International Relations*, Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 56-80.
- OKIN, S. M. (1989), *Justice, Gender, and the Family*, Nueva York, Basic Books.
- OLSON, M. (1971), *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press [ed. cast: *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y teoría de grupos*, trad. de Ricardo Calvet Pérez, México, Limusa, 1992].
- (1982), *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities*, New Haven, Yale University Press [ed. cast: *Auge y decadencia de las naciones: crecimiento económico, estagflación y rigidez social*, trad. de Juan Andrés Iglesias, Barcelona, Ariel, 1986].
- OSBORN, M. J. y RUBISTEIN, A. (1994), *A Course in Game Theory*, Massachusetts, Massachusetts Institute of Technology Press.
- OSTROM, E. (1990), *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge University Press.
- (1996), «Incentives, Rules of the Game, and Development», en *Annual World Bank Conference on Development Economics*, 1995, Washington D.C., World Bank, pp. 207-234.
- (1998), «A Behavioral Approach to the Rational Choice Theory of Collective Action: Presidential Address, American Political Science Association, 1997», *American Political Science Review* 92 (2), pp. 1-22.
- PALONEN, K. (2002), «A History of Concepts as a Style of Political Theorizing: Quentin Skinner's and Reinhart Kosselleck's subversion of normative political theory», *European Journal of Political Theory* 1 (7), pp. 91-106.
- PARISI, A. y PASQUINO, G. (1985), «Relazioni partiti-elettori e tipi di voto», en Gianfranco Pasquino (ed.), *Il sistema politico italiano*, Roma, Laterza.
- PARSONS, T. (1968), *The Structure of Social Action*, Nueva York, The Free Press [ed. cast: *La estructura de la acción social, estudio, teoría social con respecto a un grupo de recientes escritos europeos*, trad. de Juan José Caballero y José Castillo, Madrid, Guadarrama, 1968].
- y SMELSER, N. J. (1956), *Economy and Society: A Study in the Integration of Economic and Social Theory*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- PASOTTI, E. y ROTHSTEIN, B. (2002), «In the Market for Ideas: A Quest for a Unified Conceptual Approach in Political Science», ponencia presentada en la reunión anual de la American Political Science Association, Boston, 28 de agosto.
- PASSERON, J.-C. y REVEL, J. (2005), «Penser par cas. Raisonnement à partir des singularités», en Jean-Claude Passeron y Jacques Revel (eds.), *Penser par cas*, París, École des Hautes Études en Sciences-Sociales Enquête, pp. 9-44.
- PATEMAN, C. (1970), *Participation and Democratic Theory*, Oxford University Press.
- PATOMÁKI, H. (1996), «How to Tell Better Stories about World Politics», *European Journal of International Relations* 2 (1), pp. 105-133.
- PETERS, B. G. (2000), «Governance and Comparative Politics», en Jon Pierre (ed.), *Debating Governance*, Oxford University Press.
- (2005), *Institutional Theory in Political Science: The New Institutionalism*, Londres, Continuum [ed. cast.: *El nuevo institucionalismo: la*

teoría institucional en ciencia política, trad. de Verónica Tirota, Barcelona, Gedisa, 2003].

- PIERSON, P. (1993), «When Effect Becomes Cause: Policy Feedback and Political Change», *World Politics* 45, pp. 595-628.
- (2000), «Increasing Returns, Path Dependence and the Study of Politics», *American Political Science Review* 94 (2), pp. 251-268.
- (2004), *Politics in Time: History, Institutions, and Social Analysis*, Princeton University Press.
- y SKOCPOL, T. (2007), *The Transformation of American Politics: Activist Government and the Rise of Conservatism*, Princeton University Press.
- PINKARD, T. (2000), *Hegel. A Biography*, Cambridge University Press [ed. cast: *Hegel: una biografía*, trad. de Carmen García-Trevijano, Madrid, Acento, 2001].
- PLATT, J. (1992a), «“Case Study” in American Methodological Thought», *Current Sociology – La sociologie contemporaine* 40 (1), pp. 17-48.
- (1992b), «Cases of case...of cases», en C. Ragin y H. Becker (eds.), pp. 21-52.
- POGGE, T. (1988), *Realizing Rawls*, Ithaca, Cornell University Press.
- POGGI, G. (1983), *Calvinism and the Capitalist Spirit: Max Weber's Protestant Ethic*, Londres, Palgrave Macmillan.
- (2000), *Durkheim*, Oxford University Press.
- POLANYI, K. (1944), *The Great Transformation*, Nueva York, Farrar & Rinehart [ed. cast: *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1997].
- POLSBY, N. (1968), «The Institutionalization of the House of Representatives», *American Political Science Review* 62 (1), pp. 144-168.
- POPPER, K. (1961), *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Science Editions [ed. cast: *El desarrollo del conocimiento científico: conjeturas y refutaciones*, trad. de Nestor Míguez, Buenos Aires, Paidós, 1967].
- (1965), *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Harper.
- (1972), «Epistemology without a Knowing Subject», en Karl Popper, *Objective Knowledge*, Oxford University Press, cap. 3 [ed. cast: *El conocimiento objetivo: un enfoque evolucionista*, trad. de Carlos Solís Santos, Madrid, Tecnos, 1974].
- PORTES, A. (2001), «Social Capital: Its Origins and Applications in Modern Sociology», *Annual Review of Sociology* 24, pp. 1-24.
- PRZEWORSKI, A. (2004), «Institutions Matter?», *Government and Opposition* 39, pp. 527-540.
- y TEUNE, H. (1970), *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, Wiley-Interscience.
- PUTNAM, R. (1988), «Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games», *International Organization* 42, pp. 427-460.

- (1993), *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton (N. J.), Princeton University Press [ed. cast: *Para que la democracia funcione: las tradiciones cívicas en la Italia moderna*, trad. de Victoria Gordo, Madrid, CIS, 2011].
- QUINE, W. O. (1953), «Two Dogmas of Empiricism», en Willard van Orman Quine, *From a Logical Point of View*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, pp. 20-46 [ed. cast: *Desde un punto de vista lógico*, trad. de Manuel Sacristán, Barcelona, Paidós, 2002].
- RABINOW, P. y SULLIVAN, W. M. (1987), *Interpretive Social Science: A Second Look*, Berkeley, University of California Press.
- RAGIN, C. (1987), *The Comparative Method: Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*, Berkeley, University of California Press.
- (1992), «“Casing” and the Process of Social Inquiry», en C. Ragin y H. Becker (eds.), pp. 217-226.
- (1994), *Constructing Social Research: The Unity and Diversity of Methods*, Thousand Oaks (California), Pine Forge [ed. cast: *La construcción de la investigación social: introducción a los métodos y su diversidad*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2007].
- (2000), *Fuzzy Set Social Science*, Chicago University of Chicago Press.
- (2004), «Turning the Tables: How Case-Oriented Research Challenges Variable-Oriented Research», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 123-138.
- y BECKER, H. (eds.) (1992), *What Is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge University Press.
- y ZARET, D. (1983), «Theory and Method in Comparative Research: Two Strategies», *Social Forces* 61 (3), pp. 731-754.
- RAIFFA, H.; RICHARDSON, J. y METCALFE, D. (2002), *Negotiation Analysis: The Science and Art of Collaborative Decision Making*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- RAPOPORT, A. y CHAMMAH, A. M. (1965), *Prisoner's Dilemma: A Study in Conflict and Cooperation*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- RATNER, S. R. (1996), «Drawing a Better Line: *Uti Possidetis* and the Borders of New States», *American Journal of International Law* 90 (4), pp. 590-624.
- RAWLS, J. (1971), *A Theory of Justice*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press [ed. cast: *Justicia como equidad: materiales para una teoría de la justicia*, trad. de Miguel Ángel Rodilla, Madrid, Tecnos, 1986].
- (1993), *Political Liberalism*, Nueva York, Columbia University Press [ed. cast: *El liberalismo político*, trad. de Antoni Domènech, Barcelona, Crítica, 1996].
- (1999), *The Law of Peoples*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press [ed. cast: *El derecho de gentes; y una revisión de la idea de la razón pública*, trad. de Hernando Valencia Villa, Barcelona, Paidós, 2001].

- REIFF, K. y SCHMITT, H. (1980), «Nine Second-order National Elections: A Conceptual Framework for the Analysis of European Election Results», *European Journal of Political Research* 8 (1), pp. 3-44.
- RICHARDSON, L. (1994), «Writing: a method of Inquiry», en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Londres, Sage, pp. 516-529.
- RIKER, W. H. (1962), *The Theory of Political Coalitions*, New Haven, Yale University Press [ed. cast: *Teoría de los juegos y de las coaliciones políticas*, Barcelona, Ariel, 1992].
- (1997), «The Ferment of the 1950s and the Development of Rational Choice Theory», en Kristen Renwick Monroe (eds.), *Contemporary Empirical Political Theory*, Berkeley, University of California Press, pp. 191-201.
- y ORDESHOOK, P. (1973), *An Introduction to Positive Political Theory*, Englewood Cliffs (N. J.), Prentice Hall.
- ROBINSON, W. S. (1950), «Ecological Correlations and the Behavior of Individuals», *American Sociological Review* 15 (3), pp. 351-357.
- RODRIK, D. (ed.) (2003), *In Search of Prosperity: Analytic Narratives on Economic Growth*, Princeton University Press.
- ROGOWSKI, R. (1995), «The Role of Theory and Anomaly in Social-Scientific Inference», *American Political Science Review* 89 (2), pp. 467-470.
- (2004), «How Inference in the Social (but Not the Physical) Science Neglects Theoretical Anomaly», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 75-84.
- ROKKAN, S. (1970), *Citizens, Elections, Parties*, Oslo, Universitetsforlaget.
- et al. (1988), *Centre-Periphery Structures in Europe 1880-1978: An International Social Science Council (ISSC) Workbook in Comparative Analysis*, Ann Arbor, Institute for Social Research, University of Michigan.
- ROPER, J. M. y SHAPIRA, J. (2000), *Ethnography in Nursing Research*, Thousand Oaks (California), Sage.
- RORTY, R. (1980), *Philosophy and the Mirror of Nature*, Oxford, Blackwell [ed. cast: *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, trad. de Jesús Fernández Zulaica, Madrid, Cátedra, 1983].
- (1994), «Method, Social Science and Social Hope», en Steven Seidman (ed.), *The Postmodern Turn: New Perspective on Social Theory*, Cambridge University Press, pp. 46-64.
- ROSS, M. H. (1997), «Culture and Identity in Comparative Political Analysis», en Mark Irving Lichbach y Alan S. Zuckerman (eds.), *Comparative Politics. Rationality, Culture, and Structure*, Cambridge University Press, pp. 46-64.
- ROTH, P. (2004), *The Plot against America*, Londres, Jonathan Cape [ed. cast: *La conjura contra América*, trad. de Jordi Fibla, Barcelona, Círculo de Lectores, 2005].
- ROTHSTEIN, B. (1982), «Den Svenska byråkratins uppgång och fall [The Rise and Fall of the Swedish Bureaucracy]», *Hafren for Kritiska Studier* 15 (5), pp. 26-46.
- (1992), «Labor Market Institutions and Working Class Strength», en S. Steinmo, K. Thelen y F. Longstreth (eds.), pp. 33-56.
- ROUSSEAU, J.-J. (1959), *Oeuvres, Pleiade*, I, París, Gallimard.
- RUESCHEMEYER, D. (2003), «Can One or a Few Cases Yield Theoretical Gains?», en J. Mahoney y D. Rueschemeyer (eds.), pp. 305-336.
- RUGGIE, J. (1998), *Constructing the World Polity: Essays on International Institutionalization*, Londres, Routledge.
- RUSTOW, D. (1955), *The Politics of Compromise*, Princeton University Press.
- SABATIER, P. A. y JENKINS-SMITH, H. C. (1999), «The Advocacy Coalition Framework: An Assessment», en Paul A. Sabatier (ed.), *Theories of the Policy Process*, Boulder, Colorado, Westview.
- SAGAN, S. D. (1993), *The Limits of Safety: Organizations, Accidents, and Nuclear Weapons*, Princeton University Press.
- SANDEL, M. (1982), *Liberalism and the Limits of Justice*, Cambridge University Press [ed. cast: *El liberalismo y los límites de la justicia*, trad. de M.ª Luz Melón, Barcelona, Gedisa, 2000].
- SANGRADOR GARCÍA, J. L. (1996), *Identidades, actitudes y estereotipos en la España de las Autonomías*, Opiniones y Actitudes, n.º 10, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- SARTORI, G. (1970), «Concept Misformation in Comparative Politics», *American Political Science Review* 64, pp. 1033-1053.
- (1971), «La politica comparata: premesse e problemi», *Rivista italiana di scienza politica* 1, pp. 7-66.
- (1976), *Parties and Party Systems: A framework for Analysis*, Cambridge University Press [ed. cast: *Partidos y sistemas políticos: marco para un análisis*, Madrid, Alianza, 1980].
- (1984), «Guidelines for Concept Analysis», en Giovanni Sartori (ed.), *Social Science Concepts, A Systematic Analysis*, Londres, Sage, pp. 15-85.
- SATZ, D. y FERREJOHN, J. (1954), «Rational Choice and Social Theory», *Journal of Philosophy* 91 (2), pp. 71-87.
- SAVAGE, L. J. (1954), *The Foundations of Statistics*, Nueva York, Wiley.
- SCARROW, S. E. (2000), «Parties without Members: Party Organization in a Changing Electoral Environment», en Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans*, Oxford University Press, pp. 79-101.
- SCHARPF, F. W. (1988), «The Joint Decision Trap: Lesson from German Federalism and European Integration», *Public Administration Review* 66, pp. 239-78.
- (1991), «Political Institutions, Decision Styles, and Policy Choices», en R. M. Czada y A. Windhoff-Héritier, *Political Choice. Institutions, Rules and the Limits of Rationality*, Boulder, Colorado, Westview.

- (1993), *Games in Hierarchies and Networks. Analytical and Empirical Approaches to the Study of Governance Institutions*, Boulder, Colorado, Westview.
- (1997), *Games Real Actors Play. Actor-Centered Institutionalism in Policy Research*, Boulder, Colorado, Westview.
- (2006), «Social Science as a Vocation - Are Max Weber's Warnings Still Valid?», *Inaugural Lecture, Max Weber Programme*, European University Institute, Florencia.
- ; REISSEERT, B. y SCHNABEL, F. (1976), *Politikverflechtung: Theorie und Empire des Kooperativen Föderalismus in der Bundesrepublik*, Kronenberg, Scriptor Verlag.
- SHELLING, T. C. (1960), *The Strategy of Conflict*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press [ed. cast.: *La estrategia del conflicto*, trad. de Adolfo Martín, Madrid, Tecnos, 1964].
- SCHMITTER, P. C. (1974), «Still the Century of Corporatism?», *Review of Politics* 36.
- (2001), «Parties Are Not What They Once Were», en Larry Diamond y Richard Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 67-89.
- SCHMITTER, P. C. y LEHMBRUCH, G. (eds.) (1979), *Trends toward Corporatist Intermediation*, Beverly Hills, California, Sage.
- SCHUMPETER, J. (1908), *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, Múnich, Duncker & Humblot.
- (1942), *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Nueva York, Harper [ed. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, trad. de José Díaz García, Madrid, Aguilar, 1968].
- SCOTT, A. (1998), *Regions and the World Economy. The Coming Shape of Global Production, Competition, and Political Order*, Oxford University Press.
- SEARLE, J. (2001), *Rationality in Action*, Cambridge (Mass), Massachusetts Institute of Technology Press [ed. cast.: *Razones para actuar*, trad. de Luis M. Valdés Villanueva, Oviedo, Nobel, 2000].
- SELIGSON, M. (2002), «The Renaissance of Political Culture, or the Renaissance of the Ecological Fallacy?», *Comparative Politics* 34, pp. 273-292.
- SELZNICK, P. (1949), *TVA and the Grass Roots: A Study in the Sociology of Formal Organization*, Berkeley, University of California Press.
- SEN, A. (1977), «Rational Fools: A Critique of the Behavioral Foundations of Economic Theory», *Philosophy and Public Affairs* 6, pp. 317-344.
- (1990), «Rational Fools», en Jane J. Mansbridge (ed.), *Beyond Self-Interest*, University of Chicago Press, pp. 25-43.
- SEWELL, W. H. (1996), «Three Temporalities: Toward an Eventful Sociology», en Terrence J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Science*, Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 245-280.
- SHAPIRO, I. (2002), «The State of Democratic Theory», en Ira Katznelson y Helen V. Milner (eds.), *Political Science. State of Discipline*, Nueva York, Norton, pp. 235-65.
- (2004), «Problems, Methods and Theories in the study of Politics, or: What's Wrong with Political Science and What to Do About it», en I. Shapiro, R. M. Smith y T. E. Masoud (eds.), pp. 19-41.
- ; SMITH, R. M. y MASOUD, T. E. (2004a), «Introduction: Problems and Methods in the Study of Politics», en Shapiro, Smith y Masoud (eds.), pp. 1-18.
- (2004b), *Problems and Methods in the Study of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SHUE, H. (1980), *Basic Rights. Subsistence, Affluence, and U.S. Foreign Policy*, Princeton University Press.
- SIL, R. (2004), «Problems Chasing Methods or Methods Chasing Problems? Research Communities, Constrained Pluralism and the Role of Eclecticism», en I. Shapiro, R. M. Smith y T. E. Masoud (eds.), pp. 307-331.
- SIMON, H. A. (1982), *Models of Bounded Rationality*, Cambridge (Mass), Massachusetts Institute of Technology Press.
- (1985), «Human Nature in Politics: The Dialogue of Psychology with Political Science», *American Political Science Review* 79, pp. 293-304.
- (1986), «Rationality in Psychology and Economics», *Journal of Business* 59 (4), pp. 209-224.
- (1995), «Rationality in Political Behavior», *Political Psychology* 16 (1), pp. 45-62.
- SJÖBLOM, G. (1977), «The Cumulation Problem in Political Science: An Essay on Research Strategies», *European Journal of Political Research* 5 (1), pp. 1-32.
- SKINNER, Q. (2002), *Vision of Politics*, vol. III: *Hobbes and Civil Science*, Cambridge University Press.
- SKOCPOL, T. (1979), *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press [ed. cast.: *Los estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984].
- y AMENTA, E. (1986), «States and Social Policies», *Annual Review of Sociology* 12, pp. 131-157.
- e IKENBERRY, J. (1983), «The Political Formation of the American Welfare State in Historical and Comparative Perspective», *Comparative Social Research* 6, pp. 87-148.
- y SOMERS, M. (1980), «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History* 22 (2), pp. 174-197.
- SKOWRONEK, S. (1982), *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities 1877-1920*, Cambridge University Press.

- SKYRMS, B. (2004), *The Stag Hunt and the Evolution of Social Structure*, Cambridge University Press [ed. cast: *La caza del ciervo y la evolución de la estructura social*, trad. de Xavier Zambrano, Barcelona, Melusina, 2007].
- SMELSER, N. J. (1976), *Comparative Methods in the Social Sciences*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall.
- SMITH ROGERS, M. (2004), «The Politics of Identity and the Tasks of Political Science», en Shapiro, Smith y Masoud (eds.), pp. 42-66.
- SMYRL, M. (1997), «European Policies, Regional Programs, Local Politics», tesis doctoral, Universidad de Harvard.
- SNYDER, J. (1989), «Richness, Rigor, and Relevance in the Study of Soviet Foreign Policy», en Sean M. Lynn-Jones, Steven E. Miller y Stephen Van Evera (eds.), *Soviet Military Policy*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology Press, pp. 3-22.
- SPERBER, D. (1984), *Il sapere degli antropologi*, Milán, Feltrinelli.
- SPOHN, W. (1982), «How to Make Sense of Game Theory?», en Wolfgang Stegmüller, Wolfgang Balzer y Wolfgang Spohn (eds.), *Philosophy of Economics*, Actas, Múnich, julio de 1981, Berlín, Springer-Verlag, pp. 239-270.
- SPRADLEY, J. P. (1979), *The Ethnographic Interview*, Belmont (California), Wadsworth/ThomsonLearning.
- (1980), *Participant Observation*, Nueva York; Holt, Rinehart y Winston.
- STEINBRUNER, J. D. (1974), *The Cybernetic Theory of Decision: New Dimension of Political Analysis*, Princeton University Press.
- STEINMO, S. (1993), *Taxation and Democracy: Swedish, British and American Approaches to Financing the Modern State*, New Haven, Yale University Press.
- (2003), «The Evolution of Policy Ideas: Tax Policy in the 20th Century», *British Journal of Politics and International Relations* 5 (2), pp. 206-236.
- ; THELEN, K. y LONGSTRETH, F. (eds.) (1992), *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press.
- STORPER, M. (1997), *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy*, Nueva York, Guildford.
- STREECK, W. y THELEN, K. (2005), «Introduction: Institutional Change in Advanced Political Economies», en Wolfgang Streeck y Kathleen Thelen (eds.), *Beyond Continuity*, Oxford University Press, pp. 1-39.
- STRETTON, H. (1969), *The Political Sciences: General Principles of Selection in Social Sciences and History*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- STRØM, K.; MULLER, W. C. y BERGMAN, T. (eds.) (2003), *Delegation and Accountability in Parliamentary Democracies*, Oxford University Press.
- TAMIR, Y. (1993), *Liberal Nationalism*, Princeton University Press.
- TORROW, S. (2004), «Bridging the Quantitative-Qualitative Divide», en H. E. Brady y D. Collier (eds.), pp. 171-180.
- TAYLOR, M. (1987), *The Possibility of Cooperation*, Cambridge University Press.
- TAYLOR, P. D. y JONKER, L. B. (1978), «Evolutionary Stable Strategies and Game Dynamics», *Mathematical Biosciences* 40, pp. 145-156.
- TETLOCK, P. E. (2005), *Expert Political Judgment. How Good Is It? How Can We Know?* Princeton University Press.
- y BELKIN, A. (1996), *Counterfactual Thought Experiments in World Politics*, Princeton University Press.
- , LEBOW, R. N. y PARKER, G. (2006), *Inmaking the West: "What-if" Scenarios that Rewrite World History*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- THATCHER, M. y STONE SWEET, A. (eds.) (2002), *The Politics of Delegation: Non-Majoritarian Institutions in Europe*, número extraordinario de *West European Politics* 25 (1), pp. 1-219.
- THELEN, K. (2004), *How Institutions Evolve: The Political Economy of Skills in Germany, Britain, the United States, and Japan*, Cambridge University Press.
- THOMAS, G., BOLI, J., RAMIREZ, F. et al. (1987), *Institutional Structure: Constituting State, Society and the Individual*, Beverly Hills (California), Sage.
- THOMPSON, E. P. (1980), *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin [ed. cast: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. de Elena Grau, Barcelona, Crítica, 1989].
- TILES, M. (1984), *Bachelard: Science and Objectivity*, Cambridge University Press.
- TILLY, C. (1984), *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation [ed. cast.: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, trad. de Ana Balbás, Madrid, Alianza, 1991].
- (1986), *The Contentious French*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- y ARDANT, G. (1975), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton University Press.
- TILMANS, K. (2004), «The Concept of the Dutch Citizen», *Redescriptions: Yearbook of Political Thought and Conceptual History* 8, pp. 146-171.
- TOCQUEVILLE, A. DE (1999), *Souvenirs*, París, Gallimard [ed. cast.: *Recuerdos de la Revolución de 1840*, trad. de Marial Suárez, Madrid, Editora Nacional, 1984].
- TODD, E. (1990), *L'invention de l'Europe*, París, Seuil [ed. cast: *La invención de Europa*, trad. de Juana Bignozzi, Barcelona, Tusquets, 1995].
- TOULMIN, S. (1950), *An Examination of Reasons in Ethics*, Cambridge University Press [ed. cast: *El puesto de la razón en la ética*, trad. de I. F. Ariza, Madrid, Revista de Occidente, 1964].

- (2001), *Return to Reason*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- TOURAINE, A. (1981), *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*, Cambridge University Press.
- TRACHTENBERG, M. (2006), *The Craft of International History. A Guide to Method*, Princeton University Press.
- TRUMAN, D. (1951), *The Governmental Process*, Nueva York, Knopf.
- TSEBELIS, G. (1990), *Nested Games: Rational Choice in Comparative Politics*, Berkeley, University of California Press.
- ULLMANN-MARGALIT, E. (1977), *The Emergence of Norms*, Oxford, Clarendon.
- VAN LANGENHOVE, L. (2007), *Innovating the Social Sciences: Towards More Useable Knowledge for Society*, Viena, Passagen Verlag.
- VAUGHAN, D. (1992), «Theory Elaboration: The Heuristics of Case Analysis», en Ragin y Becker (eds.), pp. 173-202.
- VERBA, S. (1991), «Comparative Politics: Where Have We Been, Where Are We Going», en Howard J. Wiarda (ed.), *New Directions in Comparative Politics*, Boulder (Colorado), Westview, pp. 31-42.
- ; NIE, N. H. y KIM, J.-O. (1978), *Participation and Political Equality*, Cambridge University Press.
- VICO, G. (1999), *The New Science* [1744], Londres, Penguin [ed. cast: *Ciencia nueva*, trad. de Rocío de la Villa, Madrid, Tecnos, 2006].
- VINCENT, A. (2004), *The Nature of Political Theory*, Oxford University Press.
- VON NEUMANN, J. y MORGENSTERN, O. (1994), *Theory of Games and Economic Behavior*, Princeton University Press.
- VON WRIGHT, G. H. (1971), *Explanation and Understanding*, Ithaca, Cornell University Press [ed. cast: *Explicación y comprensión*, trad. de Luis Vega Reñón, Madrid, Alianza, 1980].
- VOSS, K. (1993), *The Making of American Exceptionalism: The Knights of Labor and Class Formation in the Nineteenth Century*, Ithaca, Cornell University Press.
- WALLERSTEIN, M. (2001), «Does Political Science Need a “Theory of Everything”?», *Newsletter of the American Political Science Association Comparative Politics Section*, invierno 2001, 1-2, p. 31.
- WALTON, J. (1992), «Making the Theoretical Case», en Ragin y Becker (eds.), pp. 121-137.
- WALTZ, K. (1959), *Man, the State and War*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1979), *Theory of International Politics*, Reading (Mass.), Addison-Wesley.
- WEBER, M. (1949), *The Methodology of the Social Sciences*, Nueva York, The Free Press [ed. cast: *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, trad. de Michael Faber-Kaiser, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985].
- WEBER, S. (1996), «Counterfactuals, Past and Future», en Tetlock y Belkin (eds.), pp. 268-288.
- WEIBULL, J. W. (1995), *Evolutionary Game Theory*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology Press.
- WEINGAST, B. (1996), «Political Institutions: Rational Choice Perspectives», en Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann (eds.), *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, pp. 167-190.
- WENDT, A. (1999), *Social Theory of International Relations*, Cambridge University Press.
- WENGLE, J. L. (1988), *Ethnographers in the Field: the Psychology of Research*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.
- WHYTE, W. F. (1994), *Street Corner Society*, University of Chicago Press [ed. cast: *La sociedad de las esquinas*, México, Diana, 1971].
- WIARDA, H. J. (1991), «Comparative Politics: Past and Present», en Howard J. Wiarda (ed.), *New Directions in Comparative Politics*, Boulder (Colorado), Westview, pp. 3-30.
- WILLMS, J. y BECK, U. (2004), *Conversations with Ulrich Beck*, Cambridge, Polity.
- WILSON, G. K. (1994), «The Westminster Model in Comparative Politics», en Ian Budge y David McKay, *Developing Democracy: Comparative Research in Honour of J. F. P. Blondel*, Londres, Sage.
- WILSON, W. (1891), *Congressional Government: A Study in American Politics*, 8.ª ed., Boston, Houghton [ed. cast.: *El gobierno congresional regimén político de los Estados Unidos*, Madrid, Idamor Moreno, s.a.].
- WOLCOTT, H. F. (1999), *Ethnography: A Way of Seeing*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- WUNENBURGER, J.-J. (ed.) (2003), *Bachelard et l'épistémologie française*, París, Presses Universitaires de France.
- YIN, R. K. (1994), *Case Study Research. Design and Methods* [1984], Beverly Hills (California), Sage.
- ZIELONKA, J. (2006), *Europe as Empire: The Nature of the Enlarged European Union*, Oxford University Press.
- ZIMAN, J. (1978), *Reliable Knowledge*, Cambridge University Press [ed. cast: *La credibilidad de la ciencia*, trad. de Eulalia Pérez, Madrid, Alianza-Ediciones del Prado, 1995].
- ZINTL, R. (2001), «Rational Choice as a Tool in Political Science», *Associations* 5 (1), pp. 35-50.
- ZYSMAN, J. (1977), *Political Strategies for Industrial Order: State, Market, and Industry in France*, Berkeley, University of California Press.

GLOSARIO

Abducción Véase Deducción.

Adhocismo Una explicación *ad hoc* es la que se inventa posteriormente al hecho para explicar un acontecimiento o para justificar una pretensión normativa específica, sin recurrir a una teoría. Los científicos sociales deploran tales explicaciones, ya que una explicación debe ser general y aplicable al menos a todos los casos en la misma categoría.

Behaviorismo El behaviorismo tiene significados diversos en psicología y en filosofía. En ciencias políticas nos remite a un enfoque que se inició primero en Europa y luego en Estados Unidos en los años cuarenta; durante las dos décadas que siguieron se integró en la corriente dominante. Desplazó su énfasis desde el estudio de instituciones hasta el de individuos (o a veces de grupos) y de su comportamiento. Los behavioristas consideran que los individuos se comportan de la misma manera en las mismas circunstancias en busca de conocimientos y leyes universales. Son positivistas en su enfoque y trabajan con amplias bases de datos. La teoría de la elección racional, el nuevo institucionalismo, el renovado interés por la cultura y el giro normativo en las ciencias sociales han puesto en entredicho al behaviorismo.

Caja negra Cuando un grupo de factores o variables parece ser la causa de otro, pero no sabemos de qué manera sucede; este vacío existente en la explicación se conoce como «caja negra». Varios métodos de investigación tienen como objetivo conseguir abrir la caja negra.

Caso Se puede definir un caso como una unidad de observación o una unidad de análisis. Los casos son los protagonistas en estudios de amplio *N*, que contienen muchos casos en los que se mide una variable. El «estudio de caso» es una estrategia de investigación que se centra en una única unidad, es decir, en un acontecimiento, un país o un proceso histórico. Los casos no se definen por sí solos. La delimitación de

un caso proviene, más bien, de un acto de conceptualización por parte del investigador. Se considera que los estudios de caso son más potentes en la construcción de hipótesis que en la comprobación de las mismas y también más potentes en la lógica del descubrimiento que en la lógica de la comprobación de la teoría. Son importantes en la investigación etnográfica, la cual aspira a comprender más que a explicar. Los casos fundamentales o fuera de la norma son particularmente provechosos para la evaluación de la teoría.

Causación La causación se basa en la idea de que los acontecimientos sociales y políticos pueden atribuirse a causas anteriores, al igual que sucede en las ciencias naturales. Una explicación estrictamente causal requiere que una combinación particular de circunstancias produzca el mismo resultado y que cada ocurrencia de un acontecimiento específico tenga las mismas causas. En ciencias sociales se dice que las relaciones causales son probabilísticas. La causación se establece por correlación, mostrando que las mismas causas se asocian con los mismos efectos; pero esto no prueba estrictamente que las unas sean causa de los otros. La conexión se establece a veces mediante la elección racional de la conclusión (según la cual las personas siempre escogen la mejor opción para sí mismas) o mediante un seguimiento de procesos. Muchos sociólogos admiten que un acontecimiento específico puede deberse a varias combinaciones de causas. Los críticos responden que el mundo social no equivale al mundo natural y que los acontecimientos sociales no obedecen a causas, sino que son producto de la volición humana y de la experiencia o de la casualidad.

Cibernética En las ciencias naturales, la cibernética es el estudio de flujos de líquidos. En las ciencias sociales es el estudio de sistemas autorregulados y formas espontáneas y no reguladas de comunicación social.

Comprensión La comprensión o *verstehen* es un término utilizado por quienes piensan que no podemos explicar el cambio social refiriéndonos a procesos causales (véase Causación), como sucede en las ciencias naturales. Las ciencias sociales deben ocuparse de la comprensión de los procesos sociales, con la inclusión de las motivaciones de los actores y de los elementos de contingencia.

Conceptos Los conceptos son los ladrillos con que se construyen las ciencias sociales. Consisten en *términos* utilizados para clasificar el mundo social en categorías. Los realistas (incluidos los positivistas) entienden que los conceptos corresponden a categorías reales. Los nominalistas y, hasta cierto punto los constructivistas, afirman que solo son maneras convenientes de representar la realidad; su utilidad no se debe a su correspondencia con la realidad, sino a su capacidad para explicar resultados.

Condiciones El análisis causal a menudo utiliza condiciones necesarias y suficientes. Si *A* siempre está asociado con *B* (cada *A* tiene su *B* con in-

dependencia de otros factores), *A* es una condición suficiente para *B*. Si *B* está siempre asociado con *A* (no hay *B* sin *A*), *A* es una condición necesaria para *B*. Las condiciones necesarias y suficientes permiten especificar causas con precisión. Más compleja y menos determinada es la condición INIS, en la que la causa (o causas) identificadas es un elemento insuficiente, pero no redundante, de un complejo que, en sí mismo, es innecesario, pero suficiente, para la producción de un resultado.

Consecuencialismo El consecuencialismo defiende la elección de un curso de acción por sus posibles resultados, no por sus méritos intrínsecos (véase Utilitarismo).

Constructivismo Hay muchas variedades de constructivismo. Su característica común es que se centra en nuestra construcción conceptual del mundo, no en una «realidad concreta». En las relaciones internacionales los constructivistas hacen hincapié en el papel de las normas, frente al hincapié «realista» en los estados, los intereses y el poder.

Contrafácticos Los contrafácticos son acontecimientos que no ocurrieron, pero podrían haber ocurrido si las circunstancias hubiesen sido diferentes. A menudo utilizamos los contrafácticos en nuestro razonamiento cuando creamos hipótesis, como al invocar una cláusula *ceteris paribus* («puesto que otras cosas son iguales»). De manera más explícita se utiliza en el análisis histórico para rastrear el impacto de factores específicos al preguntarnos lo que hubiese sucedido en su ausencia o (en el caso de que estén ausentes) en su presencia.

Controles Con vistas a aislar el efecto de las variables fundamentales, en los análisis comparativos pueden controlarse otras variables, es decir, se pueden mantener constantes; solo se incluyen los casos cuyas variables no cambian.

Correlación Existe una correlación entre dos variables cuantitativas cuando sus valores varían juntos (véase también Regresión). Esto indica a veces una relación causal entre ellas, pero una correlación no puede utilizarse por sí sola para demostrar causación.

Deducción/inducción La deducción es un proceso mediante el cual se sacan conclusiones directamente de sus premisas, solo mediante la lógica. Es el método característico de las matemáticas y también se utiliza en la filosofía. La inducción implica el estudio de casos reales, de los cuales se sacan conclusiones generales. El término «deducción» se utiliza con frecuencia en las ciencias sociales para referirse al enfoque hipotético-deductivo: una hipótesis se deriva deductivamente de la teoría y, luego, se comprueba empíricamente. El término «abducción» se utiliza, a veces, para un proceso que oscila entre la deducción y la inducción.

Determinismo En filosofía, el determinismo es la creencia de que los acontecimientos sociales vienen determinados por causas anteriores, susceptibles de descubrirse y especificarse por completo. Tradicionalmente se opone al libre arbitrio, que pone de manifiesto la capacidad

de los humanos para tomar sus propias decisiones. Pocos científicos sociales se describirían a sí mismos como deterministas, puesto que todos reconocen un elemento de incertidumbre en el mundo; lo que los diferencia es la importancia que conceden a la voluntad humana.

Diacrónico El análisis diacrónico es el examen de uno o más casos a lo largo del tiempo. El análisis sincrónico es el examen de varios casos al mismo tiempo.

Diseño de sistemas muy similares Se trata de una manera de seleccionar casos para que sean similares en tantos aspectos como sea posible, aislando así los factores clave que los diferencian. Los aspectos similares están controlados o se convierten en parámetros. Los aspectos que difieren son variables. Los diseños de sistemas muy diferentes toman casos que han producido resultados similares en la materia objeto de interés, pero son muy diferentes en los demás aspectos. El objetivo consiste en encontrar el factor común que produjo el resultado. Los diseños de investigación muy similares y muy diferentes se parecen, respectivamente, al método de desacuerdo y al método de acuerdo de Mill.

Diseño indeterminado de investigación Un diseño indeterminado de investigación es aquel en el que el resultado está abierto a diferentes explicaciones, puesto que con el número de casos disponibles no podemos controlar el efecto de todas las variables operativas sobre la variable dependiente.

Elección racional Los modelos de elección racional de comportamiento social se basan en el individualismo metodológico. Se asume que los individuos conocen sus propios intereses y buscan maximizarlos en la interacción social. Por lo tanto, los resultados se explican por las acciones combinadas de individuos que se buscan a sí mismos. La objeción principal a esto es que las suposiciones de racionalidad y de propio interés son erróneas. Los individuos no actúan racionalmente y puede que no se guíen por el interés. Los intentos de salvar la teoría diciendo que el propio interés abarca el comportamiento altruista (puesto que procura gratificación al individuo) convierten dicha teoría en una tautología, ya que la posibilidad de no actuar en interés propio queda definida en otro lugar. En años recientes los teóricos de la elección racional han ampliado estos supuestos, incorporando otras formas de motivación a sus modelos; por ejemplo, la teoría del juego incorpora las acciones de otros actores en el cálculo. La elección racional ha influido en el estudio de la política pública a través de la escuela de la elección pública, que trata de reorganizar los servicios públicos sobre la base de los casi-mercados, que permite que los individuos seleccionen dentro de lo posible el abanico de servicios que les interesan (*véase también* Utilitarismo).

Empirismo Los empíricos creen que el mundo puede descubrirse y explicarse mediante la observación o la medida. Identifican hechos por

medio del lenguaje corriente en vez de recurrir a la definición teórica. De manera más general, la investigación empírica parte del uso de fuentes originales, incluidos los datos, las notas escritas y las entrevistas; frente a ella, se encuentra la investigación puramente teórica. Otros entienden que la distinción entre empírico y teórico tiene que ver con la definición del objeto de la investigación. En la práctica, buena parte de la investigación en ciencias sociales mezcla enfoques teóricos y empíricos.

Endogenia En estadística, la endogenia es el error de tener el mismo indicador en las variables dependientes e independientes.

Enfoque holista Un enfoque holista considera a los individuos y a las sociedades como entidades completas, en vez de dividirlos en variables o características.

Enfoque ideográfico El enfoque ideográfico busca explicar solo el caso en cuestión, no plantear generalizaciones.

Enfoque nomotético El enfoque nomotético trata de producir leyes generales, no solo explicar casos individuales. A menudo se contraponen al enfoque ideográfico.

Epistemología La epistemología es el estudio del conocimiento y la justificación. En cuanto rama compleja de la filosofía, dentro de las ciencias sociales, se refiere a la manera en que conocemos las cosas. Existen dos posturas epistemológicas principales. Los positivistas creen que podemos conocer directamente el mundo social. Por su parte, los constructivistas afirman que nuestro conocimiento consiste en conceptos, es decir, en representaciones abstractas del mundo cuyo valor se basa en su utilidad más que en su correspondencia con la realidad.

Equifinalidad La equifinalidad es la circunstancia por la cual diferentes causas o grupos de causas producen el mismo resultado.

Estática comparativa La estática comparativa implica el examen de un rasgo mientras se mantienen constantes todos los demás rasgos de los casos seleccionados y se evalúa la influencia de dicha variación en el resultado.

Explanandum/explanans El *explanandum* es lo que debe explicarse (también definido en algunos enfoques como la variable «dependiente»). El *explanans* es lo que hace la explicación (también la variable «independiente» o «interviniente»).

Falacia ecológica La falacia ecológica supone que las relaciones que se establecen en el nivel conjunto también se establecerán en el nivel individual. La falacia individualista entiende que las relaciones que se establecen en el nivel individual también se establecen en un nivel más elevado de análisis.

Falsedad Una relación falsa es la que parece válida, pero no lo es. Puede deberse a una deficiente especificación de las variables, a una medición deficiente o a errores analíticos tales como la falacia ecológica.

Fundacionalismo En filosofía, el fundacionalismo es la idea de que existen dos tipos de conocimiento: el fundacional, base de todo el conocimiento, y el no fundacional, que se deriva del conocimiento fundacional. El fundacionalismo también entiende que para comprender el mundo debemos regresar siempre a las bases del conocimiento; para compartir ideas, debemos compartir las mismas presunciones ontológicas y epistemológicas. La mayoría de los sociólogos coinciden en que las ciencias sociales serían imposibles si se hiciese así; se puede progresar mucho sin necesidad de regresar a las bases.

Grados de libertad En estadística, los grados de libertad se calculan sobre la base de las relaciones entre el número de casos y el número de variables introducidas en un modelo. En la investigación cuantitativa, los grados de libertad deben limitarse para evitar un diseño indeterminado de investigación, es decir, un diseño en el que los casos sean demasiado reducidos para poner a prueba el impacto de todas las variables relevantes. En los estudios comparativos de casos el análisis de un gran número de variables con unos pocos casos es menos problemático.

Hermenéutica La hermenéutica es la ciencia de la interpretación. El término se utiliza a menudo en ciencias sociales para referirse a enfoques que ponen de manifiesto la interpretación subjetiva por encima de los estándares de conocimiento compartidos.

Hipótesis Una hipótesis es algo que se deduce, generalmente una relación entre factores bajo la forma de «si tenemos X, tendremos Y». A menudo se utiliza en el análisis causal (véase Causación) para postular una conexión determinada entre los dos factores. La conexión puede entonces comprobarse empíricamente. Si se mantiene, la hipótesis queda confirmada. Si no, se rechaza. Según Popper, una hipótesis es falsa cuando hay indicios de ausencia de conformidad; nunca podemos decir que hemos verificado una hipótesis. En la práctica, la investigación empírica sirve para modificar una hipótesis, que luego queda confirmada en su nueva forma. Algunos sociólogos insisten en que todas las tesis doctorales deben ser hipótesis; pero se trata de una idea demasiado estricta, puesto que no todas las tesis buscan poner a prueba relaciones causales.

Individualismo metodológico El individualismo metodológico se basa en la suposición de que la única unidad válida de análisis social es la persona individual. Los macroprocesos se cimentan en la agrupación de decisiones individuales. El individualismo ontológico mantiene que solo existen los individuos y que hablar de colectividades como actores carece de sentido. El individualismo explicativo afirma que solo las acciones individuales explican los resultados sociales. Las dos posiciones son distintas, y el investigador puede aceptar una sin necesariamente aceptar la otra.

Inducción Véase Deducción.

Institucionalismo El institucionalismo entiende que las instituciones ejercen un efecto independiente sobre el comportamiento social y político. El institucionalismo antiguo se centraba en el estudio de instituciones antes de la revolución behaviorista, fijándose en los aspectos formales y legales de las mismas. El nuevo institucionalismo define las instituciones de manera más amplia, va más allá del Estado. Considera que las instituciones ofrecen incentivos a los actores, incluye a los individuos que se relacionan por medio de pautas de comportamiento, ofrece soluciones a problemas de acción colectiva y establece continuidad a través de la historia. El nuevo institucionalismo ha influido en las ciencias políticas, la sociología y las ciencias económicas; aunque los términos utilizados a veces difieren, las ideas tienden a evolucionar de forma independiente.

Interpretación Todos los especialistas en ciencias sociales necesitan interpretar su información, pero la importancia que conceden a este aspecto varía. Los empíricos se centran en los hechos, que poseen un significado fijo. Los historiadores afirman que su trabajo implica la selección entre la mirada de hechos cronológicos para darles un significado a lo largo del tiempo. Los interpretivistas de las ciencias sociales señalan la importancia de los conceptos que construimos al dar significado a hechos sociales. Algunos interpretivistas posmodernos insisten en que no podemos conocer la realidad tal como es y, por tanto, niegan la posibilidad del conocimiento o de un significado compartido.

Intersubjetividad La perspectiva objetiva considera el mundo social como algo dado y externo a los individuos. La perspectiva subjetiva parte del individuo y su concepción del mundo. La intersubjetividad trata de combinar estos enfoques mostrando la manera en que las interpretaciones y significados de los individuos influyen y acusan la influencia de otros individuos, de instituciones y prácticas sociales.

Metateoría Una metateoría es una teoría sobre teorías o una teoría que detalla las condiciones previas para que una teoría dada sea relevante.

Método científico Hay muchos métodos científicos, y la mayoría de los especialistas en ciencias sociales insisten en que obedecen a los cánones científicos de rigor, lógica y prueba. Pero son los exponentes de las ciencias sociales positivistas, que pretenden aproximarse a los métodos de las ciencias naturales, que utilizan el binomio «método científico».

Método comparativo En sentido amplio, el método comparativo se refiere a las ciencias sociales basadas en la comparación de casos. Esto incluye enfoques basados en variables y enfoques basados en casos. El término «método comparativo» se limita a veces a estos últimos. El término «política comparativa» se reduce a la comparación de países, pero en principio cualquier entidad social puede analizarse de forma comparativa.

Método de acuerdo Los especialistas contemporáneos en metodología manejan la distinción que hizo John Stuart Mill entre el método de

acuerdo y el método de desacuerdo. En el método de acuerdo se seleccionan dos casos que dan lugar al mismo resultado y que se diferencian en todos los aspectos excepto en uno. Por eso, siguiendo la misma lógica que el diseño de sistemas muy similares, este factor será responsable de cualquier diferencia en el resultado. En el método del desacuerdo se seleccionan dos casos que dan lugar a resultados diferentes y son iguales en todos los aspectos excepto en uno. De nuevo, este factor será responsable de cualquier diferencia en el resultado. Se trata, asimismo, de un enfoque de diseño de sistemas muy diferentes. El propio Mill reconoció que, en la práctica, en las ciencias sociales es difícil encontrar situaciones que se correspondan con estas condiciones tan estrictas.

Métodos cualitativos Un método cualitativo es cualquier método no cuantitativo. A veces, el término se reserva para los métodos que se basan en la interpretación –incluidos los enfoques etnográficos– por oposición a los que buscan la explicación.

Métodos cuantitativos Un método cuantitativo es cualquier método que contenga números. En general, el término se aplica a los estudios con un gran número de casos (estudios con amplio *N*).

Métodos etnográficos En las ciencias sociales, los enfoques etnográficos aspiran a comprender a los actores en sus propios términos en vez de obtener esa comprensión mediante nociones teóricas preconcebidas. Son sensibles al contexto y a los diferentes significados que pueden tener las acciones. Los métodos etnográficos incluyen entrevistas no estructuradas y una observación participativa.

Modelos Un modelo es una representación abstracta de un fenómeno que contiene solo aquellos aspectos de interés para el investigador. Los modelos descriptivos tratan de reproducir el fenómeno empírico con la mayor exactitud posible. Los modelos de tipo ideal representan una forma pura de un fenómeno específico con el que se pueden comparar los ejemplos del mundo real. Los modelos descriptivos ofrecen guías para la acción al mostrar cómo podría ser el mundo.

Multicolinealidad La multicolinealidad se produce en el análisis de regresión cuando dos variables varían juntas, de tal manera que no podemos determinar cuál de ellas provoca el efecto. La multicolinealidad perfecta se debe a que las variables no son independientes entre sí o miden la misma cosa.

Ontología En filosofía, la ontología es el estudio de la esencia de cierto fenómeno (sin considerar su variación específica). En ciencias sociales es lo que podemos conocer. Los positivistas y los constructivistas tienen opiniones diferentes sobre esto. La ontología también alude a las unidades que integran el mundo social. Para algunos, la única realidad es la de los individuos; otros funcionan con unidades sociales más amplias.

Operacionalización La operacionalización es el acto de tomar un concepto y convertirlo en algo susceptible de ser estudiado empíricamente. Esto implicar a veces una definición más concreta y la búsqueda de indicadores de su presencia y extensión.

Parámetros Los parámetros son aquellos aspectos de un proyecto de investigación comparativa que no varían. La parametrización se logra seleccionando sistemas muy similares o mediante el control de las variables que no interesan.

Parsimonia La parsimonia es el principio según el cual los resultados deben explicarse mediante el menor número posible de variables (o de características). Tiende a haber cierto compromiso entre la parsimonia y la exhaustividad de la explicación. Los especialistas en ciencias sociales difieren en la importancia que conceden a una u otra.

Positivismo En filosofía, el positivismo es la doctrina según la cual solo pueden aceptarse afirmaciones sobre el mundo que puedan verificarse o cuya falsedad se pueda demostrar. De acuerdo con los positivistas lógicos, hay dos tipos de verdad: realidades contingentes reveladas mediante deducción empírica y verdades necesarias, que son analíticas y apriorísticas (como las verdades matemáticas). Todo lo demás es metafísica o afirmaciones acientíficas sobre la realidad. En particular, los conceptos normativos se consideran expresiones de estados/actitudes psicológicos de los individuos y, como tales, se consideran «subjetivos» en vez de «objetivos» o «públicos». La insistencia en la deducción empírica plantea el problema de que las únicas cosas de las que somos directamente conscientes son nuestras propias percepciones sensoriales. Los positivistas consideran que las ciencias sociales son similares a las ciencias naturales: toman el mundo natural y amplias partes del mundo social como entes dados que realmente existen, y se centran en la investigación empírica. A ellos se oponen los constructivistas y los interpretivistas (véase Interpretación), los cuales insisten en que únicamente manejamos conceptos, contruidos con un propósito. Quedan muy pocos positivistas lógicos, pero los especialistas en ciencias sociales mantienen orientaciones más o menos positivistas.

Posmodernismo Existe un amplio abanico de posiciones posmodernas. En general, rechazan la idea de que la Era Moderna representa la culminación del progreso histórico y la consideran un modelo social más entre otros. Los posmodernistas son escépticos ante las grandes teorías y discursos, y subrayan la interpretación subjetiva. También niegan la superioridad y universalidad de los conceptos occidentales del liberalismo y la democracia, así como la posibilidad de ciencias sociales carentes de valores.

Regresión En estadística, el análisis de regresión permite cuantificar el efecto graduado de una variable independiente sobre una variable de-

pendiente. El análisis de regresión múltiple mide los efectos de varias variables independientes sobre una variable dependiente.

Seguimiento de procesos El seguimiento de procesos se utiliza en el análisis causal para llenar la caja negra de la explicación cuando se observa una variable asociada a otra. Implica el examen de acontecimientos para identificar los pasos del proceso causal que conducen al resultado en un contexto histórico particular. En los enfoques interpretivistas busca identificar las motivaciones de los actores. El seguimiento de procesos es sistemático y los discursos analíticos expresan nociones similares.

Serendipia La serendipia es un descubrimiento accidental, casual, no basado en un diseño de investigación.

Sincrónico Véase Diacrónico.

Subsunción La subsunción tiene lugar cuando una explicación teórica puede incorporarse lógicamente (o subsumirse) en otra más amplia.

Taxonomía Véase Tipología.

Teleología La teleología es el estudio de los fines. En historia es un modo de interpretación que considera que los acontecimientos conducen a un resultado específico; esto ofrece un marco de interpretación. En filosofía es la creencia de que la actividad humana se orienta hacia un fin. La ética teleológica es una manera de juzgar las acciones por sus efectos (véase Consecuencialismo), en contraposición a la justificación deontológica, en la cual las acciones se juzgan de acuerdo con su valor intrínseco. En ciencias sociales, la teleología es una manera de explicar acontecimientos según sus resultados, no según sus causas. A veces adquiere forma de funcionalismo, es decir, la argumentación de que puesto que un proceso sirve a una función social particular, esta debe ser el porqué de aquel. Se considera una forma falaz de razonamiento.

Teoría Las teorías son grupos de proposiciones que trascienden los casos individuales y nos permiten generalizar. Las *teorías empíricas* se basan en el estudio de casos y pretenden establecer relaciones causales entre variables. Su validez depende de la capacidad de comprobar esas relaciones causales en casos concretos. Dichas pruebas inicialmente exigen la operacionalización de la teoría y la proposición de una hipótesis bajo la forma de «si tenemos *x*, tendremos *y*». Si esa relación se mantiene, la teoría queda validada (véase Hérítier, cap. IV). Las teorías más abstractas o analíticas explican procesos a gran escala mediante referencias a conceptos y procesos generales. Su validez depende de la capacidad para dar sentido a lo que sucede en el mundo social proporcionando un esquema de interpretación (véase también Teoría de alcance medio).

Las *teorías deductivas* son ejemplos de lógica formal, como en las matemáticas. Su validez depende de la coherencia interna, sin correspondencia alguna con el mundo de los hechos. En ciencias sociales

adoptan la forma de suposiciones sobre un mundo hipotético seguidas de un razonamiento lógico acerca de lo que sigue. La teoría del juego es un ejemplo (véase Chwaszcza, cap. VIII). La teoría deductiva se considera esencialmente distinta de la teoría empírica, aunque suelen combinarse.

Las *teorías normativas* implican la articulación de valores, que luego se utilizan para criticar procesos e instituciones sociales o para señalar el camino hacia otros mejores. En décadas recientes, las terminologías «teoría política» y «teoría social» se utilizan cada vez con mayor frecuencia para referirse a la teoría normativa, que era previamente exclusiva de la filosofía. Se considera distinta de la teoría empírica, aunque algunos especialistas en ciencias sociales están en contra de una separación demasiado estricta entre lo empírico o lo analítico y lo normativo (véase Bauböck, cap. III).

Teoría de alcance medio Una teoría de alcance medio es la que funciona en un número limitado de contextos o busca explicar solo algunos aspectos de un fenómeno. Debe distinguirse de la teoría universal, que predica la misma relación entre variables en todas partes; y del empirismo puro, que estudia el mundo sin un marco teórico. La teoría de alcance medio se usa mucho en ciencias sociales, bien por razones pragmáticas o por la certidumbre de que el conocimiento siempre está ligado al contexto.

Tipología Una tipología es un esquema para clasificar casos o conceptos bajo un número limitado de encabezamientos y en diversas dimensiones. Las tipologías descriptivas permiten destacar los rasgos distintivos de casos y los comunes. Los tipos ideales son representaciones abstractas de fenómenos que identifican sus rasgos definitorios; los casos reales pueden examinarse entonces por su cercanía con respecto a aquellos. Las tipologías también contribuyen a la explicación cuando se asocian con hipótesis sobre los efectos de determinadas combinaciones de rasgos.

Una *taxonomía* es una clasificación exhaustiva de cosas o conceptos. La palabra procede de las ciencias naturales, donde se utiliza para referirse, por ejemplo, a la clasificación de las especies. En ciencias sociales, las taxonomías se usan para clasificar casos bajo encabezamientos. Una categoría taxonómica es una forma de tipología descriptiva y, por tanto, ha de distinguirse de un tipo ideal.

Utilitarismo El utilitarismo es una filosofía social según la cual las prácticas sociales y las políticas públicas deben evaluarse no por sí mismas, sino por su contribución al bien humano (utilidad) (véase Consecuencialismo). El bien suele describirse en términos hedonistas. Jeremy Bentham formuló el principio de la mayor felicidad del mayor número posible como el criterio de la práctica. Los críticos señalan que hay muchos conceptos diferentes del bien, y algunos implican

valores absolutos, con independencia de su impacto sobre la mayoría. Las suposiciones utilitarias sobre la maximización de la utilidad están diseminadas en la teoría de la elección racional.

Validez La regla de la validez se relaciona con la generalización interna y externa. La *validez interna* observa si los indicadores utilizados para medir los valores empíricos de variables miden lo que se supone que deben medir. La *validez externa* estudia si las pretensiones que se exponen pueden generalizarse a otros casos y hasta qué punto.

Variable Una variable es una característica que varía en su incidencia entre los casos. Las variables se utilizan en el análisis causal para tratar de establecer los factores que sistemáticamente causan otros. Las variables causales se conocen como variables independientes y los efectos como variables dependientes. Las variables solo indican la presencia o la ausencia de características específicas. Las variables ordinarias poseen una serie de valores en orden ascendente. Las variables intervalares poseen una serie de valores en pasos de igual tamaño.

Variación concomitante Si dos variables tienden a variar juntas tenemos una variación concomitante o simultánea. El análisis estadístico se conoce también como correlación.

Variable interviniente Una variable interviniente es un factor que interviene en la relación entre una variable independiente y una dependiente de tal manera que cambia la relación normal entre ambas.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abélès, Marc 127
 Abu-Lughod, Lila 325
 Adcock, Robert 210
 Alemania 17, 124, 132
 Allison, Graham 48
 Amin, Ash 119
Annales, escuela de 112
 Arendt, Hanna 64
 Aristóteles 54, 67, 132
 Axelrod, Robert 167, 171-173
- Bachelard, Gaston 238-239, 242-245
 Ball, Terence 204
 Banfield, Edward 119
 Banting, Keith 71-72
 Bartolini, Stefano 199-200, 203, 232-235
 Beck, Ulrich 101
 Bennett, Andrew 238, 246
 Bertaux, Daniel 324, 326
 Blyth, Mark 144-145
 Boudon, Raymond 92
 Bourdieu, Pierre 18, 40, 96, 243, 321, 324
 Brady, Henry E. 236
 Brubaker, Rogers 320
- Cardano, Mario 321
 Carens, Joseph 56-58, 71
 Chicago, Escuela de Sociología de 239, 322
 Coleman, James 86
- Collier, David 39-40, 49, 83-84, 192-193, 200, 206-208, 210, 215, 236
 Cooper, Fred 320
 Crozier, Michel 18
- Dahl, Robert 234, 237
 Dahrendorf, Ralf 99, 116
 DeFelice, E. Gene 197-199
 Descartes, René 94-95, 97
 Downs, Anthony 60, 163
 Durkheim, Émile 23-24, 35, 112-113, 115, 185-186, 216-219
- Eckstein, Harry 238
 Eden, Lynn 249
 Elster, Jon 84-88, 91, 295
 Esping-Andersen, Gøsta 142
 Estados Unidos 17-18, 67, 70, 113-114
- Favre, Pierre 334
 Ferejohn, John 40, 219
 Feyerabend, Paul K. 46
 Fiorina, Morris 148
 Flyvbjerg, Brent 45
 Foucault, Michel 18, 64
 Francia 17, 127
 Frankfurt, Escuela de 55, 62
 Fukuyama, Francis 115
- Gadamer, Hans-Georg 321, 329
 Gallie, W. B. 209

- Geertz, Clifford 38, 122, 124
George, Alexander 238, 245-253
Gerring, John 62-63, 75-76, 85, 195, 205, 227-228
Gerschenkron, Alexander 136, 141
Giddens, Anthony 38
Gilligan, Carol 59
Goertz, Gary 206-208, 216, 218, 339
Goffman, Erwin 18, 98-99
Gramsci, Antonio 64
Granovetter, Mark 86, 89
Green, Donald 62
- Habermas, Jürgen 18, 55, 60, 186, 295
Hacking, Ian 37
Hall, Peter 90-91, 144
Hargreaves Heap, Shaun 173-175
Hattam, Victoria 139
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich 23, 182, 186
Hempel, Carl 85
Hobbes, Thomas 100, 132, 182, 187, 204
Hobsbawm, Eric 124
Hollis, Martin 164-166
Huntington, Samuel 125-126
- Ilustración 17, 115, 180
Immergut, Ellen 137-138
Inglehart, Ronald 113, 126
- Jackman, Robert 198-199
Japón 124
- Kant, Immanuel 96-97
Katzenstein, Peter 137
Keohane, Robert 32, 216, 224, 226
King, Gary 32, 216, 224, 226
Koselleck, Reinhart 67-68
Kuhn, Thomas 31, 46, 96
Kymlicka, Will 59, 71-72
- Le Grand, Julian 87
Le Play, Frédéric 239
Lichterman, Paul 323
Lijphart, Arend 197, 212, 214-215, 224, 229
Lin, Ann Chih 247-248, 250
Little, Daniel 91
Lowenstein, Karl 133
Luhmann, Niklas 97-98
- MacCormick, Neil 179
Mackie, John 109
Madison, James 132
Mahon, James 206-208
Mahoney, James 150, 216, 231, 234, 239, 245, 247, 251
Mair, Peter 199-200
Marx, Karl 135, 144
Mayntz, Renate 90-92
Mayr, Ernst 142-143
McAdam, Doug 230-231
McKeown, Timothy 215
Mead, George Herbert 98
Merton, Robert K. 86
Mill, J. S. 42, 82, 116, 216, 218
Morgenstern, Oskar 154, 159
Munck, Gerardo L. 49
- Newton, Isaac 36, 48, 148
North, Douglass 118
Nozick, Robert 62
- Okin, Susan 59
Osborne, Martin 167
Ostrom, Elinor 87-88
- País Vasco 112, 318
Palonen, Kari 67-68
Parsons, Talcott 18, 98-99, 113, 135
Patomäki, Heikki 110
Pierson, Paul 141-142, 149-150
Platón 67, 132
Popper, Karl 55
Przeworski, Adam 82-83, 135, 229-230
Putnam, Robert 119, 256-257
- Ragin, Charles 216-221, 227-228
Rawls, John 55-60, 295
Reino Unido 17
Rokkan, Stein 234
Rothstein, Bo 139
Rousseau, Jean-Jacques 170, 179, 181-182, 187
Rubinstein, Ariel 167
Rueschmeyer, Dietrich 149-150, 225-226
- Sartori, Giovanni 23, 192-208, 224
Scharpf, Fritz 75, 79, 88-90
Schattschneider, E. E. 136, 141
- Schelling, Thomas C. 165
Schumpeter, Joseph 60
Searle, John 98
Seawright, Jason 49
Sewell, William H. 234-235
Shapiro, Ian 62-63
Sil, Rudra 50
Skinner, Quentin 67-68
Skocpol, Theda 131, 136-137, 149-150, 232-234
Smelser, Neil 212-215, 218, 226-227
Smith, Adam 23, 179-180
Smoke, Richard 250-251
Somers, Margaret 232
Strauss, Leo 66
Streeck, Wolfgang 144
Sugden, Robert 164-166
- Tarrow, Sidney 230-231
Taylor, Michael 172-173
Teune, Henry 135, 229-230
Thelen, Kathleen 143-144
Thompson, E. P. 120
- Tilly, Charles 230-231, 236, 333
Tocqueville, Alexis de 47, 49
Todd, Emmanuel 113
Touraine, Alain 18, 44
- Varoufakis, Yanis 173-175
Verba, Sidney 32, 40, 113, 127, 224, 226, 230
Vico, Giambattista 97
Von Mises, Ludwig 178
Von Neumann, John 154, 159
- Waltz, Kenneth 98, 108
Weber, Max 23-24, 39, 73, 112, 179, 183-185, 216-217, 220
Wendt, Alexander 100, 108, 110
Wittgenstein, Ludwig 24, 99, 193, 208
- Yesnowitz, Joshua 62-63
- Zaret, David 216, 219-220
Ziman, John 96
Zintl, Reinhard 163, 168

AUTORES

Rainer Bauböck es catedrático de Teoría social y política en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Zoe Bray es profesora asociada en el Centro de Estudios Vascos, Universidad de Nevada.

Christine Chwaszcza es catedrática de Filosofía en la Universidad de Colonia.

Donatella della Porta es catedrática de Sociología en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales del Instituto Universitario Europeo de Florencia y catedrática de Ciencia Política en la Universidad de Florencia.

Mark Franklin es catedrático de Política comparada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Adrienne Héritier es catedrática de Política pública en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Michael Keating es catedrático de Política en el Departamento de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad de Aberdeen; de 2000 hasta 2010 fue catedrático de Ciencias Políticas y Sociales en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales del Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Friedrich Kratochwil es catedrático de Relaciones Internacionales en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Peter Mair era catedrático de Política comparada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Falleció en 2011.

Alessandro Pizzorno es catedrático emérito de Sociología en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Philippe Schmitter es catedrático emérito de Política comparada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Sven Steinmo es catedrático de Política pública en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Pascal Vennesson es catedrático de Relaciones Internacionales y Política de seguridad en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.

ÍNDICE DE FIGURAS Y TABLAS

FIGURAS

10.1. La transacción entre casos y propiedades	202
13.1. Posibilidades de una victoria electoral de los conservadores	269
14.1. El ciclo de la investigación social y política	282
14.2. Esquema de la selección de casos	294
14.3. El ciclo de la investigación social y política y sus cuatro lógicas.....	311

TABLAS

2.1. ¿Cuántas ontologías y epistemologías hay en las ciencias sociales?..	36
2.2. ¿Cuántas metodologías hay en las ciencias sociales?.....	45
8.1. Juego 1: dilema del prisionero (1)	160
8.2. Juego 1: dilema del prisionero (2)	161
8.3. Juego 2: tráfico	164
8.4. Juego 3: trampa social.....	164
8.5. Juego 4: batalla de los sexos	165
8.6. Juego 5: caza del ciervo (seguridad)	171
10.1. Escala de abstracción de Sartori	198
11.1. Durkheim frente a Weber: las «lógicas»	217
11.2. Diseño de investigación en las comparaciones basadas en variables frente a las comparaciones basadas en casos	222
13.1. Gobernanza y redes sociales	256
13.2. Gobernanza y redes sociales (depués de estudios adicionales)	256
13.3. Gobernanza y redes sociales	258
13.4. Comunidades con política territorial.....	258
13.5. Participación en las elecciones al Parlamento Europeo (1)	262
13.6. Tipos de variables.....	263
13.7. Fuerza de la correlación	271
13.8. Participación en las elecciones al Parlamento Europeo (2)	275
13.9. Participación en las elecciones al Parlamento Europeo (3)	277

ÍNDICE

<i>Prólogo a la edición española</i>	7
<i>Prólogo</i>	9
I. INTRODUCCIÓN.....	13
<i>Donatella della Porta y Michael Keating</i>	

PRIMERA PARTE

EPISTEMOLOGÍA Y FILOSOFÍA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

II. ¿CUÁNTOS ENFOQUES HAY EN CIENCIAS SOCIALES? INTRODUCCIÓN EPISTEMOLÓGICA	31
<i>Donatella della Porta y Michael Keating</i>	
III. TEORÍA POLÍTICA NORMATIVA E INVESTIGACIÓN EMPÍRICA.....	53
<i>Rainer Bauböck</i>	
IV. EXPLICACIÓN CAUSAL.....	75
<i>Adrienne Héritier</i>	
V. CONSTRUCTIVISMO: QUÉ (NO) ES Y SU IMPORTANCIA.....	93
<i>Friedrich Kratochwil</i>	
VI. CULTURA Y CIENCIA SOCIAL	111
<i>Michael Keating</i>	
VII. INSTITUCIONALISMO HISTÓRICO	131
<i>Sven Steinmo</i>	

VIII. TEORÍA DE LOS JUEGOS.....	153
<i>Christine Chwaszcza</i>	

IX. RACIONALIDAD Y RECONOCIMIENTO.....	177
<i>Alessandro Pizzorno</i>	

SEGUNDA PARTE
EL DISEÑO DE INVESTIGACIÓN

X. CONCEPTOS Y FORMACIÓN DE CONCEPTOS	191
<i>Peter Mair</i>	

XI. ANÁLISIS COMPARATIVO: LA INVESTIGACIÓN BASADA EN CASOS FRENTE A LA INVESTIGACIÓN BASADA EN VARIABLES	211
<i>Donatella della Porta</i>	

XII. ESTUDIOS DE CASO Y SEGUIMIENTO DE PROCESOS: TEORÍAS Y PRÁCTICAS	237
<i>Pascal Vennesson</i>	

XIII. ANÁLISIS CUANTITATIVO	255
<i>Mark Franklin</i>	

XIV. EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA.....	281
<i>Philippe Schmitter</i>	

XV. ENFOQUES ETNOGRÁFICOS.....	313
<i>Zoe Bray</i>	

XVI. COMPARACIÓN ENTRE ENFOQUES, METODOLOGÍAS Y MÉTODOS. CONCLUSIONES FINALES	333
<i>Donatella della Porta y Michael Keating</i>	

<i>Bibliografía</i>	341
---------------------------	-----

<i>Glosario</i>	377
-----------------------	-----

<i>Índice onomástico</i>	389
--------------------------------	-----

<i>Autores</i>	393
----------------------	-----

<i>Índice de figuras y tablas</i>	395
---	-----